

SANCTI LEONIS MAGNI, PONTÍFICE ROMANO, OBRAS GENUINAS, PARTE PRIMERA, QUE CONTIENE LOS SERMONES DEL SANTO PADRE.

PREFACIO.

1. Existen en total dos fuentes manuscritas de las cuales es posible acceder o corregir los sermones de los santos Padres, a saber, los Leccionarios de las Iglesias compuestos de sermones de varios santos, y las colecciones particulares de sermones de algún santo.

CAPÍTULO PRIMERO.

§ I.

2. Los leccionarios suelen tener un origen más antiguo. A pocos santos les ha sucedido lo que a los SS. Zenón, Gaudencio y Pedro Crisólogo, que las colecciones de sermones de autores iguales o casi iguales hayan llegado hasta nosotros; y esto les ocurrió probablemente a aquellos cuyos sermones no fueron transmitidos en los leccionarios, que habrían perecido si no hubieran sido preservados en colecciones particulares. Pero cuando, poco después de la muerte del autor, los sermones alcanzaron tal autoridad y celebridad que fueron incluidos en los leccionarios de casi todas las Iglesias y leídos en los oficios públicos; entonces o no se hicieron colecciones, o si se hicieron, desaparecieron gradualmente: pues, dado que todos o casi todos los sermones se conservaban en los libros de las Iglesias, parecía superfluo describir una colección separada de ellos. Así, Possidio indica que los sermones de Agustín, o, como se llamaban, tratados, existieron dispuestos en alguna serie en la biblioteca de la Iglesia de Hipona. En efecto, en la Vida de Agustín, capítulo 18, hablando de los tratados al igual que de las otras obras del santo doctor, que ciertamente se contenían en códices distintos, afirma haber incluido un índice de todos, para que cada uno elija lo que quiera leer y conocer, y lo solicite para copiarlo ya sea de la biblioteca de la Iglesia de Hipona, donde tal vez se puedan encontrar ejemplares más corregidos, o lo busque donde quiera, y lo copie una vez encontrado. Sin embargo, se echan de menos ejemplares muy antiguos de este tipo. Las tres colecciones más antiguas que se conservan de los sermones de San Agustín, sobre las Palabras del Señor, sobre las Palabras del Apóstol, y las cincuenta homilias, como observaron los doctísimos Padres Maurinos en el prefacio al tomo V, aunque se encuentren en manuscritos de ochocientos años o más, no pueden considerarse contemporáneas de Agustín, no solo porque Possidio no las menciona, sino especialmente porque no están exentas de sermones espurios. En los leccionarios, ciertamente, sus sermones fueron transmitidos de manera dispersa, eliminando la necesidad de describir colecciones. De los leccionarios, las tres colecciones mencionadas fueron compiladas posteriormente, y luego otros sermones fueron añadidos a los agustinianos en las ediciones que aparecieron sucesivamente; y no faltarán quienes puedan derivar otros sermones del mismo doctor de las mismas fuentes, así como nosotros publicaremos en algún momento más de veinte genuinos en los Anecdotos Misceláneos.

3. Creemos que algo similar ocurrió con los sermones de San León. El hecho de que este santo pontífice haya trabajado con gran dedicación en la elaboración de sus sermones y haya conservado cuidadosamente sus ejemplares es evidente, ya que en sus epístolas dogmáticas, que debido a la sublime y difícil explicación de los dogmas que trató, requerían no solo una gran precaución en las sentencias sino también en la elección de las palabras, insertó no pocos fragmentos de sus sermones. No cabe duda de que estos ejemplares autógrafos de los

sermones fueron custodiados durante mucho tiempo en el archivo apostólico. Sin embargo, debido a la autoridad y celebridad del autor y al cuidado especial en la elaboración de los sermones, estos, poco después de la muerte de León, fueron transcritos en los Leccionarios de las Iglesias Romanas entre los sermones de otros santos, y de ahí pasaron a códices similares de otras Iglesias de todo Occidente; de aquí se derivó que antiguamente faltara la preocupación por recopilar estos sermones en un volumen separado. Por lo tanto, no es de extrañar que Gennadio, quien menciona los sermones de San Máximo de Turín, en León, c. 70, no haga mención alguna de los sermones de este último: pues encontró alguna colección muy antigua de los sermones de Máximo, pero ninguna de León, ni dirigió su atención a los Leccionarios en los que los sermones de este último habían sido incluidos.

4. Las fuentes más antiguas de las que nos han llegado los sermones de León son los antiguos Leccionarios. De estos, ciertamente, los citaron escritores del siglo IX, como Hincmaro de Reims, Remigio de Lyon, Prudencio de Troyes, y especialmente Floro. Este último, en efecto, en los manuscritos recopilados sobre las epístolas de Pablo, conservados en la Cartuja Mayor, compiló un libro completo de sesenta y dos enormes columnas, escrito con notas abreviadas, a partir de los testimonios de León, extrayendo fragmentos de sermones de los Leccionarios de manera muy evidente, pues utiliza el mismo orden y títulos que encontramos en los Leccionarios de la basílica de San Pedro. Antes que todos ellos, utilizó los mismos Leccionarios Pablo Diácono en su Homiliario, en el cual describió varios sermones de León según la disposición de las festividades.

5. Fue posible ver y consultar numerosos códices de este tipo y de gran excelencia, que presentan un origen diverso, en las bibliotecas romanas del Vaticano, de la basílica de San Pedro, Vallicellana y Chigiana, en las de Venecia de San Marcos y San Gregorio Magno, en las de Padua de los monjes de Santa Justina, de los conventuales de San Antonio y de los eremitas de los Santos Felipe y Santiago, en la Eusebiana del capítulo catedralicio de Vercelli, en la Real de Turín, en la de Padua de los benedictinos de San Benito, en la de Bérgamo de San Alejandro en la columna, y finalmente en nuestra capitular de Verona. De estos manuscritos, como fuentes más antiguas de los sermones, se deberán tomar principalmente las lecturas o correcciones de las lecturas. Quesnellus, quien descubrió la excelencia y el origen más antiguo de estos códices por encima de las colecciones de manuscritos (como se evidencia en su prefacio general, antes de la mitad), reconoció la gran deferencia que se debía tener al recopilar los sermones de los Leccionarios; y las principales enmiendas que introdujo en el texto se deben a estos manuscritos. Pero experimentó la desventaja en este tipo de libros de que no todos contienen los sermones, y estos algunos, aquellos otros, según la diversa costumbre de las Iglesias para cuyo uso fueron escritos; de modo que generalmente debes revisar inmensos e innumerables volúmenes para cotejar algunos pocos sermones con esos códices: experimentando, digo, esta desventaja, no recopiló muchos Leccionarios, ni en los que utilizó encontró todos los sermones de León, viéndose privado de este recurso, se vio obligado a compararlos únicamente con colecciones posteriores, que son menos corregidas. Sin embargo, nosotros, al entender que se debe dar la mayor deferencia a los Leccionarios, sin escatimar esfuerzo, buscamos diligentemente todos los que pudimos, hasta que con éxito logramos encontrar y comparar útilmente todos los sermones en los Leccionarios, con la excepción de solo cuatro mencionados en el número 9, que buscamos en vano en tan abundante cantidad de Leccionarios. Aquí, sin embargo, debemos confesar que no pudimos, ni consideramos necesario, releer cada sermón con todos esos manuscritos, ya que los encontramos transcritos en muchos de ellos. Consideramos suficiente si se comparaban con los Leccionarios más destacados, y los demás códices de este

tipo se examinaban cuando ciertos pasajes que ofrecían diversas lecturas aquí y allá presentaban mayor dificultad.

§ II.

6. Pero para hablar de estos Leccionarios en particular, valoramos no tanto su cantidad como la excelencia de algunos de ellos. Quesnellus no vio ningún códice romano de este tipo, los cuales, sin embargo, siempre han sido cuidadosamente conservados en la Iglesia Romana y transmitidos a las generaciones futuras, ya que derivan de los escritos originales y autógrafos de León, y poseen la máxima autoridad. Nosotros hemos encontrado cuatro libros manuscritos que ciertamente podemos afirmar que son romanos, ya que fueron utilizados en los oficios públicos de las Iglesias Romanas en tiempos pasados. Tales son, en primer lugar, dos códices Vaticanos en pergamino en folio 3835 y 3836, que fueron escritos en letras romanas, o como se dice, unciales, alrededor del siglo octavo y pertenecían a la basílica de los Santos Felipe y Santiago, como lo indica esta nota del anticuario al final del códice 3835: "Quien lee, te ruego que ores por el escritor, para que por el príncipe de los apóstoles se desaten las cadenas del presbítero Agimundo, pecador como escritor inútil. Gracias a Dios del cielo. Basílica de los apóstoles Felipe y Santiago." La gran antigüedad del primer copista se confirma por estas palabras añadidas a los sermones sobre la Ascensión, en las que León, aún no canonizado, es honrado con el título de "domni": "Terminan los sermones del señor papa León sobre la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, número dos. Gracias a Dios." En este manuscrito 3835, que fue descrito con precisión por el P. Joseph Blanchini con una muestra de caracteres en el tomo II de los Evangelios cuádruples, página 602, se encuentran los primeros diez sermones de León sobre la Pasión, dos sobre la Ascensión, tres sobre Pentecostés y dos sobre San Pedro. El Vaticano 3836 presenta tres sermones sobre el ayuno del décimo mes, en las ediciones el primero, séptimo y octavo, también tres sobre su natalicio, es decir, sobre la asunción de León al pontificado, en las ediciones el primero, al que se anexa el segundo, tercero y cuarto, nueve sobre el ayuno del séptimo mes, y un sermón sobre San Lorenzo.

7. Además, hay otros dos libros de Leccionarios de la basílica de San Pedro. El primero, marcado con el número 107, aunque escrito en un carácter posterior, debe ser considerado de mayor valor. No solo fue copiado de un Leccionario más antiguo de la misma basílica, desgastado por el largo uso o casi consumido, que se originó de aquellos autógrafos que León dejó a la Iglesia Romana; sino que también es mucho más corregido que los demás: de donde hemos extraído muchas y notables correcciones que no hemos encontrado en otros libros o en muy pocos. Que este libro estaba destinado al uso de la misma basílica, no deja lugar a dudas la detallada descripción al final de los ingresos que se pagaban a la misma basílica desde todo el mundo cristiano. Contiene sermones desde el Adviento hasta la Pasión del Señor, y como todos los sermones inscritos bajo el nombre de León son genuinos, y no presenta ninguno espurio: además, no faltan en este códice sermones de León de ese tiempo, excepto cuatro: el 20, sobre el ayuno del décimo mes; el 51, sobre la Cuaresma, y el 56 y 60, sobre la Pasión: mientras que otros libros de Leccionarios de otras Iglesias omiten no pocos sermones, y a menudo atribuyen a León algunos que tienen otros autores. Un códice similar a este es el otro de la misma basílica, el 105, salvo que el escriba a veces falló al describir los sermones de algunas solemnidades. Sin embargo, proviene del mismo ejemplar, ya que los sermones que presenta están en el mismo orden y casi con las mismas lecturas. Si en la misma basílica existieran ejemplares de la otra parte, que va desde Pascua hasta el Adviento, no dudamos que habríamos encontrado descritos todos o casi todos los sermones de León, de modo que de esta única biblioteca se podrían haber obtenido correcciones con mayor seguridad. Pero como

esta parte falta allí, que habría sido la más exacta de todas, nos hemos visto privados de un gran y más importante recurso.

§ III.

8. Al examinar los Leccionarios de otras Iglesias ya mencionados, aunque ninguno es tan preciso en general como los códigos de la alabada basílica Vaticana, no obstante, han confirmado o proporcionado no pocas lecturas excelentes, y han ofrecido un apoyo considerable a los sermones que faltaban en ellos. También hemos tenido la fortuna de encontrar ejemplos de ciertos sermones que nadie había descubierto, gracias a la multiplicidad de códigos que hemos buscado por todas partes. Cuatro sermones sobre las colectas y uno sobre las octavas de los apóstoles, que desesperábamos encontrar insertados en otros Leccionarios debido a una causa peculiar de León, los hallamos en el manuscrito Leccionario Vallicellano A. 6. Los sermones propios de él sobre su natalicio, que Quesnellus no pudo encontrar en ningún Leccionario, fueron hallados en el Vat. 3836, así como en el Vallicellano A. 7, excepto el quinto, que fue editado a partir de un código singular de Fabri.

9. Quedan cuatro sermones que no hemos podido encontrar en ningún Leccionario, a saber, el quinto sermón sobre el natalicio del papa, el sexto sobre las colectas, el noveno sobre el ayuno del décimo mes, y el nonagésimo sexto, titulado: Tratado contra los eutiquianos, celebrado en el templo de Santa Anastasia. Este sermón contra los eutiquianos, aunque se ha conservado en las colecciones manuscritas de San León, que, como veremos, provienen de los Leccionarios, no dudamos de que se encuentra en algún libro de Leccionario que hasta ahora no hemos logrado encontrar.

10. Sin embargo, creemos que no se puede decir lo mismo respecto a otros tres sermones, a saber, el quinto sobre el natalicio del papa, el sexto sobre las colectas, y el noveno sobre el ayuno del décimo mes, que fueron editados a partir del manuscrito de Nicolás Fabro. Así como faltan en las colecciones de sermones de San León, que se originaron de los Leccionarios, tampoco creemos que se encuentren ni se encontrarán en ningún Leccionario. Por lo tanto, pensamos que estos tres sermones se contienen en un solo código de Nicolás Fabro, a menos que quizás otro similar aparezca en algún momento. Este código de Fabro, que en la época de Quesnel había pasado a la biblioteca Thuanense, de donde se le llama Thuanense, y luego a la Colbertina, y finalmente a la Real de París, contiene varios opúsculos de los Padres. Joseph Antelmius trata extensamente sobre esto en la disertación 6, De veris operibus SS. Leonis et Prosperi n. 4 y siguientes, y testifica que fue escrito hace novecientos años según el juicio de Mabillon, Baluze y otros expertos. Entre los opúsculos de varios Padres se describen tres sermones de León, de los cuales el primero se atribuye erróneamente a Próspero con este título: "Incipit sermo Prosperi de natale papae"; los otros dos sermones se titulan así: "Incipit de collectarum die", y: "Incipit de mensis decimi jejunio". Todos estos sermones son de León, lo cual queda plenamente demostrado por el estilo y la consonancia del argumento y las sentencias con otros sermones de los mismos títulos claramente leoninos. Nicolás Fabro, quien poseía el código mismo, en una carta al preboste Vossio de Tongeren incluida en los opúsculos, percibió lo mismo. Sobre el primer sermón, que se atribuye a Próspero, dice: "El que se atribuye a Próspero, es del mismo autor que los demás, me lo indica la similitud, y que el autor habla de sí mismo como pontífice romano. Aunque dicen que el Beato León usó las obras de Próspero, nadie me convencerá de que el pontífice más elocuente haya tomado prestadas palabras ajenas y las haya pronunciado como propias al pueblo". El mismo Antelmius, quien en la disertación mencionada parecía haber atribuido no solo estos tres sino todos los sermones de León a Próspero de alguna manera, y había

insistido en la inscripción de este códice, explicando más claramente su opinión en una segunda carta escrita en francés el 4 de noviembre de 1689, números 35 y 40, también añadió su voto a la opinión común que los atribuye a León. Pero, ¿cómo es que estos tres sermones de León se encuentran en este único códice, que no contiene nada más leonino, y por qué al menos el primero lleva el nombre de Próspero, quién podría adivinarlo? ¿Acaso Próspero, quien fue íntimo de León y es llamado su notario por Adón, los había escrito separadamente de su propia mano y los había enviado a las Galias, donde fueron conservados para nosotros; y el primer amanuense que los insertó en el códice, por el carácter que le era conocido, hizo al copista autor? Algo similar ocurrió con las cartas. Pues cinco cartas de León, conservadas entre otras de otros autores, nos han llegado solo en los ejemplares manuscritos de la colección Avellana, sobre la cual se hablará más extensamente en el prefacio a las cartas de León; y solo esas cinco cartas de todas las leoninas se encuentran en esa colección. Así como es desconocido hasta qué punto estas cartas, que faltan en todas las demás colecciones, migraron separadamente a esa colección; así también se desconoce de qué manera esos tres sermones llegaron al códice de Fabro.

11. Sin embargo, para volver a los códices de los Leccionarios, Quesnellus, al enumerar sus inconvenientes en el prefacio, destaca principalmente los añadidos extraños. Dice que, como están adaptados a las diversas solemnidades propias de los lugares, a menudo se encuentran enriquecidos con ciertos añadidos extraños y completamente ajenos a la intención del autor, los cuales a veces son difíciles de discernir. Un ejemplo notable de esto se encuentra en el sermón 41 (para nosotros 42), que es el cuarto de Cuaresma. Algunos añadidos en ciertos Leccionarios, así como también algunos saltos y mutilaciones, ocurren a veces. Pero afirmar que esto sucede frecuentemente, al menos en el caso de León, aunque hayamos comparado varios libros de este tipo, es completamente falso. De hecho, hemos detectado y corregido felizmente tales defectos, que encontramos más frecuentemente en colecciones posteriores, a partir de los Leccionarios; así como Quesnellus eliminó el añadido del sermón 4 de Cuaresma de cinco Leccionarios, que se había infiltrado en las ediciones de las colecciones leoninas posteriores. Además, lo que Quesnellus se queja sobre las frecuentes manchas y errores con los que estos libros son viciados, ya sea por descuido o ignorancia de los copistas, es común a todos los códices manuscritos: pero unos se corrigen con otros, y algunos códices de excelente calidad, especialmente los manuscritos de la basílica de San Pedro, nos han sido de gran ayuda, permitiéndonos restaurar o corregir alrededor de quinientos pasajes a una lectura más sana.

12. Antes de pasar de los Leccionarios a las colecciones, es importante señalar la principal diferencia entre los libros de los Leccionarios. No solo algunos presentan más sermones de León relacionados con la misma solemnidad, mientras que otros presentan menos; algunos omiten sermones de una u otra festividad: sino que el orden de esos mismos sermones también varía en los diferentes Leccionarios. Sirvan de ejemplo los destacados Leccionarios de las basílicas romanas de San Pedro y de los Santos Felipe y Santiago. En los Leccionarios de San Pedro, por ejemplo, los sermones sobre la Pasión tienen un orden diferente al del Vaticano 3835 de la basílica de los Santos Felipe y Santiago: de lo cual, dado que un libro no proviene del otro, es muy probable que estos antiguos códices de Leccionarios romanos se hayan originado a partir de los sermones autógrafos de San León, descritos por primera vez en un orden diferente. El orden variado que se encuentra en otros Leccionarios de otras Iglesias pudo haber surgido del criterio de los copistas. Sobre los sermones supuestos que en los Leccionarios (aunque no en los romanos mencionados anteriormente) se atribuyen a León, diremos bastante en el prefacio al apéndice.

CAPÍTULO II.

§ I.

13. Ahora acerquémonos a las colecciones de sermones de San León. La primera mención de estas colecciones en los escritores no es anterior al siglo XI. El Micrólogo, sobre las Observaciones Eclesiásticas, c. 25, no solo insinúa que los sermones de León están recopilados en un código, al que llama libro de Sermones, sino que, para probar que el ayuno del cuarto mes solo se celebraba en la semana de Pentecostés, remite a los lectores a consultar el mismo libro, añadiendo: Ni esto solo en un sermón, sino en varios, que se lee que hizo sobre Pentecostés en diferentes años: lo cual no podrá pasar desapercibido a quien lea atentamente el mismo libro. Entre los códigos que Desiderio, abad del monte Casino, más tarde pontífice romano Víctor III, añadió a la biblioteca de su monasterio, se menciona uno con el título Sermones del papa León, según León de Ostia en la Crónica Casinense lib. III c. 63. El primero entre los escritores sobre hombres ilustres o escritores eclesiásticos que mencionaron los sermones de León es un autor anónimo de Melk del siglo XI, publicado primero por P. Pez, luego por Alberto Fabricio. Así dice él, c. 7: León Magno fue un declamador apostólico excelente, que con palabra y ejemplo benefició mucho a la religión cristiana. Además, el número de sus sermones es incierto, de los cuales, sin embargo, se tienen muchos sobre el Adviento del Señor, sobre la Natividad, sobre la Aparición, sobre el Ayuno, sobre la Pasión, sobre el santo Pentecostés. También se encuentran algunos sobre los natalicios de los santos: Al enumerar casi la serie de sermones que existe en las colecciones, parece indicar las colecciones. Sin embargo, al afirmar que el número es incierto, se puede creer que se refería más bien a los Leccionarios, que contienen sermones en número diverso. Estos son los testimonios más antiguos que pueden presentarse a favor de las colecciones de sermones de León, lo que indica que tales colecciones no eran mucho más antiguas.

14. En efecto, entre los numerosos manuscritos de los sermones de León que hemos visto en varias bibliotecas, no hemos podido encontrar ninguno que exceda el siglo XI, aunque hemos descubierto no pocos Leccionarios que presentan sermones de León de épocas más antiguas. Creemos que esto ocurrió porque alrededor del siglo XI se comenzó a recopilar los sermones del santo pontífice. De hecho, hemos encontrado cinco colecciones de diferentes orígenes, cuyas más antiguas se refieren al mismo siglo. Sin embargo, fueron tomadas de los Leccionarios, no solo porque no se encuentra ninguna colección más antigua de la cual pudieran haber sido copiados, sino también porque difieren en el número, orden, o al menos en los títulos de los sermones, y además en varias lecturas, según derivan de Leccionarios de origen similar pero diverso.

15. Es de suma importancia notar con la mayor diligencia la diferencia entre cada uno; pues de aquí no solo se revelará el diverso origen de los mismos, sino que también se conocerá la precaución que debe emplearse en el uso de tales manuscritos. Cuando, en efecto, se encuentran varios códigos de la misma colección, ya que proceden del mismo primer ejemplar, casi las mismas lecturas aparecerán en todos, exceptuando solo los errores o correcciones arbitrarias de los copistas; de tal manera que quien haya comparado un código de una colección, generalmente habrá comparado todos. De lo cual se sigue que es especialmente importante observar que, en la mayoría de los casos, es inútil alegar doce o veinte códigos, si todos son de una misma colección: en efecto, dos o tres ejemplares de diferentes colecciones suelen probar más para establecer alguna lectura que cien de una sola.

§ II.

16. Creemos que la primera colección es la que se encuentra en un códice de pergamino del siglo XI, actualmente marcado con el número 126 de la biblioteca de Montecassino, con el título: Primera parte de los sermones del papa León I. Este parece ser el mismo códice que, por orden del abad Desiderio, mencionamos que fue compilado en el siglo XI, según el testimonio de León de Ostia, quien también relata que otro libro de cartas o, como lo llama, Registro de León, fue colocado por el mismo abad en la misma biblioteca, indicando suficientemente qué contenía la segunda parte, que ahora se ha perdido. En este códice se leen XCI sermones, entre los cuales uno se describe dos veces, otro es dudoso, y diez son espurios, quedando por lo tanto LXXIX sermones genuinos y ciertos. Será útil adjuntar la serie de sermones para que se conozca más fácilmente la diferencia con otras colecciones.

DEL AYUNO DEL MES DÉCIMO.

1. Si fielmente. En nuestra edición sermón XII.
2. Protecciones. Sermón XVIII.
3. Sobre el Adviento. Sermón XIX.
4. Sublimitas. Sermón XVI.
5. Evangelios. Sermón XVII.
6. Qué tiempo. Sermón XIII.
7. En el campo del Señor. Sermón XIV; al cual, en el mismo contexto del manuscrito, se anexa el sermón XV de nuestra edición, que debería haberse titulado en esta serie como el sermón octavo, y comienza con Confidenter. Hemos encontrado este mismo orden con la misma unión de dos sermones en el manuscrito Leccionario de la basílica de San Pedro 107.

DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

8. Exultemos en el Señor. Serm. XXII.
9. De la festividad de hoy. Sermón XXVII.
10. Como sabéis a menudo. Serm. XXX.
11. Excedit. Serm. XXIX.
12. Mientras siempre. Serm. XXVIII.
13. Aunque, amadísimos. Serm. XXV.
14. Siempre, en verdad. Serm. XXIV.
15. A todos, en verdad. Serm. XXVI.
16. Nuestro Salvador. Sermón XXI.

17. Nota quidem. Serm. XXIII. El mismo orden se encuentra en el alabado códice 107 de la basílica de San Pedro.

18. Justamente, hermanos, el día de la festividad presente, etc. El sermón atribuido erróneamente a León es en realidad de San Máximo de Turín, homilía 2 sobre la Natividad.

DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR.

19. Celebrado. Sermón XXXI.

20. Gaudete in Domino. Serm. XXXII.

21. Aunque sé. Serm. XXXIII.

22. Justo y razonable. Serm. XXXIV.

23. Causa, carísimos. Serm. XXXVIII.

24. Sermón XXXV para la festividad de hoy.

25. Memoria de las cosas. Sermón XXXVII.

26. Día, amadísimos. Serm. XXXVI.

DEL AYUNO DE CUARESMA.

27. Siempre, en verdad, amadísimos, sabiamente. Serm. XLI.

28. El pueblo hebreo de antaño. Serm. XXXIX.

29. Apostólica, amadísimos, doctrina. Serm. XLIII.

30. Nos es lícito. Serm. XL.

31. Para predicar. Sermón XLII.

32. Siempre, en verdad, amadísimos, misericordia. Serm. XLIV.

33. Al acercarse. Serm. L.

34. Virtud, amadísimos. Serm. XLV.

35. Devoción. Sermón XLVI.

36. En todo, amadísimos Serm. XLVII.

37. Entre todos. Sermón XLVIII.

38. En todos, en efecto Serm. XLIX.

39. Tiempos de ayuno según las Escrituras. Es un sermón apócrifo, extraído del libro sobre los Oficios Eclesiásticos de San Isidoro de Sevilla, capítulos 37-40.

40. Amadísimos, nuestra fe nos amonesta. Es igualmente atribuido erróneamente a León, y junto con el anterior, sin el nombre de León, está sujeto a estos genuinos sermones en los códices leccionarios 105 y 107 de la basílica de San Pedro, sobre lo cual se habla más en el prefacio al apéndice, donde se dará este último sermón.

DE LA PASIÓN DEL SEÑOR.

41. En todas las cosas, ciertamente. Es una repetición inapropiada del discurso anterior 38 sobre el ayuno de Cuaresma.

42. Todos los tiempos. Serm. LXIV.

43. La lectura evangélica, amadísimos, que es sacratísima. Serm. LXVI.

44. Magnitud. Serm. LXIX.

45. Sé, ciertamente, amadísimos, la fiesta pascual. Serm. LVIII.

46. Sacramento, amadísimos, de la Pasión del Señor. Serm. LXX.

47. Creador y Señor. Serm. LVI.

48. Entre todas las cosas, amadísimos, las obras de misericordia. Serm. LIV.

49. De nuestra promesa. Sermón LVII.

50. En el sermón anterior, amadísimos, habiendo tratado lo que precedió a la aprehensión del Señor. Sermón LIX, que comienza con otra disposición de palabras: Habiendo tratado, amadísimos, en el sermón anterior lo que precedió a la aprehensión, etc.

51. Con muchos modos. Serm. LXI.

52. A nuestra expectativa. Sermón LV.

53. Siempre, en verdad, amadísimos, las mentes de los fieles. Serm. LXVII.

DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.

54. Sermón próximo. Serm. LXVIII.

55. En el sermón próximo, amadísimos, no de manera incongruente. Serm. LXXI.

56. La sagrada historia de la Pasión del Señor, amadísimos. Sermón LXX.

57. Sacramento, amadísimos, de la Pasión del Señor que el Señor Jesús, Hijo de Dios. Serm. LII.

58. Sermón, amadísimos. Serm. LXV.

59. Gloria, amadísimos. Serm. LXIII.

60. Desiderata nobis. Serm. LXII.

61. Todo en verdad. Serm. LXXII.

62. También sobre la Resurrección. Aunque todas las solemnidades. Entre los sermones dudosos se publicará en el apéndice.

DE LA ASCENSIÓN.

63. Después de la bienaventurada y gloriosa Resurrección. Sermón LXXIII.

64. Sacramento, amadísimos, de nuestra salvación. Serm. LXXIV.

65. Se presentan puntos en lugar de un título, que indican un añadido conocido por el librero fuera del orden habitual. El añadido comienza: Y cuando de nuestra cruz salió la oración, celebramos la solemnidad fuera de la ciudad. Se encuentra en las antiguas ediciones latinas de San Juan Crisóstomo.

EN EL DÍA DE PENTECOSTÉS, y en el margen: DE LA SANTA PENTECOSTÉS DE SAN LEÓN PAPA.

66. La solemnidad de hoy. Sermón LXXV.

67. La festividad de hoy, amadísimos, está consagrada por la venida del Espíritu Santo. Serm. LXXVIII.

68. Plenísimamente. Sermón LXXVI.

69. Dudandum. Serm. LXXIX.

70. Sermón sobre la solemnidad de los días de los santos. Sermón LXXX.

71. Entre todas las cosas, amadísimos, las enseñanzas de la doctrina apostólica. Serm. LXXXI.

ITEM UNDE SUPRA. En el margen, sin embargo: DE SU ORDENACIÓN.

72. Honorabilem mihi, dilectísimos. Serm. II.

73. Cuántas veces a nosotros. Serm. III.

74. Me alegro, amadísimos. Serm. IV.

75. Alabanza del Señor. Sermón 1. Este mismo orden de estos cuatro sermones se observa también antes de la fiesta de San Pedro en el Leccionario Vallicellano código A. 7.

SERMÓN DEL MISMO. Al margen: EN LA FIESTA DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO.

76. Natalicio apostólico.

77. De los beatísimos apóstoles Pedro y Pablo.

78. La pasión de los beatísimos apóstoles, hermanos. Estos tres sermones son homilías 2, 3 y 4 de la misma festividad entre las Obras de San Máximo.

79. De todas las solemnidades santas. Sermón LXXII.

80. Exultemos en el Señor. Sermón LXXXIII.

81. Doble festividad de hoy. Aparecerá en el apéndice.

EN LA FIESTA DE SAN LORENZO.

82. Es santo, hermanos.

83. Como de nuestros padres. Son los homilías 1 y 2 de San Máximo sobre San Lorenzo.

DEL AYUNO DEL SÉPTIMO MES.

84. Su atención, ciertamente. Serm. LXXXVI.

85. Dios del género humano. Sermón LXXXVII.

86. Institución apostólica. Sermón XCII.

87. Toda instrucción divina, amadísimos. Serm. XCIII.

88. Sé, ciertamente, amadísimos, que muchos. Serm. XCIV.

DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

89. Predicante. Sermón XCV.

DE PENTECOSTÉS.

90. La solemnidad de hoy, amadísimos, en todo el orbe terráqueo. Serm. LXXVII.

DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.

91. Amadísimos hermanos, el ilustre y regio misterio de la Ascensión del Señor. Se encuentra en el apéndice del sermón 179 de Agustín.

Esta serie de discursos, así como otras informaciones y comparaciones del mismo códice, fueron gestionadas por el eminente cardenal Tamburinus, abad de Montecasino, quien brinda

su favor a todos los cultivadores de los estudios sagrados, en los cuales sobresale notablemente. Asimismo, me ofreció todo su apoyo durante mi estancia en Roma, mientras preparaba los materiales para esta edición encomendada por el sumo pontífice, sin escatimar en recursos. Al regresar a mi patria, al necesitar más elementos del mismo código de Montecasino para la edición, que requerían mayor esfuerzo y diligencia, el mismo cardenal, para no incomodar a ninguno de los monjes de Montecasino, se encargó de enviar el código a Roma. Él mismo quiso compararlo, anotar y describir las variantes, lo cual, en un hombre de tan alta dignidad y ocupado con tan graves responsabilidades, es realmente admirable, y demuestra su notable inclinación hacia estos estudios y su singular humanidad hacia nosotros.

17. Esta colección, compilada a partir de los Leccionarios, se indica no solo por los sermones apócrifos que frecuentemente aparecen en los Leccionarios, sino también por la misma serie de algunos sermones que se ha podido observar en esos mismos libros, como insinuamos anteriormente. No es de extrañar que, si bien se han insertado algunos apócrifos, se echen en falta varios auténticos. Esto se origina en los libros de Leccionarios que fueron de utilidad para el compilador; en estos, con frecuencia, se atribuyen sermones ajenos a un solo autor, y no todos los auténticos están contenidos. Lo mismo le ocurrió a Agustín, cuyos sermones, recopilados antiguamente de los Leccionarios, presentan muchos atribuidos erróneamente y omiten muchos auténticos.

§ III.

18. Decimos la segunda colección que hemos encontrado en tres manuscritos: Casanatense G. III 7, basílica de San Pedro 210, y Barberino 88. Los dos primeros pertenecen aproximadamente al siglo XII. El manuscrito Casanatense está mutilado en algunas hojas y presenta variantes de colecciones posteriores añadidas al margen y a veces superpuestas al texto por algún estudioso. Esta colección contiene cien sermones. Comienza con la carta de León a Flaviano, que hemos visto insertada en varios y antiguos leccionarios. Siguen siete sermones sobre el ayuno del décimo mes en el mismo orden que en la primera colección, con los sermones XIV y XV unidos de manera similar en uno solo. Se añaden diez sermones sobre la Natividad del Señor y ocho sobre la Epifanía, que existen en la primera colección, pero el orden ligeramente alterado indica un origen diferente. Entre los sermones octavo y noveno de la Natividad, se inserta erróneamente el sermón sobre Absalón, atribuido incorrectamente a León, y añadido al final en algunos manuscritos de colecciones posteriores, el cual falta en la primera colección; y por el contrario, no aparece el sermón 18 de la primera colección, cuyo autor es San Máximo. Los sermones sobre el ayuno de Cuaresma y sobre la Pasión, que se leen en la primera colección, también están presentes en esta segunda, aunque en un orden algo diferente, incluyendo igualmente los dos que vimos como apócrifos; además, en lugar del sermón 41 repetido inútilmente en la primera colección, esta segunda añade, número 56, uno auténtico de León sobre la Pasión del Señor, "Exigit fides", en nuestra edición sermón LIII, que falta en la colección Casinense. Sigue un sermón dudoso sobre la Resurrección, "Licet omnes solemnitates", que es el número 62 en ambas colecciones; luego dos genuinos sobre la Ascensión, 63 y 64, en el mismo orden. Se omite el sermón 65 de la primera colección, claramente apócrifo. Se añaden siete sermones sobre Pentecostés, que están en la primera colección; pero en esta se colocan juntos en otro orden; mientras que en la primera se presentan solo seis en este lugar, y uno fue añadido separadamente al final. Hasta aquí, con tres sermones insertados en la segunda colección y tres omitidos, el número de sermones en ambas colecciones finalmente coincide. En ambas hay 71 sermones. Una mayor diferencia en los siguientes aconsejó añadir un catálogo del resto, especialmente cuando

aparecen títulos peculiares, que hemos extraído de la tabla al final del manuscrito Casanatense.

DEL AYUNO DEL SÉPTIMO MES.

72. Devoción. En nuestra edición sermón XCI. Falta en la primera colección.

73. Observancia. Sermón LXXXVI.

74. Apostólica. Sermón XCII.

75. Dios del género humano. Sermón LXXXVII.

76. Toda instrucción divina, amadísimos. Serm. XCIII.

77. Sé que ciertamente muchos. Serm. XCIV. Estos cinco se describen en el mismo orden y en su lugar en la primera colección.

EN EL DÍA DE SU ORDENACIÓN.

78. Cuántas veces a nosotros. Serm. III.

79. Alabanza del Señor. Sermón I.

DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO.

80. Natalicio apostólico.

81. De los beatísimos apóstoles Pedro y Pablo.

82. Pasión de los beatísimos apóstoles.

83. Exultemos en el Señor. Sermón LXXXIII.

84. Doble festividad de hoy. Consulta las anotaciones anteriores en la primera colecta.

DEL DÍA DE LAS COLECTAS.

85. Misericordia. Serm. IX.

86. De la tradición apostólica. Sermón X.

87. Sermón VI sobre muchas cosas divinas.

88. De la piedad cristiana. Sermón VIII.

DE LA FESTIVIDAD DESCUIDADA.

89. Religiosam. Serm. LXXXIV. Los seis sermones anteriores se leen en el mismo orden en el manuscrito Leccionario Vallicell. A. 6, pero los últimos cinco no se leen en la primera colección.

DE LOS NATALICIOS DE LOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO.

90. De todas las solemnidades santas. Sermón LXXXII.

EN LA FIESTA DEL NATALICIO DEL B. PEDRO APÓSTOL.

91. Me alegro, amadísimos. Serm. IV.

DE SAN LORENZO MÁRTIR.

92. Es santo, hermanos.

93. Como de los padres. Estos dos son los santos Máximos, como se señaló en la colección anterior.

94. Con todos. Sermón LXXXV. Falta en la primera colección.

EN LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.

95. Predicante. Serm. XCV.

EN EL AYUNO DEL SÁBADO DEL PRIMER MES.

96. Lectura evangélica, que por los oídos. Serm. LI.

DE LOS MACABEOS.

97. Demos gracias, amadísimos. Hemos relegado esto al apéndice primero.

DEL AYUNO DEL SÉPTIMO MES.

98. Para suplicar. Sermón LXXXVIII.

99. Predicación. Sermón LXXXIX.

100. Sacramento, amadísimos. Serm. XC.

Los últimos cinco sermones, que faltan en la primera colección, se han colocado fuera de su lugar propio; pues el primero debía situarse entre los sermones de Cuaresma, como se encuentra en los Leccionarios y en colecciones posteriores; el segundo sobre los Macabeos debía colocarse antes de los sermones de San Lorenzo; los otros tres sobre el ayuno del séptimo mes debían añadirse a los otros seis sermones del mismo título, desde el número 72 hasta el 77, descritos anteriormente en su lugar propio. Esto claramente indica que esta colección fue inicialmente elaborada a partir de aquellos libros Leccionarios que carecían de estos sermones: pero más tarde llegaron a manos del recopilador otros libros, que al incluir estos sermones, decidió añadirlos al final.

19. En esta colección se encuentran todos los sermones genuinos de León que existen en la primera colección, excepto el sermón 2, sobre el natalicio del papa, que comienza con *Honorabilem*: pero incluye otros doce sermones auténticos que faltan en el *Casinense*. Aunque en estas dos colecciones se atribuyen a León varios sermones ajenos que no se encuentran en las tres siguientes, por lo que deberían ser consideradas después de estas; sin embargo, como las lecturas suelen ser mejores, son mucho más útiles por sí mismas para los editores y deben ser valoradas en gran medida. En el manuscrito 210 de la basílica de San Pedro, después de los cien sermones indicados hasta ahora, se encuentran algunas obras de San Cipriano: a estas les sigue la epístola de San León al emperador León 165, que está incluida en el *Leccionario Vallicellano* 26, y luego se añaden otros catorce sermones sin nombre de autor, que casi se enumeran en el apéndice agustiniano. Sin embargo, en el código Barberino 88, esta adición de sermones se adjunta a los cien sermones mencionados, de modo que podría parecer del mismo León. Pero falta por completo en el manuscrito *Casanatense* G. III 7, por lo que no se reconoce como obra del primer recopilador ni como parte de esta colección. Pedro Mallius, escritor del siglo XII, en la *Historia de la basílica de San Pedro* editada por los Bolandistas en el tomo VI de *Act. SS.* parte II, en el capítulo 3 número 37, menciona una colección de sermones de San León, que también incluía la epístola a Flaviano; luego, en el capítulo 7 número 131, cita un sermón del apéndice mencionado, diciendo: "Existe también un castillo, que fue la memoria del emperador Adriano, como se lee en el sermón del papa San León sobre la festividad de San Pedro"; además, refiere un testimonio del sermón 13 incluido en el apéndice mencionado, que publicaremos en nuestro apéndice. Parece referirse a un ejemplo de la colección mencionada, que se conserva en el archivo de la basílica de San Pedro.

§ IV.

20. Llamamos tercera colección a aquella que existía en el manuscrito del cual se tomó la primera edición romana por Juan Andrés, obispo de Aleria. La encontramos en el manuscrito Vaticano 545, que contiene solo los sermones de León. Creemos que a esta misma colección pertenece el código de Bolonia, cuyas variantes encontramos anotadas en el manuscrito Barberino 3520, ya que estas coinciden casi con las lecturas de la primera edición. Esta colección contiene 93 sermones de León, todos auténticos, ninguno espurio, si exceptuamos uno sobre los Macabeos, que en el apéndice atribuiremos a Agustín. Antes de los sermones sobre la Natividad del Señor, se antepone una carta a Flaviano, lo que sugiere que esta colección también se deriva de los *Leccionarios*. Faltan tres sermones auténticos, que fueron editados a partir del manuscrito de Nicolás Fabro. El orden de los 93 sermones es el mismo que en las ediciones más comunes, que carecen de estos tres sermones, con la única excepción de que el sermón 51 sobre el Evangelio de Mateo c. XVII se describe entre los sermones de Cuaresma, como se coloca en todos los *Leccionarios* el sábado de las *Témporas* de Cuaresma, pero las ediciones lo trasladaron a otro lugar.

21. Esta colección, además de un orden muy diferente al de las anteriores, presenta dos sermones omitidos en ellas, uno sobre las colectas, que comienza con "*Notum vobis*", en nuestra edición sermón VII; el otro contra la herejía de Eutiques, que comienza con "*Sicut peritorum*", para nosotros sermón XCVI. Los títulos de los sermones son peculiares, diferenciándose notablemente tanto de los editados como de las demás colecciones, así como en las lecturas, a menudo muy disímiles, revelando claramente una fuente completamente distinta. Basta con indicar los títulos diversos. Doce sermones sobre la Cuaresma presentan esta división peculiar y estos títulos: Los cuatro primeros se titulan "de *Quadragesima*"; el

quinto, "de jejunio Quadragesimali sermo V"; el sexto, séptimo y octavo, "de Passione et Resurrectione Domini sermo I, II et III"; el noveno, décimo y undécimo, "de Festo paschali sermo I, II et III"; el duodécimo, "de Passione Domini sermo quartus". Luego, con un sermón sobre el Evangelio de Mateo c. XVII, los sermones 19 vulgares "de Passione" y dos siguientes "de Resurrectione", en una serie continua de números se presentan así: Primero "In Parascevem Domini de Passione sermo primus"; los cinco siguientes, "de Passione Domini II, III, IV, V et VI"; el séptimo, "de Pascha Domini sermo septimus"; otros cuatro "de Passione VIII, IX, X et XI". Los otros ocho editados "de Passione" y el primero "de Resurrectione" se anotan con esta inscripción: "De Passione et Resurrectione Domini XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX et XX". Finalmente, el último sermón, "de Resurrectione Domini sermo XXI".

22. En cuanto a esta colección, hemos utilizado con frecuencia el ejemplo de la primera edición romana, que es muy rara y desconocida para Quesnel, por lo que es necesario decir algo al respecto. En su prefacio general, n. 2, él menciona como primera la edición de los sermones de Venecia del año 1485, que presenta a Juan Andrés, obispo de Aleria, como autor, y la utiliza en algunas variantes, aunque muy raramente. Sin embargo, además de que existe otra edición veneciana de Lucas Venetus del año 1482, ambas ediciones fueron reimpresas a partir de la romana, que el mencionado obispo publicó en Roma a partir de un códice vaticano y dedicó al Papa Paulo II. Los que publicaron los Anales tipográficos asignan esta edición romana al año 1470, y atestiguan que al final de la misma se leen los versos "Aspicias illustres," etc., que mencionan los nombres de los tipógrafos que trabajaban en la casa de la familia Máxima. Sin embargo, se desconoce en qué fundamento basaron esta afirmación. No solo carecen de toda indicación de tiempo y lugar, así como de los versos mencionados, los dos ejemplares de esta edición que el eminente cardenal Quirino vio, sino también los tres que nosotros mismos hemos tenido la oportunidad de ver: uno en Roma, en posesión del eminente Passioneo, otro en Verona, en la biblioteca Muselliana, y un tercero en el suburbio de Verona, en posesión de los canónigos lateranenses de San Leonardo, comprado en la Ciudad por el célebre Celsus Maffei en el año 1472, según se indica en una nota manuscrita del mismo Maffei. En el catálogo de libros que fueron impresos por los tipógrafos alemanes Conrad Sweynheim y Arnold Pannartz en la casa de los Máximos hasta el 20 de marzo de 1472, y que son enumerados por el mencionado obispo de Aleria al inicio del tomo V de las Obras de Nicolás de Lyra, en este catálogo, digo, se mencionan los "Sermones del Divino Papa León," y se anotan 275 ejemplares editados, lo que ha hecho que esta primera edición sea muy rara, ya que se imprimieron tan pocos ejemplares. Sin embargo, está claro que fue impresa antes del año 1472, según la carta del obispo de Aleria a Paulo II, quien falleció el 21 de julio de 1471.

23. La cuarta colección se encuentra con mayor frecuencia en los manuscritos. Presenta exactamente los mismos sermones en el mismo orden que vimos anteriormente: sin embargo, se diferencia de aquella en los títulos, que son los mismos que en las ediciones vulgares, y además en variantes que no son ni pequeñas ni infrecuentes, las cuales pueden atribuirse a un origen diverso, no a un error o capricho de los copistas. La mayoría de los códices tienen anexa una colección de epístolas, y por esta razón omiten entre los sermones la epístola a Flaviano, ya que en las epístolas se coloca en su lugar correspondiente. De este tipo son tres manuscritos: Vatt. 541, 546 y 547; Vat. Urbinas 65; uno de la Angelica de los Ermitaños de San Agustín; otro Veneciano de San Marcos 79; y el Fesulano de los canónigos Lateranenses. Encontramos esta misma colección con la epístola a Flaviano, pero sin la colección de epístolas, en los manuscritos de Justina de Padua de los Casinenses, así como en otro Veneciano de los monjes de San Jorge Mayor. No se ha podido encontrar ningún ejemplar

anterior al siglo XIV, de donde deducimos que la colección es bastante reciente. Sin duda, es la más defectuosa de todas: y dado que las ediciones vulgares de los sermones parecen haber sido derivadas de un código de esta colección por aquellos que desconocían la edición de Aleria, no es de extrañar que abunden en errores y lecturas corruptas.

24. Encontramos una quinta colección de sermones que no está separada de la colección de epístolas en ningún código. Así como la colección de epístolas que se adjunta a esta es diferente de la colección de epístolas que se une a la cuarta colección de sermones, también la colección de sermones se distingue por algunos, aunque pocos pero bien definidos, caracteres, y promete un origen diverso. Dejo de lado las lecturas discrepantes, en las cuales, aunque esta sea mejor que las dos lecturas precedentes, cede fácilmente a las colecciones primera y segunda. La principal diferencia está en dos sermones: Exsultemus sobre los Santos Pedro y Pablo, y Gratias, dilectissimi, sobre los Macabeos, que no se leen en esta colección: el primero se lee en las cuatro anteriores, mientras que el segundo se encuentra en la segunda, tercera y cuarta. El orden en los demás sermones es el mismo que en las colecciones tercera y cuarta, con la única diferencia de que después de los sermones sobre el ayuno de Pentecostés se tiene en orden inverso primero In octavis apostolorum, Religiosam, sermón LXXXIV; luego In natali apostolorum Petri et Pauli, Omnium quidem, sermón LXXXII, que es el orden de estos sermones en la colección 2. Pero más correctamente en la tercera y cuarta, insertando el sermón Exsultemus, se presentan así: In natali SS. apostolorum Petri et Pauli sermón I; Omnium quidem, sermón II, Exsultemus y In octavis apostolorum Petri et Pauli, Religiosam. Esta colección, que es la más pura de todas, ya que no contiene nada espurio, se encuentra en el Vat. 544 del siglo aproximadamente XII, en el Vat. Reina de Suecia 139 de los siglos XIII o XIV, y en uno de los Conventuales Menores de San Francisco de Cesena del siglo XV, así como en el Victorino, que utilizó Quesnellus.

§ V.

25. Estas son las colecciones que hemos visto. Además, Quesnellus alaba el código de Oxford de los siglos XI o XII en su disertación 12, capítulo 2, en el cual se contiene una colección de sermones de León junto con sus epístolas, de tal manera que a primera vista podría creerse que es una de las dos últimas colecciones que unen los sermones y las epístolas del pontífice. Pero este indicio de Quesnellus demuestra que es otra completamente distinta que hasta ahora no hemos podido encontrar. Dice que en las epístolas están insertas las constituciones de los emperadores Teodosio y Valentiniano contra los maniqueos y contra Hilario de Arlés. A los sermones se les añaden dos epístolas de Proterio de Alejandría y de Pascasio de Lilibeo a nuestro León, y algunos otros documentos relacionados con la vida del santo pontífice. Sin embargo, así como no hemos encontrado en ningún lugar la colección de epístolas con los mencionados añadidos, la colección de sermones, por las adiciones indicadas, difiere de todas las que hemos visto. Lamentamos que Quesnellus no haya dado una información más precisa sobre esta colección; pues a partir del orden y la cantidad de sermones podríamos emitir un juicio especial sobre la misma. Solo recita este peculiar título del mismo código en la observación al primer sermón, que hemos insertado en la advertencia previa. En el nombre del Dios supremo. Comienzan los tratados que desde el día de su ordenación durante un quinquenio continuo el beatísimo papa León dijo al pueblo. De estas palabras, Quesnellus creyó poder deducir que esta colección de sermones deriva de un ejemplo de colección escrita en la época de León. Dice: Todo este título respira antigüedad, e indica que los sermones, o tratados (una palabra familiar en la época de León), fueron copiados de un código escrito en la época de ese pontífice. Pues como de los mismos sermones no surgen indicios que muestren en qué año fue dicho cada uno, es necesario que casi inmediatamente después de

ese quinquenio se haya escrito el primer ejemplar de ese códice. La palabra tratados usada para sermones evoca antigüedad; pero si el códice contiene sermones publicados, el título que los atribuye al primer quinquenio del pontificado de León, es decir, entre los años 440 y 445, revela un error manifiesto. En efecto, los nueve sermones sobre el ayuno del décimo mes, diez sobre la Natividad del Señor, ocho sobre la Epifanía, veintiuno, o al menos diecinueve sobre la Pasión del Señor, por el mismo cómputo de los sermones, que fueron recitados en diferentes años, exceden el quinquenio; del mismo modo, también algunos sermones sobre las colectas, como se evidencia por los caracteres de los años indicados en los mismos. El octavo sermón sobre la Natividad y el sexto sobre el ayuno del séptimo mes mencionan expresamente a Eutiques como hereje, lo cual debió hacerse antes del año 449, o más bien algo después: pues en este año León condenó su error; pero como esperaba que Eutiques se corregiría, parece que perdonó a la persona. El sermón sobre las octavas de los apóstoles, que fue pronunciado después del saqueo de la ciudad de Roma, debe situarse después del año 445. El tratado contra la herejía de Eutiques (nuestro sermón XCVI) fue recitado en la basílica de Santa Anastasia después de la muerte de Proterio, que ocurrió en el año 457. De esto se confirma lo que establecimos al principio, que no queda ningún códice que contenga una colección escrita en la época de León.

§ VI.

26. Resta que hablemos un poco sobre el Homiliario de los Doctores, ya que este también deberá ser utilizado como un códice. El autor de este Homiliario es Paulo Diácono, quien, por orden de Carlomagno, recopiló diversas homilias de los Padres según la ocasión de las festividades a finales del siglo VIII. Esto se desprende del prefacio del mismo Carlomagno, que precede a la rarísima edición de Espira del año 1482, y que fue reeditado por Mabillon en el tomo I de los *Analecta*, página 25. Los veinte sermones de León se leen insertos allí. Esta colección, al tener su origen en manuscritos más antiguos del siglo IX que fueron de utilidad para Paulo Diácono, no debe ser subestimada. Sin embargo, dado que han surgido varias ediciones de este mismo Homiliario, Quesnell en ocasiones al citarlo utilizó una edición mucho más posterior, en la cual otros de los sermones leoninos editados han sido modificados en no pocos aspectos. Nosotros, para conocer las lecturas genuinas de Paulo Diácono, hemos comparado la edición de Basilea de Nicolás Kessler del año 1496, tomada del antiquísimo códice de la Iglesia de Basilea; la cual, aunque al igual que la de Espira presenta algunos sermones añadidos de autores posteriores, exhibe sin embargo la edición genuina de Paulo Diácono en cuanto a los demás y a los leoninos: que ciertamente se encuentran sin añadidos en dos manuscritos de Augia, según el mismo Mabillon en el tomo IV de los *Analecta*, páginas 631 y 632.

§ VII

27. Antes de concluir esta introducción, debo advertir que, mientras estuve en Roma, encontré en la biblioteca Barberina un códice más reciente, el 3320, que presenta no pocas variantes de los sermones preparados para la edición de San León. Se antepone una carta en italiano de Lorenzo Mari, escrita el 30 de marzo de 1677. Cuando se le preguntó en nombre del eminentísimo cardenal Francisco Barberini y Brancaccio, entonces prelado, qué había dejado su hermano Juan Bautista Marus para la edición de León, respondió que hacía algunos años había llegado a manos de su hermano una edición de los sermones de León, en cuyos márgenes Gerardus Vossius, prepósito de Tongeren, había anotado lecturas variantes: sin embargo, Juan Bautista las había extraído desde entonces, y había añadido otras variantes de otros códices y ediciones con el propósito de publicar una nueva edición de los sermones con

el título: Sermones de San León Magno restituidos según la fe de varios códices manuscritos, concluyendo que había entregado la mencionada edición con las variantes de Vossius y los trabajos de su hermano a Miguel Ángel Riccio, posteriormente cardenal, de quien cualquiera que lo desee podrá solicitarlas. Sigue la introducción de Juan Bautista Mari que debe preceder a la edición, la cual presentamos aquí.

LECTOR JUAN BAUTISTA MARUS.

«Sale de nuevo a la luz el divino León, grande en todas las cosas, restaurado con la última mano y con una diligencia más precisa que antes. Tal es la dignidad del autor, la majestad de su elocuencia, la santidad de su vida, la gloria de las herejías vencidas, de Atila frenado y de Roma salvada, que trabajar en la recuperación de sus escritos a su genuino sentido no puede hacerse sin un abundante fruto para la Iglesia y sin el máximo deleite de los eruditos. Este fue el trabajo de hace pocos años del P. Teófilo Rainaud de la Compañía de Jesús, teólogo, cuyos monumentos preclaros de múltiple erudición publicados por él en la imprenta lo atestiguan abundantemente. Pero dado que la obra emprendida dependía no tanto del ingenio y la doctrina como de la variedad de códices impresos y de la fidelidad de los manuscritos antiguos; aunque no sin alabanza y utilidad se esforzó en ello, sin embargo, al faltarle muchos ejemplos de ambos géneros, no pudo restaurar los escritos de tan gran pontífice a su brillo nativo: por lo cual ocurrió que a la obra le faltó la deseada perfección y en las lecturas del oficio sagrado, que la santa Iglesia suele tomar de la divina elocuencia del gran León en las principales solemnidades del año, quedaron no pocos errores, lo cual suele recurrirse a la última edición como la más corregida al renovar las impresiones. Por lo tanto, habiendo encontrado diversos ejemplos impresos y no pocos manuscritos antiguos dignos de fe, de los cuales careció Teófilo Rainaud; consideramos que la luz, que de ellos se podía confeccionar abundantemente, debía ser conferida en honor de tan gran pontífice y la deseada restauración de sus escritos, para la utilidad de la Iglesia y el deleite de los eruditos. Adiós, amigo lector, y mientras apoyas nuestro trabajo, favorece, y si conoces algo mejor, exprésalo.»

Aquí Juan Bautista Marus, quien se deleitaba con estos estudios, en el año 1644, a partir de manuscritos Vaticanos y Barberinos, publicó algunos sermones de Agustín, y del código Vaticano 1203, diálogos de Desiderio abad de Montecasino, posteriormente Víctor III, y finalmente en el año 1655, del manuscrito Barberino, editó en Roma a Pedro Diácono sobre los Hombres Ilustres de Montecasino. Observamos, sin embargo, en la mencionada prefación, que no se hace mención alguna de las variantes de Vossius, las cuales Laurentius Marus mencionó. En el código Barberino se añaden varias variantes con el orden de los sermones a veces perturbado. La mayoría fueron tomadas de los códices de la basílica de San Pedro, otras de los Vaticanos, algunas del código Bon., es decir, de Bolonia. Son más frecuentes en aquellos sermones que se encuentran en los Leccionarios de la basílica de San Pedro. Sin embargo, donde estos Leccionarios faltan, las variantes son muy raras y a veces inexistentes. No se puede discernir cuáles variantes fueron tomadas de Vossius y cuáles añadidas por Marus. Se deduce que Vossius, quien estudió en Roma los códices romanos, comparó en cuanto a León, según se recoge en los Misceláneos de los Santos Padres adjuntos a la edición Moguntina del año 1604 de las Obras de San Gregorio Taumaturgo, donde publicó algunos escritos de León de los manuscritos romanos. Sin embargo, más de lo que se insinúa en la carta de Laurentius Marus, se prueba que preparó lo que el mismo Vossius transmite al final de las Obras de San Efrén, en la cual promete publicar no solo sermones, sino todas las Obras del Santo Pontífice revisadas e ilustradas: y en la nota al tratado de San León sobre Eutiques publicado en la mencionada edición Moguntina, testifica: "De muchas cosas observadas por nosotros en nuestra revisión Leonina, y anotadas al margen de las epístolas", donde, además

de los sermones, muestra que revisó las epístolas y anotó las variantes al margen de la edición de las epístolas. De donde también Nicolás Faber en una carta al mismo Vossius entre los Opúsculos del mismo Faber en las páginas 113 y 114 testifica haber oído que el tipógrafo parisino Michael Sonnius esperaba "cuanto antes su edición de las Obras de San León". Quesnellus al final de la prefación general menciona "el código de las Obras de San León", que fue comparado por el doctísimo Francisco Pegna con los códigos manuscritos de las bibliotecas romanas, que después de la muerte de Pegna, Emericus Bigotius vio en poder de Marius Sancti Angeli canónigo. Como Juan Bautista Marus, mencionado poco antes, es llamado "canónigo de San Ángel en el mercado de los peces" en las Obras editadas por él, no hay duda de que el Marius alabado por Quesnellus es el mismo que Juan Bautista Marus. Sin embargo, qué código fue el que Bigotius encontró en su poder se conoce por el manuscrito Barberino; y por un error quizás de Bigotius, lo que debía adjudicarse a Vossius fue atribuido a Pegna, ya que el código de Vossius había pasado a manos de este antes de trasladarse a la biblioteca de Marus. No encontramos el mismo código o edición de León comparada por Vossius con los manuscritos, pero obtuvimos la obra de Marus en el código Barberino, que incluye las variantes de Vossius y Marus. De este manuscrito Barberino comparamos muchos pasajes con los Leccionarios de la basílica de San Pedro; y como los encontramos exactamente anotados, nos liberamos de una comparación más extensa de los mismos; y así pudimos dedicarnos más cómodamente a revisar otros muchos ejemplares manuscritos de la misma basílica, Vaticanos y de otras bibliotecas romanas.

SERMONES DE SAN LEÓN MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, PRONUNCIADOS EN LAS PRINCIPALES FESTIVIDADES DEL AÑO ANTE EL PUEBLO ROMANO.

ADVERTENCIA EN LOS DOS SIGUIENTES SERMONES,

En ediciones anteriores había un solo sermón que ahora presentamos dividido en dos. Para que, lector, comprendas la razón de este hecho, es necesario hacer algunas aclaraciones. En las ediciones publicadas antes de Quesnell, al primer sermón, que estaba compuesto por los dos siguientes, se le asignaba este título: En el aniversario del día de su ascensión al supremo pontificado romano y carga. Pero Quesnell, quien en la primera edición había mantenido el mismo título, consideró en la segunda que debía cambiarse de la siguiente manera: En la octava de su consagración. Esto intentó demostrarlo con una larga observación, que aquí presentamos en su totalidad.

Dejé este primer sermón de San León, como si hubiera sido dicho en el aniversario de su ascensión, bajo el mismo título que gozaba anteriormente en todas las ediciones antiguas, en mi primera edición, aunque un cierto escrúpulo me inquietaba. La razón para someter el asunto a un nuevo examen fue el nuevo pensamiento sobre el mismo sermón de los eruditos de la sociedad de hombres Juan Garnier y Daniel Papebroek. Aquel, en la página 33 del Libro Diurno de los pontífices romanos, escribe: San León en el mismo día de su ascensión hizo un sermón similar a esta homilía (que dice está insertada en la segunda profesión de fe de Gregorio PP. II), salvo que no añadió la fe al sermón de la misma manera. Quizás entonces aún no era costumbre emitir otra profesión que la que se hacía ante el cuerpo de San Pedro. Quizás, lo que más creo, la fe fue omitida por el recopilador de los sermones de León, porque la forma era común y no diferente del símbolo apostólico romano. Y en el apéndice, página 172, escribe que la palabra aniversario se introdujo en el título, porque el sermón, dice, enseña por sí mismo, y evidentemente muestra que fue pronunciado en el mismo día de la ascensión. En verdad, si, dice en la página 174, debe significarse el día del aniversario, y no el mismo día del natalicio, ¿por qué se dice: Comienza el servicio del pontífice consagrado?

¿Por qué la mención del regreso de un largo peregrinaje? ¿Por qué la acción de gracias por la elección? ¿Por qué el verbo del tiempo presente promueve, si ya hubiera pasado al menos un año entero en la sede pontifical? Por lo tanto, el sermón mencionado, según él cree, fue dicho en el día recurrente de la elección, para que el elegido, que fue el viernes 29 de marzo, fuera ordenado el mismo viernes, que fue el 10 de mayo.

Sus compañeros adoptaron la opinión de Daniel Papebrokius en su intento de establecer la cronología de los sumos pontífices en cuanto a la parte que asigna el día de la consagración; pero en cuanto a la otra parte que indica que la consagración misma se celebró el viernes, el erudito vio cuán enorme era el error; ya que, según la doctrina e institución de los apóstoles, el mismo León afirma la verdadera autoridad de la costumbre, por la cual siempre se ha observado que a aquellos que van a ser consagrados con la ordenación sacerdotal o levítica, nunca se les otorga la bendición sino en el día de la Resurrección del Señor, es decir, el domingo.

Es cierto para mí que no se puede asignar este primer sermón al aniversario del día; pero tampoco debe atribuirse al día de la consagración, como lo manifiestan claramente estas palabras de León: "Recurrente, pues, en su orden el día en que el Señor quiso que comenzara mi oficio episcopal, etc." Pues nadie puede negar que el comienzo del oficio episcopal es la ordenación; y es necesario afirmar que el día recurrente en su orden de este comienzo o de la ordenación es el segundo domingo que siguió inmediatamente a la ordenación, es decir, el octavo día desde la ordenación, para que León concuerde consigo mismo. Por tanto, creo que este primer sermón de San León fue dicho en la misma solemnidad de la ordenación, o en el octavo día, que era parte y clausura de aquella, cuando el día de la consagración recurrente en su orden, es decir, después de transcurridos siete días de la semana, regresaba el primer día o domingo en el orden de los días. Esto ciertamente no puede interpretarse de otra manera, si una vez se establece que no puede explicarse como el día del aniversario, como realmente se constata en toda la serie del sermón mismo.

Esta nueva opinión se confirma por un antiguo códice de la biblioteca Bodleiana, en la academia de Oxford, al cual nuestro León había comparado varios sermones y cartas, gracias al erudito Edmund Bernard, profesor Saviliano de astronomía en la misma academia, quien me había enviado en su momento diversas lecturas recopiladas de dicho códice. La antigüedad del códice se destaca por esta inscripción visible en el frente: En el nombre del Dios supremo comienzan los tratados, que desde el día de su ordenación durante un quinquenio continuo el beatísimo papa León pronunció al pueblo. Todo el título exhala antigüedad, e indica que los sermones o tratados (término familiar en la época de León) fueron transcritos de un códice escrito en la época de dicho pontífice. Pues, dado que de los mismos sermones no surgen indicios que muestren en qué año fue pronunciado cada uno, es necesario que casi inmediatamente después de ese quinquenio se haya escrito el primer ejemplar de dicho códice. En ese códice, el título del primer sermón no es En el aniversario, como se tiene en el encabezado de los siguientes, sino Sermón I de su ordenación; el cual solo pudo haberse dado en el día de la ordenación, como indica el título anterior, es decir, en el día recurrente, como dijo el mismo León, o en el octavo día.

Por otra parte, se dice correctamente que el servicio del obispo consagrado comienza justo después de completada la solemnidad de la ordenación: pues el día mismo de la ordenación fue el inicio del oficio episcopal, como expresa claramente León; pero no el comienzo del servicio, o el ejercicio del cargo asumido, ya que los espacios de un día tan solemne, ocupados por largas oraciones y extensas ceremonias, no lo permitían.

Sin embargo, una vez establecido esto, se hace conocida la costumbre de celebrar al octavo día la solemnidad de los pontífices consagrados, la cual no recuerdo que se haya conocido de otra manera. Pero es fácil convencerse de que así solía hacerse, tanto por las fiestas anuales de consagración celebradas religiosamente, como por la similar costumbre de celebrar el octavo día de la consagración bautismal de los fieles, e incluso la dedicación de las sagradas basílicas, la cual aún hoy persiste, aunque la dedicación de los templos sea, por ordenación pontificia, muy inferior.

Hasta aquí Quesnellus. Por lo tanto, se vio que no se podía asignar el día aniversario al primer sermón tal como fue publicado, ya que, como observa Garnerio, en la primera parte del sermón se dice que comienza el servicio del pontífice consagrado y se menciona el regreso de un largo peregrinaje, lo cual no concuerda de ninguna manera con el día aniversario. De aquí que parecía que debía admitirse el día de la ordenación. Sin embargo, como las palabras "Recurrente igitur per suum ordinem die," etc., no se ajustan propiamente al día de la ordenación, Quesnellus pensó que debía asignarse el día de la octava a este sermón. Sin embargo, la solemnidad del día de la octava, en la cual se llevaría a cabo la congregación de obispos, como exigen las palabras del sermón, es desconocida en toda la antigüedad. Sin embargo, se evidencia que no solía realizarse tanto en el día de la ordenación como en el aniversario de la reunión de obispos, según se desprende de la epístola 16 de Paulino a Delfino, la epístola de Sixto III a Cirilo, y la epístola del papa Hilario, quien sucedió a León, a Ascanio. De aquí que Tillemont en una nota al artículo de León, tomo XV, página 417, sospechó que se habían unido incorrectamente dos sermones.

Este nudo fue resuelto por seis códices. En tres manuscritos de la segunda colección, a saber, Barber. 88, basílica de San Pedro 210, y Casanatense G, III, 7, así como en el leccionario Vallicellano 26, se prefiere el sermón que comienza con "Laudem Domini", el cual concluye con las palabras "testimonium praestitistis", y con la cláusula final: "Per Christum Dominum nostrum". Sin embargo, el código Casinense 126 de la primera colección, que en el número 75 presenta el mismo sermón con el mismo final, en el número 72 había precedido como sermón distinto el que comienza: "Honorabilem mihi, dilectissimi, hodiernum diem fecit divina dignatio", etc., el cual en otros lugares, erróneamente, con la partícula "igitur" insertada después de la palabra "Honorabilem", había sido añadido al primer sermón, formando así el segundo y tercer capítulo. En el manuscrito también del leccionario Vallicellano A, 7, se observa la misma distinción de ambos sermones, y en el mismo orden: primero aparece el sermón "Honorabilem" en la página 185, luego el sermón "Laudem Domini" en la página 189.

De estos se concilian mejor todas las cosas. Pues el primer sermón, Laudem Domini, que presenta las fórmulas propias del día de la ordenación, fue pronunciado el mismo día del natalicio o de la ordenación; y quizás la solemnidad más extensa de ese día no permitía un sermón más largo. El segundo sermón, Honorabilem, fue recitado en el día aniversario, recurrente, como dice León, en el día que, según su orden, el Señor quiso que comenzara mi oficio episcopal. La dificultad que Garnerio plantea a partir de la palabra del segundo sermón en nuestro caso, si San León hubiera pasado al menos un año en la sede pontifical, es leve, y se puede resolver fácilmente con la corrección de una sola letra escribiendo provexit, que pudo surgir por la negligencia de los copistas. Quizás también provexit se leía en algunos códices más corregidos; pero cuando este sermón se unió con el anterior, que se refiere al mismo día de la ordenación, la lectura fue trasladada al tiempo presente para mantener la coherencia con lo anterior. De la misma manera parece que fue escrito, ipse mihi fiet, que

conviene al inicio del pontificado, en lugar de ipse est, que en algunos manuscritos se conserva, y que hemos restituido como más adecuado al día aniversario. Que nadie se sorprenda por la unión de dos sermones en uno: pues en los mismos códices de León encontramos otros ejemplos del mismo tipo. Así, en los libros manuscritos de las colecciones primera y segunda, dos sermones sobre el ayuno del décimo mes, el tercero y el cuarto, se unen en uno. Quizás, al parecer el primer sermón más breve de lo que las lecturas habituales del oficio divino requerían, se decidió unir dos sermones en algunos leccionarios incluso más antiguos, de los cuales esta misma unión se difundió en la mayoría de las colecciones.

7 SERMO PRIMERO. Sobre el Natalicio del mismo San León I; pronunciado en el día de su ordenación.

SINOPSIS.

San León, elegido en su ausencia, agradece por el beneficio recibido y solicita con esmero las oraciones de su Iglesia.

Mi boca hablará la alabanza del Señor (Sal. CXLIV, 21), y mi alma y espíritu, carne y lengua bendecirán su santo nombre. Porque es señal no de una mente avergonzada, sino ingrata, callar los beneficios divinos; y es bastante digno comenzar el servicio de los sacrificios de alabanza del Señor con la obediencia de un pontífice consagrado. Porque en nuestra humildad el Señor se acordó de nosotros (Sal. CXXXV, 24) y nos bendijo: porque Él solo hizo grandes maravillas para mí (Ibid., 4), de modo que el afecto de vuestra santidad me creyó presente, a quien la necesidad de un largo peregrinaje había hecho ausente. Doy gracias, pues, a nuestro Dios, y siempre las daré por todo lo que me ha retribuido. También celebro con la debida acción de gracias el juicio de vuestro favor, entendiendo claramente cuánto pueden para mí los estudios de reverencia, amor y fe de vuestra devoción, deseando con solicitud pastoral la salvación de vuestras almas, quienes emitieron un juicio tan santo sobre mí, sin méritos precedentes. Por tanto, os ruego por las misericordias del Señor, que ayudéis con oraciones a quien deseasteis con anhelos, para que el Espíritu de gracia permanezca en mí y vuestros juicios no vacilen. Que nos conceda a todos el bien común de la paz, quien os infundió el estudio de la unanimidad: para que todos los días de mi vida, al servicio del Dios omnipotente, y preparado para vuestra obediencia, pueda con confianza suplicar al Señor: Padre santo, consévalos en tu nombre, a quienes me diste (Juan XVII, 11): y siempre progresando vosotros hacia la salvación, mi alma magnificará al Señor, y en la retribución futura del juicio, así permanezca para mí ante el justo Juez la razón de mi sacerdocio (I Tes. II, 19), que vosotros seáis para mí por vuestras buenas obras mi gozo, vosotros mi corona, quienes con buena voluntad habéis dado un sincero testimonio de la vida presente. Por Cristo nuestro Señor.

SERMÓN II. Sobre su Natividad II; pronunciado en el aniversario de su ordenación.

SINOPSIS.

I. Nadie debe presumir de su propia justicia, ni desconfiar de la misericordia de Dios.---II. Reunión de los obispos en el aniversario de la consagración del pontífice romano, a quien la Iglesia recibe como heredero de Pedro, tal como a Pedro.

CAP. I.

El día de hoy, amadísimos, se ha vuelto honorable para mí por la divina dignación: que al elevar mi humildad al grado más alto, ha demostrado que no desprecia a ninguno de los suyos. Por lo tanto, aunque es necesario temer por el mérito, es religioso alegrarse por el don: porque quien es el autor de la carga para mí, es también el ayudante de la administración; y para que el débil no sucumba bajo la magnitud de la gracia, dará la fuerza quien confirió la dignidad. Así pues, al llegar de nuevo en su orden el día en que el Señor quiso que tuviera el inicio del oficio episcopal, tengo una verdadera causa de alegría para la gloria de Dios: quien, para ser amado mucho por mí, mucho me perdonó; y para hacer su gracia admirable, otorgó sus dones a aquel en quien no encontró méritos que intercedieran. Con esta obra suya, ¿qué nos insinúa el Señor en nuestros corazones, o qué nos encomienda, sino que nadie presuma de su propia justicia, y nadie desconfíe de su misericordia, que se manifiesta más evidentemente cuando el pecador es santificado y el despreciado es elevado? Pues la medida de los dones celestiales no depende de la calidad de nuestras obras: ni en este mundo, en el que toda la vida es tentación (Job VII, 1), se retribuye a cada uno según lo que merece: donde si el Señor observara las iniquidades, nadie podría soportar su juicio.

CAP. II.

Magnificad, pues, amadísimos, al Señor conmigo, y ensalcemos su nombre juntos (Sal. XXXIII, 4), para que toda la razón de la celebración de hoy se refiera a la alabanza de su autor. Pues en lo que propiamente concierne al afecto de mi alma, confieso que me regocijo enormemente por la devoción de todos vosotros. Y cuando veo esta espléndida concurrencia de mis venerables consacerdotes, siento que un coro angélico está presente entre nosotros en tantos santos. No dudo que hoy seamos visitados por una gracia más abundante de la presencia divina, cuando están presentes juntos y brillan con una sola luz tantos hermosísimos tabernáculos de Dios, tantos miembros excelentísimos del cuerpo de Cristo. Tampoco falta, confío, en este conjunto la piadosa dignación y fiel amor del beatísimo apóstol Pedro; ni ha abandonado vuestra devoción aquel cuya reverencia os ha congregado. Por tanto, él también se regocija con vuestro afecto, y en los compañeros de su honor abraza la observancia de la institución del Señor, aprobando la caridad ordenadísima de toda la Iglesia que en la sede de Pedro acoge a Pedro, y no se enfría en el amor de tan gran pastor ni en la persona de un heredero tan desigual. Para que, pues, esta piedad, amadísimos, que unánimemente mostráis hacia mi humildad, logre el fruto de su empeño, suplicad a la misericordiosísima clemencia de nuestro Dios, para que en nuestros días derrote a los que nos atacan, fortalezca nuestra fe, aumente el amor, aumente la paz, y se digne hacerme a mí, su siervo, a quien quiso presidir los timones de la Iglesia para mostrar las riquezas de su gracia, suficiente para tan gran obra, y útil para vuestra edificación, y extender los tiempos de nuestro servicio, para que lo que se haya concedido a la edad, aproveche a la devoción, por Cristo nuestro Señor. Amén.

SERMÓN III [Al. II]. Sobre su Tercer Natalicio; pronunciado en el día aniversario de su ascensión al cargo de sumo pontífice.

SINOPSIS.

I. El honor del sacerdocio debe ser referido a Dios. Esta figura fue prefigurada en Melquisedec; la distinción entre ambos. ---II. Qué desproporcionada es la debilidad humana para tan gran carga. Cristo siempre gobierna la Iglesia. La solidez de la fe de Pedro permanece. ---III. Elogios a Pedro, quien no abandona el cuidado de la Iglesia incluso ahora.

En qué sentido es roca y fundamento. ---IV. Pedro debe ser honrado en sus sucesores: Primado de todos los obispos. El progreso del rebaño es la alabanza del pastor.

CAP. I.

Cuantas veces la misericordia de Dios se digna renovar en nosotros los días de sus dones, hay una causa justa, amadísimos, y razonable para alegrarse, si el origen del oficio asumido se refiere a la alabanza de su autor. Pues reconozco que esta observancia es adecuada para todos los sacerdotes, pero especialmente necesaria para mí, quien, al considerar la pequeñez de mi insignificancia y la magnitud del cargo asumido, también debo proclamar aquella profecía: Señor, he oído tu fama y temí; he considerado tus obras y me he espantado. Pues, ¿qué hay tan insólito, tan temible, como el trabajo para el frágil, la sublimidad para el humilde, la dignidad para el que no lo merece? Y sin embargo, no desesperamos ni desfallecemos, porque no confiamos en nosotros mismos, sino en aquel que obra en nosotros. Por eso, amadísimos, hemos cantado el salmo davídico no para nuestra exaltación, sino para la gloria de Cristo el Señor con voz unánime. Él es de quien está escrito proféticamente: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Hebr. VII, 11): esto es, no según el orden de Aarón, cuyo sacerdocio, corriendo por la descendencia de su linaje, fue un ministerio temporal y cesó con la ley del Antiguo Testamento; sino según el orden de Melquisedec, en el cual se anticipó la forma del Pontífice eterno. Y mientras no se menciona de qué padres fue engendrado, en él se entiende que se muestra aquel cuya generación no puede ser narrada. Finalmente, cuando el sacramento de este sacerdocio divino llega también a las funciones humanas, no se sigue el camino de las generaciones, ni se elige lo que la carne y la sangre han creado; sino que, cesando el privilegio de los padres y omitiendo el orden de las familias, la Iglesia recibe como rectores a aquellos que el Espíritu Santo ha preparado; para que en el pueblo de la adopción de Dios, cuya totalidad es sacerdotal y real, no sea la prerrogativa del origen terrenal la que obtenga la unción, sino que la dignación de la gracia celestial engendre al prelado.

CAP. II.

Aunque, por tanto, amadísimos, nos encontremos débiles y perezosos para cumplir con el servicio de nuestro deber, ya que cuando deseamos actuar con devoción y diligencia, somos retrasados por la fragilidad de nuestra propia condición; teniendo, sin embargo, la intercesión incesante del omnipotente y eterno Sacerdote, quien, siendo semejante a nosotros e igual al Padre, sometió su divinidad a lo humano y elevó su humanidad a lo divino, nos regocijamos digna y piadosamente en su constitución: porque aunque delegó el cuidado de sus ovejas a muchos pastores, no abandonó la custodia de su amado rebaño. De cuya principal y eterna protección, también hemos recibido el amparo de la ayuda apostólica, que ciertamente no está vacante de su obra: y la firmeza del fundamento, sobre el cual se construye la altura de toda la Iglesia, no se debilita por el peso del templo que sobre él descansa. Pues la solidez de aquella fe, que fue alabada en el príncipe de los apóstoles, es perpetua; y así como permanece lo que Pedro creyó en Cristo, así permanece lo que Cristo instituyó en Pedro. Pues cuando, como está revelado en la lectura evangélica, el Señor preguntó a los discípulos quién creían que era Él, mientras muchos opinaban diversamente, y el bienaventurado Pedro respondió, diciendo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo: el Señor dijo: Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares

en la tierra, será atado en los cielos: y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos (Mateo XVI, 16-19).

CAP. III.

Permanece, por tanto, la disposición de la verdad, y el bienaventurado Pedro, perseverando en la fortaleza de la piedra que le fue otorgada, no abandonó el gobierno de la Iglesia que había recibido. Pues así fue ordenado sobre los demás, que mientras se le llama Piedra, mientras se le proclama fundamento, mientras se le constituye portero del reino de los cielos, mientras se le designa árbitro de atar y desatar, con la definición de sus juicios que también perdurará en los cielos, se le prefiere, para que conociéramos, a través de los mismos misterios de sus apelaciones, cuál era su asociación con Cristo. Él ahora cumple más plenamente y poderosamente lo que le fue encomendado, y lleva a cabo todas las partes de los oficios y cuidados en él y con él, por quien es glorificado. Si algo, por tanto, es hecho correctamente por nosotros, y correctamente discernido, si algo es obtenido de la misericordia de Dios por las súplicas diarias, es obra y mérito de aquel cuya potestad vive en su sede, y cuya autoridad sobresale. Pues esa confesión, amadísimos, que inspirada por Dios Padre al corazón apostólico, trascendió todas las incertidumbres de las opiniones humanas, y recibió la firmeza de la piedra, que no sería sacudida por ningún impulso. En toda la Iglesia, Pedro dice diariamente: Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, y toda lengua que confiesa al Señor es instruida por la enseñanza de esta voz. Esta fe vence al diablo y disuelve las cadenas de sus cautivos. Esta fe inserta a los rescatados del mundo en el cielo, y las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella. Pues está tan divinamente fortalecida, que ni la perversidad herética ni la perfidia pagana han podido jamás corromperla o superarla.

CAP. IV.

De este modo, amadísimos, se celebra con razonable obediencia la festividad de hoy, para que en la persona de mi humildad se entienda y se honre a aquel en quien persiste la solicitud de todos los pastores junto con la custodia de las ovejas que le han sido encomendadas, y cuya dignidad no decae incluso en un heredero indigno. Por lo tanto, la presencia deseada y honorable de mis venerables hermanos y consacerdotes es más sagrada y devota, si la piedad de este oficio en el que han dignado asistir, la ofrecen principalmente a aquel a quien reconocen no solo como el prelado de esta sede, sino también como el primado de todos los obispos. Así pues, cuando dirigimos nuestras exhortaciones a los oídos de vuestra santidad, creed que es él quien os habla, en cuyo lugar actuamos: porque os aconsejamos con su afecto, y no os predicamos otra cosa que lo que él enseñó: suplicándoos que, ceñidos los lomos de vuestra mente, llevéis una vida casta y sobria en el temor de Dios, y que la mente, olvidada de su primacía, no consienta en las concupiscencias de la carne. Breves y efímeros son los placeres de las alegrías terrenales, que intentan desviar a los llamados a la eternidad de los caminos de la vida. Por lo tanto, que el alma fiel y religiosa desee las cosas celestiales, y ávida de las promesas divinas, se eleve en amor al bien incorruptible y en esperanza de la verdadera luz. Estad seguros, amadísimos, de que vuestro esfuerzo, con el que resistís a los vicios y os oponéis a los deseos carnales, es agradable y precioso ante la vista de Dios, y no solo os beneficiará a vosotros, sino también a mí ante la misericordia de Dios: porque el cuidado del pastor se gloria en el progreso del rebaño del Señor. Porque mi corona, como dice el Apóstol, y mi gozo sois vosotros (I Tes. II, 19); si vuestra fe, que desde el principio del Evangelio ha sido proclamada en todo el mundo (Rom. I, 8), permanece en amor y santidad. Pues aunque toda la Iglesia, que está en todo el orbe de la tierra, debe florecer en todas las virtudes, a vosotros especialmente entre los demás pueblos os conviene sobresalir en

méritos de piedad, a quienes, fundados en la misma cumbre de la roca apostólica, nuestro Señor Jesucristo redimió con todos, y el bienaventurado apóstol Pedro instruyó sobre todos. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

SERMÓN IV [Al. III] Sobre su Natividad IV; en el aniversario del día de su ascensión.

SINOPSIS.

I. Esta festividad es común a todos los cristianos, quienes son tanto reyes como sacerdotes. --- II. Cuán grandes son los dones otorgados a Pedro sobre los demás: la Iglesia está fundada en Pedro y en su fe. --- III. El poder de las llaves, que Pedro recibió, ha sido transmitido a los otros apóstoles. Privilegio especial de Pedro, cuya especial atención es recibida del Señor, y por cuya fe Cristo oró propiamente, para que la firmeza que Cristo otorgó a Pedro sea conferida a los apóstoles a través de Pedro. --- IV. A las oraciones y al cuidado de Pedro se debe todo el bien que realizan sus sucesores.

CAP. I.

Me alegra, amadísimos, el afecto religioso de vuestra devoción, y doy gracias a Dios, porque en vosotros reconozco la piedad de la unidad cristiana. Pues como vuestra misma frecuencia lo atestigua, comprendéis que el retorno de este día pertenece a la alegría común, y que se celebra el honor de todo el rebaño a través de las fiestas anuales del pastor. Porque aunque toda la Iglesia de Dios esté ordenada en distintos grados, para que la integridad del cuerpo sagrado subsista a partir de diversos miembros; todos, sin embargo, como dice el Apóstol, somos uno en Cristo (I Cor. XII, 13); y nadie está tan separado del oficio de otro, que no pertenezca a la conexión de la humildad de cualquier parte del cuerpo. En la unidad, pues, de la fe y del bautismo, tenemos una sociedad indiscriminada, amadísimos, y una dignidad general, según aquella voz sacratísima del bienaventurado apóstol Pedro que dice: Y vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual, sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo; y más adelante: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (I Pedro II, 5, 9). Pues a todos los regenerados en Cristo, el signo de la cruz los hace reyes, y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes: para que, además de este servicio especial de nuestro ministerio, todos los cristianos espirituales y racionales reconozcan que son partícipes de la estirpe real y del oficio sacerdotal. ¿Qué hay más regio que tener un alma sometida a Dios como rectora de su cuerpo? ¿Y qué hay más sacerdotal que ofrecer al Señor una conciencia pura y sacrificios inmaculados de piedad desde el altar del corazón? Aunque esto se ha hecho común a todos por la gracia de Dios, es sin embargo religioso y loable para vosotros alegraros del día de nuestra promoción como si fuera vuestro propio honor; para que se celebre en todo el cuerpo de la Iglesia un único sacramento pontificio, que, al derramarse el ungüento de la bendición, fluyó más copiosamente hacia las partes superiores, pero no descendió escasamente también a las inferiores.

CAP. II.

Por tanto, amadísimos, aunque de la participación en este ministerio tengamos gran motivo de comunes alegrías, sin embargo, será para nosotros una causa de gozo más verdadera y excelente si no os detenéis en la consideración de nuestra humildad; ya que es mucho más útil y digno elevar la mirada de la mente para contemplar la gloria del beatísimo apóstol Pedro, y celebrar este día principalmente en su veneración, quien desde la misma fuente de todos los

carismas ha sido inundado con tan copiosas irrigaciones, que habiendo recibido mucho él solo, nada ha pasado a nadie sin su participación. El Verbo hecho carne ya habitaba entre nosotros (Juan 1, 14), y Cristo se había entregado por completo a la restauración del género humano. Nada era indispuerto para la sabiduría, nada arduo para el poder. Los elementos servían, los espíritus ministraban, los ángeles servían, y de ninguna manera podía ser ineficaz el sacramento que la unidad de la misma Deidad y la Trinidad operaban simultáneamente. Y sin embargo, de todo el mundo, uno solo, Pedro, es elegido, quien es puesto al frente de la vocación de todas las naciones, de todos los apóstoles y de todos los Padres de la Iglesia: de modo que, aunque en el pueblo de Dios haya muchos sacerdotes y muchos pastores, todos ellos son propiamente gobernados por Pedro, a quienes principalmente gobierna también Cristo. Grande y maravilloso, amadísimos, es el consorcio de poder que la divina dignación concede a este hombre; y si quiso que algo fuera común con él a los demás príncipes, nunca dio nada a otros sin pasar por él lo que no negó a los demás. Finalmente, el Señor pregunta a todos los apóstoles qué opinan los hombres de Él; y el discurso de los que responden es común mientras se explica la ambigüedad de la ignorancia humana. Pero cuando se exige saber qué piensan los discípulos, es el primero en la confesión del Señor quien es el primero en la dignidad apostólica. Cuando dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, Jesús le respondió: Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mateo 16, 16-17); es decir, eres bienaventurado porque mi Padre te enseñó, y no te engañó la opinión terrena, sino que la inspiración celestial te instruyó: y no la carne ni la sangre, sino aquel de quien soy el Hijo unigénito te lo indicó. Y yo, dice, te digo: esto es, así como mi Padre te manifestó mi divinidad, así también yo te hago conocer tu excelencia: Porque tú eres Pedro: es decir, aunque yo sea la roca inviolable, yo la piedra angular que hace de ambos uno, yo el fundamento sobre el cual nadie puede poner otro (Efesios 2, 14 y 20); sin embargo, tú también eres roca, porque eres solidificado por mi virtud, para que lo que es propio de mí por poder, sea común contigo por participación. Y sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mateo 16, 18). Sobre esta, dice, fortaleza edificaré un templo eterno, y la sublimidad de mi Iglesia, destinada al cielo, se levantará sobre la firmeza de esta fe.

CAP. III.

Esta confesión no será retenida por las puertas del infierno, ni las ataduras de la muerte la sujetarán: pues esta voz es la voz de la vida. Y así como eleva a sus confesores a los cielos, así sumerge a los negadores en el infierno. Por eso se dice al beatísimo Pedro: Te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos (Mateo XVI, 19). En verdad, el derecho de este poder también pasó a los otros apóstoles, y la constitución de este decreto se extendió a todos los príncipes de la Iglesia; pero no en vano se encomienda a uno lo que se comunica a todos. A Pedro, en efecto, se le confía esto singularmente, porque la figura de Pedro se antepone a todos los rectores de la Iglesia. Permanece, por tanto, el privilegio de Pedro, dondequiera que se pronuncie un juicio con su equidad. No es excesiva ni la severidad ni la indulgencia, donde nada será atado, nada desatado, sino lo que el bienaventurado Pedro haya atado o desatado. Sin embargo, al acercarse su pasión, el Señor, lo que iba a turbar la constancia de los discípulos, dijo: Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos, para que no entréis en tentación (Lucas XXII, 31, 32). El peligro de la tentación del miedo era común a todos los apóstoles, y todos necesitaban igualmente la ayuda de la protección divina, ya que el diablo deseaba agitar a todos, derribar a todos; y sin embargo, se recibe un cuidado especial de parte del Señor hacia Pedro, y se

suplica propiamente por la fe de Pedro, como si el estado de los demás fuera más seguro si la mente del príncipe no fuera vencida. En Pedro, por tanto, se fortalece la fortaleza de todos, y la ayuda de la gracia divina se ordena de tal manera que la firmeza que Cristo otorga a Pedro, se confiere a los apóstoles a través de Pedro.

CAP. IV.

Por tanto, amadísimos, al ver que se nos ha instituido divinamente un auxilio tan grande, nos alegramos razonable y justamente en los méritos y dignidad de nuestro líder, dando gracias al eterno Rey, nuestro Redentor, el Señor Jesucristo, que le dio tal poder a aquel a quien hizo príncipe de toda la Iglesia, de modo que si algo se hace correctamente en nuestros tiempos por nosotros, y se dispone correctamente, debe atribuirse a sus obras, a su gobierno, a quien se le dijo: Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos; y a quien, después de su resurrección, el Señor, con una insinuación mística, le dijo tres veces en la triple profesión de amor eterno: Apacienta mis ovejas (Juan 21, 17). Lo cual, sin duda, también hace ahora, y el piadoso pastor cumple el mandato del Señor, confirmándonos con sus exhortaciones y no cesando de orar por nosotros, para que no seamos vencidos por ninguna tentación. Si, como debe creerse, extiende este cuidado de su piedad a todo el pueblo de Dios en todas partes, ¿cuánto más dignará extender su ayuda a nosotros, sus discípulos, entre quienes descansa con la misma carne con la que presidió, en el sagrado lecho de su bienaventurada dormición? A él, pues, atribuyamos este día natalicio de nuestro servicio, a él dediquemos esta fiesta, por cuyo patrocinio hemos merecido ser consortes de su sede, con la gracia de nuestro Señor Jesucristo ayudándonos en todo, quien vive y reina con Dios Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN V [Al. IV]. Sobre su Natividad V, en el aniversario de su ascensión al pontificado.

SINOPSIS.

I. Todo debe ser referido a Dios.---II. Cuanto más alto sea el lugar que alguien ocupa en la Iglesia, tanto más debe temer.---III. Cristo es el verdadero Sacerdote según el orden de Melquisedec, y siempre está presente en su Iglesia.---IV. Pedro siempre cuida de la sede romana.---V. Se debe rendir honor principalmente a aquel cuya sede es servida por sus sucesores.

CAP. I.

Así como el honor de los hijos, amadísimos, es la dignidad de los padres, así también la alegría del pueblo es el gozo del sacerdote. Y dado que esto proviene del don divino —pues todo, como está escrito, don perfecto y todo regalo óptimo descende de lo alto, del Padre de las luces (Santiago 1, 17)— debemos dar gracias al autor de todos los bienes, ya que tanto en los incrementos naturales como en las instituciones morales, él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos (Salmo 99, 3). Y cuando confesamos esto piadosa y fielmente, no nos gloriamos en nosotros mismos, sino en el Señor; los votos se renuevan fructuosamente en nosotros con el tiempo, y las fiestas religiosas son justas alegrías, en las cuales no somos ingratos al callar sobre los dones, ni soberbios al presumir de los méritos. Por tanto, amadísimos, llevemos toda causa y razón de la solemnidad de hoy a su origen y principio; y alabemos con la debida acción de gracias a aquel en cuya mano están los grados de los oficios y los momentos de los tiempos. Pues si miramos a nosotros y a lo nuestro, apenas encontramos algo por lo que con razón podamos alegrarnos. Rodeados de carne mortal y

sujetos a la fragilidad de la corrupción, nunca somos tan libres que no seamos golpeados por alguna impugnación; ni se obtiene una victoria tan feliz en esta lucha que no surjan también, después de los triunfos, combates renovados. Por lo tanto, nadie es tan perfecto pontífice, tan inmaculado sacerdote, que deba ofrecer sacrificios de expiación solo por los delitos del pueblo, y no también por sus propios pecados.

CAP. II.

Si esta condición obliga a todos los sacerdotes en general, cuánto más nos compromete y nos impone una carga; a nosotros, para quienes la magnitud misma de la obra asumida es una ocasión frecuente de ofensa. Pues aunque cada pastor individualmente presida con especial solicitud sobre sus rebaños, y sepa que deberá rendir cuentas por las ovejas que le han sido confiadas, sin embargo, nosotros tenemos un cuidado común con todos; y la administración de nadie deja de ser parte de nuestro trabajo: de modo que, mientras se acude a la sede del bienaventurado apóstol Pedro desde todo el mundo, y ese amor universal de la Iglesia, encomendado por el Señor a él, también se exige de nuestra administración; sentimos que la carga nos apremia tanto más cuanto mayores son nuestras obligaciones con todos. En esta materia de inquietud, ¿cuál sería nuestra confianza para cumplir con el servicio, si no velara ni durmiera el que guarda a Israel, y quien dijo a sus discípulos: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo" (Mat. XXVIII, 20)? Si no se dignara ser no solo el guardián de las ovejas, sino también el pastor de los pastores; quien no es visto con la mirada corporal, pero es sentido con el corazón espiritual; ausente en la carne, en la que pudo ser visible; presente en la deidad, en la que siempre está todo en todas partes. Porque el justo vive por la fe (Habac. II, 4), y esta es la justicia del creyente, recibir en el alma lo que no ve con la vista; el Señor, al ascender a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Sal. LXVII, 19), a saber, la fe, la esperanza y la caridad, que son grandes, fuertes y preciosas, porque lo que no se alcanza con los ojos de la carne, se cree, se espera y se ama con un maravilloso afecto del alma.

CAP. III.

Está presente, por tanto, amadísimos, aquello que no confesamos temerariamente, sino con fidelidad: en medio de los creyentes está el Señor Jesucristo. Y aunque está sentado a la derecha de Dios Padre, hasta que ponga a sus enemigos por estrado de sus pies (Sal. 109, 3), no falta sin embargo el Sumo Pontífice en la congregación de sus pontífices, y con razón se le canta con la voz de toda la Iglesia y de todos los sacerdotes: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Ibid. 6). Él es en verdad el verdadero y eterno Pontífice, cuya administración no puede tener cambio ni fin. Él es de quien Melquisedec, el pontífice, prefiguraba la forma, no ofreciendo sacrificios judaicos a Dios, sino inmolando el sacrificio de aquel sacramento que nuestro Redentor consagró en su cuerpo y sangre. Él es cuyo sacerdocio el Padre instituyó no según el orden de Aarón, que habría de pasar con el tiempo de la ley, sino según el orden de Melquisedec, para ser celebrado perpetuamente con el firme fundamento de un juramento inquebrantable. Pues así como el juramento entre los hombres se emplea en aquellas definiciones que se sancionan con pactos perpetuos, también la testificación del juramento divino se encuentra en aquellas promesas que están fijadas con decretos inmutables: y como el arrepentimiento indica un cambio de voluntad, en esto Dios no se arrepiente, en lo que según su eterno designio no puede querer otra cosa que lo que ha querido.

CAP IV.

No es, por tanto, para nosotros, amadísimos, una festividad presuntuosa, en la que recordamos y honramos el día del sacerdocio recibido como un don divino; ya que confesamos piadosa y verdaderamente que Cristo lleva a cabo la obra de nuestro ministerio en todo lo que hacemos correctamente; y no nos gloriamos en nosotros mismos, que sin Él nada podemos, sino en Él, que es nuestra posibilidad. Se añade a la razón de nuestra solemnidad no solo la dignidad apostólica, sino también la episcopal del beatísimo Pedro, quien no cesa de presidir su sede y mantiene una comunión inquebrantable con el Sacerdote eterno. Pues aquella solidez que, siendo él mismo hecho Piedra por Cristo, la Roca, recibió, se transfirió también a sus herederos, y dondequiera que se manifieste algo de firmeza, sin duda aparece la fortaleza del pastor. Porque si a casi todos los mártires en todas partes se les ha concedido, para manifestar sus méritos, el don de socorrer a los que están en peligro, alejar enfermedades, expulsar espíritus inmundos y curar innumerables dolencias; ¿quién será tan ignorante o tan envidioso evaluador de la gloria del bienaventurado Pedro, que no crea que todas las partes de la Iglesia son gobernadas por su solicitud, y aumentadas por su ayuda? Vigoriza y vive en el príncipe de los apóstoles aquel amor de Dios y de los hombres, que no fue aterrorizado por las prisiones, ni por las cadenas, ni por los impulsos populares, ni por las amenazas reales; y una fe insuperable, que no cedió en la lucha, ni se enfrió en la victoria.

CAP. V.

Por tanto, cuando en nuestros días las tristezas se convierten en alegría, los trabajos en descanso, las discordias se transforman en paz, reconocemos que somos ayudados por los méritos y oraciones de nuestro prelado, y experimentamos frecuentemente sus enseñanzas con consejos saludables, y que él preside con juicios justos; de modo que, permaneciendo entre nosotros el derecho de atar y desatar, por la moderación del beatísimo Pedro, tanto el condenado a penitencia como el reconciliado sean llevados al perdón. Y por eso, cualquier cosa que hoy nos hayáis ofrecido en deber, ya sea por la dignación de los hermanos o por la piedad de los hijos, reconoced que lo habéis dedicado más religiosamente y verdaderamente conmigo a aquel cuya sede nos alegramos no tanto de presidir como de servir, esperando que por sus oraciones se nos conceda que Dios de las misericordias mire benignamente los tiempos de nuestro ministerio, y se digne siempre guardar y pastorear al pastor de sus ovejas.

ADVERTENCIA SOBRE LOS SIGUIENTES SERMONES DE LAS COLECTAS.

Son muy célebres los sermones de San León sobre las Colectas; pues indican ciertas colectas peculiares, que aunque son mencionadas por muchos a partir de León, no se ha logrado encontrar a alguien que las haya explicado. Quesnel, en la nota al primer sermón sobre las Colectas, añadió solamente esto: Sobre el uso y la antigüedad de las colectas, acumular mucho aquí sería redundante. Consúltese a quien quiera al cardenal Baronio en el año de Cristo 44, números 30 y 31, y en el año 58, número 35. Que no solían hacerse solo en domingo en tiempos de León, se evidencia en los sermones 2 y 3, donde se menciona el lunes y el martes. Sin embargo, creemos que San León en estos sermones no habla de las colectas comunes, que antiguamente se realizaban en todas las Iglesias, sino de una recolección extraordinaria y especial de limosnas: la cual, convocada e iniciada en un tiempo específico del año y en un día determinado, se completaba en los días siguientes.

La indicación se establece para un día específico en cada sermón: pues en el primer sermón para el domingo, en el segundo para el lunes, en el tercero para el martes, en el cuarto para el miércoles, o más bien el jueves, en el quinto nuevamente para el primer domingo, y en el

sexto para el sábado se convocan las colectas. Aunque estos sermones fueron pronunciados en diferentes años, en esta variedad de días sin duda se insinúa un día específico de algún mes, que en un año caería en domingo, en otro en lunes, en otro en martes, etc., y con el transcurso de los años volvería a caer en domingo. Sin embargo, el día mencionado en estos sermones no se llama único, sino el primer día de las colectas, como se menciona en el sermón 2, y en el sermón 5, capítulo 4 se dice: El primer domingo será la futura colecta. Por lo tanto, en otros días se realizaban otras colectas; y así estas colectas se extendían a varios días.

En estos días, los romanos debían reunirse en las iglesias de sus regiones para realizar la distribución de limosnas, según lo permitían sus posibilidades y devoción, tal como se menciona en los sermones 3 y 4, capítulo 3, y sermón 6, capítulo 2. En tiempos de León, había siete regiones eclesiásticas en la ciudad, cada una con su propia diaconía, donde se encontraban hospitales y albergues para pobres, en los cuales las viudas y otros necesitados eran sustentados con la ayuda de la Iglesia. Véase a Mabillon en su Comentario sobre el Orden Romano, tomo II del Museo Italiano, página 17. A estas diaconías debían llevarse las limosnas, que, bajo el cuidado de los responsables, se destinaban a los gastos necesarios, ya que a la Iglesia principalmente acudía cada uno en busca de ayuda, como dice León en el sermón 6, capítulo 2.

Ahora se debe establecer, si es posible, la institución de estas colectas, así como en qué mes caerían, en qué día del mes comenzarían y cuántos días durarían. La institución es insinuada por el Santo Pontífice en los sermones 3, 4 y 5, donde revela que tales colectas fueron introducidas antiguamente por los Padres, para que en el día en que los paganos servían al diablo con sus supersticiones, los cristianos ofrecieran sus ofrendas a Dios de manera más sagrada. Así lo dice en el sermón 2: Para destruir las insidias del antiguo enemigo, en el día en que los impíos servían al diablo bajo el nombre de sus ídolos, se instituyó providencialmente la primera colecta en la santa Iglesia. Y más claramente en el sermón 4, cap. 3; Nos invita el día de la institución apostólica, en el cual la primera colecta de las santas ofrendas fue prudentemente y útilmente ordenada por los Padres, para que, dado que en este tiempo el pueblo gentil servía supersticiosamente a los demonios; se celebrara la ofrenda sacratísima de nuestras limosnas contra las profanas ofrendas de los impíos. Y como esto fue muy fructífero para el crecimiento de la Iglesia, se decidió que fuera perpetuo. Y en el sermón 5, c. 1, se testifica que esta institución fue beneficiosa para los antiguos en la destrucción de las vanidades. De esto se deben recoger dos cosas. Primero, que los antiguos Padres de la Iglesia, quienes transformaron muchos otros días de supersticiones en cultos piadosos, convirtieron alguna célebre superstición pagana, en la que se ofrecían ofrendas profanas en un día célebre al culto impío de los ídolos, en piadosas colectas de este tipo. Segundo, que esta institución fue tan solemne y útil para la Iglesia, que los mismos Padres quisieron que fuera perpetua; y por eso, aunque aquella antigua superstición fue abolida, aún en la época de León seguía vigente.

La superstición de la que se habla, su origen, y el mes y día en que se celebraban estas colectas, deben deducirse de otras fuentes, ya que San León no proporciona información al respecto. Para ello, es útil el orden de estos sermones que encontramos en algunos manuscritos. En el Leccionario Vallicellano A, 6, se incluyen cuatro de estos sermones. Se describen después de los sermones del día de San Pedro y San Pablo, y antes del sermón 84 de León, que en las colecciones manuscritas se asigna al tercer, cuarto y quinto día de la octava de los mismos apóstoles; el mismo orden se observa en los códices de la segunda colección. Por lo tanto, parece que tanto las supersticiones mencionadas como las colectas de

este tipo ocurrían a principios de julio. Al inicio de julio, el día supersticioso era el día antes de las nonas, cuando los paganos celebraban con gran solemnidad los juegos Apolinales, para los cuales también contribuían con dinero. Estos juegos fueron instituidos después de la derrota de Cannas, basándose en un poema del famoso vate Marcio, que Livio menciona en sus libros, libro XXV, capítulo 12: "Enemigos, romanos, si queréis expulsarlos... propongo que se ofrezcan juegos a Apolo, que se celebren anualmente en honor a Apolo, con una parte financiada por el pueblo y que los privados contribuyan por ellos y sus familias; el pretor estará a cargo de estos juegos". Al descubrirse este poema y presentarse al senado, los Padres decidieron que se debían ofrecer juegos a Apolo, organizados por el pretor de la ciudad. Este, al organizarlos en el circo máximo, decretó que el pueblo contribuyera con una ofrenda a Apolo durante los juegos, según su conveniencia. Inicialmente, estos juegos no tenían un día fijo. Pero en el año 546 de la fundación de Roma, el pretor urbano P. Varus, mediante una ley presentada al pueblo, fue ordenado a establecer un día fijo. Así, él fue el primero, dice Livio en el libro XXVII, en prometer y establecer el día antes de las nonas de Quintiles. Este día se mantuvo como solemne. Sin embargo, según dos calendarios antiguos, el de Maffei y el de Blanchini, el texto de Livio debe corregirse, y en lugar de "III nonas" debe leerse "II nonas Quintiles", lo cual también confirma un tercer calendario inscrito en mármol y encontrado en Amiternum, publicado por Muratori en el tomo I del Thesaurus Inscriptionum, página 101. El único calendario, no de mármol, sino del manuscrito Cesareo publicado por Lambecio, que es posterior en edad, no debe preferirse a los tres mencionados, ya que pone "III nonas". Esto pudo haber ocurrido fácilmente por un error de los copistas. Los bolandistas, en el tomo VI de junio, parte II, han colocado junto a este calendario, que Lambecio fue el primero en publicar, otro calendario inédito anteriormente, escrito por Polemio Silvio en la época de nuestro León, en el cual, al igual que en los calendarios de mármol, se asignan los juegos a "II nonas". Inicialmente, se estableció un solo día para estos juegos, luego se repitieron o continuaron en varios días, según algunos testimonios antiguos que mencionan diferentes días, como ha recopilado Norisio en los Cenotafios Pisanos, disertación 2, capítulo 6, y antes que él, Manucio en "De Legibus Romanorum" y en el comentario sobre la epístola 1, libro XVI, a Ático. Según el calendario romano, que fue inscrito en el primer siglo de la Iglesia y se conserva en el museo Capitolino, editado por Francisco Blanchini en el tomo II de Anastasii, página 305, tabla C, y también según el de Maffei, que ha sido reeditado varias veces, aprendemos que los juegos Apolinales comenzaban el "II nonas Julias" y continuaban hasta el "IV idus", es decir, hasta el duodécimo día del mismo mes. En el calendario de Lambecio, los mismos juegos Apolinales también se anotan el "III idus" del mismo mes, es decir, el día 13. Esto se explica por Cicerón en la epístola 4, libro XVI, a Ático, donde menciona una "caza" al día siguiente de los juegos Apolinales, que se consideraba como un apéndice de los juegos Apolinales. De ahí que el calendario de Blanchini tenga "III id." con la anotación "En el Circo", y el de Maffei junto con el de Amiternum el mismo día, "Juegos en el Circo".

Por lo tanto, esta superstición convertida por los antiguos Padres en un uso piadoso, parece haber sido el primer día de las colectas el 6 de julio, que es el día de la octava de los Santos Pedro y Pablo; y debía ser anunciado con cierta antelación, para que el pueblo pudiera prepararse oportunamente para la colecta; por consiguiente, es muy probable que estos sermones se hayan pronunciado entre el día del natalicio y la octava de los santos apóstoles. Si tres de estos sermones fueron asumidos para el uso de los oficios divinos, asignados a los domingos 2, 3 y 4 después del natalicio de los apóstoles, como se encuentra en el mencionado Leccionario Vallicellano, esto ocurrió en un tiempo posterior, de modo que se asignara un domingo a cada uno; del mismo modo, el sermón 84, que pertenece a la octava de los

Apóstoles, se describe en el mismo Leccionario para ser leído el domingo 6 después de su natalicio.

De lo que hemos establecido hasta ahora, es fácil indicar el año de cada uno. Pues el Santo Pontífice de la Iglesia Romana presidió desde el año 440 hasta el año 461, el primer y quinto sermón, recitados en años distintos en los que se anuncia la primera colecta en domingo, deben asignarse a los años 441, 447, 452 o 458; ya que en estos años el seis de julio, según la letra dominical E, cayó en domingo. El segundo sermón, que anuncia la primera colecta el lunes, debe atribuirse a los años 442, 453 o 459, en los cuales el dos de las nonas de julio fue lunes; de manera similar, el tercer sermón, que designa el martes, debe adjudicarse a los años 443, 448 o 454, en los cuales el mismo día fue martes; y el sexto sermón, que menciona el día sábado, se celebró en los años 446 o 457, cuando el seis de julio cayó en sábado.

Un día de miércoles, que se designa con el cuarto sermón, no parece coincidir con otro carácter del mismo sermón. Pues este sermón fue claramente pronunciado cuando al inicio se trataba del error descubierto en Roma contra los maniqueos, por lo que el Santo Pontífice en el capítulo 4 exhorta a los presbíteros a denunciar a estos oyentes. Esto ocurrió en el mes de julio del año 444, ya que en el año 443 los maniqueos aún no habían sido descubiertos en ese mes; sin embargo, retrasar este sermón hasta los años 449, 455, o 460, en los cuales el sexto día de julio coincide con el miércoles designado en este sermón, no permite en absoluto los inicios del maniqueísmo descubierto en Roma. Esta dificultad sobre la otra supersticiosa solemnidad indicada por León, cuya primera jornada, y la primera colecta ligada a ella en el año 444, cayó en miércoles, había suscitado sospechas. Pero como no se encontró ninguna otra solemnidad pagana que coincidiera de igual manera, y ningún otro carácter de estos sermones se ajusta más a una superstición étnica que a los juegos Apolinales, que comenzaban el seis de julio; creemos que un error se deslizó en la anotación de miércoles en el cuarto sermón. Sin embargo, fue muy fácil que por una confusión de los copistas se leyera o escribiera miércoles en lugar de jueves; que ciertamente en el año 444 coincidió con el segundo día de las nonas de julio.

27 SERMO VI [Al. V]. De Collectis I.

SINOPSIS.

Con la recomendación de la limosna presentada, se recuerda la presencia del Domingo de las colectas.

Por numerosos testimonios de las Sagradas Escrituras se nos enseña cuán grande es el mérito de las limosnas y cuánta es su virtud. Es cierto que cada uno de nosotros beneficia a su propia alma cada vez que su misericordia socorre la necesidad ajena. Por lo tanto, amadísimos, nuestra generosidad debe ser pronta y fácil, si creemos que cada uno se otorga a sí mismo lo que da a los necesitados. Pues quien alimenta a Cristo en el pobre, guarda su tesoro en el cielo. Reconoce, pues, en esto la benignidad y la dispensación de la piedad divina. Por eso quiso que abundaras, para que a través de ti otro no careciera, y por el ministerio de tu obra librara al pobre del trabajo de la indigencia, y a ti de la multitud de pecados. ¡Oh maravillosa providencia y bondad del Creador, que quiso que con un solo acto se socorriera a dos! El próximo día del Señor será de colectas. Exhorto y aconsejo a vuestra santidad, que cada uno recuerde tanto a los pobres como a sí mismo, y según la posibilidad de vuestras fuerzas reconozcáis en los necesitados a Cristo, quien nos encomendó tanto a los pobres, que testificó

ser vestido y acogido en ellos, y alimentado Cristo nuestro Señor (Mat. XXV, 40), quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN VII [Al. VI]. Sobre las Colectas. II.

SINOPSIS.

La limosna es otro lavacro de los pecados y una obra de máxima caridad.

Os predicamos, amadísimos, un mandato conocido y familiar con exhortación pastoral, para que os esforcéis en ser devotos en la obra de misericordia. Aunque esto nunca es descuidado por vuestra santidad, ahora debe ser ejecutado con mayor prontitud y dedicación: porque el primer día de las colectas, establecido muy sabiamente por los santos Padres, exige que cada uno, según lo que sea deseable y posible, contribuya de sus bienes para el uso y sustento de los pobres; sabiendo que, además de aquel baño de regeneración en el que fueron lavadas todas las manchas de los pecados, este remedio ha sido divinamente otorgado a la debilidad humana, para que si se contrae alguna culpa en esta morada terrenal, sea borrada con limosnas. Las limosnas son obras de caridad, y sabemos que la caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8; Prov. X, 12). Por lo tanto, amadísimos, preparad con diligencia vuestras colectas espontáneas para el segundo día, para que todo lo que hayáis tomado de vuestras substancias temporales, lo recibáis multiplicado en la retribución eterna.

SERMÓN VIII [Al. VII]. Sobre las Colectas III.

SINOPSIS.

Las colectas se han instituido con ocasión de las supersticiones paganas, de las cuales ni siquiera el pobre es excluido; la limosna atormenta a los demonios; los pobres no están ajenos al fruto de las colectas.

Es propio de la piedad cristiana, amadísimos, que lo que ha sido instituido por las tradiciones apostólicas se conserve con devoción perseverante. Pues aquellos bienaventurados discípulos de la verdad, inspirados divinamente, recomendaron esta doctrina, para que siempre que la ceguera de los paganos estuviera más atenta a sus supersticiones, entonces especialmente el pueblo de Dios se dedicara a las oraciones y obras de piedad. Porque los espíritus inmundos, tanto como se alegran con el error de los gentiles, tanto son abatidos por la observancia de la verdadera religión, y el crecimiento de la justicia quema al autor de la impiedad. El bienaventurado maestro de las naciones prevenía que sus impíos y profanos comentarios no introdujeran ninguna contaminación en los corazones consagrados al verdadero Dios, cuando decía con voz apostólica: No os unáis en yugo desigual con los infieles. ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué comunión la luz con las tinieblas? (II Cor. VI, 14). Y luego añadió la voz del espíritu profético, diciendo: Salid, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo (Ibid., 17; Isai. LII, 11). Por lo cual, ya que para destruir las insidias del antiguo enemigo, en el día en que los impíos servían al diablo bajo el nombre de sus ídolos, se instituyó providencialmente en la santa Iglesia la primera colecta: queremos que vuestra devoción se reúna el martes en todas las Iglesias de vuestras regiones con ofrendas voluntarias de limosnas. En esta obra, aunque no todos tengan la misma capacidad, debe haber igual piedad: porque la generosidad de los fieles no se mide por el peso del don, sino por la cantidad de benevolencia. Tengan, pues, también los pobres ganancia en este comercio de misericordia, y para el sustento de los necesitados extraigan

algo de cualquier sustancia que no les cause tristeza. Que el rico sea más copioso en el don, mientras que el pobre no sea inferior en ánimo. Aunque se espere un mayor rendimiento de una mayor siembra, también puede provenir mucho fruto de justicia de una siembra exigua. Pues nuestro juez es justo y veraz, quien no defrauda a nadie con la recompensa de los méritos. Y por eso quiere que tengamos cuidado de los pobres, para que en el examen de la futura retribución, Cristo nuestro Dios, quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos, otorgue la misericordia prometida a los misericordiosos. Amén.

SERMÓN IX [Al. VIII]. Sobre las Colectas IV.

SINOPSIS.

I. La luz del Evangelio disipa las tinieblas de la superstición gentil, de las cuales emanan todos los vicios. ---II. Por eso se predica el juicio futuro por Cristo, para que, con la abundancia de su misericordia, los pecados sean redimidos. ---III. Las colectas son de institución apostólica: fueron ordenadas con ocasión de la superstición pagana; los pobres más modestos deben ser especialmente ayudados. ---IV. Denunciar a los herejes es especialmente grato a Dios. Los dogmas de los maniqueos.

CAP. I.

Misericordia, amadísimos, y la justicia de Dios han revelado la forma de sus retribuciones, dispuesta desde la constitución del mundo, a través de la doctrina de nuestro Señor Jesucristo con una exposición muy benigna, para que, al recibir los significados de las cosas que creemos futuras, ya las conociéramos como si fueran hechos consumados. Pues nuestro Redentor y Salvador sabía cuántos errores había esparcido la falacia del diablo por todo el mundo, y cuántas supersticiones habían sometido a la mayor parte del género humano. Pero para que la criatura, creada a imagen de Dios, no fuera llevada más allá, por ignorancia de la verdad, a los precipicios de la muerte eterna, insertó en las páginas evangélicas la cualidad de su juicio, que revocaría a todo hombre de las insidias del enemigo más astuto: ya que a nadie le sería desconocido qué premios esperar los buenos, y qué castigos temer los malos. Pues aquel incitador y autor del pecado, primero orgulloso para caer, luego envidioso para dañar, porque no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44), colocó toda su fuerza en la mentira, y produjo de esta venenosa fuente de su arte todos los géneros de engaños: para excluir de aquel bien, que él mismo había perdido por su propia elevación, la esperanza de la devoción humana, y arrastrar a la condenación a aquellos cuya reconciliación no podía alcanzar. Cualquiera, por tanto, de los hombres que haya ofendido a Dios con cualquier impiedad, ha sido conducido por el engaño de este, ha sido depravado por su malicia. Pues fácilmente impulsó a todos los vicios a aquellos a quienes engañó con la religión. Sabiendo, además, que Dios no solo es negado con palabras, sino también con hechos, a muchos a quienes no pudo quitar la fe, les quitó la caridad; y ocupando el campo de sus corazones con las raíces de la avaricia, despojó del fruto de las obras a aquellos a quienes no privó de la confesión de los labios.

CAP. II.

Por estas razones, amadísimos, la inefable benignidad de Cristo quiso que conociéramos las astucias del antiguo enemigo, para que supiéramos qué se decidiría sobre la humanidad en el día de la retribución. Así, mientras en este tiempo se ofrece la medicina de los remedios legítimos, mientras no se niega la reparación a los caídos, y aquellos que durante mucho

tiempo fueron estériles pueden finalmente ser fecundos, se previene la censura dispuesta por la justicia, y la imagen de la divina discreción nunca se aleje de los ojos del corazón. Porque vendrá el Señor en la gloria de su majestad, como Él mismo predijo (Mateo 25, 31), y con Él estará presente una innumerable multitud de legiones angélicas resplandecientes en su esplendor. Se congregarán ante el trono de su poder los pueblos de todas las naciones; y todo lo que la humanidad ha engendrado en todos los siglos en todo el mundo estará de pie ante el Juez. Los justos serán separados de los injustos, los inocentes de los culpables; y cuando los hijos de la piedad reciban el reino preparado para ellos, habiendo sido revisadas las obras de misericordia, se reprochará a los injustos la dureza de su esterilidad; y aquellos que no tienen nada en común con los de la derecha serán enviados, por la condena del juez omnipotente, al fuego preparado para el tormento del diablo y sus ángeles, para tener comunión en el castigo con aquel cuya voluntad eligieron seguir. ¿Quién, entonces, no temerá esta suerte de tormentos eternos? ¿Quién no temerá los males que nunca terminarán? Pero como la severidad ha sido anunciada para que se busque la misericordia, en los días presentes se debe vivir con la abundancia de la misericordia, para que al hombre que, después de una peligrosa negligencia, regresa a las obras de piedad, le sea posible liberarse de esta sentencia. Esto es lo que hace el poder del juez, esto es lo que hace la gracia del Salvador, para que el impío abandone sus caminos, y el pecador se aleje de la costumbre de su iniquidad. Que se apiaden de los pobres, quienes desean que Cristo les perdone. Que sean generosos en el alimento de los miserables, quienes desean llegar a la sociedad de los bienaventurados. Que el hombre no desprecie al hombre, ni se menosprecie en nadie aquella naturaleza que el Creador de todas las cosas hizo suya. ¿A quién le está permitido negar a los que trabajan lo que Cristo declara que se le ofrece a Él? Se ayuda al compañero siervo, y el Señor devuelve la gracia. El alimento del necesitado es el precio del reino celestial; y el que da lo temporal se convierte en heredero de lo eterno. ¿Por qué, entonces, estos pequeños gastos merecieron ser estimados con tan alta valoración, sino porque los pesos de las obras de caridad se miden en la balanza, y cuando el hombre ama lo que Dios ama, con razón se asciende a su reino, en cuyo afecto se transita?

CAP. III.

Por lo tanto, amados, la piadosa dedicación a estas obras nos invita en el día de la institución apostólica, en el cual la primera colección de santas conferencias fue prudentemente y útilmente ordenada por los Padres: para que, ya que en este tiempo el pueblo que una vez fue pagano servía supersticiosamente a los demonios, se celebrara la ofrenda sacratísima de nuestras limosnas contra las profanas ofrendas de los impíos. Y como esto fue muy fructífero para el crecimiento de la Iglesia, se decidió que fuera perpetuo. Por lo tanto, exhortamos a vuestra santidad a que, a través de las Iglesias de vuestras regiones, el miércoles, de vuestras facultades, según lo permita vuestra posibilidad y voluntad, contribuyáis a los gastos de misericordia, para que podáis merecer aquella bienaventuranza en la que sin fin se alegrará quien entiende sobre el necesitado y el pobre (Sal. 40, 1). Para entender esto, amados, es necesario vigilar con solícita benignidad, para que podamos encontrar a quien la modestia cubre y la vergüenza impide. Hay quienes se avergüenzan de pedir abiertamente lo que necesitan; y prefieren ser afligidos por la miseria de la indigencia silenciosa que ser confundidos por una petición pública. Por lo tanto, deben ser entendidos y aliviados de su necesidad oculta, para que se alegren más, ya que se ha atendido tanto a su pobreza como a su pudor. Con razón, en el necesitado y el pobre se percibe la persona de Jesucristo nuestro Señor, quien siendo rico, como dice el bienaventurado apóstol, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (II Cor. 8, 9). Y para que no pareciera que nos faltaba su presencia, así equilibró el misterio de su humildad y gloria, que al mismo que adoramos

como Rey y Señor en la majestad del Padre, lo alimentamos en sus pobres, para ser liberados en el día malo de la condenación perpetua, e insertados en las asociaciones del reino celestial por el cuidado del pobre entendido.

CAP. IV.

Para que en todo, amadísimos, vuestra devoción agrade al Señor, también os exhortamos a esta diligencia: que denunciéis a los maniqueos dondequiera que se oculten a vuestros presbíteros. Pues es una gran piedad revelar los escondites de los impíos y derrotar en ellos al mismo diablo a quien sirven. Contra estos, amadísimos, conviene que todo el orbe de la tierra y toda la Iglesia en todas partes tomen las armas de la fe; pero vuestra devoción en esta obra debe sobresalir, ya que en vuestros antepasados aprendisteis el Evangelio de la cruz de Cristo de la misma boca de los beatísimos apóstoles Pedro y Pablo. No se debe permitir que se oculten personas que no creen que la ley dada por Moisés, en la cual se muestra a Dios como el creador del universo, deba ser aceptada; contradicen a los profetas y al Espíritu Santo, y con impiedad condenable se han atrevido a rechazar los salmos davídicos, que se cantan con toda piedad en la Iglesia universal; niegan la natividad de Cristo el Señor según la carne; dicen que su pasión y resurrección fueron simuladas, no verdaderas; despojan al bautismo de regeneración de toda la virtud de la gracia. No hay nada sagrado, nada íntegro, nada verdadero entre ellos. Deben ser evitados para que no dañen a nadie; deben ser denunciados para que no permanezcan en ninguna parte de nuestra ciudad. Os beneficiará, amadísimos, ante el tribunal del Señor, lo que os indicamos, lo que os rogamos. Pues es digno que al sacrificio de las limosnas se una también la palma de esta obra, con la ayuda en todo del Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

34 SERMO X [Al. IX].

SINOPSIS.

I. La costumbre de las colectas, transmitida por los apóstoles, ayuda a los fieles. Las riquezas no son tanto para poseerlas como para administrarlas, y son dadas por Dios.---II. ¡Qué desgraciados son aquellos que gastan sus riquezas solo para su propio uso y no en los pobres!---III. Sin misericordia hacia los pobres, las demás virtudes no son de provecho.---IV. La fe sin obras está muerta, es vivificada por la caridad. ¿Cuáles son los bienes de la limosna y la templanza?

CAP. I.

Siguiendo las instituciones de la tradición apostólica, amadísimos, os exhortamos con solicitud pastoral a que celebremos con devoción de costumbre religiosa el día que ellos purgaron de la superstición de los impíos y consagraron a las obras de misericordia, mostrando que la autoridad de los Padres vive entre nosotros y que su doctrina permanece en nuestra obediencia. Pues la santa utilidad de tan grande constitución no solo benefició al tiempo pasado, sino que también previó nuestra época, de modo que lo que a ellos les sirvió para la destrucción de las vanidades, a nosotros nos sirviera para el incremento de las virtudes. ¿Qué hay más adecuado a la fe, qué más conveniente a la piedad, que ayudar a la pobreza de los necesitados, recibir el cuidado de los enfermos, socorrer las necesidades fraternales y recordar la propia condición en el trabajo de los demás? En esta obra, cuanto uno pueda, y cuanto no pueda, solo aquel que sabe lo que ha concedido a cada uno lo discierne verdaderamente. Pues no solo se reciben las riquezas espirituales y los dones

celestiales por donación de Dios, sino que también las facultades terrenales y corporales provienen de su generosidad, de modo que con razón se le pedirá cuenta de ellas, ya que no las entregó tanto para poseerlas como para administrarlas. Por tanto, los dones de Dios deben usarse justa y sabiamente, para que la materia de la buena obra no se convierta en causa de pecado. Porque las riquezas, en lo que respecta a sus especies y substancias, son buenas y benefician mucho a la sociedad humana, cuando las poseen personas benevolentes y generosas, y no las derrocha el lujurioso ni las esconde el avaro, para que no perezcan tan mal guardadas como insensatamente gastadas.

CAP. II.

Aunque es loable evitar la intemperancia y evitar los daños de los placeres vergonzosos, y muchos magnánimos desprecian ocultar sus riquezas, y en la abundancia desprecian la mezquindad vil y sórdida, no es sin embargo ni feliz la abundancia de tales personas, ni digna de alabanza su frugalidad, si sus propias riquezas solo les sirven a ellos mismos; si con sus bienes no se ayuda a ningún pobre, no se cuida a ningún enfermo; si de la gran abundancia de sus recursos no siente el cautivo la redención, ni el peregrino el consuelo, ni el exiliado la ayuda. Tales ricos son más necesitados que todos los indigentes. Pues pierden aquellos ingresos que podrían tener perpetuos, y mientras se aferran a un uso breve y no siempre libre, no se alimentan de ningún sustento de justicia, ni de ninguna dulzura de misericordia; espléndidos por fuera, oscuros por dentro; abundantes en lo temporal, pobres en lo eterno: porque ellos afligen sus almas con hambre y las deshonoran con desnudez, quienes de lo que han confiado a los graneros terrenales, nada han llevado a los tesoros celestiales.

Pero tal vez hay algunos ricos que, aunque no suelen ayudar a los pobres de la Iglesia con donaciones, sin embargo, guardan otros mandamientos de Dios, y entre diversos méritos de fe y probidad, se consideran venialmente faltos de una sola virtud. Sin embargo, esta es tan grande que sin ella las demás, aunque existan, no pueden ser útiles. Pues aunque alguien sea fiel, casto, sobrio y adornado con otras mayores insignias, si no es misericordioso, no merece misericordia: porque el Señor dice: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mateo 5, 7). Y cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad, y se siente en el trono de su gloria, y todas las naciones sean reunidas, se hará la separación entre buenos y malos (Mateo 25, 33), ¿en qué serán alabados los que estén a la derecha, sino en las obras de benevolencia y en los oficios de caridad, que Jesucristo considerará hechos a Él mismo? Porque quien hizo suya la naturaleza humana, en nada se apartó de la humildad humana. A los de la izquierda, ¿qué se les reprochará, sino el descuido del amor, la dureza de la inhumanidad y la misericordia negada a los pobres? como si los de la derecha no tuvieran otras virtudes, ni los de la izquierda otras ofensas. Pero en aquel gran y supremo juicio, tanto se valorará la benignidad de la generosidad, como la impiedad de la avaricia, que por la plenitud de todas las virtudes, y por la suma de todas las transgresiones, unos serán introducidos en el reino por un solo bien, y otros serán arrojados al fuego eterno por un solo mal.

Nadie, por tanto, amadísimos, se alabe de los méritos de una vida buena si le faltan las obras de caridad; ni esté seguro de la pureza de su cuerpo quien no se purifica con la limosna. Las limosnas borran los pecados (Eccl. III, 33), destruyen la muerte y extinguen la pena del fuego eterno. Pero quien carezca de sus frutos, estará alejado de la indulgencia del que recompensa, como dice Salomón: Quien cierra sus oídos para no escuchar al débil, él mismo llamará al Señor, y no habrá quien lo escuche. Por eso, Tobías, instruyendo a su hijo con preceptos de piedad, dice: De tu sustancia haz limosna, y no apartes tu rostro de ese pobre: así sucederá

que el rostro de Dios no se apartará de ti (Tob. IV, 7). Esta virtud hace que todas las virtudes sean útiles, ya que vivifica incluso la fe, de la cual vive el justo (Habac. II, 4; Rom. I, 17; Gál. III, 11), y que sin obras se llama muerta (Sant. II, 26), al mezclarse con ella: porque así como en la fe está la razón de las obras, así en las obras está la fortaleza de la fe. Mientras tengamos tiempo, como dice el Apóstol, hagamos el bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe (Gál. VI, 10). No nos cansemos de hacer el bien, pues a su tiempo cosecharemos (Ibid., 9). La vida presente es, por tanto, tiempo de siembra, y el día de la retribución es tiempo de cosecha, cuando cada uno recibirá el fruto de sus semillas según la cantidad de su siembra. Nadie se engañará sobre el rendimiento de esta cosecha, porque allí se medirá más la disposición del alma que el gasto; y tanto rendirán los pequeños de los pequeños, como los grandes de los grandes. Y por eso, amadísimos, cumplamos con las instituciones apostólicas. Y puesto que el primer día de la semana será la colecta, prepárense todos ustedes con devoción voluntaria, para que cada uno, según su capacidad, tenga participación en la santísima ofrenda. Las limosnas mismas intercederán por ustedes, y también aquellos que sean ayudados por sus dones; para que siempre puedan ser idóneos para toda obra buena, en Cristo Jesús nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XI[Al. X].

SINOPSIS.

I. Cuánto la última sentencia de nuestro juez encomienda las obras de misericordia.---II. De dónde la costumbre de las colectas ha tomado su origen en la Iglesia.

CAP. I.

Y por los divinos preceptos, amadísimos, y las enseñanzas apostólicas, hemos aprendido que, en medio de los peligros de esta vida, todo hombre debe buscar la misericordia de Dios a través de la compasión. Pues, ¿qué esperanza levantaría a los caídos, qué medicina sanaría a los heridos, si las limosnas no expiaran las culpas y las necesidades de los pobres no se convirtieran en remedios para los pecados? Por lo tanto, ya que el Señor dijo: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7), mostró que todo el juicio con el que juzgará al mundo entero con su majestad presente, se equilibrará bajo esta equidad, de modo que, al examinarse solo la calidad de las obras hacia los necesitados, a los impíos les estará reservado arder con el diablo, y a los benignos, reinar con Cristo. ¿Qué hechos no se pondrán de manifiesto allí? ¿Qué cosas ocultas no se descubrirán? ¿Qué conciencias no se revelarán? donde verdaderamente nadie se gloriará de tener un corazón puro, ni de estar libre de pecado (Prov. XX, 9). Pero puesto que la misericordia se exaltará sobre el juicio, y los dones de la clemencia superarán toda retribución de justicia, toda la vida de los mortales y la diversidad de todas las acciones se juzgarán bajo la condición de una sola regla, de modo que allí no se hará mención de ningún crimen de nadie, donde se encuentren obras de piedad por la confesión del Creador. Por lo tanto, no solo se reprochará a los malvados por lo que hicieron, ni porque se les enseñará que son ajenos a la humanidad, se encontrarán libres de los pecados de otros; sino que en muchos casos serán condenados principalmente porque no redimieron sus crímenes con limosnas. Pues, ya que es de un corazón muy duro no conmoverse por la miseria de los que sufren, y quien tiene la capacidad de ayudar es tan injusto si no ayuda al afligido como si oprime al débil, ¿qué esperanza queda para el pecador que ni siquiera se compadece para obtener misericordia? En primer lugar, amadísimos, es malo para sí mismo quien no es bueno para otro, y daña su propia alma quien no socorre a la ajena cuando puede. La naturaleza de ricos

y pobres es una sola, y entre otras cosas de la fragilidad humana, no hay felicidad segura en la salud, porque lo que algunos pueden sufrir, no hay quien no deba temerlo. Reconozca en cualquier hombre la mortalidad cambiante y caduca, y por la condición común devuelva afecto a su género; llore con los que lloran, y gima con los gemidos de los que sufren; comparta sus bienes con los necesitados; con el buen servicio de un cuerpo sano, inclínese hacia el enfermo que yace mal: entre sus alimentos cuente la porción de los hambrientos, y en la desnudez pálida y temblorosa crea que él mismo tiembla de frío. QUIEN alivia la miseria temporal del que sufre, escapa del castigo eterno del pecador.

CAP. II.

Por lo tanto, providencialmente, amadísimos, ha sido piadosamente dispuesto por los santos Padres que en diversos tiempos haya ciertos días que provoquen la devoción del pueblo fiel hacia la colecta pública; y porque principalmente se acude a la iglesia por parte de cada uno que busca ayuda, se realice, según la posibilidad de muchos, una colecta voluntaria y santa, que sirva, bajo el cuidado de los presidentes, para los gastos necesarios. Para el deseado fruto de esta obra, como creemos, el día cercano os invita; con nuestras amonestaciones, para que llevéis ofrendas de misericordia a las iglesias de vuestras regiones el próximo sábado. Y porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7), nadie se permite a sí mismo más de lo que su sustancia indica. Cada uno sea un juez equitativo entre sí mismo y el pobre. Que la alegre y segura compasión elimine la desconfianza; y quien ayuda al necesitado, entienda que lo que da lo ofrece a Dios. De cualquier sustancia, de las cuales ciertamente no hay una sola medida, puede haber igual mérito, si entre las diversas cantidades de los que contribuyen no es menor la piedad de alguno que su capacidad. Porque Dios, ante quien no hay acepción de personas, recibe de igual manera el don del rico y del pobre: ya que sabe qué ha dado a cada uno, y qué no ha dado; y EN EL DÍA de la retribución no se juzgará la cantidad de las riquezas, sino la calidad de las voluntades. Por Cristo nuestro Señor.

SERMO XII [Al. XI]. Sobre el Ayuno del décimo mes I.

SINOPSIS.

I. El hombre fue creado para imitar a su Creador; y este es un don de Dios. --- II. La caridad abarca no solo a Dios, sino también al prójimo, incluso a los enemigos; esta es la amplitud de la caridad cristiana. --- III. Cada uno debe someterse a todos los juicios de Dios, y dar gracias tanto por la escasez como por la abundancia. --- IV. En el ayuno, la oración y la limosna se comprenden todas las virtudes.

CAP. I.

Si fielmente, amadísimos, y sabiamente comprendemos el inicio de nuestra creación, encontraremos que el hombre fue hecho a imagen de Dios para ser imitador de su autor; y que esta es la dignidad natural de nuestro género, si en nosotros resplandece como en un espejo la forma de la benignidad divina. A esta ciertamente nos restaura diariamente la gracia del Salvador, mientras lo que cayó en el primer Adán, se levanta en el segundo. La causa de nuestra restauración no es otra que la misericordia de Dios: a quien no amaríamos, si Él no nos amara primero, y disipara las tinieblas de nuestra ignorancia con la luz de su verdad. Lo que el Señor, anunciando a través del santo Isaías, dice: Conduciré a los ciegos por un camino que no conocían, y haré que pisen sendas que no sabían. Haré de las tinieblas luz para ellos, y de lo torcido, recto. Estas cosas haré por ellos, y no los abandonaré (Isaías 42, 16). Y de

nuevo, dice: Fui hallado por los que no me buscaban, y me manifesté a los que no preguntaban por mí (Isaías 65, 1). Cómo se cumplió esto, lo enseña el apóstol Juan diciendo: Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al verdadero, y estemos en su verdadero Hijo (1 Juan 5, 20). Y de nuevo: Nosotros amamos a Dios, porque Él nos amó primero (1 Juan 4, 19). Amándonos así Dios, nos restaura a su imagen, y para que en nosotros encuentre la forma de su bondad, nos da para que también nosotros obremos lo que Él obra, encendiendo las lámparas de nuestras mentes, e inflamándonos con el fuego de su caridad; para que no solo lo amemos a Él, sino también todo lo que Él ama. Pues si entre los hombres la amistad es firme cuando la similitud de costumbres los une, aunque la paridad de voluntades a menudo tienda a afectos reprobables, ¡cuánto más debemos desear y esforzarnos para no discrepar en nada de lo que es agradable a Dios! De lo cual dice el profeta: Porque su ira dura un momento, pero su favor dura toda la vida (Salmo 29, 5): porque no habrá en nosotros la dignidad de la majestad divina, si no hay imitación de su voluntad.

CAP. II.

Diciendo, pues, el Señor: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII, 37): que el alma fiel reciba de su autor y rector el amor imperecedero, y se someta por completo a su voluntad, en cuyas obras y juicios nada carece de la verdad de la justicia, nada de la misericordia de la clemencia. Porque aunque alguien se fatigue con grandes trabajos y muchos inconvenientes, es buena la causa de soportar, quien entiende que por las adversidades es corregido o probado. La piedad de este amor no podrá ser perfecta, a menos que también se ame al prójimo. Bajo este nombre no solo deben entenderse aquellos que están unidos a nosotros por amistad o parentesco, sino todos los hombres con quienes compartimos la misma naturaleza, ya sean enemigos o aliados; ya sean libres o esclavos. Pues un solo Creador nos formó, un solo Creador nos dio vida; todos disfrutamos del mismo cielo y aire, de los mismos días y noches; y aunque unos sean buenos, otros malos; unos justos, otros injustos; Dios, sin embargo, es generoso con todos, es benigno con todos, como se dice a los Licaonios por los apóstoles Pablo y Bernabé sobre la providencia de Dios: Quien en las generaciones pasadas dejó a todas las naciones seguir sus propios caminos. Y ciertamente no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo el bien, dándoles lluvia del cielo y tiempos fructíferos, y llenando de alimento y alegría nuestros corazones (Hechos XIV, 15, 16). Nos ha dado, además, mayores razones para amar al prójimo la amplitud de la gracia cristiana, que extendiéndose por todas las partes del mundo, al no despreciar a nadie, enseña que nadie debe ser descuidado. Y con razón también se manda amar a los enemigos y orar por los perseguidores (Mateo V, 44), quien de todas las naciones, injertando en su sagrada oliva los brotes del acebuche (Romanos XI, 17), hace de los enemigos reconciliados, de los extraños adoptivos, de los impíos justos; para que toda rodilla se doble, de los celestiales, terrenales y de los infernales: y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 10).

CAP. III.

Por tanto, dado que Dios desea que seamos buenos, porque Él es bueno, nada de sus juicios debe desagradar a nosotros. Pues no darle gracias en todo, ¿qué es sino reprocharle en cierta medida? La insensatez humana se atreve a menudo a murmurar contra su Creador, no solo por la escasez, sino también por la abundancia; de modo que, cuando algo falta, se queja, y cuando algo abunda, es ingrata. El dueño de una gran cosecha despreció la plenitud de sus graneros (Luc. XII, 16), y se lamentó de la abundancia de la vendimia; no se alegró por la

magnitud de los frutos, sino que se quejó de su bajo valor. Pero si la tierra ha recibido menos semillas y las vides y los olivos han producido con más moderación, se acusa a los años, se culpa a los elementos, y no se perdona ni al aire ni al cielo, cuando nada más recomienda y protege a los discípulos fieles y piadosos de la verdad que la perseverancia en Dios y la alabanza incansable, como dice el Apóstol: Estad siempre alegres, orad sin cesar; dad gracias en todo. Porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con todos vosotros (I Tes. V, 16). Pero, ¿cómo podremos ser partícipes de esta devoción, si la variedad de las cosas no ejercita la constancia de la mente? para que el amor dirigido a Dios no se enorgullezca en la prosperidad ni desfallezca en la adversidad. Lo que agrada a Dios, agrademos también a nosotros. Alegrémonos de toda medida de sus dones. Quien ha hecho buen uso de lo grande, haga buen uso también de lo pequeño. Tanto en la abundancia como en la escasez se nos aconseja. No nos pesará la escasez de frutos en las ganancias espirituales, si la fecundidad de los ánimos no se marchita. Que surja del campo del corazón lo que la tierra no ha producido. SIEMPRE A ÉL, que da generosamente, se le presenta, a quien no le falta el querer bien. Por tanto, amadísimos, que la calidad de todos los años nos sea útil para todas las obras de piedad, y que la dificultad temporal no impida la benevolencia cristiana. El Señor sabe llenar las vasijas vacías de la viuda hospitalaria para su obra de piedad (IV Reg. IV, 5); sabe convertir el agua en vino (Juan II, 9); sabe saciar a cinco mil hambrientos con muy pocos panes (Juan VI, 9). Y aquel que se alimenta en sus pobres, lo que pudo aumentar dando, puede multiplicar tomando.

CAP. IV.

Tres son las acciones que más pertenecen a las prácticas religiosas: la oración, el ayuno y la limosna, para cuyo ejercicio todo tiempo es ciertamente aceptable, pero debe observarse con mayor diligencia aquel que hemos recibido consagrado por las tradiciones apostólicas; así como este décimo mes refleja la costumbre del antiguo instituto, para que ejecutemos con mayor esmero aquellas tres cosas de las que he hablado. Pues con la oración se busca la propiciación de Dios, con el ayuno se extingue la concupiscencia de la carne, y con las limosnas se redimen los pecados (Dan. IV, 24); y al mismo tiempo, por todas estas cosas, se renueva en nosotros la imagen de Dios, si estamos siempre preparados para su alabanza, sin cesar solícitos por nuestra purificación, y constantemente atentos al sustento del prójimo. Esta triple observancia, amadísimos, comprende los efectos de todas las virtudes. Esta alcanza la imagen y semejanza de Dios, y nos hace inseparables del Espíritu Santo. Porque en las oraciones permanece la fe recta, en los ayunos la vida inocente, en las limosnas la mente benigna. Ayunemos, pues, el cuarto y sexto día de la semana; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro; quien con sus oraciones se dignará ayudar nuestras oraciones, ayunos y limosnas. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XIII [Al. XII]. Sobre el Ayuno del décimo mes II.

SINOPSIS.

El ayuno del décimo mes, por qué fue instituido; y la alabanza de la misericordia cristiana hacia los pobres.

Lo que la medida del tiempo y la devoción nos recuerdan, amados, con preocupación pastoral os anunciamos que debe celebrarse el ayuno del décimo mes, en el cual, por la completa recepción de todos los frutos, se ofrece dignamente al dador de ellos, Dios, la ofrenda de la

continencia. Pues, ¿qué puede ser más eficaz que el ayuno, cuya observancia nos acerca a Dios, y resistiendo al diablo, vencemos los vicios seductores? SIEMPRE el ayuno ha sido alimento para la virtud. De la abstinencia surgen pensamientos castos, voluntades razonables, consejos más saludables. Y a través de las aflicciones voluntarias, la carne muere a las concupiscencias, el espíritu se renueva en virtudes. Pero como no solo con el ayuno se adquiere la salvación de nuestras almas, completemos nuestro ayuno con las misericordias hacia los pobres. Dediquemos a la virtud lo que restamos al placer. Que la abstinencia del que ayuna sea el sustento del pobre. Esforcémonos en la defensa de las viudas, en la utilidad de los huérfanos, en el consuelo de los que lloran, en la paz de los que disienten. Que el peregrino sea acogido, el oprimido ayudado, el desnudo vestido, el enfermo cuidado; para que cualquiera de nosotros que ofrezca al autor de todos los bienes, Dios, el sacrificio de esta piedad con justos trabajos, merezca recibir de Él la recompensa del reino celestial. Ayunemos, pues, el miércoles y el viernes; y el sábado vigilemos juntos en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, para que, con sus méritos intercediendo, podamos obtener lo que pedimos, por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XIV [Al. XIII]. Sobre el Ayuno del décimo mes III.

SINOPSIS.

I. De qué manera se cultiva y se fecunda el campo del corazón.---II. Que el diablo ataca con más ferocidad a los fieles cuando se les encomiendan o realizan buenas obras.

CAP. I.

En el campo del Señor, amadísimos, del cual somos trabajadores, debemos ejercer prudentemente y con vigilancia el cultivo espiritual, para que con perseverante industria, cuidando lo que debe realizarse en los tiempos legítimos, nos regocijemos con el fruto de las obras santas. Si estas se descuidan por perezosa ociosidad y desidia inerte, nuestra tierra no producirá ningún brote noble, y cubierta de espinas y abrojos, no producirá lo que debe almacenarse en los graneros, sino lo que debe ser quemado en las llamas. Este campo, amadísimos, con la gracia de Dios que descende desde lo alto, se fortalece con la fe, se ejercita con ayunos, se siembra con limosnas, se fecunda con oraciones, para que entre nuestras plantaciones y riegos no brote raíz de amargura alguna, ni se eleven los incrementos de cualquier planta nociva; sino que, exterminada la semilla de todos los vicios, crezca una cosecha alegre de virtudes. A esta diligencia nos exhorta la piedad en todo tiempo, pero en estos días que están especialmente destinados a esta obra, se debe despertar un mayor ánimo y un cuidado más ferviente, para que no sea impío descuidar lo que es piadoso realizar y no está prohibido.

CAP. II.

Por lo tanto, el ayuno del décimo mes, para el cual sabemos que vuestra caridad está preparada con un propósito religioso, os exhortamos a celebrarlo unánimemente, con la ayuda de Cristo, aconsejando que cada uno, según la medida de la posibilidad que ha recibido de Dios, se destaque en buenas obras. Porque nuestros enemigos, que se atormentan con nuestra santificación, en estos días que saben que han sido dispuestos para nuestra mayor observancia, se enfurecen más intensamente y conspiran con astucia más sutil; para que, infundiendo a unos el temor de la escasez por los gastos de la generosidad, y a otros la

tristeza por el esfuerzo del ayuno, aparten a muchos de la participación en esta devoción. Contra estas tentaciones, amadísimos, vigile en nosotros la intención de un corazón piadoso, y sean rechazados de las mentes cristianas los pensamientos de desconfianza. Pues es poco lo que basta al pobre. Ni su alimento ni su vestido son onerosos. Porque es humilde lo que tiene hambre; es humilde lo que tiene sed, y la desnudez que necesita ser cubierta pide, no ser adornada. Y sin embargo, nuestro Señor, tan piadoso juez de nuestras obras, es tan benigno evaluador, que incluso por un vaso de agua fría habrá de dar recompensa. Y porque es justo inspector de las almas, no solo el gasto de la obra, sino también el afecto del que obra será recompensado, por Cristo nuestro Señor.

SERMO XV [Al. XIV]. Sobre el Ayuno del décimo mes IV.

SINOPSIS.

I. Triple remedio de la oración, el ayuno y la limosna contra las tentaciones del diablo y las heridas del pecado. ---II. El precepto del ayuno, al igual que el precepto del amor, no ha sido abrogado por la gracia de la nueva ley; a este deben unirse las obras de misericordia.

CAP. I.

Con confianza os exhortamos, amadísimos, a las obras de piedad, porque hemos aprendido por experiencia que acogéis de buen grado lo que os aconsejamos. Sabéis, pues, y con la enseñanza de Dios reconocéis, que la observancia de los mandamientos divinos os será provechosa para el gozo eterno. En la ejecución de estos, ya que la fragilidad humana a menudo se cansa y en muchos casos tropieza por el resbaladizo camino de su debilidad, el Señor misericordioso y piadoso nos ha dado remedios y ayudas, por las cuales podemos obtener el perdón. ¿Quién podría escapar de tantas tentaciones del mundo, de tantas insidias del diablo, y finalmente de tantos peligros de su propia inestabilidad, si la clemencia del Rey eterno no prefiriera restaurarnos en lugar de perdernos? Pues incluso aquellos que ya han sido redimidos, ya regenerados, hechos hijos de la luz, mientras se encuentren en este mundo, que está todo puesto en el maligno (1 Juan 5, 19), mientras las cosas corruptibles y temporales halaguen la debilidad de la carne, no pueden pasar estos días sin tentación. Y no es fácil para nadie lograr una victoria tan incruenta, que entre muchos enemigos y frecuentes conflictos, aunque esté libre de la muerte, también esté inmune a la herida. Por lo tanto, para curar las lesiones que a menudo sufren quienes luchan contra el enemigo invisible, se debe aplicar la medicina de tres remedios principales: en la constancia de la oración, en la mortificación del ayuno, en la generosidad de la limosna: que cuando se ejercen conjuntamente, Dios se muestra propicio, se borra la culpa, y el tentador es derrotado. Y con estos auxilios siempre debe estar ceñida el alma fiel, pero debe prepararse con más esmero cuando lleguen los días que están propiamente destinados a estos oficios de piedad.

CAP. II.

Del mismo modo, el solemne ayuno del décimo día de este mes no debe ser descuidado, aunque se haya adoptado de la observancia de la antigua ley, como si fuera una de aquellas cosas que han dejado de existir entre las distinciones de alimentos, las diferencias de bautismos y los sacrificios de aves y ganado. Pues, al cumplirse aquellas cosas que llevaban figuras de lo que estaba por venir, lo que significaban ha llegado a su fin. Sin embargo, la gracia del Nuevo Testamento no ha eliminado la utilidad de los ayunos; y ha adoptado con piadosa observancia la continencia que siempre será beneficiosa para el cuerpo y el alma.

Porque así como permanece en la comprensión cristiana: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás (Mat. IV, 10); y, Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón (Mat. XXII, 37); y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Ibid., 39), y otros mandamientos similares: así también lo que en esos mismos libros se ordena sobre la santificación y la práctica de los ayunos no carece de interpretación. En todo tiempo, y en todos los días de esta vida terrenal, los ayunos nos hacen más fuertes contra los pecados, vencen las concupiscencias, repelen las tentaciones, inclinan la soberbia, mitigan la ira, y nutren todos los afectos de buena voluntad hacia la madurez de toda virtud; siempre que asuman la benevolencia de la caridad en su compañía, y se ejerciten prudentemente en obras de misericordia. Porque el ayuno sin limosna no es tanto una purificación del alma como una aflicción de la carne; y debe ser referido más a la avaricia que a la continencia, cuando alguien se abstiene de alimento, pero también ayuna de piedad. Por lo tanto, nuestros ayunos, amadísimos, abunden en frutos de generosidad, y sean fecundos en dones benévolos hacia los pobres de Cristo. Que no se demoren en esta obra los de medios modestos, porque sea poco lo que puedan desprender de sus recursos. El Señor conoce las fuerzas de todos, y el justo observador sabe de qué medida cada uno da. Las diferentes capacidades no pueden tener erogaciones similares: pero a menudo se iguala en mérito lo que difiere en gasto: porque puede haber igualdad de ánimo, incluso donde hay desigualdad de recursos. Así pues, para que estas cosas se cuiden con piadosa devoción con la ayuda de Dios, ayunemos el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, para que, asistidos por sus oraciones, merezcamos en todo la misericordia de Dios.

SERMO XVI [Al. XV]. Sobre el Ayuno del décimo mes V.

SINOPSIS.

I. Los ricos deben dar gracias a Dios, quien les concede riquezas, y compartirlas con los pobres.--- II. La razón del ayuno del décimo mes. La oración es eficaz cuando está acompañada de limosna.--- III. Los herejes sirven al diablo para corromper a los fieles bajo el nombre cristiano.--- IV. La herejía de los maniqueos es el sumidero de todas las inmundicias. Lo que León hizo contra ellos en Roma.--- V. A estos mismos se les debe evitar y denunciar.--- VI. El celo contra los herejes hace que las oraciones, los ayunos y las limosnas sean más agradables a Dios.

CAP. I.

La sublimidad de la gracia de Dios, queridos, obra diariamente en los corazones de los cristianos, para que todo nuestro deseo se traslade de lo terrenal a lo celestial. Pero también la vida presente es guiada por la ayuda del Creador y sostenida por su providencia: porque el mismo es el dador de lo temporal, quien es el promotor de lo eterno. Así pues, por la esperanza de la futura felicidad, hacia la cual corremos por la fe, debemos dar gracias a Dios porque somos elevados a la percepción de tan grande preparación, y también por los beneficios que obtenemos con la revolución de cada año, Dios debe ser honrado y alabado por nosotros, quien así dio la fecundidad a la tierra desde el principio, así ordenó las leyes de los frutos a parir en cada brote y semilla, para que nunca abandonara sus instituciones, sino que en las cosas creadas permaneciera la benigna administración del Creador. Todo lo que las cosechas, viñas y olivos han producido para el uso de los hombres, todo esto ha fluído de la generosidad de la bondad divina: que, variando la calidad de los elementos, ha ayudado clementemente los inciertos trabajos de los agricultores, para que a nuestras utilidades sirvieran los vientos y las lluvias, los fríos y los calores, los días y las noches. Pues la razón

humana no sería suficiente por sí misma para los efectos de sus obras, si Dios no proporcionara el crecimiento a las plantaciones y riegos habituales. Por lo tanto, es pleno de piedad y justicia que de lo que el Padre celestial nos ha concedido misericordiosamente, también ayudemos a otros. Porque hay muchos que no tienen parte alguna en los campos, ni en las viñas, ni en los olivos, cuya necesidad debe ser atendida con la abundancia que el Señor ha dado; para que también ellos con nosotros bendigan a Dios por la fecundidad de la tierra, y se alegren de que haya sido dado a los poseedores lo que también ha sido hecho común para los pobres y peregrinos. Feliz es aquel granero, y digno de la multiplicación de todos los frutos, del cual se sacia el hambre de los necesitados y débiles, del cual se alivia la necesidad del peregrino, del cual se fomenta el deseo del enfermo. A quienes la justicia de Dios permitió trabajar bajo diversas molestias, para que tanto a los miserables por su paciencia, como a los misericordiosos por su benevolencia, se les corone.

CAP. II.

A esta obra, amadísimos, aunque todos los tiempos son oportunos, este momento es especialmente adecuado y conveniente, en el cual nuestros santos padres, divinamente inspirados, establecieron el ayuno del décimo mes, para que, concluida la recolección de todos los frutos, se dedicara a Dios una abstinencia razonable, y cada uno recordara usar la abundancia de tal manera que fuera más abstinente consigo mismo y más generoso con los pobres. Pues la intercesión más eficaz por los pecados se encuentra en las limosnas y los ayunos, y la oración elevada con tales apoyos asciende rápidamente a los oídos divinos. Porque, como está escrito, el hombre misericordioso hace bien a su propia alma (Prov. XII, 17), y nada es tan propio de cada uno como lo que gasta en el prójimo. Pues la parte de las facultades corporales que se administra a los necesitados se transforma en riquezas eternas, y esas riquezas nacen de esta generosidad, que no puede ser disminuida por ningún uso ni violada por ninguna corrupción. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios (Mat. V, 7); y Él mismo será para ellos la máxima recompensa, quien es el modelo del precepto.

CAP. III.

Entre estas cosas, amadísimos, no hay duda de que las obras de piedad, que nos recomiendan cada vez más a Dios, incitan con más fuerza los estímulos de la envidia de nuestro enemigo, ansioso y experto en hacer daño: para que a aquellos a quienes no se le permite atacar con persecuciones abiertas y sangrientas, los corrompa bajo la falsa profesión del nombre cristiano, teniendo a los herejes sirviendo a esta obra, a quienes, desviados de la fe católica y sujetos a él, ha hecho militar en sus filas bajo diversos errores. Y así como asumió el ministerio de la serpiente para engañar a los primeros hombres (Gén. III, 1), así ha armado las lenguas de estos para seducir las almas de los rectos con el veneno de su falsedad. Pero a estas insidias, amadísimos, nos oponemos con solicitud pastoral, en cuanto el Señor nos ayuda. Y para que nada del santo rebaño perezca, precaviendo, os advertimos con amonestaciones paternas, para que evitéis los labios inicuos y la lengua engañosa, de los cuales el profeta pide ser liberado (Sal. CXIX, 2): porque su palabra, como dice el bienaventurado Apóstol, se extiende como un cáncer (II Tim. II, 17). Humildemente se infiltran, capturan con suavidad, atan con delicadeza, matan en secreto. Porque vienen, como predijo el Salvador, con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mat. VII, 15): porque no podrían engañar a las ovejas verdaderas y simples, si no cubrieran su rabia bestial con el nombre de Cristo. En todos estos opera aquel que, siendo enemigo de la verdadera iluminación, se transfigura en ángel de luz. Con su arte Basilides, con su ingenio

Marción, bajo su guía Sabellio actúa, bajo su dirección Photino se precipita, a su poder sirve Arrio, a su espíritu sirve Eunomio; en definitiva, toda la cohorte de tales bestias, bajo su presidencia, se ha apartado de la unidad de la Iglesia, bajo su enseñanza ha desertado de la verdad.

CAP. IV.

Pero aunque en todas las perversidades mantiene un principado multiforme, se construyó una fortaleza en la locura de los maniqueos, y encontró en ellos un salón amplísimo en el cual se jactara con mayor exultación; donde no poseyera la apariencia de una sola depravación, sino una mezcla general de todos los errores e impiedades. Pues lo que en los paganos es profano, lo que en los judíos carnales es ciego, lo que en los secretos del arte mágico es ilícito, lo que finalmente en todas las herejías es sacrílego y blasfemo, esto confluyó en ellos, como en una especie de sentina con la concreción de todas las inmundicias. Por lo tanto, narrar todas sus impiedades y torpezas sería demasiado extenso; pues la multitud de crímenes supera la abundancia de palabras. De los cuales basta con indicar unos pocos, para que de lo que habéis oído, también estiméis aquello que omitimos por decoro. Sin embargo, de sus ritos sagrados, que entre ellos son tan obscenos como nefandos, no callamos lo que el Señor quiso manifestar a nuestra investigación, para que nadie piense que hemos creído en rumores dudosos y opiniones inciertas. Así que, estando conmigo obispos y presbíteros, y congregados en la misma asamblea hombres cristianos y nobles, ordenamos presentar a sus Elegidos y Elegidas. Quienes, habiendo revelado mucho sobre la perversidad de su doctrina y la costumbre de sus festividades, también expusieron aquel crimen que es vergonzoso de mencionar, el cual fue investigado con tal diligencia que no se dejó nada ambiguo para los menos crédulos ni para los detractores. Pues estaban presentes todas las personas por las cuales se había perpetrado el acto infame, a saber, una niña de apenas diez años, y dos mujeres que la habían criado y preparado para este crimen. También estaba presente el joven corruptor de la niña, y el obispo de ellos, organizador del detestable crimen. La confesión de todos ellos fue igual y unánime, y se reveló un sacrilegio que nuestros oídos apenas pudieron soportar. De lo cual, para no ofender más abiertamente a los oídos castos, bastan los documentos de los hechos, que enseñan plenamente que en esta secta no se encuentra ninguna pureza, ninguna honestidad, ninguna castidad en absoluto; en la cual la ley es la mentira, el diablo es la religión, el sacrificio es la torpeza.

CAP. V.

Por lo tanto, amadísimos, rechacen completamente a estos hombres execrables y perniciosos en todos los aspectos, que la perturbación de otras regiones nos ha traído con más frecuencia; y especialmente vosotras, mujeres, absteneos del conocimiento y las conversaciones con tales personas: no sea que, mientras el oído incauto se deleita con narraciones fabulosas, caigáis en las trampas del diablo. Él, sabiendo que sedujo al primer hombre por medio de la boca de una mujer, y que a través de la credulidad femenina arrojó a todos los hombres de la felicidad del paraíso, ahora también acecha a vuestro sexo con astucia más segura, para que aquellas a quienes pueda seducir a través de los ministros de su falsedad, sean despojadas tanto de la fe como del pudor. También os exhorto, amadísimos, a que, si alguno de vosotros sabe dónde habitan, dónde enseñan, a quiénes frecuentan y en compañía de quiénes descansan, lo comuniquéis fielmente a nuestra preocupación: porque de poco sirve a cada uno que, protegido por el Espíritu Santo, no sea capturado por ellos, si al saber que otros son capturados, no se conmueve. Contra enemigos comunes, por la salvación común, debe haber una vigilancia unánime de todos, para que no pueda corromperse también otros miembros por

la herida de uno, y aquellos que piensan que no deben ser denunciados, sean hallados culpables de silencio en el juicio de Cristo, incluso si no son contaminados por consentimiento.

CAP. VI.

Asumid, por tanto, el piadoso celo de la religiosa solicitud, y que el cuidado de todos los fieles se levante contra los más feroces enemigos de las almas. Porque el Dios misericordioso nos ha revelado una cierta parte de los hombres nocivos, para que, al manifestarse el peligro, se despierte la diligencia de la precaución. No basta con lo que se ha hecho, sino que la misma investigación debe perseverar: lo cual, con la ayuda de Dios, logrará que no solo los rectos permanezcan incólumes, sino que también muchos que han sido engañados por la seducción diabólica sean devueltos del error. Vuestras oraciones, limosnas y ayunos serán ofrecidos más sagradamente al Dios misericordioso a través de esta misma devoción, cuando esta obra de fe se añada a todos los oficios de piedad. Ayunemos, por tanto, el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigilias en presencia del beatísimo apóstol Pedro; quien, como experimentamos y creemos, extiende incesantemente su vigilancia pastoral por las ovejas encomendadas a él por el Señor: intercederá con sus súplicas para que la Iglesia de Dios, que fue instituida por sus predicaciones, esté libre de todo error. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

52 SERMO XVII [Al. XVI]. Sobre el Ayuno del décimo mes VI.

SINOPSIS.

I. El ayuno, trasladado de la ley antigua a la nueva, se debe a Dios por un sentido de gratitud y hace la oración más eficaz. --- II. Se debe practicar un préstamo piadoso con Dios; sin embargo, el préstamo es exigido de manera injusta e impía por los hombres. --- III. Cualquiera que sea el beneficio obtenido del préstamo, siempre es mala la intención del prestamista. --- IV. La abundancia de algunos y la escasez de otros está ordenada para que el rico imite la bondad de Dios.

CAP. I.

Las sanciones evangélicas, amadísimos, otorgan mucha autoridad a la doctrina legal, cuando ciertos preceptos del antiguo mandato se transfieren a una nueva observancia, y se demuestra a través de la misma devoción eclesiástica que el Señor Jesucristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo 5, 17). Pues cesando las significaciones que anunciaban la venida de nuestro Salvador, y cumplidas las figuras que la misma presencia de la verdad ha abolido, aquellas cosas que la razón de la piedad ha instituido, ya sea para las reglas de la moral o para el simple culto a Dios, perseveran entre nosotros en la misma forma en que fueron establecidas; y lo que era congruente para ambos Testamentos no ha sido variado por ningún cambio. De estas cosas es también el solemne ayuno del décimo mes, que ahora debemos celebrar anualmente por costumbre: porque es pleno de justicia y piedad dar gracias a la divina generosidad por los frutos que la tierra ha producido para el uso de los hombres según el temperamento de la suprema providencia. Para mostrar que hacemos esto con ánimo dispuesto, no solo debemos asumir la continencia del ayuno, sino también el cuidado de las limosnas, para que de la tierra de nuestro corazón brote el germen de la justicia y el fruto de la caridad, y merezcamos la misericordia de Dios al compadecer a sus pobres. Pues es muy eficaz para implorar a Dios la súplica a la que acompañan las obras de piedad, ya que quien

no aparta su ánimo del necesitado, pronto atrae hacia sí la atención del Señor, diciendo el Señor: Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso; perdonad, y se os perdonará (Lucas 6, 36-37). ¿Qué hay más benigno que esta justicia? ¿Qué hay más clemente que esta retribución, donde la sentencia del que juzgará se pone en el poder del que juzga? Dad, dice, y se os dará (Ibid., 38). Qué rápidamente se elimina la preocupación de la desconfianza y la vacilación de la avaricia, para que la humanidad, segura, dispense lo que la verdad promete devolver.

CAP. II.

Sé constante, generoso cristiano: da lo que recibirás, siembra lo que cosecharás, esparce lo que recogerás. No temas la pérdida, no suspires por un resultado incierto. Tu sustancia, cuando se distribuye bien, se incrementa. Anhela el justo beneficio de la misericordia y persigue el comercio del eterno negocio. Tu dador desea que seas generoso, y quien te da para que tengas, te manda que distribuyas, diciendo: Dad, y se os dará. Debes abrazar con alegría la condición de esta promesa. Pues aunque no tengas más que lo que has recibido, no puedes dejar de tener lo que has dado. Por lo tanto, quien ama el dinero y desea multiplicar sus riquezas con aumentos desmedidos, que practique más bien este santo interés, y que se enriquezca con este arte de las usuras, para que no aproveche las necesidades de los hombres trabajadores, ni a través de beneficios engañosos ponga trampas de deudas insolubles, sino que sea acreedor de aquel, prestamista de aquel, que dice: Dad, y se os dará; y con la medida con que midáis, se os volverá a medir. Sin embargo, es infiel e injusto incluso consigo mismo quien no quiere tener de manera perpetua lo que considera digno de amar. Por mucho que acumule, por mucho que guarde y amontone, partirá de este mundo pobre y necesitado, como dice el profeta David: Porque cuando muera no llevará nada, ni su gloria descenderá con él (Sal. XLVIII, 18). Si fuera generoso con su alma, confiaría sus bienes a aquel que es un fiador idóneo de los pobres y un retribuidor muy generoso de los intereses. Pero la avaricia injusta e impudente, que dice prestar un beneficio cuando engaña, no cree en Dios que promete verdaderamente, y cree en el hombre que pacta con temor; y mientras considera más seguras las cosas presentes que las futuras, frecuentemente incurre con razón en que su codicia de ganancia injusta sea causa de una pérdida injusta.

CAP. III.

De donde cualquier evento que siga, siempre es mala la razón del usurero, para quien es pecado tanto disminuir como aumentar el dinero: de modo que sea miserable al perder lo que dio, o más miserable al recibir lo que no dio. Debe evitarse por completo la iniquidad de la usura: y la ganancia que carece de toda humanidad debe ser evitada. Ciertamente, la riqueza se multiplica con incrementos injustos y tristes, pero la sustancia del alma se consume: porque la USURA del dinero es la muerte del alma. Pues, ¿qué piensa Dios de hombres de esta índole? El santísimo profeta David lo manifiesta: quien al decir, Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo? (Sal. XIV, 1), es instruido por la respuesta de la voz divina, y reconoce que pertenece al descanso eterno aquel que, entre otras reglas de piadosa conducta, no dio su dinero a usura; y se muestra ajeno al tabernáculo de Dios, y extraño a su monte santo, quien busca ganancias engañosas de las usuras de su dinero; y mientras desea enriquecerse a costa del daño ajeno, es digno de ser castigado con la pobreza eterna.

CAP. IV.

Vosotros, por tanto, amadísimos, que habéis creído de todo corazón en las promesas del Señor, huyendo de la inmundísima lepra de la avaricia, utilizad los dones de Dios con piedad y sabiduría. Y puesto que justamente os alegráis de su generosidad, esforzaos para que podáis tener compañeros en vuestros gozos. Pues a muchos les faltan las cosas que a vosotros os sobran, y en la indigencia de algunos, se os ha dado la oportunidad de imitar la bondad divina: para que a través de vosotros los beneficios divinos también pasen a otros, y administrando bien lo temporal, adquiráis lo eterno. Ayunemos, por tanto, el miércoles y el viernes; y el sábado vigilemos en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, cuyas oraciones nos obtengan en todo la protección divina, por Cristo nuestro Señor. Amén.

SERMO XVIII [Al. XVII]. Sobre el Ayuno del décimo mes VII.

SINOPSIS.

I. Aunque el alma ha sido regenerada y por sí misma tiende hacia lo peor, está fortalecida por la bondad de Dios con numerosos auxilios. II. Se decreta una abstinencia común para toda la Iglesia, para que el diablo sea vencido tanto en parte como en su totalidad. III. Cristo condenó al árbol estéril para recomendar las obras de misericordia. Para que el hombre cristiano sea asiduamente combatido, cuáles son las armas de los piadosos contra los enemigos invisibles.

55 CAP. I.

Los auxilios, amadísimos, instituidos divinamente para santificar nuestras mentes y cuerpos, se renuevan sin cesar con el transcurso de los días y los tiempos, para que la medicina misma nos recuerde nuestras debilidades. Pues la naturaleza, mutable y mortal por la mancha del pecado, aunque ya redimida y renacida por el sagrado bautismo, es proclive a lo peor en la medida en que es pasible. Se corrompería por el deseo carnal, si no fuera fortalecida por el auxilio espiritual: porque así como nunca le falta motivo para caer, siempre está presente el medio para sostenerse, como dice el Apóstol: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis, sino que dará también con la tentación la salida, para que podáis soportarla" (1 Cor. 10, 13). Aunque, por tanto, el Señor protege a los combatientes, y aquel que es poderoso en la batalla (Sal. 23, 8) anima a sus soldados y dice: "No temáis, porque yo he vencido al mundo" (Juan 16, 33), es necesario saber, amadísimos, que con este estímulo se ha quitado el temor, no la lucha; y, al haber sido eliminado el aguijón del miedo, permanece la causa del combate, que es movido por el enemigo astuto, terriblemente con el furor de la persecución, pero más nocivamente se introduce bajo la apariencia de paz. Pues donde las luchas son abiertas, también las coronas son manifiestas. Y esto mismo alimenta y enciende la fortaleza de la paciencia, porque así como la tribulación está próxima, también lo está la promesa. Sin embargo, cesando las impugnaciones públicas de los impíos, y al contenerse el diablo de las matanzas y suplicios de los fieles, para que la obstinación de las crueldades no multiplicara nuestros triunfos, el adversario, rugiendo, convierte las enemistades sangrientas en insidias silenciosas: para que aquellos a quienes no podía vencer con hambre y frío, con llamas y hierro, los debilitara con el ocio, los enredara con las codicias, los inflara con la ambición, los corrompiera con el placer.

CAP. II.

Pero para destruir estas y otras cosas, la milicia cristiana tiene poderosas fortificaciones y armas victoriosas, ya que, instruidos por el Espíritu de verdad, la mansedumbre extingue la

ira, la generosidad vence la avaricia, y la benignidad apaga la envidia. Porque al cambiar la diestra del Altísimo los corazones de muchos, la antigüedad se renueva, y de siervos de la iniquidad surgen ministros de la justicia. La continencia somete la lujuria, la humildad rechaza la arrogancia; y aquellos que se habían manchado con la impureza, resplandecen con la castidad. A estas conversiones, amadísimos, se han añadido por la providencia de la gracia de Dios los santos ayunos, que en ciertos días exigen de toda la Iglesia la devoción de una observancia general. Pues aunque es hermoso y loable que cada miembro del cuerpo de Cristo se adorne con sus propios oficios, es de una acción más excelente y de una virtud más sagrada cuando los corazones del pueblo piadoso se unen en un solo propósito: para que aquel para quien nuestra santificación es un sacrificio, sea superado no solo en parte, sino también en su totalidad. A esta obra, amadísimos, se ofrece el décimo mes, recordando de alguna manera, por la cualidad de su tiempo, que nadie se enfríe en la infidelidad, sino que más bien se fortalezca en el espíritu de caridad. Porque incluso a través de los mismos elementos del mundo, como a través de páginas públicas, recibimos la significación de la voluntad divina; y nunca cesa la enseñanza celestial, cuando incluso de aquellas cosas que nos sirven somos instruidos.

CAP. III.

Además de aquella sentencia apostólica que compara a los hombres carentes de frutos de piedad con árboles vacíos, también debemos tener cuidado con aquella higuera que, por su ejemplo de infecundidad, el Señor Jesús, como refiere el Evangelio, condenó a perpetua esterilidad al no encontrar en ella nada que tomar para saciar su hambre: para que entendamos que quien no alimenta al hambriento, le niega el alimento a aquel que dijo que lo dado al pobre, a Él mismo se le ha ofrecido. Y serán árboles de esta maldición aquellos a quienes el juez dirá: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber, etc. (Mateo 25, 41-42). Todo esto se recuerda para que comprendamos que no quedará fuera de la misericordia quien haya ejecutado siquiera una parte de estas obras. El alma que no ayuda a nadie será un árbol sin frutos, al encontrarse ajena a toda piedad. Por tanto, el ayuno del décimo mes, que es tiempo de invierno, nos llama a la agricultura mística, en la que las fuerzas de los sembrados, los sarmientos y los árboles, de las cuales se sustenta la debilidad humana, se cultivan con estudios espirituales: para que el campo del Señor se enriquezca con sus inversiones, y aquel que nunca conviene que esté sin fruto, se haga más fecundo con su propia abundancia. Esto, ciertamente, entiende vuestra santidad, que debe referirse al progreso de toda la Iglesia, en quienes la fe es germen, la esperanza es incremento, y la caridad es madurez: porque la castidad del cuerpo y la insistencia en la oración obtienen verdadera pureza cuando se apoyan en la santificación de las limosnas, diciendo el Señor: Dad limosna, y he aquí todo es limpio para vosotros (Lucas 11, 41). Por lo tanto, ayunemos el cuarto y sexto día de la semana; y el sábado celebremos vigiliass en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, con la ayuda y gracia de aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XIX [Al., XVIII]. Sobre el Ayuno del décimo mes VIII.

SINOPSIS.

I. La abstinencia prepara el camino al Señor y eleva la mente hacia las cosas celestiales.---II. Por qué se instituyeron los ayunos de las Témporas, a los cuales se debe añadir el ayuno de los vicios.---III. Sobre el culto a Dios y el uso de los bienes temporales. Sobre el doble ayuno.

CAP. I.

Cuando el Salvador instruía a sus discípulos sobre la venida del reino de Dios y el fin de los tiempos del mundo, y educaba a toda su Iglesia en los apóstoles, dijo: "Guardaos, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, embriaguez y preocupaciones mundanas" (Lucas XXI, 43). Este precepto, amadísimos, reconocemos que nos concierne de manera especial, a nosotros a quienes se nos ha anunciado el día, que aunque oculto, no se duda que está cercano. Para cuya venida conviene que todo hombre se prepare, para que no lo encuentre entregado al vientre o implicado en preocupaciones mundanas. Pues, amadísimos, se prueba por la experiencia diaria que la saciedad de la carne embota la agudeza de la mente, y que el exceso de alimentos debilita el vigor del corazón, de tal manera que el deleite de comer es incluso contrario a la salud de los cuerpos, a menos que la razón de la templanza se oponga a la tentación, y lo que será una carga en el futuro, se sustraiga al placer. Pues aunque la carne no desea nada sin el alma, y de allí recibe el sentido de donde toma el movimiento; sin embargo, es del alma negar ciertas sustancias sometidas a sí misma, y con juicio interior, frenar lo exterior de lo inconveniente, para que, liberada más frecuentemente de las codicias corporales, pueda en el aula de la mente dedicarse a la sabiduría divina, donde, en silencio de todo ruido de preocupaciones terrenales, se regocije en meditaciones santas y en delicias eternas. Aunque en esta vida es difícil continuar esto, sin embargo, se puede asumir frecuentemente, para que más a menudo y por más tiempo nos ocupemos de lo espiritual más que de lo carnal; y cuando dedicamos más tiempo a mejores preocupaciones, incluso las acciones temporales se dirijan hacia las riquezas incorruptibles.

CAP. II.

La utilidad de esta observancia, amadísimos, se establece principalmente en los ayunos eclesiásticos, que, según la doctrina del Espíritu Santo, se han distribuido a lo largo del ciclo del año de tal manera que la ley de la abstinencia se asigna a todos los tiempos. Celebramos el ayuno de primavera en Cuaresma, el de verano en Pentecostés, el de otoño en el séptimo mes, y el de invierno en este que es el décimo, entendiendo que nada es vacío en los preceptos divinos, y que la palabra de Dios sirve a nuestra instrucción en todos los elementos; mientras, a través de los ejes del mundo, como a través de los cuatro Evangelios, aprendemos incesantemente lo que debemos predicar y hacer. Pues el profeta dice: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos: un día emite palabra al otro día, y una noche a la otra noche declara sabiduría (Sal. XVIII, 1, 2); ¿qué es aquello por lo cual la verdad no nos habla? Sus voces se oyen de día, se oyen de noche, y la belleza de las cosas creadas por la obra de un solo Dios no cesa de insinuar a los oídos del corazón la razón maestra, para que lo invisible de Dios se contemple comprendido por lo que ha sido hecho (Rom. I, 20), y no se sirva a las criaturas, sino al Creador de todo. Así, pues, cuando todos los vicios se destruyen por la continencia, y todo lo que la avaricia ansía, lo que la soberbia ambiciona, lo que la lujuria desea, se supera con la solidez de esta virtud; ¿quién no entiende cuánto auxilio se nos concede a través de los ayunos? en los cuales se ordena que no solo se abstenga de alimentos, sino también de todos los deseos carnales. De lo contrario, es superfluo asumir el hambre y no abandonar la voluntad inicua; afligirse por el alimento cortado y no apartarse del pecado concebido. Es un ayuno carnal, no espiritual, donde solo al cuerpo no se le perdona, y se persiste en lo que es más dañino que todos los placeres. ¿De qué sirve al alma actuar externamente como señora, y servir internamente como cautiva, mandar a los propios miembros y perder el derecho de su propia libertad? Y con razón a menudo sufre la sierva rebelde, que no rinde al Señor el servicio debido. Por tanto, mientras el cuerpo

ayuna de alimentos, la mente ayune de vicios, y las preocupaciones y deseos terrenales sean juzgados por la ley de su rey.

CAP. III.

Recuerde que la primera obligación es el amor a Dios, y la segunda al prójimo, y que todos sus afectos deben ser dirigidos por esta regla, para que no se aparte del culto al Señor ni de la utilidad del prójimo. ¿Y cómo se cultiva a Dios, sino haciendo que lo que le agrada a Él, nos agrade también a nosotros; y que nuestro afecto nunca se aparte de su mandato? Porque si deseamos lo que Él desea, nuestra debilidad recibirá fortaleza de Él, de quien hemos recibido la misma voluntad: pues Dios es, como dice el Apóstol, quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses II, 13). Por lo tanto, el hombre no se llenará de orgullo, ni se quebrará por la desesperación, si utiliza los dones divinos para la gloria del dador, y aparta sus deseos de aquello que sabe que le hará daño. Absteniéndose de la malicia de la envidia, de la disolución de la lujuria, de la perturbación de la ira, del deseo de venganza, será purificado por la verdadera santificación del ayuno, y se alimentará con el placer de las delicias incorruptibles, para que, a través del uso espiritual, también sepa transferir las riquezas terrenales a la sustancia celestial, no guardando para sí lo que ha recibido, sino multiplicando cada vez más lo que ha dado. Por lo tanto, con el afecto de la caridad paternal, exhortamos a vuestra caridad a que hagáis fructífero el ayuno del décimo mes con la generosidad de las limosnas, alegrándoos de que a través de vosotros el Señor alimenta y viste a sus pobres; a quienes ciertamente podría haberles dado las facultades que os ha conferido, si no fuera porque, por su inefable misericordia, desea justificar tanto a ellos por la paciencia en el trabajo, como a vosotros por la obra de la caridad. Por lo tanto, ayunemos el cuarto y el sexto día; y el sábado celebremos vigiliass en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, quien con sus oraciones dignará ayudar nuestras oraciones, ayunos y limosnas, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XX [Al. XIX]. Sobre el Ayuno del Décimo Mes IX.

SINOPSIS.

I. Algunas disposiciones en la ley fueron establecidas para un tiempo determinado, mientras que otras permanecerán también en la nueva ley. Tal es el caso del ayuno y de todos los preceptos morales.---II. El ayuno del décimo mes está prescrito por las reglas eclesiásticas para dar gracias a Dios por los frutos recibidos de la tierra. Que la fertilidad de la tierra sea igualada por la abundancia de las almas, para que el hombre de Dios sea un imitador.---III. La caridad contiene todos los preceptos, por la cual el hombre se distingue de las bestias. Debemos amar al prójimo como Dios nos ama a nosotros. Ni siquiera el pobre está excluido de las obras de misericordia.

CAP. I.

Las dispensaciones de la misericordia de Dios, que nuestro Salvador asumió para la reparación del género humano, están divinamente ordenadas, amadísimos, de tal manera que el Evangelio de la gracia quitara el velo de la ley, no destruyera sus instituciones. Por lo tanto, debemos guardar aquella sentencia del Señor, en la que dijo que no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, para que también nosotros, en la medida en que Dios nos lo permita, sigamos esta regla: sabiendo que nada de las constituciones del Antiguo Testamento debe ser

descuidado, si estudiamos con atención para reconocer qué está velado por una sombra que pasará y qué está establecido por una acción que permanecerá. Pues la distinción de alimentos y sacrificios, la circuncisión de la carne, la diferencia de bautismos y la observancia de abluciones, ya no deben realizarse bajo significados figurados, ya que se han cumplido en las realidades que significaban; pero los mandamientos y preceptos morales, tal como fueron promulgados, perseveran, porque no insinúan otra cosa que lo que dicen, y en la devoción cristiana crecen con aumento, no disminuyen con cesación. Amar a Dios y al prójimo, honrar al padre y a la madre, no adorar a dioses ajenos, y otras cosas que están prohibidas de manera terrible o mandadas de manera saludable, no las veneramos de manera diferente en los edictos legales que en los evangélicos, de modo que aunque muchas cosas se hayan añadido por la novedad de la gracia, nada se ha disminuido de la antigüedad de la justicia. Por lo cual, con razón dispusieron las sanciones apostólicas que la utilidad de los ayunos antiguos permaneciera, y aunque la costumbre de la Iglesia hubiera aprendido a ejercitarse en castigos más prolongados, abrazara sin embargo la santificación de la continencia proveniente de la ley: pues a quienes se les había concedido poder lo que es mayor, no era decoroso no celebrar lo que es menor.

CAP. II.

Por lo tanto, amados, habiendo sido claramente instruidos de esta manera, añadimos el ayuno del décimo mes a las reglas eclesiásticas, y lo proclamamos a vuestra devoción, como es costumbre: porque es pleno de piedad y justicia que, al concluir la recolección de los frutos terrenales, se ofrezcan gracias a Dios, y se pague el sacrificio de misericordia con la inmolación del ayuno. Que cada uno se regocije en su abundancia y se alegre de haber llenado sus graneros, pero de tal manera que también los pobres se alegren de su abundancia. Que la fecundidad de los campos, la abundancia de las viñas, la producción de los árboles, sea imitada por la generosidad de los corazones: lo que la tierra ha dado, que lo den los corazones; para que podamos decir con el profeta: Nuestra tierra ha dado su fruto (Sal. LXI, 6). Porque Dios, verdadero y supremo agricultor, es autor no solo de los frutos corporales, sino también de los espirituales, y sabe cultivar ambos tipos de semillas y plantaciones con doble cuidado: dando a los campos el progreso de los brotes, dando a las almas el incremento de las virtudes, que así como han tomado principio de una sola providencia, así llaman al efecto de una sola obra. Pues el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, no tiene nada en el honor de su naturaleza tan propio como imitar la bondad de su creador, quien, así como es un misericordioso dador de sus dones, también es un justo exigente, deseando que seamos partícipes de sus obras: para que, aunque no podamos crear ninguna naturaleza, podamos sin embargo ejercer la materia recibida por la gracia de Dios: porque los bienes terrenales no nos han sido dados para nuestro uso de tal manera que sirvan solo a la satisfacción y placer de los sentidos carnales; de lo contrario, no nos diferenciaríamos en nada de los rebaños, ni de las bestias, que no saben atender a las necesidades ajenas, y solo conocen el cuidado de sí mismas y de sus crías.

CAP. III.

Por lo tanto, los animales, carentes de intelecto, no están instruidos por ningún mandato, ni han recibido la ley, ya que no han recibido la razón; pero donde hay iluminación de la razón, allí también está la disciplina de la piedad, que debe amor tanto a Dios como al prójimo. Pues no se prueba de otra manera que el hombre es amante de sí mismo, si no se muestra que ama al autor de su naturaleza por encima de sí mismo, y a su compañero de naturaleza según sí mismo. Con razón en estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas; con razón la

amplitud de todas las disputas se explica en el compendio más pleno de pocas palabras. Ámese a Dios, ámese también al prójimo, de tal manera que tomemos la forma de amar al prójimo del amor con que Dios nos ama, quien incluso es bueno con los malos, y con los dones de su benignidad no solo cuida a sus adoradores, sino también a los que lo niegan. Ámense los cercanos, ámense los extraños; y lo que se debe a los amigos, se dé en exceso a los enemigos. Aunque la maldad de algunos no se suavice con ninguna humanidad, las obras de piedad no son infructuosas, ni la benevolencia pierde jamás lo que ofrece al ingrato. Que nadie, amadísimos, se aleje de la obra buena, que nadie se excuse por su escasez, como si apenas se bastara a sí mismo y no pudiera ayudar a otro. Es grande lo que se ofrece desde lo poco, y en la balanza de la justicia divina no se pesa por la cantidad de los dones, sino por el peso de los ánimos. La viuda evangélica puso dos monedas en el tesoro (Marcos 12, 42), y superó las ofrendas de todos los ricos. Ninguna piedad es vil ante Dios, ninguna misericordia es infructuosa. A los hombres les dio diferentes riquezas, pero no busca diferentes afectos. Que todos evalúen sus bienes, y quienes más han recibido, más den. Que la abstinencia de los fieles sea el alimento de los pobres, y lo que cada uno se quita a sí mismo, beneficie al necesitado: porque aunque los remedios de la moderación aporten mucho tanto a las almas como a los cuerpos, sin embargo, los ayunos son poco útiles si no se santifican con el efecto de la misericordia. En las limosnas hay una cierta virtud instituida del bautismo, porque así como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado; y por el mismo Cristo se dice, Lávaos, sed limpios (Isaías 1, 16), por quien se dice, Dad limosna y todo será limpio para vosotros (Lucas 11, 41); para que nadie dude, nadie desconfíe de que el brillo de la regeneración le sea restituido incluso después de muchos pecados, quien se haya esforzado por purificarse con la práctica de las limosnas.

64 SERMO XXI [Al. XX]. En la Natividad de nuestro Señor Jesucristo I.

SINOPSIS.

I. Que nadie sea ajeno a la alegría de la Natividad del Señor, que es la única sin la mancha del pecado.--- II. Es admirable la disposición de este misterio.--- III. Quien desea revestirse del hombre nuevo, debe despojarse del viejo.

CAP. I.

Nuestro Salvador, amadísimos, ha nacido hoy, regocijémonos. Pues no es lícito que haya tristeza en el lugar donde es el nacimiento de la vida; la cual, consumido el temor de la mortalidad, nos infunde alegría por la eternidad prometida. Nadie queda excluido de participar en este júbilo, una sola es la razón común de alegría para todos: porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, así como no encontró a nadie libre de culpa, así vino para liberar a todos. Exulte el santo, porque se acerca a la palma. Alégrese el pecador, porque es invitado al perdón. Anímese el gentil, porque es llamado a la vida. Pues el Hijo de Dios, según la plenitud de los tiempos, que la insondable profundidad del consejo divino dispuso, asumió la naturaleza del género humano para reconciliarla con su Creador, de modo que el inventor de la muerte, el diablo, fuera vencido por la misma naturaleza que había vencido. En este conflicto emprendido por nosotros, se luchó con un gran y admirable derecho de equidad: mientras el Señor omnipotente se enfrentó al enemigo más cruel, no en su majestad, sino en nuestra humildad, oponiéndole la misma forma y la misma naturaleza, participante de nuestra mortalidad, pero exento de todo pecado. Pues es ajeno a este nacimiento lo que se lee de todos: Nadie es puro de mancha, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4, según la LXX). Nada, por tanto, pasó a este

nacimiento singular de la concupiscencia de la carne, nada fluyó de la ley del pecado. Se elige a una virgen de la estirpe davídica, que, al ser fecundada por el sagrado embarazo, concibiera primero en su mente que en su cuerpo la prole divina y humana. Y para que, ignorante del consejo celestial, no se atemorizara ante efectos inusitados, aprende por el coloquio angélico lo que en ella debía obrar el Espíritu Santo. Ni considera una pérdida de pudor, al ser pronto la Madre de Dios. Pues, ¿por qué habría de desesperar de la novedad de la concepción, a quien se le promete la eficacia por la virtud del Altísimo? La fe de la creyente se confirma también con la atestación del milagro precedente, y se le concede a Isabel una fecundidad inesperada; para que quien dio la concepción a la estéril, no dudara en darla también a la virgen.

CAP. II.

El Verbo de Dios, Dios, Hijo de Dios, que en el principio estaba con Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada fue hecho (Juan 1, 1-3), para liberar al hombre de la muerte eterna, se hizo hombre: inclinándose así hacia la aceptación de nuestra humildad sin disminuir su majestad, de modo que permaneciendo lo que era, y asumiendo lo que no era, unió la verdadera forma de siervo a aquella forma en la que es igual al Padre Dios (Filipenses 2, 6), y unió ambas naturalezas con tal vínculo que ni la glorificación consumiera la inferior, ni la ascensión disminuyera la superior. Conservando, por tanto, la propiedad de cada sustancia, y uniéndose en una sola persona, la humildad es asumida por la majestad, la debilidad por la virtud, la mortalidad por la eternidad: y para pagar la deuda de nuestra condición, la naturaleza inviolable se unió a la naturaleza pasible, y Dios verdadero y hombre verdadero se unieron en la unidad del Señor; para que lo que convenía a nuestros remedios, uno y el mismo mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2, 5), pudiera morir por uno y resucitar por el otro. Con razón, por tanto, el parto de la salvación no trajo corrupción a la integridad virginal: porque fue custodia del pudor, manifestación de la verdad. Tal nacimiento, amadísimos, convenía a la virtud de Dios y a la sabiduría de Dios, Cristo, que nos correspondiera en humanidad y nos superara en divinidad. Pues si no fuera Dios verdadero, no traería remedio; si no fuera hombre verdadero, no ofrecería ejemplo. Por tanto, al nacer el Señor, los ángeles exultantes cantan Gloria a Dios en las alturas, y se anuncia paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14). Pues ven a la Jerusalén celestial formarse de todas las naciones del mundo: ¿cuánto debe alegrarse la humildad de los hombres por esta obra inefable de la piedad divina, cuando tanto se regocija la sublimidad de los ángeles?

CAP. III.

66 Demos gracias, pues, amadísimos, a Dios Padre, por su Hijo, en el Espíritu Santo, quien por su gran misericordia, con la que nos amó, se compadeció de nosotros; y cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida con Cristo (Ef. II, 5), para que fuéramos en Él una nueva criatura, una nueva creación. Despojémonos, pues, del hombre viejo con sus actos (Ef. IV, 22; Col. III, 9); y habiendo obtenido la participación en la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y hecho partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas a la antigua vileza con una conducta indigna. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Recuerda que, arrancado del poder de las tinieblas, has sido trasladado a la luz y al reino de Dios. Por el sacramento del bautismo, has sido hecho templo del Espíritu Santo: no expulses a tan gran habitante con actos perversos, ni te sometas de nuevo a la esclavitud del diablo: porque tu precio es la sangre de Cristo; porque en verdad

te juzgará, quien en misericordia te redimió, quien con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXII [Al. XXI]. En la Natividad del Señor II.

SINOPSIS.

I. En la Encarnación del Verbo se cumple la primera disposición de Dios hacia los hombres, pero en un sacramento más oculto.--- II. En un nuevo orden, con un nuevo nacimiento, el Hijo de Dios ha sido engendrado.--- III. Por qué Cristo eligió nacer de una Virgen.--- IV. El diablo fue burlado por la encarnación de la Virgen.--- V. Cristo nació en la carne para que renaciéramos del Espíritu.--- VI. Los maniqueos no veneran el nacimiento del Hombre-Dios, sino el del nuevo sol.

CAP. I.

Exultemos en el Señor, amadísimos, y regocijémonos con júbilo espiritual, porque ha amanecido para nosotros el día de la redención nueva, de la preparación antigua, de la felicidad eterna. Pues se renueva para nosotros el sacramento de nuestra salvación con la revolución anual, prometido desde el principio, cumplido al final, y que permanecerá sin fin. En el cual es digno que con los corazones elevados adoremos el divino misterio, para que lo que se realiza por el gran don de Dios, sea celebrado con grandes alegrías de la Iglesia. Porque Dios omnipotente y clemente, cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder, cuya obra es misericordia, tan pronto como la malicia diabólica nos mortificó con el veneno de su envidia, preparó los remedios de su piedad para renovar a los mortales, y los señaló desde los mismos comienzos del mundo; anunciando a la serpiente que la simiente de la mujer vendría y con su poder aplastaría la altivez de su cabeza nociva (Génesis III, 2); significando a Cristo que vendría en la carne, Dios y hombre, quien nacido de la Virgen condenaría al violador de la prole humana con un nacimiento incorrupto. Pues como el diablo se gloriaba de que el hombre, engañado por su fraude, había carecido de los dones divinos, y despojado del don de la inmortalidad había sufrido la dura sentencia de muerte, y que en sus males había encontrado un cierto consuelo en la compañía del transgresor; también Dios, por la razón exigente de la justa severidad, había cambiado su antigua sentencia hacia el hombre, a quien había creado en tan gran honor: fue necesario, amadísimos, por la secreta dispensación del consejo, que el inmutable Dios, cuya voluntad no puede ser privada de su benignidad, cumpliera la primera disposición de su piedad con un sacramento más oculto, y que el hombre, llevado a la culpa por la astucia de la iniquidad diabólica, no pereciera contra el propósito de Dios.

CAP. II.

Por lo tanto, al llegar los tiempos, amadísimos, que habían sido establecidos para la redención de los hombres, [entra en estas regiones inferiores del mundo Jesucristo, Hijo de Dios, descendiendo de la sede celestial, y sin apartarse de la gloria paterna, engendrado por un nuevo orden, un nuevo nacimiento. Por un nuevo orden, porque siendo invisible en lo suyo, se hizo visible en lo nuestro; quiso ser comprendido siendo incomprensible; permaneciendo antes de los tiempos, comenzó a existir en el tiempo; el Señor del universo asumió la forma de siervo, velando la dignidad de su majestad; el Dios impasible no desdeñó ser hombre pasible, y someterse a las leyes de la muerte siendo inmortal]. Sin embargo, fue engendrado por un nuevo nacimiento, concebido por una Virgen, nacido de una Virgen, sin la

concupiscencia de la carne paterna, sin lesión a la integridad materna: porque tal nacimiento convenía al futuro Salvador de los hombres, que en sí mismo tuviera la naturaleza de la sustancia humana, y no conociera las manchas de la carne humana. Pues el autor de Dios naciendo en la carne es Dios, como testifica el arcángel a la bienaventurada Virgen María: Porque el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo tanto, lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35). Origen disímil, pero naturaleza semejante; carece del uso y costumbre humana, pero está sostenido por el poder divino, que la virgen concibiera, que la virgen diera a luz, y que permaneciera virgen. No se piense aquí en la condición de la parturienta, sino en la voluntad del que nace, que así nació hombre, como quería y podía. Si buscas la verdad de la naturaleza, reconoce la materia humana; si indagas la razón del origen, confiesa la virtud divina. Porque el Señor Jesucristo vino a quitar nuestras contaminaciones, no a padecerlas; no a sucumbir a los vicios, sino a curarlos. Vino para sanar toda enfermedad de corrupción y todas las llagas de las almas inmundas: por lo cual era necesario que naciera de un nuevo orden, quien traía a los cuerpos humanos la nueva gracia de una sinceridad inmaculada. Era necesario que la incorruptibilidad del que nacía preservara la virginidad primera de la madre, y que el poder del Espíritu divino infundido guardara el claustro del pudor y el hospedaje de la santidad que se había complacido en sí mismo, quien había decidido levantar lo caído, consolidar lo quebrado, y otorgar a la castidad multiplicada la virtud para superar las tentaciones de la carne: para que la virginidad, que en otros no podía mantenerse intacta al engendrar, se hiciera en otros imitable al renacer.

CAP. III.

Sin embargo, amados, ¿no parece que el hecho de que Cristo eligiera nacer de una Virgen fue de la más alta razón? Para que la salvación nacida para el género humano fuera ignorada por el diablo, y con el concepto espiritual oculto, al no ver a otro diferente de los demás, no creyera que había nacido de otra manera que los demás. Pues al observar que su naturaleza era similar a la de todos, pensó que tenía la misma causa que todos; y no entendió que estaba libre de las cadenas de la transgresión, aquel a quien no encontró ajeno a la debilidad de la mortalidad. Porque la verdadera misericordia de Dios, teniendo a su disposición innumerables medios para restaurar al género humano, eligió principalmente este camino de consejo, por el cual, para destruir la obra del diablo, no usara la fuerza del poder, sino la razón de la justicia. Pues la soberbia del antiguo enemigo no injustamente reclamaba para sí un derecho tiránico sobre todos los hombres, ni oprimía con un dominio indebido a aquellos que había seducido voluntariamente al servicio de su voluntad, apartándolos del mandato de Dios. Por lo tanto, no perdería justamente la servidumbre original del género humano, a menos que fuera vencido por aquello que había subyugado. Para que esto sucediera, Cristo fue concebido sin semilla viril de una virgen, a quien no fecundó el coito humano, sino el Espíritu Santo. Y aunque en todas las madres la concepción no ocurre sin la mancha del pecado, esta obtuvo purificación de donde concibió. Pues donde no llegó la transfusión de la semilla paterna, el origen del pecado no se mezcló allí. La virginidad inviolada no conoció la concupiscencia, pero proveyó la sustancia. [De la madre del Señor fue asumida la naturaleza, no la culpa.] La forma de siervo fue creada sin la condición servil, porque el hombre nuevo fue así conformado al viejo, que recibió la verdad del linaje y excluyó el vicio de la antigüedad.

CAP. IV.

Por lo tanto, cuando el misericordioso y omnipotente Salvador dispuso los comienzos de la ascensión humana de tal manera que ocultó el poder de la Deidad inseparable de su humanidad bajo el velo de nuestra debilidad, fue burlada la astucia del enemigo confiado, quien pensó que el nacimiento del niño, creado para la salvación del género humano, no era diferente para él que el de todos los nacidos. Pues vio al niño llorando y gimiendo, lo vio envuelto en pañales (Luc. II, 12), sometido a la circuncisión y cumplido con la ofrenda del sacrificio legal. Reconoció después los habituales incrementos de la infancia, y no dudó de los aumentos naturales hasta los años de madurez. Entre tanto, infligió insultos, multiplicó injurias, aplicó maldiciones, oprobios, blasfemias, ultrajes, y finalmente derramó sobre él toda la fuerza de su furia, recorrió todos los tipos de tentaciones; y sabiendo con qué veneno había infectado la naturaleza humana, de ninguna manera creyó que estuviera exento de la primera transgresión, a quien por tantos indicios aprendió a ser mortal. Persistió, por lo tanto, el ladrón desvergonzado y el avaro recaudador en levantarse contra aquel que nada suyo tenía, y mientras perseguía el juicio general de la origen viciada, excedió el documento en el que se apoyaba, exigiendo la pena de la iniquidad de aquel en quien no encontró culpa alguna. Así se disuelve la escritura engañosa de la letal alianza, y por la injusticia de pedir más, se vacía la suma total de la deuda. Aquel fuerte es atado con sus propias cadenas, y todo el ardid del maligno se revierte sobre su cabeza. Con el príncipe del mundo atado, los vasos de la cautividad son arrebatados. La naturaleza, purificada de antiguas contaminaciones, vuelve a su honor, la muerte es destruida por la muerte, el nacimiento es restaurado por el nacimiento: porque al mismo tiempo la redención quita la servidumbre, la regeneración cambia el origen, y la fe justifica al pecador.

CAP. V.

Cualquiera que, por tanto, te gloríes piadosa y fielmente con el nombre cristiano, considera con justo juicio la gracia de esta reconciliación. Pues a ti, que una vez fuiste rechazado, a ti, expulsado de las moradas del paraíso, a ti, que morías en largos exilios, a ti, disuelto en polvo y ceniza, a quien ya no le quedaba esperanza alguna de vivir, por la encarnación del Verbo se te ha dado el poder de regresar desde lejos a tu Creador, reconocer a tu Padre, ser liberado de la servidumbre, ser elevado de extranjero a hijo; para que, habiendo nacido de carne corruptible, renazcas del Espíritu de Dios, y obtengas por gracia lo que no tenías por naturaleza; y si te reconoces como Hijo de Dios por el espíritu de adopción, te atrevas a llamar a Dios Padre. Absuelto de la culpa de una mala conciencia, suspiras por los reinos celestiales, haces la voluntad de Dios apoyado por la ayuda divina, imitas a los ángeles sobre la tierra, te alimentas con la virtud de la sustancia inmortal, luchas seguro contra las tentaciones enemigas por piedad, y si guardas los sacramentos de la milicia celestial, no dudes que serás coronado por la victoria en los campamentos triunfales del rey eterno, cuando la resurrección preparada para los piadosos te reciba para ser elevado a la comunión del reino celestial.

CAP. VI.

Teniendo, por tanto, una confianza tan grande en esta esperanza, amadísimos, permaneced firmes en la fe en la que habéis sido fundados; no sea que el mismo tentador, cuya dominación Cristo ya ha excluido de vosotros, os seduzca de nuevo con algunas insidias, y corrompa con su arte engañosa las mismas alegrías de este día presente, burlándose de las almas más simples con la persuasión pestilente de algunos, para quienes este día de nuestra solemnidad parece honorable no tanto por el nacimiento de Cristo, sino por el nuevo, como dicen, nacimiento del sol. Cuyos corazones están envueltos en vastas tinieblas y son ajenos a

todo incremento de la verdadera luz; pues aún son arrastrados por los errores más necios del paganismo, y porque no pueden elevar la mirada de su mente más allá de lo que contemplan con la vista carnal, veneran con honor divino las luminarias del mundo. Lejos de las almas cristianas esté la impía superstición y la mentira prodigiosa. Los temporales distan en extremo de lo eterno, lo corpóreo de lo incorpóreo, lo sujeto del dominador: porque aunque tienen una belleza admirable, no poseen una Deidad digna de adoración. Aquella es la virtud, aquella la sabiduría, aquella es la majestad que debe ser venerada, la que creó el universo del mundo de la nada, y con razón omnipotente produjo la sustancia terrenal y celestial en las formas y medidas que quiso. El sol, la luna y las estrellas sean útiles para quienes los usan, sean hermosos para quienes los contemplan; pero de tal manera que se dé gracias al autor por ellos, y se adore a Dios, quien los creó, no a la criatura, que sirve. Alabad, pues, a Dios, amadísimos, en todas sus obras y juicios. Que haya en vosotros una credulidad indudable en la integridad virginal y el parto. Honrad el sagrado y divino misterio de la reforma humana con un servicio santo y sincero. Abrazad a Cristo naciendo en nuestra carne, para que merezcamos ver al mismo Dios de gloria reinando en su majestad, quien con el Padre y el Espíritu Santo permanece en la unidad de la Deidad por los siglos de los siglos. Amén.

73 SERMO XXIII [Al. XXII]. En la Natividad del Señor III.

SINOPSIS.

I. Ambas generaciones de Cristo son inenarrables, y ambas naturalezas nacieron de María. --- II. Error de Arrio: se explica el sacramento de la Encarnación. --- III. Necesidad de la encarnación para eliminar los errores y pecados de los hombres. --- IV. La fe y la virtud de la encarnación siempre han sido una y la misma, la cual es hoy. --- V. La Natividad del Señor no debe celebrarse con alegría carnal, sino espiritual. Porque Cristo se convierte en nuestra carne al nacer, y nosotros renacemos en su carne.

CAP. I.

Son bien conocidas por vosotros, amadísimos, y frecuentemente escuchadas, las cosas que pertenecen al sacramento de la solemnidad de hoy; pero así como la luz visible proporciona placer a los ojos sanos, así el nacimiento del Salvador da gozo eterno a los corazones sanos, el cual nunca debe ser silenciado por nosotros, aunque no pueda ser explicado como es digno. Pues creemos que se refiere no solo a aquel sacramento por el cual el Hijo de Dios es coeterno con el Padre, sino también a este nacimiento por el cual el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), lo que fue dicho: ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 8). Así, el Hijo de Dios, igual y de la misma naturaleza que el Padre y con el Padre, Creador y Señor del universo, presente en todo lugar y excediendo todo, en el orden de los tiempos, que transcurren por su disposición, eligió para sí este día en el que nacería para la salvación del mundo de la bienaventurada Virgen María, con la integridad en todo del pudor de la que engendra. Cuyo 74 virginidad no fue violada en el parto, así como no fue mancillada en la concepción. Para que se cumpliera, como dice el evangelista, lo que fue dicho por el Señor a través del profeta Isaías: He aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros (Isaías 7, 14). Este parto maravilloso de la sagrada Virgen, verdaderamente humana y verdaderamente divina, produjo una sola persona en su descendencia, porque ambas sustancias mantuvieron sus propiedades de tal manera que no puede haber distinción de personas en ellas; ni fue la criatura asumida en la sociedad de su Creador de tal manera que él fuera el habitante y ella el habitáculo; sino que una naturaleza se mezcló con la otra. Y aunque una es la que es asumida y otra la que asume, sin embargo, la

diversidad de ambas se unió en tal unidad que es el mismo Hijo, quien, según es verdadero hombre, dice ser menor que el Padre (Juan 14, 28), y según es verdadero Dios, profesa ser igual al Padre (Juan 10, 30).

CAP. II.

Esta unidad, amadísimos, que une a la criatura con el Creador, no pudo ser percibida por la ceguera arriana, que al no creer que el Unigénito de Dios comparte la misma gloria y sustancia con el Padre, afirmó que la divinidad del Hijo es menor, basándose en argumentos que deben referirse a la forma servil, la cual el mismo Hijo de Dios muestra en sí mismo no ser de una persona distinta ni separada, así como dice: El Padre es mayor que yo (Juan 14, 28); del mismo modo que dice: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). En la forma de siervo, que asumió al final de los tiempos por causa de nuestra redención, es menor que el Padre; pero en la forma de Dios, en la que existía antes de los siglos, es igual al Padre. En la humildad humana fue hecho de mujer, hecho bajo la ley (Gálatas 4, 4); permaneciendo en la majestad divina como el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas (Juan 1, 3). Por tanto, quien en la forma de Dios creó al hombre, en la forma de siervo fue hecho hombre; pero ambos son Dios por el poder de quien asume, y ambos son hombre por la humildad de lo asumido. Pues cada naturaleza mantiene sin defecto su propia propiedad: y así como la forma de siervo no disminuye la forma de Dios, tampoco la forma de Dios disminuye la forma de siervo (Filipenses 2, 6). El misterio, por tanto, de la fuerza unida a la debilidad, permite que el Hijo sea llamado menor que el Padre debido a la misma naturaleza humana; pero la Deidad, que es una en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, excluye toda opinión de desigualdad. Pues en ella la eternidad no tiene nada temporal, ni la naturaleza algo disímil; allí hay una sola voluntad, la misma sustancia, igual poder, y no tres dioses, sino un solo Dios; porque la unidad es verdadera e inseparable, donde no puede haber diversidad. En la naturaleza íntegra y perfecta del verdadero hombre nació el verdadero Dios, todo en lo suyo, todo en lo nuestro. Decimos nuestros, aquellos que el Creador creó en nosotros desde el principio y que asumió para ser restaurados. Pues aquellas cosas que el engañador introdujo y el hombre engañado admitió, no tuvieron vestigio alguno en el Salvador; ni porque asumió la comunión de las debilidades humanas, fue por ello partícipe de nuestros delitos. Asumió la forma de siervo sin la mancha del pecado; elevando lo humano, sin disminuir lo divino: pues aquella abnegación por la cual el invisible se mostró visible, fue una inclinación de misericordia, no una disminución de poder.

CAP. III.

Para que así pudiéramos ser llamados a la eterna bienaventuranza, liberados de las ataduras originales y de los errores mundanos, Él mismo descendió hacia nosotros, ya que no podíamos ascender hacia Él, porque aunque en muchos existía el amor a la verdad, la variedad de opiniones inciertas era engañada por la astucia de los demonios falaces, y la ciencia de falso nombre arrastraba la ignorancia humana hacia diversas y contradictorias opiniones. Para eliminar este engaño, por el cual las mentes cautivas servían al diablo soberbio, no era suficiente la doctrina legal, ni nuestra naturaleza podía ser reparada solo con exhortaciones proféticas; sino que debía añadirse la verdad de la redención a las instituciones morales, y el origen corrompido desde el principio debía renacer con nuevos comienzos. Debía ofrecerse un sacrificio para la reconciliación, que fuera tanto compañero de nuestra especie como ajeno a nuestra contaminación: para que este propósito de Dios, por el cual el pecado del mundo fue complacido en ser borrado por el nacimiento y la pasión de Jesucristo, se extendiera a todas las generaciones de los siglos; y que los misterios, variando según la

razón de los tiempos, no nos turbaran, sino que más bien nos confirmaran, ya que la fe, por la cual vivimos, no ha sido diversa en ninguna época.

CAP. IV.

Cesen, pues, las quejas de aquellos que, con impío murmullo, se oponen a las disposiciones divinas, quejándose de la tardanza del Nacimiento del Señor, como si en tiempos pasados no se hubiera otorgado lo que se realizó en la última edad del mundo. Pues la encarnación del Verbo aportó que se hiciera lo que se había hecho; y el sacramento de la salvación humana nunca cesó por la antigüedad. Lo que predicaron los apóstoles, eso mismo anunciaron los profetas; y no se cumplió tarde lo que siempre se creyó. En verdad, la sabiduría y la benignidad de Dios, con esta demora de la obra salvadora, nos hicieron más capaces de su vocación; para que lo que durante tantos siglos fue anunciado por muchos signos, muchas voces y muchos misterios, en estos días del Evangelio no fuera ambiguo: y el nacimiento del Salvador, que iba a superar todos los milagros y toda medida de la inteligencia humana, generara en nosotros una fe tanto más constante cuanto más antigua y frecuente hubiera sido su predicación. Por lo tanto, Dios no consultó a los asuntos humanos con un nuevo plan, ni con una tardía misericordia; sino que desde la constitución del mundo estableció una única y misma causa de salvación para todos. Pues la gracia de Dios, por la cual siempre ha sido justificada la universalidad de los santos, se incrementó con el nacimiento de Cristo, no comenzó; y este sacramento de gran piedad, con el que ya todo el mundo está lleno, fue tan poderoso incluso en sus significados, que no menos obtuvieron quienes lo creyeron prometido, que quienes lo recibieron otorgado.

CAP. V.

Por lo tanto, con manifiesta piedad, amadísimos, se han derramado sobre nosotros tantas riquezas de la bondad divina, que al ser llamados a la eternidad, no solo nos ha servido la utilidad de los ejemplos precedentes, sino que también la misma verdad visible y corporal ha aparecido. No debemos celebrar con alegría perezosa ni carnal el día de la Natividad del Señor. Esto se hará digna y diligentemente por cada uno, si cada quien recuerda de qué cuerpo es miembro y a qué cabeza está unido; para que la estructura sagrada no quede sin cohesión. Considerad, amadísimos, y según la iluminación del Espíritu Santo, advertid prudentemente quién nos ha acogido en sí mismo y a quién hemos acogido en nosotros: porque así como el Señor Jesús se hizo nuestra carne al nacer, así también nosotros nos hemos hecho su cuerpo al renacer. Por eso somos miembros de Cristo y templo del Espíritu Santo: y por esto el bienaventurado Apóstol dice: Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (I Cor. VI, 20). Quien, insinuándonos la forma de su mansedumbre y humildad, nos imbuje con la virtud con la que nos redimió, prometiendo el mismo Señor: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. XI, 28, 29). Aceptemos, pues, el yugo de la verdad que nos guía, que no es pesado ni áspero, y seamos semejantes a su humildad, cuya gloria deseamos conformar: con su ayuda y conduciéndonos a sus promesas, él que según su gran misericordia es poderoso para borrar nuestros pecados y perfeccionar sus dones en nosotros, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXIV [Al. XXIII]. En la Natividad del Señor IV.

SINOPSIS.

I. Por la encarnación del Verbo, las figuras y promesas han sido cumplidas.---II. Si Dios no se hubiera hecho hombre, no habría remedio para las heridas del hombre.---III. Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, libre del pecado original; cuya imagen de Natividad se refleja en el bautismo.---IV. Los maniqueos, que niegan que Cristo haya nacido corporalmente, están alejados de esto.---V. Otros herejes tienen algo de sano, pero los maniqueos no tienen nada que no sea impío.---VI. Debemos guardarnos de su falsa piedad; es necesario adherirse a la unidad de la fe, sin la cual nada es verdadero.

78 CAP. I.

Siempre, queridos, de diversas maneras y en muchas medidas, la bondad divina ha cuidado del género humano, y ha impartido con clemencia numerosos dones de su providencia a lo largo de todos los siglos pasados; pero en los últimos tiempos ha superado toda abundancia de su acostumbrada benignidad, cuando en Cristo, la misma misericordia descendió hacia los pecadores, la misma verdad hacia los errantes, la misma vida hacia los muertos: para que aquel Verbo coeterno y coigual al Padre asumiera en la unidad de su Deidad la naturaleza de nuestra humildad, y Dios nacido de Dios, también naciera como hombre de una mujer. Esto fue prometido desde la constitución del mundo, y siempre profetizado con muchas significaciones de cosas y palabras; pero, ¿a cuánta parte de la humanidad salvarían aquellas figuras y misterios velados, si Cristo no hubiera cumplido con su venida las promesas largas y ocultas? Y lo que entonces benefició a unos pocos creyentes, ahora beneficia a innumerables fieles. Ya no somos llevados a la fe por signos ni imágenes, sino que la historia evangélica confirma lo que creemos que ha sucedido, lo adoramos; con los instrumentos proféticos que se suman a nuestra instrucción, de modo que de ninguna manera tengamos duda de lo que sabemos que ha sido predicho por tantos oráculos. De aquí es que el Señor dijo a Abraham: En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). De aquí David canta la promesa de Dios con espíritu profético diciendo: Juró el Señor a David, y no le fallará: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal. CXXXI, 11). De aquí el mismo Señor por medio de Isaías dice: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel: que se interpreta, Dios con nosotros (Isa. VII, 14). Y de nuevo: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará (Isa. XI, 1). En esta vara, sin duda, se predijo a la bienaventurada Virgen María, quien, nacida de la estirpe de Jesé y David, y fecundada por el Espíritu Santo, dio a luz un nuevo brote de carne humana, en un vientre materno, pero con un parto virginal.

CAP. II.

Exulten, pues, los justos en el Señor, y en alabanza de Dios los corazones de los creyentes, y proclamen sus maravillas los hijos de los hombres: porque en esta obra de Dios, sobre todo, nuestra humildad reconoce cuánto la ha valorado su Creador. Quien, habiendo dado mucho a la naturaleza humana al crearnos a su imagen, otorgó mucho más a nuestra redención, al adaptarse Él mismo, el Señor, a la forma de siervo. Pues aunque todo lo que el Creador otorga a la criatura proviene de la misma piedad, es menos asombroso que el hombre progrese hacia lo divino, que Dios descienda a lo humano. Sin embargo, si el Dios omnipotente no se dignara hacer esto, ninguna forma de justicia, ninguna sabiduría podría liberar a alguien de la cautividad del diablo y del abismo de la muerte eterna. Porque la condenación, pasando de uno a todos con el pecado, permanecería, y la naturaleza, debilitada por la herida mortal, no encontraría remedio, ya que no podría cambiar su condición por sus propias fuerzas. Pues el primer hombre recibió la sustancia de la carne de la tierra, y fue

animado por un espíritu racional mediante el soplo del Creador (Gén. II, 7), para que, viviendo a imagen y semejanza de su Autor, conservara la forma de la bondad y justicia de Dios en el esplendor de la imitación, como en el brillo de un espejo. Si cultivara con perseverancia esta dignidad tan hermosa de su naturaleza mediante la observancia de la ley dada, su mente incorrupta llevaría la misma calidad del cuerpo terrenal a la gloria celestial. Pero porque creyó temeraria e infeliz al engañoso envidioso (Gén. III, 6), y al ceder a los consejos de la soberbia, prefirió ocupar el aumento del honor reservado en lugar de merecerlo, no solo aquel hombre, sino también toda su posteridad escuchó: Eres polvo, y al polvo volverás (Gén. III, 19). Así como es el terrenal, así son los terrenales (I Cor. XV, 49); y nadie es inmortal, porque nadie es celestial.

CAP. III.

Para resolver este vínculo del pecado y de la muerte, el omnipotente Hijo de Dios, que todo lo llena, todo lo contiene, igual en todo al Padre, y en una esencia sempiterna con Él, asumió en sí la naturaleza humana, y el Creador y Señor de todas las cosas, se dignó a ser uno de los mortales; eligiendo como madre a aquella que Él mismo había creado: quien, conservando su integridad virginal, fuera solo ministra de la sustancia corporal, de modo que, cesando el contagio de la semilla humana, en el nuevo hombre hubiera tanto pureza como verdad. Por tanto, en Cristo nacido del vientre de la virgen, aunque el nacimiento es maravilloso, no por ello es diferente de nuestra naturaleza. Porque quien es verdadero Dios, es también verdadero hombre; y no hay mentira en ninguna de las dos sustancias. El Verbo se hizo carne por la elevación de la carne, no por la disminución de la Deidad: la cual moderó así su poder y bondad, que al asumir lo nuestro lo elevó, y al comunicar lo suyo no lo perdió. En este nacimiento de Cristo, según la profecía de David, la verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Sal. LXXXIV, 12). En este nacimiento también se cumplió la palabra de Isaías que dice: Que la tierra produzca y germine al Salvador, y que la justicia brote al mismo tiempo (Isa. XLV, 8). Pues la tierra de la carne humana, que en el primer transgresor había sido maldecida, en este único parto de la bienaventurada virgen produjo un germen bendito, y ajeno al vicio de su estirpe. Cualquiera que renace en la regeneración alcanza su origen espiritual; y para todo hombre renacido, el agua del bautismo es como el vientre virginal, llenando la fuente el mismo Espíritu Santo que llenó a la virgen; para que el pecado que allí vació la sagrada concepción, aquí lo quite la mística ablución.

CAP. IV.

De este sacramento, amadísimos, está completamente alejado el insensato error de los maniqueos, y no tienen ninguna participación en la regeneración de Cristo aquellos que niegan que Él nació corporalmente de la Virgen María: de modo que, al no creer en su verdadero nacimiento, tampoco aceptan su verdadera pasión; y al no confesar que fue verdaderamente sepultado, niegan que resucitó verdaderamente. Habiendo entrado en el camino escarpado de la execrable doctrina, en el cual no hay nada que no sea oscuro, ni nada que no sea resbaladizo, se precipitan en las profundidades de la muerte a través de los abismos de la falsedad; y no encuentran nada sólido en lo que apoyarse, quienes, además de todas las infamias de su diabólica invención, en la misma fiesta principal de su observancia, como se ha revelado en su reciente confesión, se deleitan en la contaminación tanto del alma como del cuerpo, sin guardar la integridad de la fe ni el pudor; de modo que se encuentran impíos en sus doctrinas y obscenos en sus ritos sagrados.

CAP. V.

Otras herejías, amadísimos, aunque merecidamente todas deben ser condenadas en su diversidad, tienen sin embargo cada una en alguna de sus partes algo que es verdadero. Arrio, al definir que el Hijo de Dios es menor que el Padre y una criatura, y al pensar que el Espíritu Santo fue creado por el mismo entre todas las cosas, se perdió por su gran impiedad; pero no negó la eterna e inmutable Deidad, que no vio en la unidad de la Trinidad, en la esencia del Padre. Macedonio, ajeno a la luz de la verdad, no aceptó la divinidad del Espíritu Santo, pero confesó que en el Padre y el Hijo hay un solo poder y la misma naturaleza. Sabelio, confundido por un error inexplicable, al sentir la unidad inseparable de la sustancia en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, lo que debía atribuir a la igualdad, lo dio a la singularidad. Y como no pudo entender la verdadera Trinidad, creyó que era una misma persona bajo una triple denominación. Fotino, engañado por la ceguera de la mente, confesó en Cristo al verdadero hombre de nuestra sustancia, pero no creyó que el mismo fuera Dios de Dios engendrado antes de todos los siglos. Apolinar, privado de la solidez de la fe, creyó que el Hijo de Dios asumió verdaderamente la naturaleza de la carne humana, de tal manera que en esa carne decía que no había alma, porque la misma Divinidad cumplía su función. De este modo, si se reconsideran todos los errores que la fe católica ha anatematizado, se encuentra en unos y otros algo que puede ser separado de lo condenable. Sin embargo, en el dogma más perverso de los maniqueos no hay absolutamente nada que pueda ser considerado tolerable en ninguna parte.

CAP. VI.

Pero vosotros, amadísimos, a quienes me dirijo con palabras del bienaventurado apóstol Pedro, linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (I Pedro II, 9), edificados sobre la roca inviolable que es Cristo, e injertados en el mismo Señor y Salvador nuestro por la verdadera ascensión de nuestra carne, permaneced firmes en esa fe que confesasteis ante muchos testigos, y en la cual, renacidos por el agua y el Espíritu Santo, recibisteis el crisma de la salvación y el sello de la vida eterna. Si alguien os anuncia algo diferente de lo que habéis aprendido, sea anatema. No antepongáis fábulas impías a la verdad más luminosa, y cualquier cosa que, contra la regla del símbolo católico y apostólico, lleguéis a leer o escuchar, juzgadla completamente mortal y diabólica. No os dejéis seducir por las artes engañosas de ayunos ficticios y simulados, que no conducen a la purificación, sino a la perdición de las almas. Asumen para sí una apariencia de piedad y castidad, pero con este engaño cubren la obscenidad de sus actos, y desde los recintos de un corazón profano lanzan dardos para herir a los simples: para que, como dice el profeta, disparen en la oscuridad a los rectos de corazón (Salmo X, 3). La fe íntegra es una gran defensa, la fe verdadera, en la cual nada puede ser añadido ni disminuido por nadie: porque si no es una, no es fe, como dice el Apóstol: Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en todos nosotros (Efesios IV, 5). A esta unidad, amadísimos, adheríos con mentes inquebrantables, y en ella seguid toda santidad (Hebreos XII, 14), en ella servid a los preceptos del Señor, porque sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos XI, 6), y nada sin ella es santo, nada es casto, nada es vivo: el justo vivirá por la fe (Habacuc II, 4); quien, engañado por el diablo, la pierda, está muerto en vida, porque así como por la fe se obtiene la justicia, también por la fe verdadera se obtiene la vida eterna, como dice el Señor Salvador: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3); quien os haga progresar y perseverar hasta el fin, quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXV [Al. XXIV]. En la Natividad del Señor V.

SINOPSIS.

I. León se confiesa deudor a los hijos rudos de la Iglesia. No solo en la observancia de los mandamientos, sino también en el camino de la fe, el camino es angosto.---II. El Verbo, igual y consustancial al Padre, se hizo menor que el Padre en cuanto a la naturaleza humana por la encarnación.---III. Se examina el profundo misterio de la encarnación.---IV. Cristo, anunciado en la antigua ley y enviado en la nueva, solo puede ser conocido por el Espíritu de Dios.---V. Si el Verbo no se hiciera carne, la muerte reinaría desde Adán. El Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres se convirtieran en hijos de Dios. La virtud del bautismo.---VI. La encarnación es tanto un misterio como un ejemplo.

CAP. I.

Aunque, amadísimos, la natividad de nuestro Señor Jesucristo es inefable, en la cual se revistió de la carne de nuestra naturaleza: me atrevo, sin embargo, no a confiar en mi propia capacidad, sino a presumir de su inspiración, para que en el día que ha sido elegido como sacramento de la restauración humana, se pueda ofrecer algo de nosotros que edifique a los oyentes. Pues no porque la mayor parte de la Iglesia de Dios entienda lo que cree, deja de ser necesario decir también lo que ya ha sido dicho, ya que ciertamente ahora debemos nuestro oficio de palabra a muchos que vienen por primera vez a la fe, y es mejor sobrecargar a los instruidos con lo ya conocido, que privar a los inexpertos de lo que deben aprender. Por tanto, el hecho de que el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo no es de una sola persona, sino de una sola esencia, se dignó a hacerse partícipe de nuestra humildad, y quiso ser uno de los que sufren, uno de los mortales, es tan sagrado y tan admirable, que la razón del consejo divino no puede ser comprendida por los sabios del mundo, a menos que la verdadera luz disipe las tinieblas de la ignorancia humana. Pues no solo en la obra de las virtudes, ni solo en la observancia de los mandamientos, sino también en el camino de la fe, hay un camino estrecho y arduo que conduce a la vida (Mat. VII, 14); y es de gran trabajo y gran riesgo, caminar con pasos firmes por el único sendero de la sana doctrina entre las opiniones dudosas de los inexpertos y las falsedades verosímiles; y cuando por todas partes se oponen los lazos del error, evitar todo peligro de engaño. ¿Quién, pues, es idóneo para esto, sino aquel que es enseñado y guiado por el espíritu de Dios? como dice el Apóstol: Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (I Cor. II, 12); y también canta David: Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y le enseñas de tu ley (Sal. XCIII, 12).

CAP. II.

Teniendo, por tanto, amadísimos, entre los peligros del error los auxilios de la verdad, y no con palabras de sabiduría humana, sino instruidos por la doctrina del Espíritu Santo, lo que hemos aprendido creemos, lo que creemos predicamos: que el Hijo de Dios, engendrado por el Padre antes de los siglos, y coeterno al Padre con igualdad sempiterna y consustancial, vino a este mundo a través del seno de la Virgen en este sacramento de piedad elegido, en el cual y del cual la Sabiduría se edificó una casa (Prov. IX, 1), y la Deidad del Verbo inmutable adaptó para sí la forma de siervo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3): en nada disminuida su gloria ante sí mismo, el Padre y el Espíritu Santo, porque la naturaleza de la esencia suprema y eterna no admite disminución ni variación. Sin embargo, por nuestra debilidad, se hizo accesible a los incapaces de comprenderlo, y con el velo del cuerpo cubrió el esplendor de su majestad, que la vista de los hombres no podía soportar. Por lo cual

también se dice que se anonadó a sí mismo (Filip. II, 7), como si se hubiera vaciado de su propia virtud, ya que en esa humildad con la que nos asistió, se hizo inferior no solo al Padre, sino también a sí mismo. Y nada le restó esta inclinación, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, esto que es ser, le es común: para que entendamos que pertenece a la omnipotencia el hecho de que quien es menor según nosotros, no es menor según su propia naturaleza. Porque la luz miró a los ciegos, la virtud a los débiles, la misericordia a los miserables, y por gran poder se hizo que el Hijo de Dios asumiera la sustancia y causa humana, para que reformara nuestra naturaleza que creó y aboliera la muerte que no hizo.

CAP. III.

Repudiando, por lo tanto, y rechazando de lejos todas las opiniones de los impíos, para quienes Cristo es necesidad o escándalo, que la fe de las mentes rectas exulte, y comprenda al verdadero y único Hijo de Dios, no solo según la Deidad por la cual fue engendrado por el Padre, sino también según la humanidad por la cual nació de la madre Virgen. Pues Él es en nuestra humildad, quien es en la majestad divina, verdadero hombre y verdadero Dios; eterno en lo suyo, temporal en lo nuestro; uno con el Padre en sustancia, que nunca fue menor que el Padre, uno con la madre en el cuerpo que creó. En la asunción de nuestra naturaleza, se nos hizo un escalón por el cual podemos ascender a Él por Él mismo. Pues aquella esencia que siempre está en todas partes por completo, no necesitó de un descenso local, y le fue tan propio insertarse completamente en el hombre, como le es propio no dividirse completamente del Padre. Permanece, por lo tanto, lo que en el principio era el Verbo (Juan 1, 1), y no le sucede que lo que es alguna vez no lo haya sido. Pues eternamente el Hijo es Hijo; y eternamente el Padre es Padre. Por lo tanto, cuando el mismo Hijo dice: Quien me ve a mí, ve también al Padre (Juan 14, 9), te ha cegado, oh hereje, tu impiedad, para que al no ver la majestad del Hijo, no veas la gloria del Padre: pues al decir que fue engendrado quien no era, afirmas que el Hijo es temporal; y al afirmar que el Hijo es temporal, crees que el Padre es mutable. Pues es mutable, no solo lo que se disminuye, sino también cualquier cosa que se aumenta; y si por eso el Engendrado es inferior al Padre, porque, como te parece, al engendrarlo creó lo que no era, también era imperfecta la esencia del que engendra, que al generar progresó para tener lo que no tenía. Pero esta impía perversidad tuya la fe católica la aborrece y condena; que en la verdadera Deidad no reconoce nada de temporalidad, sino que confiesa una eternidad única tanto del Padre como del Hijo: porque el esplendor nacido de la luz no es posterior a la luz, y la luz verdadera nunca carece de su esplendor, teniendo siempre el fulgor sustancial, así como tiene siempre el existir sustancial. La manifestación de este esplendor se llama misión, por la cual Cristo apareció al mundo. Quien, aunque siempre llenaba todo con su majestad invisible, sin embargo, como si viniera de un secreto remotísimo y altísimo, llegó a aquellos a quienes era desconocido, cuando levantó la ceguera de la ignorancia, y, como está escrito, a los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte, les ha nacido una luz (Isaías 9, 2).

CAP. IV.

Aunque en siglos anteriores también se emitió la luz de la verdad para la iluminación de los santos padres y profetas, como dice David: "Envía tu luz y tu verdad" (Salmo 42, 3); y de diversas maneras y con muchos signos la Deidad del Hijo declaró las obras de su presencia; sin embargo, todas aquellas significaciones y todos los milagros fueron testimonios de esta misión de la que dice el Apóstol: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley" (Gálatas 4, 4). ¿Y qué es esto sino que el Verbo se hizo carne, que el Creador del mundo nació del vientre de una Virgen, que el Señor de la

majestad se adaptó a los comienzos humanos, y aunque en la concepción espiritual no hay mezclas de la contaminación de la semilla terrena, para asumir, sin embargo, la verdadera sustancia de la carne, tomó solo la naturaleza de la madre? En esta misión, en la que Dios se unió al hombre, el Hijo es inferior al Padre, no en lo que es del Padre, sino en lo que es hecho del hombre. Pues la igualdad que la Deidad tiene inviolable no fue corrompida por la humanidad; y el descenso del Creador a la criatura es la elevación de los creyentes a lo eterno. Porque, como dice el Apóstol, "en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" (1 Corintios 1, 21). Por lo tanto, para el mundo, es decir, para los prudentes del mundo, su sabiduría se convirtió en ceguera, y no pudieron conocer a Dios por medio de ella, a cuya comprensión solo se accede en su sabiduría. Y por eso, ya que el mundo se enorgullecía de la vanidad de sus dogmas, el Señor estableció la fe de los que serían salvados en aquello que parecía indigno y necio, para que, al fallar todas las presunciones de las opiniones, solo la gracia de Dios revelara lo que la inteligencia humana no podía comprender.

CAP. V.

Reconozca, por tanto, la fe católica en la humildad del Señor su gloria, y alégrese la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, de los sacramentos de su salvación: porque si el Verbo de Dios no se hubiera hecho carne y habitado entre nosotros, si el Creador mismo no hubiera descendido a la comunión de la criatura, y no hubiera renovado la antigua humanidad con un nuevo comienzo mediante su nacimiento, la muerte reinaría desde Adán (Rom. V, 14) hasta el fin, y sobre todos los hombres permanecería una condenación insoluble, ya que de la sola condición de nacer, habría una causa común de perdición para todos. Solo el Señor Jesús nació inocente entre los hijos de los hombres, porque fue concebido sin la contaminación de la concupiscencia carnal. Se hizo hombre de nuestra raza, para que pudiéramos ser partícipes de la naturaleza divina. El origen que tomó en el vientre de la virgen, lo estableció en la fuente del bautismo; dio al agua lo que dio a la madre; pues la virtud del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo (Luc. I, 35), que hizo que María diera a luz al Salvador, hace lo mismo para que el agua regenere al creyente. ¿Y qué fue más adecuado para sanar a los enfermos, iluminar a los ciegos, dar vida a los muertos, que curar las heridas del orgullo con los remedios de la humildad? Adán, al desobedecer los mandamientos de Dios, introdujo la condenación del pecado; Jesús, hecho bajo la ley, devolvió la libertad a la justicia. Aquel, obedeciendo al diablo hasta la transgresión, mereció que en él todos murieran; este, obedeciendo al Padre hasta la cruz, hizo que en él todos fueran vivificados. Aquel, deseando el honor angélico, perdió la dignidad de su naturaleza; este, asumiendo la condición de nuestra debilidad, por aquellos por quienes descendió a los infiernos, los colocó en los cielos. Finalmente, a aquel que cayó por su altivez se le dijo: Eres polvo, y al polvo volverás (Gén. III, 19); a este, exaltado por su sumisión, se le dijo: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal. CIX, 1).

CAP. VI.

Estas obras de nuestro Señor, amadísimos, no solo son útiles para nosotros como sacramento, sino también como ejemplo de imitación, si se trasladan estos remedios a la disciplina, y lo que se ha dedicado a los misterios, beneficie también a las costumbres: para que recordemos que debemos vivir en la humildad y mansedumbre de nuestro Redentor, ya que, como dice el Apóstol, si sufrimos con Él, también reinaremos con Él (Rom. VIII, 17). En vano nos llamamos cristianos, si no somos imitadores de Cristo, quien se dijo a sí mismo ser el camino

(Juan XIV, 6), para que la vida del maestro sea modelo para los discípulos, y el siervo elija aquella humildad que siguió el Señor; quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXVI [Al. XXV]. En la Natividad del Señor VI.

SINOPSIS.

I. Los misterios de la Natividad e infancia de Cristo deben ser siempre recordados.---II. La Iglesia, al venerar el nacimiento de Cristo, celebra el suyo propio.---III. Qué paz es la que Cristo, naciendo sin semilla, otorga.---IV. Quien es hijo de Dios, imite a Dios, sirva a la gracia y voluntad de Dios.---V. La Navidad del Señor es la Navidad de la paz. Qué tipo de paz es la del mundo y de los elegidos.

CAP. I.

En todos los días, amadísimos, y en todos los tiempos, el nacimiento de nuestro Señor y Salvador de la Virgen Madre se presenta a las mentes de los fieles que meditan en lo divino, para que el espíritu, fortalecido en la confesión de su Creador, se ocupe ya sea en el gemido de la súplica, en la exultación de la alabanza, o en la ofrenda del sacrificio, y no haya nada más frecuente ni más confiado que alcance con la mirada espiritual, que el hecho de que el Hijo de Dios, engendrado del Padre coeterno, también nació en un parto humano. Pero ningún día nos insinúa más esta adorada natividad en el cielo y en la tierra que el de hoy, y con una nueva luz resplandeciente en los elementos, nos trae ante los sentidos la claridad de un sacramento admirable. Pues no solo vuelve a la memoria, sino de algún modo a la vista, el coloquio del ángel Gabriel con la asombrada María, y la concepción del Espíritu Santo tan maravillosamente prometida como creída. Hoy, en efecto, el autor del mundo ha sido dado a luz del vientre virginal, y quien creó todas las naturalezas, se ha hecho Hijo de aquella a quien creó. Hoy, la Palabra de Dios apareció vestida de carne, y lo que nunca fue visible a los ojos humanos, comenzó también a ser palpable por las manos. Hoy, los pastores aprendieron de las voces angélicas que el Salvador ha nacido en la sustancia de nuestra carne y alma; y entre los pastores del rebaño del Señor, hoy se ha preanunciado la forma de evangelizar: para que nosotros también digamos con el ejército de la milicia celestial: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 4).

CAP. II.

Aunque, por tanto, aquella infancia que la majestad del Hijo de Dios no desdeñó, se haya desarrollado en un hombre perfecto con el paso del tiempo, y con el triunfo consumado de la pasión y resurrección, hayan pasado todas las acciones de humildad asumidas por nosotros, la festividad de hoy nos renueva los sagrados comienzos del nacimiento de Jesús de María Virgen; y mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, nos encontramos celebrando nuestro propio principio. Pues la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, y el nacimiento de la cabeza es el nacimiento del cuerpo. Aunque cada uno de los llamados tenga su propio orden, y todos los hijos de la Iglesia estén distinguidos por la sucesión de los tiempos, sin embargo, toda la suma de los fieles, nacida de la fuente del bautismo, así como con Cristo en la pasión crucificados, en la resurrección resucitados, en la ascensión colocados a la derecha del Padre, así con Él son en este nacimiento coengendrados. Porque cualquiera de los hombres en cualquier parte del mundo que crea y sea regenerado en Cristo, al cortar el camino de la antigüedad original, pasa a ser un hombre nuevo al renacer; y ya no se le considera en la descendencia del padre carnal, sino en el germen del Salvador, quien por eso

se hizo hijo del hombre, para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios. Pues si Él no descendiera hacia nosotros con esta humildad, nadie llegaría a Él por sus propios méritos. Que la sabiduría terrenal no introduzca oscuridad en los corazones de los llamados, ni el polvo de los pensamientos terrenales, que pronto volverá a lo bajo, se levante contra la altura de la gracia de Dios. Se ha cumplido en el fin de los siglos lo que estaba dispuesto antes de los tiempos eternos; y bajo la presencia de las cosas, cesando los signos de las figuras, la ley y la profecía se han hecho verdad: para que Abraham se convirtiera en padre de todas las naciones, y en su descendencia se diera al mundo la bendición prometida; y no solo fueran israelitas aquellos que la sangre y la carne hubieran engendrado, sino que toda la universalidad de la adopción entrara en la posesión de la herencia preparada para los hijos de la fe. Que no perturben las calumnias de cuestiones absurdas, ni la razón humana discuta el efecto de la obra divina; nosotros, con Abraham, creemos en Dios, y no dudamos con desconfianza (Rom. IV, 20), sino que sabemos plenamente que lo que el Señor prometió, es poderoso para hacerlo.

CAP. III.

Nace, por tanto, amadísimos, no del semen de la carne, sino del Espíritu Santo el Salvador, a quien la condena de la primera transgresión no podría retener. Por lo tanto, la magnitud del don concedido exige de nosotros una reverencia digna de su esplendor. Pues, como enseña el bienaventurado Apóstol, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (I Cor. II, 12): QUIEN no es piadosamente venerado de otra manera, sino que se le ofrezca lo que él mismo ha otorgado. ¿Qué podemos encontrar en el tesoro de la generosidad del Señor que sea tan adecuado para honrar la presente festividad, como la paz, que en el nacimiento del Señor fue la primera proclamada por el coro angélico? Pues ella es la que engendra hijos de Dios, nodriza del amor y madre de la unidad; descanso de los bienaventurados y morada de la eternidad; cuyo propio trabajo y beneficio especial es unir a Dios a aquellos que separa del mundo. Por eso el Apóstol nos incita a este bien, diciendo: Justificados, pues, por la fe, tengamos paz para con Dios (Rom. V, 1). En cuya breve sentencia se contiene el efecto de casi todos los mandamientos: porque DONDE ESTÉ la verdad de la paz, nada puede faltar de la virtud. ¿Qué es, pues, amadísimos, tener paz con Dios, sino querer lo que él manda, y no querer lo que prohíbe? Pues si las amistades humanas buscan almas iguales y voluntades semejantes, y nunca la diversidad de costumbres puede llegar a una concordia firme, ¿cómo participará de la paz divina aquel a quien le agradan las cosas que desagradan a Dios, y desea deleitarse con aquello que sabe que lo ofende? Este no es el espíritu de los hijos de Dios, ni tal sabiduría recibe la nobleza adoptiva. El linaje elegido y real, que responda a la dignidad de su regeneración, ame lo que ama el Padre, y en nada disienta de su autor, para que no diga de nuevo el Señor: Hijos engendré y exalté, pero ellos me despreciaron. Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; pero Israel no me conoció, y mi pueblo no me entendió (Isai. I, 2).

CAP. IV.

Grande es, amadísimos, el sacramento de este ministerio, y todos los dones excede este don, que Dios llame al hombre hijo, y el hombre nombre a Dios padre: pues por estas apelaciones se siente y se aprende quién asciende a tan alta cumbre de afecto. Porque si en la prole carnal y estirpe terrena los vicios de mala conducta oscurecen a los nacidos de padres ilustres, y la misma luz de sus mayores confunde a la descendencia indigna; ¿a qué fin llegarán aquellos que, por amor al mundo, no temen ser desheredados de la generación de Cristo? Si,

además, pertenece a la alabanza humana que el honor de los padres resplandezca en la prole, ¿cuánto más glorioso es que los nacidos de Dios resplandezcan a imagen de su autor, y muestren en sí mismos a aquel que los engendró, diciendo el Señor: Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16)? Sabemos, en verdad, que, como dice el apóstol Juan, todo el mundo está puesto en el maligno (1 Juan V, 19); y con el diablo y sus ángeles acechando, se lucha con innumerables tentaciones, para que al hombre que se esfuerza por lo celestial, o lo adverso lo aterre, o lo favorable lo corrompa; pero mayor es el que está en nosotros que el que está contra nosotros, y a los que tienen paz con Dios, y siempre dicen al Padre con todo el corazón, Hágase tu voluntad (Mat. VI, 10), ninguna lucha prevalece, ningún conflicto puede dañarles. Pues acusándonos a nosotros mismos con nuestras confesiones, y negando el consentimiento del alma a las concupiscencias de la carne, ciertamente provocamos enemistades contra nosotros de aquel que es autor del pecado, pero sirviendo a la gracia de Dios, afirmamos una paz inexpugnable con Él, para que a nuestro Rey no solo nos sometamos con obediencia, sino que también nos unamos en juicio. Porque si estamos en el mismo sentir, si queremos lo que Él quiere, y desaprobamos lo que Él desaprueba, Él mismo ya librará todas las batallas por nosotros, Él que dio el querer, también concederá el poder: para que seamos cooperadores de sus obras, y con la exultación de la fe digamos aquello profético: El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida; ¿de quién temeré? (Sal. XXVI, 1).

CAP. V.

Quienes, por tanto, no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan 1, 13), ofrezcan al Padre la concordia pacífica de los hijos, y en el primogénito de la nueva creación, que vino no a hacer su propia voluntad, sino la del que lo envió, concurren todos los miembros de la adopción: porque la gracia del Padre no adoptó herederos discordantes ni disímiles, sino que sienten y aman como uno solo. Reformados a una sola imagen, deben tener un alma conforme. El nacimiento del Señor es el nacimiento de la paz: así lo dice el Apóstol: Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efesios 2, 14); porque ya sea judío o gentil, por él tenemos acceso en un solo Espíritu al Padre (Ib., 18); quien, antes del día de la pasión, habiendo sido elegido por disposición voluntaria, instruyó a sus discípulos principalmente con esta doctrina, diciendo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan 14, 17). Y para que bajo el nombre general de paz no quedara oculta la calidad de la suya, añadió: No como el mundo la da, yo os la doy. El mundo, dice, tiene sus amistades, y muchos se hacen concordes por amor perverso. También hay almas que son iguales en vicios, y la similitud de deseos genera igualdad de afectos. Y si acaso se encuentran algunos a quienes no les agradan las cosas malas e indecorosas, y que excluyen consensos ilícitos del pacto de su caridad, sin embargo, incluso tales personas, si son judíos, herejes o paganos, no son de la amistad de Dios, sino de la paz del mundo. Pero la paz de los espirituales y católicos, que viene de lo alto y conduce a lo alto, no quiere que nos mezclemos en comunión con los amantes del mundo, sino que resistamos todos los obstáculos y vlemos hacia los verdaderos gozos, alejándonos de las deleitaciones perniciosas, diciendo el Señor: Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo 6, 22): esto es, si amas las cosas de abajo, descenderás a lo bajo; si amas las cosas de arriba, llegarás a lo alto: que el Espíritu de paz nos guíe y conduzca, queriendo y sintiendo como uno solo, y concordes en fe, esperanza y caridad: porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Romanos 8, 14), quien reina con el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXVII [Al. XXVI]. En la Natividad del Señor VII.

SINOPSIS.

I. Es igualmente peligroso negar cualquiera de las dos naturalezas en Cristo.---II. El Verbo se hizo carne, ¿cómo debe entenderse? ¿Qué efecto tiene?---III. El diablo tienta a los hombres de diversas maneras según sus diferentes afectos y estudios.---IV. Que algunos cristianos se inclinen solo hacia el oriente es por superstición.---V. Los cuerpos celestiales sirven para la utilidad del hombre.---VI. ¿Cuál es el uso correcto de las criaturas? El hombre nace para lo presente, renace para lo futuro.

CAP. I.

En la festividad de hoy, amadísimos, es verdadero venerador y devoto adorador quien no piensa nada falso sobre la encarnación del Señor, ni nada indigno sobre la Deidad: pues es igualmente peligroso negar la verdad de nuestra naturaleza o la igualdad de la gloria del Padre. Por tanto, cuando nos acercamos a comprender el misterio del Nacimiento de Cristo, que nació de la Virgen Madre, alejemos la oscuridad de las razones terrenales, y que el humo de la sabiduría mundana se disipe de los ojos de la fe iluminada; pues la autoridad a la que creemos es divina, y la doctrina que seguimos es divina. Ya sea que prestemos atención al testimonio de la ley, a los oráculos de los profetas, o a la trompeta evangélica, es verdad lo que el bienaventurado Juan, lleno del Espíritu Santo, proclamó: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan 1, 1-3). Y de igual manera es verdad lo que el mismo predicador añadió: El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre (Ibid., 14). En ambas naturalezas, por tanto, es el mismo Hijo de Dios quien asume lo nuestro sin perder lo propio; renovando al hombre en el hombre, permaneciendo inmutable en sí mismo. Pues la Deidad, que le es común con el Padre, no sufrió detrimento alguno en su omnipotencia, ni la forma de siervo violó la forma de Dios, porque la esencia suprema y sempiterna, que se inclinó para la salvación del género humano, nos trasladó a su gloria, pero no dejó de ser lo que era. Por lo tanto, cuando el Unigénito de Dios confiesa ser menor que el Padre (Juan 14, 28), a quien dice ser igual (Juan 10, 30), demuestra en sí mismo la verdad de ambas formas: para que la desigualdad pruebe lo humano, y la igualdad declare lo divino.

CAP. II.

Por lo tanto, la majestad del Hijo de Dios no perdió ni ganó nada con el nacimiento corporal, ya que la sustancia inmutable no pudo disminuir ni aumentar. Porque el hecho de que el Verbo se hizo carne no significa que la naturaleza de Dios se haya transformado en carne, sino que la carne fue asumida por el Verbo en la unidad de la persona; en cuyo nombre se comprende toda la humanidad, con la cual, dentro del vientre de la Virgen fecundada por el Espíritu Santo y que nunca perderá su virginidad, el Hijo de Dios está tan inseparablemente unido, que quien fue engendrado intemporalmente de la esencia del Padre, es el mismo que nació temporalmente del vientre de la Virgen. De otro modo, no podríamos ser liberados de las cadenas de la muerte eterna, si no se hiciera humilde en nuestra condición, quien permanecía omnipotente en la suya. Así, al nacer nuestro Señor Jesucristo como verdadero hombre, quien nunca dejó de ser verdadero Dios, hizo en sí mismo el comienzo de una nueva creación, y en la forma de su nacimiento dio al género humano un principio espiritual, para que, al abolir las contaminaciones de la generación carnal, fuera un origen para los que deben

ser regenerados sin la semilla del pecado, de los cuales se dice: "Quienes no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1, 13). ¿Qué mente puede comprender este misterio, qué lengua puede narrar esta gracia? La iniquidad retorna a la inocencia, y la antigüedad a la novedad; los extraños vienen a la adopción, y los forasteros ingresan en la herencia. De impíos se hacen justos, de avaros se vuelven benignos, de incontinentes se tornan castos, de terrenales comienzan a ser celestiales. ¿Y qué es este cambio, sino la obra de la diestra del Altísimo? Porque vino el Hijo de Dios a deshacer las obras del diablo (1 Juan 3, 8), y así se unió a nosotros, y nosotros a Él, de modo que el descenso de Dios a lo humano se convirtió en la elevación del hombre a lo divino.

CAP. III.

En esto, amadísimos, la misericordia de Dios, cuya magnitud no podemos explicar, debe ser prevenida con gran diligencia por los cristianos para que no sean nuevamente atrapados por las insidias diabólicas, y no se vean implicados de nuevo en los mismos errores a los que renunciaron. Pues el antiguo enemigo no cesa de transformarse en ángel de luz (II Cor. XI, 14), tendiendo por doquier los lazos de sus engaños, y se esfuerza por corromper de cualquier manera la fe de los creyentes. Sabe a quién aplicar el ardor de la codicia, a quién introducir las tentaciones de la gula, a quién presentar los incentivos de la lujuria, a quién infundir el veneno de la envidia; sabe a quién perturbar con tristeza, a quién engañar con alegría, a quién oprimir con miedo, a quién seducir con admiración; examina las costumbres de todos, ventila sus preocupaciones, escruta sus afectos; y busca las causas para dañar allí donde ve que cada uno está más ocupado. Tiene, en efecto, a muchos de aquellos a quienes ha atado más firmemente, aptos para sus artes, de cuyos ingenios y lenguas se sirve para engañar a otros. A través de ellos se prometen remedios para las enfermedades, indicios del futuro, apaciguamientos de los demonios y expulsiones de las sombras. Se añaden también aquellos que mienten diciendo que toda la condición de la vida humana depende de los efectos de las estrellas, y que lo que es de la voluntad divina, o nuestra, dicen que es de destinos ineludibles. Sin embargo, para que dañen más abundantemente, prometen que pueden ser cambiados si se suplica a las estrellas que se oponen. De donde el impío engaño se destruye por su propia razón, porque si lo predicho no permanece, no hay destinos que temer; si permanece, no hay estrellas que venerar.

CAP. IV.

De tales prácticas también se genera esa impiedad, de modo que el sol, al surgir al inicio de la luz del día, es adorado por algunos más insensatos desde lugares elevados; lo cual algunos cristianos incluso creen hacer con tanta devoción, que antes de llegar a la basílica del B. Pedro apóstol, que está dedicada al único Dios vivo y verdadero, después de subir los escalones que conducen a la plataforma superior, vuelven su cuerpo hacia el sol nascente y, con el cuello inclinado, se inclinan en honor al brillante orbe. Nos aflige y entristece mucho que esto ocurra, en parte por el vicio de la ignorancia, en parte por el espíritu del paganismo: porque aunque algunos tal vez veneren al Creador de la hermosa luz más que a la luz misma, que es una criatura, sin embargo, se debe abstener de la apariencia misma de este acto, ya que cuando quien ha abandonado el culto a los dioses encuentra esto entre nosotros, ¿no retendrá esta parte de la antigua opinión como algo plausible, al ver que es común tanto a cristianos como a impíos?

CAP. V.

Por lo tanto, debe ser rechazada la perversidad condenable de la costumbre de los fieles, y no debe mezclarse el honor debido a un solo Dios con los ritos de aquellos que sirven a las criaturas. Pues dice la Sagrada Escritura: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás (Mateo IV, 10). Y el bienaventurado Job, hombre sin reproche, como dice el Señor, y que se abstiene de toda cosa mala (Job I, 8), dice: ¿Acaso he visto al sol cuando resplandecía, y a la luna avanzando clara, y se alegró mi corazón en secreto, y besé mi mano? Esto es una gran iniquidad y una negación contra el Dios altísimo (Job XXXI, 26-28). Pero, ¿qué es el sol, o qué es la luna, sino elementos visibles de la luz creada y corpórea? Uno de ellos es de mayor claridad, y el otro de menor luz. Pues así como hay tiempos diurnos y nocturnos, así el Creador estableció una calidad diversa en los luminarios, aunque antes de que estos existieran, ya habían precedido días sin el oficio del sol y noches sin el ministerio de la luna. Pero estas cosas fueron creadas para la utilidad del hombre, para que el ser racional no se equivocara en la distinción de los meses, ni en el ciclo de los años, ni en la enumeración de los tiempos: ya que, a través de las desiguales demoras de las horas desiguales, y las señales manifiestas de los diferentes amaneceres, el sol cerraría los años y la luna renovarían los meses. Pues en el cuarto día, como leemos, Dios dijo: Que haya luminarias en el firmamento del cielo, y que brillen sobre la tierra, y que dividan entre el día y la noche, y que sean para señales, y para tiempos, y para días, y para años, y que estén en el firmamento del cielo, para que brillen sobre la tierra (Génesis I, 14, 15).

CAP. VI.

Despierta, oh hombre, y reconoce la dignidad de tu naturaleza. Recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios (Gén. I, 26); la cual, aunque corrompida en Adán, ha sido reformada en Cristo. Usa las criaturas visibles como deben ser usadas, así como usas la tierra, el mar, el cielo, el aire, las fuentes y los ríos; y todo lo que en ellos es hermoso y maravilloso, refiérelo a la alabanza y gloria del Creador. No te entregues a esa luz que deleita a las aves y serpientes, a las bestias y ganados, a las moscas y gusanos. Toca la luz corporal con el sentido corporal, y con todo el afecto de la mente abraza aquella verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9), y de la cual dice el profeta: Acercaos a él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán (Sal. XXXIII, 6). Pues si somos templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en nosotros (I Cor. III, 16), es MÁS lo que cada fiel tiene en su alma, que lo que admira en el cielo. No os decimos, amadísimos, ni os aconsejamos que despreciéis las obras de Dios, ni que estiméis algo contrario a vuestra fe en aquellas cosas que Dios, siendo bueno, creó buenas; sino que uséis de toda especie de criaturas, y de todo el ornato de este mundo, de manera razonable y moderada: Porque lo que se ve, como dice el Apóstol, es temporal; pero lo que no se ve es eterno (II Cor. IV, 18). Por lo tanto, ya que hemos nacido para lo presente, pero renacido para lo futuro, no estemos entregados a los bienes temporales, sino atentos a los eternos; y para que podamos contemplar más de cerca nuestra esperanza, pensemos en el mismo sacramento del Nacimiento del Señor qué ha conferido la gracia divina a nuestra naturaleza. Escuchemos al Apóstol diciendo: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestó, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria (Colos. III, 3, 4); quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XXVIII [Al. XXVII]. En la Natividad del Señor VIII.

SINOPSIS.

I. Cuánta alegría debe recibirse el misterio del nacimiento de Cristo.---II. En ningún momento el Verbo estuvo ausente de la carne y el alma humana en Cristo.---III. En la eliminación del pecado de Adán, se ha mantenido la justicia.---IV. Diversos errores sobre la encarnación del Señor.---V. Los impíos dogmas de Nestorio y Eutiques.---VI. La verdad de ambas naturalezas en Cristo, unidas en la unidad de la persona.---VII. Cómo la plenitud de la Divinidad habita corporalmente en Cristo, y en la Iglesia.

CAP. I.

Como siempre, amadísimos, todos los divinos escritos nos exhortan a regocijarnos en el Señor, hoy sin duda somos incitados más abundantemente a la alegría espiritual, brillando más claramente para nosotros el sacramento de la Natividad del Señor: para que, al volver a esa inefable inclinación de la divina misericordia, por la cual el Creador de los hombres se dignó hacerse hombre, seamos hallados en la naturaleza de Aquel a quien adoramos en la nuestra. Pues el Hijo de Dios, unigénito del Padre eterno e increado, permaneciendo eterno en la forma de Dios, y teniendo inmutable e intemporalmente no ser otra cosa que lo que es el Padre, tomó la forma de siervo sin detrimento de su majestad, para elevarnos en la suya, no para rebajarse en la nuestra. Por lo tanto, permaneciendo ambas naturalezas en sus propiedades, se ha hecho una comunión de unidad tan grande, que todo lo que allí es de Dios no está separado de la humanidad; y todo lo que es del hombre no está dividido de la Deidad.

CAP. II.

Celebrando, por tanto, amadísimos, el día del nacimiento del Señor Salvador, pensemos íntegramente en el parto de la bienaventurada Virgen, para que creamos que en ningún momento le faltó al cuerpo y al alma concebidos la virtud del Verbo, y que el templo del cuerpo de Cristo no fue primero formado y luego animado, para que el habitante lo reclamara al llegar, sino que por Él y en Él, se dio el principio al nuevo hombre: para que en el único Hijo de Dios y del hombre, la Deidad fuera sin madre, y la humanidad sin padre. Pues al mismo tiempo, la virginidad fecundada por el Espíritu Santo, sin vestigio de corrupción, dio a luz tanto a su propia descendencia como al autor de su linaje. Por lo cual, el mismo Señor, como recuerda el evangelista, preguntó a los judíos de quién habían aprendido por la autoridad de las Escrituras que Cristo era hijo; y al responder ellos que se decía que vendría del linaje de David: ¿Cómo, dijo, David en espíritu lo llama su Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Mat. XXII, 43, 44; Sal. CIX, 1)? Y los judíos no pudieron resolver la cuestión planteada, porque no entendían que en un solo Cristo se profetizaba tanto la descendencia davídica como la naturaleza divina.

CAP. III.

La majestad del Hijo de Dios, igual al Padre, revistiéndose de humildad servil, no temía ser disminuida ni necesitaba ser aumentada; y el efecto mismo de su misericordia, que dedicaba a la restauración humana, solo podía llevarse a cabo por la virtud de la Deidad; para liberar a la criatura creada a imagen de Dios (Génesis I, 26) del yugo del cruel dominador. Pero dado que el diablo no había sido tan violento con el primer hombre como para transferirlo a sus filas sin el consentimiento del libre albedrío, el pecado voluntario y el consejo hostil debían ser destruidos de tal manera que la norma de la justicia no obstaculizara el don de la gracia. En la ruina común de todo el género humano, solo había un remedio bajo el misterio de la razón divina que pudiera socorrer a los caídos, si alguno de los hijos de Adán naciera ajeno e

inocente de la prevaricación original, que pudiera beneficiar a los demás tanto por ejemplo como por mérito. Pero como esto no lo permitía la generación natural, ni podía la descendencia de una raíz viciada existir sin semilla, de la cual la Escritura dice: ¿Quién puede sacar lo puro de lo impuro concebido en semilla? ¿No eres tú, que eres el único? (Job XIV, 4). El Señor de David se hizo hijo de David, y del fruto de la simiente prometida nació una descendencia sin defecto, en una persona con dos naturalezas convenientes: para que en la misma concepción y en el mismo parto naciera nuestro Señor Jesucristo, en quien residiera la verdadera Deidad para los milagros de las obras, y la verdadera humanidad para la tolerancia de las pasiones.

CAP. IV.

Por lo tanto, la fe católica, amadísimos, debe rechazar los errores de los herejes que, engañados por la vanidad de la sabiduría mundana, se han apartado del Evangelio de la verdad y, al no poder comprender la encarnación del Verbo, han hecho de la causa de la iluminación una materia de ceguera. Pues al revisar casi todas las opiniones de los falsos creyentes, que incluso se extienden a la negación del Espíritu Santo, apenas encontramos a alguien que se haya desviado, excepto aquellos que no creyeron en la verdad de las dos naturalezas en Cristo bajo la confesión de una sola persona. Algunos atribuyeron al Señor solo la humanidad, otros solo la Deidad. Algunos dijeron que en Él había verdadera Divinidad, pero que la carne era simulada. Otros profesaron que Él asumió verdadera carne, pero que no tenía la naturaleza de Dios Padre; y al atribuir a su Deidad lo que pertenecía a la sustancia humana, imaginaron un Dios mayor y otro menor, cuando no puede haber grados en la verdadera Divinidad: porque lo que es menos que Dios, no es Dios. Otros, al reconocer que no hay distancia entre el Padre y el Hijo, porque no podían entender la unidad de la Deidad sino en la unidad de la persona, afirmaron que el mismo era el Padre que el Hijo; de modo que nacer y nutrirse, sufrir y morir, ser sepultado y resucitar, pertenecía al mismo, quien en todo cumplía tanto la persona del hombre como la del Verbo. Algunos pensaron que el Señor Jesucristo no tenía un cuerpo de nuestra sustancia, sino que lo había tomado de elementos superiores y más sutiles. Sin embargo, algunos estimaron que en la carne de Cristo no había alma humana, sino que las partes del alma las llenaba la misma Deidad del Verbo. La imprudencia de estos pasó a tal punto que admitieron que había un alma en el Señor, pero dijeron que carecía de mente, porque la sola Deidad bastaba al hombre para todas las funciones de la razón. Finalmente, los mismos se atrevieron a afirmar que una parte del Verbo se había convertido en carne, de modo que en la variedad múltiple de una sola doctrina, no solo se disolvía la naturaleza de la carne y del alma, sino también la esencia del mismo Verbo.

CAP. V.

Hay muchos otros prodigios de falsedades, cuyo recuento no debe fatigar el oído de vuestra caridad. Pero después de diversas impiedades, que están conectadas entre sí por el parentesco de blasfemias multiformes, os advierto especialmente sobre estos errores que deben ser evitados; uno de los cuales, con Nestorio como autor, intentó surgir sin éxito, y otro, que debe ser condenado con igual execración, ha surgido recientemente con Eutiques como defensor. Pues aquel se atrevió a proclamar que la bienaventurada Virgen María era madre solo del hombre, de modo que en su concepción y parto no se creyera que hubo unión del Verbo y la carne: porque el Hijo de Dios no se hizo hijo del hombre, sino que se unió al hombre creado solo por dignación. Lo cual las orejas católicas no pudieron tolerar de ninguna manera, ya que están tan imbuidas del Evangelio de la verdad, que saben firmemente que no hay

esperanza de salvación para el género humano, a menos que el mismo sea hijo de la Virgen, quien es el creador de la madre. Sin embargo, este profano defensor de un sacrilegio más reciente, confesó la unión de dos naturalezas en Cristo, pero dijo que por esa misma unión se hizo de dos una sola, sin que existiera en absoluto la sustancia de la otra, que ciertamente no podría terminarse, a menos que fuera por consumo o separación. Estas cosas son tan enemigas de la fe sana, que no pueden ser aceptadas sin la ruina del nombre cristiano. Pues si la encarnación del Verbo es la unión de la naturaleza divina y humana, pero por esa misma concurrencia lo que era doble se hizo singular; solo la Divinidad nació del vientre de la Virgen, y bajo una apariencia engañosa solo ella soportó los alimentos y los incrementos corporales; y para omitir todas las mutaciones de la condición humana, solo la Divinidad fue crucificada, solo la Divinidad murió, solo la Divinidad fue sepultada; de modo que ya para quienes sienten de tal manera, no hay razón para esperar la resurrección, ni Cristo es el primogénito de entre los muertos (Colosenses I, 18): porque no hubo quien debiera resucitar, si no hubiera habido quien pudiera ser matado.

CAP. VI.

Abséntense de vuestros corazones, amadísimos, las virulentas mentiras de las inspiraciones diabólicas, y sabiendo que la Deidad sempiterna del Hijo no creció en ningún aumento ante el Padre, adviertan prudentemente que a la misma naturaleza a la que en Adán se le dijo: "Eres polvo, y al polvo volverás" (Gén. III, 19), a esa misma en Cristo se le dice: "Siéntate a mi derecha" (Sal. CIX, 1). Según aquella naturaleza por la cual Cristo es igual al Padre, el Unigénito nunca fue inferior en sublimidad al Genitor, ni su gloria es temporal con el Padre, quien está en la misma diestra del Padre, de la cual se dice en Éxodo: "Tu diestra, Señor, se ha glorificado en poder" (Éxod. XV, 6); y en Isaías: "Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías LIII, 1; Rom. X, 17). Así pues, el hombre asumido en el Hijo de Dios, fue recibido en la unidad de la persona de Cristo desde los mismos comienzos corporales, de modo que no fue concebido sin Deidad, ni nacido sin Deidad, ni nutrido sin Deidad. El mismo era en los milagros, el mismo en los ultrajes; crucificado, muerto y sepultado por la debilidad humana; resucitado al tercer día por el poder divino, ascendió a los cielos, se sentó a la derecha de Dios Padre, y en la naturaleza humana recibió del Padre lo que en la naturaleza de la Deidad él mismo también otorgó.

CAP. VII.

Meditando estas cosas, amadísimos, con un corazón piadoso, recordad siempre el mandato apostólico, que amonesta a todos diciendo: Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, y no según Cristo: porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y estáis completos en él (Colosenses II, 8, 10). No dijo espiritualmente, sino corporalmente, para que entendamos la verdadera sustancia de la carne, donde está la habitación corporal de la plenitud de la Divinidad (Efesios I, 23); con la cual ciertamente también se llena toda la Iglesia, que adhiriéndose a la cabeza, es el cuerpo de Cristo (Colosenses I, 21): quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXIX [Al. XXVIII]. En la Natividad del Señor IX.

SINOPSIS.

I. La paz que los ángeles anuncian al nacer Cristo.---II. Los misterios en cuanto a la sola dispensación corporal han pasado. Se expone "Dixit Dominus Domino meo".---III. En la misericordia del que adopta se debe gloriarse. La infancia de Cristo debe ser honrada.

CAP. I.

Excede ciertamente, amadísimos, y sobrepasa en gran medida la capacidad del discurso humano la grandeza de la obra divina; y de ahí surge la dificultad de hablar, de donde también proviene la razón para no callar: porque en Cristo Jesús, Hijo de Dios, no solo se refiere a la esencia divina, sino también a la naturaleza humana, lo que fue dicho por el profeta: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8). Pues ambas sustancias se han unido en una sola persona, y si la fe no lo cree, el discurso no lo explica; y por eso nunca falta materia de alabanza, porque nunca es suficiente la abundancia del que alaba. Alegrémonos, pues, de que somos insuficientes para expresar tan gran sacramento de misericordia, y cuando no podemos explicar la profundidad de nuestra salvación, sintamos que es bueno para nosotros ser superados. Porque nadie se acerca más al conocimiento de la verdad que aquel que entiende que en las cosas divinas, aunque progrese mucho, siempre le queda algo por buscar. Pues quien presume haber alcanzado aquello a lo que tiende, no encuentra lo que busca, sino que falla en la búsqueda. Sin embargo, para que no nos perturbemos por las limitaciones de nuestra debilidad, nos ayudan las voces evangélicas y proféticas, que nos encienden y enseñan, de modo que parezcamos no tanto recordar la Natividad del Señor, en la que el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), como contemplarla presente. Porque lo que el ángel del Señor anunció a los pastores que vigilaban por la custodia de sus rebaños, también llenó nuestro oído; y por eso presidimos sobre las ovejas del Señor, porque guardamos con el oído del corazón las palabras divinamente pronunciadas, como si en la festividad de hoy se dijera: He aquí que os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo, porque hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David (Lucas II, 10). A la grandeza de esta proclamación se une la exultación de innumerables ángeles (para que el testimonio fuera más excelente, al que la multitud de la milicia celestial acompañara) en honor de Dios, con una sola bendición diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). La gloria de Dios, por tanto, es la infancia de Cristo naciendo de la Virgen Madre, y la restauración del género humano se refiere con razón a la alabanza de su autor: porque el mismo ángel Gabriel, enviado por Dios a la bienaventurada María, había dicho: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo tanto, lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Lucas I, 35). En la tierra, sin embargo, se concede aquella paz que hace a los hombres de buena voluntad. Pues con el mismo Espíritu con el que Cristo nace de las entrañas de la madre inmaculada, renace el cristiano del seno de la santa Iglesia, para quien la verdadera paz es no separarse de la voluntad de Dios, y deleitarse solo en lo que Dios ama.

CAP. II.

Por lo tanto, amados, celebrando el día del Señor, que ha sido elegido entre todos los días de los tiempos pasados, aunque la dispensación de las acciones corporales, como había sido preordenada por el consejo eterno, haya pasado, y toda la humildad del Redentor haya sido elevada a la gloria de la majestad paterna, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 10, 11), sin cesar adoramos el mismo nacimiento de la Virgen salvadora, y no menos veneramos esa unión indisoluble del Verbo y la carne en el pesebre que sentado en el trono de la altura paterna. Pues la Deidad inmutable, aunque dentro

de sí misma contenía tanto su claridad como su poder, no por eso dejaba de estar presente en el que nacía, aunque no se manifestara a la vista humana: para que por los inusitados comienzos del verdadero hombre se reconociera a aquel que era tanto Señor como hijo del rey David. Pues él mismo canta con espíritu profético, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha (Salmo CIX, 1). Con este testimonio, como refiere el Evangelio, fue refutada la impiedad de los judíos. Pues cuando Jesús preguntó a los judíos de quién decían que era hijo el Cristo, y respondieron, de David, inmediatamente el Señor, acusando su ceguera, dijo: ¿Cómo entonces David en espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha (Mateo XXII, 43)? Os habéis cerrado, oh judíos, el camino de la inteligencia, y al mirar solo la naturaleza de la carne, os habéis privado de toda la luz de la verdad. Pues esperando, según los fabulosos inventos de vuestra persuasión, un hijo de David solo de la estirpe corporal, al poner vuestra esperanza solo en un hombre, habéis rechazado al Hijo de Dios: de modo que lo que para nosotros es glorioso confesar, no puede beneficiaros a vosotros. Pues también nosotros, al ser preguntados de quién es hijo Cristo, confesamos con la voz del Apóstol que fue hecho del linaje de David según la carne (Romanos I, 2); y somos instruidos desde el mismo inicio de la predicación evangélica, leyendo: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David (Mateo I, 1). Pero por eso nos diferenciamos de vuestra impiedad, porque a quien conocemos nacido como hombre de la progenie de David, a ese mismo, según que el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), creemos que es Dios coeterno con Dios Padre. Por lo cual, si mantuvieras, oh Israel, la dignidad de tu nombre, y no recorrieras con corazón ciego las denuncias proféticas, Isaías te revelaría la verdad evangélica, y no sordo escucharías la divina inspiración diciendo: He aquí que la Virgen concebirá en su seno, y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que interpretado es, Dios con nosotros (Isaías VII, 14; Mateo I, 23). Si no lo veías en la gran propiedad del sagrado nombre, al menos habrías aprendido de la voz davídica, para no negar contra el testimonio del nuevo y del antiguo Testamento a Jesús Cristo como hijo de David, a quien David no confiesas como Señor.

CAP. III.

Por lo tanto, amadísimos, puesto que por la inefable gracia de Dios la Iglesia de los fieles de las naciones ha alcanzado lo que la Sinagoga de los judíos carnales no mereció, como dice David: "El Señor ha dado a conocer su salvación, ha revelado su justicia ante las naciones" (Sal. 92, 2); e Isaías igualmente proclamando: "El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz; a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les ha amanecido" (Is. 9, 2); y de nuevo: "Las naciones que no te conocían te invocarán, y los pueblos que no te conocían acudirán a ti" (Is. 55, 5): regocijémonos en el día de nuestra salvación, y siendo asumidos en la comunión de él por el Nuevo Testamento, a quien el Padre dice por medio del profeta: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Sal. 2, 7); gloriémonos en la misericordia de quien nos adopta: porque, como dice el Apóstol, "No habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción filial, en el cual clamamos, Abba, Padre" (Rom. 8, 15). Pues es digno y conveniente que la voluntad del Padre que testifica sea cumplida por los hijos de la adopción; y como dice el Apóstol, "Si sufrimos con él, también seremos glorificados con él" (Ibid., 17), sean partícipes de la humildad de Cristo, quienes serán coherederos de la gloria futura (Rom. 8, 3). Sea honrado el Señor en su infancia, y no se refieran a la Deidad como injuria los comienzos y los incrementos corporales: porque nuestra naturaleza no añadió ni disminuyó nada a la naturaleza inmutable; sino que quien, en semejanza de carne de pecado, se dignó a ser

conforme a los hombres, en la unidad de la Deidad permanece igual al Padre; con quien y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

106 SERMO XXX [Al. XXXI]. En la Natividad del Señor X.

SINOPSIS.

I. Ambas generaciones de Cristo son inefables.---II. Diversos errores sobre la encarnación del Verbo.---III. La plenitud de la divinidad habitó corporalmente en Cristo.---IV. La concepción de Cristo es singular entre todas.---V. Se examinan las propiedades de ambas naturalezas en Cristo.---VI. Cristo, consustancial al Padre y a la madre, nos salva de ambos.---VII. Una sola fe en Cristo salva a todos los fieles de todos los siglos. Genealogía de Cristo según Mateo y Lucas, por qué es diversa.

CAP. I.

A menudo, como sabéis, amadísimos, os hemos dedicado discursos edificantes sobre la excelencia de la festividad de hoy; y no dudamos que la virtud de la divina piedad ha resplandecido en vuestros corazones de tal manera que lo que está sembrado en vosotros por la fe, también sea comprendido por la inteligencia. Pero dado que el nacimiento de nuestro Señor y Salvador, no solo según la divinidad del Padre, sino también según la carne de la madre, excede la capacidad del lenguaje humano, con razón se aplica a ambos lo que está dicho: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8). En el mismo hecho de que no puede ser explicado dignamente, siempre abunda la razón para disertar: no porque sea libre pensar de manera diversa, sino porque ninguna lengua puede ser suficiente para la dignidad de la materia. La grandeza del sacramento, dispuesto para la salvación del género humano desde los siglos eternos, revelado al final de los siglos, no permite que se le quite ni se le añada nada a su integridad; y así como no pierde lo propio, tampoco recibe lo ajeno. Pero muchos, seguidores de sus propias opiniones, y más dispuestos a enseñar lo que aún no han entendido que a aprender, como dice el Apóstol, han naufragado en la fe (I Tim. I, 19); cuyas opiniones erróneas y contradictorias señalaré brevemente: para que, separadas las tinieblas de los errores de la luz de la verdad, se honren religiosamente los beneficios divinos y se eviten con conocimiento las mentiras humanas.

CAP. II.

Ciertamente, algunos de los documentos sobre el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, que mostraban que era verdaderamente hijo del hombre, creyeron que no era más que hijo del hombre, sin pensar que debía atribuírsele la deidad, ya que tanto los comienzos de su infancia, como el crecimiento corporal, y la condición de las pasiones hasta la cruz y la muerte, lo habían aprobado no diferente de los demás mortales. Otros, sin embargo, movidos por la admiración de sus virtudes, y comprendiendo que la novedad de su origen y el poder de sus palabras y hechos pertenecían a la naturaleza divina, no creyeron que tuviera nada de nuestra sustancia, y pensaron que todo lo que fue acción y forma corporal, o provenía de una materia de género más sublime, o tenía una apariencia simulada de carne, de modo que los sentidos de los que veían y tocaban fueran engañados por una imagen ilusoria. Sin embargo, en algunos errantes también existía la persuasión de que intentaban afirmar que algo de la misma sustancia del Verbo se había convertido en carne, y que Jesús nacido de María Virgen no tenía nada de la naturaleza materna; sino que tanto lo que era Dios, como lo que era hombre, pertenecía a lo que es el Verbo: de modo que en Cristo, por la diversidad de

sustancia, la humanidad fue falsa, y por el defecto de mutabilidad, la divinidad no fue verdadera.

CAP. III.

Así pues, amadísimos, la fe católica, cuyo Dios es maestro y auxiliador, ha destruido en el pasado otras impiedades concebidas por inspiración diabólica y difundidas para el daño de muchos a través de los instrumentos de perdición, exhortándonos e instruyéndonos el Espíritu Santo mediante el testimonio de la ley, las profecías de los profetas, y la trompeta evangélica y la doctrina apostólica, para que creamos constante e inteligentemente que, como dice el bienaventurado Juan, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). En nosotros, ciertamente, a quienes la divinidad del Verbo se ha unido, cuya carne tomada del vientre de la Virgen somos nosotros. Si no fuera de nuestra carne, es decir, verdaderamente humana, el Verbo hecho carne no habría habitado en nosotros. Sin embargo, habitó en nosotros, porque hizo suya la naturaleza de nuestro cuerpo, edificándose la Sabiduría una casa (Prov. 9, 1), no de cualquier materia, sino de nuestra propia sustancia, cuya asunción se manifiesta cuando se dice: el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros. A esta santísima predicación también se adhiere la doctrina del bienaventurado apóstol Pablo, quien dice: Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo; porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y estáis completos en él (Colosenses 2, 8-10). Todo el cuerpo, por tanto, es llenado por toda la divinidad; y así como nada falta de aquella majestad, cuya habitación llena el habitáculo, así nada falta al cuerpo que no esté lleno por su habitante. Lo que se ha dicho, Y estáis completos en él, ciertamente se refiere a nuestra naturaleza, a quienes esa plenitud no pertenecería, si el Verbo de Dios no hubiera unido a sí mismo nuestra alma y cuerpo.

CAP. IV.

Es ciertamente necesario reconocer, amadísimos, y confesar de todo corazón, que esta generación en la que tanto el Verbo como la carne, es decir, Dios y hombre, se convierten en un solo Hijo de Dios y un solo Cristo, supera toda la génesis de la creación humana. Pues ni la formación de Adán del limo de la tierra, ni la plasmación de Eva de la carne del varón (Gén. II, 22), ni la condición de los demás hombres por la mezcla de ambos sexos, pueden compararse con el nacimiento de Jesucristo. Abraham, ya anciano, engendró al heredero de la promesa divina, y Sara, estéril y pasada en años de fecundidad, concibió (Gén. XXI, 2). Jacob fue amado por Dios antes de nacer, y por la gracia que lo precedía, fue distinguido de las acciones voluntarias de la aspereza congénita de su hermano velludo (Gén. XXV, 25; Mal. I, 3; Rom. IX, 13). A Jeremías se le dice: Antes de formarte en el vientre, te conocí; y antes de que salieras del seno, te santifiqué (Jer. I, 5). Ana, durante mucho tiempo ajena a la fecundidad, dio a luz a Samuel, el profeta que ofrecería a Dios (I Sam. I, 20), para que fuera ilustre tanto por el parto como por el voto. El sacerdote Zacarías, de la estéril Isabel, recibió una santa descendencia (Luc. I, 24), y Juan, que sería el precursor de Cristo, recibió el espíritu profético en el vientre de su madre, y aún no nacido, mostró a la madre del Señor la señal de una exultación oculta (Ibid., 44). Todo esto es grande y está lleno de los milagros de las obras divinas; pero es moderado en su asombro por ser más numeroso. Sin embargo, el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo supera toda inteligencia y trasciende todos los ejemplos; no puede ser comparable a ninguno, siendo único entre todos. A la Virgen elegida, y desde hace tiempo prometida del linaje de Abraham y de la raíz de Jesé por voces proféticas y signos místicos, se le anuncia por el arcángel una bendita fecundidad sin daño a

su pudor, que no violará su sagrada virginidad ni por la concepción ni por el parto. Pues al sobrevenir sobre ella el Espíritu Santo, y al cubrirla con la virtud del Altísimo (Luc. I, 35), el inmutable Verbo de Dios asumió de su cuerpo incontaminado la forma de la carne humana: que no traería ninguna contaminación de la concupiscencia de la carne, y no carecería de nada de lo que pertenece a la naturaleza del alma y del cuerpo.

CAP. V.

Recedan, pues, lejos, y vayan a sus tinieblas los monstruos de las opiniones heréticas y los sacrilegios de las falsedades insanas; nosotros, exultante multitud celestial en alabanza a Dios, instruidos por los ángeles, enseñaron a los pastores; para que, conociendo los testimonios de ambas naturalezas, adoremos tanto al Verbo en el hombre Cristo como al hombre Cristo en el Verbo. Pues si, como dice el Apóstol, el que se une al Señor es un solo espíritu (I Cor. VI, 17), ¿cuánto más el Verbo hecho carne es un solo Cristo? donde no hay nada de otra naturaleza que no sea de ambas. No nos debilitemos, pues, en el consejo de la misericordia de Dios, que nos reforma tanto en la inocencia como en la vida; ni porque en nuestro Salvador reconocemos manifiestamente los signos de la doble naturaleza, dudemos de la gloria de Dios por la verdad de la carne, ni de la majestad de la Deidad por la humildad del hombre. El mismo es en la forma de Dios, quien asumió la forma de siervo. El mismo permanece incorpóreo y asume un cuerpo. El mismo es inviolable en su poder y pasible en nuestra debilidad. El mismo no está dividido del trono paterno y fue crucificado por los impíos en el madero. El mismo asciende victorioso sobre las alturas de los cielos, venciendo a la muerte, y no abandona a toda la Iglesia hasta la consumación del siglo. Finalmente, el mismo es quien, en la misma carne con la que ascendió, vendrá, así como soportó el juicio de los impíos, así juzgará las acciones de todos los mortales. Por lo tanto, para no detenernos en muchos testimonios, basta con uno del Evangelio del bienaventurado Juan, donde nuestro mismo Señor dice: Amén, amén os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo; y le dio potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre (Juan V, 25). Así, bajo una sola sentencia muestra que el mismo es Hijo de Dios y también hijo del hombre. De donde se manifiesta cómo debemos creer en Cristo Señor en la unidad de persona, quien siendo Hijo de Dios, por quien fuimos hechos, también se hizo hijo del hombre por la asunción de la carne, para morir, como dice el Apóstol, por nuestras ofensas, y resucitar por nuestra justificación (Rom. IV, 25).

CAP. VI.

Esta confesión, amadísimos, no teme contradicciones, ni cede a errores. Reconocemos, en efecto, la misericordia de Dios prometida desde el principio y preparada antes de los siglos, por la cual solamente pudieron ser desatadas las cadenas de la cautividad humana, con las que el autor del pecado, mal aconsejador, había atado al primer hombre y a toda su descendencia, y reclamaba para sí la prole entregada por el prejuicio original. Porque, por tanto, lo que principalmente ayuda a justificar a los hombres es que el Unigénito de Dios también se dignó ser hijo del hombre, para que, siendo *ὁμοῦσιος* al Padre Dios, es decir, de una sola sustancia, fuera también verdadero hombre y según la carne consustancial a la madre; nos alegramos de ambos, porque no somos salvados sino por ambos: no dividiendo en nada lo visible de lo invisible, lo corpóreo de lo incorpóreo, lo pasible de lo impasible, lo palpable de lo impalpable, la forma de siervo de la forma de Dios; porque aunque uno permanece desde la eternidad, el otro comenzó en el tiempo; sin embargo, se unieron en unidad, y no pueden tener separación ni fin; mientras que exaltante y exaltado, glorificante y glorificado, se han

adherido de tal manera a sí mismos, que ya sea en la omnipotencia, ya sea en la humillación, ni lo divino en Cristo carece de lo humano, ni lo humano de lo divino.

CAPÍTULO VII.

Creando esto, amadísimos, somos verdaderos cristianos, verdaderos israelitas, y verdaderamente adoptados en la comunión de los hijos de Dios: porque todos los santos que precedieron a los tiempos de nuestro Salvador, fueron justificados por esta fe, y por este sacramento de Cristo se hicieron cuerpo, esperando la redención universal de los creyentes en la descendencia de Abraham, de la cual dice el Apóstol: A Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice, Y a las descendencias, como si fueran muchas, sino como en una sola, Y a tu descendencia, que es Cristo (Gálatas III, 16). Por lo cual el evangelista Mateo, para mostrar que la promesa hecha a Abraham se cumplió en Cristo, recorre el orden de las generaciones, y demuestra en quién fue dispuesta la bendición para todas las naciones. Asimismo, el evangelista Lucas desde el mismo nacimiento del Señor retejió la serie de su linaje hacia arriba (Lucas III, 23), para enseñar que incluso aquellas edades que precedieron al diluvio estaban conectadas a este sacramento, y que todos los grados de sucesiones desde el principio tendieron hacia aquel en quien solo estaba la salvación de todos. Por lo tanto, no debe dudarse que fuera de Cristo no hay otro nombre dado a los hombres bajo el cielo, en el cual debamos ser salvados (Hechos IV, 5); quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina igual en la Trinidad por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXI [Al. XXX]. En la solemnidad de la Epifanía de nuestro Señor Jesucristo I.

SINOPSIS.

I. Cristo, nacido, desea ser reconocido por todos, da la señal de la estrella, y al mismo tiempo el don de entender y buscar.---II. En vano Herodes se enfurece contra Cristo. Los Magos manifiestan su fe con regalos.---III. Cristo ordena la malicia de Herodes para el bien de los niños. Qué virtudes del Dios infante debemos imitar.

112 CAP. I.

Celebrado el día próximo en que la intemerata virginidad del género humano dio a luz al Salvador, la venerable festividad de la Epifanía nos otorga, amadísimos, la perseverancia en los gozos, para que entre los sacramentos de las solemnidades afines, el vigor de la exultación y el fervor de la fe no se enfríen. Pues la salvación de todos los hombres está en juego, ya que la infancia del Mediador entre Dios y los hombres ya se declaraba al mundo entero, aunque aún se encontraba en un pequeño pueblo. Pues aunque eligió al pueblo israelita, y a una sola familia de ese pueblo, de la cual asumiría la naturaleza de toda la humanidad, no quiso, sin embargo, que los comienzos de su nacimiento permanecieran ocultos dentro de las estrecheces de la morada materna; sino que quiso ser reconocido de inmediato por todos, quien se dignó nacer por todos. Por lo tanto, a tres magos en la región de Oriente se les apareció una estrella de nueva claridad, que más brillante y hermosa que las demás estrellas, fácilmente atraía hacia sí los ojos y las mentes de los que la contemplaban: para que de inmediato se advirtiera que no era ocioso lo que parecía tan insólito. Dio, pues, entendimiento a los que miraban, quien ofreció la señal; y lo que hizo entender, hizo que se buscara, y se ofreció a ser encontrado por los que lo buscaban.

CAP. II.

Siguen tres hombres la guía de la luz celestial, y acompañando con atenta contemplación el indicio del resplandor que los precede, son conducidos al conocimiento de la verdad por el esplendor de la gracia, quienes, con sentido humano, estimaron que el nacimiento del rey debía buscarse en la ciudad real. Pero aquel que había tomado la forma de siervo, y no había venido a juzgar, sino a ser juzgado, eligió Belén para su nacimiento, Jerusalén para su pasión. Herodes, al oír que había nacido el príncipe de los judíos, sospechando un sucesor, se llenó de temor; y tramando la muerte del autor de la salvación, prometió una falsa obediencia. ¡Cuán feliz sería si imitara la fe de los magos y convirtiera en religión lo que disponía para el engaño! ¡Oh ciega impiedad de la estúpida emulación, que piensas perturbar el divino consejo con tu furia! El Señor del mundo no busca un reino temporal, quien otorga el eterno. ¿Por qué intentas cambiar el inmutable orden de las cosas dispuestas y anticipar el crimen de otros? La muerte de Cristo no es de tu tiempo. Antes debe ser establecido el Evangelio, antes debe ser predicado el reino de Dios, antes deben ser otorgadas las sanidades, antes deben realizarse los milagros. ¿Por qué deseas que lo que será obra ajena sea tu crimen? y, sin lograr el efecto del crimen, te precipitas solo en la culpa de la voluntad. Nada logras con esta maquinación, nada realizas. Quien nació por voluntad, morirá por el poder de su propio arbitrio. Así, los magos cumplen su deseo, y llegan al niño Señor Jesucristo, guiados por la misma estrella. Adoran en la carne al Verbo, en la infancia a la sabiduría, en la debilidad a la virtud, y en la verdad del hombre al Señor de la majestad; y para manifestar el sacramento de su fe y entendimiento, lo que creen en sus corazones, lo proclaman con sus ofrendas. Ofrecen incienso a Dios, mirra al hombre, oro al rey, venerando con conocimiento la naturaleza divina y humana en unidad: porque lo que era propio en las sustancias, no era diverso en el poder.

CAP. III.

Regresando más bien a su región, y trasladado Jesús a Egipto por advertencia divina, se enciende en vano en sus meditaciones la locura de Herodes. Ordena matar a todos los niños en Belén, y como no sabe a qué niño temer, extiende una sentencia general a la edad que le parece sospechosa. Pero lo que el rey impío quita del mundo, Cristo lo inserta en el cielo; y a quienes aún no ha otorgado la redención de su sangre, ya les concede la dignidad del martirio. Levantad, pues, amadísimos, vuestras almas fieles hacia la resplandeciente gracia de la luz eterna, y venerando los sacramentos de la salvación humana, someted vuestro empeño a lo que por vosotros se ha realizado. Amad la pureza de la castidad, porque Cristo es hijo de la virginidad. Absteneos de los deseos carnales, que combaten contra el alma (I Pedro II, 11), tal como nos exhorta el presente B. apóstol con sus palabras, según leemos. Sed como niños en la malicia (I Cor. XIV, 20), porque el Señor de la gloria se conformó a la infancia de los mortales. Seguid la humildad, que el Hijo de Dios se dignó enseñar a sus discípulos (Mat. XI, 29). Vestíos de la virtud de la paciencia, en la cual podéis adquirir vuestras almas: porque quien es la redención de todos, él mismo es la fortaleza de todos. Saboread las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. III, 2). Caminad con constancia por el camino de la verdad y la vida; y no os impidan las cosas terrenales, para las cuales están preparadas las celestiales; por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXII [Al. XXXI]. En la solemnidad de la Epifanía II.

SINOPSIS.

I. Herodes anuncia al mundo el nacimiento de Cristo, mientras intenta quitarlo del mundo. Cristo, exiliado en Egipto, prepara la salvación de Egipto.---II. Cuánto le debemos a Dios, lo demuestra la ceguera de los judíos, que no lo reconocieron para crucificarlo.---III. Más feliz es la ignorancia de los niños que el conocimiento de los sacerdotes judíos. Cristo consagra la infancia de los pequeños con su propia infancia.---VI. La vocación de los magos, los inicios de nuestra vocación. Cada uno debe emular sus dones, para cooperar con Cristo en la obra de nuestra salvación.

CAP. I.

Alegraos en el Señor, amadísimos, nuevamente os digo, alegraos (Filipenses IV, 1): porque en breve intervalo de tiempo después de la solemnidad de la natividad de Cristo, ha brillado la festividad de su manifestación; y aquel a quien en ese día la virgen dio a luz, en este el mundo lo reconoció. Pues el Verbo hecho carne (Juan I, 14) dispuso así los comienzos de nuestra redención, que Jesús nacido fuera manifiesto a los creyentes y oculto a los perseguidores. Ya entonces los cielos proclamaron la gloria de Dios (Salmo XVIII, 1), y el sonido de la verdad salió a toda la tierra (Romanos X, 18), cuando a los pastores se les apareció el ejército de ángeles anunciando al Salvador (Lucas II, 13), y la estrella que los precedía condujo a los magos para adorarlo (Mateo II, 2): para que desde el oriente hasta el occidente resplandeciera la generación del verdadero rey, cuando los reinos de Oriente aprendieran la verdad a través de los magos, y no pasara desapercibido al imperio romano. Pues incluso la crueldad de Herodes, queriendo extinguir los comienzos del rey que le era sospechoso, servía sin saberlo a este designio; de modo que, mientras se dedicaba a su atroz crimen, persiguiendo al niño desconocido con la indiscriminada matanza de infantes, la fama del nacimiento anunciado desde el cielo del Dominador se difundiera más notablemente por todas partes, lo que hacía más pronta y diligente su narración tanto la novedad de la señal celestial como la impiedad del perseguidor más cruel. Entonces el Salvador fue llevado a Egipto, para que el pueblo entregado a antiguos errores fuera llamado ya a la cercana salvación por la gracia oculta; y aquel que aún no había expulsado de su mente la superstición, ya recibiera la verdad en su hogar.

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, este día consagrado por la manifestación del Señor ha obtenido una dignidad especial en todo el mundo, que debe resplandecer en nuestros corazones con el brillo que merece, para que veneremos el orden de los acontecimientos no solo creyendo, sino también comprendiendo. Pues la ceguera de los judíos demuestra cuánta acción de gracias debemos al Señor por la iluminación de las naciones. ¿Qué hay tan ciego, qué tan ajeno a la luz, como aquellos sacerdotes y escribas de los israelitas? Quienes, al ser interrogados por Herodes sobre dónde nacería Cristo según el testimonio de las Escrituras (Mateo II, 4), respondieron con el dicho profético que indicaba la estrella del cielo. La cual, ciertamente, podría haber guiado a los magos directamente a la cuna del niño, omitiendo Jerusalén, como lo hizo después, con su significado; si no hubiera sido necesario para refutar la dureza de los judíos, que la natividad del Salvador se diera a conocer no solo por la guía de la estrella, sino también por la profesión de ellos mismos. Así, el discurso profético pasaba a la instrucción de las naciones, y los corazones de los extranjeros aprendían de Cristo, anunciado por los antiguos oráculos: mientras la infidelidad de los judíos proclamaba la verdad con la boca, pero retenía la mentira en el corazón. Pues no quisieron reconocer con sus ojos a quien habían señalado en los libros sagrados: para que a quien no adoraban en la humildad de su infancia, después lo crucificaran resplandeciente en la sublimidad de sus virtudes.

CAP. III.

¿Qué es esto, judíos, tan ignorante en vosotros es la ciencia, y tan inculta la doctrina? Preguntados dónde nacería Cristo (Mat. II, 4), decís veraz y memoriosamente lo que habéis leído: En Belén de Judea (Mat. II, 5). Pues así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá. Porque de ti saldrá un príncipe que pastoreará a mi pueblo Israel (Miq. V, 2). Este príncipe nacido, los ángeles lo anunciaron a los pastores (Luc. II, 13), y los pastores os lo anunciaron a vosotros (Mat. II, 2). Este príncipe nacido, las naciones lejanas de los pueblos orientales lo conocieron por el inusual resplandor de una nueva estrella. Y para que no dudaran del lugar donde nació el rey, vuestra erudición reveló lo que la estrella no enseñó. ¿Por qué os cerráis el camino que abris a otros? ¿Por qué en vuestra infidelidad reside la duda que se hace manifiesta por vuestra respuesta? Mostráis el lugar del nacimiento por el testimonio de las Escrituras, reconocéis la presencia del tiempo por la atestación del cielo y la tierra; y sin embargo, donde el ánimo de Herodes ardió para perseguir, allí vuestro sentido se endureció para no creer. Más feliz, por tanto, es la ignorancia de los niños que el perseguidor mató (Mat. II, 16), que vuestra ciencia, que en su perturbación consultó. Vosotros no quisisteis recibir su reino, cuyo pueblo pudisteis señalar. Ellos pudieron morir por él, a quien aún no podían confesar. Así Cristo, para que no hubiera tiempo sin milagro para él, antes del uso de la lengua ejercía en silencio el poder del Verbo; y como si ya dijera: Dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. XIX, 14): una nueva gloria coronaba a los infantes, y desde sus inicios consagraba los principios de los pequeños: para que se aprendiera que nadie es incapaz del divino sacramento, cuando incluso esa edad es apta para la gloria del martirio.

CAP. IV.

Reconozcamos, pues, amadísimos, en los magos adoradores de Cristo, las primicias de nuestra vocación y fe, y celebremos con almas exultantes los inicios de la bienaventurada esperanza. Desde entonces comenzamos a entrar en la herencia eterna; desde entonces se nos revelaron los misterios de las Escrituras que hablan de Cristo; y la verdad, que la ceguera de los judíos no recibe, ha traído su luz a todas las naciones. Honremos, por tanto, el día sacratísimo en el que apareció el autor de nuestra salvación; y al que los magos veneraron como niño en el pesebre, adoremos nosotros como omnipotente en los cielos. Y así como ellos ofrecieron al Señor de sus tesoros especies místicas de dones, así también nosotros ofrezcamos de nuestros corazones lo que es digno de Dios. Pues aunque Él es el dador de todos los bienes, también busca el fruto de nuestra diligencia: porque el reino de los cielos no se alcanza durmiendo, sino trabajando y velando en los mandamientos de Dios; para que si no hacemos vanos sus dones, merezcamos recibir por ellos lo que prometió. Por lo cual exhortamos a vuestra caridad a que, absteniéndose de toda obra mala, sigáis lo que es casto y justo (Rom. XIII, 22). Porque los hijos de la luz deben rechazar las obras de las tinieblas. Por tanto, evitad los odios, rechazad las mentiras, destruid la soberbia con humildad, desechad la avaricia, amad la generosidad: pues conviene que los miembros se conformen a su cabeza, para que merezcamos ser partícipes de las bienaventuranzas prometidas: por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXIII [Al. XXXII]. En la solemnidad de la Epifanía III

SINOPSIS.

I. Entonces Cristo vino a liberar al mundo, cuando todos estaban encerrados bajo el pecado, para que nadie se gloriara de sus méritos. --- II. ¿Por qué nació bajo Herodes, por qué fue mostrado por una estrella? La gracia operaba internamente, para que se entendiera la señal y se buscara a Cristo. --- 118 III. Cuánta ceguera de los judíos al nacer Cristo. La vocación de las naciones cumple la promesa hecha a Abraham. --- IV. Por qué los magos, después de adorar a Cristo, regresan por otro camino. Por qué Cristo quiso ser trasladado a Egipto. --- V. Esta festividad debe celebrarse con acción de gracias, en la cual las primicias de la vocación de las naciones. Cómo imitemos la estrella.

CAP. I.

Aunque sé, amadísimos, que la santidad de vuestra festividad de hoy no os es desconocida, y que el sermón evangélico os la ha revelado según la costumbre, sin embargo, para que no os falte nada de nuestro deber, me atreveré a hablar de la misma según lo que el Señor nos conceda: para que en el gozo común la piedad de todos sea tanto más religiosa cuanto más comprendida sea la solemnidad por todos. Pues la providencia de la misericordia de Dios, teniendo dispuesto socorrer al mundo pereciente en los últimos tiempos, predestinó la salvación de todas las naciones en Cristo; para que, ya que todas las naciones habían sido apartadas del culto del verdadero Dios por el impío error desde hace tiempo, y el mismo pueblo peculiar de Dios, Israel, casi en su totalidad había caído de las instituciones legales, habiendo sido todos encerrados bajo el pecado (Rom. XI, 32), tuviera misericordia de todos. Pues, al faltar la justicia en todas partes, y habiendo caído todo el mundo en la vanidad y la maldad, si el poder divino no difería su juicio, la humanidad entera recibiría la sentencia de condenación. Pero la ira se transformó en indulgencia, y para que se hiciera más clara la magnitud de la gracia a ejercer, entonces agradó que se trajera el sacramento de la remisión para abolir los pecados de los hombres, cuando nadie podía gloriarse de sus méritos.

CAP. II.

Sin embargo, amados, esta manifestación de misericordia inefable se realizó cuando Herodes tenía el poder real entre los judíos, donde, cesando la sucesión legítima de los reyes y destruido el poder de los pontífices, un extranjero había obtenido el principado: para que el nacimiento del verdadero Rey fuera probado por la voz de aquella profecía que decía: "No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado, y él será la esperanza de las naciones" (Gén. XLIX, 10). De los cuales, al bienaventurado patriarca Abraham le fue prometida una sucesión innumerable, no generada por la semilla de la carne, sino por la fecundidad de la fe; y por eso fue comparada con la multitud de las estrellas, para que del padre de todas las naciones se esperara una progenie no terrena, sino celestial. Para crear, por tanto, la posteridad prometida, los herederos designados en las estrellas son despertados por el nacimiento de una nueva estrella, para que en aquello en lo que el cielo había dado testimonio, el cielo sirviera con obediencia. Una estrella más brillante que las demás conmueve a los magos, habitantes de un Oriente más lejano, y por la claridad de esta luz maravillosa, hombres no ignorantes de estas cosas comprenden la magnitud de su significado: sin duda, esto fue obrado en sus corazones por inspiración divina, para que no les pasara desapercibido el misterio de tan gran visión, y lo que se mostraba inusual a sus ojos no fuera oscuro para sus almas. Finalmente, disponen su oficio con devoción y se preparan con estos dones, para demostrar que al adorar a uno, creyeron simultáneamente en tres: honrando con oro la persona real, con mirra la humana, y con incienso la divina.

CAP. III.

Ingresan, pues, a la principal ciudad del reino judío, y en la ciudad real piden que se les muestre a quien habían aprendido que había nacido para reinar. Herodes se turba, teme por su seguridad, teme por su poder, pregunta a los sacerdotes y doctores de la ley qué había predicho la Escritura sobre el nacimiento de Cristo, y se entera de lo que había sido profetizado; la verdad ilumina a los magos, la infidelidad ciega a los maestros; el Israel carnal no entiende lo que lee, no ve lo que muestra; utiliza las páginas cuyas palabras no cree. ¿Dónde está, Judá, tu jactancia (Rom. III, 27)? ¿Dónde está la nobleza derivada de tu padre Abraham? ¿Acaso tu circuncisión no se ha convertido en incircuncisión (Rom. II, 25)? He aquí que el mayor sirve al menor (Gen. XXV, 23), y los extranjeros entran en la herencia de tu suerte, y tú sirves con la recitación de ese testamento que solo en la letra mantienes. Que entre, que entre en la familia de los patriarcas la plenitud de las naciones, y que los hijos de la promesa reciban la bendición en la descendencia de Abraham, de la cual los hijos de la carne se reniegan. Que adoren en los tres magos todos los pueblos al autor del universo; y que Dios no sea conocido solo en Judea, sino en todo el mundo, para que en todas partes su nombre sea grande en Israel (Sal. LXXV, 2). Porque así como la infidelidad demuestra que esta dignidad del linaje elegido es degenerada en sus descendientes, así la fe hace que sea común a todos.

CAP. IV.

Adorado el Señor, los magos, y completada toda devoción, según la advertencia del sueño no regresan por el mismo camino por el que habían venido. Era necesario que, ya creyendo en Cristo, no caminaran por las sendas de la antigua conducta, sino que, habiendo ingresado en un nuevo camino, se abstuvieran de los errores dejados atrás. También para evitar las insidias de Herodes, quien disponía su impiedad contra el niño Jesús mediante la simulación de un deber. Por lo tanto, como la esperanza de este fue frustrada, la ira del rey se enciende en mayor furor. Pues recordando el tiempo que los magos habían indicado, derrama su rabia de crueldad sobre todos los niños de Belén, y con una matanza general de toda esa ciudad, lleva a la infancia a una gloria eterna; pensando que, al no dejar allí ningún niño sin matar, también mataría a Cristo. Pero Él, que diferiría a otra edad el derramamiento de su sangre para la redención del mundo, había sido llevado a Egipto por el ministerio de sus padres, repitiendo así las antiguas cunas de la nación hebrea, y disponiendo el principado del verdadero José con el poder de una mayor providencia, para que aquella hambre más terrible que cualquier escasez, con la que las mentes de los egipcios sufrían por la falta de verdad, fuera eliminada por el pan de vida que venía del cielo (Juan VI, 59) y el alimento de la razón; y no sin esa región se preparara el sacramento de la singular hostia, en la cual primero, con la matanza del cordero, había sido prefigurado el signo salvífico de la cruz y la pascua del Señor.

CAP. V.

Instruidos, pues, amadísimos, en los misterios de la divina gracia, celebremos con gozo razonable el día de nuestras primicias y el inicio de la vocación de los gentiles, dando gracias al misericordioso Dios, que nos hizo dignos, como dice el Apóstol, de participar en la herencia de los santos en la luz; quien nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado (Colosenses I, 12, 13); porque, como profetizó Isaías, el pueblo de los gentiles, que estaba sentado en tinieblas, vio una gran luz, y a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les resplandeció (Isaías IX, 2). De los cuales el mismo dice al Señor: Las naciones que no te conocían, te invocarán; y los pueblos que no te conocían,

acudirán a ti (Isaías LV, 5). Este día lo vio Abraham y se alegró (Juan VIII, 56), cuando reconoció que los hijos de su fe serían bendecidos en su descendencia, que es Cristo, y creyendo previó que sería el padre de todas las naciones (Romanos IV, 18), dando gloria a Dios, y sabiendo plenamente que lo que prometió es poderoso para hacerlo (Ibid., 21). Este día lo cantaba David en los salmos, diciendo: Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre (Salmo LXXXV, 9); y aquello: El Señor ha hecho conocer su salvación, ha revelado su justicia ante los ojos de las naciones (Salmo XCVII, 2). Lo cual sabemos que comenzó a suceder desde que una estrella condujo a tres magos, despertados desde la lejanía de su región, para conocer y adorar al Rey del cielo y de la tierra. Cuyo servicio ciertamente nos exhorta a imitar su obediencia: para que sirvamos a esta gracia, que invita a todos a Cristo, en la medida de nuestras posibilidades. Porque todo aquel que vive piadosa y castamente en la Iglesia, que piensa en las cosas de arriba (Colosenses III, 1), no en las de la tierra, es de algún modo semejante a la luz celestial; y mientras él mismo conserva el brillo de la vida santa, muestra a muchos el camino al Señor como una estrella. En este empeño, amadísimos, debéis ayudaros mutuamente, para que en el reino de Dios, al cual se llega por la fe recta y las buenas obras, resplandezcáis como hijos de la luz: por nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXIV [Al. XXXIII]. En la solemnidad de la Epifanía IV.

SINOPSIS.---I. Los Magos fueron llamados desde una región lejana para que se fortaleciera la fe cristiana, que cree en Cristo como Dios y hombre.---II. Los Magos fueron instruidos por la profecía de Balaam y confirmados por la respuesta de los judíos. Ellos fueron engañados por la esperanza de un líder temporal; Herodes se turbó por el temor de un rival.---III. El viaje de los Magos y la elección de los dones fueron obra de la gracia que enseña interiormente. Su diligencia servía a nuestra fe.---IV. La impiedad de los maniqueos destruye la fe y la verdad de la encarnación.---V. Se debe evitar a los maniqueos; sus sacrilegios han sido descubiertos. Por ellos y otros herejes, la Iglesia instituye oraciones.

CAP. I.

Justo y razonable, amadísimos, es el servicio de la verdadera piedad, en los días que proclaman las obras de la divina misericordia, alegrarse de todo corazón y celebrar con honor lo que se ha realizado para nuestra salvación: llamándonos a esta devoción la misma ley de los tiempos recurrentes, que nos ha traído, después del día en que el Hijo de Dios, coeterno con el Padre, nació de la Virgen, en breve intervalo la fiesta de la Epifanía, consagrada por la manifestación del Señor. En la cual la divina providencia ha establecido un gran apoyo para nuestra fe, de modo que, mientras se recuerda con solemne veneración la infancia del Salvador adorada en sus inicios, por esos mismos documentos originales se pruebe la verdadera naturaleza humana nacida en Él. Esto es lo que justifica a los impíos, esto es lo que convierte a los pecadores en santos, si en uno y el mismo Señor nuestro Jesucristo se cree tanto en la verdadera Deidad como en la verdadera humanidad: Deidad, por la cual antes de todos los siglos en la forma de Dios es igual al Padre; humanidad, por la cual en los últimos días en la forma de siervo se unió al hombre. Para fortalecer, por tanto, esta fe, que se prevenía contra todos los errores, se realizó por la gran piedad del consejo divino, que un pueblo situado en la lejana región oriental, que sobresalía en el arte de observar los astros, recibiera la señal del niño nacido que habría de reinar sobre todo Israel. En efecto, una nueva claridad apareció ante los magos de una estrella más brillante, y llenó de tal admiración los ánimos de los que la contemplaban, que de ninguna manera creyeron que debían descuidar lo

que se anunciaba con tan gran señal. Sin embargo, como lo demostró el hecho, la gracia de Dios presidía este milagro; y cuando ni siquiera toda Belén había aprendido aún sobre el nacimiento de Cristo, ya lo estaba llevando a las naciones que habrían de creer: y lo que aún no podía ser explicado por el discurso humano, el cielo lo hacía conocer evangelizando.

CAP. II.

Aunque este don era de la divina dignación, para que el nacimiento del Salvador fuera reconocible por las naciones, los magos pudieron ser advertidos sobre el milagro del signo también por las antiguas profecías de Balaam, sabiendo que había sido predicho y difundido con célebre memoria: Surgirá una estrella de Jacob, y se levantará un hombre de Israel, y dominará a las naciones (Núm. XXIV, 17). Así, tres hombres, divinamente incitados por el resplandor de una estrella inusual, siguieron el curso del luminoso astro que los precedía, pensando que encontrarían al niño señalado en la ciudad real de Jerusalén. Pero cuando esta opinión los engañó, aprendieron de los escribas y doctores de los judíos lo que la Sagrada Escritura había profetizado sobre el nacimiento de Cristo; para que, confirmados por un doble testimonio, buscaran con más ardiente fe a aquel que tanto la claridad de la estrella como la autoridad de la profecía manifestaban. Una vez proclamado el oráculo divino a través de las respuestas de los pontífices, y declarada la voz del espíritu, que dice: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá un líder que pastoreará a mi pueblo Israel (Miq. V, 2; Mat. II, 6): ¡cuán fácil y consecuente fue que los líderes de los hebreos creyeran lo que enseñaban! Pero parece que ellos pensaron carnalmente junto con Herodes, y consideraron el reino de Cristo como algo común con los poderes de este mundo: para que estos esperaran un líder temporal, y aquel temiera un rival terrenal. En vano, Herodes, te turbas con temor, y en vano intentas sañudamente atacar al niño que sospechas. Tu reino no puede contener a Cristo, ni el Señor del mundo está contento con las limitaciones de tu cetro de poder. A quien no quieres que reine en Judea, reina en todas partes; y reinarias más felizmente si te sometieras a su imperio. ¿Por qué no haces con sincero oficio lo que prometes con engañosa falsedad? Ve con los magos, y venera al verdadero rey adorándolo humildemente. Pero tú, más seguidor de la ceguera judía, no imitas la fe de las naciones, y conviertes tu corazón perverso en crueles insidias, sin poder matar a aquel a quien temes, ni dañar a aquellos a quienes destruyes.

CAP. III.

Llevados, pues, amadísimos, a Belén por la guía de la estrella que los precedía, los magos se alegraron con gran gozo, como narró el evangelista; y entrando en la casa, encontraron al niño con María, su madre; y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra (Mateo II, 10, 11). ¡Oh fe admirable de perfecta ciencia, que no fue instruida por la sabiduría terrena, sino enseñada por el Espíritu Santo! ¿De dónde, pues, estos hombres, al partir de su patria, que aún no habían visto a Jesús, ni habían advertido nada en su presencia que veneraran tan ordenadamente, mantuvieron esta disposición de los dones a ofrecer? Sino porque, además de aquella apariencia de la estrella, que incitó su mirada corporal, un rayo más brillante de verdad iluminó sus corazones; para que, antes de comenzar los trabajos del viaje, entendieran que se les significaba a aquel a quien se debía honor real en el oro, veneración divina en el incienso, y confesión de mortalidad en la mirra. Y esto, en cuanto a la iluminación de la fe se refería, pudo serles suficiente, creído y entendido, para que no buscaran con la vista corporal lo que habían contemplado con la visión plena de la mente. Pero la diligencia de su sagaz oficio, perseverando hasta ver al niño, servía a los pueblos del tiempo futuro y a los hombres de nuestro siglo: para que, así como a todos nosotros nos

benefició que, después de la resurrección del Señor, la mano del apóstol Tomás explorara las huellas de las heridas en su carne; así también nos beneficiara que la infancia de él fuera probada por la vista de los magos. Vieron, pues, los magos y adoraron al niño de la tribu de Judá, del linaje de David según la carne (Romanos I, 3), hecho de mujer, hecho bajo la ley (Gálatas IV, 4), la cual no vino a abolir, sino a cumplir (Mateo V, 17). Vieron y adoraron al niño, pequeño en tamaño, necesitado de ayuda ajena, incapaz de hablar, y en nada diferente de la generalidad de la infancia humana. Porque así como eran fieles los testimonios que afirmaban en él la majestad de la Deidad invisible, así debía ser probadísimo que el Verbo se hizo carne, y que aquella eterna esencia del Hijo de Dios asumió la verdadera naturaleza humana: para que ni los futuros milagros de obras inefables, ni los sufrimientos de las pasiones a asumir, turbaran el sacramento de la fe por la diversidad de las cosas; ya que no podrían justificarse en absoluto, sino aquellos que creyeran que el Señor Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre.

CAP. IV.

A esta singular fe, amadísimos, y a la verdad proclamada a través de todos los siglos, se opone la impiedad diabólica de los maniqueos: quienes, para destruir las almas de los engañados, han tejido un mortal invento de doctrina nefasta a partir de mentiras sacrílegas y fabulosas, y a través de estas ruinas de opiniones insanas se han precipitado hasta el punto de imaginarse a un Cristo de cuerpo falso, que no ofreció nada sólido ni verdadero a los ojos de los hombres ni en sus acciones; sino que mostró una imagen vacía de carne simulada. Consideran indigno que se crea que el Hijo de Dios se introdujo en las entrañas femeninas, y que sometió su majestad a esta afrenta, al mezclarse con la naturaleza de la carne y nacer en un verdadero cuerpo de sustancia humana: cuando toda esta obra no es una injuria para Él, sino un acto de poder; no debe considerarse una contaminación, sino una gloriosa dignación. Pues si esta luz visible no es violada por ninguna impureza sobre la que se derrame, ni los lugares sucios o fangosos contaminan el brillo de los rayos del sol, que sin duda es una criatura corpórea: ¿qué podría contaminar la esencia de aquella luz sempiterna e incorpórea con cualquier cualidad suya? que al unirse a la criatura que creó a su imagen, le otorgó purificación sin recibir mancha; y así sanó las heridas de la debilidad, sin sufrir daño alguno en su virtud. Este gran e inefable sacramento de la divina piedad, porque ha sido anunciado por todos los testimonios de las Sagradas Escrituras; estos adversarios de la verdad, de quienes hablamos, rechazaron la ley dada por Moisés y los oráculos de los profetas inspirados por la divinidad, y violaron las mismas páginas evangélicas y apostólicas, quitando algunas cosas e insertando otras: inventándose muchos volúmenes de falsedad bajo los nombres de los apóstoles y bajo las palabras del mismo Salvador, con los cuales reforzaron los inventos de su error, e infundieron un virus mortal en las mentes de los engañados. Pues veían que todo se les oponía, todo protestaba, y no solo el Nuevo, sino también el Antiguo Testamento refutaba la sacrílega demencia de su impiedad. Y sin embargo, persistiendo en sus furiosas mentiras, no dejan de perturbar con sus engaños a la Iglesia de Dios: persuadiendo a los miserables que pudieron atrapar, para que nieguen que el Señor Jesucristo asumió verdaderamente la naturaleza humana; nieguen que fue verdaderamente crucificado por la salvación del mundo; nieguen que de su costado herido por la lanza fluyeron la sangre de la redención y el agua del bautismo; nieguen que fue sepultado y resucitado al tercer día; nieguen que fue elevado a la vista de los discípulos para sentarse a la derecha del Padre sobre todas las alturas de los cielos; y para que, eliminada toda la verdad del Símbolo apostólico, ningún miedo aterrorice a los impíos, ninguna esperanza incite a los santos, nieguen que Cristo juzgará a vivos y muertos: para que a quienes priven de la virtud de tan grandes

sacramentos, les enseñen a adorar a Cristo en el sol y la luna, y bajo el nombre del Espíritu Santo adoren a Maniqueo, maestro de tales impiedades.

CAP. V.

Para confirmar, por tanto, amadísimos, vuestros corazones en la fe y la verdad, que la festividad de hoy sea provechosa para todos, y que el testimonio de la infancia manifestada del Salvador fortalezca la confesión católica, y que la impiedad de aquellos que niegan la carne de nuestra naturaleza en Cristo sea anatematizada; sobre la cual nos advirtió sin duda el bienaventurado apóstol Juan, diciendo: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; y este es el Anticristo (1 Juan 4, 2-3). Por lo tanto, que ningún cristiano tenga nada en común con tales personas, que no haya sociedad alguna con ellos, ni ninguna asociación. Que sea provechoso para toda la Iglesia que muchos de ellos, por la misericordia del Señor, han sido descubiertos, y se ha revelado por su propia confesión en qué sacrilegios vivían. Que nadie se deje engañar por las distinciones de alimentos, las suciedades de las vestiduras, y la palidez de los rostros. No son ayunos castos los que no provienen de la razón de la continencia, sino del arte del engaño. Hasta ahora han perjudicado a los incautos, hasta ahora han engañado a los inexpertos: después de esto, no habrá excusa para la caída de nadie: y ya no debe considerarse simple, sino muy malvado y perverso, quien en adelante sea hallado atado al error nefando. Ciertamente, no solo no prohibimos, sino que también alentamos el afecto del instituto eclesiástico y divinamente establecido, para que incluso por tales personas supliquéis al Señor con nosotros: porque también nosotros lamentamos con llanto y tristeza la ruina de las almas engañadas, siguiendo el ejemplo de la piedad apostólica, para que nos hagamos débiles con los que se debilitan (2 Cor. 11, 29), y lloremos con los que lloran (Rom. 12, 15). Esperamos, pues, que la misericordia de Dios sea implorada con muchas lágrimas y la legítima satisfacción de los caídos: porque mientras se vive en este cuerpo, no debe desesperarse de la restauración de nadie, sino que debe desearse la corrección de todos; con la ayuda del Señor, que levanta a los caídos, libera a los cautivos, ilumina a los ciegos (Sal. 145, 8): a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXV [Al. XXXIV]. En la solemnidad de la Epifanía V.

SINOPSIS. I

La estrella que movió eficazmente a los magos y los atrajo con perseverancia, qué significa.--II Aún Herodes en el diablo se enfurece contra los hijos de la Iglesia, y los judíos sirven a Herodes cegados, y se han hecho ajenos a toda religión; en lugar de ellos, las naciones suceden.---III. Es necesario orar por los judíos. Cooperar diligentemente con la gracia de Dios. La gracia ofrece ayuda: la obediencia suaviza el mandato.---IV. Dios invita a todos con sus beneficios, y si el hombre no obedece, su propia mente dura e ingrata es su castigo. Debemos abandonar las cosas terrenales y desear las celestiales, para unirnos a la sociedad de los santos.

CAP. I.

La festividad de hoy, amadísimos, es iluminada por la manifestación de nuestro Señor y Salvador, como sabéis; y este es el día en que una estrella guió a los tres magos para conocer y adorar al Hijo de Dios. La memoria de este acontecimiento merece ser celebrada con honor anual; para que, mientras la historia evangélica se recita incesantemente, el misterio salvador

se presente siempre a la mente de los entendidos a través de un milagro notable. Ya habían precedido muchos testimonios que declaraban la natividad corporal del Señor con señales evidentes, ya sea cuando la bienaventurada Virgen María escuchó y creyó que sería fecundada por el Espíritu Santo y daría a luz al Hijo de Dios, o cuando, al saludarla, Juan, aún no nacido, se conmovió con exultación profética en el vientre de Isabel (Luc. I, 24), como si ya desde el seno materno clamase: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo" (Juan I, 29); o cuando, al anunciar el ángel el nacimiento del Señor, los pastores fueron rodeados por la claridad del ejército celestial (Luc. II, 13), para que no dudaran de la majestad del niño que iban a ver en el pesebre; ni pensarán que había nacido solo en la naturaleza humana, a quien el encuentro de la milicia celestial servía. Pero estas y otras cosas semejantes parecieron entonces ser conocidas por pocas personas, que pertenecían ya sea al parentesco de la Virgen María, o a la familia del santo José. Sin embargo, este signo, que movió eficazmente a los magos situados en lugares lejanos y los atrajo perseverantemente hacia el Señor Jesús, fue sin duda el sacramento de esa gracia y el inicio de esa vocación, por la cual el Evangelio de Cristo debía ser predicado no solo en Judea, sino también en todo el mundo; para que por aquella estrella que brilló ante la vista de los magos, pero no resplandeció ante los ojos de los israelitas, se significara tanto la iluminación de los gentiles como la ceguera de los judíos.

CAP. II.

Permanece, por tanto, amadísimos, como evidentemente se muestra, la forma de los actos místicos; y lo que comenzaba en imagen, se completa en verdad. Resplandeciendo desde el cielo una estrella por gracia, tres magos, atraídos por el resplandor del evangelio, acuden diariamente de todas las naciones a adorar el poder del supremo Rey. También Herodes, en el diablo, se enfurece (Mat. II, 3), y se lamenta de que se le quite el reino de su iniquidad en aquellos que pasan a Cristo. Por lo cual, si mata a los pequeños, parece que mata a Jesús. Esto ciertamente intenta hacer sin cesar, mientras trata de arrebatar el Espíritu Santo a los renacidos en sus comienzos, y de extinguir una especie de infancia de la fe tierna. Los judíos, por su parte, que quisieron estar fuera del reino de Cristo, aún de algún modo están bajo el dominio de Herodes, y sirviendo al poder extranjero, enemigo del Salvador, como si no supieran lo profetizado, diciendo Jacob: No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de sus lomos, hasta que venga aquel a quien están reservadas las cosas: y él es la esperanza de las naciones (Gén. XLIX, 10). Pero aún no entienden lo que no pueden negar, y no comprenden con la mente lo que conocen por la narración de las Escrituras: porque para los maestros insensatos la verdad es un escándalo, y para los doctores ciegos se convierte en oscuridad lo que es luz. Responden, por tanto, cuando se les pregunta, que en Belén nace Cristo; y no siguen el conocimiento que tienen, con el cual instruyen a otros. Han perdido, por tanto, la sucesión de los reyes, la expiación de las ofrendas, el lugar de las súplicas, el orden de los sacerdotes; y aunque todo les está cerrado, experimentan que todo ha terminado para ellos, no ven que todo ha sido trasladado a Cristo. Por lo cual, lo que aquellos tres hombres, representando a todas las naciones, obtuvieron al adorar al Señor, esto lo alcanza todo el mundo en sus pueblos por la fe, que justifica a los impíos; y los adoptivos reciben la herencia del Señor preparada desde los siglos, y la pierden quienes parecían ser legítimos. Arrepiéntete finalmente, judío, arrepiéntete; y conviértete al Redentor, también tuyo, dejando la infidelidad. No te aterrorices por la enormidad de tu crimen: Cristo no llama a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 13); ni rechaza tu impiedad, aquel que por ti, cuando fue crucificado, oró (Luc. XXIII, 34). Rompe la sentencia implacable de tus crueles padres, y no permitas que te ate su maldición, quienes clamando sobre Cristo, Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25), transfirieron sobre ti el crimen de su delito. Regresad al misericordioso, aprovechad la

clemencia del que perdona. Pues la crueldad de vuestra iniquidad se ha convertido en causa de salvación. Vive aquel a quien quisisteis hacer perecer. Confesad al negado, adorad al vendido: para que os beneficie su bondad, a quien vuestra malicia no pudo dañar.

CAP. III.

Por lo tanto, en lo que respecta a la verdadera caridad, amadísimos, que también debemos a nuestros enemigos según la oración del Señor (Mat. V, 44), debemos desear y esforzarnos; para que este pueblo, que ha decaído de aquella nobleza espiritual de los padres, sea injertado en las ramas de su árbol. Porque esta benevolencia nos recomienda mucho a Dios: ya que el pecado de ellos nos ha dado lugar a la misericordia, para que nuestra fe los llame de nuevo a la emulación de recibir la salvación. Pues conviene que la vida de los piadosos no solo sea útil para ellos mismos, sino también para otros: para que lo que no se puede lograr con palabras, se obtenga con ejemplos. Considerando, pues, amadísimos, la inefable generosidad de los dones divinos hacia nosotros, seamos cooperadores de la gracia de Dios que obra en nosotros. Porque el reino de los cielos no llega a los que duermen, ni la bienaventuranza de la eternidad se concede a los que languidecen en la ociosidad y la pereza; sino que, como dice el Apóstol, si sufrimos con Él, también seremos glorificados con Él (Rom. VIII, 17; II Tim. II, 12), debemos recorrer el camino que el mismo Señor testificó ser (Juan XIV, 6): quien, sin que mediara ningún mérito de nuestras obras, nos asistió tanto con el sacramento como con el ejemplo: para que, llamados a la adopción, nos llevara a la salvación por aquel, y nos instruyera para el trabajo por este. Sin embargo, este trabajo, amadísimos, para los hijos piadosos y los buenos siervos no solo no es áspero ni oneroso, sino también suave y ligero, como dice el Señor: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mat. XI, 28-30). Nada, pues, amadísimos, es arduo para los humildes, nada áspero para los mansos, y todos los preceptos se cumplen fácilmente, cuando la gracia ofrece ayuda y la obediencia suaviza el mandato. Porque diariamente resuenan en nuestros oídos las palabras de Dios, y todo hombre se ve obligado a saber qué agrada a la justicia divina. Pero como aquel juicio, en el que cada uno recibirá según lo que haya hecho, sea bueno o malo (I Cor. V, 10), se difiere por la paciencia y bondad del juez, los corazones de los infieles se prometen impunidad en su iniquidad, y piensan que las cualidades de los actos humanos no conciernen al juicio de la providencia divina, como si no fueran castigados a menudo con los más evidentes suplicios por sus malas acciones, o no se mostrara frecuentemente el terror de las amenazas celestiales: por las cuales, sin duda, se advierte a la fe y se reprende a la infidelidad.

CAP. IV.

Entre estas cosas, sin embargo, permanece sobre todo la benignidad de Dios, y a nadie niega su misericordia, ya que indiscriminadamente otorga muchos bienes a todos, y a aquellos que merecidamente sometería a penas, prefiere invitarlos con beneficios. La dilación de la venganza da lugar al arrepentimiento. NO OBSTANTE, NO SE PUEDE DECIR que no haya allí castigo, donde no hay conversión, porque la mente dura e ingrata ya es un suplicio para sí misma, y en su conciencia sufre lo que la bondad de Dios difiere. No se deleiten, pues, los pecadores en sus pecados, de modo que el fin de esta vida los encuentre en sus acciones: porque en el infierno no hay corrección, NI SE DA remedio de satisfacción, donde ya no queda acción de la voluntad, como dice el profeta David: Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti; en el infierno, ¿quién te confesará? (Sal. VI, 6). Huyan de los placeres nocivos,

de las alegrías enemigas y de los deseos que están a punto de perecer. ¿Qué fruto hay, o qué utilidad, en desear incesantemente aquello que, aunque no nos abandone, debe ser abandonado? El amor de las cosas perecedoras transfórmese hacia las incorruptibles, y el alma llamada a lo sublime se deleite en las celestiales. Confirman amistades con los santos ángeles; entren en la ciudad de Dios, cuya habitación se nos promete, y únanse a los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires. De donde ellos se alegran, alégrense ustedes. Codicien sus riquezas, y por buena emulación ambicionen sus intercesiones. Con quienes tengamos comunión de devoción, habrá también comunión de dignidad. Mientras, pues, se les concede tiempo para cumplir los mandamientos de Dios, glorifiquen a Dios en su cuerpo (I Cor. VI, 20), y brillen, amadísimos, como luminarias en este mundo (Filip. II, 15). Que las lámparas de sus mentes estén siempre ardientes, y no quede nada oscuro en sus corazones (Luc. XI, 35): porque, como dice el Apóstol, fueron alguna vez tinieblas, pero ahora son luz en el Señor, caminen como hijos de la luz (Efes. V, 8); y cúmplanse en ustedes lo que en la imagen de los tres magos precedió; y así brille su luz ante los hombres, para que viendo sus buenas obras, glorifiquen a su Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Porque así como es un gran pecado que entre las naciones se blasfeme el nombre del Señor por los malos cristianos, así es un gran mérito de piedad que se bendiga al mismo en la santa conversación de sus siervos: a quien es honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

132 SERMO XXXVI [Al. XXXV]. En la solemnidad de la Epifanía VI.

SINOPSIS. I.

Los misterios siempre deben ser honrados; que permanecen en virtud y aún se cumplen en la Iglesia. La gracia opera internamente lo que la estrella significa externamente. De igual manera, las ofrendas son presentadas por los fieles.--- II. Aún el diablo asume la persona de Herodes, ejerciendo la envidia en los judíos, el engaño en los herejes y la crueldad en los paganos. Pero también Cristo triunfa a través de la caridad en sus miembros.---III. La Iglesia ha crecido a través de las persecuciones. La gloria de los príncipes es servir a Cristo. Debe temerse en tiempos de paz la persecución de las codicias de la Iglesia, en las cuales se adora al demonio, no menos que con sacrificios. ---IV. Es necesario arrepentirse mientras haya lugar para la penitencia: no se debe ceder a la dificultad, sino orar a Dios, quien da de dónde pedir, y da lo que se pide.

CAP. I.

El día, amadísimos, en que por primera vez apareció a las naciones Cristo, el Salvador del mundo, debe ser venerado por nosotros con sagrado honor; y hoy deben concebirse en nuestros corazones las alegrías que estuvieron en los pechos de los tres magos, cuando, incitados por la señal y guía de la nueva estrella, adoraron al Rey del cielo y de la tierra, a quien habían creído prometido, y lo vieron manifiesto. Pues no ha pasado ese día de tal manera que la virtud de la obra, que entonces fue revelada, haya desaparecido, y nada nos haya llegado sino la fama del hecho, que la fe recibiría y la memoria celebraría; ya que, con el don multiplicado de Dios, también nuestros tiempos experimentan diariamente todo lo que aquellos comienzos tuvieron. Aunque, por tanto, la narración de la lectura evangélica menciona propiamente aquellos días en los que tres hombres, a quienes ni la predicación profética había enseñado, ni la testificación de la ley había instruido, vinieron desde la parte más remota del Oriente para conocer a Dios; sin embargo, vemos que esto mismo ahora se realiza de manera más manifiesta y abundante en la iluminación de todos los llamados, ya que se cumple la profecía de Isaías que dice: "El Señor ha revelado su brazo santo a la vista

de todas las naciones" (Isaías 52, 10); y "Han visto todas las naciones de la tierra la salvación que es de nuestro Señor Dios" (Ibid.); y nuevamente: "Y aquellos a quienes no se les anunció de él, verán; y los que no oyeron, entenderán" (Ibid., 15). Por lo tanto, cuando vemos que los hombres dedicados a la sabiduría mundana, y lejanos de la confesión de Jesucristo, son sacados de la profundidad de su error y llamados al conocimiento de la verdadera luz, sin duda alguna, el esplendor de la gracia divina está obrando; y cualquier cosa que aparezca de nueva luz en los corazones tenebrosos, brilla con los rayos de esa misma estrella: para que las mentes que toque con su fulgor, las mueva con el milagro y las conduzca, guiando, a adorar a Dios. Si, además, queremos considerar con intelecto diligente cómo también esa triple especie de dones es ofrecida por todos los que vienen a Cristo con el paso de la fe, ¿no se celebra la misma ofrenda en los corazones de los que creen rectamente? Pues quien reconoce a Cristo como rey del universo, saca oro del tesoro de su alma; ofrece mirra, quien cree que el Unigénito de Dios unió a sí mismo la verdadera naturaleza humana; y lo venera con incienso, quien confiesa que en nada es inferior a la majestad del Padre.

CAP. II.

Al considerar prudentemente estas comparaciones, amadísimos, encontramos que tampoco falta la persona de Herodes, de quien el mismo diablo, así como entonces fue un incitador oculto, ahora también es un imitador incansable. Pues se atormenta por la vocación de todas las naciones, y se angustia por la destrucción diaria de su poder, lamentando ser abandonado en todas partes y que el verdadero Rey sea adorado en todos los lugares. Prepara fraudes, finge consensos, estalla en asesinatos, y para usar los restos de aquellos a quienes aún engaña, se consume de envidia en los judíos, conspira con simulación en los herejes, y se enciende de crueldad en los paganos. Pues ve que es invencible el poder del Rey eterno, cuya muerte ha extinguido el poder de la muerte misma; y por eso ha armado todo su arte de hacer daño contra aquellos que sirven al verdadero rey; endureciendo a unos por la inflación del conocimiento legal, deprimiendo a otros por los engaños de la fe falsa, y a otros incitándolos al furor de la persecución. Pero aquel vence y destruye esta rabia de Herodes, quien también coronó con la gloria del martirio a los pequeños: y ha infundido en sus fieles una caridad tan invicta, que se atreven a decir con las palabras del Apóstol: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿O la angustia? ¿O la persecución? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el peligro? ¿O la espada? Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el día, somos considerados como ovejas para el matadero. Pero en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó (Rom. VIII, 35; Sal. XLIII, 22).

CAP. III.

Creemos, amadísimos, que esta fortaleza no fue necesaria solo en aquellos tiempos en que los reyes del mundo y todos los poderes del siglo atacaban con impía crueldad al pueblo de Dios, considerando como su mayor gloria el borrar el nombre cristiano de la tierra; sin saber que la Iglesia de Dios crecía a través del furor de su crueldad: pues en los suplicios y muertes de los bienaventurados mártires, que se pensaba disminuían en número, se multiplicaban por su ejemplo. En efecto, la persecución de los enemigos contribuyó tanto a nuestra fe, que nada adorna más el principado real que el hecho de que los señores del mundo sean miembros de Cristo: y no se glorían tanto de haber nacido en el imperio, como se alegran de haber renacido en el bautismo. Pero como la tempestad de los primeros torbellinos ha cesado, y desde hace tiempo, al cesar las batallas, parece sonreír cierta tranquilidad, deben vigilarse cuidadosamente aquellos peligros que surgen del ocio de la misma paz. Pues el adversario, que fue ineficaz en las persecuciones abiertas, se enfurece con el arte oculto de hacer daño:

para que a quienes no derribó con el golpe de la aflicción, los derribe con la caída de la voluptuosidad. Viendo, pues, que la fe de los príncipes le resiste, y que la inseparable Trinidad de una sola Deidad es adorada no menos en los palacios que en las Iglesias, lamenta la prohibición del derramamiento de sangre cristiana; y a quienes no puede obtener su muerte, ataca sus costumbres. Cambia el terror de las proscipciones en el incendio de la avaricia, y a quienes no quebró con pérdidas, los corrompe con la codicia. Pues la malicia, impregnada por el largo uso de su propia iniquidad, no ha abandonado el odio, sino que ha transformado su ingenio, para someter a las mentes de los fieles con halagos. Inflama con concupiscencias a quienes no puede atormentar con torturas; siembra discordias, enciende iras, incita lenguas, y para que los corazones más cautos no se aparten de los engaños ilícitos, ofrece las facilidades para consumir los crímenes: porque este es el fruto de toda su fraude, que quien no es adorado con la inmolación de ovejas y carneros, y con la incensación de incienso, sea servido con cualquier crimen.

CAP. IV.

Por lo tanto, amadísimos, nuestra paz tiene sus peligros; y en vano están seguros de la libertad de la fe aquellos que no resisten los deseos de los vicios. El CORAZÓN DE LOS HOMBRES se muestra por la calidad de sus obras, y las formas de las mentes se revelan por la apariencia de sus acciones. Pues hay algunos, como dice el Apóstol, que profesan conocer a Dios, pero lo niegan con sus hechos (Tit. I, 16). En verdad, se incurre en la culpa de la negación cuando el bien que se escucha en el sonido de la voz no se tiene en la conciencia. La fragilidad de la condición humana fácilmente se desliza hacia el delito; y porque no hay pecado sin deleite, rápidamente se cede a la engañosa voluptuosidad. Pero de los deseos carnales se debe recurrir al auxilio espiritual; y la mente que tiene conocimiento de su Dios, debe apartarse de los consejos del enemigo que mal aconseja. Que le aproveche la paciencia de Dios, y no se alimente la obstinación de pecar porque la venganza se difiere. No esté seguro el pecador por la impunidad, porque si pierde el tiempo de la penitencia, no tendrá lugar para la indulgencia, como dice el profeta: Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti; en el infierno, ¿quién te confesará? (Sal. VI, 6). Pero quien encuentra difícil la reparación de su corrección, que acuda a la clemencia del Dios auxiliador, y pida que se rompan las cadenas de la mala costumbre, aquel que levanta a todos los que caen, y endereza a todos los abatidos (Sal. CXLV, 8). No será en vano la oración del que confiesa, porque el Dios misericordioso cumplirá la voluntad de los que le temen; y dará lo que se pide, quien dio de dónde pedir. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

136 SERMO XXXVII [Al. XXXVI]. En la solemnidad de la Epifanía VII.

SINOPSIS.I.

Es necesario imitar con obras lo que se cree con fe. Los misterios de Cristo son tanto sacramentos como ejemplos.---II. La infancia de Cristo, que es la ley de vivir, no predica sino la cruz y la humildad.---III. Toda la fortaleza de Cristo es la humildad; que es toda la disciplina de la sabiduría cristiana, y cuya infancia es maestra.---IV. En qué consiste la infancia cristiana, a la cual nos invita la infancia de Cristo.

CAP. I.

La memoria de los hechos realizados por el Salvador del género humano nos aporta, amadísimos, una gran utilidad, si aquello que veneramos como creído, lo asumimos como digno de imitar. En las dispensaciones de los sacramentos de Cristo, hay tanto virtudes de gracia como incentivos de doctrina: para que a quien confesamos con el espíritu de fe, también sigamos con el ejemplo de sus obras. Pues incluso los mismos comienzos, que el Hijo de Dios asumió al nacer de la Virgen Madre, nos instruyen en el progreso de la piedad. Al mismo tiempo, aparece ante los corazones rectos en una misma persona tanto la humildad humana como la majestad divina. A quien las cunas atestiguan como infante, el cielo y las cosas celestiales proclaman como su autor. Niño de pequeño cuerpo, es Señor y Gobernador del mundo; y es contenido en el regazo de su madre, quien no es limitado por ningún fin. Pero en esto está la curación de nuestras heridas y la elevación de nuestra humillación: porque si tanta diversidad no se uniera en uno, la naturaleza humana no podría reconciliarse con Dios.

CAP. II.

Por lo tanto, nuestras propias leyes de vida nos han proporcionado remedios: y de ahí se ha dado forma a las costumbres, de donde se ha proporcionado medicina a los muertos. Y no sin razón, cuando la claridad de una nueva estrella guió a los tres magos para adorar a Jesús, no lo vieron mandando a los demonios, ni resucitando muertos, ni devolviendo la vista a los ciegos, ni el paso a los cojos, ni el habla a los mudos, ni en ninguna acción de virtudes divinas; sino que vieron a un niño silencioso, tranquilo, y bajo el cuidado de su madre; en el cual no aparecía ningún signo de poder, pero se ofrecía un gran milagro de humildad. Así, la misma apariencia de la sagrada infancia, a la que el Hijo de Dios se había adaptado, transmitía a los ojos la predicación que debía llegar a los oídos, de modo que lo que aún no expresaba el sonido de la voz, ya lo enseñaba el efecto de la visión. Toda la victoria del Salvador, que venció al diablo y al mundo, comenzó con humildad y con humildad se completó. Comenzó sus días bajo persecución y los terminó bajo persecución; ni al niño le faltó la tolerancia de la pasión, ni al que iba a sufrir le faltó la mansedumbre infantil: porque el unigénito Hijo de Dios, bajo una sola inclinación de su majestad, aceptó tanto querer nacer como hombre, como poder ser muerto por los hombres.

CAP. III.

Si, por tanto, el Dios omnipotente hizo buena nuestra causa demasiado mala por el privilegio de la humildad, y por eso destruyó la muerte y al autor de la muerte, porque no rechazó nada de lo que los perseguidores infligieron, sino que obedeciendo al Padre soportó con la más suave mansedumbre las crueldades de los que se ensañaban; ¡cuánto debemos ser humildes, cuántos debemos ser pacientes, nosotros que si sufrimos algún trabajo, nunca lo soportamos sino por nuestro propio mérito! ¿Quién se gloriará de tener un corazón casto, o de estar limpio de pecado (Prov. XX, 9)? Y como dice el bienaventurado Juan: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8); ¿quién se encontrará tan libre de culpa, que en él no haya algo que la justicia acuse, o la misericordia perdone? Por lo tanto, toda la disciplina de la sabiduría cristiana, amadísimos, no consiste en la abundancia de palabras, ni en la astucia de discutir, ni en el deseo de alabanza y gloria, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que el Señor Jesucristo eligió y enseñó desde el vientre de su madre hasta el suplicio de la cruz, por encima de toda fortaleza. Pues cuando sus discípulos discutían entre sí, como dice el evangelista, quién de ellos sería el mayor en el reino de los cielos: llamó a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por

tanto, quien se humille como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos (Mat. XVIII, 1-6; Luc. IX, 46-48). Cristo ama la infancia, que primero acogió en espíritu y en cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, regla de inocencia, modelo de mansedumbre. Cristo ama la infancia, hacia la cual dirige las costumbres de los mayores, hacia la cual reduce las edades de los ancianos; y a aquellos a quienes eleva al reino eterno, los inclina hacia su ejemplo.

CAP. IV.

Para que podamos reconocer plenamente cómo puede lograrse una conversión tan maravillosa, y a qué estado infantil debemos volver mediante tal transformación, que nos enseñe el bienaventurado Pablo, y diga: No os hagáis niños en el juicio, sino sed niños en la malicia (I Cor. XIV, 20). No debemos, por tanto, regresar a los juegos de la infancia y a los comienzos imperfectos, sino tomar algo que incluso convenga a los años maduros, para que el paso de las conmociones sea rápido, el retorno a la paz sea veloz: que no haya memoria de la ofensa, ni deseo de dignidad; amor a la comunión fraterna, igualdad natural. Porque es un gran bien no conocer el daño y no saber de malicia: ya que infligir y devolver injuria es la prudencia de este mundo; pero no devolver mal por mal es la infancia de la ecuanimidad cristiana. A esta semejanza de los niños os invita, amadísimos, el misterio de la festividad de hoy; y esta forma de humildad os insinúa el Salvador niño adorado por los magos: quien, para mostrar qué gloria preparaba para sus imitadores, consagró con martirio a los nacidos en el tiempo de su nacimiento: para que en Belén, donde Cristo nació, los nacidos, por la comunión de la edad, se hicieran partícipes de la pasión. Amemos, pues, la humildad, y evite todo fiel la altivez. Que cada uno prefiera al otro, y nadie busque lo suyo, sino lo del otro: para que, cuando en todos abunde el afecto de benevolencia, en ninguno se encuentre el veneno de la envidia: porque el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado (Luc. XIV, 11): lo mismo testifica nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XXXVIII [Al. XXXVII]. En la solemnidad de la Epifanía VIII.

SINOPSIS.---I.

La estrella representa la gracia, los magos a todas las naciones, Herodes a los paganos, y los infantes asesinados a los mártires. Esta festividad es presente en todos los tiempos.---II. El misterio de Cristo, Dios y hombre, solo puede ser alcanzado por la luz de la fe, necesaria para la redención del hombre.---III. La necesidad de la gracia. El hombre que realiza buenas obras, recibe de Dios tanto el efecto de la obra como el inicio de la voluntad. Los santos deben temer que, al enorgullecerse de sus propias obras de piedad, sean abandonados por la ayuda de la gracia. 140 ¿Qué signos puede experimentar cada uno para saber si Dios habita en él?---IV. Reconocemos a Dios como habitante del corazón principalmente por la caridad. Cuánto debemos esforzarnos por la caridad.

CAP. I.

La causa, amadísimos, y la razón de la solemnidad de hoy os han sido a menudo reveladas tanto por el relato evangélico como por la costumbre de las observancias; no es necesario ahora repetir lo que ocurrió entre los primeros días humanos de nuestro Salvador, como el esplendor de la nueva estrella, los magos y sus dones, la crueldad de Herodes y la matanza de los inocentes; ya que, como sabéis, en el resplandor de la estrella se manifestó la gracia de

Dios, en los tres hombres la vocación de las naciones, en el rey impío la crueldad de los paganos, y en la matanza de los inocentes se anticipó la forma de todos los mártires. Pero dado que en este día sacratísimo se espera de nosotros el deber del sermón sacerdotal, esforcémonos, con la ayuda del Espíritu de Dios, por alcanzar a través de los caminos de la inteligencia, para que comprendamos que el sacramento de esta fiesta presente pertenece a todos los tiempos de los fieles; y de ninguna manera se considere insólito lo que en el orden de las dispensaciones se adora como antiguo.

CAP. II.

Aunque, por tanto, toda alma cristiana no debe pensar nada indigno sobre la majestad del Hijo de Dios, y habiendo superado los rudimentos de la fe inicial, cada uno debe avanzar hacia cosas más sublimes, no es necesario, sin embargo, que la debilidad de la mente humana, al aceptar a Cristo como verdadero hombre, tiemble por la misma comunión de nuestra naturaleza, y que a través de los comienzos o incrementos corporales acceda con dificultad al conocimiento de la Deidad unida con el Padre. Pero cuando entre los pensamientos oscuros resplandece un rayo de luz celestial, el esplendor de la verdad rompe las demoras de la fe vacilante: para que el corazón libre, y absuelto de lo visible, siga la luz de la inteligencia como una estrella guía: porque, como dice el Apóstol, el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 11). Para que aquel a quien veneraba humildemente acostado en el pesebre, lo adore sin desconfianza reinando con el Padre. Esta manifestación, amadísimos, que disuelve las nubes de las almas dudosas, y hace conocer al Hijo de Dios de tal manera que, por el hecho de que también es hijo del hombre, no sufran obstáculo alguno, pertenece a la dignidad de la presente festividad; y la verdadera infancia del Salvador es una declaración de la Deidad, cuando el sentido de la carne se transfiere de lo humano a lo divino; para que aquellos a quienes deprimen las experiencias de las debilidades, sean elevados por los signos de las virtudes: porque nuestra naturaleza y causa necesitaban tal auxilio, para que la humildad no pudiera reparar el género humano sin majestad, ni la majestad sin humildad.

CAP. III.

Ya que en el progreso de cada uno de los fieles resplandece la custodia divina de los mandamientos, y se cumple lo que está dicho: "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16): ¿quién no entendería allí la presencia de la Deidad, donde ve aparecer la verdadera virtud? La cual, ciertamente, sin Dios no existe, ni obtiene la propiedad de la Deidad, a menos que sea vivificada por el espíritu de su autor. Pues cuando el Señor dice a sus discípulos: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5), no hay duda de que el hombre que obra bien tiene de Dios tanto el efecto de la obra como el inicio de la voluntad. Por eso, el Apóstol, el más copioso exhortador de los fieles, dice: "Con temor y temblor trabajad en vuestra salvación: porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filip. II, 12). Y esta es la causa por la cual los santos deben temer y temblar, no sea que, envanecidos por las mismas obras de piedad, sean abandonados por la ayuda de la gracia y permanezcan en la debilidad de la naturaleza. Pero quien desea experimentar si Dios habita en él, de quien se dice: "Dios es admirable en sus santos" (Sal. LXVII, 36), debe examinar sinceramente su corazón y buscar con sagacidad con qué humildad resiste al orgullo, con qué benevolencia lucha contra la envidia, cómo no se deja atrapar por las lenguas aduladoras, y cómo se deleita en los bienes ajenos; si no desea devolver mal por mal, y prefiere olvidar las injurias sin venganza, antes que perder la imagen

y semejanza de su Creador, quien incita a todos al conocimiento de sí mismo con dones generales, "hace llover sobre justos e injustos, y hace salir su sol sobre buenos y malos" (Mat. V, 45).

CAP. IV.

Y para que la inspección de la discreta solicitud no se fatigue en muchas cosas, que busque en los secretos de su mente a la misma madre de todas las virtudes, la caridad, y si la encuentra dedicada con todo el corazón al amor de Dios y del prójimo, de tal manera que incluso desee para sus enemigos lo mismo que anhela para sí mismo; quien sea de esta índole, no dude que Dios es su guía y habitante: a quien recibe con mayor magnificencia, cuanto más se gloria no en sí mismo, sino en el Señor (I Cor. I, 31): porque a aquellos a quienes se les dice: El Reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. XVII, 21), no hacen nada que no sea por el espíritu de aquel cuyo mandato los gobierna. Sabiendo, pues, amadísimos, que la caridad es Dios (I Juan IV, 16), quien obra todo en todos (I Cor. XII, 6), seguid la caridad, de modo que los corazones de todos los fieles concurren en un solo afecto de amor casto. No nos ocupen las cosas pasajeras y vanas; con constante deseo, tendamos hacia las que siempre permanecerán. Porque el sacramento de esta fiesta presente debe ser perpetuo en nosotros; lo cual ciertamente se celebrará sin fin, si en todos nuestros actos aparece el Señor Jesucristo: quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

143 SERMO XXXIX [Al. XXXVIII]. De Cuaresma I.

SINOPSIS.---I

Ejemplo de los hebreos para ayunar principalmente contra los enemigos invisibles.---

II. Especialmente en el tiempo de Cuaresma, el demonio prepara emboscadas.---III. Por qué Cristo quiso ser tentado, y cuán grandes son las luchas del hombre en esta vida.---IV. Cuánta es la envidia del demonio. ¿Cuáles son las armas de los cristianos?---V. ¿Qué virtudes deben acompañar principalmente al ayuno?---VI. El verdadero ayuno se encuentra principalmente en las obras de misericordia.

CAP. I.

El pueblo hebreo de antaño y todas las tribus israelitas, cuando por las ofensas de sus pecados eran oprimidos por el pesado dominio de los filisteos, para poder superar a sus enemigos, como manifiesta la sagrada historia, recuperaron las fuerzas del alma y del cuerpo mediante el ayuno que se impusieron. Pues comprendieron que aquella dura y miserable sujeción la habían merecido por el descuido de los mandamientos de Dios y la corrupción de sus costumbres, y que era en vano luchar con armas si antes no combatían sus vicios.

Absteniéndose, por tanto, de comida y bebida, aplicaron sobre sí mismos la censura de una severa penitencia; y para vencer a sus enemigos, primero vencieron en sí mismos la tentación de la gula. Y así sucedió que los crueles adversarios y severos amos cedieron ante aquellos que, hambrientos, habían subyugado cuando estaban saciados. Así también nosotros, amadísimos, situados entre muchas adversidades y batallas, si deseamos utilizar remedios similares, debemos cuidarnos con observancia similar. Pues nuestra causa es casi la misma que la de ellos: ya que así como ellos eran atacados por adversarios carnales, nosotros somos principalmente atacados por enemigos espirituales. Si estos son vencidos por la corrección de nuestras costumbres, otorgada por la gracia de Dios, también la fortaleza de nuestros

enemigos corporales sucumbirá; y con nuestra enmienda se debilitarán aquellos que se hicieron pesados para nosotros, no por sus méritos, sino por nuestras faltas.

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, para que podamos superar a todos nuestros enemigos, busquemos la ayuda divina mediante la observancia de los mandamientos celestiales, sabiendo que no podemos prevalecer contra nuestros adversarios de otra manera, a menos que prevalezcamos sobre nosotros mismos. Porque hay muchas luchas dentro de nosotros mismos, y la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). En esta disensión, si los deseos del cuerpo son más fuertes, el alma perderá vergonzosamente su propia dignidad, y será muy perjudicial servir a aquel a quien debería haber gobernado. Pero si la mente, sometida a su rector y deleitada con dones celestiales, pisotea los incentivos del placer terrenal y no permite que el pecado reine en su cuerpo mortal (Romanos VI, 12), la razón mantendrá un dominio muy ordenado, y ninguna ilusión de maldades espirituales debilitará sus defensas: porque ENTONCES hay verdadera paz para el hombre y verdadera libertad, cuando la carne es gobernada por el juicio del alma, y el alma es gobernada por la presidencia de Dios. Sin embargo, amadísimos, aunque esta preparación se asuma saludablemente en todo tiempo, para que los enemigos vigilantes sean superados con incesante diligencia, ahora debe buscarse con más cuidado y prepararse con más esmero, cuando los adversarios más sutiles acechan con mayor astucia. Sabiendo que se acercan los días sagrados de la Cuaresma, en cuya observancia se castigan todas las negligencias pasadas, se disuelven todas las negligencias, ciertamente dirigen toda la fuerza de su malicia a esto, para que aquellos que van a celebrar la santa Pascua del Señor sean encontrados impuros en algo; y de donde se debía obtener la propiciación, de allí se contraiga la ofensa.

CAP. III.

Por lo tanto, amados, al acercarnos al inicio de la Cuaresma, es decir, a un servicio más diligente al Señor, ya que entramos como en una especie de lucha de obra santa, preparemos nuestras almas para las batallas de las tentaciones; y comprendamos que cuanto más diligentes seamos por nuestra salvación, tanto más intensamente seremos atacados por los adversarios. Pero más fuerte es el que está en nosotros que el que está contra nosotros, y por él somos fuertes, en cuya virtud confiamos: porque el Señor permitió ser tentado por el tentador para que, al ser protegidos por su ayuda, fuéramos instruidos por su ejemplo. Pues venció al adversario, como habéis escuchado, con testimonios de la ley, no con el poder de la fuerza; para que con esto mismo honrara más al hombre y castigara más al adversario, cuando el enemigo del género humano no fuera vencido como por Dios ya, sino como por el hombre. Peleó entonces él, para que también nosotros peleáramos después; él venció, para que también nosotros de igual manera venciéramos. Porque, amados, no hay obras de virtud sin las pruebas de las tentaciones, no hay fe sin pruebas, no hay lucha sin enemigo, no hay victoria sin confrontación. Esta vida nuestra está en medio de asechanzas, en medio de combates. Si no queremos ser engañados, debemos vigilar; si queremos vencer, debemos luchar. Y por eso el sapientísimo Salomón dice: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación (Eclo. II, 1). Pues el hombre lleno de la sabiduría de Dios, sabiendo que el empeño en la religión tiene el trabajo de la lucha, al prever el peligro del combate, advirtió de antemano al que iba a luchar: no sea que, si el tentador se acercara al ignorante, lo hiriera rápidamente desprevenido.

CAP. IV.

Nos, por tanto, amadísimos, que hemos sido instruidos en las enseñanzas divinas, nos acercamos con conocimiento al combate de la presente lucha, escuchemos al Apóstol que dice: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efesios VI, 12); y no ignoremos que estos enemigos nuestros perciben que todo lo que intentamos hacer por nuestra salvación se dirige contra ellos; y con el solo hecho de que deseamos algo bueno, provocamos a los adversarios. Pues esta es la disensión inveterada entre nosotros y ellos, fomentada por la envidia diabólica, ya que ellos cayeron de aquellos bienes a los que nosotros, con la ayuda de Dios, somos elevados, y se atormentan con nuestras justificaciones. Si, por tanto, nosotros nos levantamos, ellos caen; si nosotros nos fortalecemos, ellos se debilitan. Nuestros remedios son sus heridas, porque con la curación de nuestras llagas, ellos son heridos. Estad firmes, pues, amadísimos, como dice el Apóstol, ceñidos los lomos de vuestra mente con la verdad, y calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz, tomando en todo el escudo de la fe, con el cual podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno, y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Efesios VI, 14). Ved, amadísimos, con qué poderosas armas, con qué insuperables defensas nos ha armado el líder de muchos triunfos y maestro invicto de la milicia cristiana. Ha ceñido los lomos con el cinturón de la castidad, ha calzado los pies con los vínculos de la paz: porque el soldado que no está ceñido es rápidamente vencido por el incitador de la impudicia, y el que no está calzado es fácilmente mordido por la serpiente. Dio el escudo de la fe para la protección de todo el cuerpo, colocó el yelmo de la salvación en la cabeza, armó la diestra con la espada, es decir, con la palabra de la verdad: para que el combatiente espiritual no solo esté a salvo de la herida, sino que también pueda herir al que se le opone.

CAP. V.

Confiados, pues, amadísimos, en estas armas, emprendamos con diligencia e intrepidez la lucha que se nos propone: para que en este estadio de ayunos, no nos contentemos solo con el fin de pensar que la abstinencia de alimentos es lo único que debemos seguir. Pues de poco sirve que se debilite la sustancia de la carne si no se alimenta la fortaleza del alma. Al afligirse un poco el hombre exterior, que se renueve el interior; y al sustraer a la carne la saciedad corporal, que la mente se fortalezca con delicias espirituales. Que cada alma cristiana se examine a sí misma y con severo examen del corazón investigue su interior. Que vea si alguna discordia se ha adherido allí, si alguna codicia se ha asentado. Que la castidad expulse lejos la incontinencia, que la luz de la verdad ahuyente las tinieblas de la simulación. Que se desinfla la soberbia, que la ira se arrepienta, que se rompan las flechas de los daños, y que se frene la maledicencia de la lengua. Que cesen las venganzas y se entreguen al olvido las injurias. Finalmente, que toda planta que no plantó el Padre celestial sea arrancada de raíz (Mat. XV, 13). Pues entonces se nutren bien en nosotros las semillas de las virtudes, cuando se arranca de nuestro campo del corazón todo germen extraño. Si alguno, por tanto, ha ardido en tal deseo de venganza contra alguien, que lo haya entregado a la cárcel o atado con cadenas, apresure la liberación no solo del inocente, sino también de aquel que parece digno de castigo: para que pueda usar con confianza aquella regla de la oración del Señor, diciendo: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Esta parte de las peticiones el Señor la recomienda con especial insinuación, como si el efecto de toda la oración consistiera en esta condición: Porque si, dice, perdonáis a los hombres sus pecados, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Ibid. 14).

CAP. VI.

Por lo tanto, amadísimos, recordando nuestra debilidad, ya que fácilmente caemos en cualquier falta, no descuidemos en absoluto este remedio principal y esta cura tan eficaz para nuestras heridas. Perdonemos, para que se nos perdone; concedamos el perdón que pedimos; y no busquemos vengarnos, nosotros que pedimos ser perdonados. No pasemos con oído sordo el gemido de los pobres, y brindemos con pronta benevolencia misericordia a los necesitados, para que merezcamos encontrar misericordia en el juicio. A esta perfección, quien con la ayuda de la gracia de Dios dirija su esfuerzo, cumplirá fielmente este santo ayuno (I Cor. V, 8), y, ajeno a la levadura de la malicia antigua, llegará a la bienaventurada Pascua en los ázimos de sinceridad y verdad, y se alegrará dignamente en el sacramento de la renovación humana: por Cristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

148 SERMO XL [Al. XXXIX]. De la Cuaresma II.

SINOPSIS.---I

Siempre en esta vida se debe progresar. ---II. En esto se debe esforzar especialmente en el tiempo de Cuaresma, cuando más siembra el diablo. ---III. ¿Por qué Cristo, teniendo hambre, no convirtió las piedras en pan? ---IV. La abstinencia de Cuaresma no debe ser estéril. ---V. La misericordia y clemencia de los príncipes deben ser imitadas en el tiempo de Cuaresma.

CAP. I.

Aunque el ciclo del tiempo legítimo indica por sí mismo el ayuno cuaresmal con la proximidad de la festividad pascual, es necesario también que se añada la exhortación de nuestro discurso, que, con la ayuda del Señor, no sea inútil para los perezosos ni onerosa para los devotos. Pues, dado que la razón de estos días exige que toda nuestra observancia se incremente, confío en que no haya ninguno de vosotros que no se alegre de ser incitado a la buena obra. Porque nuestra naturaleza, mientras persiste aún la mortalidad, es mutable, y aunque se eleve a los más altos estudios de las virtudes, siempre puede tener hacia dónde retroceder, así como puede tener hacia dónde crecer. Y esta es la verdadera justicia de los perfectos, que nunca presumen de ser perfectos, para que, al cesar en la intención de un camino aún no terminado, no caigan en el peligro de decaer allí donde han dejado de desear progresar. Por tanto, ninguno de nosotros, amadísimos, es tan perfecto y santo que no pueda ser más perfecto y santo, corramos todos juntos, sin diferencia de grados, sin distinción de méritos, desde lo que hemos alcanzado hacia lo que aún no hemos aprehendido, con piadosa avidez, y añadamos algo necesario a la medida de nuestra costumbre con aumentos. Pues se demuestra poco religioso en otro tiempo quien en estos días no se encuentra más religioso.

CAP. II.

Por eso, oportunamente ha resonado en nuestros oídos la lectura de la predicación apostólica, diciendo: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación" (II Cor. VI, 2). ¿Qué puede ser más aceptable que este tiempo, qué más saludable que estos días, en los cuales se declara la guerra a los vicios y se incrementa el progreso de todas las virtudes? Siempre, en verdad, tú, alma cristiana, has debido estar alerta contra el adversario de tu salvación, para que no haya lugar para las insidias del tentador; pero ahora debes aplicar una

mayor cautela y una prudencia más diligente, cuando ese mismo enemigo tuyo arde con una envidia más feroz. Pues ahora, en todo el mundo, se le quita el poder de su antigua dominación, y se le arrebatan innumerables vasijas de cautiverio. Se le renuncia al más atroz ladrón por los pueblos de todas las naciones y de todas las lenguas, y ya no se encuentra ningún género humano que no se resista a sus leyes tiránicas, mientras por todos los confines de la tierra se preparan para ser regenerados en Cristo miles de miles; y al acercarse el nacimiento de la nueva creación, la maldad espiritual es expulsada de aquellos a quienes poseía. Por lo tanto, el furor impío del enemigo despojado ruge, y busca un nuevo botín, porque ha perdido su antiguo derecho. Incansable y vigilante, acecha si encuentra ovejas que se alejan negligentemente de los sagrados rebaños, para conducirlos por las pendientes de los placeres y por las bajadas de la lujuria a los albergues de la muerte. Así, inflama las iras, nutre los odios, agudiza las codicias, se burla de la continencia, incita la gula.

CAP. III.

¿A quién no se atrevería a tentar, aquel que ni siquiera se abstuvo de intentar su engaño con nuestro mismo Señor Jesucristo? Pues, como lo ha revelado la historia evangélica, cuando nuestro Salvador, que era verdadero Dios, para demostrar que también era verdadero hombre y excluir las impías opiniones de todo error, después de un ayuno de cuarenta días y noches, asumió en sí mismo el hambre de nuestra debilidad, el diablo se alegró de haber encontrado en Él una señal de naturaleza pasible y mortal, para explorar el poder que temía: "Si eres Hijo de Dios", dijo, "di que estas piedras se conviertan en panes" (Mat. IV, 2). Ciertamente, el Omnipotente podía hacerlo, y era fácil que a la orden del Creador, cualquier criatura pasara a la forma de cualquier género que se le ordenara; así como, cuando quiso, en el banquete de bodas, convirtió el agua en vino (Juan II, 9): pero esto era más acorde con las disposiciones salvadoras, que la astucia del enemigo más soberbio fuera vencida por el misterio de la humildad, no por el poder de la Deidad. Finalmente, una vez ahuyentado el diablo y frustrado el tentador en todas sus artimañas, se acercaron al Señor los ángeles y le servían; para que en las preguntas engañosas la humanidad permaneciera inviolada, y en los santos servicios se manifestara la Divinidad. Que se confundan, pues, los hijos y discípulos del diablo, quienes llenos de inspiración viperina, engañan a los simples, negando en Cristo que ambas naturalezas sean verdaderas, ya sea despojando a la Deidad del hombre, o al hombre de la Deidad, cuando en el doble testimonio de un solo tiempo ambas falsedades han sido eliminadas: porque tanto por el hambre del cuerpo se demostró la perfecta humanidad, como por los ángeles que le servían se demostró la perfecta Divinidad.

CAP. IV.

Por tanto, amadísimos, como hemos sido instruidos por la enseñanza de nuestro Redentor, no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Mat. IV, 4; Deut. VIII, 3); y es digno que el pueblo cristiano, en cualquier abstinencia en que se encuentre, desee más saciarse con la palabra de Dios que con el alimento corporal. Con devoción pronta y fe alegre, recibamos el solemne ayuno, no en una inanición estéril, que a menudo es impuesta por la debilidad del cuerpo y la enfermedad de la avaricia, sino para celebrarlo con amplia benevolencia: para que seamos de aquellos de los que la misma Verdad dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Sean, pues, nuestras delicias las obras de piedad, y seamos llenados con aquellos alimentos que nos nutren para la eternidad. Alegrémonos en las refecciones de los pobres, a quienes nuestros gastos habrán saciado. Gocémonos en el vestido de aquellos cuya desnudez habremos cubierto con las vestimentas necesarias. Sientan nuestra humanidad las

enfermedades de los postrados, las debilidades de los débiles, los trabajos de los exiliados, la desolación de los huérfanos y la tristeza de las viudas desoladas: en ayudar a los cuales, no hay nadie que no pueda realizar alguna porción de benevolencia. A NADIE le es pequeño el patrimonio, si grande es su ánimo; ni depende la medida de la compasión o de la piedad del tamaño de los bienes familiares. Nunca carece de mérito, incluso en la escasez de recursos, la opulencia de la buena voluntad. Ciertamente, los gastos de los ricos son mayores, y los de los medianos menores; pero no difiere el fruto de las obras, donde es el mismo el afecto de los que obran.

CAP. V.

En esta oportunidad, amadísimos, de ejercitar las virtudes, se encuentran también las insignias de otras coronas, que se obtienen sin pérdida de graneros, sin disminución de dinero; si se rechaza la lascivia, si se renuncia a la ebriedad, y la concupiscencia carnal se somete a las leyes de la castidad; si los odios se transforman en amor, si las enemistades se convierten en paz, si la tranquilidad extingue la ira, si la mansedumbre perdona la injuria, si finalmente las costumbres de los amos y los siervos son tan ordenadas, que el poder de aquellos sea más benigno, y la disciplina de estos más devota. Con esta observancia, amadísimos, se obtendrá la misericordia de Dios, y abolida la culpa de los pecados, se celebrará religiosamente la venerable Pascua. Lo cual también los piadosísimos emperadores del orbe romano han custodiado desde hace tiempo con santa observancia instituida, quienes en honor de la Pasión y Resurrección del Señor inclinan la altura de su poder, y suavizada la severidad de sus constituciones, hacen que muchos culpables sean liberados; para que en los días en que el mundo es salvado por la divina misericordia, también la clemencia imitadora de su bondad suprema sea emulada. Imiten, pues, los pueblos cristianos a sus príncipes, y sean incitados a la indulgencia doméstica por los ejemplos reales. No es lícito que las leyes privadas sean más severas que las públicas. Sean perdonadas las culpas, se desaten las cadenas, se borren las ofensas, perezcan las venganzas: para que la sagrada festividad, por la gracia divina y humana, tenga a todos alegres, a todos inocentes: por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

SERMO XLI[Al. XL]. De la Tercera Semana de Cuaresma.

SINOPSIS.---I.

¿Cuánta pureza de conciencia debe tener el ayuno? ¿Cómo debe cada uno examinarse?--
- 153 II. La audacia del diablo en la tentación de Cristo debe hacernos más cautelosos, especialmente en este tiempo.--- III. Santificar el ayuno con misericordia.

CAP. I.

Siempre, ciertamente, nos conviene, amadísimos, vivir sabiamente y santamente, y dirigir nuestras voluntades y acciones hacia aquello que sabemos agrada a la divina justicia; pero cuando se acercan los días que los sacramentos de nuestra salvación nos han hecho más ilustres, nuestros corazones deben ser purificados con mayor diligencia, y la disciplina de las virtudes debe ser ejercitada con más esmero: para que, así como los mismos misterios son en cierta parte mayores, también nuestra observancia supere en algo su costumbre; y aquel para quien la festividad es más sublime, se encuentre también más adornado en ella. Pues si parece razonable y de algún modo religioso salir en un día festivo con vestiduras más limpias, y

mostrar con el atuendo del cuerpo la alegría del alma; si también adornamos la casa de oración con mayor cuidado y culto, tanto como podemos, ¿no es digno que el alma cristiana, que es el verdadero y vivo templo de Dios, adorne prudentemente su apariencia, y al celebrar el sacramento de su redención, prevenga con toda circunspección que ninguna mancha de iniquidad la oscurezca, ni la arruga de un corazón doble la deshonne? Pues, ¿de qué sirve que el culto exterior muestre una forma de honestidad, si el interior del hombre está manchado por la contaminación de algunos vicios? Por lo tanto, todo lo que nubla la pureza del alma y el espejo de la mente debe ser limpiado diligentemente y, mediante una cierta purificación, debe hacerse más claro. Que cada uno examine su conciencia, y se coloque ante sí mismo bajo el juicio de su propio criterio. Que vea si en el secreto de su corazón encuentra aquella paz que Cristo da (Juan XIV, 27), si ningún deseo de la carne combate el deseo del espíritu, si no desprecia lo humilde, si no ansía lo alto, si no se deleita en ganancias injustas, si no se alegra desmesuradamente en el aumento de sus bienes, si finalmente no se consume por la felicidad ajena, ni se regocija en la miseria del enemigo. Y cuando no encuentre en sí mismo nada de estas perturbaciones, que investigue con sincero examen qué tipo de pensamientos frecuentan su mente; y si no se complace en ninguna imagen de vanidad, o cuán rápidamente aparta su mente de aquellas cosas que seducen nocivamente. Pues no ser movido por ninguna seducción, no ser estimulado por ningún deseo, no es de esta vida, que es toda una tentación (Job VII, 1), y en la cual ciertamente es vencido quien no teme ser vencido por ella. Pues es soberbio presumir de la facilidad de no pecar, cuando el mismo hecho de presumir es pecado, como dice el bienaventurado apóstol Juan: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8).

CAP. II.

Nadie, por tanto, se engañe a sí mismo, amadísimos, nadie se deje engañar; ni confíe tanto alguien en la pureza de su corazón como para pensar que no está sujeto a ningún peligro de tentación; ya que aquel tentador siempre vigilante ataca con insidias más agudas a aquellos que ve que se abstienen más de los pecados. Pues, ¿de quién retendría sus engaños, aquel que incluso se atrevió a tentar con el fraude de su astucia al mismo Señor de la majestad? Había visto su soberbia pisoteada por la humildad del Señor Jesús bautizado; había comprendido que con el ayuno de cuarenta días toda codicia de la carne había sido excluida, y sin embargo, la malicia espiritual de su perversidad no desesperó de sus artes; y tanto se prometió a sí mismo de la mutabilidad de nuestra naturaleza, que presumió que aquel a quien experimentaba como verdadero hombre, podría convertirse en pecador. Si, por tanto, el diablo no retiró sus insidias de sus engaños contra el mismo Señor y Salvador nuestro, ¿cuánto más presumirá atacar nuestra fragilidad, a quienes desde entonces persigue con odio más vehemente y envidia más cruel, desde que en el bautismo le renunciamos, y de aquel origen sobre el cual dominaba, hemos pasado a una nueva criatura por la regeneración divina? Por lo tanto, ya que mientras estamos rodeados de carne mortal, el enemigo antiguo no cesa de tendernos trampas de pecado por doquier, y entonces especialmente se ensaña contra los miembros de Cristo, cuando deben celebrar los misterios más sagrados, con razón la doctrina del Espíritu Santo instruye al pueblo cristiano con esta enseñanza, para que se prepare para la fiesta pascual con la continencia de cuarenta días. La razón de esta purificación ya nos invita a la observancia de su salubridad, y nos impone la diligencia de la castidad propuesta. Pues cuanto más santamente se encuentre que alguien ha vivido estos días, tanto más se probará que ha honrado con mayor religiosidad la Pascua del Señor.

CAP. III.

En los días, por tanto, de los santos ayunos, llevemos a cabo con mayor abundancia las obras de piedad, a las que siempre se debe aspirar: Seamos misericordiosos con todos, pero especialmente con los de la familia de la fe (Gálatas VI, 10): para que en las mismas distribuciones de limosnas, imitemos la bondad del Padre celestial, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos (Mateo V, 45). Aunque, por tanto, la pobreza de los fieles debe ser especialmente ayudada, también aquellos que aún no han recibido el Evangelio deben ser compadecidos en su labor: porque en todos los hombres debe ser amada la comunión de la naturaleza, que nos debe hacer benignos incluso con aquellos que nos están sujetos en cualquier condición, especialmente si han renacido por la misma gracia y han sido redimidos por el mismo precio de la sangre de Cristo. Pues con ellos también compartimos que hemos sido creados a imagen de Dios, y no están divididos de nosotros ni por origen carnal ni por nacimiento espiritual. Somos santificados por el mismo Espíritu, vivimos por la misma fe, concurrimos a los mismos sacramentos. No se desprecie esta unidad, ni nos sea vil tan grande comunión; sino que esto mismo nos haga más benignos en todo, el hecho de que usamos de su sujeción, con quienes estamos sujetos al mismo Señor en la misma servidumbre. Si alguno de estos ha ofendido gravemente a sus señores, reciban ahora indulgencia en los días de reconciliación. Que la misericordia quite la severidad, y el perdón borre la venganza. Que nadie sea retenido en custodia, que nadie sea encerrado en prisión: porque nuestro Dios prometió su misericordia bajo la condición de que aquel que perdonara las ofensas ajenas, supiera que sus propios pecados le serían perdonados (Mateo XVIII, 33). Que se destruyan, amadísimos, las causas de disensiones y los agujones de enemistades. Cesen los odios, desaparezcan las rivalidades, que todos los miembros de Cristo se unan en la unidad del amor: Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Mateo V, 9); y no solo hijos, sino también herederos, coherederos con Cristo (Romanos VIII, 17), quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XLII [Al. XLI]. De la Cuaresma IV.

SINOPSIS.---I.

La Cuaresma se ha instituido para la saludable purificación de las almas de sus impurezas.---II. En este tiempo, se debe practicar todas las virtudes que se valoran por la voluntad.---III. El diablo acecha incluso en la misma piedad; se explica el orden y la razón de sus tentaciones hacia Cristo.---IV. Sobre la perversa abstinencia de los maniqueos.---V. Los mismos ayunan en honor al sol y la luna el domingo y el lunes, se abstienen de la participación en la sangre de Cristo, etc.---VI. Que la Cuaresma sea santificada por medio de las obras de virtud.

CAP. I.

Al anunciaros, amadísimos, el santísimo y gran ayuno, ¿qué mejor inicio podría utilizar que comenzar con las palabras del Apóstol, en quien hablaba Cristo, y decir lo que se ha leído: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación (II Cor. VI, 2)? Pues aunque no hay tiempos que no estén llenos de dones divinos, y siempre se nos concede acceso a la misericordia de Dios por su gracia, ahora, sin embargo, es necesario que todas las mentes se muevan con mayor dedicación hacia los progresos espirituales y se animen con mayor confianza, cuando el retorno de aquel día en que fuimos redimidos nos invita a todos los deberes de piedad: para que celebremos el excelso sobre todo sacramento de la pasión del Señor con cuerpos y almas purificados. En verdad, a tan grandes misterios se les debía una devoción incesante y una reverencia continua, de modo que permaneciéramos ante la vista de Dios tal como es digno encontrarnos en la misma fiesta pascual. Pero como esta fortaleza es

de pocos, y mientras se relaja la observancia más austera debido a la fragilidad de la carne, y mientras la preocupación por las diversas acciones de esta vida se extiende, es necesario que incluso los corazones religiosos se ensucien con el polvo mundano; con gran saludabilidad de la institución divina se ha previsto que para reparar la pureza de las mentes, se nos conceda el ejercicio de cuarenta días, en los cuales las culpas de otros tiempos se rediman con obras piadosas y los ayunos castos las purifiquen.

CAP. II.

Por lo tanto, amados, al entrar en estos días místicos y consagrados por los remedios del ayuno, procuremos obedecer los preceptos apostólicos, purificándonos de toda contaminación de carne y espíritu (II Cor. VII, 1): para que, al someter las luchas entre ambas naturalezas, el alma, que bajo el gobierno de Dios debe ser la rectora de su cuerpo, obtenga la dignidad de su dominio: de modo que, sin dar a nadie motivo de ofensa, no seamos objeto de vituperios por parte de los detractores. Porque seremos justamente criticados por los infieles, y por nuestra culpa las lenguas impías se armarán para injuriar la religión, si las costumbres de los que ayunan difieren de la pureza de la perfecta continencia. Pues la esencia de nuestro ayuno no reside solo en la abstinencia de alimentos, ni se priva al cuerpo de alimento de manera fructuosa, a menos que la mente se aparte de la iniquidad y la lengua se contenga de las murmuraciones. Así, debemos moderar nuestra libertad de comer, de modo que también otras pasiones sean frenadas por la misma ley. Este es un tiempo de mansedumbre y paciencia, de paz y tranquilidad: en el cual, excluida toda contaminación de vicios, debemos adquirir la perpetuidad de las virtudes. Ahora, la fortaleza de las mentes piadosas debe acostumbrarse a perdonar las culpas, a ignorar las injurias y a olvidar las ofensas. Ahora, el alma fiel debe ejercitarse con las armas de la justicia a diestra y siniestra (II Cor. VI, 7): para que, a través de la gloria y la ignominia, a través de la infamia y la buena fama, ni las alabanzas inflen su conciencia segura y constante probidad, ni los oprobios la fatiguen. La modestia de los religiosos no debe ser triste, sino santa; y no deben encontrarse en ellos murmullos de quejas, pues nunca les faltan los consuelos de los santos gozos. No se tema la disminución de las facultades terrenales en las obras de misericordia. La pobreza cristiana siempre es rica, porque tiene más de lo que carece. Y no teme trabajar en este mundo con indigencia, a quien se le ha concedido poseer todo en el Señor de todas las cosas. Por lo tanto, los que hacen el bien no deben temer en absoluto que les falte la capacidad de obrar; ya que en los dos óbolos de la viuda del Evangelio se magnificó la devoción (Luc. XXI, 2), y por un vaso de agua fría se recibe la recompensa de la generosidad gratuita (Mat. X, 42). Porque la medida de la benignidad se tasa por los afectos de los piadosos; y nunca le falta la eficacia de la misericordia a quien no le falta la misma misericordia. Esto lo experimentó la santa viuda de Sarepta, quien, en tiempo de hambre, ofreció al bienaventurado Elías el alimento de un solo día, que era todo lo que tenía (III Reg. XVII, 12), y prefiriendo la necesidad del profeta a la suya propia, gastó sin vacilar la escasa harina y el poco aceite. Pero no le faltó lo que dio con fidelidad, y en los recipientes vaciados por la piadosa efusión, surgió una fuente de nueva capacidad: de modo que la plenitud de su sustancia, destinada a usos santos, no se vio disminuida, ya que no se temió su defecto.

CAP. III.

En estos estudios, amadísimos, para los cuales os confiamos preparados voluntariamente, no dudéis que el diablo, quien es adversario de todas las virtudes, envidia y arma la fuerza de su malicia para tender trampas a la piedad desde la misma piedad, y a quienes no puede derribar por la desconfianza, intenta vencerlos por la gloria. Pues el mal de la soberbia está cercano a

las acciones rectas, y la exaltación siempre acecha de cerca a las virtudes: porque es difícil que la alabanza humana no atrape a quien vive de manera loable, a menos que, como está escrito, quien se gloria, gloriase en el Señor (II Cor. X, 17). ¿A quién no se atrevería a atacar en su propósito ese enemigo malvado? ¿De quién no desearía violar el ayuno? cuando sus astucias, como se ha revelado en la lectura evangélica, ni siquiera las contuvo ante el mismo Salvador del mundo. Pues, temiendo en Él el ayuno de cuarenta días y noches, quiso explorar con gran astucia si tenía esta continencia como un don o como propia: para no temer que las obras de sus engaños fueran deshechas, si Cristo fuera de la misma condición que su cuerpo. Así, primero con engaño indagó si Él era el creador de las sustancias, quien podía cambiar las naturalezas de las cosas corporales en lo que quisiera; segundo, si bajo la apariencia de carne humana se ocultaba la Divinidad, a quien le sería fácil hacerse un camino en el aire y elevar los miembros terrenales por el vacío. Pero cuando el Señor prefirió oponerle la justicia del verdadero hombre, en lugar de manifestar el poder de la Deidad, dirigió el ingenio de su tercera trampa a tentar con el deseo de dominio a aquel en quien habían cesado las señales del poder divino, y prometiéndole los reinos del mundo, lo incitó a la adoración de sí mismo. Pero la sabiduría de Dios hizo necia la prudencia del diablo: para que el enemigo soberbio fuera atado por aquello que una vez había atado, y no temiera perseguir a quien debía ser muerto por el mundo.

CAP. IV.

Por lo tanto, debemos estar atentos a los engaños de este adversario, no solo en las tentaciones de la gula, sino también en el propósito de la abstinencia. Pues quien supo traer la muerte al género humano a través del alimento, también sabe perjudicar el ayuno por medio del mismo; y usando a los siervos maniqueos para un fraude contrario, así como incitó a que se tomara lo prohibido, también sugiere evitar lo permitido. Es ciertamente útil la observancia que, acostumbrada a una dieta moderada, refrena el apetito de los placeres; pero ¡ay del dogma de aquellos en los que incluso ayunando se peca! Pues condenan las naturalezas de las criaturas en injuria al Creador, y afirman que quienes comen se contaminan con aquello de lo que no definen a Dios, sino al diablo, como creador; cuando en realidad no hay ninguna sustancia mala, ni hay naturaleza alguna del mal. Pues todo lo bueno fue instituido por un buen autor, y hay un solo creador de todas las cosas, quien hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay (Salmo CXLV, 6). De lo cual, todo lo que se ha concedido al hombre para alimento y bebida es santo y puro en la calidad de su género. Si se toma con avidez desmedida, la excesiva glotonería y embriaguez deshonran, no la naturaleza del alimento ni de la bebida. Pues todo, como dice el Apóstol, es puro para los puros. Pero para los contaminados e infieles nada es puro, sino que su mente y conciencia están contaminadas (Tito I, 15).

CAP. V.

Vosotros, amadísimos, santa generación de la madre católica, a quienes el Espíritu de Dios ha instruido en la escuela de la verdad, moderad vuestra libertad con razonable prudencia, sabiendo que es bueno abstenerse incluso de lo lícito, y cuando se debe vivir con mayor austeridad, discernir los alimentos de tal manera que se evite su uso, sin condenar su naturaleza. Que ningún contagio del error de aquellos que se contaminan principalmente por su propia observancia os alcance, sirviendo a la criatura más que al Creador (Rom. I, 25), y dedicando una abstinencia insensata a los astros del cielo: ya que han elegido ayunar en honor del sol y la luna el primer y segundo sábado, siendo doblemente impíos y profanos en la obra de su perversidad, estableciendo su ayuno tanto en culto a los astros como en

desprecio de la resurrección del Señor. Pues se apartan del sacramento de la salvación humana, y no creen que Cristo nuestro Señor, en la verdadera carne de nuestra naturaleza, nació verdaderamente, padeció verdaderamente, fue sepultado verdaderamente y verdaderamente resucitó. Y por esto condenan el día de nuestra alegría con la tristeza de su ayuno. Y aunque se atrevan a asistir a nuestras reuniones para ocultar su infidelidad, se moderan en la comunión de los sacramentos de tal manera que, a veces, para no quedar completamente ocultos, reciben indignamente el cuerpo de Cristo, pero declinan totalmente beber la sangre de nuestra redención. Por eso hacemos saber esto a vuestra santidad, para que tales personas os sean manifestadas con estos indicios, y aquellos cuya simulación sacrílega sea descubierta, sean expulsados de la sociedad de los santos por autoridad sacerdotal. Pues sobre tales personas el bienaventurado apóstol Pablo advierte prudentemente a la Iglesia de Dios, diciendo: Os rogamos, hermanos, que observéis a aquellos que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que habéis aprendido, y apartaos de ellos. Porque tales personas no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a su propio vientre; y con dulces palabras y bendiciones seducen los corazones de los inocentes (Rom. XVI, 27).

CAP. VI.

Por lo tanto, amadísimos, suficientemente instruidos con nuestras amonestaciones, que frecuentemente hemos presentado a vuestros oídos contra el execrable error, recibid con piadosa devoción los santos días de Cuaresma, y preparaos para merecer la misericordia de Dios mediante obras de misericordia. Extinguid la ira, borrad los odios, amad la unidad, y preveníos mutuamente con oficios de sincera humildad. Gobernad con equidad a los siervos y a aquellos que os están sujetos, que ninguno de ellos sea atormentado ni con prisiones ni con cadenas. Cesen las venganzas, perdónense las ofensas; la severidad sea cambiada por la suavidad, la indignación por la mansedumbre, la discordia por la paz. Que todos nos experimenten como modestos, todos como apacibles, todos como benignos; para que nuestros ayunos sean aceptos a Dios. Así ofreceremos el sacrificio de la verdadera abstinencia y de la verdadera piedad, si nos abstenemos de toda malicia: con la ayuda en todo del Dios omnipotente, a quien con el Hijo y el Espíritu Santo es una la Deidad, una la majestad por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XLIII [Al. XLI]. De la Cuaresma V.

SINOPSIS.---I.

Cómo coopera el hombre con la gracia para ser renovado interiormente, lo cual es necesario para todos. ---II. Son pocos aquellos a quienes las adversidades no perturban o las prosperidades no envanecen. ---163 III. A todos les incumbe la necesidad de arrepentirse. ---IV. Los pecados se borran principalmente mediante obras de misericordia.

CAP. I.

La doctrina apostólica, amadísimos, nos advierte que, despojándonos del hombre viejo con sus actos (Efesios IV, 22; Colosenses III, 9), nos renovemos día a día con una santa conversación. Pues si somos templo de Dios y el Espíritu Santo habita en nuestras mentes, como dice el Apóstol: Vosotros sois templo del Dios vivo (I Corintios VI, 16), debemos trabajar con gran vigilancia para que el receptáculo de nuestro corazón no sea indigno de tan gran huésped. Y así como en las casas hechas por manos humanas se provee con diligencia loable para que si algo se ha corrompido por la infiltración de lluvias, por el torbellino de

tempestades, o por la misma antigüedad, una pronta reparación lo restituya a su integridad; así también es necesario prevenir con constante solicitud que no se encuentre nada desordenado ni impuro en nuestras almas. Aunque nuestro edificio no subsista sin la ayuda de su artífice, ni nuestra estructura pueda estar segura sin la protección del creador, sin embargo, porque somos piedras racionales y materia viva, nos ha construido la mano de nuestro autor de tal manera que, junto con su obrero, también el que es reparado trabaje. Por tanto, la obediencia humana no debe sustraerse a la gracia de Dios, ni debe faltar a aquel bien, sin el cual no puede ser buena: y si experimenta algo imposible o arduo en la ejecución de los mandamientos, no permanezca en sí mismo, sino que recurra al que manda: quien da el precepto para excitar el deseo y proporcionar la ayuda, como dice el profeta: Echa sobre Dios tu pensamiento, y él te sustentará (Salmo LIV, 23). ¿O acaso alguien se enorgullece tan insolentemente y presume ser tan ileso, tan inmaculado, que ya no necesita renovación alguna? Esta persuasión es completamente errónea, y envejece con excesiva vanidad quien, entre las tentaciones de esta vida, se cree inmune a toda herida. Todo está lleno de peligros, lleno de trampas. Las codicias incitan, las seducciones acechan, las ganancias halagan, las pérdidas disuaden, las lenguas de los detractores son amargas, y no siempre son veraces las bocas de los que alaban. De allí surge el odio, de aquí engaña el falso servicio: es más fácil evitar al discordante que esquivar al engañoso.

CAP. II.

En la obtención de las virtudes mismas, hay un modo tan incierto y una discreción tan dudosa, que si alguien pudiera mantener las medidas entre los confines de los buenos y los malos, con un discernimiento sumamente sutil, sería difícil que una probidad bien consciente de sí misma no sea mordida por la lengua de los detractores, y que evite los reproches de los inicuos, para quien la justicia es amiga. Ahora bien, cuando el pensamiento humano se dirige a las mismas variedades de las cosas temporales, cuántas sombras se oponen, cuántos errores de opiniones perversas surgen, de modo que se toma materia de quejas del enfrentamiento de los contrarios. Pues aunque los corazones de todos los fieles no dudan de que la providencia divina no está ausente en ninguna parte de este mundo, ni en ningún tiempo, ni de que los resultados de los asuntos seculares dependen del poder de las estrellas, que no existe, sino que todo se dispone por el juicio justísimo y clementísimo del Sumo Rey: porque, como está escrito, "Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad" (Sal. XXIV, 10), sin embargo, cuando algunas cosas no proceden según nuestros deseos, y bajo el error del juicio humano, la causa del injusto es a menudo superior a la del justo, es muy cercano y contiguo que incluso los grandes ánimos sean sacudidos por estas cosas y sean impulsados a algún murmullo de causa ilícita. De hecho, por estas variedades, el excelentísimo profeta David confiesa que se turbó hasta el peligro, y dice: "Mis pies casi se movieron, casi resbalaron mis pasos, porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores" (Sal. LXXII, 2). Por lo tanto, dado que pocos tienen una fortaleza tan sólida que no sean sacudidos por ninguna perturbación de desigualdades, y muchos fieles son corrompidos no solo por las adversidades, sino también por las prosperidades, se debe aplicar una cuidadosa curación a las heridas con las que la debilidad humana es herida. Por eso, de los peligros con los que este mundo está lleno, se ha recorrido brevemente algo, para que, como dice la Escritura: "¿Quién se gloriará de tener un corazón puro, o de estar limpio de pecado?" (Prov. XX, 9), todos entiendan que la indulgencia de los delitos y la medicina de la reparación son necesarias.

CAP. III.

¿Cuándo, amadísimos, recurrimos más oportunamente a los remedios divinos que cuando los mismos sacramentos de nuestra redención nos son recordados por la ley de los tiempos? Para celebrarlos con mayor dignidad, preparémonos de manera saludable con el ayuno de cuarenta días. No solo aquellos que, a través del misterio de la muerte y resurrección de Cristo, están por ser regenerados a una nueva vida mediante el bautismo, sino también todos los pueblos de los renacidos, asumen útil y necesariamente el auxilio de esta santificación: aquellos, para recibir lo que aún no tienen; estos, para conservar lo que han recibido. Pues, como dice el Apóstol: "El que cree estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12), nadie está tan sostenido por la firmeza que deba estar seguro de su estabilidad. Usemos, pues, amadísimos, las venerables instituciones de este tiempo tan saludable, y limpiemos con más esmero la vigilancia de nuestro corazón. Porque, por más casta y sobriamente que se lleve esta vida mortal, siempre se ve salpicada por cierto polvo de la conversación terrena, y el brillo de las mentes creadas a imagen de Dios no está tan alejado del humo de toda vanidad que no pueda ser oscurecido por alguna mancha, y siempre necesita ser pulido. Y si esto es necesario incluso para las almas más cautas, ¿cuánto más debe ser buscado por aquellos que han pasado casi todo el año de manera más segura o quizás más negligente? A quienes, con la debida caridad, advertimos que no se adulen a sí mismos porque nuestras conciencias individuales no pueden ser conocidas, ya que los ojos de Dios, que todo lo ve, no son excluidos por lugares ocultos ni por muros que los separen; y no solo le son conocidos los actos y pensamientos, sino también los que han de ser hechos y pensados. Esta es, por tanto, la ciencia del supremo juez, esta es la mirada temible, para quien todo lo sólido es accesible y todo secreto es abierto; para quien lo oscuro brilla, lo mudo responde, el silencio confiesa, y la mente habla sin voz. Que nadie desprecie la paciencia de la bondad de Dios (Rom. II, 4) por la impunidad de sus pecados; ni por ello piense que no está ofendido porque aún no ha experimentado su ira. Las treguas de la vida mortal no son largas, ni es duradera la licencia de las voluntades insensatas que se transformará en el dolor eterno de las penas, si mientras se suspende la sentencia de justicia, no se busca el remedio de la penitencia.

CAP. IV.

Por tanto, recurramos a la misericordia omnipresente de Dios, y para que la santa Pascua del Señor sea celebrada con digna observancia, santifíquense los corazones de todos los fieles. Que se suavice la crueldad, se apacigüe la ira, que todos se perdonen mutuamente sus faltas, y que no sea un cobrador de venganza quien es un solicitante de perdón. Pues al decir: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12); nos atamos con los lazos más duros, a menos que cumplamos lo que profesamos. Por lo tanto, si este pacto sacratísimo de oración no se ha mantenido en toda su condición, al menos ahora cada uno reconozca su conciencia, y al perdonar las ofensas ajenas, obtenga la abolición de sus propios pecados. Pues el Señor dice: Si perdonáis a los hombres sus pecados, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros vuestros pecados (Mat. VI, 14; XVIII, 35; Luc. VI, 37): no está lejos de cada uno lo que pide, cuando la sentencia del juez depende de la benignidad del suplicante: quien, siendo misericordioso y justo oyente de las súplicas humanas, ha prescrito a su equidad a partir de nuestra mansedumbre, para que no tenga derecho de severidad sobre aquellos a quienes no encuentre deseosos de venganza. Además, la generosidad conviene a los ánimos clementes y mansos. Pues no hay nada más digno que el hombre sea imitador de su Creador, y según la medida de su propia capacidad, ejecutor de la obra divina. Porque cuando se alimenta a los hambrientos, se viste a los desnudos, se cuida a los enfermos, ¿acaso no es la mano del ministro la que cumple la ayuda de Dios, y la benignidad del siervo es el don del Señor? Quien, aunque no necesita de un ayudante para los efectos de su misericordia, ha moderado su omnipotencia de tal manera que socorre a los

hombres a través de los hombres. Y con razón se dan gracias a Dios por los oficios de piedad, cuyas obras se ven en sus siervos. Por lo cual el mismo Señor dijo a sus discípulos: Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16); quien con el mismo Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

167 SERMO XLIV [Al. XLIII]. De la Cuaresma VI.

SINOPSIS.---I.

En el tiempo de Cuaresma, los vicios de la antigüedad deben ser purgados, de los cuales nadie está exento. ---II. A los ayunos debe unirse la integridad del alma, la unidad de la paz y la generosidad de la limosna, de la cual nadie está excluido. ---III. Con el espíritu de humildad y mansedumbre, debe ser expulsado el afán de soberbia y venganza.

CAP. I.

Siempre, queridos, la misericordia del Señor llena la tierra (Sal. 132, 5); y para cada uno de los fieles, la misma naturaleza es una enseñanza para adorar a Dios, mientras el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, proclaman la bondad y omnipotencia de su Creador, y la maravillosa belleza de los elementos que sirven exige de la criatura intelectual una justa acción de gracias. Pero cuando se acude a estos días, que los sacramentos de la reparación humana han señalado de manera especial, y que preceden en orden cercano y contiguo a la fiesta pascual, se nos indica con mayor diligencia la preparación para la purificación religiosa. Pues aunque en cualquier tiempo la vida inocente sea de muchos, y la costumbre de las buenas obras recomiende a muchos ante Dios, no se debe confiar tanto en la integridad de la conciencia como para pensar que la fragilidad humana, viviendo entre escándalos y tentaciones, no ha podido incurrir en algo que la hiera; cuando el profeta excelentísimo dice: ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro, o de estar limpio de pecado? (Prov. 20, 9). Y de nuevo: Líbrame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo (Sal. 18, 13). Si, como se prueba por la experiencia, tal es la condición de aquellos que resisten a las concupiscencias, que se oponen a los impulsos de la ira, y que incluso castigan los secretos de sus pensamientos, que nunca pueden dejar de encontrar en sus corazones algo que reprobar, y a menudo son engañados por lo oculto o agobiados por lo ajeno; es necesario considerar con más atención en este tiempo qué vicios, qué enfermedades y cuántas son las heridas, para las cuales se debe aplicar una medicina más rigurosa: para que no se encuentren ajenos a aquel sacramento, por el cual se deshacen las obras del diablo. Pues propio de la festividad pascual es que toda la Iglesia se regocije en la remisión de los pecados, que no solo se realiza en aquellos que renacen por el sagrado bautismo, sino también en aquellos que hace tiempo están contados en la suerte de los adoptivos. Pues aunque principalmente la ablución de la regeneración hace nuevos hombres, sin embargo, queda para todos la renovación diaria contra el óxido de la mortalidad, y entre los grados de progreso no hay ninguno que no deba ser siempre mejor, es necesario esforzarse en general para que en el día de la redención nadie sea hallado en los vicios de la antigüedad.

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, lo que en todo tiempo conviene que haga cada cristiano, ahora debe realizarse con mayor diligencia y devoción, para que la institución apostólica de los cuarenta días de ayuno se cumpla, no solo con la moderación de los alimentos, sino principalmente

con la privación de los vicios. Pues dado que esta disciplina se adopta para sustraer los estímulos de los deseos carnales, no hay género de continencia más a seguir que estar siempre sobrios de voluntad injusta y ayunar de acción deshonesta. Esta devoción no omite a los enfermos, no separa a los débiles: porque incluso en un cuerpo débil e inútil puede encontrarse la integridad del alma, si donde hubo sede de depravación, allí se fortalecen los fundamentos de la virtud. Y por eso, a la carne débil le basta con la enfermedad que a menudo excede la medida de la aflicción voluntaria, con tal de que el alma cumpla con su deber y, al no usar la comida corporal, no se alimente de ninguna iniquidad. A los ayunos razonables y santos, ninguna obra se une más útilmente que las de la limosna, que bajo el único nombre de misericordia contienen muchas acciones loables de piedad, para que los ánimos de todos los fieles puedan ser iguales incluso entre facultades desiguales. Pues la caridad, que se debe tanto a Dios como al hombre, nunca se ve tan obstaculizada por impedimentos que no le sea siempre libre desear el bien. Pues cuando los ángeles dicen: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14), no solo se hace bienaventurado por la virtud de la benevolencia, sino también por el bien de la paz, quienquiera que compadezca con caridad a los que sufren cualquier miseria. Las obras de piedad son muy amplias, y por su misma variedad confieren a los verdaderos cristianos que en la distribución de limosnas no solo los ricos y abundantes, sino también los medianos y pobres, tengan sus porciones; y aunque sean desiguales en las fuerzas de la generosidad, sean semejantes en el afecto del alma. Pues cuando bajo los ojos del Señor muchos en el tesoro ofrecían mucho de su abundancia, una viuda introdujo dos monedas (Luc. XXI, 2; Marc. XII, 42), y mereció ser coronada con tal testimonio de Jesucristo, que en tan pequeño modo de ofrenda fue digna de ser preferida a la contribución de todos: porque entre los grandes dones de aquellos que tenían mucho, lo que fue pequeño de ella, fue todo. Si alguien se ve restringido por las estrecheces de tal pobreza que no puede siquiera ofrecer dos monedas al necesitado, tiene en los preceptos del Señor con qué cumplir el deber de la buena voluntad. Pues quien dé al pobre sediento un vaso de agua fría, obtendrá la recompensa de su obra (Mat. X, 42): el Señor prepara a sus siervos tales atajos para obtener su reino, que incluso la provisión de agua, cuyo uso es gratuito y común, no carece de recompensa. Para que ninguna dificultad lo impida, se ha propuesto la forma de piedad con agua fría: para que no piense que carecerá de recompensa quien no tenga el gasto de calentar la bebida con leña. Sin embargo, de este vaso no en vano advierte el Señor que se ofrezca en su nombre: porque estas cosas, que por sí mismas son viles, la fe las hace preciosas, y las que son ministradas por los infieles, aunque sean de gran costo, carecen de toda justificación.

CAP. III.

Por lo tanto, al celebrar la Pascua del Señor, amadísimos, ejercitaos en los santos ayunos de tal manera que, libres de todas las perturbaciones, lleguéis a las fiestas sacratísimas. Que el espíritu de soberbia, del cual se originan todos los pecados, sea expulsado por el amor a la humildad; y que aquellos que se han hinchado de altivez, sean suavizados por la mansedumbre. Aquellos cuyos ánimos han sido exacerbados por alguna ofensa, esfuércense por reconciliarse y volver a la unidad de la concordia. No devolviendo a nadie mal por mal, y perdonándoos mutuamente, como Cristo nos perdonó (Rom. XII, 17), borrad las enemistades humanas con la paz; y si alguno de vuestros subordinados ha merecido las rejas de la custodia o las cadenas, sean liberados con misericordia: para que, necesitando nosotros los remedios del perdón diario, no nos sea difícil perdonar los pecados ajenos. Pues al decir al Señor nuestro Padre: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12), es certísimo que al conceder perdón a las faltas de otros, preparamos para

nosotros la clemencia divina. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XLV [Al. XLIV]. De Cuaresma VII.

SINOPSIS.---I.

Todos, ya sean justos, pecadores o catecúmenos, deben preparar el camino del Señor durante la Cuaresma.---II. Durante el tiempo de Cuaresma, se debe insistir en la misericordia y la verdad a imitación de Dios, así como en la fe y la caridad.---III. Lo que se ofrece por Cristo, debe dedicarse a Cristo.---IV. En este tiempo, se debe dedicarse al ejercicio de todas las virtudes.

CAP. I.

La virtud, amadísimos, y la sabiduría de la fe cristiana, es el amor a Dios y el amor al prójimo; y no carece de ningún deber de piedad aquel que se esfuerza en honrar al Señor y ayudar a su prójimo. Sin embargo, esta doble unidad de afectos debe ejercerse y aumentarse en todo tiempo, pero ahora debe expandirse con mayores incrementos, para que el ayuno de cuarenta días, que es previo a la fiesta pascual, mueva el oído interior del corazón a semejanza de aquella voz con la que Juan Bautista decía con las palabras del profeta Isaías: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Isaías 40, 3; Mateo 3, 3). Pues ya sea que pensemos en aquella parte del pueblo que hace tiempo ingresó en las luchas del combate evangélico, y que a través del curso del estadio espiritual se dirige incesantemente hacia la palma; o en aquella que, consciente de sus pecados mortales, se apresura hacia el perdón mediante la ayuda de la reconciliación; o en aquella que, regenerada por el bautismo del Espíritu Santo, desea despojarse de la antigüedad de Adán y vestirse con la novedad de Cristo, a todos se les dice de manera adecuada y útil: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Aprendamos, pues, cuáles son los caminos del Señor y cuáles son sus sendas, por la exhortación del mismo predicador, quien prometiendo las obras y dones de la gracia divina, revelaba los efectos de las futuras transformaciones, añadiendo la sentencia del discurso profético, y diciendo: Todo valle será rellenado, y todo monte y colina serán rebajados; y lo torcido se convertirá en recto, y los caminos ásperos en llanos (Isaías 40, 4). El valle, por tanto, indica la mansedumbre de los humildes, el monte y la colina la altivez de los soberbios. Pero porque, como dice la Verdad, el que se humilla será exaltado, y el que se exalta será humillado (Lucas 14, 11; y 18, 14); con razón se anuncia el llenado de los valles y la depresión de los montes: para que lo llano no tenga nada de ofensivo, y lo recto no tenga nada de torcido. Pues aunque el camino que lleva a la vida es angosto y arduo (Mateo 7, 14), no obstante, no camina con dificultad en él aquel a quien la verdad y la piedad fortalecen; ni carece de la delectación de avanzar, cuyo camino hace sólido la roca de las virtudes, no la arena resbaladiza de los vicios.

CAP. II.

Para conocer más plenamente por qué caminos debemos avanzar hacia las promesas de Dios, escuchemos lo que enseña el profeta David: "Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad" (Sal. XXIV, 10). La forma de vida de los fieles proviene del ejemplo de las obras divinas; y con razón Dios exige de aquellos a quienes hizo a su imagen y semejanza, la imitación de sí mismo. De la dignidad de esta gloria no participaremos de otra manera que si en nosotros se encuentra tanto la misericordia como la verdad. Pues por lo que el Salvador

vino a salvar, por eso deben apresurarse los salvados hacia el Salvador: para que la misericordia de Dios nos haga misericordiosos, y la verdad nos haga veraces. Así como por el camino de la verdad camina la mente justa, así por el camino de la misericordia camina la mente benigna. Sin embargo, estos caminos nunca están divididos, como si cada uno de estos bienes se buscara por diferentes senderos, y una cosa fuera crecer en misericordia, y otra progresar en verdad. No es misericordioso quien está ajeno a la verdad; ni es capaz de justicia quien es extraño a la piedad. No utiliza ninguna de las virtudes quien no está enriquecido por ambas. La caridad es la fortaleza de la fe, la fe es la fortaleza de la caridad. Y entonces el nombre verdadero y el fruto verdadero de ambas es cuando permanece indisoluble la conexión de ambas. Pues donde no están juntas, juntas faltan, porque son entre sí tanto ayuda como luz, hasta que el deseo de la creencia se cumpla con la recompensa de la visión, y se vea y ame inmutablemente lo que ahora sin fe no se ama, y sin amor no se cree. Porque, como dice el Apóstol, "en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (Gál. V, 6), debemos dedicarnos conjuntamente tanto a la caridad como a la fe. Este es el vuelo más eficaz de las dos alas gemelas, por el cual la pureza de la mente se eleva para merecer y ver a Dios, para que no sea oprimida por el peso de las preocupaciones carnales. Pues quien dice: "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Heb. IX, 6); también dice: "Si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montañas, pero no tengo caridad, nada soy" (I Cor. XIII, 2). Por lo tanto, para que los divinos misterios de los sacramentos pascuales sean recibidos con digno oficio, se deben buscar con más empeño estos dos, en los cuales concurre la doctrina de todos los preceptos, por los cuales cada uno de los fieles se convierte en sacrificio a Dios y en templo. Que la fe insista en esperar lo que cree; que la caridad insista en propiciar lo que ama: ambas cosas son del amante, ambas del creyente. Y a la inteligencia a la que nos sometemos por concesión, a esa misma nos unimos por imitación de la piedad. Es la voz de Dios: "Sed santos, porque yo soy santo" (Lev. XIX, 2 y XX, 7); y es la voz del Señor: "Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Luc. VI, 36).

CAP. III.

Y no dudemos en atribuir a Dios lo que se entrega al necesitado, escuchemos a los dispensadores de limosnas sobre qué intercambios deben realizar, cuando el Señor dice cuál será la forma de su juicio, cuando diga a los colocados a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer. Tuve sed, y me disteis de beber. Fui forastero, y me recogisteis. Estuve desnudo, y me cubristeis. Enfermo, y me visitasteis. En la cárcel, y vinisteis a mí (Mateo 25, 34-36). Y cuando los justos pregunten cuándo o cómo pudieron hacer esto, el Rey les responderá: En verdad os digo, en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Ibid., 40). ¿Qué obra es más fructuosa que esta? ¿Qué humanidad es más feliz que esta? que ciertamente no debería ser privada de su alabanza, si por la misma comunión de la naturaleza se prestara ayuda de hombre a hombre. Pero porque lo que no procede de la fuente de la fe, no alcanza las recompensas eternas; una es la condición de las obras celestiales, otra la de las terrenales. La benevolencia mundana tiene su fin en aquellos a quienes ayuda; la piedad cristiana se transfiere a su autor; mientras se dice que somos benignos con aquel que confesamos obrar en nosotros, dice el Señor: Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5, 16).

CAP. IV.

Alégrate, pues, alma de los fieles, y reconociendo tu gloria en la gloria de aquel que obra en ti, arde con fervor en esta festividad pascual. Es tu deber estar preparada para compadecerte de aquel que sufrió por todos: porque la vida piadosa de los santos nunca es ajena a la cruz de Cristo, mientras la llave de la continencia clava los deseos de la carne, y las pasiones corporales son mortificadas por la virtud del Espíritu que habita en ellos. Es difícil que alguien no tenga en sí algo que deba ser eliminado. Debe extinguirse la ira, mortificarse la soberbia, destruirse la lujuria, y la raíz de la avaricia debe ser perseguida más profundamente: para que pueda ser cortado el germen de todos los males, si se logra arrancar su origen. Sin embargo, aunque con esta diligencia el alma debe ser cultivada sin cesar, y el cuerpo debe ser usado de tal manera que la naturaleza inferior ofrezca el servicio necesario a su rector, ahora más que nunca la carne debe ser moderada con los frenos de la continencia, y todo lo que se oponga a los deseos sublimes debe ser eliminado. Pues mientras ambas naturalezas se preparan con purificaciones adecuadas para celebrar la Pascua del Señor, se cultiva una costumbre que será útil en todo tiempo. Que se calmen los severos mandatos sobre los súbditos, cese la venganza del pecado, y los culpables de crímenes se alegren de haber llegado a estos días, en los cuales bajo santos y piadosos príncipes incluso la severidad de las venganzas públicas se mitiga. Que se abolan los odios, cesen las rivalidades, se multiplique el afecto de paz y benevolencia, y quien pudo ser manchado por la malicia, se esfuerce por purificarse con la bondad. Porque el juicio de Dios, así como será vehemente con los implacables, será clemente con los misericordiosos; y mientras los de la izquierda serán arrojados al fuego del infierno por su inhumanidad, los de la derecha, alabados por la piedad de sus limosnas (Mat. XXV, 34, 42), serán recibidos en la eterna bienaventuranza del reino celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

174 SERMO XLVI [Al. XLV]. De Cuaresma VIII.

SINOPSIS. I.

No solo deben rechazarse los vicios, sino también los errores; y debe reconocerse la doble naturaleza en Cristo.---II. En todas las acciones de Cristo resplandecen diversos testimonios de ambas naturalezas.---III. Qué debe creerse acerca de Cristo encarnado.---IV. No solo con limosnas, sino también con el perdón de las ofensas, el ayuno y la oración se hacen fructuosos.

CAP. I.

Conocemos, amadísimos, que tal es el fervor de vuestra devoción, que en los ayunos que preceden a la Pascua del Señor, muchos de vosotros anticipáis nuestras exhortaciones. Pero dado que la utilidad de la continencia es necesaria no solo para la mortificación de la carne, sino también para la pureza de la mente, deseamos que vuestra observancia sea tan perfecta, que así como os apartáis de los deseos carnales y sus placeres, también excluyáis de los sentidos del alma los errores. Pues en la fiesta pascual, en la que concurren todos los sacramentos de nuestra religión, se prepara con verdadera y razonable purificación aquel cuyo corazón no está contaminado por la infidelidad. Porque, como dice el Apóstol: Todo lo que no proviene de la fe, es pecado (Rom. XIV, 23), serán inútiles y vanos los ayunos de aquellos a quienes el padre de la mentira engaña con sus ilusiones (Juan VIII, 44), y la verdadera carne de Cristo no alimenta. Así como, por tanto, se debe servir con todo el corazón a los mandamientos divinos y a la sana doctrina, también con toda prudencia se debe abstener de los sentidos impíos. Entonces la mente realiza un ayuno santo y espiritual, cuando

rechaza los alimentos del error y los venenos de la falsedad; que el enemigo astuto y engañoso ahora introduce más insidiosamente, cuando con el mismo retorno de la venerable festividad toda la Iglesia es generalmente exhortada a comprender los misterios de su salvación. Pues verdadero confesor y adorador de la resurrección de Cristo es aquel que no se avergüenza de su pasión, ni se engaña sobre su nacimiento corporal. Porque algunos, avergonzándose del Evangelio de la cruz de Cristo, para más audazmente invalidar el suplicio asumido para la redención del mundo, negaron en el Señor la misma naturaleza de la verdadera carne, no comprendiendo que la impasible e inmutable Deidad del Verbo de Dios se inclinó tanto hacia la salvación humana, que poderosamente no perdía lo propio y misericordiosamente asumía lo nuestro. Por tanto, en Cristo hay una sola persona de doble forma, y el Hijo de Dios, el mismo hijo del hombre, es un solo Señor, recibiendo la condición servil por consejo de piedad, no incurriendo por ley de necesidad: porque por poder se hizo humilde, por poder pasible, por poder mortal; para destruir el dominio del pecado y de la muerte, y que la sustancia de la debilidad fuera capaz de sufrir, y que nada de la gloria de su naturaleza de virtud se perdiera.

CAP. II.

Por tanto, amadísimos, al leer o escuchar el Evangelio, cuando reconocéis en nuestro Señor Jesucristo algunas cosas sujetas a injurias y otras iluminadas por milagros, de modo que en Él a veces aparecen cosas humanas y otras veces resplandecen las divinas, no atribuyáis ninguna de estas cosas a falsedad, como si en Cristo hubiera solo humanidad o solo Divinidad; sino creed fielmente en ambas, adorad humildemente ambas: para que en la unidad del Verbo y la carne no haya división alguna, ni porque se manifestaron en Jesús signos divinos, los testimonios corporales parezcan falsos. Son verdaderos y abundantes en Él los testimonios de ambas naturalezas, concurriendo desde la profundidad del consejo divino, para que el Verbo inviolable, no separado de la carne pasible, se entienda que participa en todo tanto de la Deidad de la carne como de la carne de la Deidad. Por tanto, la mente cristiana, que huye de la mentira y es discípula de la verdad, usa confiadamente la historia evangélica, y lo que visiblemente se realizó por el Señor, como si estuviera agregada con los apóstoles, discierne ahora con intelecto espiritual, ahora con vista corporal. Concede al hombre que de una mujer nace un niño; concede a Dios que ni la concepción ni el parto dañan la virginidad materna. Reconoce la forma de siervo envuelta en pañales, yacente en el pesebre; pero confiesa la forma del Señor anunciada por los ángeles, declarada por los elementos, adorada por los magos. Entiende lo humano, que no rechazó el banquete nupcial; aprueba lo divino, que convirtió el agua en vino (Juan 2, 9). Que te sea conocida nuestra afección, cuando se derraman lágrimas por un amigo muerto; que se sienta el poder divino, cuando el mismo, ya hediondo tras cuatro días de sepultura, es levantado vivificado solo por el mandato de la voz (Juan 11, 39). Hacer lodo con saliva y tierra fue obra corporal (Juan 9, 6); pero que de allí se iluminen los ojos del ciego cubiertos, no hay duda de que fue virtud de Aquel que lo que no había dado a los principios de la naturaleza, lo había reservado para la manifestación de su gloria. Es propio del verdadero hombre aliviar el cansancio corporal con el descanso del sueño (Marcos 4, 38); pero es propio del verdadero Dios calmar con la reprensión del mandato la fuerza de las tormentas furiosas. Ofrecer alimentos a los hambrientos (Juan 6, 38) es de la bondad humana y del ánimo social; pero saciar con cinco panes y dos peces a cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños, ¿quién se atrevería a negar que es obra de la Deidad? que, cooperando consigo los oficios de la verdadera carne, mostraba que tanto el hombre estaba en Él como Él en el hombre: porque no podían sanarse de otra manera en la naturaleza humana las heridas originales de la antigüedad, sino que al asumir el Verbo de

Dios carne del vientre de la Virgen, en una misma persona nacieran simultáneamente la carne y el Verbo.

CAP. III.

Esta fe de la encarnación del Señor, amadísimos, por la cual toda la Iglesia es el cuerpo de Cristo, conservadla con corazón inquebrantable, ayunando de todas las mentiras de los herejes, y creed que las obras de misericordia os serán provechosas, y que la pureza de la continencia será fructífera, si vuestras mentes no se han contaminado con ninguna corrupción de opiniones perversas. Rechazad los argumentos de la sabiduría mundana, aborrecidos por el Señor, por los cuales nadie ha podido llegar al conocimiento de la verdad, y tened firmemente en el ánimo lo que decís en el Símbolo. Creed en el Hijo de Dios coeterno con el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada fue hecho (Juan 1, 3), engendrado también según la carne al final de los tiempos. Creed que fue crucificado corporalmente, muerto, resucitado y elevado sobre las alturas de las dominaciones celestiales, constituido a la derecha del Padre, para juzgar a los vivos y a los muertos en la misma carne en la que ascendió, vendrá. Pues el Apóstol predica esto a todos los fieles, diciendo: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colosenses 3, 1-4).

CAP. IV.

Teniendo, por tanto, amadísimos, la confianza en tan grande promesa, sed no solo celestiales en la esperanza, sino también en la conducta. Y aunque en todo tiempo se debe procurar la santificación tanto del alma como del cuerpo, ahora, sin embargo, en estos cuarenta días de ayuno, embelleceos con obras de piedad más diligentes, no solo distribuyendo limosnas, que tienen un gran efecto de enmienda, sino también perdonando ofensas y relajando las culpas de los pecados: para que la condición que Dios ha puesto entre Él y el hombre no sea un obstáculo para los que oran. Pues diciendo, según la enseñanza del Señor: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12), debemos cumplir de todo corazón lo que decimos. Entonces se cumplirá por completo lo que pedimos a continuación, que no seamos inducidos en tentación y que seamos liberados de todos los males: por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XLVII [Al. XLVI] De la Cuaresma IX.

SINOPSIS I.

Durante el tiempo de los ayunos mayores, es decir, cuaresmales, los cristianos se preparan para la fiesta pascual mediante la tolerancia de la cruz.---II. No solo se debe mantener la probidad, sino también la fe; especialmente en lo que respecta a la Divinidad y humanidad en Cristo.---III. Dios se complace principalmente con la misericordia y el perdón de las ofensas.

CAP. I.

En todas las solemnidades cristianas, amadísimos, no ignoramos que el sacramento pascual es el principal, para cuya digna y adecuada recepción nos preparan las instituciones de todo el

tiempo; pero nuestra devoción es especialmente exigida por los días presentes, que sabemos están contiguos a aquel sacramento de la divina misericordia más sublime. En los cuales, con razón, los santos apóstoles, por la doctrina del Espíritu Santo, han ordenado ayunos mayores, para que, mediante la común participación en la cruz de Cristo, también nosotros hagamos algo en aquello que Él realizó por nosotros, como dice el Apóstol: Si sufrimos con Él, también seremos glorificados con Él (Rom. VIII, 17; II Tim. II, 12). Cierta y segura es la expectativa de la bienaventuranza prometida, donde hay participación en la pasión del Señor. Nadie, amadísimos, está excluido de la sociedad de esta gloria por la condición del tiempo, como si la tranquilidad de la paz estuviera vacía de ocasión para la virtud. Pues el Apóstol predica, diciendo: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. III, 12); y por eso nunca falta la tribulación de la persecución, si nunca falta la observancia de la piedad, el mismo Señor dice en sus exhortaciones: El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Mat. X, 38); y no debemos dudar que esta voz no solo se dirige a los discípulos de Cristo, sino a todos los fieles y a toda la Iglesia, que escuchaba su salvación en aquellos que estaban presentes universalmente. Así como es de todo tiempo vivir piadosamente, así es de todo tiempo llevar la cruz: la cual con razón se dice propia de cada uno, porque es tolerada por cada uno según sus propios modos y medidas. Un solo nombre tiene la persecución, pero no una sola es la causa del combate, y a menudo hay más peligro en el enemigo oculto que en el manifiesto. El bienaventurado Job, instruido por los bienes y males alternantes de este mundo, decía piadosa y verdaderamente: ¿No es una prueba la vida del hombre sobre la tierra? (Job. VII, 1), porque no solo con dolores del cuerpo y suplicios es atacada el alma fiel, sino que, aun con la integridad de los miembros a salvo, es urgida por una grave enfermedad si se debilita con el placer de la carne. Pero cuando la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, la mente racional es instruida por la protección de la cruz de Cristo: y no consiente, seducida por deseos nocivos, porque es traspasada por la llave de la continencia y el temor de Dios. En el buen propósito establecidos, no faltan las enemistades de los disímiles instigadas por el diablo, y fácilmente estallan en odios, cuyos hábitos depravados se vuelven más detestables en comparación con los rectos. La iniquidad no tiene paz con la justicia, la embriaguez odia la templanza, la falsedad no tiene concordia con la verdad; la soberbia no ama la mansedumbre, la petulancia la modestia, la avaricia la generosidad: y esta diversidad tiene conflictos tan pertinaces, que aunque exteriormente repose, no deja de inquietar los mismos interiores de los corazones piadosos; para que sea verdad que los que quieran vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. III, 12); y sea verdad que toda esta vida es una prueba (Job. VII, 1). Cada fiel, instruido por sus propias experiencias, se arme con la cruz de Cristo, para que sea considerado digno de Cristo.

CAP. II.

Por este combate, amadísimos, al aspirar a las recompensas eternas, la astucia del diablo acecha principalmente en que, a quienes no puede pervertir en su probidad, les socava la fe. Pues se desvía hacia otro camino quien es apartado de la confesión de la verdad, y todo su curso es una retirada, y estará tanto más cerca de la muerte cuanto más lejos esté de la luz católica. Esto también lo sufren en nuestros días por su propia negligencia, aquellos que han adoptado el antiguo error del espíritu ya destruido y la locura ya condenada, quienes se atreven a negar la doble naturaleza en Cristo, ya sea no aceptando la verdad de la carne asumida, o transformando la Deidad en carne; de modo que, según los maniqueos, no hay resurrección de aquel cuya pasión no existe, o según Apolinar, la misma Deidad del Verbo se ha hecho mutable y pasible. Pero pensar esto, introducirlo en los oídos del pueblo cristiano, ¿qué otra cosa es sino socavar los mismos fundamentos de nuestra religión, y negar que el

verdadero Hijo de Dios es verdadero hijo del hombre? En esto solo está testificada la restauración del género humano, anunciada por la ley, prometida por los Profetas, y proclamada por todos los significados del Antiguo Testamento: para que aquel gran sacramento de la misericordia divina, que sería beneficioso para todos los siglos y que había sido significado muchas veces y durante mucho tiempo, no se dudara que se cumplió en el tiempo señalado. Por lo cual, aunque desde que el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), en Cristo hay una sola persona de Dios y del hombre, de modo que en ninguna acción se produce división de las dos naturalezas; sin embargo, la verdad evangélica se esfuerza en proclamar frecuentemente al mismo que predica como Hijo de Dios, como hijo del hombre: para que, aunque lo que se discierne sea de la humanidad o de la Deidad, bajo el nombre de hijo del hombre se recuerden ambas cosas: para que la fe, al creer que el Señor Jesucristo nació de María Virgen, Dios y hombre a la vez, no dude en confesar ni la humanidad en Dios, ni la Deidad en el hombre; para que en el Verbo del hombre asumido haya verdadera humildad, y en la carne del Dios que asume haya verdadera majestad.

CAP. III.

Esto, amadísimos, por la ocasión de la fiesta pascual, para la cual debemos preparar la pureza de nuestros corazones, sea suficiente haber tratado brevemente sobre la encarnación del Verbo, ya que recordáis haber sido instruidos sobre esto en varias ocasiones. Ahora os exhorto, según lo que el tiempo requiere, a que adornéis el santo y saludable ayuno con obras de piedad. Y puesto que se debe trabajar principalmente por la indulgencia de los pecados, aseguraos de la indudable misericordia divina, si también vosotros perdonáis toda ofensa a vuestros subordinados. Porque es conveniente que el pueblo de Dios se reúna en paz y concordia para tan gran festividad: de modo que la severidad de las venganzas, que incluso ahora se relaja en los juicios públicos, se mitigue mucho más en los corazones de los cristianos, ya que el cuidado de los santos debe estar más bien enfocado en que nadie pase frío, que nadie pase hambre, que nadie sufra por la pobreza, que nadie se consuma de tristeza, que nadie esté atado por cadenas, que nadie esté encerrado en prisión. Pues, por grandes que sean las causas de ofensa, de hombre a hombre, no debe considerarse tanto la magnitud del delito como la comunión de la naturaleza; para que, por el juicio con el que juzga a otro, obtenga la misericordia de Dios que juzga. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios (Mat. V, 7): quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XLVIII [Al. XLVII]. De la Cuaresma X.

SINOPSIS. 1.

Al sacramento pascual, que consagra todos los demás, todos deben prepararse mediante el ayuno de cuarenta días. La operación de la gracia y la cooperación humana.---II. Debe evitarse especialmente la envidia del bien del prójimo, que es propia del diablo.--- III. Sin caridad, las virtudes están desnudas y son infructuosas; no debe haber límite para esa virtud.-- - IV. Cada uno debe merecer misericordia mediante la misericordia.--- V. Las limosnas deben ser abundantemente distribuidas en este tiempo.

CAP. I.

Entre todos los días, amadísimos, que de muchas maneras la devoción cristiana considera honorables, ninguno es más excelente que la festividad pascual, por la cual en la Iglesia de

Dios se consagra la dignidad de todas las solemnidades. De hecho, incluso la misma generación del Señor de su madre fue dedicada a este sacramento; y no hubo otra causa para que el Hijo de Dios naciera, sino para que pudiera ser clavado en la cruz. Pues en el vientre de la Virgen se asumió la carne mortal; en la carne mortal se completó la disposición de la pasión; y se realizó el inefable consejo de la misericordia de Dios, para que fuera para nosotros sacrificio de redención, abolición del pecado, e inicio de la resurrección para la vida eterna. Considerando, además, lo que el universo del mundo ha obtenido a través de la cruz del Señor, reconocemos que con razón nos preparamos para celebrar el día de Pascua con un ayuno de cuarenta días, para que podamos ser dignos de participar en los divinos misterios. No solo los sumos pontífices, o los sacerdotes de segundo orden, ni solo los ministros de los sacramentos, sino todo el cuerpo de la Iglesia, y todo el número de fieles, deben estar purgados de todas las contaminaciones, para que el templo de Dios, cuyo fundamento es el mismo fundador, sea hermoso en todas sus piedras, y en toda su parte sea luminoso. Pues si las casas de los reyes y los palacios de los poderes más sublimes se adornan razonablemente con todo ornato, para que sean más excelentes las moradas de aquellos cuyos méritos son mayores, ¡cuánto más debe edificarse, cuánto más debe decorarse con honor la morada de la misma Deidad! Aunque no puede ser comenzada ni perfeccionada sin su autor, sin embargo, tiene el don del edificador, para que también busque aumento con su propio esfuerzo. Pues se asume materia viva y racional para la construcción de este templo; y por el espíritu de gracia se incita a que voluntariamente se una en una sola estructura. Por eso es amada, por eso es buscada, para que ella misma, de no buscar, busque, y de no amar, ame, como dice el bienaventurado Juan apóstol: Amémonos, pues, unos a otros, porque Dios nos amó primero (I Juan IV, 19). Así que, ya que todos juntos y cada uno de los fieles son un mismo templo de Dios, así como esto es perfecto en todos, así debe ser perfecto en cada uno: porque aunque no es la misma la belleza de todos los miembros, ni en tanta variedad de partes de méritos puede haber igualdad, sin embargo, la conexión de la caridad obtiene la comunión de la belleza. En el santo amor, siendo partícipes, aunque no usen los mismos beneficios de la gracia, se alegran mutuamente con sus bienes, y no puede ser extraño para ellos lo que aman, porque se enriquecen con su propio incremento, quienes se alegran con el progreso ajeno.

CAP. II.

En esta unidad de los santos, amadísimos, donde se ama lo mismo, se desea lo mismo y se siente lo mismo, no hay lugar para los soberbios, ni para los envidiosos, ni para los avaros, y cualquier cosa que sea aquello en lo que la vanidad se gloria, la ira se enfurece o la lujuria se desenfrena, no se considera parte del pacto de Cristo, sino del lado del diablo, y se excluye lejos de las moradas de la piedad. Por lo tanto, el adversario de la inocencia y enemigo de la paz se enfurece, y porque él no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44), y perdió toda la gloria de su naturaleza al enorgullecerse, le duele que el hombre sea restaurado por la misericordia de Dios y sea introducido en los bienes que él perdió. No es de extrañar que el autor del pecado se atormenta por la rectitud de los que obran bien, y se angustie por la estabilidad de aquellos a quienes no puede derribar: ya que incluso entre los hombres se encuentran quienes imitan las obras de esta maldad. Muchos, lo cual es lamentable, se consumen por los progresos ajenos; y porque saben que los vicios desagradan a las virtudes, se arman en odio contra aquellos cuyo ejemplo no siguen. Sin embargo, los siervos de Dios y discípulos de la verdad aman incluso a los que son diferentes a ellos, y declaran la guerra a los vicios más que a las personas, no devolviendo mal por mal (Rom. XII, 17), sino siempre deseando la corrección de los pecadores. Pues es muy hermoso, y comparable a la benevolencia divina, que cada uno recuerde en el otro a sí mismo, y ame su propia naturaleza incluso en el enemigo. De hecho, sabemos que muchos han pasado de los peores a los

mejores hábitos, de ebrios a sobrios, de crueles a misericordiosos, de rapaces a generosos, de incontinentes a castos, de feroces a tranquilos. Y como dice el Señor: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 13), a ningún cristiano se le permite odiar a nadie, porque nadie se salva sino en la remisión de los pecados; y aquellos que la sabiduría carnal ha hecho viles, no sabemos cuán preciosos los hará la gracia espiritual.

CAP. III.

Sea, por tanto, santo el pueblo de Dios, sea benigno: santo, para evitar lo prohibido; benigno, para cumplir lo mandado. Aunque es grande tener la fe recta y la sana doctrina, y es digna de mucha alabanza la moderación en el comer, la suavidad de la mansedumbre, la pureza de la castidad, todas las virtudes están desnudas sin la caridad, ni se puede decir que en cualquier excelencia de costumbres hay fruto si no lo ha producido el amor. Por eso en el Evangelio de Juan el Señor dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros (Juan 13, 35); y en la Epístola del mismo apóstol se lee: Queridos, amémonos unos a otros, porque la caridad es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; y el que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es caridad (1 Juan 4, 7-8). Examinen, pues, las mentes de los fieles, y juzguen con verdadera examinación los afectos más íntimos de su corazón; y si encuentran algo de los frutos de la caridad en sus conciencias, no duden que Dios está en ellos, y para ser cada vez más capaces de tan gran huésped, crezcan en las obras de misericordia perseverante. Pues si el amor es Dios, la caridad no debe tener límite alguno, porque la Divinidad no puede ser encerrada por ningún fin.

CAP. IV.

Para ejercer, por tanto, amadísimos, el bien de la caridad, aunque todo tiempo sea adecuado, los días presentes nos exhortan de manera especial: para que quienes desean recibir la Pascua del Señor con la santificación del alma y del cuerpo, se esfuercen por adquirir esta gracia, en la cual se contiene la suma de todas las virtudes y se cubre la multitud de los pecados. Y por eso, al celebrar aquel sacramento eminente sobre todos, por el cual la sangre de Jesucristo abolió nuestras iniquidades, preparemos primero las ofrendas de misericordia; para que lo que la bondad de Dios nos ha concedido, también nosotros lo otorguemos a quienes han pecado contra nosotros. Que las injurias sean olvidadas, que las culpas ya no conozcan castigo, y que todos los delitos de los súbditos sean absueltos del temor a la venganza. Que nadie permanezca en prisiones penales, ni en las oscuras custodias persistan los tristes gemidos de los reos. Si alguien retiene a tales personas por algún delito, no dude de ser pecador; y para recibir él mismo indulgencia, alégrese de haber encontrado a quien perdonar, para que cuando según la doctrina de Dios decimos: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12), no dudemos de obtener la clemencia divina a través de la forma de nuestra oración.

CAP. V.

En los pobres también y en aquellos impedidos por diversas debilidades, se ejerza ahora una generosidad más benigna, para que las gracias sean dadas a Dios con la voz de muchos, y que nuestros ayunos sostengan el sustento de los necesitados. Pues en ninguna devoción de los fieles se deleita más el Señor, que en aquella que se ofrece a sus pobres, y donde encuentra el cuidado de la misericordia, allí reconoce la imagen de su piedad. No se tema en estos gastos la falta de recursos, ya que la misma generosidad es una gran riqueza, ni puede faltar materia para la largueza, donde Cristo alimenta y es alimentado. En toda esta obra interviene aquella

mano que al partir el pan lo aumenta, y al repartirlo lo multiplica. Sea seguro y alegre el distribuidor de limosnas, porque entonces tendrá la mayor ganancia, cuando menos se reserve para sí mismo, como dice el bienaventurado apóstol Pablo: "Y el que suministra semilla al que siembra, y pan para comer, proveerá y multiplicará vuestra semilla, y aumentará los frutos de vuestra justicia" (II Cor. IX, 10); en Cristo Jesús nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO XLIX [Al. XLVIII]. De Cuaresma XI.

SINOPSIS. I.

El ayuno de Cuaresma es máximo y sacratísimo, impuesto a todos sin excepción, porque es necesario para todos, ya que nadie está libre de culpa.---II. Qué pocos entran en el camino de la salvación, cuántos están ocupados en cosas temporales.---III. Así como el diablo acecha y se ensaña más en el tiempo de Cuaresma, así también los cristianos deben dedicarse más a Dios y a su salvación.---IV. Para prepararnos para la fiesta pascual, deben cumplirse los mandamientos de Dios, que se dan para que se busque la gracia de Dios y se contemple la propia vida como en un espejo.---V. El primer efecto de la misericordia, que es el olvido de los delitos, debe ser deseado de Dios y otorgado al prójimo.---VI. Aquel que desea ser considerado hijo debe tener caridad fraterna y dar limosna, como ministro de la misericordia divina.

CAP. I.

En todos los días y tiempos, amadísimos, se nos han señalado ciertos signos de la bondad divina, y ninguna parte del año está exenta de los sagrados misterios, de modo que, al encontrarnos en todas partes con los auxilios de nuestra salvación, busquemos con mayor avidez la misericordia de Dios que siempre nos invita. Pero todo aquello que en las diversas obras y dones de gracia contribuye a la restauración de las almas humanas, se nos presenta ahora de manera más evidente y copiosa, cuando no se trata de realizar ciertas acciones por separado, sino de celebrar todo a la vez. Pues, al acercarse la festividad pascual, se presenta el máximo y santísimo ayuno que proclama su observancia a todos los fieles sin excepción: porque nadie es tan santo que no deba ser más santo, nadie tan devoto que no deba ser más devoto. ¿Quién, establecido en la incertidumbre de esta vida, se encuentra libre de tentación o exento de culpa? ¿Quién es aquel que no desea añadir algo de virtud a sí mismo, o que no desea que se le quite algún vicio? ya que tanto las adversidades dañan como las prosperidades corrompen, y no es menor el peligro de carecer de lo deseado que de abundar en lo concedido. Hay insidias en la amplitud de las riquezas, insidias en las estrecheces de la pobreza. Aquellas elevan al orgullo, estas incitan a la queja. La salud tienta, la enfermedad tienta, ya que aquella es materia de negligencia, y esta causa de tristeza. Hay un lazo en la seguridad, hay un lazo en el temor; y no importa si el alma, que está sujeta al afecto terrenal, se ocupa en alegrías o en preocupaciones, ya que es igual de enfermizo languidecer bajo una vana delectación que trabajar bajo una ansiosa inquietud.

CAP. II.

Se cumple, por tanto, en todo la sentencia de la Verdad por la cual aprendemos que estrecho y arduo es el camino que conduce a la vida (Mateo VII, 14); y mientras que la amplitud del camino que lleva a la muerte es frecuentada por muchas multitudes, en los senderos de la salvación son raras las huellas de los que entran. ¿Por qué, entonces, es más populoso el

camino de la izquierda que el de la derecha, sino porque la multitud es proclive a las alegrías mundanas y a los bienes corporales? Y aunque lo que se desea sea caduco e incierto, sin embargo, se asume con más gusto el esfuerzo por el deseo de placer que por el amor a la virtud. Así, mientras son innumerables los que codician lo visible, apenas se encuentran quienes prefieran lo eterno a lo temporal. Y por eso, como dice el bienaventurado apóstol Pablo: Lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno (II Cor. IV, 18): de algún modo está oculta y en secreto la vía de las virtudes, porque en esperanza fuimos salvados (Rom. VIII, 24), y la verdadera fe ama sobre todo aquello que ningún sentido de la carne alcanza. Es, por tanto, una gran obra y labor contener la movilidad del corazón de todos los pecados, y cuando por todas partes innumerables seducciones de placeres halagan, no relajar el vigor del ánimo hacia ninguna contaminación. ¿Quién toca la pez y no se mancha con ella (Ecli. XIII, 1)? ¿quién no se debilita en la carne? ¿quién no se ensucia en el polvo? ¿quién, en fin, es de tanta pureza que no se contamine con aquellas cosas sin las cuales no se lleva la vida? Pues la doctrina divina ordena por medio del Apóstol que los que tienen esposas sean como si no las tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no usaran: porque la figura de este mundo pasa (I Cor. VII, 29-31). Bienaventurada, por tanto, es la mente que transcurre los tiempos de su peregrinación con casta sobriedad, y en aquellas cosas por las cuales es necesario que camine no permanece, siendo más huésped que dueña de las cosas terrenales, sin faltar a los afectos humanos, y apoyada en las promesas divinas.

CAP. III.

Esta fortaleza, amadísimos, es exigida y conferida especialmente por los días presentes: en los cuales, mientras se dedica una observancia especial, se adquiere una costumbre en la que se debe perseverar. Pues sabéis que este es el tiempo en el que, por todo el mundo, con el diablo enfurecido, el ejército cristiano debe luchar; y si algunos han estado tibios por la pereza o ocupados por la preocupación, ahora es necesario que se armen con armas espirituales y que la trompeta celestial los encienda para entrar en combate: porque aquel cuya envidia introdujo la muerte en el mundo (Sab. II, 24), ahora arde con un odio especial, ahora sufre con un gran dolor. Ve que de todo el género humano, nuevos pueblos son introducidos en la adopción como hijos de Dios, y que por la fecundidad virginal de la Iglesia, los nacimientos de la regeneración aumentan. Ve que se le priva del derecho de su dominio, que es expulsado de los corazones de aquellos que poseía; que se le arrebatan miles de ancianos, miles de jóvenes, miles de niños de ambos sexos; y que no perjudica a nadie ni el pecado propio ni el original, donde la justificación no se retribuye por méritos, sino que se otorga por la sola generosidad de la gracia. También ve que los caídos y engañados por el fraude de sus insidias son lavados con las lágrimas de la penitencia, y que, al abrirse las puertas de la misericordia con la llave apostólica, son admitidos a los remedios de la reconciliación. Además, siente que se acerca el día de la pasión del Señor, y que es quebrantado por el poder de aquella cruz, que en Cristo, ajeno a toda deuda de muerte, fue la redención del mundo, no el castigo del pecado.

CAP. IV.

Para que la malignidad del enemigo furioso no tenga ningún efecto de su envidia, se debe asumir con mayor diligencia la devoción para cumplir los mandatos del Señor: de modo que recibamos el tiempo en el que concurren todos los sacramentos de la divina misericordia, con preparación tanto de las almas como de los cuerpos, implorando la guía y el auxilio de Dios,

para que, sin el cual nada podemos hacer, por Él podamos cumplirlo todo. Por eso se da el precepto, para que se busque la ayuda de quien lo manda. Y nadie se excuse por motivo de debilidad, ya que quien concede el querer, también otorga el poder, como dice el bienaventurado apóstol Santiago: Si alguno de vosotros carece de sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada (Santiago 1, 5). ¿Quién de los fieles no sabe qué virtudes debe cultivar y qué vicios debe rechazar? ¿Quién es tan indulgente o tan ignorante juez de su propia conciencia que no sepa qué debe ser eliminado de sí mismo o qué debe ser aumentado en sí? Nadie, en efecto, está tan ajeno a la razón que no entienda la calidad de su conducta o no conozca los secretos de su corazón. Por lo tanto, no se complazca en todo consigo mismo, ni se juzgue según los placeres de la carne, sino que ponga toda su costumbre en la balanza de los preceptos divinos: donde, al ordenarse que unas cosas se hagan y otras se prohíban para que no se hagan, se juzgará con justo examen quien haya ponderado las costumbres de su vida comparando ambos pesos. Porque el artífice de la misericordia de Dios ha creado un espléndido espejo en sus mandamientos, en el cual el hombre puede contemplar el rostro de su mente, y reconocer cuán conforme o cuán disímil es a la imagen de Dios: especialmente para que, dejando a un lado por un momento las preocupaciones carnales y las ocupaciones inquietas, al menos en los días de nuestra redención y restauración, nos elevemos de lo terrenal a lo celestial.

CAP. V.

Porque, en verdad, como está escrito, en muchas cosas ofendemos todos (Santiago III, 2), que primero se conciba el afecto de misericordia, y se haga olvido de los delitos ajenos contra nosotros: para que no violemos con amor de venganza aquel piadosísimo pacto al que nos hemos vinculado en la oración dominical, y diciendo: Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12), no seamos difíciles en el perdón: porque a nosotros recurre ya sea la codicia de la venganza, ya sea la indulgencia de la mansedumbre; y es más deseable para el hombre, siempre expuesto a los peligros de las tentaciones, que sus propias culpas queden impunes, que castigar las ajenas. ¿Y qué es más conveniente a la fe cristiana que no solo en la Iglesia, sino también en todas las casas, se realice la remisión de los pecados? Que se depongan las amenazas; que se relajen las cadenas, con las cuales se atará mucho más perniciosamente quien no las desate. Porque lo que cada uno decide sobre otro, eso mismo decreta sobre sí mismo con su propia ley. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios (Mateo V, 7): quien en sus juicios es justo y benigno; permitiendo que algunos estén bajo el poder de otros, para que bajo una moderación equitativa se conserve tanto la utilidad de la disciplina como la mansedumbre de la clemencia; y nadie se atreva a negar el perdón de los delitos ajenos, que desea recibir por los suyos propios.

CAP. VI.

Cuando el Señor dice: "Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios" (Mateo 5, 9), deben cesar todas las contiendas de discordias y odios; y nadie debe pensar que tendrá parte en la festividad pascual si ha descuidado restablecer la paz fraterna. Pues ante el Padre supremo, quien no esté en la caridad de los hermanos, no será contado entre el número de los hijos. En la distribución de las limosnas y el cuidado de los pobres, que los ayunos cristianos se enriquezcan; y lo que cada uno sustrae de sus propios deleites, que lo dedique a los débiles y necesitados. Esfuércense para que todos bendigan a Dios con una sola voz, y quien da alguna porción de su sustancia, entienda que es ministro de la misericordia divina, quien ha puesto la parte del pobre en la mano del que da: para que los

pecados que se lavan con las aguas del bautismo o con las lágrimas de la penitencia, también sean borrados por las limosnas, como dice la Escritura: "Como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado" (Eclesiástico 3, 33). Por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

189 SERMO L [Al. XLIX] De Cuaresma XII.

SINOPSIS.

I. Cada uno debe prepararse para el banquete pascual mediante el examen de conciencia y la enmienda de vida. --- II. Se debe ejercer la misericordia, ayunar de los vicios y adherirse a las cosas celestiales. --- III. Cada uno debe prepararse para el sacramento pascual, que fue instituido para la remisión de los pecados, ya que imita esa remisión mediante el perdón de las ofensas.

CAP. I.

Al acercarse, amadísimos, la solemnidad pascual, se presenta la costumbre anticipada del ayuno, que nos ejercita en la santificación del cuerpo y de la mente durante el período de cuarenta días. Pues al disponernos a celebrar la mayor de todas las fiestas, debemos prepararnos con tal observancia, que, habiendo resucitado con Él, seamos hallados muertos con Él en su pasión, como dice el bienaventurado apóstol Pablo: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros seréis manifestados con Él en gloria (Colosenses III, 3). ¿Y qué participación tenemos en la muerte con Cristo, sino que dejemos de ser lo que fuimos? ¿O qué semejanza con la resurrección, sino el despojo de la antigüedad? Por lo tanto, quien comprende el sacramento de su renovación, debe despojarse de los vicios de la carne y desechar todas las inmundicias de los pecados: para que, al entrar en el banquete nupcial, resplandezca con el vestido de las virtudes. Pues aunque la benignidad del esposo invita a todos a la comunión de los banquetes reales, todos los llamados deben esforzarse para que no se les halle indignos del don de los sagrados alimentos (Mateo XXII, 11). Sin embargo, algunos abusan de la paciencia de Dios, y quienes no son libres en su conciencia, se vuelven seguros por la larga impunidad: ya que la venganza se difiere para que haya tiempo para la corrección. Por lo tanto, nadie debe tardar en abrazar la misericordia de nuestro Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XVIII, 32, y XXXIII, 11), porque no ha recibido lo que mereció. Pues lo que se difiere no se elimina; ni ha escapado de la condenación quien no ha buscado el perdón. Y no hay una sola causa para implorarla; porque de muchas maneras y en muchas medidas el pecado difiere del pecado, y el crimen del crimen. Pero como la totalidad de los fieles debe tender a la perfecta inocencia y a la plena pureza, para merecer ser inscritos en la compañía de aquellos de quienes se dice: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8): con toda insistencia y virtud se debe esforzar para que todo lo que mancha el secreto de la conciencia, todo lo que oscurece la claridad de la mente, sea borrado con las más diligentes purificaciones. Pues aunque está escrito: ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro, o de estar limpio de pecado? (Proverbios XX, 9), no debe desesperarse la obtención de la pureza, que mientras siempre se pide, siempre se recibe, y no queda para ser condenado en el juicio lo que ha sido purgado por la confesión.

CAP. II.

Esto es, amadísimos, lo que todos los hijos de la Iglesia dicen unánimemente al orar según la enseñanza del Señor: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12); porque nadie es tan santo, nadie es tan justo, que en el tiempo de esta vida, que es toda una tentación, no necesite la remisión de algún pecado. Nos rodean por todas partes los peligros de innumerables delitos (Job VII, 1), y a través de usos lícitos se pasa a excesos desmedidos, mientras que por el cuidado de la salvación se infiltra el deleite de la voluptuosidad, y no basta a la concupiscencia lo que puede ser suficiente para la naturaleza. De aquí surge el amor insaciable de poseer; de aquí la codicia de sobresalir, que apoyada en su linaje o en su descendencia, a veces tiene como descendencia la soberbia, a veces como progenitor. A estas y otras tentaciones, cuya conexión es múltiple e infinita, ¿qué se opone más correctamente que la virtud en lugar de la continencia, que nutre y conserva los bienes del alma y del cuerpo, y proporciona tanto crecimiento como fortaleza? Por lo tanto, en las disciplinas celestiales de la Iglesia, los ayunos instituidos divinamente aportan mucha utilidad: para que, mientras el apetito carnal se somete a las leyes de la continencia, también se modere el movimiento interior, y así como el cuerpo ayuna de alimentos, la mente ayune de iniquidad. Porque el Señor dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6). Por lo tanto, el pueblo de Dios tiene banquetes espirituales y delicias castas, que busca saludablemente y desea laudablemente, porque alabar y decir el profeta: Gustad y ved qué bueno es el Señor (Salmo XXXIII, 9): quienquiera que haya tocado con el gusto del corazón la dulzura de la justicia y la misericordia de Dios, por las cuales se dispensa toda su providencia, y nunca haya bebido con hastío las experiencias de los gozos celestiales, despreciará los bienes corruptibles y temporales por la admiración de los eternos: y en ese fuego que enciende la caridad de Dios, se calentará: para que, convertido el frío en fervor, y la noche en luz, en una sola obra en las almas de los fieles, el Espíritu Santo ahuyente las tinieblas y consuma los pecados.

CAP. III.

Por lo tanto, ya que tales frutos, la madre de las virtudes, la continencia produce, y los que ayunan de los vicios son llevados a deleites inefables; con más diligencia ahora, amadísimos, sigamos los preceptos celestiales: y porque todo el sacramento pascual está instituido para la remisión de los pecados; lo que deseamos celebrar, imitemos. Pues el Señor misericordioso y justo promete su indulgencia de tal manera, que también la indica a aquellos a quienes perdona. Explicando, pues, con qué regla quiso que supliquemos a Dios Padre: Si perdonáis, dice, a los hombres sus pecados, os perdonará también a vosotros vuestro Padre que está en los cielos. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Mateo VI, 14). Una condición justa y benigna, por la cual el hombre se hace partícipe del poder divino, de modo que equilibra la sentencia de Dios según su propio juicio, y obliga al Señor con el mismo juicio con el que él juzgue a su consiervo. Por lo tanto, ya sea con los subordinados, ya sea con los iguales, que se ame la igualdad de la naturaleza: y porque nadie está exento de pecar, nadie deje de perdonar, no prestemos con dificultad lo que hemos recibido con gratitud: para que, ya sea por la generosidad de las limosnas, ya sea por la indulgencia de los pecados, cuanto más misericordiosos seamos, tanto más perfectamente inocentes seamos. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LI [Al. XCIV],

Homilía pronunciada el sábado antes del segundo Domingo de Cuaresma, sobre el Evangelio según Mateo: En aquel tiempo: Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a un monte alto, y lo demás (Mateo XVII).

SINOPSIS.

I. Confesar la verdadera fe en Cristo como Dios y hombre: lo cual fue recompensado con gran poder en Pedro.---II. Cristo fue transfigurado principalmente para confirmar la verdad y virtud de su carne.---III. También para eliminar el escándalo de la cruz y confirmar la esperanza de su Iglesia.---IV. La concordia del Antiguo y Nuevo Testamento sobre Cristo se significa mediante la aparición de Moisés y Elías.---V. El deseo de Pedro no fue impropio, sino desordenado.---VI. Este es mi hijo, etc., se explica.---VII. Escuchadle a Él se examina.---VIII. Con este testimonio del Padre se fortalece la debilidad de todos.

CAP. I.

La lectura evangélica, amadísimos, que ha llegado a nuestros oídos corporales, ha tocado el oído interior de nuestras mentes, nos llama a la comprensión de un gran sacramento: al cual, con la gracia de Dios inspirándonos, lo alcanzaremos más fácilmente si dirigimos nuestra consideración a lo que se narró un poco antes. Pues el Salvador del género humano, Jesucristo, estableciendo aquella fe que llama a los impíos a la justicia y a los muertos a la vida, instruía a sus discípulos con enseñanzas doctrinales y milagros de obras, para que se creyera que Cristo era tanto el unigénito de Dios como el Hijo del hombre. Porque uno de estos sin el otro no servía para la salvación, y era igualmente peligroso creer que el Señor Jesucristo era solo Dios sin ser hombre, o solo hombre sin ser Dios, ya que ambos debían ser confesados igualmente: porque así como en Dios había verdadera humanidad, así en el hombre residía verdadera Divinidad. Para confirmar, por tanto, el conocimiento saludable de esta fe, el Señor había preguntado a sus discípulos, entre las diversas opiniones de otros, qué creían ellos de Él, qué sentían: donde el apóstol Pedro, por revelación del Padre supremo, superando lo corpóreo y trascendiendo lo humano, vio con los ojos de la mente al Hijo del Dios vivo, y confesó la gloria de la Deidad, porque no se fijó solo en la sustancia de carne y sangre. Y tanto complació en esta sublimidad de fe, que, dotado de la felicidad de la bienaventuranza, recibió la firmeza de la sagrada e inviolable piedra, sobre la cual la Iglesia, fundada, prevalecería contra las puertas del infierno y las leyes de la muerte, y en la resolución de atar o desatar cualquier causa, no sería ratificado en los cielos sino lo que hubiera sido decidido por el juicio de Pedro.

CAP. II.

Sin embargo, amadísimos, la excelsitud de la inteligencia alabada debía ser instruida sobre el sacramento de la sustancia inferior, para que la fe apostólica, elevada a la gloria de confesar la Deidad en Cristo, no juzgara indigna e inapropiada para el Dios impassible la recepción de nuestra debilidad, y así creyera que la naturaleza humana ya había sido glorificada en Él, de tal manera que no pudiera ser afectada por el suplicio ni disuelta por la muerte. Y por eso, cuando el Señor decía que era necesario que fuera a Jerusalén, y que padeciera mucho a manos de los ancianos, los escribas y los príncipes de los sacerdotes, y que fuera muerto y resucitara al tercer día (Mat. XVI, 21, y XX, 17-19), el bienaventurado Pedro, iluminado por la luz celestial, ardía en la ferviente confesión del Hijo de Dios, rechazando con religioso, como pensaba, y libre desdén las injurias de las burlas y el oprobio de la muerte más cruel. Fue corregido por la benigna reprehensión de Jesús y animado al deseo de participar con Él en

la pasión. Pues la exhortación subsiguiente del Salvador inspiró y enseñó esto: que quienes quisieran seguirlo, se negaran a sí mismos y consideraran la pérdida temporal como insignificante por la esperanza de lo eterno, porque finalmente salvaría su alma quien no temiera perderla por Cristo (Mat. XVI, 25). Para que, por tanto, concibieran con todo el corazón del apóstol esta fortaleza de feliz constancia, y no temieran la aspereza de tomar la cruz, para que no se avergonzaran del suplicio de Cristo, ni creyeran que esa paciencia era vergonzosa para ellos, la cual iba a soportar la crueldad de la pasión sin perder la gloria del poder: Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan (Mat. XVII, 1), y subiendo con ellos aparte a un monte elevado, les mostró la claridad de su gloria: porque aunque habían entendido en Él la majestad de Dios, desconocían el poder del mismo cuerpo en el que la Divinidad estaba oculta. Y por eso había prometido de manera propia y significativa que algunos de los discípulos presentes no probarían la muerte antes de ver al Hijo del hombre viniendo en su reino (Mat. XVI, 28), es decir, en la claridad regia, que especialmente relacionada con la naturaleza del hombre asumido, quiso que fuera visible para estos tres hombres. Pues aquella visión inefable e inaccesible de su Deidad, que se reserva para la vida eterna a los puros de corazón, de ninguna manera podían contemplarla y verla mientras estuvieran aún rodeados de carne mortal.

CAP. III.

Abrió, pues, el Señor ante los testigos elegidos su gloria, y clarificó la forma común de su cuerpo con tal esplendor, que su rostro era semejante al resplandor del sol, y su vestidura igual al candor de la nieve (Mat. XVII, 2). En esta transfiguración se realizaba principalmente que se quitara de los corazones de los discípulos el escándalo de la cruz; y que no perturbara su fe la humildad voluntaria de la pasión, a quienes se les había revelado la excelencia oculta de la dignidad. Pero no con menor providencia se fundaba la esperanza de la santa Iglesia, para que todo el cuerpo de Cristo reconociera con qué transformación sería agraciado, y los miembros se prometieran la participación de aquel honor que había resplandecido en la cabeza. De lo cual el mismo Señor había dicho, cuando hablaba de la majestad de su advenimiento: Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII, 43); testificando esto mismo el bienaventurado apóstol Pablo, y diciendo: Considero, en efecto, que los sufrimientos de este tiempo no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18); y de nuevo: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Col. III, 13).

CAP. IV.

A los apóstoles que iban a ser confirmados y para avanzar en todo conocimiento, también se añadió otra instrucción en aquel milagro. Pues Moisés y Elías, es decir, la ley y los profetas, aparecieron hablando con el Señor: para que en verdad se cumpliera en la presencia de aquellos cinco hombres lo que está dicho: En la boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra (Deut. XIX, 15; Mat. XVIII, 16; Juan VIII, 17; II Cor. XIII, 1; Heb. X, 28). ¿Qué hay más estable, qué más firme que la palabra, en cuya predicación resuena la trompeta del Antiguo y del Nuevo Testamento, y donde los instrumentos de las antiguas protestas concurren con la doctrina evangélica? Pues las páginas de ambos pactos se apoyan mutuamente; y aquel a quien las señales precedentes prometieron bajo el velo de los misterios, el esplendor manifiesto y claro de la gloria presente lo muestra: porque, como dice el bienaventurado Juan, la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17); en quien se cumplió la promesa de las figuras proféticas y la razón de

los preceptos legales, enseñando la verdadera profecía por su presencia, y haciendo posibles los mandamientos por la gracia.

CAP. V.

Incitado por estas revelaciones de los sacramentos, el apóstol Pedro, despreciando lo mundano y sintiendo aversión por lo terrenal, era arrebatado en un éxtasis de deseo por lo eterno; y lleno del gozo de toda la visión, deseaba habitar allí con Jesús, donde se alegraba con la manifestación de su gloria; por lo cual dijo: Señor, bueno es que estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías (Mateo 17, 4). Pero el Señor no respondió a esta sugerencia, indicando que no era impropio, sino desordenado lo que deseaba; ya que el mundo no podía ser salvado sino por la muerte de Cristo, y la fe de los creyentes era llamada por el ejemplo del Señor a entender que, aunque no debíamos dudar de las promesas de bienaventuranza, debíamos comprender que entre las tentaciones de esta vida primero se nos pide tolerancia antes que gloria: porque los tiempos de sufrimiento no pueden ser precedidos por la felicidad de reinar.

CAP. VI.

Mientras él aún hablaba, he aquí que una nube luminosa los cubrió, y he aquí una voz desde la nube que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, a él escuchad (Ibid., 5). En verdad, el Padre estaba presente en el Hijo, y en aquella claridad del Señor, que había moderado para la visión de los discípulos, la esencia del Padre no se separaba del Unigénito; pero para destacar la propiedad de cada persona, así como el esplendor del cuerpo significó al Hijo para la vista, así la voz desde la nube anunció al Padre para el oído. Al recibir esta voz, los discípulos cayeron sobre sus rostros y temieron grandemente, no solo por la majestad del Padre, sino también por la del Hijo: pues con un sentido más elevado comprendieron la única Deidad de ambos: y como no había duda en la fe, no hubo distinción en el temor. Por tanto, fue un testimonio amplio y múltiple, y se escuchó más en la virtud de las palabras que en el sonido de la voz. Pues al decir el Padre: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, a él escuchad; ¿acaso no se escuchó claramente: Este es mi Hijo, quien es de mí y conmigo, sin tiempo? Porque ni el Padre es anterior al Hijo, ni el Hijo es posterior al Padre. Este es mi Hijo, a quien no separa de mí la Deidad, no divide el poder, no distingue la eternidad. Este es mi Hijo, no adoptivo, sino propio; no creado de otro lugar, sino engendrado de mí; ni hecho comparable a mí de otra naturaleza, sino nacido de mi esencia igual a mí. Este es mi Hijo, por quien todas las cosas fueron hechas, y sin quien nada fue hecho (Juan I, 3): porque todo lo que hago, él lo hace igualmente, y todo lo que obro, inseparablemente conmigo y sin diferencia lo obra. En el Padre está el Hijo, y en el Hijo el Padre (Juan V, 19), y nuestra unidad nunca se divide. Y aunque yo soy otro que el que engendró, y él es otro que el engendrado, no obstante, no es lícito pensar de él otra cosa que lo que es posible sentir de mí. Este es mi Hijo, quien no consideró la igualdad que tiene conmigo como algo a lo que aferrarse (Filipenses II, 6), ni la presumió por usurpación; sino que permaneciendo en la forma de mi gloria, para restaurar al género humano, ejecutó el consejo común, inclinando su inmutable Deidad hasta la forma de siervo.

CAP. VII.

Por tanto, a este, en quien me complazco en todo, y por cuya predicación me manifiesto, por cuya humildad me glorifico, escuchad sin vacilar: porque él es la verdad y la vida, él es mi virtud y sabiduría. Escuchadlo a él, a quien los misterios de la ley han anunciado, a quien las

bocas de los profetas han proclamado. Escuchadlo a él, quien con su sangre redime al mundo, quien ata al diablo y arrebató sus vasijas, quien rompe el documento del pecado y los pactos de la transgresión. Escuchadlo a él, quien abre el camino al cielo, y por el suplicio de la cruz os prepara los escalones de ascensión al reino. ¿Por qué teméis ser redimidos? ¿Por qué teméis ser liberados estando heridos? Que se haga lo que Cristo quiere con mi voluntad. Rechazad el temor carnal y armaos con la constancia fiel: pues es indigno que en la pasión del Salvador temáis lo que, por su don, no temeréis ni en vuestro propio fin.

CAP. VIII.

Estas palabras, amadísimos, no fueron dichas solo para la utilidad de aquellos que las escucharon con sus propios oídos, sino que en esos tres apóstoles toda la Iglesia aprendió todo lo que sus ojos vieron y sus oídos escucharon. Por lo tanto, que se confirme la fe de todos según la predicación del santísimo Evangelio, y que nadie se avergüence de la cruz de Cristo, por la cual el mundo fue redimido. Que nadie tema sufrir por la justicia, ni desconfíe de la retribución prometida, porque se pasa del trabajo al descanso, y de la muerte a la vida: ya que Él asumió toda la debilidad de nuestra humildad, en quien, si permanecemos en la confesión y en el amor a Él, vencemos lo que Él venció, y recibimos lo que prometió. Porque ya sea para cumplir los mandamientos, ya sea para soportar las adversidades, la voz del Padre que fue pronunciada debe siempre resonar en nuestros oídos diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: escuchadle: quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

198 SERMO LII [Al. L] Sobre la Pasión del Señor I. Pronunciado en el día del Señor.

SINOPSIS.

I. La salvación del hombre ocurre únicamente a través de la encarnación del Verbo, cuya fe es necesaria incluso en el Antiguo Testamento y antes de la ley.---II. La salvación se logra por el poder del Verbo y la humildad de la carne.---III. No se debe despreciar su cruz y abyección, quien con una sola palabra en su pasión derribó a los soldados.---IV. Cristo se entregó voluntariamente a la muerte, quien también reprimió el celo de Pedro y restauró la oreja del siervo.---V. Por la muerte de Cristo somos liberados, los judíos y Judas son acusados; quienes, sin embargo, también podrían haber sido redimidos.

CAP. I.

Sacramento, amadísimos, de la pasión del Señor, que el Señor Jesús, Hijo de Dios, asumió por la salvación del género humano, y como prometió, todo lo atrajo hacia sí al ser exaltado, el discurso evangélico lo ha revelado tan claramente y con tanta lucidez, que para los corazones religiosos y piadosos no es otra cosa escuchar lo que se ha leído que ver lo que se ha realizado. Por lo tanto, dado que la sagrada narración posee una autoridad indudable, debemos esforzarnos, con la ayuda del Señor, para que la inteligencia tenga claro lo que la historia ha dado a conocer. Pues después de aquella primera y universal caída de la transgresión humana, por la cual el pecado entró en este mundo por un solo hombre, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12); nadie escaparía del terrible dominio del diablo, nadie de las cadenas de la espantosa cautividad; ni a nadie se le abriría la reconciliación para el perdón, ni el retorno a la vida, si el Hijo de Dios, coeterno y coigual al Padre, no se hubiera dignado también ser hijo del hombre, viniendo a buscar y salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10): para que así como por Adán la

muerte, así por nuestro Señor Jesucristo fuera la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 22). Pues no porque según el inescrutable propósito de la sabiduría de Dios en los últimos días el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), el parto salvador de la Virgen benefició solo a las generaciones del tiempo final, y no se extendió también a las edades pasadas. Toda la antigüedad de los que adoraban al verdadero Dios, todo el número de los santos en los siglos anteriores, vivió y agradó en esta fe; y ni a los patriarcas, ni a los profetas, ni a ninguno de los santos en absoluto, hubo salvación y justificación sino en la redención de nuestro Señor Jesucristo: que así como fue esperada con muchas profecías y señales prometidas, así también fue presentada por el mismo don y obra.

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, en todo el orden de la pasión del Señor, no consideremos la debilidad humana de tal manera que pensemos que allí faltó el poder divino; ni pensemos en la forma coeterna e igual al Padre del Unigénito de tal manera que creamos que no fue verdad lo que parece indigno de Dios. En verdad, ambas naturalezas son un solo Cristo: ni el Verbo está separado del hombre, ni el hombre está disociado del Verbo. No se despreció la humildad, porque tampoco se disminuyó la majestad. Nada dañó a la naturaleza inviolable lo que debía ser infligido a la pasible: y todo aquel sacramento, que a la vez consumó la humanidad y la Deidad, fue una dispensación de misericordia y una acción de piedad. Pues estábamos atados por tales lazos que no podíamos ser liberados sino por esta ayuda. La humildad de la Divinidad es, por tanto, nuestro progreso. Somos redimidos a tan alto precio, somos curados con tan gran gasto. ¿Quién podría regresar de la impiedad a la justicia, de la miseria a la bienaventuranza, si el justo no se inclinara hacia los impíos y el bienaventurado hacia los miserables?

CAP. III.

No nos debe avergonzar, amadísimos, la cruz de Cristo, que es fruto de la virtud del consejo divino, no de la condición del pecado. Aunque el Señor Jesús verdaderamente sufrió por nuestra debilidad y verdaderamente murió, no se abstuvo de su gloria al punto de no ejercer ninguna operación divina en medio de las afrentas de la pasión. Pues cuando el impío Judas, ya no cubierto con piel de oveja, sino manifiesto en su furia de lobo, comenzando su acto criminal bajo la apariencia de paz, ofreció como señal de traición un beso más cruel que todas las armas, y la multitud furiosa que había acudido con una cohorte armada de soldados para apresar al Señor, entre antorchas y linternas, no podía ver la luz verdadera cegada por sus tinieblas, el Señor, que prefirió esperar a las turbas en lugar de evitarlas, como testifica el evangelista Juan (Juan 18, 4), preguntó aún no descubierto a quién buscaban: y al decir ellos que buscaban a Jesús, Él respondió: "Yo soy" (Juan 18, 5). Esta palabra derribó y atemorizó a aquella multitud de los más feroces, como si fuera un golpe fulminante, de modo que todos aquellos atroces, amenazantes y terribles, retrocedieron y cayeron. ¿Dónde quedó la conspiración de la crueldad? ¿Dónde el ardor de las iras? ¿Dónde el armamento preparado? El Señor dice: "Yo soy", y a su voz se postra la multitud de los impíos. ¿Qué podrá hacer su majestad cuando juzgue, si esto pudo hacer su humildad siendo juzgada?

CAP. IV.

Sin embargo, el Señor, sabiendo qué era más apropiado para el misterio asumido, no persistió en este poder; sino que permitió a sus perseguidores regresar a la facultad de su crimen dispuesto. Pues si no hubiera querido ser capturado, ciertamente no lo habría sido. Pero,

¿quién de los hombres podría salvarse si Él no se hubiera dejado apresar? Pues incluso el bienaventurado Pedro, quien con más animosa constancia se adhería al Señor y, contra los ímpetus de los violentos, ardía con el fervor de la santa caridad, usó la espada contra el siervo del sumo sacerdote y cortó la oreja del hombre que ferozmente insistía (Mat. 26, 51; Mar. 14, 47; Luc. 22, 50; Jn. 18, 10). Pero el Señor no permite que este impulso del apóstol celoso progrese más: ordena guardar la espada y no permite que se le defienda contra los impíos con mano y hierro. Pues sería contrario al sacramento de nuestra redención que quien vino a morir por todos no quisiera ser capturado: para que, al no retrasar el glorioso triunfo de la Cruz, no se prolongara el dominio diabólico ni la cautividad humana. Por lo tanto, concede a los furiosos la licencia de ensañarse con Él, y sin embargo, no desdeña revelarse incluso a tales personas como Divinidad. La oreja del siervo, ya muerta por el corte y separada del cuerpo viviente, es devuelta a su lugar en la cabeza deshonrada por la mano de Cristo. Reformó lo que Él mismo había formado: y la carne no tarda en seguir su mandato, de quien era su propio creador.

CAP. V.

Por lo tanto, estas obras tienen virtud divina. Pero el hecho de que el Señor reprima el poder de su majestad y acepte en sí mismo la violencia del perseguidor, proviene de aquella voluntad con la que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Efesios V, 25), con la cooperación del mismo Padre, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos VIII, 32). Porque la voluntad del Padre y del Hijo es una, así como una es la Divinidad: del efecto de cuya disposición, no os debemos nada de gracia, judíos, ni a ti, Judas. En verdad, vuestra impiedad sirvió a nuestra salvación, no porque lo quisierais, y por vosotros se hizo todo lo que la mano de Dios y su consejo decretaron que se hiciera (Hechos IV, 28). Por tanto, la muerte de Cristo nos libera, a vosotros os acusa. Con razón no tenéis lo que deseasteis para todos. Y sin embargo, tan grande es la bondad de nuestro Redentor, que incluso vosotros podéis obtener el perdón, si confesando a Cristo como Hijo de Dios, abandonáis esa malicia parricida. Pues el Señor no oró en vano en la cruz, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Este remedio tampoco te habría pasado por alto, Judas, si hubieras recurrido a aquel arrepentimiento que te habría devuelto a Cristo, no al que te instigó al lazo. Pues al decir: He pecado, entregando sangre inocente (Mateo XXVII, 4), permaneciste en la perfidia de tu impiedad: porque creíste que Jesús no era Dios Hijo de Dios, sino un hombre de nuestra misma condición, incluso en los últimos peligros de tu muerte; habrías conmovido su misericordia, si no hubieras negado su omnipotencia. Que estas palabras hoy, amadísimos, sean suficientes para vuestros oídos piadosos, para que no os invada el tedio por la extensión. Lo que falta para la plenitud, prometemos devolverlo el miércoles, con la ayuda del Señor: porque quien nos dio lo que hemos hablado, nos dará, como creemos, lo que hablaremos: por nuestro Señor Jesucristo, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LIII [Al. LI]. Sobre la Pasión del Señor II. Pronunciado el miércoles.

SINOPSIS.

I. La conversión del ladrón, quien hasta la cruz fue culpable, de repente se hizo confesor de Cristo, es obra de la gracia.---II. Todas las criaturas, al dar testimonio de Cristo en la cruz, pronunciaron sentencia contra los judíos.---III. Los cristianos deben hacerse conformes a la humildad y paciencia de Cristo; no hay otro camino hacia lo eterno.

CAP. I.

La fe exige, amadísimos, que cumplamos con la parte del sermón que prometimos sobre la Pasión del Señor, con la ayuda de Él mismo: en lo cual no dudamos ser asistidos por vuestras oraciones. Pues pertenece al beneficio común, si podéis tenerme devoto: porque se destina a vuestra edificación todo lo que se concede a nuestra capacidad. Después de aquel impío y detestable comercio de Judas, por el cual, siendo perseguido por los judíos, el Redentor del mundo fue entregado, después de aquellas sacrílegas burlas, entre las cuales su mansedumbre fue llevada hasta el lugar de su pena, fueron crucificados con Él, en maderos dispuestos a ambos lados, dos ladrones: de los cuales uno, hasta ese momento igual y semejante a su compañero, asaltante de caminos y siempre hostil a la salvación de los hombres, culpable hasta la cruz, de repente se convierte en confesor de Cristo; y entre aquellos agudísimos tormentos del cuerpo y del alma, que la inminencia y dificultad de la muerte aumentaban, transformado por una conversión admirable, dice: "Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino" (Luc. XXIII, 42). ¿Qué exhortación persuadió esta fe? ¿Qué doctrina la inculcó? ¿Qué predicador la encendió? No había visto antes los milagros realizados, había cesado entonces la curación de los enfermos, la iluminación de los ciegos, la resurrección de los muertos, aquellas mismas cosas que pronto habrían de suceder, no estaban presentes; y sin embargo, confiesa al Señor y Rey, a quien ve como compañero de su suplicio. De ahí, pues, surgía este don, de donde la fe misma recibió la respuesta; pues Jesús le dijo: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Ibid., 43). Esta promesa excede la condición humana; y no se emite tanto desde el madero de la cruz como desde el trono de poder. Desde aquella altura se otorga la recompensa de la fe, en la cual se borra el documento de la transgresión humana: porque la forma de Dios no se separa de la forma de siervo, mientras incluso entre los mismos suplicios conservó su propiedad y unidad tanto la Deidad inviolable como la naturaleza pasible.

CAP. II.

Se añade a la confirmación de nuestra esperanza toda la atestación de la creación. Al emitir su espíritu Cristo, todos los elementos temblaron, el esplendor del sol fue cubierto por densas tinieblas, sometiendo extraordinariamente el día a la noche; la tierra, sacudida por profundas conmociones, no mantuvo su estabilidad, y la firmeza de las rocas, quebrada en su solidez, se resquebrajó. El velo del templo, que ya no debía ocultar los misterios anteriores, se rasgó; y con la resurrección de muchos cuerpos de santos, para fortalecer la fe en la resurrección, los sepulcros se abrieron (Mat. XXVII, 51-53; Mar. XV, 38; Luc. XXIII, 45, 46). En vosotros, pues, judíos, el cielo y la tierra pronunciaron sentencia, a vosotros el sol os retiró su servicio y su día, a vosotros los órdenes de los elementos os negaron su servidumbre; y al retirarse del ministerio de las leyes de la creación, se significó vuestra ceguera, vuestra confusión. Pues al decir vosotros: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25); con razón se os retribuyó esto, para que lo que la impía porción de vuestro linaje perdió, lo alcance la plenitud fiel de las naciones.

CAP. III.

Nos, por tanto, amadísimos, para quienes nuestro Señor Jesucristo crucificado no es escándalo ni necesidad, sino poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 23); nosotros, digo, simiente espiritual de Abraham, no nacidos en la descendencia de la servidumbre, sino renacidos en la familia de la libertad; por quienes, con mano fuerte y brazo extendido, fuimos sacados de la opresión del dominio egipcio, el verdadero e inmaculado cordero, Cristo, fue

inmolado (I Cor. V, 7); abracemos el admirable sacramento de la Pascua salvadora, y conforme a la imagen de aquel que se hizo conforme a nuestra deformidad, seamos reformados. Elevémonos hacia aquel que hizo de nuestro polvo de abyección, cuerpo de su gloria; y para que merezcamos ser partícipes de su resurrección, conformémonos en todo a su humildad y paciencia. Hemos asumido la milicia de un gran nombre, la disciplina de una gran profesión. A los seguidores de Cristo no les es lícito apartarse del camino real, sino que es digno no ocuparse en lo temporal, tendiendo hacia lo eterno. Y puesto que hemos sido redimidos con la preciosa sangre de Cristo, glorifiquemos y llevemos a Dios en nuestro cuerpo (I Cor. VI, 20): para que merezcamos llegar a lo que está preparado para los fieles, por nuestro Señor Jesucristo, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LIV [Al. LII]. Sobre la Pasión del Señor III. Pronunciado el día del Señor.

SINOPSIS.

I. El misterio de la cruz y de la redención prefigurado desde antiguo, exige dos naturalezas en Cristo.--- II. Las propiedades de cada una son distintas y las pasiones humanas son voluntarias.--- III. Cuán injustamente desconfió Judas de la bondad del Señor, quien no lo había rechazado de la comunión de su cuerpo y sangre.--- IV. Nuestra tristeza y temor fueron voluntariamente asumidos por Cristo.--- V. La conversión de Pedro fue obra de la mirada interior de Cristo.--- VI. Cuántos males tuvieron su origen en los clamores de los judíos con los que entregaron a Cristo a la muerte.

CAP. I.

Entre todas las obras de misericordia de Dios, amadísimos, que desde el principio se han dedicado a la salvación de los mortales, nada es más admirable, ni más sublime, que el hecho de que Cristo fue crucificado por el mundo. A este sacramento sirvieron todos los misterios de los siglos precedentes, y todo lo que en las diferencias de las ofrendas, en los signos proféticos y en las instituciones legales fue variado por la sagrada dispensación, esto anunció dispuesto, esto prometió cumplir: para que ahora, cesando las imágenes y figuras, sea beneficioso creer que ya se ha realizado lo que antes fue beneficioso creer que debía hacerse. En todo, pues, amadísimos, que concierne a la pasión de nuestro Señor Jesucristo, esto enseña la fe católica, esto exige, que en nuestro Redentor reconozcamos que se unieron dos naturalezas, y permaneciendo sus propiedades, se hizo tal unidad de ambas sustancias, que desde aquel tiempo en que, como lo requería la causa del género humano, en el vientre de la bienaventurada Virgen el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), no se permita pensar en Él como Dios sin lo que es hombre, ni como hombre sin lo que es Dios. Cada naturaleza expresa su verdad bajo acciones distintas, pero ninguna se separa de la conexión con la otra. Nada allí está vacío de la otra, toda la majestad está en la humildad, toda la humildad en la majestad; ni la unidad introduce confusión, ni la propiedad divide la unidad. Una cosa es pasible, otra inviolable; y sin embargo, la afrenta es del mismo que la gloria. Él es el mismo en la debilidad que en la virtud; el mismo es capaz de morir, y el mismo es vencedor de la muerte. Dios asumió, por tanto, al hombre entero, y así se unió a él, y a él a sí mismo, por razón de misericordia y poder, de modo que cada naturaleza estuviera presente en la otra, y ninguna pasara a la otra desde su propia propiedad.

CAP. II.

Pero dado que la dispensación del sacramento, dispuesto para nuestra reparación desde los siglos eternos, no podía consumarse sin la debilidad humana ni sin la virtud divina: cada forma actúa en comunión con la otra, haciendo lo que le es propio, el Verbo operando lo que es del Verbo, y la carne ejecutando lo que es de la carne. Uno de estos resplandece con milagros, el otro sucumbe a las injurias. Aquel no se aparta de la igualdad de la gloria paterna, este no abandona la naturaleza de nuestro género. Sin embargo, incluso la misma recepción de las pasiones no está tan expuesta a la humildad de nuestra afección, que esté separada del poder de la Divinidad. Todo lo que el furor de los impíos infligió al Señor en forma de burla y contumelia, de vejación y pena, no fue tolerado por necesidad, sino asumido por voluntad: Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. X, 10); y así, para la redención de todos, utilizaba la malicia de los perseguidores, de modo que en el sacramento de su muerte y resurrección, incluso sus propios asesinos podrían ser salvados, si creyeran.

CAP. III.

Por lo tanto, más malvado que todos, Judas, y más desafortunado resultaste ser, a quien no la penitencia devolvió al Señor, sino que la desesperación arrastró al lazo. Hubieras esperado la consumación de tu crimen, y hasta que la sangre de Cristo fuera derramada por todos los pecadores, habrías pospuesto el horrible ahorcamiento. Y aunque tu conciencia fuera atormentada por tantos milagros del Señor, tantos dones, al menos aquellos sacramentos que recibiste en la cena pascual, cuando ya habías sido descubierto por la señal de la ciencia divina de tu perfidia, te habrían apartado de tu precipicio. ¿Por qué desconfías de su bondad, quien no te rechazó de la comunión de su cuerpo y sangre, quien no te negó el beso de paz cuando venías con las multitudes y la cohorte armada para apresarle (Juan XVIII, 5)? Pero hombre inconvertible, espíritu que va y no regresa (Salmo LXXVII, 39), seguiste la rabia de tu corazón, y con el diablo de pie a tu derecha (Salmo CVIII, 6), la iniquidad que habías armado contra la cabeza de todos los santos, la volviste contra tu propia cabeza: para que, ya que tu crimen había excedido toda medida de venganza, tu impiedad te tuviera como juez, y tu castigo te sufriera como verdugo.

CAP. IV.

Así pues, siendo Dios en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo (I Cor. V, 19), y llevando el Creador mismo la tarea de reformar la criatura a la imagen de su Creador; habiendo realizado los milagros de las obras divinas que el espíritu profético había predicho que se realizarían: Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán; entonces saltará el cojo como un ciervo, y la lengua de los mudos será clara (Isaías XXXV, 5); sabiendo Jesús que ya estaba cerca el tiempo de cumplir la gloriosa Pasión, dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 38); y de nuevo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Ibid., v. 39). Con estas palabras, al confesar cierto temor, curaba participando de los afectos de nuestra debilidad, y al someterse al miedo de la experiencia dolorosa, lo penetraba. En nosotros, por tanto, el Señor temblaba con nuestro miedo, para asumir nuestra debilidad y revestir nuestra inconstancia con la solidez de su virtud. Pues había venido a este mundo un comerciante rico y misericordioso desde los cielos, y con un intercambio maravilloso había iniciado un comercio salvador, tomando lo nuestro y dando lo suyo, por las injurias honor, por los dolores salud, por la muerte dando vida; y a quien para la exterminación de los perseguidores podían servir más de doce mil legiones de ángeles (Mateo XXVI, 53), prefería recibir nuestro temor que ejercer su poder.

CAP. V.

Cuánto se ha concedido a todos los fieles con esta humildad, lo experimentó primero el beatísimo apóstol Pedro, quien, cuando una tormenta más violenta de inminente crueldad lo perturbó, se volvió rápidamente a la restauración de su vigor, tomando ejemplo como remedio, para que el miembro tembloroso regresara a la firmeza de su cabeza. Pues el siervo no puede ser mayor que su señor, ni el discípulo mayor que su maestro, quien no vencería la vacilación de la fragilidad humana, si no hubiera temido antes el vencedor de la muerte. Entonces el Señor miró a Pedro, y entre las calumnias de los sacerdotes, entre las falsedades de los testigos, entre las injurias de los que golpeaban y escupían, se encontró con el discípulo turbado con los ojos con los que había previsto que sería turbado: y en él entró la inspección de la verdad, donde debía hacerse la corrección del corazón; como si una voz del Señor resonara allí y dijera: ¿A dónde vas, Pedro? ¿Por qué te alejas de ti mismo? Vuélvete a mí, confía en mí, sígueme: este es el tiempo de mi pasión, aún no ha llegado la hora de tu suplicio. ¿Qué temes, lo que tú también superarás? No te avergüence la debilidad que he recibido. Yo temí por lo tuyo, tú por lo mío estate seguro.

Por la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron consejo contra Jesús para entregarlo a la muerte (Mateo XXVII, 1). Esta mañana, judíos, no os llegó el amanecer de la luz, sino el ocaso, ni apareció ante vuestros ojos el día habitual, sino que una noche de tétrica ceguera se posó sobre vuestras mentes impías. Esta mañana os destruyó el templo y los altares, os quitó la ley y los profetas, os arrebató el reino y el sacerdocio, y convirtió todas vuestras fiestas en luto eterno. Pues habéis tomado un consejo insano y sangriento, toros cebados, muchos becerros, bestias rugientes, perros rabiosos, para entregar a la muerte al autor de la vida y al Señor de la gloria: y como si fuera necesario atenuar la inmensidad de vuestra furia, llevasteis a Jesús atado al juicio de Pilato, quien presidía vuestra provincia, para que, vencido por vuestros gritos impíos, eligierais al asesino de hombres para el perdón, y pidierais al Salvador del mundo para el castigo. Tras esta condena de Cristo, que fue ejecutada más por la cobardía que por el poder del gobernador Pilato, quien, con las manos lavadas y la boca contaminada, envió a Jesús a la cruz con los mismos labios con los que lo había declarado inocente, muchas burlas se infligieron al Señor, sirviendo a los ojos sacerdotales con la licencia popular: y la multitud enfurecida se ensañó contra la mansedumbre de aquel que soportaba esto voluntariamente. Pero como es mucho, amadísimos, para que el sermón de hoy recorra todo, se pospondrán los asuntos restantes para el miércoles, cuando se repetirá la lectura de la Pasión del Señor. Pues el Señor proveerá, con vuestras oraciones, para que, por su don, cumplamos lo que prometemos: por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

208 SERMO LV [Al. LIII]. Sobre la Pasión del Señor IV. Miércoles.

SINOPSIS.

I. De la crucifixión de Cristo, en la cual se figura la distinción entre los elegidos y los réprobos a través de los ladrones.--- II. La ignorancia de los judíos en sus blasfemias contra Cristo, cuando estaba predicho que no descendería, sino que reinaría desde el madero.--- III. En la cruz, que es el sacramento del verdadero altar, el manuscrito del pecado ha sido borrado con la sangre de Cristo, y el ladrón se convirtió de manera admirable.--- IV. Sobre el vinagre degustado, la palabra Consummatum est, la inclinación de la cabeza y la muerte de Cristo.--- V. Preparar los corazones con caridad y pureza para celebrar la fiesta pascual.

CAP. I.

A la expectativa de ustedes, amadísimos, lo que se debe, con la ayuda del Señor, debe ser devuelto, gracias a las oraciones de ustedes, para que Él nos haga capaces de cumplir, quien los hizo a ustedes atentos para exigir. Hablando recientemente de la Pasión del Señor, llegamos al lugar de la historia evangélica, en el cual se narra que Pilato cedió a los impíos clamores de los judíos para que Jesús fuera crucificado. Cumplidas, por tanto, todas las cosas que la Divinidad, moderada por el velo de la carne, permitió que se hicieran, Jesucristo, Hijo de Dios, fue clavado en la cruz que Él mismo había llevado, junto a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda, crucificados de igual manera: para que incluso en la misma forma del patíbulo se mostrara aquella distinción que en su juicio se hará de todos los hombres; ya que la fe del ladrón creyente expresaba la figura de los que serán salvados, y la impiedad del blasfemo prefiguraba la forma de los que serán condenados. La Pasión de Cristo, por tanto, contiene el sacramento de nuestra salvación, y del instrumento que la iniquidad de los judíos preparó para el castigo, la potencia del Redentor nos hizo un paso hacia la gloria: la cual el Señor Jesús asumió para la salvación de todos los hombres, de tal manera que, entre los clavos con los que estaba fijado al madero, suplicaba a la clemencia paterna por sus asesinos y decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34).

CAP. II.

Los príncipes de los sacerdotes, a quienes el Salvador pedía indulgencia, agudizaban el suplicio de la cruz con los dardos de las burlas; y al que no podían atacar más con sus manos, lanzaban las flechas de sus lenguas, diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Mateo XXVII, 42). ¿De qué fuente de error, judíos, de qué pozo de envidia habéis bebido los venenos de tales blasfemias? ¿Qué maestro os enseñó, qué doctrina os persuadió, que debíais creer que aquel era el rey de Israel, aquel el Hijo de Dios, que no debía permitir ser crucificado, o que debía liberarse de la fijación de los clavos? No os enseñaron esto los misterios de la ley, ni los sacramentos de la observancia pascual, ni jamás lo proclamaron las bocas de los profetas; pero ciertamente leísteis abundantemente aquello que se refiere a la detestable impiedad de vuestro crimen y a la pasión voluntaria del Señor. Pues él mismo habla por Isaías: "Ofrecí mi espalda a los golpes, mis mejillas a las bofetadas, pero no aparté mi rostro de la confusión de los escupitajos" (Isaías L, 6). Él mismo por David dice: "Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Salmo LXVIII, 22). Y de nuevo: "Me rodearon muchos perros, el consejo de los malignos me cercó. Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos. Ellos mismos me miraron y observaron, se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes" (Salmo XXI, 17). Y para que no parezca que solo se predijo el orden de vuestro crimen, sin que se anunciara el poder del crucificado, no leísteis que el Señor descendió de la cruz; sino que leísteis: "El Señor reinó desde el madero" (Salmo XCV, 10).

CAP. III.

La Cruz, por lo tanto, es el sacramento verdadero y preanunciado del altar, donde, a través de la hostia salvífica, se celebra la oblación de la naturaleza humana. Allí, la sangre del cordero inmaculado borraba los pactos de la antigua transgresión: allí se destruía toda la adversidad de la dominación diabólica, y la humildad victoriosa triunfaba sobre la soberbia; con un efecto de fe tan rápido, que de los ladrones crucificados con Cristo, aquel que creyó en Cristo como Hijo de Dios, justificado, entró en el paraíso. ¿Quién puede explicar el sacramento de

tan gran don? ¿Quién puede narrar el poder de tan maravillosa transformación? En un breve instante de tiempo, se abole la culpa de largos crímenes; entre los duros tormentos del alma que lucha, colgado del madero, pasa a Cristo; y a quien su propia impiedad le trajo pena, la gracia de Cristo le da la corona.

CAP. IV.

Después de haber probado el vinagre, el Señor, que ofrecía aquella viña que, degenerando desde la plantación de su creador, se había convertido en la amargura de una vid extraña, dijo: "Consummatum est" (Mateo XXI, 38; Juan XIX, 30), es decir, se han cumplido las Escrituras: ya no hay nada más que esperar de la locura de un pueblo enfurecido; no he soportado menos de lo que predije que sufriría. Los misterios de la debilidad han sido completados, que se manifiesten los testimonios de la virtud. Inclinando así la cabeza, entregó el espíritu, y al cuerpo que sería resucitado al tercer día, le concedió el descanso de un sueño apacible. Cuando el autor de la vida se entregó a este sacramento, y la estructura de todo el mundo se estremeció ante tal inclinación de la majestad divina, cuando toda criatura condenaba con confusión su propio crimen impío, y los mismos elementos del mundo pronunciaban una sentencia manifiesta sobre los culpables: ¿qué ánimo, judíos, qué conciencia tuvieron; cuando el juicio del universo también os apremiaba, y vuestra impiedad, consumado el crimen, no podía ser revocada? ¿Qué confusión os cubrió? ¿Qué pena recibió vuestro corazón?

CAP. V

Por tanto, amadísimos, siendo tan grande la misericordia de Dios, que incluso de tal pueblo se ha dignado justificar a muchos por la fe, y a nosotros, que perecíamos en la profunda noche de la antigua ignorancia, nos ha adoptado en la sociedad de los patriarcas y en la suerte del linaje escogido: no corramos con pereza ni con letargo hacia la altura de nuestra esperanza; sino que, pensando con prudencia y fidelidad, recordemos de qué clase de cautiverio y de cuán miserable servidumbre, a qué precio hemos sido redimidos, y con qué brazo hemos sido liberados, glorifiquemos a Dios en nuestro cuerpo; para que mostremos que Él habita en nosotros, por la misma rectitud de nuestra conducta. Y puesto que no hay nada en la dignidad de todas las virtudes más excelente que la piedad de la misericordia y la pureza de la castidad, instruyámonos especialmente con estos auxilios, para que, elevados como por dos alas, por la obra de la caridad y el brillo de la castidad, merezcamos ser celestiales en lugar de terrenales. Cualquiera que, ayudado por la gracia de Dios, se llena de este deseo, y no se gloria de su progreso en sí mismo, sino en el Señor, honra legítimamente el sacramento pascual. El ángel devastador no entra en los umbrales marcados con la sangre del cordero y el signo de la cruz. Este no teme las plagas de Egipto, y deja a sus enemigos extinguidos en las mismas aguas por las que él ha sido salvado. Abracemos, pues, amadísimos, con mentes y cuerpos purificados, el admirable sacramento de nuestra salvación, y, limpios de toda levadura de malicia antigua (I Cor. V, 7), celebremos la Pascua del Señor con digna observancia: para que, guiados por el Espíritu Santo, no seamos separados de la caridad de Cristo por ninguna tentación, quien, pacificando todo en su sangre, se ha recibido en la altura de la gloria paterna, y no ha abandonado la humildad de sus siervos, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LVI [Al. LIV]. Sobre la Pasión del Señor V. Pronunciado en el Día del Señor.

Sinopsis

I. Nuestra salvación está puesta en la cruz; en la cual Cristo luchó con equidad y poder, divinidad y humanidad. --- II. Sobre la oración de Cristo y el conflicto de la doble voluntad, que está ordenado para nuestra instrucción. --- III. Sobre la mansedumbre de Cristo hacia Judas, el arrepentimiento criminal de Judas, y la redención del hombre por Cristo.

CAP. I.

Creador y Señor de todas las cosas, Cristo, después del parto inusitado de la sagrada Virgen, después de la adoración en la confesión de los magos en el pesebre, y después de la múltiple enseñanza del celestial discurso y de las curaciones varias realizadas por el poder de la palabra poderosa, consuma la dispensación de todos los sacramentos y de todas las virtudes con su pasión salvadora. La verdadera razón y causa principal de la esperanza cristiana, amadísimos, es la cruz de Cristo: que aunque para los judíos es escándalo, y para los gentiles necesidad, para nosotros es poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 23). Por lo tanto, este supremo y poderosísimo sacramento de la divina misericordia debe ser siempre retenido en nuestros corazones con toda su dignidad, pero ahora exige un sentido más vivaz del alma y una mirada más pura de la mente, cuando no solo por el curso del tiempo, sino también por el texto de la lectura evangélica, se nos presenta toda la obra de nuestra salvación. Por lo tanto, no deben tener lugar en nosotros los pensamientos de los impíos, ni debe corromper la integridad de la sana inteligencia la ofensa judía o la burla gentil: para que lo que por nosotros se realizó no solo humildemente, sino también sublimemente, no parezca imposible según el hombre, ni indigno según Dios. Ambos aspectos deben ser aceptados, ambos deben ser creídos: porque ningún hombre puede ser salvo si no es en ambos. Pues el Dios justo y misericordioso no usó así el derecho de su voluntad, para que en nuestra reparación ejerciera solo el poder de su bondad: sino que, como era consecuente que el hombre que comete pecado sea esclavo del pecado (Juan VIII, 34), así la medicina para los enfermos, así la reconciliación para los culpables, así la redención fue ofrecida a los cautivos, para que la justa sentencia de condenación fuera resuelta por la justa obra del libertador. Pues si solo la Deidad se opusiera por los pecadores, no sería tanto la razón la que venciera al diablo como el poder. Y de nuevo, si solo la naturaleza de los mortales llevara la causa de los caídos, no se libraría de la condición que no sería libre de su género. Por lo tanto, era necesario que en nuestro único Señor Jesucristo se unieran la sustancia divina y la humana, para que a nuestra mortalidad le asistiera tanto el Verbo hecho carne como el origen del nuevo hombre y su pasión.

CAP. II.

Por tanto, en Cristo Jesús, la ceguera de los judíos no ve lo que es divino, y la sabiduría de los gentiles desprecia lo que es humano; mientras aquellos calumnian la gloria del Señor, estos se enorgullecen contra la humildad: nosotros adoramos al Hijo de Dios, tanto en sus virtudes como en nuestras debilidades; y no nos avergonzamos de la cruz de Cristo, y entre las lenguas de los que contradicen, no dudamos ni de su muerte ni de su resurrección. Porque lo que lleva a los soberbios a la infidelidad, nos dirige a nosotros a la fe; y lo que para ellos es motivo de confusión, para nosotros es causa de piedad. Habiendo advertido el Señor a sus discípulos que lucharan con oración vigilante contra la fuerza de la tentación inminente, él mismo, suplicando al Padre, dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú (Mateo 26, 39). La primera petición es de debilidad, la segunda de fortaleza: aquello lo deseó por nuestra parte, esto lo eligió por la suya propia: pues el Hijo, igual al Padre, no ignoraba que todo es posible para Dios, ni había descendido a este mundo

para asumir la cruz sin su propia voluntad, para que sufriera de alguna manera esta lucha de afectos diversos con la razón perturbada. Pero para que fuera manifiesta la distinción entre la naturaleza que asume y la asumida, lo que era del hombre, deseó el poder divino; lo que era de Dios, miró la causa humana. Por tanto, la voluntad inferior cedió a la superior, y pronto se demostró qué puede ser pedido por el que tiembla, y qué no debe ser concedido por el que sana. Porque no sabemos qué pedir como conviene (Romanos 8, 26), y es útil para nosotros que muchas veces no se haga lo que queremos; Dios justo y bueno, cuando se piden cosas que pueden dañar, se compadece negándolas. Así que, habiendo afirmado el Señor la corrección de nuestra voluntad con una triple oración, aún con los discípulos abatidos por la tristeza, dijo: Dormid ya y descansad. He aquí que se acerca la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos. He aquí que se acerca el que me entrega (Mateo 26, 45, 46).

CAP. III.

Entre las mismas palabras del Señor, que habían sido predichas, irrumpieron, y con espadas y palos la multitud se reunió para apresar a Cristo, siguiendo al guía Judas Iscariote, quien por el privilegio de la perfidia había obtenido el liderazgo en el crimen. A este, para que ninguna ofensa le diera motivo de acusación, no se le negó ninguna dignidad; sino que, inflamado por el espíritu de aquel a quien voluntariamente sirvió, ardió, y tal como tenía su mente, así encontró también a su líder. Con razón, como el profeta había predicho, su oración se convirtió en pecado (Sal. CVIII, 7): porque, consumado el crimen, su conversión fue tan perversa que incluso al arrepentirse pecó. Por lo tanto, el Hijo de Dios permite que manos impías lo toquen, y lo que se lleva a cabo por el furor de los que atacan, se completa por el poder del que sufre. Pues este era el gran sacramento de piedad que Cristo buscaba a través de las injurias: que si las rechazara con poder manifiesto y virtud evidente, solo ejercería lo divino, no se ocuparía de lo humano. Pero en todo lo que la locura popular y sacerdotal le infligía con desdén y atrevimiento, se limpiaban nuestras manchas, se expiaban nuestras ofensas: porque la naturaleza, que en nosotros siempre había sido culpable y cautiva, en él sufría inocente y libre; para que, al quitar el pecado del mundo, él se ofreciera como el Cordero, a quien la sustancia corporal unía a todos, y el origen espiritual distinguía de todos. Esto, amados, sea suficiente para vuestros oídos hoy. Lo demás se pospondrá para el miércoles, con la ayuda del Señor en vuestras oraciones, quien se dignará conceder que cumplamos lo que prometemos: por el mismo Señor nuestro, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LVII [Al. LV], Sobre la Pasión del Señor VI. Miércoles

SINOPSIS.

I. Cristo, aprehendido voluntariamente, no quiso ser defendido.---II. Cristo, con las mismas palabras, hiere las conciencias de los infieles y fortalece los corazones de los fieles: Caifás, al rasgar su vestidura, se despojó del honor sacerdotal.---III. ¡Qué ceguera la de los sacerdotes, que con sus lenguas crucifican a Cristo y quieren parecer que retiran sus manos del asesinato! La misma superstición ciega de ellos respecto al dinero de Judas.---IV. Cristo, exaltado en la cruz, atrajo a todas las criaturas a la comunión de su pasión.---V. Los cristianos, redimidos a tan alto precio, deben cuidarse de los lazos del diablo, que engaña a los hombres con la vana ciencia de los astros.

CAP. I.

Recordando nuestra promesa, amadísimos, devolvemos a vuestra santidad lo que debemos, esperando la gracia futura de Dios, para que de donde fue incitada la promesa, nos llegue la devoción. Cristo Señor, capturado por las multitudes que los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley habían armado, para cumplir la dispensación, contuvo su poder; y al bienaventurado apóstol Pedro, movido por la animosidad humana contra los que irrumpían, le ordenó abstenerse de la espada (Mat. XXVI, 53). Pues era superfluo que quien no quería ser ayudado por la protección de las legiones angélicas, quisiera defenderse con la oposición de un solo discípulo. Aunque la feroz turba perpetró lo que quiso y se regocijó en el efecto de su crimen, la virtud del capturado fue mayor que la de los captores. La ceguera de los judíos no logró nada, salvo perderse por su impiedad; pero la paciencia de Cristo logró salvar a todos con su Pasión.

CAP. II.

Cuando Jesús fue llevado ante Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y todo el orden sacerdotal (Mateo 26, 57), se buscaban falsos testimonios contra el Señor; pero entre las voces desordenadas y discordantes, Jesús eligió maravillosamente guardar silencio. Sin embargo, cuando Caifás le dijo: "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (Ibid., 63), respondió con tal autoridad veraz y providente que, con las mismas palabras, cegó las conciencias de los incrédulos y fortaleció los corazones de los creyentes, refiriéndose a cada pregunta suya con: "Tú lo has dicho"; añadiendo lo que sigue: "Sin embargo, os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo" (Ibid., 64). Caifás, para exagerar la envidia del discurso escuchado, rasgó sus vestiduras: y sin saber qué significaba esta locura, se privó del honor sacerdotal. ¿Dónde está, Caifás, el racional de tu pecho? ¿Dónde el cinturón de continencia? ¿Dónde el efod de virtudes? Con ese místico y sagrado atuendo te despojas a ti mismo, y con tus propias manos desgarras las vestiduras pontificales, olvidando aquel precepto que habías leído sobre el sumo sacerdote: "No se quitará la tiara de su cabeza, ni rasgará sus vestiduras" (Lev. 21, 10). Tú, de quien ya se alejaba esta dignidad, eres el ejecutor de tu propio oprobio; y para manifestar el fin de la antigua institución, la misma ruptura que quita el ornamento sacerdotal es la que pronto rasgará el velo del templo.

CAP. III.

A partir de aquí, amadísimos, después de una noche llena de engaños, entregaron a Jesús atado al gobernador Pilato. Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo actuaban con el propósito de parecer inmunes a la acción de su crimen, retirando las obras de sus manos y esgrimiendo las armas de sus lenguas, no queriendo matar, pero clamando: ¡Crucifícalo, crucifícalo! ¿Qué hay más injusto que esta apariencia de religión? ¿Qué hay más cruel que esta simulación de clemencia? ¿Con qué ley, judíos, lo que no os es lícito hacer, os es lícito desear? ¿Con qué razón lo que contamina los cuerpos no hiere los corazones? Teméis contaminaros con la muerte de aquel cuya sangre pedisteis que se derramara sobre vosotros y sobre vuestros hijos (Juan 18, 28). Si vuestra impiedad no comete tal crimen, permitid al gobernador juzgar según su sentir. Pero vosotros, incluso con él, graves y violentos, no le permitís declinar hacia aquello de lo que vosotros mismos os abstenéis falsamente. Pilato pecó al hacer lo que no quería, pero a vuestra conciencia fluye todo lo que vuestra furia extorsionó. Tal fue también vuestra observancia allí, donde no quisisteis que el precio que el vendedor de Cristo os devolvió se depositara en el tesoro, cuidando, por supuesto, de que el

dinero sangriento no contaminara los cofres sagrados. ¿De qué corazón proviene esta simulación? La conciencia de los sacerdotes acepta lo que el arca del templo no recibe (Mateo 27, 6). Se rechaza la tasación de esa sangre cuya efusión no se teme. Por más que os cubráis con sombras de engaño, se estableció un comercio con el traidor, por el cual la sangre justa, así como no debió comprarse, tampoco debió derramarse.

CAP. IV.

Por lo tanto, cediendo Pilato a los tumultuosos clamores de los judíos, Cristo es crucificado en el lugar llamado Gólgota (Mat. XXVII, 24). Por el madero se levanta la caída en el madero, y con el gusto de la hiel y el vinagre se diluye el alimento del pecado. Con razón, antes de ser entregado, dijo el Señor: Cuando sea levantado, atraeré a todos hacia mí (Juan XII, 32): es decir, llevaré toda la causa del género humano, y restauraré en su totalidad la naturaleza que una vez se perdió. En mí se abolirá toda debilidad, en mí se sanará toda herida. Que Jesús exaltado atrajera todo hacia sí, se demostró no solo por la pasión de nuestra sustancia, sino también por la conmoción de todo el mundo. Pues mientras el creador pendía en el patíbulo, toda la creación gimió, y todos los elementos sintieron a la vez los clavos de la Cruz. Nada quedó libre de ese suplicio. Esto atrajo a la tierra y al cielo a su comunión, esto rompió las piedras, abrió los sepulcros, desveló los infiernos, y en el horror de densas tinieblas ocultó los rayos del sol. Pues el mundo debía este testimonio a su autor, que en la caída de su creador todo quisiera terminar. Pero la paciencia de Dios mantiene el orden de las cosas y los tiempos, y nos invita más bien a ese afecto hacia Él, para que busquemos la salvación de aquellos cuyo crimen aborrecemos.

CAP. V.

Por tanto, rescatados a tan alto precio y por tan gran sacramento de la potestad de las tinieblas, y liberados de las cadenas de la antigua cautividad, esforzaos, amadísimos, para que el diablo no corrompa con ninguna artimaña la integridad de vuestras mentes. Todo lo que se os presenta contra la fe cristiana, todo lo que se os sugiere contra los mandamientos de Dios, proviene de las artimañas de aquel que intenta apartaros de la vida eterna con innumerables engaños, aprovechando ciertas ocasiones de la debilidad humana, por las cuales induce nuevamente a las almas incautas y negligentes en las trampas de su muerte. Todos, pues, renacidos por el agua y el Espíritu Santo, recuerden a quién han renunciado y con qué profesión han sacudido de sí el yugo de la dominación tiránica: que nadie, ni en la prosperidad ni en la adversidad, acuda a la ayuda mortal del diablo. Porque él es mentiroso desde el principio (Juan VIII, 44), y solo prospera en el arte de engañar, para que con la ostentación de una falsa ciencia engañe la ignorancia humana, y sea ahora el maligno impulsor de aquellos de quienes después será el acusador implacable. Los años de nuestra vida y las cualidades de nuestras acciones temporales no dependen de la naturaleza de los elementos, ni de los efectos de las estrellas, sino que están en el poder del Dios supremo y verdadero, cuya ayuda y misericordia debemos implorar en todo lo que rectamente deseamos. Pues así como, Dios no lo quiera, si Él está ofendido, nada fuera de Él puede interceder por nosotros; así también, si Él está propicio, ninguna adversidad nos dañará. Porque si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Él, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? (Rom. VIII, 31). Él vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

218 SERMO LVIII [Al. LVI]. Sobre la Pasión del Señor VII; pronunciado el día Domingo.

SINOPSIS.

I. Por qué Cristo eligió sufrir en la solemnidad pascual.---II. Los judíos, enfocados en el crimen, omitieron lo que era de la ley.---III. Cristo instituyó el sacramento de su cuerpo y sangre en el momento en que se planeaba su muerte: la bondad de Cristo hacia Judas y la obstinación de Judas.---IV. Judas estuvo presente en cuerpo en la cena, pero con la mente enfocada en el crimen. El discurso de Cristo después de la cena, la oración en el huerto, el consejo común con el Padre sobre su muerte.---V. Nuestra cobardía es expulsada por la oración y la angustia de Cristo.

CAP. I.

Sé, ciertamente, amadísimos, que la fiesta pascual es un misterio tan sublime que supera no solo la capacidad de mi humilde entendimiento, sino también la de los grandes intelectos. Sin embargo, no debo considerar la grandeza de la obra divina de tal manera que me lleve a desconfiar o avergonzarme del servicio que debo; ya que el sacramento de la salvación humana no debe ser silenciado, aunque no pueda ser plenamente explicado. Con la ayuda de vuestras oraciones, creemos que la gracia de Dios estará presente, para que el rocío de su inspiración riegue la esterilidad de nuestro corazón, de modo que, en el oficio de la lengua pastoral, se pronuncien cosas útiles para los oídos del santo rebaño. Pues el Señor, dador de todos los bienes, dice: Abre tu boca, y yo la llenaré (Sal. 80, 11), nos atrevemos a decirle con palabras proféticas: Señor, abrirás mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza (Sal. 50, 17). Comenzando, pues, amadísimos, a reconsiderar la historia evangélica de la Pasión del Señor, entendemos que fue dispuesto por el consejo divino que los príncipes sacrílegos de los judíos y los impíos sacerdotes, que a menudo habían buscado ocasiones para ensañarse contra Cristo, no recibieran el poder de ejercer su furia sino en la solemnidad pascual. Pues era necesario que se cumplieran manifiestamente en efecto lo que durante mucho tiempo había sido prometido en misterio figurado: que la oveja significativa fuera reemplazada por la verdadera oveja, y que en un solo sacrificio se cumpliera la diferencia de las diversas víctimas. Porque todas aquellas cosas que habían sido establecidas divinamente por Moisés sobre la inmolación del cordero, profetizaban a Cristo y anunciaban propiamente la muerte de Cristo. Así, para que las sombras cedieran al cuerpo y las imágenes cesaran ante la presencia de la verdad, la antigua observancia es abolida por el nuevo sacramento, la víctima pasa a la víctima, la sangre es reemplazada por la sangre, y la festividad legal, al ser transformada, se cumple.

CAP. II.

Por lo tanto, cuando los escribas y los ancianos del pueblo se reunieron con los pontífices en un consejo impío, y la preocupación de los sacerdotes por cometer un crimen contra Jesús ocupó las mentes de todos, ellos mismos, siendo doctores de la ley, se privaron de la ley, y por un defecto voluntario abandonaron los ritos de sus antepasados. Pues al comenzar la festividad pascual, aquellos que debían adornar el templo, limpiar los vasos, proveer las víctimas y aplicar una diligencia más sagrada con purificaciones legítimas, al concebir el furor de un odio parricida, se dedicaron a una sola obra y conspiraron con igual crueldad en un solo crimen, sin lograr nada con el suplicio de la inocencia y la condena de la justicia, salvo que no comprendieran los nuevos misterios y violaran los antiguos. Así, mientras los príncipes preveían que no se originara tumulto en el día santo, no se preocupaban por la festividad, sino por el crimen; y esta preocupación no servía a la religión, sino al delito. Porque los pontífices diligentes y los sacerdotes solícitos temían que se produjeran sediciones

de las multitudes en la solemne festividad, no para que el pueblo no pecara, sino para que Cristo no escapara.

CAP. III.

Jesús, seguro de su propósito y valiente en la obra de la disposición paterna, completaba el Antiguo Testamento y establecía la nueva Pascua. Pues mientras sus discípulos se reclinaban con Él para participar de la cena mística, en el atrio de Caifás se discutía cómo podría ser asesinado Cristo. Él, al instituir el sacramento de su cuerpo y sangre, enseñaba qué tipo de ofrenda debía ofrecerse a Dios, sin apartar siquiera de este misterio al traidor; para mostrar que no se exasperaba por ninguna injuria, siendo Él conocido de antemano en la impiedad voluntaria. Pues él mismo fue la materia de su ruina y la causa de su perfidia, siguiendo al diablo como guía y no queriendo tener a Cristo como rector. Diciendo entonces el Señor: En verdad os digo, que uno de vosotros me va a entregar (Mateo 26, 21), mostró la conciencia conocida de su traidor: no confundiendo al impío con una reprensión áspera ni abierta, sino corrigiéndolo con una advertencia suave y silenciosa; para que más fácilmente lo corrigiera el arrepentimiento, a quien ninguna humillación había deformado. ¿Por qué, infeliz Judas, no usas tanta benignidad? He aquí que el Señor perdona tus atrevimientos, y Cristo no te delata a nadie, sino a ti mismo: ni tu nombre ni tu persona son revelados, sino que con la palabra de verdad y misericordia, solo se tocan los secretos de tu corazón. No se te niega el honor del orden apostólico, ni la comunión de los sacramentos. Regresa a la integridad, y dejando la furia, recapacita. La clemencia te invita, la salvación llama, la vida te convoca a la vida. He aquí que tus condiscípulos inmaculados e inocentes se espantan ante la significación del crimen, y todos temen por sí mismos, sin que se haya revelado el autor de la impiedad. Pues se entristecieron, no por la culpa de la conciencia, sino por la incertidumbre de la mutabilidad humana, temiendo que fuera menos verdadero lo que cada uno conocía de sí mismo, que lo que la misma Verdad preveía. Pero tú, en esta inquietud de los santos, abusas de la paciencia del Señor, y crees que tu audacia te oculta. Añades impudencia al crimen, y no te aterra con una señal más evidente. Y mientras otros se abstienen del alimento en el que el Señor había puesto la señal, tú no retiras la mano del plato, porque no apartas el ánimo del crimen.

CAP. IV.

Siguió, pues, amadísimos, como narró el Evangelista Juan, que cuando el Señor, señalando más claramente a su traidor, le ofreció el pan mojado, el diablo ocupó por completo a Judas (Juan XIII, 26); y a quien había atado con pensamientos malignos, ya lo poseía con la misma obra de impiedad. Pues sólo de cuerpo se recostaba con los que cenaban, pero con la mente armaba la envidia de los sacerdotes, la falsedad de los testigos y la furia del pueblo ignorante. Finalmente, viendo el Señor a qué crimen estaba inclinado Judas, le dijo: "Lo que haces, hazlo pronto" (Juan XIII, 27). Esta voz no es de quien ordena, sino de quien calla; no de quien teme, sino de quien está preparado: quien teniendo el poder sobre todos los tiempos mostró que no hacía demora al traidor, y así cumplir la voluntad del Padre para la redención del mundo, de modo que el crimen que preparaban los perseguidores ni lo impulsara ni lo temiera. Después de que Judas, persuadido por el diablo, se apartó de Cristo y se cortó del cuerpo de la unidad apostólica, el Señor, sin turbación alguna por el miedo, sino preocupado solo por la salvación de los redimidos, dedicó todo el tiempo libre del ataque de los perseguidores a discursos místicos y doctrina sagrada, como se declara en el Evangelio de Juan: elevando los ojos al cielo y suplicando al Padre por toda la Iglesia, para que todos los que el Padre había dado y daría al Hijo fueran uno (Juan XVII, 11), y permanecieran indivisos en la gloria del Redentor; añadiendo finalmente aquella oración en la que dice:

"Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mateo XXVI, 39). Donde no se debe pensar que el Señor Jesús quiso evitar la pasión y muerte, cuyos sacramentos ya había entregado a los discípulos; pues él mismo prohíbe al bienaventurado apóstol Pedro, ferviente en fe devota y caridad, usar la espada contra los perseguidores, diciendo: "¿No quieres que beba el cáliz que el Padre me ha dado?" (Juan XVIII, 11). Y es cierto lo que según el Evangelio de Juan el Señor dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan III, 16); y lo que el apóstol Pablo dice de él: "Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda a Dios en olor de suavidad" (Efesios V, 2). En la salvación de todos a través de la cruz de Cristo, la voluntad del Padre y del Hijo era común, el consejo común; ni podía ser turbado por ninguna razón lo que antes de los siglos eternos había sido dispuesto misericordiosamente y definido inmutablemente. Quien, por tanto, amadísimos, asumió al verdadero y completo hombre, asumió también los verdaderos sentidos del cuerpo y los afectos del alma. Y no porque todo en él estaba lleno de sacramentos, lleno de milagros, por eso lloró con lágrimas falsas, o tomó alimento con hambre fingida, o durmió con sueño simulado. En nuestra humildad fue despreciado, en nuestra tristeza se entristeció, en nuestro dolor fue crucificado. Pues las pasiones de nuestra mortalidad las asumió por misericordia para sanarlas, las recibió por virtud para vencerlas. Lo que Isaías profetizó clarísimamente, diciendo: "Él lleva nuestros pecados y sufre por nosotros; y nosotros lo consideramos en dolor, en plaga y en aflicción. Pero él fue herido por nuestras transgresiones, y molido por nuestras iniquidades, y por sus llagas fuimos sanados" (Isaías LIII, 4, 5).

CAP. V.

Por tanto, amadísimos, cuando el Hijo de Dios dice: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo 26, 39), utiliza la voz de nuestra naturaleza y aboga por la causa de la fragilidad y el temor humano: para que en lo que se debe soportar, se fortalezca la paciencia y se disipe el miedo. Finalmente, cesando de pedir esto mismo, excusando de algún modo el temor de nuestra debilidad, en el cual no nos conviene permanecer, pasa a otro sentimiento y dice: Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú (Ibid.); y de nuevo: Si no puede pasar este cáliz de mí, sin que lo beba, hágase tu voluntad (Ibid., 42). Esta voz de la cabeza es la salvación de todo el cuerpo; esta voz ha instruido a todos los fieles, ha encendido a todos los confesores, ha coronado a todos los mártires. Pues, ¿quién podría superar los odios del mundo, las tormentas de las tentaciones, los terrores de los perseguidores, si Cristo no dijera al Padre en todos y por todos: Hágase tu voluntad? Aprendan, pues, esta voz todos los hijos de la Iglesia, redimidos a gran precio, justificados gratuitamente; y cuando la adversidad de alguna tentación violenta se presente, utilicen el auxilio de la oración poderosísima: para que, superado el temblor del miedo, reciban la tolerancia de la pasión. De aquí en adelante, amadísimos, el discurso debe dirigirse a detallar el orden de la pasión del Señor, que para no abrumarlos con la extensión, lo pospondremos al miércoles, dividiendo el trabajo común. La gracia de Dios estará presente para los que oran, la cual me concederá la capacidad de cumplir con mi deber. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

224 SERMO LIX [Al. LVII]. Sobre la Pasión del Señor VIII; pronunciado el miércoles.

SINOPSIS.

I. Cristo, superada la inquietud de la debilidad, se ofreció voluntariamente a ser llevado para sufrir por todos.--- II. Cuántos prejuicios llevaron a los judíos a presionar a Pilato para

condenar a Cristo; cuánta cobardía mostró él al ceder a sus gritos.---III. La crueldad de Pilato hacia Cristo descende de una cierta clemencia; los judíos se ven cargados con toda la culpa.--IV. Cristo, mientras llevaba el madero del suplicio, lo convirtió en cetro.---V. En Simón de Cirene se figura a las naciones que serán llamadas a la fe de la cruz de Cristo y santificadas por un nuevo sacrificio.---VI. La cruz de Cristo debe ser contemplada especialmente con una mirada interior.---VII. ¿Cómo Cristo, al ser exaltado, atrae todo hacia sí? ¿Cuál es la excelencia de la religión cristiana? ¿Cuánta es la virtud de la cruz?---VIII. No debemos vivir para nosotros mismos, sino para Cristo que murió por nosotros.

CAP. I.

Después de haber tratado, amadísimos, en el sermón anterior sobre los eventos que precedieron a la captura del Señor, corresponde ahora, con la ayuda de la gracia de Dios, que hablemos del orden mismo de la pasión, tal como prometimos. Pues cuando el Señor, con las palabras de su sagrada oración, declaró que en Él residía verdaderamente y plenamente tanto la naturaleza humana como la divina, mostró de dónde provenía su deseo de no sufrir y de dónde su voluntad de hacerlo; disipado el temor de la debilidad y confirmada la magnanimidad de la virtud, regresó a la decisión de su disposición eterna, y al diablo furioso, a través de los ministerios de los judíos, le presentó la forma de un siervo que no tenía pecado alguno: para que en Él se tratara la causa de todos, en quien solo estaba la naturaleza de todos sin culpa. Así, los hijos de las tinieblas arremetieron contra la luz verdadera, y usando antorchas y linternas no escaparon de la noche de su infidelidad, porque no comprendieron al autor de la luz. Capturan al que estaba dispuesto a ser apresado, y arrastran al que quería ser llevado: quien, si hubiera querido resistirse, las manos impías no habrían podido hacerle daño alguno, pero la redención del mundo se habría retrasado, y no salvaría a nadie indemne, Él que iba a morir por la salvación de todos.

CAP. II.

Permitiendo así que se le impusiera todo lo que el furor popular, incitado por los sacerdotes, se atrevía a hacer, fue llevado a Anás, suegro de Caifás, y luego a Caifás por transmisión de Anás. Y después de las insanas objeciones de los calumniadores, tras las falsedades inventadas de los testigos subornados, fue trasladado a la audiencia de Pilato por delegación de los sumos sacerdotes. Ellos, descuidando la ley divina, clamando que no tenían otro rey sino César (Juan 19, 15), como si fueran devotos de las leyes romanas, habían reservado todo juicio al poder del gobernador, y pidieron más un ejecutor de su crueldad que un árbitro de la causa. Pues ofrecían a Jesús atado con duros lazos, golpeado con frecuentes bofetadas y puñetazos, cubierto de escupitajos, condenado por los clamores, de modo que entre tantos prejuicios, Pilato no se atreviera a absolver a quien todos querían que pereciera. Finalmente, la misma investigación muestra que no encontró culpa en el acusado, ni mantuvo constancia en su sentencia: en la cual el juez, a quien declara inocente, condena, entregando al pueblo injusto la sangre del justo, de la cual había sentido que debía abstenerse tanto por su propio entendimiento como por el sueño de su esposa. Las manos lavadas no purifican el alma contaminada, ni se expía con los dedos rociados de agua lo que se comete con una mente impía. Ciertamente, el crimen de los judíos superó la culpa de Pilato, quien, atemorizado por el nombre de César y reprendido con voces envidiosas, fue impulsado al cumplimiento de su crimen. Pero tampoco él evitó la culpa, quien cooperando con los sediciosos, abandonó su propio juicio y cayó en el crimen ajeno.

CAP. III.

Por lo tanto, Pilato, amadísimos, vencido por la insania del pueblo implacable, permitió que Jesús fuera deshonrado con muchas burlas y sometido a excesivas injurias, y después de haberlo azotado, coronado de espinas y vestido con un manto de burla, lo mostró a la vista de los escribas y sacerdotes, pensando sin duda que así se mitigarían los ánimos de los enemigos, para que, saciados los odios de la envidia, ya no creyeran necesario perseguir a quien veían afligido de tantas maneras. Pero cuando se encendió la ira de los que clamaban para que se liberara a Barrabás por indulgencia y Jesús recibiera el castigo de la cruz; cuando las multitudes decían al unísono: "Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mateo 27, 25); los inicuos obtuvieron para su propia condenación lo que exigían con pertinacia: cuyos dientes, como testificó el profeta, eran armas y flechas, y su lengua espada afilada (Salmo 56, 5). Pues en vano contenían sus manos de crucificar al Señor de la majestad, contra quien lanzaban mortales dardos de palabras y venenosas flechas de vocablos. A vosotros, a vosotros, falsos judíos y príncipes sacrílegos del pueblo, recae todo el peso de este crimen: y aunque la enormidad del delito haya comprometido al gobernador y a los soldados, sin embargo, toda la suma del hecho os acusa. Y cualquier cosa que en el suplicio de Cristo haya pecado el juicio de Pilato o la obediencia de la cohorte, esto os hace más dignos del odio del género humano: porque por el impulso de vuestra furia ni siquiera a ellos les fue permitido ser inocentes, a quienes vuestra iniquidad no agradó.

CAP. IV.

Entregado, pues, el Señor a la voluntad de los que se ensañaban, para la burla de la dignidad real, fue ordenado a ser portador de su propio suplicio; para que se cumpliera lo que el profeta Isaías había previsto, diciendo: He aquí que ha nacido un niño, y se nos ha dado un hijo, cuyo imperio está sobre sus hombros (Is. IX, 16). Así, cuando el Señor llevaba el madero de la cruz, que convertiría en cetro de su poder, esto era, en verdad, un gran escarnio ante los ojos de los impíos, pero se manifestaba a los fieles un gran misterio: porque el victoriosísimo vencedor del diablo, y el más poderoso derrotador de las fuerzas enemigas, llevaba con hermosa apariencia el trofeo de su triunfo; y sobre los hombros de su invicta paciencia, introducía el signo de salvación, digno de adoración por todos los reinos; como si entonces, con la misma imagen de su obra, confirmara a todos sus imitadores y dijera: Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Mat. X, 38).

CAP. V.

Mientras las multitudes iban con Jesús al lugar del suplicio, fue encontrado un cierto Simón de Cirene, sobre quien se transfirió el madero de la cruz del Señor (Mateo XXVII, 32): para que incluso con tal hecho se presagiara la fe de los gentiles, para quienes la cruz de Cristo no sería confusión, sino gloria. No fue, por tanto, fortuito, sino figurado y místico, que mientras los judíos se ensañaban contra Cristo, un extranjero se encontrara para compadecerse de Él, como dice el Apóstol: Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él (Romanos VIII, 7): para que en el más sagrado oprobio del Salvador, no fuera un hebreo ni un israelita, sino un extranjero quien se sometiera. Pues a través de esta transferencia, de la circuncisión al prepucio, de los hijos carnales a los hijos espirituales, la propiciación del cordero inmaculado y la plenitud de todos los sacramentos pasaba. Ya que nuestra Pascua, como dice el Apóstol (I Corintios V, 7), Cristo ha sido inmolado: quien ofreciéndose a sí mismo como nuevo y verdadero sacrificio de reconciliación al Padre, no en el templo, cuya reverencia ya había terminado, ni dentro de los muros de la ciudad que por su crimen merecía ser destruida, sino fuera y fuera del campamento fue crucificado, para que, cesando el misterio de las antiguas

víctimas, la nueva ofrenda se colocara en un nuevo altar, y la cruz de Cristo no fuera el ara del templo, sino del mundo (Hebreos XIII, 11).

CAP. VI.

Exaltado, pues, amadísimos, por la Cruz a Cristo, no se presente a la vista de nuestra mente solamente aquella imagen que fue ante los ojos de los impíos, a quienes se dijo por Moisés: "Y tu vida estará pendiente delante de tus ojos, y temerás de día y de noche, y no creerás en tu vida" (Deut. XXVIII, 66). Porque ellos no pudieron pensar en el Señor crucificado más que en su propio crimen, teniendo un temor que no justifica la verdadera fe, sino que atormenta la conciencia iniqua. Pero nuestro entendimiento, iluminado por el Espíritu de verdad, reciba con corazón puro y libre la gloria de la Cruz que resplandece en el cielo y en la tierra, y con mirada interior vea qué significa lo que el Señor, al hablar de la inminencia de su pasión, dijo: "Ha llegado la hora para que sea glorificado el Hijo del hombre" (Juan XII, 23); y más adelante: "Ahora mi alma está turbada, ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Pero para esto he venido a esta hora. Padre, glorifica a tu Hijo" (Juan XII, 27); y cuando la voz del Padre vino del cielo diciendo: "Y lo he glorificado, y de nuevo lo glorificaré" (Ibid., 28): Jesús, respondiendo a los que estaban alrededor, dijo: "No por mí se ha hecho esta voz, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Ibid., 30).

CAP. VII.

¡Oh admirable poder de la Cruz! ¡Oh inefable gloria de la Pasión! en la cual están el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del crucificado. Porque has atraído, Señor, todo hacia ti, y cuando extendiste tus manos todo el día hacia un pueblo incrédulo y contradictor, el mundo entero recibió el sentido de confesar tu majestad (Is. LXV, 2; Rom. X, 21). Has atraído, Señor, todo hacia ti, cuando en la execración del crimen judío, todos los elementos pronunciaron una sola sentencia, cuando al oscurecerse las luces del cielo y al convertirse el día en noche, también la tierra se sacudió con movimientos inusitados, y toda la creación se negó al uso de los impíos. Has atraído, Señor, todo hacia ti, porque al rasgarse el velo del templo, los santos de los santos se apartaron de los indignos pontífices: para que la figura se convirtiera en verdad, la profecía en manifestación, y la ley en Evangelio. Has atraído, Señor, todo hacia ti, para que lo que en un solo templo de Judea se realizaba con significados velados, la devoción de todas las naciones en todas partes lo celebrara con un sacramento pleno y abierto. Ahora, en efecto, es más claro el orden de los levitas, más amplia la dignidad de los ancianos, y más sagrada la unción de los sacerdotes: porque tu cruz es la fuente de todas las bendiciones, la causa de todas las gracias: por la cual a los creyentes se les da virtud de la debilidad, gloria del oprobio, vida de la muerte. Ahora también, cesando la variedad de sacrificios carnales, una sola ofrenda de tu cuerpo y sangre llena todas las diferencias de las víctimas: porque tú eres el verdadero Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo (Juan I, 29); y así en ti se perfeccionan todos los misterios, de modo que así como hay un solo sacrificio por toda víctima, así haya un solo reino de toda nación.

CAP. VIII.

Confesamos, por tanto, amadísimos, lo que el bienaventurado maestro de las naciones, el apóstol Pablo, confesó con gloriosa voz, diciendo: Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores (I Tim. I, 15). De aquí que la misericordia de Dios hacia nosotros sea más admirable, ya que Cristo no murió por los

justos, ni por los santos, sino por los inicuos y los impíos (Rom. V, 6); y aunque la naturaleza de la deidad no podía recibir el aguijón de la muerte, sin embargo, al nacer de nosotros, asumió lo que podía ofrecer por nosotros. Pues antaño amenazaba a nuestra muerte con el poder de su muerte, diciendo por el profeta Oseas: Oh muerte, seré tu muerte, y seré tu mordedura, infierno (Oseas XIII, 14). Porque al morir, se sometió a las leyes del infierno, pero al resucitar, las disolvió: y así cortó la perpetuidad de la muerte, para hacerla de eterna, temporal. Pues así como todos mueren en Adán, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Hágase, pues, amadísimos, lo que dice el apóstol Pablo: Que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por todos (II Cor. V, 15); y puesto que lo viejo ha pasado, y todo se ha hecho nuevo, que nadie permanezca en la antigüedad de la vida carnal, sino que todos, progresando día a día, seamos renovados por el aumento de la piedad. Pues por más justificado que alguien esté, mientras esté en esta vida, tiene aún la posibilidad de ser más probado y mejor. Pero quien no progresa, retrocede; y quien no adquiere nada, algo pierde. Debemos, por tanto, correr con pasos de fe, con obras de misericordia, con amor a la justicia, para que celebrando espiritualmente el día de nuestra redención, no en el viejo fermento de malicia y maldad, sino en los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 8), merezcamos ser partícipes de la resurrección de Cristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

230 SERMO LX [Al. LVIII] De la Pasión del Señor IX.

SINOPSIS.

I. Los misterios de la nueva ley fueron anunciados en la antigua y narrados en el Evangelio.--II. Las fiestas pascales, que nos trajeron la verdadera redención, no deben celebrarse con tristeza.---III. Las figuras se cumplen en la muerte de Cristo, en la cual el diablo fue atrapado por su propia astucia.---IV. Cuán grande es la necesidad de evitar la avaricia a partir de la caída de Judas: Pedro, tambaleante por el miedo, se levantó por la caridad mediante la mirada interior de Cristo.

CAP. I.

El Sacramento, amadísimos, de la pasión del Señor dispuesto para la salvación del género humano desde antes de los tiempos eternos, y anunciado a través de muchas significaciones en todos los siglos pasados, no lo esperamos aún para ser manifestado, sino que ya lo adoramos cumplido. Concurriendo, pues, para nuestra instrucción tanto nuevos testimonios como antiguos, mientras lo que la trompeta profética cantó, la historia evangélica lo revela, y como está escrito: "Un abismo llama a otro abismo, con la voz de tus cataratas" (Salmo 42); ya que para narrar la gloria de la gracia de Dios, la profundidad de ambos Testamentos responde con voces semejantes; y lo que era profundo bajo el velo de las figuras, se hace claro con la luz revelada. Sin embargo, si entre aquellos milagros del Salvador, que se realizaban ante la vista de los pueblos, pocos percibían la presencia de la Verdad, y los mismos discípulos, turbados por la pasión voluntaria del Señor, no evitaron el escándalo de la cruz sin la tentación del temor; ¿de dónde nuestra fe tomaría entendimiento, de dónde la conciencia recibiría fortaleza, si no leyéramos como predicho lo que conocemos como hecho?

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, tras el triunfo del Salvador y consumadas las dispensaciones que todos los dichos del Antiguo Testamento anunciaron, que el judío carnal lamente, pero que el cristiano espiritual se regocije: y la festividad, que para ellos se convirtió en noche, para nosotros brille en luz; porque la cruz de Cristo es tanto la gloria de los creyentes como el castigo de los no creyentes. Aunque el furor de los perseguidores no haya logrado otra cosa en el Señor de la majestad que una crueldad atroz y un suplicio inmisericorde; para los redimidos por esta pasión del Señor hay una razón más verdadera y justa para alegrarse que para lamentarse. Fue entonces excusable el temor de los discípulos, y la tristeza apostólica no incurrió en culpa de desconfianza, cuando, concurriendo en un solo crimen los judíos y los príncipes de los judíos, la soberbia hinchazón de los toros gordos y la petulante insolencia de los becerros se desataba; cuando ante los ojos de las ovejas, la rabia de las bestias feroces reclamaba la sangre del justo pastor; cuando finalmente incluso Él mismo, que había venido a padecer, decía desde la comunión de nuestra naturaleza: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo 26, 38). Ahora, sin embargo, después de que por la asunción de la debilidad se ha glorificado el poder de la virtud, ninguna tristeza de los fieles debe oscurecer la solemnidad pascual; ni debemos recordar el orden de los hechos con tristeza, ya que el Señor usó así la malicia de los judíos, que de la intención del crimen, se cumplió la voluntad del misericordioso. Si en la salida de Israel de Egipto la sangre del cordero fue la restitución de la libertad, y se hizo una festividad sacratísima, que a través de la víctima del ganado apartara la ira del destructor; cuánta alegría deben concebir los pueblos cristianos, por quienes el Padre omnipotente no perdonó a su Hijo unigénito, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. 8, 32); para que en la muerte de Cristo, la Pascua fuera verdadera, y el sacrificio singular, por el cual no un solo pueblo es liberado del dominio del Faraón, sino que todo el mundo es rescatado de la cautividad del diablo.

CAP. III.

Por tanto, este es, amadísimos, el sacramento al que desde el principio han servido todos los misterios. Ahora la sangre del justo Abel proclama la muerte del supremo Pastor, y en el parricidio de los judíos se reconoce a Caín, el asesino de su hermano. Ahora el diluvio y el arca de Noé manifiestan qué significa la renovación en el bautismo y qué significa la salvación en la madera. Ahora Abraham, padre de las naciones, adquiere los herederos prometidos; y en su descendencia, no se bendice el germen de la carne, sino la propagación de la fe. Ahora, en la fiesta anunciada a todas las festividades, resplandece el sagrado mes nuevo, para que en el mismo en que el mundo recibió su comienzo, la creación cristiana tenga su principio. Aunque, por tanto, los judíos furiosos hicieron al Señor Jesús todo lo que quisieron, y la verdad del hombre asumido no fue retirada por el poder divino de sus audacias; sin embargo, la paciencia del Señor cumplió el don de su consejo, y la obstinación de la crueldad sacrílega contribuyó a la obra del Salvador: lo que no entendieron ni los escribas, ni los fariseos, ni los sumos sacerdotes: Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad. Ni siquiera el diablo entendió que al ensañarse con Cristo, destruiría su propio dominio, porque no perdería los derechos del antiguo engaño si se hubiera abstenido de la sangre del Señor Jesús. Pero la malicia ávida de hacer daño, al precipitarse, cayó; al capturar, fue capturada; al perseguir al mortal, se encontró con el Salvador. Encontró ciertamente en ese intento de imprudente audacia un cooperador digno y un compañero adecuado, cuando el impío Judas prefirió ser ministro del diablo que apóstol de Cristo, a quien no abandonó por perturbación del miedo, sino que lo traicionó por codicia de dinero.

CAP. IV.

Ved, amadísimos, y observad prudentemente qué brotes y qué frutos nacen de la raíz de la avaricia, que con razón el Apóstol definió como la raíz de todos los males (I Tim. VI, 10); porque ningún pecado se comete sin codicia, y todo apetito ilícito es una enfermedad de esta avidez. Al amor al dinero le es vil todo afecto, y el alma ávida de lucro no teme perecer incluso por poco; y no hay en ese corazón vestigio de justicia, en el que la avaricia se ha hecho morada. Este veneno embriagó al pérfido Judas, quien, sediento de lucro, llegó al lazo: y fue tan necio e impío que por treinta monedas de plata vendió al Señor y Maestro. Pero cuando el Hijo de Dios se ofreció para recibir el juicio de la iniquidad, el bienaventurado apóstol Pedro, cuya fe ardía con tal devoción que estaba preparado para sufrir con el Señor y morir con Él, aterrorizado por la calumnia de la criada del sacerdote, incurrió por debilidad en el peligro de la negación: por esto, como parece, se le permitió vacilar, para que en el príncipe de la Iglesia se estableciera el remedio de la penitencia; y nadie se atreviera a confiar en su propia virtud, cuando el peligro de la inconstancia ni siquiera el bienaventurado Pedro pudo evitar. Sin embargo, el Señor Jesús, que estaba retenido solo corporalmente dentro del consejo pontifical, vio con mirada divina la agitación del discípulo que estaba afuera; y tan pronto como lo miró, levantó su espíritu temeroso e incitó su corazón al llanto de penitencia. Felices, santo apóstol, tus lágrimas, que para lavar la culpa de la negación, tuvieron la virtud del sagrado bautismo. Pues estuvo presente la diestra del Señor Jesucristo, que te sostuvo cuando caías, antes de que fueras derribado, y recuperaste la firmeza de estar en el mismo peligro de caer. El Señor vio en ti no una fe vencida, no un amor apartado, sino una constancia turbada. Abundó el llanto, donde no faltó el afecto, y la fuente de la caridad lavó las palabras de temor: ni se tardó el remedio de la abolición, donde no hubo juicio de la voluntad. Así, rápidamente la roca volvió a su solidez, recibiendo tanta fortaleza, que lo que entonces temió en la pasión de Cristo, no lo temió después en su propio suplicio. Por Jesucristo nuestro Señor, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXI [Al. LIX]. Sobre la Pasión del Señor X.

SINOPSIS.

I. Cuán vanamente fue acusado Cristo de un reino pretendido.---II. Todo lo que hizo Cristo fue de poder divino, no de un rey terrenal.---III. Por qué Cristo contuvo las lágrimas de las mujeres.---IV. Cómo Cristo volvió los suplicios contra su enemigo.---V. Todas las criaturas condenan a los judíos que blasfemaron contra Cristo; y el velo rasgado demuestra que están privados de todos los sacramentos de la religión.

CAP. I.

Con muchos modos, amadísimos, la impiedad judía se esforzaba para encontrar alguna causa de perpetrar un crimen contra el Señor Jesús, y las mentiras que los falsos testigos, sirviendo a los injustos sacerdotes, habían presentado, no aportaban nada que fuera digno de muerte; encontraron esto como insuperable, para acusar al Señor del mundo de envidia por un reino pretendido. Y cuando Pilato, viendo que Jesús era acusado en vano, quería absolverlo, clamaron calumniosamente y con amenazas: Si sueltas a este, no eres amigo del César: porque todo el que se hace rey, contradice al César (Juan XIX, 12). Temerariamente, Pilato, temiste una acusación insensata. Pero el nombre de rey fue temible, como si por el imperio del César debiera ser oprimida la nueva tentativa de poder, si el consejo de dominio te reveló un aparato tiránico, si hubo provisión de armas, si se descubrió la congregación de riquezas, si se detectaron guarniciones de soldados. ¿Por qué permites que sea acusado de un poder

pretendido, cuya enseñanza especial fue la humildad? No contradijo las leyes romanas, pagó el censo, entregó el didracma, no prohibió los tributos, estableció que lo que es de Dios se dé a Dios, y lo que es del César al César; eligió la pobreza, aconsejó la obediencia, predicó la mansedumbre: esto es verdaderamente, no atacar al César, sino ayudarlo.

CAP. II.

Sin embargo, para que la objeción de los judíos no parezca completamente vacía, examina con más diligencia, presidente, qué se sabe de las obras del Señor Jesús, qué se ha comprobado de su poder. A los ciegos les dio la vista, a los sordos el oído, a los cojos el andar, a los mudos el habla; alejó las fiebres, resolvió los dolores, expulsó demonios, resucitó a los muertos, mandó al mar y a los vientos que se calmaran (Mat. VIII, 27). Estas cosas demuestran ciertamente a un gran rey, que no sobresale por poder humano, sino por virtud divina. Por tanto, que los judíos objeten este poder, cambien su acción, y expresen con la boca lo que guardan en el corazón. ¿Por qué calumnian sobre lo terrenal quienes persiguen lo celestial? Aunque Pilato sentía que era oneroso e ingrato que los judíos lo acusaran de negligencia en la amistad con César, sin embargo, intentó durante algún tiempo mitigar su furor: y por eso permitió o mandó que el Señor Jesús fuera sometido a diversas afrentas, para que la iniquidad satisfecha no siguiera ensañándose con las injurias al inocente. Pero la malicia pertinaz crecía con sus propios aumentos, y en quien había obtenido el derecho de burla, exigía también el de muerte. Por lo tanto, cuando los sumos sacerdotes, los príncipes de los judíos y toda la multitud clamaban con insistentes voces: ¡Crucifícalo, crucifícalo!, entregó a Jesús a la voluntad de sus perseguidores, liberando al ladrón Barrabás, para que, mientras en el día festivo mataban al autor de la vida, se les concediera impunidad al homicida.

CAP. III.

Por lo tanto, queridos, al ir al lugar de su glorificación el Señor, y saliendo la misericordia de las moradas de los impíos, para que se cumpliera lo que está escrito: Lejos de los pecadores está la salvación (Sal. CXVIII, 155), lo seguía una multitud de pueblo, y de mujeres que lloraban y se lamentaban por él (Luc. XXIII, 27). Pues es habitual que el sexo más débil, incluso por aquellos que son dignos de muerte, se conmueva hasta las lágrimas, y se compadezca del destino de los condenados, por la consideración de la naturaleza común. Pero el Señor Jesús se desdeña de que se le dedique este llanto, porque no convenía el luto al triunfo, ni los lamentos a la victoria. Finalmente, volviéndose hacia ellas, dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque vendrán días en los que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. ¿Dónde está la tristeza del que va a ser crucificado? ¿Dónde el temor del que va a morir? No aterra el ánimo del que va a sufrir la hora del suplicio, y enseñando que no hay razón para llorar por él, impone penitencia, anunciando venganza. No hay, dice, por qué dolerse por mí, hijas de Jerusalén; llorad por vosotras, y lamentaos por vuestros hijos. Este llanto debe derramarse sobre aquellos que tales hijos vuestros vientres han engendrado. Debéis llorar ciertamente, no por el Salvador de los creyentes, sino por la impiedad de los que perecen. Yo sufro la cruz voluntariamente, y acepto en mí la muerte que voy a destruir. No lloréis por la redención del mundo que muere, a quien veréis juzgando en la majestad del Padre.

CAP. IV.

Exaltado, por tanto, Cristo Jesús en el madero, revirtió la muerte en el autor de la muerte, y todos los principados y virtudes adversas, por la objeción de la carne pasible, los derrotó, permitiendo en sí mismo la audacia del antiguo enemigo, quien, al ensañarse con la naturaleza sujeta a él, incluso allí se atrevió a ser cobrador de una deuda, donde no pudo encontrar vestigio alguno de pecado. Fue anulado, por tanto, aquel documento general de nuestra venta y el letal manuscrito, y el pacto de cautividad pasó al derecho del Redentor. Aquellos clavos, que traspasaron las manos y los pies del Señor, fijaron al diablo con heridas perpetuas, y el sufrimiento de los miembros de los santos fue la destrucción de los poderes enemigos: así, al consumir Cristo su victoria, todos los que creyeran en él triunfaron en él y con él.

CAP. V.

Cuando, por tanto, el Señor, elevado en la cruz, ejecutaba la reconciliación del mundo desde una especie de cumbre de suplicio, y llamaba al ladrón convertido a la morada del paraíso; vosotros, príncipes de los judíos y doctores de la ley, ni compungidos por la impiedad de vuestra conciencia, ni mitigados por el efecto de vuestro crimen, añadíais a los clavos de la crucifixión las lanzas de vuestras lenguas, diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Mateo 27, 42). Pero a estas vuestras voces necias y blasfemas, todos los elementos responden, y el cielo, la tierra, el sol, las estrellas, con un solo juicio contra vosotros, protestan con terrible movimiento y con inusitado eclipse muestran al mundo las tinieblas de vuestra ceguera (Ibídem). Pero si para convencerlos no bastan ni las cosas celestiales ni las infernales, y la cruz de Cristo pudo más en las piedras y los sepulcros que en vuestros corazones; al menos, prestad atención a lo que ocurrió en el templo. El velo, cuya presencia cerraba el acceso al sanctasanctorum, se rasgó de arriba abajo, y aquel sagrado y místico secreto al que solo el sumo sacerdote tenía orden de entrar, fue abierto, de modo que ya no había distinción donde no quedaba santidad. Por tanto, debisteis reconocer que habíais sido rechazados, y que habíais perdido todo derecho al sacerdocio, porque era verdad lo que la Verdad os había dicho: "Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí" (Juan 5, 46). Con razón, pues, os condenan ambos Testamentos, quedando vacíos de gracia y privados de la ley, ya que os resistís a lo nuevo porque no creísteis en lo antiguo. Pero nosotros, amadísimos, que hemos sido liberados de las tinieblas de la ignorancia, hemos recibido la luz de la fe, y hemos entrado en la herencia del nuevo Testamento por la elección de la adopción, regocijémonos en la festividad que el Israel carnal perdió: porque Cristo, nuestro Pascua, ha sido inmolado (1 Corintios 5, 7); por cuya inefable gracia somos enriquecidos con la bendición de todos los carismas, y así somos trasladados de la antigüedad a la novedad, de modo que no solo somos restituidos a la morada del paraíso, sino que también somos preparados para la gloria del reino celestial, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXII [Al. LX]. Sobre la Pasión del Señor XI; pronunciado en domingo.

SINOPSIS.

I. Cuán grande es la debilidad del intelecto humano para contemplar los misterios.---II. La fe en la encarnación es enseñada a través del símbolo. La solidez de la fe de Pedro, por la cual fue constituido como la Roca fundamento de la Iglesia.---III. El diablo fue engañado por su propia malicia. La oración de Cristo por sus enemigos los llevó a la fe, predicando Pedro.---IV. Cristo murió por todos los impíos, Judas también podría haber conseguido el remedio, si

no se hubiera apresurado al lazo.---V. La muerte de Cristo es cruel en la mente de los judíos, en la virtud del que muere es admirable.

CAP. I.

La festividad de la Pasión del Señor, tan deseada por nosotros, amadísimos, y anhelada por todo el mundo, está cerca, y no nos permite guardar silencio en medio de las exultaciones de los gozos espirituales. Porque aunque es difícil hablar digna y adecuadamente sobre el mismo tema con frecuencia, no le es permitido al sacerdote omitir el deber de la palabra en tan gran sacramento de la misericordia divina a los oídos del pueblo fiel, ya que la misma materia, por ser inefable, otorga la facultad de hablar; y no puede faltar lo que se ha de decir, sobre lo cual nunca puede ser suficiente lo que se dice. Que la debilidad humana sucumba, pues, ante la gloria de Dios, y siempre se encuentre insuficiente al explicar las obras de su misericordia. Trabajemos con el entendimiento, quedemos perplejos con el ingenio, agotemos elocuencia: es bueno que nos parezca poco incluso lo que correctamente sentimos sobre la majestad del Señor. Porque, como dice el profeta: Buscad al Señor y fortaleceos, buscad siempre su rostro (Sal. 104, 4), nadie debe presumir de haber encontrado todo lo que busca, para que no deje de acercarse quien ha cesado de avanzar. Pero, ¿qué entre todas las obras de Dios, en las que se fatiga la intención de la admiración humana, deleita y supera tanto la contemplación de nuestra mente como la pasión del Salvador? De cuya omnipotencia, que es de la misma y única esencia con el Padre, cuanto más pensamos, más admirable nos parece en Dios la humildad que el poder; y es más difícil comprender la abnegación de la majestad divina que la exaltación de la forma servil. Pero nos ayuda mucho a la comprensión el hecho de que, aunque el Creador sea una cosa y la criatura otra, la Deidad inviolable una cosa y la carne pasible otra, sin embargo, en una sola persona concurre la propiedad de ambas naturalezas, de modo que tanto en las debilidades como en las virtudes, la afrenta es del mismo que la gloria.

CAP. II.

Esta regla de fe, amadísimos, que en el mismo inicio del Símbolo hemos recibido por la autoridad de la institución apostólica, a nuestro Señor Jesucristo, a quien decimos Hijo único de Dios Padre omnipotente, también confesamos que nació del Espíritu Santo de María virgen; ni nos apartamos de su misma majestad, cuando creemos que fue crucificado y muerto, y al tercer día resucitado. Pues todo lo que es de Dios y lo que es del hombre, tanto la humanidad como la divinidad lo cumplieron: de modo que, mientras el impassible está en el pasible, ni la virtud puede ser afectada por la debilidad, ni la debilidad puede ser superada por la virtud. Con razón el bienaventurado apóstol Pedro fue alabado en la confesión de esta unidad: quien, cuando el Señor indagaba qué entendían de él los discípulos, adelantándose rápidamente a las palabras de todos, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Lo cual ciertamente no lo vio por revelación de carne ni de sangre, cuyo obstáculo podría impedir los ojos interiores, sino por el mismo Espíritu del Padre operando en el corazón del creyente, para que preparado para el gobierno de toda la Iglesia, primero aprendiera lo que enseñaría, y por la solidez de la fe que iba a predicar, escuchara: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mat. XVI, 16). La fortaleza de la fe cristiana, que no teme a las puertas de la muerte construida sobre la roca inexpugnable, confiesa a un solo Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; creyendo que es el mismo hijo de la Virgen, que es autor de la madre; el mismo nacido al final de los siglos, que es creador de los tiempos; el mismo Señor de todas las virtudes, y uno de la estirpe de los mortales; el mismo sin conocer pecado, y en semejanza de carne de pecado inmolado por los pecadores.

CAP. III.

Quien, para liberar al género humano de las cadenas de la transgresión mortal, ocultó al furioso diablo el poder de su majestad y presentó la debilidad de nuestra humildad. Pues si el cruel y soberbio enemigo hubiera podido conocer el plan de la misericordia de Dios, habría preferido moderar con mansedumbre los ánimos de los judíos, en lugar de incitarlos con odios injustos; para no perder la servidumbre de todos los cautivos, mientras persigue la libertad de quien no le debía nada. Así, su propia maldad lo engañó: infligió al Hijo de Dios un suplicio que se convertiría en remedio para todos los hijos de los hombres. Derramó sangre justa, que al reconciliar al mundo, fue tanto precio como cáliz. El Señor aceptó lo que, según el propósito de su voluntad, eligió. Permitió que manos impías de furiosos lo tocaran, las cuales, al cometer su propio crimen, sirvieron al Redentor. Tal era incluso el afecto de piedad hacia sus asesinos, que desde la cruz, suplicando al Padre, no pidió ser vengado, sino que se les perdonara, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). De la potencia de esta oración fue que la predicación del apóstol Pedro convirtió los corazones de muchos de aquellos que dijeron: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25), y en un solo día casi tres mil judíos fueron bautizados (Hech. II, 41); y se hizo un solo corazón y una sola alma de todos (Ibid. IV, 32), ya preparados para morir por aquel a quien habían pedido crucificar.

CAP. IV.

A esta indulgencia no pudo llegar el traidor Judas: pues siendo hijo de perdición, con el diablo a su derecha (Sal. CVIII), cayó en la desesperación antes de que Cristo cumpliera el sacramento de la redención general. Porque, muerto el Señor por todos los impíos, quizás también él hubiera podido obtener remedio, si no se hubiera apresurado al lazo. Pero en su corazón maligno, dedicado ahora a las artimañas del robo, ahora ocupado en tratos parricidas, nunca se asentaron las enseñanzas de misericordia del Salvador. Había escuchado con oídos impíos las palabras del Señor que decían: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 13); y: El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. V, 32); pero no había comprendido la clemencia de Cristo, quien no solo curaba las enfermedades corporales, sino que también sanaba las heridas de las almas débiles, diciendo al paralítico: Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados (Mat. IX, 3); y diciendo a la adúltera que le fue presentada: Ni yo te condeno, vete y no peques más (Juan VIII, 11); para mostrar con todas sus obras que en su venida había llegado como salvador del mundo, no como juez. Alejado de este entendimiento, el impío traidor se levantó contra sí mismo, no con el juicio del penitente, sino con la furia del que perece: de modo que, habiendo vendido al autor de la vida a los asesinos, también pecara al morir, aumentando así su condenación.

CAP. V.

Lo que, por tanto, los falsos testigos, los príncipes crueles, los sacerdotes impíos hicieron contra el Señor Jesucristo con el ministerio de un gobernador cobarde y el servicio de una cohorte inexperta, fue tanto detestable para todos los siglos como digno de ser abrazado. Pues la cruz del Señor, así como en la mente de los judíos era cruel, así es en la virtud del Crucificado admirable. El pueblo se enfurece contra uno, y Cristo se compadece de todos. Lo que se inflige con crueldad, se recibe con voluntad: para que la licencia del crimen cumpla la obra eterna de la voluntad. Por lo tanto, todo el orden de los hechos, que la narración

evangélica recorre plenamente, debe ser recibido por los fieles con oído atento, de modo que, manteniendo la fe en las acciones que se cumplieron en el tiempo de la pasión del Señor, entendamos no solo que en Cristo se completó la remisión de los pecados, sino que también se propuso la forma de la justicia. Sin embargo, para que esto se discuta con más diligencia, con la ayuda del Señor, esta parte del sermón se reservará para el miércoles. Esperamos que la gracia de Dios esté presente, la cual nos permita cumplir lo prometido con sus oraciones: por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos. Amén.

ADVERTENCIA PARA LOS TRES SERMONES SIGUIENTES.

Después del sermón antecedente, se encontraba perturbado en las ediciones, así como en no pocos manuscritos, el orden de algunos sermones subsiguientes, que por lo tanto tuvimos que modificar completamente. Al sermón antecedente se le añadía el sermón que comienza con "Omnia quidem tempora". Al final del sermón antecedente se promete otro sermón que se dará el miércoles, en el cual San León promete hablar de tal manera que, manteniendo la fe en las acciones que se cumplieron en el tiempo de la Pasión del Señor, entendamos no solo la remisión de los pecados completada en Cristo (lo que había establecido en ese sermón), sino también que se propone una forma de justicia; lo cual remite a ser expuesto el miércoles. Sin embargo, no se menciona nada de esto en el sermón "Omnia quidem tempora" en las ediciones sujetas; incluso en él se promete otro sermón que se dará igualmente el miércoles, el cual indicaremos más adelante. Pero en el sermón siguiente, "Gloria, dilectissimi", cap. 1, se hace mención de la promesa y se añade: "La Pasión del Señor nos redimió a todos y nos enseñó, para que de donde se dio el precio, de allí también se tomara la justicia". Y en el cap. 3: "Y estableció el sacramento y el ejemplo, para que uno lo aprehendieran renaciendo, y el otro lo siguieran imitando", lo cual se refiere a la forma de justicia propuesta. Este sermón, por lo tanto, como parte del sermón anterior reservado para el miércoles, no debía ser separado. Después de este, daremos el sermón "Omnia quidem tempora", pronunciado el domingo contra los eutiquianos; al final del cual se dice que se añadirá otro sermón sobre el mismo tema el miércoles, y como no se encontraba inmediatamente sujeto en las ediciones, lo añadimos nosotros. Descubrimos que este sermón es aquel que comienza: "Sermonem, dilectissimi, de gloriosa Domini nostri Jesu Christi passione promissum"; donde el Santo Pontífice también diserta sobre el error de Eutiques. En verdad, estos dos sermones deben considerarse como uno solo debido a su continuidad, como se evidencia en las epístolas 124 y 165, en las cuales, después de que San León describe casi íntegramente los últimos capítulos 3 y 4 del sermón que comienza con "Omnia quidem tempora", inmediatamente añade un fragmento del primer capítulo de otro sermón que comienza con "Sermonem, dilectissimi"; de donde uno es parte del otro. Todo esto lo confirma el orden que se encuentra en dos antiguos manuscritos leccionarios de la basílica de San Pedro, núms. 105 y 107, donde entre los sermones de la Pasión, después del sermón "Desiderata nobis", se añade: "Gloria, dilectissimi"; luego: "Omnia quidem tempora"; y después, "Sermonem, dilectissimi, de gloriosa", etc. El mismo orden se exhibe también en otros tres códices de una colección destacada.

243 SERMO LXIII. Sobre la Pasión del Señor XII; pronunciado el miércoles.

SINOPSIS.

I. No solo por su propia potencia luchó Cristo, sino desde nuestra humildad, para que se preservara la justicia. --- II. Todo lo que tenemos cumplido, los antiguos lo tuvieron en

sombra; y hay una sola fe y esperanza para todos. --- III. La unión de Cristo con ambos cuerpos suyos, el natural y el místico, es inseparable. --- IV. Esto es lo que más debe esforzarse un cristiano, imitar a su cabeza. --- V. Solo los preceptos ceremoniales han sido cambiados; pero la gracia ha sido dada para los morales. --- VI. Cristo se engendra innumerables hijos por el bautismo, en el cual resplandece la imagen de la muerte y resurrección. --- VII. Todo el mérito del cristiano es la gloria de Cristo; quien a los que alimenta con su carne, también los mueve y gobierna con su espíritu.

CAP. I.

Gloria, amadísimos, de la pasión del Señor, de la cual también hoy prometimos hablar, es sobre todo admirable por el misterio de la humildad; que a todos nosotros nos redimió y nos enseñó: para que de donde se dio el precio, de allí también se tomara la justicia. Porque la omnipotencia del Hijo de Dios, por la cual es igual al Padre en la misma esencia, podría haber liberado al género humano del dominio del diablo solo con el imperio de su voluntad, si no hubiera sido más adecuado a las obras divinas que la adversidad de la malicia hostil fuera vencida por aquello que había vencido, y que por la misma naturaleza se restaurara la libertad natural, por la cual había sido impuesta la cautividad general. Diciendo el evangelista que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14); y diciendo el Apóstol que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. 5, 19): se mostró que el Unigénito del supremo Padre inició tal unión con la humildad humana, que al asumir la sustancia de nuestra carne y alma, permaneciera siendo uno y el mismo Hijo de Dios, aumentando lo nuestro, no lo propio: porque era la debilidad la que debía ser elevada, no la virtud: para que cuando la criatura estuviera unida a su Creador, nada divino faltara a lo asumido, nada humano faltara a quien asumía.

CAP. II.

Este plan de misericordia y justicia de Dios, aunque en siglos pasados estuvo cubierto por ciertos velos, no estuvo tan oculto que se negara al entendimiento de los santos, quienes desde el principio hasta la venida del Señor fueron loables: pues tanto con palabras proféticas como con significados de hechos, se prometió la salvación que había de venir en Cristo: la cual no solo alcanzaron quienes la predicaban, sino también todos los que creyeron en los predicadores. Una sola fe justifica a los santos de todos los tiempos, y a la misma esperanza de los fieles pertenece todo lo que, por medio del mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo (I Tim. II, 5), o confesamos que ha sido hecho, o nuestros padres adoraron que se haría. No hay distinción alguna entre judíos y gentiles. Pues, como dice el Apóstol, la circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada, sino la observancia de los mandamientos de Dios (Rom. II, 25; I Cor. VII, 19); que si se guardan con integridad de fe, hacen verdaderos hijos de Abraham, es decir, cristianos perfectos, como dice el mismo Apóstol: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido. No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer. Porque todos vosotros sois uno en Cristo. Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gál. III, 27-29).

CAP. III.

No hay duda, amadísimos, de que la naturaleza humana ha sido asumida por el Hijo de Dios en una conexión tan íntima, que no solo en aquel hombre que es el primogénito de toda la creación (Colosenses 1, 18), sino también en todos sus santos, Cristo es uno y el mismo; y así

como la cabeza no puede ser separada de los miembros, tampoco los miembros pueden ser separados de la cabeza. Pues aunque no es de esta vida, sino de la eterna, que Dios sea todo en todos (1 Corintios 15, 28); sin embargo, incluso ahora es el habitante indiviso de su templo, que es la Iglesia (Colosenses 1, 18), según lo que él mismo prometió, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo 28, 20). A lo cual el Apóstol, en consonancia, dice: Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la primacía, porque en él complació que habitara toda la plenitud, y por él reconciliar todas las cosas en él (Colosenses 1, 18-20).

245 CAP. IV.

Con estos y muchos otros testimonios, ¿qué se insinúa en nuestros corazones, sino que debemos renovarnos en todo a la imagen de aquel que, permaneciendo en la forma de Dios, se dignó a tomar la forma de carne de pecado (Filip. II, 6)? Pues asumió todas nuestras debilidades, que provienen del pecado, sin participar en el pecado, para no carecer de las afecciones de hambre y sed, sueño y cansancio, tristeza y llanto, y sufrir dolores muy agudos hasta los extremos de la muerte: porque nadie podría ser liberado de las ataduras de la mortalidad, si aquel, en quien solo era inocente la naturaleza de todos, no permitiera ser asesinado por manos de impíos. Por lo cual, nuestro Salvador, el Hijo de Dios, instituyó para todos los que creen en Él, tanto un sacramento como un ejemplo: para que uno lo alcanzaran renaciendo, y el otro lo siguieran imitando. Esto es lo que enseña el bienaventurado apóstol Pedro, diciendo: Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas. Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Cuando era ultrajado, no respondía con ultrajes; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba al que juzga injustamente. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia (I Pedro II, 21-24).

CAP. V.

Así pues, queridos hermanos, así como no hay entre los creyentes nadie a quien se le deban negar los dones de la gracia, tampoco hay nadie que no sea deudor de la disciplina cristiana: porque aunque se ha apartado la severidad de la ley mística, ha crecido la utilidad de la observancia voluntaria, como dice el evangelista Juan: Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1, 17). Pues todo lo que según la ley, ya sea en la circuncisión de la carne, en las diversidades de las ofrendas, o en la observancia del sábado, precedió, dio testimonio de Cristo y anunció la gracia de Cristo. Y Él es el fin de la ley (Rom. 10, 4), no anulando sus significados, sino cumpliéndolos. Aunque Él es el mismo autor de lo antiguo y de lo nuevo, cambió los sacramentos de las promesas figuradas, porque cumplió las promesas: e impuso el cese a las proclamaciones, porque el proclamado ha llegado. En cuanto a los preceptos morales, no se ha reprobado ningún decreto del Antiguo Testamento, sino que muchos han sido aumentados por la enseñanza evangélica: para que fueran más perfectos y claros, otorgando la salvación más que prometiendo al Salvador.

CAP. VI.

Por tanto, todo lo que el Hijo de Dios hizo y enseñó para la reconciliación del mundo, no lo conocemos solo como acciones pasadas en la historia, sino que también lo sentimos en la fuerza de las obras presentes. Él es quien, nacido de la Virgen Madre por el Espíritu Santo,

fecunda a su Iglesia inmaculada con la misma inspiración, para que por el parto del bautismo se engendre una multitud innumerable de hijos de Dios, de los cuales se dice: "Que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1, 13). Él es en quien la descendencia de Abraham es bendecida por la adopción de todo el mundo; y el patriarca se convierte en padre de las naciones (Génesis 22, 18), mientras los hijos de la promesa nacen por la fe, no por la carne. Él es quien, sin hacer excepción de ninguna nación, de toda nación bajo el cielo forma un solo rebaño de ovejas santas, y diariamente cumple lo que prometió, diciendo: "Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas debo traer, y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor" (Juan 10, 16). Aunque principalmente le dice al bienaventurado Pedro, "Apacienta mis ovejas" (Juan 21, 17), sin embargo, es el mismo Señor quien cuida de todos los pastores, y alimenta a los que vienen a la roca con pastos tan alegres y tan bien regados, que las innumerables ovejas, fortalecidas con la abundancia del amor, no dudan en morir por el nombre del pastor, así como el buen pastor se dignó poner su vida por sus ovejas (Juan 10, 15). Él es a quien no solo la gloriosa fortaleza de los mártires, sino también la fe de todos los renacidos acompaña en la misma regeneración. Pues al renunciar al diablo y creer en Dios, al pasar de la antigüedad a la novedad, al despojarse de la imagen del hombre terrenal y asumir la forma celestial, interviene una especie de muerte y una semejanza de resurrección, de modo que, acogido por Cristo y acogiendo a Cristo, no sea el mismo después del baño que antes del bautismo, sino que el cuerpo del regenerado se convierta en la carne del Crucificado.

CAP. VII.

Este cambio, amadísimos, es obra de la diestra del Altísimo (Sal. LXVII, 21), quien opera todo en todos (I Cor. XII, 6): para que en cada uno de los fieles, a través de la calidad de una buena conversación, entendamos al mismo autor de las obras piadosas; dando gracias a la misericordia de Dios, quien con innumerables dones de carismas adorna así todo el cuerpo de la Iglesia, que a través de muchos rayos de una sola luz aparece el mismo esplendor en todas partes, y no puede ser sino la gloria de Cristo, el mérito de cualquier cristiano. Esta es la verdadera luz, que justifica e ilumina a todo hombre. Esta es la que nos saca del poder de las tinieblas y nos traslada al reino del Hijo de Dios (Col. I, 13). Esta es la que, a través de la novedad de vida, promueve los deseos del alma y extingue las concupiscencias de la carne. Esta es con la que se celebra legítimamente la Pascua del Señor con los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 8): mientras, desechada la levadura de la antigua malicia, la nueva criatura se embriaga y se alimenta del mismo Señor. Pues la participación del cuerpo y sangre de Cristo no tiene otro efecto que el de transformarnos en aquello que recibimos: y en lo que hemos muerto, sido sepultados y resucitados con Él, lo llevamos en todo, tanto en espíritu como en carne, como dice el Apóstol: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros seréis manifestados con Él en gloria (Col. III, 3): quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXIV [Al. LXI]. Sobre la Pasión del Señor XIII; pronunciado el domingo.

SINOPSIS.

I. Debe contemplarse atentamente la pasión del Señor, cuya fe depende de la fe en la encarnación. ---II. ¿Por qué el Hijo, que es igual al Padre y el único sin pecado, se encarnó, y no otra persona? ---III. ¿Cuánto valen la muerte y el sacrificio de Cristo en la Cruz? ---IV.

Ambas naturalezas, conservando sus propiedades en Cristo, tienen sus partes en los misterios de manera diversa.

CAP. I.

En verdad, todos los tiempos, amadísimos, ejercitan las almas de los cristianos con el sacramento de la pasión y resurrección del Señor, y no hay oficio de nuestra religión en el que no se celebre tanto la reconciliación del mundo como la asunción de la naturaleza humana en Cristo. Pero ahora es necesario que toda la Iglesia sea instruida con mayor inteligencia y encendida con una esperanza más ferviente, cuando la dignidad misma de los hechos se expresa así en el ciclo de los días sagrados y en las páginas de la verdad evangélica, de modo que la Pascua del Señor no debe ser solo recordada como un evento pasado, sino honrada como presente. Por lo tanto, en nada debe desviarse nuestra fe de lo que concierne a la cruz de Jesucristo, y no debemos recibir con oído indiferente nada de lo que se narra en el Evangelio: para que, dado que no faltaron ni faltan quienes impugnan la verdad de la encarnación del Señor, y que el Verbo se hizo carne en el vientre de la Virgen María (Juan 1, 14), que el niño nacido progresó a través de los incrementos corporales hasta la edad de plena virilidad, y que crucificado, muerto y sepultado, resucitó al tercer día en la forma de nuestra imagen, pero no en la naturaleza de nuestra carne: nosotros, sin apartarnos en absoluto de los testimonios evangélicos y apostólicos, seamos fortalecidos por su comprensión, de aquellos cuyos certísimos experimentos nos han enseñado: para que podamos decir piadosa y constantemente que en ellos hemos sido instruidos, y lo que vieron, vimos, y lo que aprendieron, aprendimos, y lo que tocaron, palpamos (1 Juan 1, 1); y por eso no nos turbamos en la pasión del Señor, porque no somos engañados en su generación.

CAP. II.

Sabemos, amados, y confesamos de todo corazón que la Deidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una, y que la esencia de la sempiterna Trinidad es consustancial, no dividida en sí misma, ni diversa en ningún aspecto, porque es simultáneamente intemporal, inmutable y lo que es, no deja de ser. En esta inefable unidad de la Trinidad, cuyas obras y juicios son comunes en todo, la persona del Hijo asumió propiamente la reparación del género humano: para que, siendo Él mismo por quien todas las cosas fueron hechas, y sin quien nada fue hecho (Juan 1, 3), y quien animó al hombre formado del barro de la tierra con el aliento de vida racional, restaurara nuestra naturaleza, caída desde la cima de la eternidad, a la dignidad perdida, y de quien era creador, fuera también reformador: dirigiendo así su plan hacia el efecto, para que al destruir el dominio del diablo, usara más la justicia de la razón que el poder de la virtud. Porque, por tanto, toda la posteridad del primer hombre había caído herida por una sola herida, y ningún mérito de los santos podía superar la condición de la muerte infligida, vino del cielo el médico singular, anunciado en muchas ocasiones y prometido por la profecía durante mucho tiempo, quien permaneciendo en la forma de Dios, y sin perder nada de su propia majestad, naciera en la naturaleza de nuestra carne y alma, sin el contagio de la antigua transgresión. Pues solo el Hijo nacido de la bienaventurada Virgen nació sin pecado, no ajeno al género humano, sino libre de crimen (en quien, a imagen y semejanza de Dios, fue creada la perfecta inocencia y la verdadera naturaleza), siendo de la descendencia de Adán, uno en quien el diablo no tenía nada que pudiera llamar suyo. Quien, mientras se ensañaba con aquel a quien no tenía bajo la ley del pecado, perdió el derecho de su impía dominación.

CAP. III.

La efusión de la sangre del justo por los injustos fue tan poderosa para el privilegio, tan rica para el precio, que si todo el universo de cautivos creyera en su Redentor, ninguna cadena tiránica los retendría. Porque, como dice el Apóstol, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. XV, 20). Y cuando, nacidos bajo el prejuicio del pecado, recibieron el poder de renacer a la justicia, el don de la libertad fue más fuerte que la deuda de la servidumbre. ¿Qué esperanza, pues, se dejan a sí mismos en el amparo de este sacramento, quienes niegan la verdad de la sustancia humana en el cuerpo de nuestro Salvador? Que digan con qué sacrificio fueron reconciliados, con qué sangre fueron redimidos. ¿Quién es el que se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad (Ephes. V, 2)? ¿O qué sacrificio fue jamás más sagrado que el que el verdadero Pontífice impuso en el altar de la cruz mediante la inmolación de su carne? Pues aunque ante el Señor la muerte de muchos santos fue preciosa (Ps. CXV, 15), sin embargo, la muerte de ningún inocente fue la propiciación del mundo. Los justos recibieron coronas, no las dieron; y de la fortaleza de los fieles nacieron ejemplos de paciencia, no dones de justicia. En efecto, las muertes fueron singulares en cada uno, y nadie pagó la deuda de otro con su fin, ya que entre los hijos de los hombres solo nuestro Señor Jesús existió, en quien todos fueron crucificados, todos muertos, todos sepultados, todos también resucitados; de los cuales él mismo decía: Cuando sea exaltado, atraeré a todos hacia mí (Joan. XII, 32). Porque la verdadera fe que justifica a los impíos y crea justos, llevándolos a participar de su naturaleza, adquiere la salvación en aquel en quien solo el hombre se encuentra inocente; y porque hay un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), por la comunión de su género llega a la paz de la deidad, teniendo la libertad de gloriarse en su poder, quien, enfrentándose al enemigo soberbio en la debilidad de nuestra carne, otorgó su victoria a aquellos en cuyo cuerpo triunfó.

CAP. IV.

Por tanto, en un solo Señor nuestro Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y hombre, confesamos la naturaleza divina del Padre y la sustancia humana de la madre, aunque la persona del Verbo de Dios y de la carne sea una sola, y ambas esencias compartan acciones comunes, deben entenderse las cualidades de sus obras, y con la contemplación de una fe sincera debe discernirse a qué se eleva la humildad de la debilidad y a qué se inclina la altura de la virtud; qué es lo que la carne no hace sin el Verbo, y qué es lo que el Verbo no realiza sin la carne. Sin la potencia del Verbo, la Virgen no concebiría ni daría a luz, y sin la verdad de la carne, la infancia envuelta en pañales no yacería (Mat. II, 11). Sin la potencia del Verbo, los magos no adorarían al niño revelado por una nueva estrella, y sin la verdad de la carne, no se ordenaría trasladar al niño a Egipto, a quien Herodes deseaba matar (Ibid., 20). Sin la potencia del Verbo, no diría la voz del Padre enviada desde el cielo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17; Luc. III, 22), y sin la verdad de la carne, Juan no proclamaría: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Sin la potencia del Verbo, no se realizaría la restauración de los débiles y la vivificación de los muertos, y sin la verdad de la carne, ni el alimento sería necesario para el ayuno, ni el sueño para el fatigado. Finalmente, sin la potencia del Verbo, el Señor no se proclamaría igual al Padre (Juan X, 30), y sin la verdad de la carne, no diría que el Padre es mayor que él (Juan XIV, 28): ya que la fe católica acepta y defiende ambos, que según la propiedad de la sustancia divina y humana, cree en un solo Hijo de Dios y hombre y Verbo. Hay muchas cosas, amadísimas, que podríamos tomar del cuerpo entero de las Escrituras para la exposición de esta fe que predicamos, porque nada se recomienda más frecuentemente en los divinos discursos que el Hijo de Dios, eterno según la Deidad del Padre, y el mismo temporal

según la carne de la madre. Pero para no fatigar el oído de vuestra caridad, debe ponerse un límite al sermón de hoy, para que guardemos lo que se ha de añadir el cuarto día de la semana, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXV [Al. LXIV]. De la Pasión del Señor XIV; pronunciado el miércoles.

SINOPSIS.

I. Los eutiquianos, al no reconocer la verdadera carne en Cristo, creen que o bien era un hombre falso o que Dios era pasible. --- II. Cristo contenía el poder de la Deidad, para salvar y fortalecer mediante el sufrimiento. --- III. La pasión de Cristo fue verdadera; los judíos niegan que fuera Dios, los eutiquianos que fuera hombre. --- IV. Todos los misterios de Cristo prueban la verdadera carne en Cristo, sin la cual no hay primicias de los que duermen. --- V. A menos que la carne de Cristo sea verdadera, la Divinidad no puede habitar corporalmente en él.

CAP. I.

Entiendo que el sermón prometido, amadísimos, sobre la gloriosa pasión de nuestro Señor Jesucristo debe ser entregado a vuestras expectativas de tal manera que sirva tanto al deber de disertar como a la festividad pascual, y que también enfrente los atrevimientos del error impío. Pues aquellos que niegan que el Hijo de Dios asumió la verdadera naturaleza de nuestra carne son enemigos de la fe cristiana y atacan la predicación evangélica con demasiada impudencia: según ellos, la cruz de Cristo habría sido una simulación de un fantasma o un suplicio de la Deidad. Esto debe ser rechazado de los corazones de los piadosos, porque la integridad católica no puede tener ni mancha de perfidia ni arruga de mentira; confiesa a un solo Cristo, tanto Dios como hombre, de tal manera que no dice que fue un hombre falso ni que Dios fue pasible. Aunque desde aquel principio, cuando en el vientre de la Virgen el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), nunca ha existido división alguna entre la sustancia divina y la humana, y a través de todos los incrementos corporales las acciones de todo el tiempo han sido de una sola persona, sin embargo, no confundimos con ninguna mezcla aquellas cosas que inseparablemente se hicieron: sino que discernimos la cualidad de las obras para saber de qué naturaleza son; pues lo divino no prejuzga lo humano, ni lo humano lo divino, ya que ambas concurren de tal manera en lo mismo que en ellas ni se absorbe la propiedad ni se duplica la persona.

CAP. II.

Habiendo recorrido, por tanto, lo que precedió a la pasión del Señor, tratemos de lo que el sacramento pascual tiene de enseñanza. Pues, al encenderse la furia de los judíos para llevar a cabo su crimen, cuando Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo (II Cor. V, 19), ninguna fuerza podría haber sido infligida al templo de su cuerpo, a menos que Él lo permitiera. En efecto, aquella terrible cohorte de soldados, y la multitud enviada por los príncipes y fariseos con espadas y palos, fue tan sobrecogida por una sola palabra del Señor, que cuando las turbas dijeron que buscaban a Jesús el Nazareno, y Él respondió, "Yo soy" (Juan XVIII, 3); ninguno de ellos pudo mantenerse en pie, sino que todos, al perder el control de sus miembros, retrocedieron y cayeron derribados. En esto, ciertamente, había un indicio del poder divino, que derribaba los intentos de los impíos, no con armas contrarias, ni con la ayuda de ninguna criatura poderosa, sino solo con la fuerza de la palabra. Pero como para

salvar al género humano convenía otro tipo de obra, y la sangre de Cristo no podría ser el precio de los creyentes si el Redentor no se dejara apresar, permitió que manos impías lo tomaran, y se contuvo el poder de la Deidad, para que se llegara a la gloria de la pasión. Cuyo aspecto, ciertamente, habría sido vano, y la imagen de la tolerancia no habría sido útil para nadie, si la verdadera Divinidad no se hubiera revestido de los verdaderos sentidos de la carne humana: para que el único Hijo de Dios y del hombre, por un lado intachable, por otro pasible, renovara nuestra mortalidad por su inmortalidad. Y por eso no carecía de tristeza, ni de temor, para que al vencer tales perturbaciones, no solo nos fortaleciera con el sacramento de la aceptación, sino también con el ejemplo de fortaleza. Pues su exhortación a la paciencia parecería injusta, si no tuviera ninguna comunión con nuestra debilidad.

CAP. III.

Las verdaderas pasiones del Señor las predice el profeta Isaías con su propia voz, diciendo: "Ofrecí mi espalda a los golpes, y mis mejillas a las bofetadas; no aparté mi rostro de la vergüenza de los escupitajos" (Isaías 50, 6). Lo que el Verbo hecho carne sufría, no era un castigo del Verbo, sino de la carne; cuyas injurias y tormentos también redundaban en el impasible, de modo que con razón se le atribuyen a Él, ya que fueron infligidos en su cuerpo, como dice el Apóstol: "Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria" (1 Corintios 2, 8). Los judíos, cegados por su malicia, no sabían en qué crimen habían incurrido. Por eso, el misericordioso Señor Jesús, que incluso deseaba salvar a sus asesinos con su muerte, suplicaba desde lo alto de la cruz por la ignorancia de los que lo atormentaban, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34). Ni con el entendimiento del corazón, ni con el oído, ni con la vista percibían a quien habían acusado con falsos testimonios, a quien habían obligado a ser clavado en el madero, ya que en el cuerpo del hombre no reconocían la sustancia de la Deidad. Vieron al humilde, y no adoraron al autor del universo, ni comprendieron el poder del que juzgaría, despreciando la mansedumbre del juzgado: de modo que una misma impiedad uniera a los perseguidores del verdadero Dios y a los negadores del verdadero hombre: mientras los judíos consideraban en Cristo solo la forma de siervo, y los herejes afirmaban que era falsa.

CAP. IV.

Digan, pues, estos cristianos fantasmáticos, qué sustancia del Salvador fue clavada en el madero, cuál yació en el sepulcro, y al rodar la piedra del monumento, qué carne resucitó al tercer día, o qué cuerpo presentó Jesús a la vista de los discípulos, cuando entró a ellos con las puertas cerradas (Juan 20, 19), ya que para disipar la incredulidad de los que lo veían, exigió ser examinado con los ojos y tocado con los dedos, mostrando aún las marcas de los clavos y la reciente herida del costado perforado (Lucas 24, 39). Y si en tanta luz de verdad la obstinación herética no abandona sus tinieblas, que muestren de dónde se prometen la esperanza de la vida eterna, de dónde creen ser partícipes de la resurrección de Cristo. Pues no pueden decir con el Apóstol: Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que durmieron (I Cor. 15, 20), porque no son primicias de los hombres, si no son de la estirpe de la naturaleza humana. Porque quien primero resucitó de entre los hombres, es parte de esa plenitud que lo precedió: y se cree piadosamente que lo que comenzó en la cabeza, también se completará en los miembros: Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (Ibid., 22).

CAP. V.

Abrazando, por tanto, amadísimos, la única prenda de la esperanza cristiana, no nos separemos del cuerpo de Cristo: en quien habita, como dice el Apóstol, toda la plenitud de la Divinidad corporalmente; y estáis en él llenos (Colosenses II, 9, 10). Pues siendo incorpórea la sustancia de Dios, ¿cómo habita corporalmente en Cristo, sino porque la carne de nuestra raza se ha hecho carne de la Deidad; y en él estamos llenos de Dios, en quien fuimos crucificados, en quien fuimos sepultados, en quien también hemos resucitado; para que podamos decir con el Apóstol: Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación para que sea conforme al cuerpo de su gloria (Filipenses III, 20, 21), viviendo y reinando con el Padre y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXVI [Al. LXII]. Sobre la Pasión del Señor XV.

SINOPSIS.I.

La gracia de la reparación es gratuita: no debía esperarse de nadie más que de Cristo, quien, siendo el único inocente, justificó a los que creían en Él, incluso en el Antiguo Testamento.--- II. Los mismos misterios en ambos Testamentos; en uno velados, en el otro revelados.--- III. La Pascua no se celebra correctamente sino por los creyentes. Cada uno debe ser instruido por los milagros que ocurrieron al morir Cristo. Admirables efectos de la muerte de Cristo.--- IV. Todo lo que hizo Cristo, lo hizo por nosotros; de lo cual nos priva la infidelidad.--- V. Los enemigos de Cristo son destruidos por su gracia.

CAP. I.

La lectura evangélica, amadísimos, que ha revelado la historia sacratísima de la pasión del Señor, es tan conocida por toda la Iglesia debido a la frecuente escucha común, que cada uno de ustedes recuerda el orden de los hechos como si los hubiera tenido ante sus propios ojos. Y no se debe subestimar el progreso de aquellos que no dudan de lo que han escuchado, de modo que, aunque aún no puedan comprender claramente algún misterio de las Escrituras, creen firmemente que en los libros divinos no hay falsedad alguna. Por lo tanto, dado que a la fe sincera se le promete la plenitud de la inteligencia, que el vigor de las mentes iluminadas se eleve para merecer la instrucción del Espíritu Santo; y que no se contente con conocer el orden de los hechos, sino que también examine la razón misma de la piedad que se le ha otorgado: para que la naturaleza humana, al saber cuánto ha sido amada por su autor, lo ame más. Porque Dios no tuvo otra causa para compadecerse de nosotros que su propia bondad; y es más admirable la segunda generación de los hombres que la primera condición: porque es más grande que Dios haya restaurado en los últimos tiempos lo que se había perdido, que haber hecho desde el principio lo que no existía. Por lo tanto, la libertad de la inocencia natural, que perdimos por la transgresión de los primeros padres, no fue recuperada por ningún mérito de los santos precedentes, porque la sentencia dictada contra los transgresores ató a toda la descendencia de la posteridad cautiva, y nadie estuvo exento de condenación, porque ninguno fue libre de culpa. Pero la redención del Salvador, destruyendo la obra del diablo y rompiendo las cadenas del pecado, dispuso el sacramento de su gran piedad de tal manera que, aunque la plenitud de las generaciones predestinadas se desarrollara hasta la consumación del mundo, la renovación del origen a través de la justificación de la fe indiscriminada se extendiera a todos los siglos pasados. En efecto, la encarnación del Verbo, y la muerte y resurrección de Cristo, se convirtieron en la salvación de todos los fieles, y la sangre de un solo justo nos otorgó esto, que creemos fue derramada para la reconciliación del

mundo, lo cual también benefició a los padres, quienes de manera similar creyeron que sería derramada.

CAP. II.

Nada, por lo tanto, amadísimos, es diferente en la religión cristiana de las antiguas significaciones, ni jamás la salvación fue esperada por los justos precedentes sino en el Señor Jesucristo, con dispensaciones ciertamente variadas según la razón de la voluntad divina, pero resplandeciendo en lo mismo con los testimonios de la ley, los oráculos de la profecía y las ofrendas de sacrificios: porque así convenía que aquellos pueblos fueran instruidos, para que lo que no podían comprender revelado, lo recibieran velado, y la autoridad del Evangelio fuera mayor, al cual tantas señales y tantos misterios de las páginas del Antiguo Testamento sirvieron; de los cuales el Señor profesaba que no había venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17). No piense, por tanto, el judío que le beneficia detenerse carnalmente en la superficie de la letra, y se ve convencido de oponerse a aquellas Escrituras que entre nosotros obtienen su verdadera dignidad, mientras somos instruidos por lo predicho y enriquecidos por lo cumplido. Pues el Señor dice: Cuando sea levantado, atraeré a todos hacia mí (Juan XII, 32), nada de las instituciones legales, nada de las figuras proféticas quedó que no haya pasado todo a los sacramentos de Cristo. Con nosotros está el sello de la circuncisión, la santificación de los crismas, la consagración de los sacerdotes; con nosotros la pureza del sacrificio, la verdad del bautismo, el honor del templo, de modo que con razón cesaron los anuncios, una vez que lo anunciado llegó; ni se vacía la reverencia de las promesas, porque la plenitud de las gracias se ha manifestado. Pero, como dice el Apóstol: La ceguera en parte ha sucedido a Israel, ni los que son hijos de la carne son hijos de la promesa (Rom. XI, 25), la misericordia inefable de Dios hizo para sí un pueblo israelita de todas las naciones, y ablandado aquel rigor pétreo de los corazones gentiles, levantó verdaderos hijos de Abraham de las piedras (Mat. III, 9): para que, habiendo sido todos encerrados bajo pecado (Rom. XI, 32), los que nacen de la carne renazcan en el espíritu, y no importe de qué padre haya sido engendrado cada uno, ya que por la confesión indiscriminada de una sola fe, la fuente del bautismo hace inocentes, y la elección de la adopción confirma herederos.

CAPÍTULO III.

¿Qué otra cosa ha hecho y hace la cruz de Cristo, sino destruir las enemistades, reconciliar al mundo con Dios, y que, por el sacrificio del Cordero inmolado, todo sea devuelto a la verdadera paz? No concuerda con Dios quien se aparta de la profesión que hizo en su regeneración, y se muestra olvidadizo del pacto divino, aferrándose a lo que renunció, mientras se le encuentra retrocediendo de lo que creyó. En vano se apropia del nombre de cristiano, y de ninguna manera debe considerarse que celebra la Pascua del Señor, quien no cree que Jesucristo resucitó en la carne en la que nació, padeció, murió y fue sepultado, y no reconoce las primicias de nuestra naturaleza resucitadas en Él. Por lo tanto, el verdadero venerador de la pasión del Señor debe contemplar a Jesús crucificado con los ojos del corazón, de modo que reconozca que su carne es la suya. Que la sustancia terrenal tiemble ante el suplicio de su Redentor, que se rompan las piedras de las mentes infieles, y que aquellos que estaban oprimidos por las tumbas de la mortalidad, al disiparse la masa de obstáculos, salten hacia adelante. Que aparezcan ahora también en la ciudad santa, es decir, en la Iglesia de Dios, los indicios de la futura resurrección, y que lo que ha de realizarse en los cuerpos, se haga en los corazones. A ninguno de los débiles se le niega la victoria de la cruz; ni hay nadie a quien no ayude la oración de Cristo. Si esta benefició a muchos que se ensañaban contra Él, ¿cuánto más ayudará a aquellos que se convierten a Él? La ignorancia

ha sido eliminada, la dificultad ha sido moderada, y la espada de fuego que cerraba la región de la vida ha sido extinguida por la sangre sagrada de Cristo. La oscuridad de la antigua noche ha cedido a la verdadera luz. El pueblo cristiano es invitado a las riquezas del paraíso, y a todos los regenerados se les ha abierto el regreso a la patria perdida, si nadie hace que se cierre para sí mismo el camino que pudo abrirse por la fe del ladrón.

CAP. IV.

Celebrando, por tanto, amadísimos, el inefable sacramento de la fiesta pascual, reconozcamos, con la enseñanza del Espíritu de Dios, a qué participación de la gloria hemos sido llamados y a qué esperanza hemos ingresado. No permitamos que las acciones de la vida presente nos ocupen con ansiedad o soberbia, de modo que no nos esforcemos con todo el afecto del corazón por conformarnos a nuestro Redentor mediante sus ejemplos. Pues nada hizo o sufrió que no fuera para nuestra salvación, para que la virtud que estaba en la cabeza también estuviera en el cuerpo. Porque, en primer lugar, esa misma ascensión de nuestra sustancia en la Deidad, por la cual el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14), ¿a quién de los hombres dejó fuera de su misericordia, salvo al infiel? ¿Y quién no tiene naturaleza común con Cristo, si recibió al que asumió, y ha sido regenerado por el mismo espíritu por el cual Él fue engendrado? Además, ¿quién no reconoce en Él sus propias debilidades? ¿Quién no ve en la percepción del alimento, en el descanso del sueño, en la preocupación de la tristeza, en las lágrimas de piedad, la forma de un siervo? Y puesto que estas debían ser sanadas de las antiguas heridas y purificadas de la mancha del pecado, así el Unigénito de Dios también se hizo hijo del hombre, de modo que no careciera ni de toda la verdad de la humanidad ni de la plenitud de la Divinidad. Así como es nuestro lo que la virginidad materna dio a luz con la unión de la Deidad, también es nuestro lo que la impiedad judía crucificó. Es nuestro lo que yació sin vida en el sepulcro, y lo que resucitó al tercer día, y lo que ascendió sobre todas las alturas de los cielos a la derecha de la majestad paterna: para que si caminamos por el camino de sus mandamientos, y si no nos avergonzamos de confesar lo que en la humildad corporal dedicó a nuestra salvación, también seamos elevados a la participación de su gloria: porque manifestamente se cumplirá lo que anunció: Todo el que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos (Mateo 10, 32).

CAP. V.

A esta exhortación nuestra le asiste y ayuda la gracia de Dios, que, con la encarnación de Cristo y su muerte y resurrección, destruyó a los enemigos, revelada la verdad a través de todas las Iglesias; para que los fieles de todo el mundo, concordes con la autoridad de la fe apostólica, se regocijen con nosotros en una sola exultación, diciendo el bienaventurado apóstol Pablo: ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección. Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él (Rom. VI, 3-8): quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXVII [Al. LXV]. Sobre la Pasión del Señor XVI; pronunciado en el día del Señor.

SINOPSIS. I.

Cuánto beneficia la contemplación de los dones de Dios, cuya predicción fortalece la fe.---II. Así, la pasión de Cristo fue decretada por el consejo de Dios, de modo que ni el autor del crimen ni los judíos sean excusables.---III. Tampoco los mismos asesinos de Cristo son rechazados del don de la redención.---IV. Cuán detestable es el crimen de los judíos: cuán grande es la pena del crimen.---V. Cristo, mediante su muerte voluntaria, dio tanto remedio como ejemplo.---VI. La muerte de Cristo elimina todo lugar para la soberbia y la pereza; y los preceptos no se cumplen sino por Él.---VII. Cristo dijo en la persona de sus miembros: ¿Por qué me has abandonado?

CAP. I.

Siempre, queridos, conviene que las mentes de los fieles se ocupen en la admiración de las obras divinas, y que las almas racionales se adhieran principalmente a aquellos pensamientos por los cuales obtienen el incremento de la fe. Pues cuando la intención del corazón piadoso se dirige ya sea a los beneficios generales, ya sea a los dones especiales de la gracia misma, aleja de sí muchas vanidades y se retira de las preocupaciones corporales a un cierto secreto espiritual. Pero esto debe hacerse con mucho más fervor y excelencia en este tiempo de la Pasión del Señor, para que lo que ha sido relatado en las sagradas lecturas sea recibido con sana inteligencia al escucharlo, y lo que es grande en palabras, aparezca aún mayor en los misterios. La primera razón para elevar nuestro corazón es que lo que la verdad evangélica ha narrado, las voces proféticas lo cantaron no como algo que debía hacerse, sino como algo ya realizado; y lo que los oídos humanos aún no conocían como por hacer, ya el Espíritu Santo lo proclamaba cumplido. Pues el rey David, de cuyo linaje humano es Cristo, precedió el día de la cruz del Señor por mil y más de cien años, y no sufrió ninguno de los tormentos que se recuerda le fueron infligidos. Pero porque por su boca hablaba aquel que iba a tomar carne pasible de su descendencia, con razón se anticipa la historia de la cruz bajo su persona, quien llevaba en sí la origen corporal del Salvador. En verdad, David sufrió en Cristo, porque verdaderamente Jesús fue crucificado en la carne de David.

CAP. II.

Por lo tanto, cuando todo lo que la impiedad judía infligió al Señor de la majestad fue predicho con tanta antelación, y el discurso profético no se refiere tanto a lo futuro como a lo pasado, ¿qué otra cosa se nos revela sino el orden inmutable de las disposiciones eternas de Dios, para quien lo ya juzgado está discernido y lo futuro ya está hecho? Pues si la ciencia divina anticipa tanto las cualidades de nuestras acciones como los efectos de todas las voluntades, ¿cuánto más conocidas son para Dios sus propias obras? Y es correcto recordar como hechos consumados aquellos que no podían de ninguna manera no suceder. Por eso, los apóstoles, llenos del Espíritu de Dios, cuando sufrían las amenazas y la crueldad de los enemigos de Cristo, dijeron con una voz unánime a Dios: "Porque verdaderamente se reunieron en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo habían predeterminado que sucediera" (Hechos 4, 27-28). ¿Acaso la iniquidad de los que persiguieron a Cristo surgió del consejo de Dios, y ese crimen, que es mayor que cualquier otro, fue armado por la preparación de la mano divina? No se debe pensar esto de la suma justicia, porque es muy diferente y contrario lo que fue preconocido en la maldad de los

judíos y lo que fue dispuesto en la pasión de Cristo. La voluntad de matar no procedió de la misma fuente que la de morir; ni la atrocidad del crimen y la tolerancia del Redentor surgieron del mismo espíritu. El Señor no lanzó sobre sí las manos impías de los furiosos, sino que las permitió; y al prever lo que debía hacerse, no obligó a que se hiciera, aunque tomó carne para que así sucediera.

CAP. III.

Finalmente, entre el crucificado y los crucificadores hay causas tan dispares, que lo que Cristo asumió no puede ser deshecho; lo que ellos cometieron, puede ser abolido. Porque aquel que vino a salvar a los pecadores (Mateo IX, 13), ni siquiera a sus propios asesinos les negó la misericordia, sino que transformó el mal de los impíos en el bien de los creyentes: para que la gracia de Dios se hiciera más admirable, no según los méritos de los hombres, sino según la multitud de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios misericordiosamente preparada, cuando incluso a aquellos que derramaron la sangre del Salvador, los recibiera la ola del bautismo. Pues, como dice la Escritura que contiene los actos de los apóstoles, cuando la predicación del bienaventurado apóstol Pedro conmovió los corazones de los judíos, y reconociendo la impiedad de su crimen decían: ¿Qué haremos, hermanos? el mismo Apóstol dijo: Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para la remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, a cuantos llamare el Señor nuestro Dios; y enseguida añadió la Escritura, y dijo: Los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se añadieron en aquel día unas tres mil almas (Hechos II, 37-41). Así pues, el Señor Jesucristo quiso sufrir la furia de los que rugían, en nada fue autor de sus crímenes; no hizo que quisieran esto, sino que permitió que pudieran; y así usó la locura del pueblo ciego, como también la perfidia del traidor, a quien se dignó llamar de la inhumanidad del crimen concebido, y con beneficios y palabras, asumiéndolo como discípulo, elevándolo a apóstol, advirtiéndolo con señales, consagrándolo con misterios, de modo que a quien no le faltó nada de benevolencia para la corrección, no le quedara ninguna ocasión para el crimen.

CAP. IV.

Pero tú, hombre impiísimo, semilla de Canaán y no de Judá, ya no eres vaso de elección, sino hijo de perdición y muerte, creías más útiles los incitamentos del diablo: inflamado por las llamas de la avaricia, ardías por la ganancia de treinta monedas de plata, y no veías lo que perdías en riquezas. Pues aunque no creías que debías confiar en las promesas, ¿cuál fue la razón para que una cantidad tan pequeña de dinero se antepusiera a lo recibido? Mandabas a los demonios, curabas a los enfermos, eras honrado con los apóstoles, y para saciar el hambre de tu codicia, se te permitían robos de las bolsas. Pero el ánimo ávido de lo prohibido, lo que menos era lícito, más lo incitó; y no tanto agradó la cantidad del precio como la magnitud del pecado. Por lo tanto, el crimen de tu comercio no es detestable porque valoraste vilmente al Señor, sino porque vendiste a tu Redentor, incluso el tuyo, sin tener piedad de ti mismo. Y mercedamente se te confió tu propio castigo, porque para tu suplicio nadie más cruel que tú pudo encontrarse.

CAP. V.

Por lo tanto, en el tiempo señalado, según el propósito de su voluntad, Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado, no por necesidad de su propia condición, sino por la redención de nuestra cautividad. Porque el Verbo se hizo carne para asumir de la Virgen una

naturaleza pasible, y lo que no podía ser realizado en el Hijo de Dios, pudiera ser admitido en el Hijo del hombre. Pues aunque en su nacimiento resplandecían en Él los signos de la Deidad, y todos los avances de su crecimiento corporal estaban llenos de divinos milagros, sin embargo, había asumido la verdad de nuestras debilidades, y excepto la comunión del pecado, no había excluido de sí nada de la debilidad humana, para que nos infundiera lo suyo y en sí mismo curara lo nuestro. Porque del médico omnipotente se nos ha preparado a nosotros, miserables, un doble remedio, uno en el sacramento y otro en el ejemplo; para que por uno se nos confieran las cosas divinas, y por el otro se nos exijan las humanas. Porque así como Dios es el autor de la justificación, así el hombre es deudor de la devoción.

CAP. VI.

Por tanto, amadísimos, a través de esta inefable restauración de nuestra salvación, no se nos deja lugar para la soberbia ni para la pereza: porque no tenemos nada que no hayamos recibido, y se nos advierte continuamente que no tratemos con negligencia los dones de la gracia de Dios (I Tim. IV, 14). Con justicia nos insta con su mandato quien nos precede con su ayuda, y benignamente nos incita a la obediencia quien nos conduce a la gloria. Por lo cual, con razón el mismo Señor se ha hecho para nosotros el camino (Juan XIV, 6), porque no se va a Cristo sino por Cristo. A través de Él se dirige hacia Él quien avanza por la senda de su paciencia y humildad: en este camino ciertamente no falta el calor del trabajo, ni las nubes de tristeza, ni la tormenta del temor. Allí están las insidias de los inicuos, las persecuciones de los infieles, las amenazas de los poderosos, las injurias de los soberbios: todo lo cual el Señor de los ejércitos y Rey de la gloria (Sal. XXIII, 10) recorrió en la forma de nuestra debilidad y en la semejanza de la carne de pecado (Rom. VIII, 3), para que en los peligros de la vida presente no deseemos tanto escapar de ellos eludiéndolos, como superarlos soportándolos.

CAP. VII.

Por eso es que nuestro Señor Jesucristo, transformando en sí mismo todos los miembros de su cuerpo, lo que antes había expresado en el salmo, lo clamaba en el suplicio de la cruz con la voz de sus redimidos: Dios mío, Dios mío, mira en mí: ¿por qué me has abandonado? (Salmo XXI, 1). Esta voz, amadísimos, es una enseñanza, no una queja. Pues, siendo en Cristo una sola persona de Dios y hombre, no pudo ser abandonado por aquel de quien no podía separarse; pregunta por nosotros, temerosos e inseguros, por qué la carne, temiendo sufrir, no fue escuchada. Pues, ante la inminente pasión, para sanar y corregir el miedo de nuestra fragilidad, había dicho: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no como yo quiero, sino como tú, y de nuevo: Padre, si no puede pasar este cáliz sin que lo beba, hágase tu voluntad (Mateo XXVI, 39, 42). Aquel que, vencido el temor de la carne, ya había pasado a la voluntad del Padre, y habiendo pisoteado todo el terror de la muerte, cumplía la obra de su constitución, ¿por qué, exaltado en el triunfo de tan gran victoria, pregunta la causa y razón por la que fue abandonado, es decir, no escuchado, sino para mostrar que es diferente aquel sentimiento que asumió para excusar el temor humano, de aquel que eligió desde el eterno designio del Padre para la reconciliación del mundo? Por lo tanto, esa misma voz de no ser escuchado es la exposición de un gran sacramento, que nada conferiría al género humano el poder del Redentor, si lo que pedía nuestra debilidad obtuviera. Esto hoy, amadísimos, para no abrumaros con la prolijidad del discurso, sea suficiente: lo demás lo dejaremos para el miércoles. El Señor estará presente con vuestras oraciones, para que lo que prometemos resolver, lo devolvamos con su generosidad, él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXVIII [Al. LXVI]. Sobre la Pasión del Señor XVII; pronunciado el miércoles.

SINOPSIS. I.

Inseparable de la Divinidad de Cristo, no pudo abandonarla.---II. La muerte voluntaria de Cristo por la salvación del mundo se demuestra con un clamor; ni las voces de los blasfemos pudieron impedirlo.--- III. Despreciadas las blasfemias, su sacrificio fue ofrecido por Cristo; también significado por la rasgadura del velo.--- IV. El diablo nunca deja de acechar. Cuál es la utilidad del ayuno cuaresmal.

CAP. I.

El próximo sermón, amadísimos, cuya parte prometida deseamos restituirles, había avanzado en el razonamiento de tal manera que habláramos de aquella voz del Señor crucificado clamando al Padre: para que el oyente simple y descuidado no interpretara las palabras del que dice: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Sal. XXI, 1), como si, estando Jesús fijado en el madero de la cruz, la omnipotencia de la Deidad paterna se hubiera apartado de Él; ya que la naturaleza de Dios y del hombre se unió en tal unidad que ni el suplicio pudo separarla, ni la muerte desunirla. Pues permaneciendo cada sustancia en su propia propiedad, ni Dios abandonó la pasión de su cuerpo, ni la carne hizo pasible a Dios, porque la Divinidad que estaba en el que sufría no estaba en el dolor. Por lo tanto, según la persona del Verbo y del hombre, es el mismo que fue hecho entre todas las cosas, y por quien todas las cosas fueron hechas. Es el mismo que es apresado por manos impías, y que no es limitado por ningún fin. Es el mismo que es traspasado por clavos, y que no es herido por ninguna herida. Finalmente, es el mismo que sufrió la muerte, y no dejó de ser eterno, para que se manifieste con signos indudables que en Cristo hay verdadera humildad y verdadera majestad: porque la virtud divina se unió a la debilidad humana, para que, mientras Dios hacía suyas las cosas que son nuestras, hiciera nuestras las cosas que son suyas. Por lo tanto, el Hijo no estaba ausente del Padre, ni el Padre del Hijo: y esa Deidad inmutable y la Trinidad inseparable no podía tener nada de sí misma separado de sí. Aunque la dispensación de la encarnación asumida pertenecía propiamente al Hijo unigénito de Dios, sin embargo, el Padre no se separaba del Hijo, así como la carne no se dividía del Verbo.

CAP. II.

Por eso Jesús clamaba con gran voz, diciendo: ¿Por qué me has abandonado? para hacer saber a todos que era necesario que no fuera liberado, no defendido, sino entregado en manos de los que se ensañaban, es decir, convertirse en el Salvador del mundo y Redentor de todos los hombres; no por miseria, sino por misericordia; ni por falta de ayuda, sino por la determinación de morir. ¿Qué intercesión de vida se debe entender allí, donde el alma fue entregada con poder y con poder fue revocada? Pues el bienaventurado Apóstol dice que el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32); y nuevamente dice: Porque Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla (Efes. V, 2, y 26). Por lo tanto, entregar al Señor a la pasión fue tanto por voluntad del Padre como por la suya propia: para que no solo el Padre lo dejara, sino que él mismo se abandonara en cierto sentido, no por una retirada temerosa, sino por una cesión voluntaria. Pues el poder del Crucificado se contuvo de los impíos, y para usar una disposición oculta, no quiso usar una virtud manifiesta. Porque aquel que vino a destruir la muerte y al autor de la muerte con su pasión, ¿cómo salvaría a los pecadores si se resistiera a

los perseguidores? Por tanto, esto fue de los judíos, amadísimos, que creyeran que Jesús había sido abandonado por Dios, en quien pudieron ensañarse con tan gran crimen: porque, ignorando el sacramento de la admirable paciencia, decían con sacrílega burla: A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (Mat. XXVII, 42). No era según el juicio de vuestra ceguera, oh necios escribas y sacerdotes impíos, que debía mostrarse el poder del Salvador, ni debía interrumpirse la redención del género humano según las perversas lenguas de los blasfemos: pues si hubierais querido reconocer la Deidad del Hijo de Dios, habríais visto sus innumerables obras, que debieron confirmar la fe que prometéis falsamente. Pero si, como vosotros mismos profesáis, es verdad que salvó a otros, ¿por qué aquellos tantos y tan grandes milagros, que se hicieron a la vista del público, no ablandaron en nada la dureza de vuestro corazón, sino porque siempre resististeis al Espíritu Santo, de modo que todos los beneficios de Dios se convirtieron para vosotros en perdición? Pues incluso si Cristo descendiera de la cruz, vosotros aún permaneceríais en el crimen.

CAP. III.

Spreta, por lo tanto, son las vanas injurias de la burla, y ninguna contumelia, ningún ultraje apartó de su camino de propósito a la misericordia del Señor que restaura lo perdido y caído. Pues se ofrecía a Dios por la salvación del mundo una víctima singular, y la muerte de Cristo, el verdadero Cordero, predicada a través de los siglos, trasladaba a los hijos de la promesa a la libertad de la fe. También se confirmaba el Nuevo Testamento, y con la sangre de Cristo se escribían los herederos del reino eterno. El sumo pontífice entraba en el Santo de los santos, y el sacerdote inmaculado entraba a través del velo de su carne para interceder ante Dios (Hebr. IX, 16 y ss.). Finalmente, tan evidente fue entonces la transición de la ley al Evangelio, de la Sinagoga a la Iglesia, de muchos sacrificios a una sola víctima, que al entregar el Espíritu el Señor, aquel velo místico que cerraba con su obstáculo los recintos del templo y el santo secreto, se rasgó de arriba abajo con fuerza repentina: porque la verdad quitaba las figuras, y eran superfluos los mensajeros bajo la presencia del anunciado. A esto se añadía la tremenda conmoción de todos los elementos (Mat. XXVII, 51), y los autores de la Cruz de Cristo se veían privados de los servicios mismos de la naturaleza. Y cuando el centurión, guardián del suplicio, aterrorizado por lo que había visto, decía: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios (Ibid., 54): sin embargo, no se relata que ninguna compunción haya mitigado la impiedad judía, más dura que todos los monumentos y piedras: para que aparezca que los soldados romanos estaban entonces más preparados para entender al Hijo de Dios que los sacerdotes israelitas.

CAP. IV.

Por lo tanto, ya que los judíos han sido privados de la santificación de todos los sacramentos, convirtiendo para sí mismos la luz en tinieblas y las fiestas en luto, nosotros, amadísimos, adoremos con cuerpos y almas postradas la gracia de Dios derramada sobre todas las naciones; suplicando al Padre misericordioso y al Redentor rico, que día a día, ayudados por su auxilio, podamos escapar de todos los peligros de esta vida. Pues el tentador astuto está presente en todas partes, y no deja nada vacío de sus insidias. A quien, con la ayuda de la misericordia de Dios, que se nos ofrece entre todas las adversidades, siempre se debe resistir con constante fidelidad: para que, aunque no cese de atacar, no encuentre a nadie a quien pueda vencer. Que los ayunos religiosamente celebrados benefician a todos, amadísimos, y que la utilidad de la continencia, que hemos comprobado adecuada tanto para las almas como para los cuerpos, no se corrompa con excesos. Pues lo que pertenece a la sobriedad y a la

moderación, por eso se celebra con más diligencia en estos días, para que de un breve esfuerzo se convierta en una larga costumbre; y ya sea en obras de misericordia, ya sea en el estudio de la moderación, no haya tiempo vacío para los fieles, ya que ciertamente en el transcurso de los días y el paso del tiempo debemos obtener ganancias de obras, no pérdidas de méritos. A los piadosos estudios y a las almas religiosas les asistirá la misericordia de Dios, para que lo que hizo desear, lo haga obtener: quien vive y reina con nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXIX. [Al. LXVII]. Sobre la Pasión del Señor XVIII.

SINOPSIS. I.

La profundidad del misterio de la cruz es inefable. Su fe es tan única como la infidelidad es variada e incierta.---II. Las figuras han cesado, porque la verdad ha brillado, cuya fe siempre ha sido la misma.---III. Cristo, Dios y hombre, murió voluntariamente; el diablo fue engañado en su astucia.---IV. El diablo, al matar a Cristo, dio lugar a la liberación de los hombres y a la victoria plena sobre la muerte y el pecado.---V. Las insidias del diablo deben ser evitadas con diligencia, para que crucificados con Cristo por la mortificación, seamos coronados en Él.

CAP. I.

La magnitud de este inefable sacramento, amadísimos, supera tanto la profundidad de la inteligencia humana y la capacidad de toda elocuencia, que la victoria del triunfo de la Pasión del Señor es más sublime que los más excelentes ingenios y las lenguas más elocuentes. Pero debemos alegrarnos más que avergonzarnos de ser superados por la dignidad de tan grande materia; de la cual nadie ha tenido un sentimiento más humilde que aquel que pensó que lo que dijo fue suficiente. No predicamos en vano lo que hemos predicado, ni deben temerse los fastidios de los oídos carnales cuando se habla de cosas divinas, como si fueran a ser despreciadas por ser repetidas con frecuencia: ya que esto pertenece principalmente a la solidez de la fe cristiana, para que, según la doctrina apostólica, todos digamos lo mismo y seamos perfectos en el mismo sentido y en la misma ciencia (I Cor. I, 10). La infidelidad, que es madre de todos los errores, se dispersa en muchas opiniones que necesita adornar con el arte de la palabra. Sin embargo, el testimonio de la verdad nunca se aparta de su luz, y lo que a unos brilla menos y a otros más, no lo causa la variedad de la luz, sino la debilidad de la contemplación. A esta, según la ayuda de la iluminación celestial, también mi discurso debe servir: para que, siendo vosotros la agricultura de Dios, la edificación de Dios (I Cor. III, 9), Él mismo conceda suficiencia tanto al que dispensa como al que recibe, quien sabe exigir justamente el interés de sus dones.

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, al haber recorrido el texto de la lectura evangélica, que habéis recibido con atención sobre la gloria de la cruz de Cristo, sentid que todos los misterios de las palabras divinas os han sido revelados; y regocijaos de que todo lo que bajo las proféticas testificaciones estaba velado por la sombra del Antiguo Testamento, se manifieste en el sacramento de la pasión del Señor. Pues por esta razón cesaron las variedades de sacrificios y las diferencias de purificaciones, por esta razón cesó el mandato de la circuncisión, la distinción de los alimentos, el descanso del sábado y la inmolación del cordero pascual, porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan 1,

17). Las figuras precedieron para que siguieran los efectos, y con la llegada de las cosas anunciadas, se terminaron las funciones de los mensajeros, de tal manera que, con la reconciliación del género humano, la salvación que está en Cristo no ha faltado en ningún siglo bajo la misma justificación; y el propósito de las demoras ha sido para que lo que se creyó durante mucho tiempo antes de que sucediera, se honrara sin vacilación. Pues, dado que la virtud de la fe se establece en lo que no está sujeto a la vista (Hebreos 11, 1), la doctrina celestial ha sido más indulgente con nosotros, a quienes ha pospuesto para estos tiempos del mundo, para que, con mayor facilidad de comprensión, pudiéramos contar con muchos más profetas y testigos que los anteriores.

CAP. III.

Por lo tanto, lo que los sagrados Evangelios, escritos por el dedo de Dios, nos testifican sobre la pasión de nuestro Señor Jesucristo, recibidlo sin la nube de la duda; y tened el orden de los hechos tan claro como si los tocarais y vierais con vuestros propios ojos y manos. Creed en la verdadera divinidad en Cristo y en la verdadera humanidad. Él es carne que es Verbo, y así como es de una sola sustancia con el Padre, así es de una sola naturaleza con la madre. No es doble en persona, ni confundido en esencia; impasible por poder, mortal por humildad; pero usando ambos de tal manera que la virtud podía glorificar la debilidad, y la debilidad no podía oscurecer la virtud. Permite ser capturado por los perseguidores, quien contiene el mundo, y es atado por las manos de aquellos en cuyo corazón no puede ser contenido. La justicia no resiste a los injustos, y la verdad cede ante los testimonios de la falsedad: para que permaneciendo en la forma de Dios, cumpliera la forma de siervo, y confirmara la verdad de la natividad corporal con la crueldad de la pasión corporal. Pero el hecho de que el Unigénito de Dios soportara y sufriera esto, no fue por una condición de necesidad, sino por una razón de misericordia: para que condenara el pecado en la carne (Rom. VIII, 3), y la obra del diablo fuera deshecha por la obra del diablo. Pues el enemigo del género humano había infligido una herida mortal a toda la humanidad en su misma raíz, y la progenie cautiva del linaje sometido a la ley mortal no podía eludir el derecho férreo. Por lo tanto, cuando vio en tantas generaciones sujetas a la ley mortal, a uno entre los hijos de los hombres, cuyas virtudes admiraba por sobresalir sobre todos los santos de todos los tiempos, creyó que estaría seguro de la perpetuidad de su derecho, si ningún mérito de justicia pudiera superar las leyes de la muerte. Así, incitando más vehementemente a sus siervos y asalariados, se ensaña en su propio perjuicio, y al pensar que debía algo a quien podía matar, no vio la libertad de la singular inocencia, persiguiendo la semejanza de la naturaleza. No erraba en el género, pero se equivocaba en el crimen. Pues el primer Adán y el segundo Adán eran uno en carne, no en obra: y en aquel todos mueren, en este todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Aquel, por el deseo de la soberbia, hizo el camino hacia la miseria, este, por la fortaleza de la humildad, preparó el camino hacia la gloria. Por lo cual él mismo dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Camino, ciertamente, en la forma de una vida justa; verdad, en la expectativa de una realidad cierta; vida, en la percepción de la felicidad eterna.

CAP. IV.

Este gran sacramento de piedad, amadísimos, así como la impiedad judía, tampoco la soberbia diabólica lo conocía. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad (I Cor. II, 8). Pero como el enemigo del género humano ignoraba el plan de la misericordia de Dios, y con el velo de la carne opuesto, Dios en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo estaba oculto (II Cor. V, 19): persistió en enfurecerse contra aquel en quien nada suyo podía encontrar. Pues también a su malicia le habría sido más provechoso si

se hubiera abstenido de derramar su sangre, por la cual debía ser liberada la cautividad de todos y restaurada la libertad. Pero las tinieblas no comprendieron la luz (Juan I, 5), ni la ceguera mentirosa pudo contemplar la sabiduría de la verdad. Así pues, la mansedumbre dispuso la paciencia, y contenida la fuerza de las legiones angélicas que le servían, bebió el cáliz del dolor y de la muerte, y todo el suplicio lo transformó en triunfo. Fueron vencidos los errores, sometidas las potestades, el mundo recibió un nuevo comienzo: para que la generación condenada no perjudicara a aquellos a quienes la regeneración debía salvar. Pasaron las cosas viejas, y he aquí que todas son hechas nuevas (II Cor. V, 7); porque de todos los que creen en Cristo y renacen en el Espíritu Santo, por él y con él hay una sola sociedad de pasión y eternidad de resurrección, como dice el Apóstol: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria (Colosenses III, 3).

CAP. V.

En esta esperanza, amadísimos, establecidos, cuidense de las astucias del diablo, quien no solo acecha a través de las concupiscencias de la carne, ni solo mediante las seducciones corporales, sino que también, sembrando cizaña de falsedades entre las mismas semillas de la fe, busca violar el cultivo de la verdad, para que aquellos a quienes no pueda corromper con malas acciones, los subvierta con errores impíos. Huyan, por tanto, de los argumentos de la doctrina mundana y eviten las conversaciones viperinas de los herejes. No tengan nada en común con aquellos que, oponiéndose a la fe católica, son cristianos solo de nombre. No son templo del Espíritu de Dios, ni miembros de Cristo; sino que, implicados en falsas opiniones, tienen tantas formas del diablo como ídolos de mentira. De estos males, por el Señor Jesucristo, quien es el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6), liberados, soportemos con el gozo de la fe todas las tentaciones de esta vida y todas las batallas. Pues si sufrimos con Él, también reinaremos con Él (Rom. 8, 17; II Tim. 2, 12). Esta recompensa no está preparada solo para aquellos que, por el nombre del Señor, han sido eliminados por la crueldad de los impíos, ya que la totalidad de los que sirven a Dios y viven para Dios, así como han sido crucificados en Cristo, así serán coronados en Cristo: aquellos que sobresalen en toda gloria, quienes superaron muertes terribles y tormentos crueles hasta la exhalación del espíritu, pero también aquellos que vencieron la codicia de la avaricia, la elevación del orgullo y los deseos de la lujuria, mediante la mortificación de su carne. Por lo cual, con razón el Apóstol dice que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. 3, 12). No es extraño a esto quien no es ajeno a la piedad: celebra solemnemente la festividad pascual, quien no obra en la levadura de la antigua malicia, sino en los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. 5, 8); y ya no vive en el primer Adán, sino en el segundo Adán, hecho miembro del cuerpo de Cristo: quien, siendo en forma de Dios, se dignó hacerse en forma de siervo (Fil. 2, 6), para que en un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo (I Tim. 2, 5), estuviera la plenitud de la majestad divina y la verdad de la naturaleza humana. Si la Deidad del Verbo no hubiera asumido la unidad de su persona, no habría regeneración en el agua del bautismo, ni redención en la sangre de la pasión. Pero porque en el sacramento de la encarnación de Cristo no hemos recibido nada falso, nada figurado, no en vano creemos que hemos sido muertos con Él que muere, y resucitados con Él que resucita: permaneciendo Él en nosotros, quien opera todo en todos (I Cor. 12, 6), viviendo y reinando con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXX [Al. LXVIII]. Sobre la Pasión del Señor XIX.

SINOPSIS. I.

Que la fe verdadera nos haga presente la pasión de Cristo, la cual es muy diferente en la mente del Crucificado y en la obra de los que lo crucifican.---II. La malicia de los judíos fue utilizada por Cristo, para que con su muerte inmolará el verdadero Pascua, por el cual incluso sus asesinos pudieran ser salvados.--- III. La sabiduría del mundo se confunde en el misterio de la cruz, en la cual tanto el poder como la debilidad de Cristo nos salvan.--- IV. La cruz debe ser llevada continuamente, para que lo que se realizó en el misterio del bautismo se complete en la obra.--- V. La pasión del Señor debe ser perfeccionada hasta el fin del mundo mediante la mortificación de sus miembros. La enemistad del diablo debe ser preferida a su amistad.---VI. La mortificación de nuestros vicios es la virtud y la victoria de Cristo.

CAP. I.

La sagrada historia de la pasión del Señor, amadísimos, relatada en la narración evangélica como es costumbre, creo que ha quedado tan grabada en los corazones de todos ustedes, que para cada uno de los oyentes esa lectura se ha convertido en una especie de visión. Pues la verdadera fe tiene este poder, que no falta en la mente de aquellos que no pudieron estar presentes corporalmente; y ya sea que el corazón del creyente regrese al pasado o se extienda hacia el futuro, el conocimiento de la verdad no siente las demoras del tiempo. Por lo tanto, la imagen de los hechos realizados para nuestra salvación está presente en nuestros sentidos, y todo lo que entonces afectó las almas de los discípulos, también toca nuestros sentimientos; no porque nos deprimamos con tristeza o nos asustemos con la furia de los judíos enloquecidos, ya que incluso aquellos que fueron sacudidos por la magnitud de esa tempestad fueron llevados a una constancia invicta por la resurrección y ascensión del Señor; sino porque cuando pensamos en cómo eran entonces los pueblos de Jerusalén y cómo eran los sacerdotes, recibimos con gran temblor de mente tan gran crimen de los impíos. Pues aunque la pasión del Salvador pertenecía a la salvación del género humano, y los lazos de la muerte eterna fueron rotos por la muerte temporal del Señor, sin embargo, la paciencia del Crucificado logró una cosa, y la locura de los crucificadores otra, y la misericordia y la ira no tendían a los mismos fines: ya que por la efusión de la misma sangre, Cristo liberaba la cautividad del mundo, mientras que los judíos mataban al Redentor de todos.

CAP. II.

Por lo tanto, la malicia de Israel carnal se endureció, y no le sirvió de nada el testimonio de la ley, ni las imágenes de los misterios, ni los oráculos de los profetas, cuando Juan enseñaba que la Pascua del Señor, celebrada durante tantos siglos, se había cumplido en él, de quien decía con pública proclamación: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan 1, 29). La iniquidad se opone a la justicia, la ceguera a la luz, la mentira a la verdad; pero de la ferocidad de los que luchan, del crimen de los crueles, Jesús obtuvo el efecto de la disposición eterna; y así, con su muerte, benefició al género humano, de modo que no negó el sacramento de la salvación ni siquiera a sus perseguidores. Porque aquel que vino a perdonar todos los pecados a todos los creyentes, no quiso excluir de la indulgencia general ni siquiera el crimen judío. Por lo tanto, detestamos su perfidia, pero abrazamos su fe si se convierten; y, imitando la misericordia del Señor, que oraba por aquellos por quienes fue crucificado, nosotros también unimos nuestras oraciones con el apóstol San Pablo, y deseamos que ese pueblo obtenga misericordia, por cuya ofensa hemos recibido la gracia de la reconciliación: porque, como dice el mismo maestro de las naciones, Dios encerró a todos en la incredulidad, para tener misericordia de todos (Rom. 11, 32).

CAP. III.

¿Qué fue aquello que privó de entendimiento a los judíos y turbó los corazones de los sabios del mundo, sino la cruz del Hijo de Dios, que hizo desvanecer la prudencia filosófica y oscurecer la doctrina israelita? La profundidad del consejo divino excedió todo sentido de la mente humana, cuando agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (I Cor. I, 21), para que la constancia de la fe se hiciera más admirable por la dificultad de creer. Pues parecía inconsecuente e irracional aceptar en el ánimo que la Virgen inmaculada hubiera dado a luz al creador de todas las naturalezas en la sustancia de un verdadero hombre; que el Hijo de Dios, igual al Padre, quien llenaba todo y contenía el universo, fuera apresado por manos furiosas, condenado por el juicio de los inicuos, y después de las deshonras de las burlas, se hubiera permitido ser clavado en la cruz. Pero en todas estas cosas están a la vez la humildad del hombre y la grandeza de la Deidad; ni la razón de la misericordia oscurece la majestad del que se compadece, porque de un poder inefable se hizo, que mientras el verdadero hombre es inviolable en Dios, y el verdadero Dios es en carne pasible, se confiriera al hombre la gloria por la afrenta, la incorruptibilidad por el suplicio, la vida por la muerte. Pues si el Verbo no se hubiera hecho carne, y no existiera una unidad tan sólida en ambas naturalezas, que ni siquiera el breve tiempo de la muerte las separara, nunca podría la mortalidad regresar a la eternidad. Pero nos asistió en Cristo un auxilio singular, para que en la naturaleza pasible no permaneciera la condición de la muerte, que la esencia impasible había recibido, y por aquello que no podía morir, pudiera ser resucitado lo que estaba muerto.

CAP. IV.

A este sacramento, amadísimos, debemos unirnos inseparablemente, esforzándonos con gran dedicación tanto del alma como del cuerpo, ya que si bien es un gravísimo pecado descuidar la fiesta pascual, es aún más peligroso unirse a las asambleas eclesiásticas sin participar en la comunión de la pasión del Señor. Pues, como dice el Señor: "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mateo 10, 38); y como dice el Apóstol: "Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él" (Romanos 8, 17; 2 Timoteo 2, 12); ¿quién verdaderamente honra a Cristo padecido, muerto y resucitado, sino aquel que con Él también padece, muere y resucita? Y esto ya ha comenzado en todos los hijos de la Iglesia, en el mismo misterio de la regeneración, donde la destrucción del pecado es la vida del renacido, y la triple inmersión imita la muerte de tres días del Señor; de modo que, removido un cierto obstáculo de la sepultura, aquellos que el antiguo seno de la fuente recibió, los mismos nuevos los entrega el agua del bautismo; pero es necesario cumplir con obras lo que se ha celebrado en el sacramento, y a los nacidos del Espíritu Santo, lo que reste del cuerpo mundano, debe ser llevado no sin la aceptación de la cruz. Pues aunque por el poder de la cruz de Cristo el fuerte y cruel tirano haya sido despojado de los vasos de su antigua rapiña, y el dominio del príncipe del mundo haya sido expulsado de los cuerpos de los redimidos, la misma malicia persiste en acechar incluso a los justificados, y los ataca de muchas maneras: de modo que si encuentra almas negligentes e imprudentes, las atrapa nuevamente con lazos más crueles, y las arrastra del paraíso de la Iglesia a la comunión de su condenación. Por lo tanto, cuando alguien siente que está excediendo los límites de la observancia cristiana, y que sus deseos lo llevan a desviarse del camino recto, recurra a la cruz del Señor, y afiance los movimientos de su voluntad nociva al madero de la vida; y clame al Señor con voz profética diciendo: "Clava con tus temores mi carne; porque he temido tus juicios" (Salmo 118, 120).

CAP. V.

¿Qué significa tener la clave del temor de Dios clavada en la carne, sino contener los sentidos corporales de la tentación del deseo ilícito bajo el temor del juicio divino? Para que quien resiste al pecado y mata sus concupiscencias, para no cometer nada digno de muerte, pueda atreverse a decir con el Apóstol: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo" (Gálatas 6, 14). Por tanto, el cristiano debe situarse donde Cristo lo ha elevado consigo; y dirigir todo su camino hacia donde sabe que la naturaleza humana ha sido salvada. Pues la Pasión del Señor se extiende hasta el fin del mundo; y así como en sus santos Él es honrado, Él es amado, y en los pobres Él es alimentado, Él es vestido; así también en todos los que soportan adversidades por la justicia, Él sufre con ellos: a menos que se deba pensar que, con la fe multiplicada por el mundo y el número de impíos disminuyendo, todas las persecuciones y todas las luchas que se ensañaron contra los bienaventurados mártires han terminado, como si la necesidad de tomar la cruz solo hubiera recaído en aquellos a quienes se infligieron los más atroces suplicios para vencer el amor de Cristo. Pero la piedad de los que sirven a Dios experimenta otra cosa, y la predicación del Apóstol también lo proclama, quien dice: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución" (II Timoteo 3, 12). Con esta sentencia se muestra demasiado tibio y perezoso quien no es golpeado por ninguna persecución. Pues solo los amantes del mundo pueden tener paz con este mundo, y nunca hay comunión de iniquidad con equidad, ni concordia de mentira con verdad, ni consenso de tinieblas con luz. Porque aunque la piedad de los buenos desee corregir a los malos, y obtenga la conversión de muchos por la gracia del Dios misericordioso, las insidias de los espíritus malignos contra los santos no cesan, y ya sea con engaño oculto o con batalla abierta, infestan el propósito de buena voluntad en todos los fieles. Pues todo lo que es recto, todo lo que es santo, es enemigo para ellos; y aunque no se les permita más en nadie que lo que la justicia divina permita, que se digna corregir a los suyos con disciplina o ejercitarlos con paciencia, actúan sin embargo con el arte más astuto del engaño, para que parezca que pueden herir o perdonar a su arbitrio; y a muchos, lo cual es lamentable, engañan con la malicia de la simulación, de modo que algunos los temen como enemigos y desean tenerlos como amigos: cuando los beneficios de los demonios son más nocivos que sus heridas, porque es más seguro para el hombre haber merecido la enemistad del diablo que su paz. Por lo tanto, las almas sabias, que han aprendido a temer a uno solo, amar a uno solo, y esperar en un solo Señor, con las concupiscencias mortificadas y los sentidos del cuerpo crucificados, no se inclinan ante ningún temor de los enemigos, ni ante ninguna obediencia. Pues prefieren incluso la voluntad de Dios a sí mismos, y se aman más cuanto más, por amor a Dios, no se aman a sí mismos. Y cuando oyen que se les dice divinamente: "No sigas tus concupiscencias, y apártate de tu voluntad" (Eclesiástico 18, 30), dividen sus afectos, y distinguen la ley de la mente de la ley del cuerpo: para negarse a sí mismos en cierta medida, perdiéndose en lo que desean carnalmente, y encontrándose en lo que desean espiritualmente.

CAP. VI.

Por lo tanto, el Santo Pascua, amadísimos, se celebra legítimamente en tales miembros del cuerpo de Cristo y no les falta nada de los triunfos que la pasión del Salvador ha obtenido. Porque en aquellos que, siguiendo el ejemplo apostólico, castigan su cuerpo y lo someten a servidumbre (I Cor. IX, 27), los mismos enemigos son derrotados con la misma fortaleza, y ahora el mundo es vencido por Cristo. Pues cuando los incentivos de cualquier vicio son superados por sus siervos, es su virtud, es su victoria. Estas cosas, amadísimos, que pertenecen a la participación de la cruz, creo que han sido suficientemente comunicadas a vuestros oídos hoy: para que el sacramento pascual también se celebre legítimamente en los miembros del cuerpo de Cristo. Resta que hablemos sobre la obtención de la participación en

la resurrección. Para que no se haga oneroso tanto para mí como para vosotros continuar con el discurso, lo pospondremos para el día sábado prometido. Creemos que la gracia de Dios estará presente, para que nuestra deuda se complete con su ayuda, quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

ADVERTENCIA SOBRE LOS DOS SIGUIENTES SERMONES.

1. En primer lugar, presentamos íntegramente la advertencia de Quesnellus. Dice que los dos sermones que siguen, titulados sobre la Resurrección del Señor en todos los códices editados, no fueron pronunciados el mismo día de la Resurrección del Señor, sino el sábado santo, y me veo llevado por razones de peso a considerarlo cierto. Primero, porque el día de Pascua estaba tan ocupado que apenas podía haber lugar para un sermón. Con las vigiliias extendidas hasta altas horas de la noche, se celebraba todo aquel oficio que ahora se realiza en la mañana del sábado santo. Entonces, los catecúmenos eran lavados en la fuente sagrada, ungidos e instruidos con sus propios documentos. Finalmente, se llevaban a cabo los sagrados misterios, que consumían gran parte de las horas matutinas. Segundo, este primer sermón es precisamente el que había prometido en el anterior, con estas palabras: "Resta que hablemos sobre la obtención de la participación en la resurrección: para que no sea oneroso para mí y para ustedes continuar el sermón, lo pospondremos para el día sábado prometido." Por lo tanto, fue pronunciado el sábado santo. Ya había transcurrido la observancia de cuarenta días, como se manifiesta en el primer capítulo, y se nos enseña que sucedió inmediatamente al anterior desde el mismo inicio. Tercero, de la serie de ambos sermones se desprende que apenas se toca el misterio de la resurrección por el pontífice, sino que casi todo se centra en explicar la participación en la cruz y muerte de Cristo: de modo que todo lo que se dice sobre la resurrección parece haber sido dicho de antemano, y debido a la proximidad de la festividad. Cuarto, es evidente por el sermón 2 que el mismo día en que fue pronunciado se leyó en la Iglesia toda la historia de la pasión y resurrección del Señor de los comentarios evangélicos: esta lectura se ajusta perfectamente al sábado santo, que como un medio entre ambos misterios, pertenece a ambos. Sin embargo, la solemnidad de la resurrección y las largas ceremonias de este día apenas podrían haber admitido tal lectura, y mucho menos, como dice San León, que se añadiera la exhortación del sacerdote a la solemnidad de la lectura sacratísima. Quinto, en realidad, Hincmaro de Reims, en el libro sobre la Predestinación, capítulo 33, edición de Sirmondi, página 280, al referirse a algunos puntos del capítulo 4 del anterior, cita de esta manera: "También en la homilía del sábado santo." Y en Florus de Lyon, los mismos dos sermones, que posteriormente titulamos 1 y 2 sobre la Resurrección, son 10 y 11 sobre la Pasión del Señor. Así lo hizo en los Comentarios que compuso y compiló sobre todas las Epístolas de San Pablo a partir de los escritos de los santos Padres, excepto Agustín, a quien dio en un volumen propio: esa obra, consistente en doce libros, fue entregada como regalo por Pedro Francisco Chiffletius, tomada de un códice manuscrito de la Cartuja Mayor, al R. P. Domno Lucas Acherio, de memoria religiosa y hombre queridísimo para mí, y alguna vez será publicada. Sexto, de la Historia de Sozomeno, libro VII, capítulo 19, aprendemos que en la Iglesia Romana ni el obispo ni otro pronunció un sermón al pueblo el primer día de la solemnidad pascual. El lector tiene explicado el sentido genuino de este pasaje, que aún no había comprendido cuando trabajaba en la primera edición, según la mente del autor, si no me equivoco, en la primera disertación, capítulo 12. Aunque estas cosas son así, no consideramos necesario cambiar nada en los títulos o números de los sermones: para no causar molestias a los lectores acostumbrados al número anterior. Hasta aquí Paschasius Quesnellus, quien, aunque ha sentido muy bien en cuanto a la tesis que estableció, hay algunas cosas que deben corregirse o añadirse.

2. Si hubiera visto o examinado la primera edición de los Sermones de San León, o las demás que se han reimpresso a partir de ella, de ninguna manera habría escrito al inicio de la advertencia que estos dos sermones se titulan en todos los códices editados como sobre la Resurrección del Señor. Pues en la tabla que precede a esas ediciones, que presenta los títulos de los Sermones, el primer sermón, al igual que los ocho anteriores, se otorga con este título: Sobre la Pasión y Resurrección del Señor, sermón XX, y el segundo se titula de hecho sobre la Resurrección del Señor, pero se incluye en la misma serie numérica con aquellos sobre la Pasión, y se llama sermón XXI. Además, ambos sermones en los Leccionarios de la basílica de San Pedro no solo se enumeran bajo el título de la Pasión del Señor, sino que también se encuentran intercalados entre otros del mismo título, y no se colocan al final; de modo que no puede haber duda de que el título de Resurrección haya sido omitido por negligencia de los copistas. En los manuscritos también de la colección 2 se leen de la misma manera confundidos entre los sermones de la Pasión; y lo mismo ocurre, aunque en otro orden, en el manuscrito Casinense colección 1, así como en dos Leccionarios manuscritos, el Veneciano 153 y el Vallicelliano II, en el primero de los cuales solo se lee el primer sermón, y en el segundo, el segundo se inserta entre los demás sermones de la Pasión. En los manuscritos de la colección 5, que presenta otro orden, ambos sermones se describen de manera similar bajo el título de la Pasión del Señor. Sin embargo, el ejemplar que utilizó Florus Lugdunensis, que cita el primer y segundo sermón entre nosotros como de la Resurrección, los alega como el 10 y 11 de la Pasión del Señor, era similar a los Leccionarios de la basílica de San Pedro, en los cuales se cuentan entre los sermones de la Pasión con los mismos números.

3. No dudamos que estos sermones fueron pronunciados el Sábado Santo, según los documentos presentados por Quesnel en los números 2 y 5. Si Hincmaro de Reims, en el libro sobre la Predestinación, capítulo 33, citó el primer sermón, que el Santo Pontífice había rechazado en el sermón anterior capítulo 6 para ser tenido en el día del sábado, de esta manera: "También en la homilía del Sábado Santo"; el segundo sermón igualmente se inscribe de manera similar en el Leccionario manuscrito Vaticano 4951: "Sermón del Beato León Papa en el Santo Sábado"; y el mismo título se menciona en otro códice antiquísimo descubierto por el escritor del códice Barberini 3520. No hay duda de que fueron pronunciados en las vigiliass de Pascua, cuando la conmemoración de la Pasión del Señor es seguida por el oficio de la Resurrección; pues en estos mismos sermones se hace mención de ambos misterios.

3. Quesnellus afirma en el n. 4 que la historia de la pasión y resurrección del Señor fue leída en la Iglesia este sábado. Esto lo dedujo del sermón 2 sobre la Resurrección, que fue pronunciado el sábado santo, c. 1, donde se dice que el texto de la historia, inspirado divinamente, mostró claramente cómo el Señor Jesucristo fue entregado por impiedad, a qué juicio fue sometido, con qué crueldad fue crucificado y con qué gloria resucitó. Esto indica que la historia de la pasión y resurrección fue leída del Evangelio; sin embargo, no atribuyen tan claramente la lectura de ambos misterios al mismo día del sábado, de modo que no se pueda entender que la lectura de la pasión se realizó el día anterior, es decir, en la Parasceve, y la lectura de la resurrección siguió en la noche del sábado santo durante las vigiliass de Pascua. Quizás Quesnellus creyó que las palabras de este capítulo alabado, que se citan a continuación, "Siga el oficio de exhortación a la solemníssima lectura", se referían más a la lectura de la pasión que a la de la resurrección, precediendo al sermón el mismo día del sábado; lo cual, sin embargo, no está completamente comprobado. Ningún orden antiguo, ningún capítulo, de los Evangelios indica esta lectura para ese día. Pero dado que estos son posteriores, pudo haber sido que en tiempos de León este rito estuviera vigente, tal como estaba entre los griegos al menos en la Iglesia de Antioquía, como se evidencia en la homilía

87 sobre Mateo, pronunciada por San Juan Crisóstomo en Antioquía, donde afirma que la historia de la pasión fue leída públicamente en la gran víspera de Pascua. De aquí que el argumento propuesto por Quesnellus en el n. 4 sea menos eficaz.

5. Asimismo, la primera razón de que el día pascual estuviera muy ocupado no convence en absoluto. Así como no puede probarse para excluir los sermones de San Agustín, Pedro Crisólogo, Gregorio Magno y otros obispos del día pascual, los cuales es certísimo que se pronunciaron en Pascua, tampoco es válida para excluir los sermones de León de ese día. El testimonio de Sozomeno presentado por Quesnel en el número 6 obliga mucho menos, como se verá por lo que anotaremos sobre el sentido mismo de Sozomeno en la disertación 1 de Quesnel, capítulo 12. Solo los documentos números 2 y 5 presentados por Quesnel para establecer el sábado santo hemos aprobado y confirmado como suficientemente eficaces, pero de tal manera que no fue en el mismo día del sábado, sino en la noche de ese mismo día, cuando comenzaba el oficio en las vigiliass de la resurrección pascual, que queda claro que se recitaron los sermones siguientes; de donde también se elimina la tercera razón de Quesnel, que sostiene que se habló de la Resurrección por anticipado.

281 SERMO LXXI [Al. LXIX]. Sobre la Resurrección del Señor I; pronunciado el Sábado Santo en las vigiliass de Pascua.

SINOPSIS. I.

Es necesario cuidar que el fruto del ayuno no se pierda, para que quienes han muerto con Cristo, también resuciten con Él.---II. Los días de sepultura fueron acortados por causa de los discípulos.---III. Cristo demostró su resurrección con muchos argumentos.---IV. Qué cambio se produjo en la carne de Cristo por la resurrección.---V. El cristiano debe adherirse con la mente a las cosas celestiales, despreciando las terrenales.---VI. Se debe evitar que alguien vuelva al placer del pecado después de la fiesta pascual.

CAP. I.

En el sermón anterior, amadísimos, no sin razón, según creo, os insinuamos la participación en la cruz de Cristo, para que el sacramento pascual esté presente en la vida de los creyentes, y lo que se honra en la fiesta se celebre con las costumbres. Cuán útil es esto, lo habéis comprobado vosotros mismos, y de vuestra devoción habéis aprendido cuánto benefician a las almas y a los cuerpos los ayunos prolongados, las oraciones más frecuentes y las limosnas más generosas. Pues casi no hay nadie que no haya progresado con este ejercicio, y en lo íntimo de su conciencia haya encontrado algo con lo que pueda alegrarse rectamente. Pero estas ganancias deben ser guardadas con perseverante vigilancia, para que, al relajarse el esfuerzo, la envidia del diablo no robe lo que la gracia de Dios ha concedido. Así, con la observancia de los cuarenta días, hemos querido lograr que sintamos algo de la cruz en el tiempo de la pasión del Señor, debemos esforzarnos para que también seamos hallados partícipes de la resurrección de Cristo, y pasemos de la muerte a la vida mientras estamos en este cuerpo. Pues para cada hombre que se transforma de una cosa a otra por alguna conversión, el fin es no ser lo que fue, y el comienzo, ser lo que no fue. Pero importa a quién se muere o a quién se vive: porque hay una muerte que es causa de vida, y hay una vida que es causa de muerte. Y no se busca en otro lugar que en este mundo transitorio; y de la calidad de las acciones temporales dependen las diferencias de las retribuciones eternas. Por tanto, hay que morir al diablo y vivir para Dios; hay que desfallecer en la iniquidad, para resucitar en la justicia. Que lo viejo muera, para que lo nuevo nazca. Y puesto que, como dice la

Verdad, nadie puede servir a dos señores (Mateo 6, 24; Lucas 16, 13), que sea Señor no aquel que empujó a los que estaban de pie hacia la ruina, sino aquel que levantó a los caídos hacia la gloria.

CAP. II.

Diciendo, por tanto, el Apóstol: El primer hombre, de la tierra, terrenal; el segundo hombre, del cielo, celestial. Como es el terrenal, así son los terrenales; y como es el celestial, así son los celestiales. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo (I Cor. XV, 47, 49); debemos alegrarnos mucho por esta transformación, por la cual somos trasladados de la ignominia terrenal a la dignidad celestial por la inefable misericordia de aquel que, para elevarnos a su condición, descendió a la nuestra; para asumir no solo la sustancia, sino también la condición de la naturaleza pecadora, y para que su divina impassibilidad sufriera lo que la miserable mortalidad humana experimenta. Por lo tanto, para que la larga tristeza no torturara las almas turbadas de los discípulos, acortó con tan maravillosa rapidez la anunciada espera de tres días, que al coincidir la última parte del primer día con la primera del tercero, se redujo algo el espacio de tiempo, sin perderse nada en el número de días. La resurrección del Salvador no dejó el alma en el infierno, ni el cuerpo mucho tiempo en el sepulcro; y la vivificación de la carne incorrupta fue tan veloz, que allí hubo más semejanza con el sueño que con la muerte: porque la Deidad, que no se apartó de ninguna de las dos sustancias del hombre asumido, unió con poder lo que con poder había dividido.

CAP. III.

Siguieron, por tanto, muchos documentos que establecieron la autoridad de predicar la fe por todo el mundo. Y aunque la remoción de la piedra, la vacuidad del sepulcro, la disposición de los lienzos, y los relatos detallados de los ángeles demostraran abundantemente la verdad de la resurrección del Señor; sin embargo, se manifestó frecuentemente a la vista de las mujeres y a los ojos de los apóstoles (Hech. I, 3): no solo hablando con ellos, sino también habitando y compartiendo la mesa, permitiendo que aquellos que dudaban lo tocaran con curiosidad y diligencia. Por eso, entraba a los discípulos con las puertas cerradas (Juan XX, 19), y con su aliento daba el Espíritu Santo, y al dar la luz de la inteligencia, revelaba los secretos de las Sagradas Escrituras (Luc. XXIV, 27), y nuevamente mostraba la misma herida del costado, las marcas de los clavos, y todos los signos más recientes de la pasión (Juan XX, 27), para que se reconociera que en Él permanecía indivisible la propiedad de la naturaleza divina y humana, y así supiéramos que el Verbo no es lo mismo que la carne, para que confesáramos a un solo Hijo de Dios, el Verbo y la carne.

CAP. IV.

No disuena, amadísimos, con esta fe el maestro de las naciones, el apóstol Pablo, cuando dice: Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así (II Cor. V, 16). Pues la resurrección del Señor no fue el fin de la carne, sino una transformación, y la sustancia no fue consumida por el aumento de la virtud. La cualidad cambió, pero la naturaleza no falló; y el cuerpo se hizo impassible, el cual pudo ser crucificado; se hizo inmortal, el cual pudo ser muerto; se hizo incorruptible, el cual pudo ser herido. Y con razón se dice que la carne de Cristo, en el estado en que fue conocida, no se conoce: porque nada en ella quedó pasible, nada quedó débil, de modo que es la misma por esencia, y no es la misma por gloria. ¿Y qué maravilla hay en que esto se profese del cuerpo de Cristo, quien dice de

todos los cristianos espirituales: Por tanto, desde ahora a nadie conocemos según la carne (II Cor. V, 16)? Desde este momento, dice, se nos ha hecho el inicio de la resurrección en Cristo, desde que en aquel que murió por todos, precedió la forma de toda nuestra esperanza. No dudamos con desconfianza, ni estamos suspendidos en una expectativa incierta, sino que, habiendo recibido el comienzo de la promesa, con los ojos de la fe ya vemos lo que ha de venir; y gozándonos en el avance de la naturaleza, ya poseemos lo que creemos.

CAP. V.

No permitamos, por tanto, que las apariencias de las cosas temporales nos distraigan, ni que lo terrenal desvíe nuestra contemplación de lo celestial. Consideremos como pasadas aquellas cosas que en su mayor parte ya no existen; y que nuestra mente, atenta a lo que ha de perdurar, fije su deseo allí donde lo que se ofrece es eterno. Pues aunque hemos sido salvados en esperanza y aún llevamos carne corruptible y mortal, con razón se dice que no estamos en la carne si no nos dominan los afectos carnales; y con justicia renunciamos a la denominación de aquello cuya voluntad no seguimos. Así, cuando el Apóstol dice: "No os preocupéis de la carne en sus deseos" (Rom. XIII, 14), entendemos que no se nos prohíbe lo que es congruente con la salud y lo que la debilidad humana requiere. Pero, dado que no debemos servir a todos los deseos ni cumplir todo lo que la carne anhela, reconocemos que se nos ha advertido sobre la necesidad de aplicar la templanza, de modo que a la carne, que está sujeta al juicio del alma, no le concedamos lo superfluo ni le neguemos lo necesario. Por eso, el mismo Apóstol dice en otro lugar: "Nadie jamás odió su propia carne, sino que la nutre y la cuida" (Efes. V, 29); ciertamente, no para los vicios ni para la lujuria, sino para el servicio debido: para que la naturaleza renovada mantenga su orden, y no prevalezcan de manera perversa y vergonzosa las cosas inferiores sobre las superiores, ni las superiores sucumban a las inferiores, y con los vicios dominando al alma, se produzca servidumbre donde debería haber dominio.

CAP. VI.

Reconozca, por tanto, el pueblo de Dios que es una nueva criatura en Cristo, y comprenda atentamente de quién ha sido recibido y a quién ha recibido. Que lo que ha sido hecho nuevo no regrese a la inestable antigüedad; y que no abandone su obra quien ha puesto la mano en el arado (Luc. IX, 62); sino que atienda a lo que siembra, no mire lo que ha dejado atrás. Que nadie recaiga en aquello de lo que se ha levantado, pero incluso si por debilidad corporal aún yace en algunas languideces, desee fervientemente ser sanado y levantado. Esta es, en efecto, la vía de la salvación y la imitación de la resurrección comenzada en Cristo: para que, dado que en la inestabilidad de esta vida no faltan diversas caídas y tropiezos, las huellas de los que caminan se transfieran de lo fluido a lo sólido: porque, como está escrito, los pasos del hombre son dirigidos por el Señor, y Él desea su camino. Cuando el justo cae, no será derribado, porque el Señor sostiene su mano (Sal. XXXVI, 23). Esta meditación, amadísimos, no debe ser retenida solo por la solemnidad pascual, sino para la santificación de toda la vida, y este ejercicio presente debe ser enfocado para que lo que ha deleitado el ánimo de los fieles con la experiencia de una breve observancia, pase a ser costumbre, permanezca inmaculado, y si se infiltra alguna falta, sea borrada con rápido arrepentimiento. Y dado que la curación de las enfermedades antiguas es difícil y lenta, tanto más rápidamente deben aplicarse los remedios cuanto más recientes sean las heridas: para que siempre resurgiendo íntegros de todas las ofensas, merezcamos llegar a aquella incorruptible resurrección de la carne glorificada en Cristo Jesús nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXXII [Al. LXX]. Sobre la resurrección del Señor II.

SINOPSIS. I.

La cruz de Cristo es para nosotros tanto sacramento como ejemplo.---II. Nuestra naturaleza fue asumida por el Verbo en la encarnación, para redimirla como precio.---III. Hemos muerto y resucitado con Cristo, 285 somos fortalecidos por Cristo que permanece con nosotros en la tierra, y somos invitados a la gloria por Él que reina en los cielos.---IV. En todo lugar tenemos tanto la virtud de la cruz como el ejemplo, con los cuales nos armamos contra las pasiones.---V. Debemos aspirar a las cosas celestiales mediante el desprecio de las terrenales, manteniendo la fe en ambas naturalezas de Cristo.---VI. Por el tránsito de Cristo, que no es sino en nuestra naturaleza, se nos prepara el camino hacia las cosas celestiales.---VII. Los eutiquianos son excluidos de la fiesta pascual, ya que niegan nuestra naturaleza en Cristo.

CAP. I.

Todo el sacramento pascual, amadísimos, nos ha sido presentado por la narración evangélica, y así, a través del oído de la carne, ha penetrado el oído de la mente, de modo que a ninguno de nosotros le ha faltado la imagen de los hechos; ya que el texto de la historia divinamente inspirada ha mostrado claramente con qué impiedad fue entregado el Señor Jesucristo, con qué juicio fue condenado, con qué crueldad fue crucificado y con qué gloria fue resucitado. Pero también debe añadirse el deber de nuestro sermón, para que, así como siento que con piadosa expectativa reclamáis el deber de la costumbre, así se una a la solemnidad de la lectura sacratísima la exhortación del sacerdote. Porque, por tanto, en los oídos de los fieles no hay lugar para la ignorancia, la semilla de la palabra, que está en la predicación del Evangelio, debe crecer en la tierra de vuestro corazón, para que, eliminadas las asfixias de espinas y abrojos, las plantaciones de los piadosos sentimientos y los brotes de las rectas voluntades salgan libres hacia sus frutos. Pues la cruz de Cristo, que es ofrecida a los mortales para su salvación, es tanto sacramento como ejemplo: sacramento, en el que se cumple la virtud divina; ejemplo, en el que se incita la devoción humana: ya que a los que han sido liberados del yugo de la cautividad, también les concede la redención que puedan seguir su imitación. Porque si la sabiduría mundana se gloria tanto en sus errores, que cada uno sigue las opiniones, costumbres y todas las instituciones de aquel a quien ha elegido como guía, ¿qué comunión tendremos con el nombre de Cristo, sino que nos unamos inseparablemente a Él, quien, como Él mismo insinuó, es el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14, 6)? Camino, ciertamente, de la conversación santa, Verdad de la doctrina divina, y Vida de la bienaventuranza sempiterna.

CAP. II.

Porque, habiéndose derrumbado en los primeros padres la plenitud del género humano, Dios, en su misericordia, quiso socorrer a la criatura hecha a su imagen a través de su unigénito Jesucristo, de modo que la restauración de la naturaleza no estuviera fuera de la naturaleza misma, y la segunda condición avanzara más allá de la dignidad de su origen propio. Feliz si no hubiera caído de lo que Dios hizo, pero más feliz si permanece en lo que Él restauró. Fue mucho recibir de Cristo la forma, pero es más tener en Cristo la sustancia. Nos acogió en su propiedad aquella naturaleza (que se inclina con benevolencia a las medidas que desea, y en ninguna parte incurre en la conversión de la mutabilidad. Nos acogió aquella naturaleza) que no consume lo suyo con lo nuestro, ni lo nuestro con lo suyo: que hizo en sí misma una sola persona de la Deidad y la humanidad, de modo que bajo la disposición de las debilidades y

las virtudes, ni la carne pudiera ser inviolable por la Divinidad, ni la Divinidad pasible por la carne. Nos acogió aquella naturaleza que no rompió la descendencia de nuestro género del camino común, y excluyó el contagio del pecado que pasa a todos los hombres. La debilidad y la mortalidad, que no eran pecado, sino pena del pecado, fueron asumidas por el Redentor del mundo para el suplicio, para que se ofrecieran como precio. Lo que, por tanto, en todos los hombres era una transfusión de condenación, en Cristo es un sacramento de piedad. Se ofreció al cruel acreedor libre de deuda, y permitió que las manos judías, ministras del diablo, infligieran tormento a su carne inmaculada. Quiso que esta carne fuera mortal hasta la resurrección, para que los creyentes en Él no temieran ni la persecución insuperable ni la muerte: ya que no debía haber duda sobre la participación en la gloria, así como no debía haber duda sobre la comunión de la naturaleza.

CAP. III.

Si, por lo tanto, amadísimos, creemos sin vacilar en el corazón lo que profesamos con la boca, nosotros en Cristo hemos sido crucificados, nosotros hemos muerto, nosotros hemos sido sepultados, nosotros también hemos resucitado con Él al tercer día. Por eso el Apóstol dice: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con Él en gloria (Colosenses III, 1-4). Para que los corazones de los fieles sepan que tienen de dónde elevarse hacia la sabiduría celestial, despreciando las codicias del mundo, el Señor nos promete su presencia, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Pues no en vano el Espíritu Santo había dicho por medio de Isaías: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo; y llamarán su nombre Emmanuel, que interpretado es, Dios con nosotros (Isaías VII, 14; Mateo II, 23). Jesús, por lo tanto, cumple la propiedad de su nombre, y quien ascendió a los cielos no abandona a los adoptados; quien se sienta a la derecha del Padre es el mismo habitante de todo el cuerpo; y Él mismo abajo conforta para la paciencia, quien arriba invita a la gloria.

CAP. IV.

Por lo tanto, no debemos dejarnos engañar por las vanidades ni temer ante las adversidades. Allí nos seducen las ilusiones, y aquí se intensifican los trabajos. Pero como la misericordia del Señor llena la tierra (Sal. 32, 5), la victoria de Cristo está siempre con nosotros, para que se cumpla lo que dice: No temáis, porque yo he vencido al mundo (Juan 16, 33). Así pues, ya sea que luchemos contra la ambición del mundo, contra las concupiscencias de la carne, o contra los dardos de los herejes, siempre debemos armarnos con la cruz del Señor. Pues nunca nos alejamos de la fiesta pascual si nos abstenemos del fermento de la malicia antigua (con la sinceridad de la verdad). Entre todas las variedades de esta vida, que están llenas de diversas pasiones, debemos recordar la exhortación apostólica que nos instruye, diciendo: Tened en vosotros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre. Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2, 5-11). Si comprendéis, dice, el gran misterio de la piedad, y consideráis

lo que el Hijo unigénito de Dios hizo por la salvación del género humano, tened en vosotros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús, cuya humildad no debe ser despreciada por los ricos ni avergonzar a los nobles. Pues ninguna felicidad humana puede elevarse tanto que considere vergonzoso que, permaneciendo Dios en forma de Dios, no considerara indigno tomar la forma de siervo.

CAP. V.

Imiten lo que él obró; amen lo que él amó, y encontrando en ustedes la gracia de Dios, correspondan a su naturaleza en él. Porque así como él no perdió sus riquezas con la pobreza, no disminuyó su gloria con la humildad, ni perdió su eternidad con la muerte, así también ustedes, por los mismos grados y las mismas huellas, para alcanzar lo celestial, desprecien lo terrenal. La aceptación de la cruz es la muerte de las codicias, la eliminación de los vicios, el rechazo de la vanidad y la renuncia a todo error. Pues cuando se celebra la Pascua del Señor, no la celebra el impúdico, ni el lujurioso, ni el soberbio, ni el avaro; sin embargo, nadie está más alejado de esta festividad que los herejes, especialmente aquellos que tienen una mala opinión sobre la encarnación del Verbo, ya sea disminuyendo lo que es de la Deidad o anulando lo que es de la carne. Porque el Hijo de Dios es verdadero Dios, teniendo todo del Padre lo que el Padre es, sin principio temporal, sin cambio por variedad; ni dividido del uno, ni diverso del omnipotente, unigénito eterno del eterno Padre: para que la mente fiel, creyendo en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, en la misma esencia de una Deidad, no divida la unidad en grados, ni confunda la Trinidad con singularidad. No basta conocer al Hijo de Dios solo en la naturaleza del Padre, si no lo reconocemos en la nuestra sin que se aparte de lo propio. Pues aquella aniquilación que dedicó a la reparación humana fue una dispensación de misericordia, no una privación de poder. Porque cuando, por el eterno consejo de Dios, no había otro nombre dado a los hombres bajo el cielo en el cual debamos ser salvados (Hechos IV, 12); el invisible hizo visible, el intemporal hizo temporal, el impassible hizo pasible su sustancia: no para que la virtud fallara en la debilidad, sino para que la debilidad pudiera pasar a la virtud incorruptible.

CAP. VI.

Por lo cual, la festividad que nosotros llamamos Pascua se denomina entre los hebreos Phase, es decir, tránsito, como atestigua el evangelista al decir: Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre (Juan XIII, 1). ¿De qué naturaleza sería este tránsito, sino de la nuestra, ya que inseparablemente el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre? Pero como el Verbo y la carne son una sola persona, el recibido no se divide del que recibe, y el honor de ser elevado se llama aumento del que eleva, como dice el Apóstol, lo que ya hemos mencionado: Por lo cual Dios también lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses II, 9). En esto, ciertamente, se encomia la exaltación del hombre asumido: para que en cuyas pasiones la Deidad permanece indivisible, el mismo sea coeterno en la gloria de la Deidad. Para esta participación del don inefable, el mismo Señor preparaba el bienaventurado tránsito para sus fieles, cuando ya próximo a la inminente pasión, no solo suplicaba por sus apóstoles y discípulos, sino también por toda la Iglesia, y decía: No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que ellos también sean uno en nosotros (Juan XVII, 20, 21).

CAP. VII.

De cuya unidad no podrán tener consorcio aquellos que niegan que en el Hijo de Dios, verdadero Dios, permanece la naturaleza humana, impugnadores del sacramento salvífico y exiliados de la fiesta pascual; ya que, al disentir del Evangelio y contradecir el Símbolo, no pueden celebrar con nosotros: porque, aunque se atrevan a asumir el nombre de cristianos, son rechazados por toda criatura de la cual Cristo es cabeza; vosotros, con razón, os regocijáis en esta solemnidad y os alegráis piadosamente, no aceptando ninguna mentira en la verdad, ni dudando de la natividad de Cristo según la carne, ni de su pasión y muerte, ni de su resurrección corporal: ya que sin ninguna separación de la Deidad, reconocéis al verdadero Cristo desde el vientre de la Virgen, verdadero en el madero de la cruz, verdadero en el sepulcro de la carne, verdadero en la gloria de la resurrección, verdadero en la diestra de la majestad paterna. Por lo cual también, como dice el Apóstol, esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humildad para ser conforme al cuerpo de su gloria (Filipenses 3, 20), quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

290 SERMO LXXIII [Al. LXXI]. Sobre la Ascensión del Señor I.

SINOPSIS.I.

Y la permanencia de Cristo en la tierra después de la resurrección, y la duda de los discípulos, fueron dispuestas para confirmar la fe.---II. Cuántas cosas fueron hechas por Cristo en estos días.---III. Con el toque de sus heridas, fortaleció los corazones temerosos de los discípulos.--IV. La ascensión de Cristo llenó de alegría a aquellos que la muerte había hecho temerosos y la resurrección había dejado dudosos. Se ha otorgado más a través de Cristo de lo que fue quitado por el diablo.

CAP. I.

Después de la bienaventurada y gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el verdadero templo de Dios, destruido por la impiedad judía, fue levantado por el poder divino en tres días, hoy se ha cumplido el cuadragésimo día, amadísimos, de los santos días, dispuesto por una ordenación sacratísima y dedicado a la utilidad de nuestra instrucción: para que, mientras el Señor prolongaba su presencia corporal en este período, la fe en la resurrección se fortaleciera con los testimonios necesarios. Pues la muerte de Cristo había turbado mucho los corazones de los discípulos, y por el suplicio de la cruz, por la entrega del espíritu, por la sepultura del cuerpo inanimado, un cierto letargo de desconfianza había invadido las mentes afligidas por la tristeza. Porque cuando las santas mujeres, como lo revela la historia evangélica, anunciaron que la piedra había sido removida del sepulcro, que el sepulcro estaba vacío de cuerpo, y que los ángeles testigos del Señor viviente, sus palabras parecían a los apóstoles y a otros discípulos semejantes a delirios. Sin duda, el Espíritu de verdad no habría permitido que esta vacilación, tambaleante por la debilidad humana, existiera en los corazones de sus predicadores, si esa inquietud temerosa y esa curiosa duda no hubieran sentado las bases de nuestra fe. Por lo tanto, se atendía a nuestras perturbaciones y peligros en los apóstoles: en esos hombres se nos enseñaba a nosotros contra las calumnias de los impíos y contra los argumentos de la sabiduría terrenal. Nos instruyó su visión, nos educó su audición, nos confirmó su contacto. Demos gracias a la divina disposición y a la necesaria tardanza de los santos Padres. Ellos dudaron, para que nosotros no dudáramos.

CAP. II.

No, por tanto, esos días, amadísimos, que transcurrieron entre la resurrección del Señor y su ascensión, no pasaron en un curso ocioso; sino que en ellos se confirmaron grandes sacramentos, se revelaron grandes misterios. En estos días se quita el temor de la muerte terrible, y se declara la inmortalidad no solo del alma, sino también del cuerpo. En estos días, por la insuflación del Señor, se infunde el Espíritu Santo a todos los apóstoles; y al bienaventurado apóstol Pedro, sobre los demás, después de las llaves del reino, se le encomienda el cuidado del rebaño del Señor. En estos días, el Señor se une como tercer compañero en el camino a dos discípulos (Luc. XXIV, 15), y para disipar toda la oscuridad de nuestra duda, se reprende la lentitud de los que temen y tiemblan. Los corazones iluminados conciben la llama de la fe; y los que estaban tibios, al abrir el Señor las Escrituras, se vuelven ardientes. En la fracción del pan también se abren los ojos de los que comen juntos; mucho más felizmente se abren los ojos de estos, a quienes se les manifiesta la glorificación de su naturaleza, que los de aquellos príncipes de nuestro linaje, a quienes se les impuso la confusión de su prevaricación.

CAP. III.

Entre estos y otros milagros, mientras los discípulos se agitaban con pensamientos temerosos, y el Señor se apareció en medio de ellos y dijo: "Paz a vosotros" (Luc. 24, 36; Juan 20, 26), para que no permaneciera en sus opiniones lo que se agitaba en sus corazones (pues pensaban que veían un espíritu, no carne), reprendió los pensamientos discordantes de la verdad, mostrando a los ojos de los dudosos las señales de la cruz que permanecían en sus manos y pies, e invitó a que se examinaran con más detalle: porque para sanar las heridas de los corazones incrédulos, se habían conservado las huellas de los clavos y de la lanza, para que no con una fe dudosa, sino con un conocimiento firmísimo, se mantuviera que esa naturaleza se sentaría en el trono del Padre de Dios, la cual había yacido en el sepulcro.

CAP. IV.

Por tanto, durante todo este tiempo, amadísimos, que transcurrió entre la resurrección del Señor y su ascensión, la providencia de Dios dispuso, enseñó e insinuó a los ojos y corazones de los suyos que el Señor Jesucristo fuera verdaderamente reconocido como resucitado, quien verdaderamente había nacido, padecido y muerto. Por ello, los bienaventurados apóstoles y todos los discípulos, que habían estado temerosos por el desenlace de la cruz y dudaban de la fe en la resurrección, fueron fortalecidos por la verdad tan evidente, que al ascender el Señor a las alturas de los cielos, no solo no se sintieron afligidos por la tristeza, sino que también se llenaron de gran gozo (Luc. XXIV, 52). Y en verdad, era una gran e inefable causa de alegría, cuando en presencia de la santa multitud, la naturaleza del género humano ascendía sobre la dignidad de todas las criaturas celestiales, superando los órdenes angélicos y siendo elevada más allá de las alturas de los arcángeles, sin tener límite alguno en su promoción, hasta que, recibida en el consorcio del Padre eterno, se uniera en el trono de aquella gloria a cuya naturaleza estaba unida en el Hijo. Porque, por tanto, la ascensión de Cristo es nuestra promoción, y adonde precedió la gloria de la cabeza, allí es llamada la esperanza del cuerpo, con dignos gozos, amadísimos, exultemos y con piadosa acción de gracias nos alegremos. Hoy, en efecto, no solo hemos sido confirmados como poseedores del paraíso, sino que también hemos penetrado en los cielos en Cristo: hemos obtenido más por la inefable gracia de Cristo de lo que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues aquellos a quienes el enemigo virulento arrojó de la felicidad de la primera morada, el Hijo de Dios, unidos a Él, los colocó a la derecha del Padre: con quien vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXIV [Al. LXXII]. Sobre la Ascensión del Señor II.

SINOPSIS. I.

La Ascensión y el cumplimiento de nuestro gozo, y que nuestra fe y esperanza se hagan más admirables. ---II. Para que pudiéramos ser capaces de la bienaventuranza, Cristo ascendió al cielo, donde permanecerá hasta el día del juicio. ---III. La fe ha sido así fortalecida por la ascensión, de tal manera que no pudo ser vencida por ningún tormento, incluso en las jóvenes más tiernas. ---IV. Cristo se dio a conocer de manera más excelente a través de la ascensión, y estuvo más presente en su Divinidad. Qué significa el coloquio angélico. ---V. La ascensión de Cristo nos impulsa a despreciar las cosas terrenales como peregrinos, y a ser impulsados por la caridad, sin la cual no se puede ir hacia Cristo.

CAP. I.

El sacramento, amadísimos, de nuestra salvación, que el creador del universo valoró al precio de su sangre, se cumplió desde el día de su nacimiento corporal hasta el final de su pasión, a través de la dispensación de la humildad. Y aunque muchos signos de la Divinidad resplandecieron incluso en la forma de siervo, la acción de ese tiempo se refirió propiamente a demostrar la verdad del hombre asumido. Después de la pasión, rotas las cadenas de la muerte, que había desplegado su poder sobre aquel que no conocía el pecado: la debilidad se transformó en virtud, la mortalidad en eternidad, la afrenta en gloria: la cual el Señor Jesucristo manifestó a muchos con pruebas claras y evidentes (Hechos I, 3), hasta que llevó el triunfo de la victoria, que había obtenido de entre los muertos, al cielo. Así como en la solemnidad pascual la resurrección del Señor fue para nosotros motivo de alegría, de igual manera su ascensión a los cielos es para nosotros motivo de gozo presente, al recordar y venerar debidamente aquel día en que la naturaleza de nuestra humildad en Cristo fue elevada sobre toda la milicia celestial, sobre todos los órdenes de los ángeles, y más allá de toda la altura de las potestades, al asiento del Padre de Dios. En este orden de obras divinas fuimos cimentados, fuimos edificados: para que la gracia de Dios se hiciera más admirable, cuando, alejados de la vista de los hombres, aquellos que con razón se sentían inducidos a la reverencia, la fe no dudara, la esperanza no vacilara, la caridad no se enfriara. Pues aquí está la fuerza de las grandes mentes, y esta es la luz de las almas muy fieles, creer sin vacilar en lo que no se ve con la mirada corporal, y fijar el deseo allí donde no se puede llevar la vista. Pero, ¿de dónde nacería esta piedad en nuestros corazones, o cómo se justificaría alguien por la fe, si nuestra salvación consistiera solo en lo que está sujeto a la vista? Por eso, al hombre que parecía dudar de la resurrección de Cristo, a menos que explorara con la vista y el tacto las huellas de la pasión en su carne, el Señor le dijo: Porque me has visto, has creído: bienaventurados los que no vieron, y creyeron (Juan XX, 19).

CAP. II.

Para que pudiéramos ser capaces de esta bienaventuranza, amadísimos, cumplidos todos los aspectos que correspondían a la predicación evangélica y a los misterios del Nuevo Testamento, nuestro Señor Jesucristo, al cuadragésimo día después de la resurrección, fue elevado al cielo ante los discípulos (Luc. XXIV, 50; Mat. XVI, 19), dejando de lado la forma de presencia corporal, para permanecer a la derecha del Padre, hasta que se cumplan los tiempos divinamente establecidos para la multiplicación de los hijos de la Iglesia, y venga a juzgar a los vivos y a los muertos en la misma carne en la que ascendió. Lo que fue visible de

nuestro Redentor, se ha transformado en sacramentos; y para que la fe fuera más excelente y firme, a la visión sucedió la doctrina, cuya autoridad, iluminada por los rayos celestiales, seguirían los corazones de los creyentes.

CAP. III.

Esta fe, aumentada por la ascensión del Señor y fortalecida por el don del Espíritu Santo, no fue atemorizada por cadenas, cárceles, exilios, hambre, fuego, desgarros de fieras, ni por los suplicios crueles y refinados de los perseguidores. Por esta fe, en todo el mundo, no solo hombres, sino también mujeres, y no solo niños impúberes, sino también tiernas vírgenes, lucharon hasta el derramamiento de su sangre. Esta fe expulsó demonios, alejó enfermedades, resucitó muertos. Por eso, los mismos bienaventurados apóstoles, que habían sido confirmados por tantos milagros y educados por tantos discursos, aunque se habían espantado por la atrocidad de la pasión del Señor y habían aceptado la verdad de su resurrección no sin vacilación, progresaron tanto con la ascensión del Señor, que todo lo que antes les había infundido temor, se convirtió en alegría. Pues habían elevado toda la contemplación de su espíritu hacia la Divinidad sentada a la derecha del Padre, y ya no eran obstaculizados por la visión corporal, para que no dirigieran la mirada de su mente hacia aquello que no había estado ausente del Padre al descender, ni se había alejado de los discípulos al ascender.

CAP. IV.

Entonces, amadísimos, el Hijo del Hombre, Hijo de Dios, se manifestó de manera más excelsa y sagrada cuando regresó a la gloria de la majestad del Padre y comenzó a estar presente de manera más inefable en su Divinidad, aunque se hizo más distante en su humanidad. Entonces, la fe más instruida comenzó a acercarse con el paso de la mente al Hijo igual al Padre, y no necesitó el contacto de la sustancia corporal en Cristo, en la cual es menor que el Padre (Juan 14, 28), ya que, permaneciendo la naturaleza del cuerpo glorificado, la fe de los creyentes era llamada a donde el Unigénito igual al Padre sería tocado no con mano carnal, sino con intelecto espiritual. De ahí que, después de su resurrección, el Señor, cuando María Magdalena, representando a la Iglesia, se apresuraba a acercarse para tocarlo, le dice: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre (Juan 20, 17): es decir, no quiero que vengas a mí corporalmente, ni que me reconozcas con el sentido de la carne; te diferencio a cosas más sublimes, te preparo cosas mayores. Cuando haya ascendido a mi Padre, entonces me palparás de manera más perfecta y verdadera, aprehendiendo lo que no tocas y creyendo lo que no ves. Y cuando los ojos de los discípulos seguidores miraban con atenta admiración al Señor ascendiendo a los cielos, se presentaron ante ellos dos ángeles resplandecientes con el maravilloso brillo de sus vestiduras, quienes dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1, 11). Con estas palabras, todos los hijos de la Iglesia eran enseñados a creer que Jesucristo vendría visible en la misma carne en la que había ascendido; y no podía dudarse que todo le estaba sujeto, a quien desde el mismo comienzo de su nacimiento corporal había servido la servidumbre angélica. Pues así como el ángel anunció a la bienaventurada Virgen que Cristo sería concebido del Espíritu Santo, así también la voz celestial cantó a los pastores sobre su nacimiento de la Virgen: así como los primeros testimonios de los mensajeros celestiales enseñaron que había resucitado de entre los muertos, así también los oficios de los ángeles proclamaron que vendría en la misma carne a juzgar al mundo: para que entiendiéramos cuán grandes potestades estarán presentes con el que juzgará, a quien tan grandes sirvieron incluso en su juicio.

CAP. V.

Exultemos, pues, amadísimos, con gozo espiritual, y alegrándonos con una acción de gracias digna ante Dios, elevemos los ojos del corazón hacia aquella altura en la que está Cristo. Que los deseos terrenales no depriman las almas llamadas hacia lo alto; que las cosas perecederas no ocupen a los que han sido elegidos para lo eterno; que las seducciones engañosas no retrasen a los que han ingresado en el camino de la verdad; y que así los fieles recorran estas cosas temporales, reconociendo que son peregrinos en este valle del mundo, en el cual, aunque algunos placeres puedan halagar, no deben ser abrazados con malicia, sino superados con fortaleza. A esta devoción nos incita el beatísimo apóstol Pedro; y según aquel amor que concibió para apacentar las ovejas de Cristo con la triple profesión de amor al Señor (Juan 21, 15-17), suplicando dice: Amadísimos, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales, que combaten contra el alma (1 Pedro 2, 11). ¿Y a quién sino al diablo combaten los placeres carnales, que se deleita en atar con las delectaciones de los bienes corruptibles a las almas que tienden hacia lo alto y en apartarlas de aquellas moradas de las que él mismo cayó? Contra cuyas insidias debe cada fiel vigilar sabiamente, para que pueda vencer a su enemigo en aquello en lo que es tentado. Nada hay más poderoso, amadísimos, contra los engaños del diablo, que la benignidad de la misericordia y la generosidad de la caridad, por la cual todo pecado es evitado o vencido. Pero la sublimidad de esta virtud no se alcanza antes de que aquello que le es adverso sea destruido. ¿Y qué es tan enemigo de la misericordia y de las obras de caridad como la avaricia, de cuya raíz surge el germen de todos los males? Que si no se destruye en sus fomentos, es necesario que en el campo del corazón en el que ha prosperado la planta de este mal, broten más bien espinas y abrojos de vicios, que cualquier semilla de verdadera virtud. Resistamos, pues, amadísimos, a este mal tan pernicioso, y sigamos la caridad, sin la cual ninguna virtud puede florecer (1 Corintios 13), para que por este camino de amor, por el cual Cristo descendió hacia nosotros, también nosotros podamos ascender hacia Él, a quien con Dios Padre y el Espíritu Santo sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO LXXV [Al. LXXIII]. De Pentecostés I.

SINOPSIS. I.

La Pentecostés cristiana corresponde a la mosaica.---II. Qué rápidamente y de manera maravillosa fueron instruidos por el Espíritu Santo los discípulos.---III. Se explica la perfecta igualdad de personas en la Santísima Trinidad.---IV. El error de los macedonianos contra el Espíritu Santo, quien es la fuente y causa de todo bien.---V. Todo en la Iglesia es santificado por el Espíritu Santo, y hasta los mismos ayunos son instituidos por él.

CAP. I.

La solemnidad de hoy, amadísimos, es reconocida por todos los corazones católicos como una de las principales fiestas que debe ser venerada; no hay duda de cuánta reverencia se debe a este día, que el Espíritu Santo consagró con el milagro más excelso de su don. Pues desde aquel día en que el Señor ascendió sobre toda la altura de los cielos para sentarse a la derecha de Dios Padre, este es el décimo día que, desde su resurrección, nos ha iluminado como el quincuagésimo desde que comenzó, conteniendo en sí grandes misterios tanto de los antiguos sacramentos como de los nuevos: por los cuales se declara de manera manifiesta que la gracia fue anunciada por la ley, y que la ley fue cumplida por la gracia. Así como al pueblo hebreo, una vez liberado de los egipcios, se le dio la ley en el monte Sinaí el quincuagésimo

día después de la inmolación del cordero (Éxodo XIX, 17); así también, después de la pasión de Cristo, en la cual el verdadero Cordero de Dios fue sacrificado, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles y el pueblo creyente el quincuagésimo día desde su resurrección (Hechos II, 3): para que el cristiano diligente reconozca fácilmente que los inicios del Antiguo Testamento sirvieron a los principios evangélicos, y que el segundo pacto fue establecido por el mismo Espíritu que instituyó el primero.

CAP. II.

Pues, como atestigua la historia apostólica, cuando se cumplían los días de Pentecostés, y estaban todos los discípulos juntos en el mismo lugar, de repente vino del cielo un sonido como de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu Santo les daba que hablasen (Ibid., 1-4). ¡Oh, cuán veloz es la palabra de sabiduría, y donde Dios es el maestro, cuán rápido se aprende lo que se enseña! No se necesitó interpretación para escuchar, ni costumbre para el uso, ni tiempo para el estudio, sino que, soplando donde quiso el Espíritu de verdad (Juan III, 8), las voces propias de cada nación se hicieron comunes en la boca de la Iglesia. Desde este día, la trompeta de la predicación evangélica resonó; desde este día, las lluvias de carismas, los ríos de bendiciones, regaron todo desierto y toda tierra árida; porque para renovar la faz de la tierra, el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (Génesis I, 2), y para ahuyentar las antiguas tinieblas, los relámpagos de la nueva luz resplandecían, con el brillo de las lenguas resplandecientes, y la palabra del Señor era luminosa, y el discurso se concebía encendido, con eficacia para crear entendimiento, consumir el pecado, y con poder para iluminar y fuerza para quemar.

CAP. III.

Aunque, amadísimos, la forma misma del hecho realizado fue muy admirable, y no hay duda de que, en aquel concierto exultante de todas las voces humanas, estuvo presente la majestad del Espíritu Santo, sin embargo, nadie debe pensar que en lo que fue visto con los ojos corporales apareció su sustancia divina. Pues la naturaleza invisible, común al Padre y al Hijo, mostró la calidad de su don y obra con el significado que quiso, pero mantuvo la propiedad de su esencia en su Deidad: porque así como ni al Padre ni al Hijo, tampoco al Espíritu Santo puede alcanzar la visión humana. En la Trinidad divina no hay nada disímil, nada desigual; y todo lo que se puede pensar sobre esa sustancia no está separado ni por virtud, ni por gloria, ni por eternidad. Y aunque en las propiedades de las personas uno es el Padre, otro es el Hijo, otro el Espíritu Santo, no obstante, no hay otra Deidad ni naturaleza diversa. Pues así como el Hijo unigénito es del Padre, y el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no como cualquier criatura, que es del Padre y del Hijo, sino como viviendo y siendo poderoso con ambos, y existiendo eternamente de lo que es el Padre y el Hijo. Por lo tanto, cuando el Señor, antes del día de su pasión, prometió a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, dijo: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis llevar ahora. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad. Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os anunciará lo que ha de venir. Todo lo que tiene el Padre es mío: por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará (Juan 16, 12-15). No son, por tanto, cosas del Padre, otras del Hijo, otras del Espíritu Santo; sino que todo lo que tiene el Padre, lo tiene también el Hijo, y lo tiene el Espíritu Santo; y nunca en esa Trinidad no ha existido esta comunión, porque tenerlo todo allí es lo mismo que existir siempre. No se deben pensar allí tiempos, ni grados, ni diferencias: y si nadie puede explicar

lo que es Dios, nadie se atreva a afirmar lo que no es. Pues es más excusable no hablar dignamente de la naturaleza inefable, que definir lo contrario. Por tanto, todo lo que los corazones piadosos pueden concebir sobre la gloria sempiterna e inmutable del Padre, entiendan inseparable e indiferentemente lo mismo del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso confesamos a esta bienaventurada Trinidad como un solo Dios, porque en estas tres personas no hay diversidad alguna de sustancia, ni de poder, ni de voluntad, ni de operación.

CAP. IV.

Así como detestamos a los arrianos, que quieren establecer alguna distancia entre el Padre y el Hijo, también detestamos igualmente a los macedonianos, quienes, aunque atribuyen igualdad al Padre y al Hijo, consideran que el Espíritu Santo es de naturaleza inferior: no considerando que caen en esa blasfemia que no será perdonada ni en este siglo ni en el futuro, según dice el Señor: Quien diga una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonada; pero quien hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en este siglo ni en el futuro (Mateo XII, 32). Permanecer, por tanto, en esta impiedad es estar sin perdón, porque se ha excluido a sí mismo de aquel por quien podía confesar; y nunca llegará al remedio de la indulgencia, quien no tiene un abogado que interceda por él. Porque de él es la invocación al Padre, de él son las lágrimas de los penitentes, de él son los gemidos de los suplicantes; y nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3); cuya omnipotencia igual al Padre y al Hijo, y su única Deidad, predica el Apóstol de manera clarísima, diciendo: Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu. Y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor. Y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que obra todo en todos (Ibid., 4-6).

CAP. V.

Con estos, amadísimos, y otros documentos, en los cuales innumerablemente resplandece la autoridad de las palabras divinas, seamos unánimemente incitados a la veneración de Pentecostés, regocijándonos en honor del Espíritu Santo, por quien toda la Iglesia católica es santificada, toda alma racional es imbuida; quien es el inspirador de la fe, el maestro de la ciencia, la fuente del amor, el sello de la castidad, y la causa de toda virtud. Alégrense las mentes de los fieles, porque en todo el mundo un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es alabado por la confesión de todas las lenguas; y porque aquella manifestación, que apareció en forma de fuego, persevera en obra y en don. Pues el mismo Espíritu de verdad hace que la casa de su gloria resplandezca con el brillo de su luz, y en su templo no quiere que haya nada oscuro ni tibio. De cuya ayuda y doctrina también se nos ha concedido la purificación mediante ayunos y limosnas. Porque a este día venerable le sigue la costumbre de una observancia muy saludable, que todos los santos siempre han experimentado como muy útil, y a la cual os exhortamos a celebrar diligentemente con solicitud pastoral: para que si alguna mancha ha sido contraída en los días recientes por negligencia descuidada, sea castigada por la censura del ayuno y corregida por la devoción de la piedad. Ayunemos, pues, el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigiliias con la devoción acostumbrada. Por Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina como un solo Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXVI [Al. LXXIV]. De Pentecostés II.

SINOPSIS. I.

Y por los espirituales, y por los neófitos, se debe disertar sobre el Espíritu Santo.---II. Las personas de la Trinidad son perfectamente iguales en todo, aunque algunas cosas se atribuyan a cada una.---III. En el Antiguo Testamento se dio el Espíritu Santo.---IV. También a los apóstoles se les dio antes de Pentecostés, sin el cual nadie ora bien.---V. ¿Qué es lo que los discípulos aún no podían soportar?---VI. Cómo se refuta la necedad de los maniqueos desde el Evangelio: y en qué tiempo vivió Manes.---VII. Qué insensato es decir que la Iglesia careció del Espíritu Santo hasta Manes.---VIII. Es necesario que niegue que el Espíritu Santo fue dado a la Iglesia, quien niega la verdadera carne de Cristo.---IX. Los ayunos se cuentan entre los dones del Espíritu Santo, y se indican por tradición apostólica.

CAP. I.

Plenamente, queridos hermanos, el texto de las Sagradas Escrituras nos muestra la causa y razón de la solemnidad de hoy, en la cual reconocemos que el Espíritu Santo fue infundido en los discípulos de Cristo el quincuagésimo día después de la resurrección del Señor, que es el décimo desde su ascensión, tal como se esperaba por la promesa. Pero para instruir a los nuevos hijos de la Iglesia, es necesario añadir también la obediencia de nuestro discurso. No tememos que los espirituales y eruditos desprecien lo conocido, ya que su fruto consiste en querer que lo que ellos han aprendido con gran provecho se insinúe a tantos como sea posible. Que la dispensación de los dones divinos se realice, pues, en los corazones de todos, y que los instruidos e ignorantes no desprecien el servicio de nuestra palabra: aquellos para demostrar que aman lo que conocen, estos para mostrar que desean lo que desconocen. A esta preparación vuestra asistirá la generosidad de aquel cuya majestad intentamos hablar, para que nos haga capaces y abundantes para el progreso de toda la Iglesia.

CAP. II.

Por tanto, cuando dirigimos los ojos de la mente para comprender la dignidad del Espíritu Santo, no pensemos en nada diferente de la excelencia del Padre y del Hijo: porque en nada se aparta de su unidad la esencia de la divina Trinidad. Es eterno para el Padre ser el generador de su Hijo coeterno. Es eterno para el Hijo ser engendrado intemporalmente por el Padre. También es eterno para el Espíritu Santo ser el Espíritu del Padre y del Hijo: de modo que nunca el Padre está sin el Hijo, nunca el Hijo sin el Padre, nunca el Padre y el Hijo han estado sin el Espíritu Santo; y excluidos todos los grados de existencia, ninguna persona es anterior, ninguna posterior. Porque la Deidad inmutable de esta bienaventurada Trinidad es una en sustancia, indivisa en obra, concorde en voluntad, igual en poder, igual en gloria. Y cuando la Sagrada Escritura habla de ella de tal manera que asigna algo en hechos o palabras que parece convenir a cada una de las personas, la fe católica no se perturba, sino que se enseña: para que por la propiedad de la voz o de la obra se nos insinúe la verdad de la Trinidad, y no divida el entendimiento lo que distingue el oído. Por esto, algunas cosas se expresan bajo la denominación del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo, para que la confesión de los fieles no yerre en la Trinidad; que aunque es inseparable, nunca se entendería como Trinidad si siempre se dijera inseparablemente. Por tanto, esta misma dificultad de hablar atrae nuestro corazón hacia la comprensión, y a través de nuestra debilidad, la doctrina celestial nos ayuda: para que, ya que en la Deidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo no debe pensarse ni en singularidad ni en diversidad, la verdadera unidad y la verdadera Trinidad puedan ser percibidas en cierto modo simultáneamente por la mente, pero no puedan ser expresadas simultáneamente por la boca.

CAP. III.

Fundada, pues, amadísimos, esta fe en nuestros corazones, por la cual creemos saludablemente que toda la Trinidad es a la vez una sola virtud, una sola majestad, una sola sustancia, indivisible en obra, inseparable en amor, indistinta en poder, llenando todo a la vez, conteniendo todo al mismo tiempo: porque lo que es el Padre, eso es también el Hijo, eso es también el Espíritu Santo; y la verdadera Deidad no puede ser en nada ni mayor ni menor, la cual debe ser confesada en tres personas, de modo que la Trinidad no admita soledad y la igualdad conserve la unidad. Con esta fe, digo, amadísimos, firmemente asida, no dudemos que cuando en el día de Pentecostés el Espíritu Santo llenó a los discípulos del Señor, no fue el inicio de su don, sino una adición de generosidad: ya que tanto los patriarcas, como los profetas, y los sacerdotes, y todos los santos que existieron en tiempos anteriores, fueron vivificados por la misma santificación del Espíritu; y sin esta gracia nunca se instituyeron sacramentos, ni se celebraron misterios: para que siempre fuera la misma la virtud de los carismas, aunque no fuera la misma la medida de los dones.

CAP. IV.

Los mismos bienaventurados apóstoles, antes de la pasión del Señor, no carecían del Espíritu Santo, ni la potencia de esta virtud estaba ausente de las obras del Salvador. Y cuando a los discípulos les otorgaba la curación de enfermedades y el poder de expulsar demonios, ciertamente les concedía los efectos de su Espíritu, en el cual la impiedad de los judíos negaba que Él mandara a los espíritus inmundos, y atribuía los beneficios divinos al diablo (Luc. X, 19). Por lo cual, aquellos que blasfemaban de tal manera merecidamente recibieron la sentencia del Señor, que dijo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada a los hombres. Y cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonada; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en este siglo, ni en el venidero (Mat. XII, 31-32). De donde es manifiesto que el perdón de los pecados no se realiza sin la intercesión del Espíritu Santo, ni nadie puede gemir como conviene, o rezar como debe, sin Él, como dice el Apóstol: Porque no sabemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom. VIII, 26); y: Nadie puede decir "Jesús es el Señor", sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3): de lo cual es extremadamente peligroso y mortal carecer, porque nunca merece perdón quien es abandonado por el intercesor. Todos, por tanto, amadísimos, que habían creído en el Señor Jesús, tenían infundido en sí el Espíritu Santo, y los apóstoles también entonces habían recibido el poder de perdonar pecados, cuando después de su resurrección el Señor sopló y dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Juan XX, 22). Pero para aquella perfección que había de conferirse a los discípulos, se reservaba una gracia mayor y una inspiración más abundante, por la cual recibirían lo que aún no habían recibido, y podrían tener más excelentemente lo que habían recibido. Por eso el Señor decía: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad. Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará (Juan XVI, 12-14).

304 ¿Qué es, pues, lo que el Señor prometiendo a los discípulos el Espíritu Santo, quien ya había dicho: "Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer", dice además: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad"? ¿Acaso quería el Señor ser entendido como de menor conocimiento, o que había aprendido menos del Padre que el Espíritu Santo? Siendo él

mismo la Verdad, y nada puede el Padre decir, nada puede el Espíritu enseñar sin el Verbo, por eso se dijo: "De lo mío tomará" (Juan 16, 14): porque lo que el Espíritu toma, dado por el Padre, lo da el Hijo. No se trataba, por tanto, de insinuar otra verdad, ni de predicar otra doctrina; sino que era necesario aumentar la capacidad de aquellos que eran enseñados, y multiplicar la constancia de aquella caridad que expulsaría todo temor, y no temería la furia de los perseguidores. Lo cual, ciertamente, los apóstoles, después de haber sido llenos con la nueva abundancia del Espíritu Santo, comenzaron a desear más ardientemente y a poder más eficazmente, progresando desde el conocimiento de los preceptos a la tolerancia de las pasiones: para que, ya sin temer ninguna tempestad, superaran con fe las olas del mundo y las altiveces del siglo, y despreciando la muerte, llevaran el Evangelio de la verdad a todas las naciones.

CAP. VI.

Lo que añadió el Señor, diciendo: "Todo lo que oyere, hablará, y os anunciará las cosas futuras" (Juan XVI, 13), no lo recibamos, amadísimos, con un entendimiento perezoso ni con un oído pasajero. Pues además de otras expresiones de la verdad con las que se refuta la impiedad de los maniqueos, con esta sentencia se derriba clarísimamente todo el dogma de la falsa sacrilegia. Porque para parecer que seguían a un gran y sublime autor, creyeron que en su maestro Manes había aparecido el Espíritu Santo, y que el Paráclito prometido por el Señor no había venido antes de que surgiera este engañador de los infelices: en quien el Espíritu de Dios permaneció de tal manera, que Manes no fue otra cosa que el espíritu que, a través del ministerio de la voz y lengua corporal, conduciría a sus discípulos a toda la verdad, y revelaría los secretos nunca conocidos de los siglos pasados. Cuán falso y vano es esto, lo declara la misma autoridad de la predicación evangélica. Manes, por tanto, ministro de la falsedad diabólica y fundador de la superstición obscena, se dio a conocer para ser condenado en el tiempo en que, después de la resurrección del Señor, se cumplió el año doscientos sesenta, siendo cónsules el emperador Probo y Paulino, cuando ya la octava persecución contra los cristianos se desataba, y millares innumerables de mártires con sus propias victorias demostraron que se había cumplido lo que el Señor había prometido, diciendo: "Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar. Porque se os dará en aquella hora lo que habéis de hablar. Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo X, 19-20).

CAP. VII.

No pudo, por tanto, diferirse la promesa del Señor a través de tantas edades, ni aquel Espíritu de verdad, que el mundo de los impíos no recibió, contuvo de tal manera la septiforme generosidad de sus dones, que privara de su inspiración a tantas generaciones de la Iglesia, hasta que naciera un prodigioso abanderado de mentiras vergonzosas (a quien ni siquiera se le puede atribuir haber recibido una pequeña porción de la divina inspiración: ya que también él proviene de aquella parte del mundo que no puede recibir el Espíritu de verdad). Lleno del espíritu del diablo, se opuso al Espíritu de Cristo; y mientras que a los santos de Dios la doctrina del Paráclito les concedió predecir el futuro, él, para que el curso de los acontecimientos no desmintiera sus falsedades, retrotrajo la impudencia de sus fábulas sacrílegas a edades pasadas. Y como si la ley santa y la profecía divinamente inspirada no nos hubieran enseñado nada sobre la eternidad del Creador, ni sobre el orden de la creación, tejió monstruosidades de mentiras en afrenta a Dios y en injuria de todas las naturalezas bien creadas. ¿A quiénes, finalmente, iba a insinuar sus locuras, sino a aquellos muy insensatos y demasiado apartados de la luz de la verdad, que ya sea por la ceguera de la ignorancia, ya sea

por el apetito de la depravación, llegan a esos no sagrados, sino execrables actos, que por la vergüenza común no deben ser mencionados en nuestro discurso, aunque ya han sido abundantemente revelados por la confesión de ellos mismos?

CAP. VIII.

Por tanto, ninguno de vosotros, amadísimos, sea persuadido de que el autor de tanta impiedad haya sido en alguna parte digno del Espíritu Santo. Nada de esa virtud ha llegado a él, la cual Cristo prometió y envió a su Iglesia. Pues como dice el bienaventurado apóstol Juan: "El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7, 39): la ascensión del Señor fue la razón para dar el Espíritu, el cual necesariamente debe negar que fue dado, quien niega que el verdadero hombre en Cristo fue llevado al asiento de la diestra del Padre. Pero nosotros, amadísimos, adoptados a la bienaventurada eternidad del alma y del cuerpo por la regeneración del Espíritu Santo, celebremos con razonable obediencia y casta alegría la sacratísima fiesta de este día, confesando con el bienaventurado apóstol Pablo, que el Señor Jesucristo "ascendiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres" (Salmo 67, 19; Efesios 4, 8): para que el Evangelio de Dios sea predicado por toda expresión de voz humana, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filipenses 2, 11).

CAP. IX.

En la presente solemnidad, amadísimos, también debemos añadir aquella devoción de celebrar el ayuno que sigue por tradición apostólica, porque esto también debe contarse entre los grandes dones del Espíritu Santo, ya que se nos han otorgado los auxilios de los ayunos contra las tentaciones de la carne y las insidias del diablo, con los cuales, con la ayuda de Dios, vencemos todas las tentaciones. Ayunemos, pues, el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, con su patrocinio en nuestras oraciones, para que en todo merezcamos obtener la misericordia de Dios, por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXVII [Al. LXXV]. Sobre Pentecostés III.

SINOPSIS. I.

El Espíritu Santo no comenzó sus dones en Pentecostés, sino que los completó, ya que la Trinidad indivisa actúa.---II. Del pecado surgió que la obra de nuestra reparación se dividiera entre las personas de la Trinidad; y cómo.---III. Esa división no afecta en nada a la igualdad y consustancialidad de las personas.---IV. No se debe pensar en nada creado o visible que sea afín a la Trinidad, que es totalmente igual.---V. Por qué Cristo quiso que los discípulos se alegraran de su ascensión.---VI. Las tres personas tienen una sola esencia y obran como uno solo.

CAP. I.

La festividad de hoy, amadísimos, es venerada en todo el orbe terrestre, consagrada por la venida del Espíritu Santo, quien, como se esperaba, descendió sobre los apóstoles y el pueblo creyente en el quincuagésimo día después de la resurrección del Señor (Hechos II, 1). Se esperaba, porque el Señor Jesús había prometido que estaría presente (Lucas XXIV, 47;

Hechos I, 4), no para comenzar entonces a habitar en los santos, sino para encender con mayor fervor los corazones consagrados a Él y para inundarlos más copiosamente; acumulando sus dones, no comenzando, y no siendo nuevo en su obra, sino más generoso en su largueza. Pues nunca la majestad del Espíritu Santo ha estado separada de la omnipotencia del Padre y del Hijo; y todo lo que la divina moderación realiza en la disposición de todas las cosas, proviene de la providencia de la Trinidad en su totalidad. Allí hay una sola benignidad de misericordia, una sola censura de justicia; y nada está dividido en la acción, donde nada es diverso en la voluntad. Por lo tanto, lo que ilumina el Padre, lo ilumina el Hijo, lo ilumina el Espíritu Santo; y aunque una es la persona enviada, otra la que envía, y otra la que promete, se nos manifiestan simultáneamente la unidad y la Trinidad, como esencia que tiene igualdad, y que no recibe soledad, y se entiende que es de la misma sustancia, pero no de la misma persona.

CAP. II.

Por lo tanto, con la cooperación inseparable de la Deidad, algunas cosas las ejecuta el Padre, otras el Hijo, y otras propiamente el Espíritu Santo, la disposición de nuestra redención es la razón de nuestra salvación. Pues si el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios (Gén. I, 26), hubiera permanecido en el honor de su naturaleza, y no hubiera sido engañado por el fraude diabólico desviándose de la ley establecida para él por la concupiscencia, el Creador del mundo no se habría hecho criatura; ni el eterno habría asumido la temporalidad, ni el Hijo de Dios, igual al Padre, habría tomado la forma de siervo y la semejanza de carne de pecado. Pero como por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo (Sab. II, 24), y de otra manera no podía ser liberada la cautividad humana, sino que debía asumir nuestra causa aquel que, sin detrimento de su majestad, se hiciera verdadero hombre y fuera el único sin contagio de pecado; la misericordia de la Trinidad dividió para sí la obra de nuestra reparación: para que el Padre fuera propiciado, el Hijo propiciara, y el Espíritu Santo inflamase. Pues era necesario que también los que iban a ser salvados hicieran algo por sí mismos, y con corazones convertidos al Redentor, se apartaran del dominio del enemigo: porque, como dice el Apóstol, Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando, Abba, Padre (Gál. IV, 6). Y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17). Y, nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3).

CAP. III.

Si, por tanto, guiados por la gracia, amadísimos, conozcamos fiel y sabiamente qué es propio y qué es común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en nuestra redención, recibiremos sin duda alguna las cosas que se realizaron por nosotros de manera humilde y corporal, de tal manera que no pensemos nada indigno de la gloria de la misma y única Trinidad. Pues aunque ninguna mente es suficiente para pensar en Dios, ni lengua alguna para hablar de Él, sin embargo, cualquier cosa que se alcance con el intelecto humano sobre la esencia de la Deidad paterna, si no es una y la misma cuando se piensa en su Unigénito o en el Espíritu Santo, no se piensa piadosamente, sino que se oscurece demasiado carnalmente, y se pierde incluso lo que parecía ser correctamente sentido sobre el Padre: porque se aparta de toda la Trinidad si no se mantiene la unidad en ella. Sin embargo, de ninguna manera es verdaderamente uno aquello que es diverso por alguna desigualdad.

CAP. IV.

Por tanto, cuando dirigimos la mente a confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, alejemos del alma las formas de las cosas visibles y las edades de las naturalezas temporales, alejemos los cuerpos de los lugares y los lugares de los cuerpos. Que se aparte del corazón lo que se extiende en el espacio, lo que se concluye en un fin, y cualquier cosa que no sea siempre en todas partes, ni sea total. La reflexión sobre la Deidad de la Trinidad no debe entender nada por distancia, ni buscar nada por grados: y si percibe algo digno de Dios, no se atreva a negárselo a ninguna persona, como si atribuyera algo más honorífico al Padre que no otorgue al Hijo y al Espíritu. No es piedad preferir al Engendrador sobre el Unigénito; la afrenta al Hijo es una injuria al Padre; lo que se le quita a uno, se le quita a ambos. Pues con ellos la eternidad y la Deidad son comunes, y ni el Padre es considerado omnipotente, ni inmutable, si engendró a uno menor que él, o si progresó al tener lo que no tenía.

CAP. V.

Dice el Señor Jesús a sus discípulos, como se ha recitado en la lectura evangélica: Si me amarais, ciertamente os alegraríais, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo (Juan 14, 28); pero esto lo escuchan aquellos oídos que han oído frecuentemente: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30); y quien me ve, ve también al Padre (Juan 14, 9); lo reciben sin diferencia de la Deidad, ni entienden esto de aquella esencia que saben que es eterna con el Padre y de la misma naturaleza. Por lo tanto, también se encomienda a los santos apóstoles en la encarnación del Verbo el progreso humano, y aquellos que se turbaban por el anuncio de la partida del Señor, son incitados a los gozos eternos por el aumento de su honor: Si me amarais, dice, ciertamente os alegraríais, porque voy al Padre (Ibid., 28); esto es, si con conocimiento perfecto vierais qué gloria se os confiere por esto, que siendo engendrado de Dios Padre, también nació de una madre humana, que siendo Señor de los eternos, quise ser uno de los mortales, que me mostré visible siendo invisible, que en la forma de Dios eterno tomé la forma de siervo: Os alegraríais, porque voy al Padre. Porque esta ascensión se os concede a vosotros, y vuestra humildad en mí, colocada a la derecha del Padre, se eleva sobre todos los cielos. Pero yo, que soy con el Padre lo que el Padre es, permanezco indiviso con el engendrador, y así viniendo de él a vosotros no me alejo, del mismo modo que regresando a él no os dejo. Alegraos, pues, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os he unido a mí, y me he hecho hijo del hombre, para que vosotros podáis ser hijos de Dios. Por lo tanto, aunque soy uno en ambos, sin embargo, en lo que me conformo a vosotros, soy menor que el Padre; pero en lo que no me divido del Padre, soy incluso mayor que yo mismo. Así, la naturaleza que es menor que el Padre, va al Padre, para que allí esté la carne donde siempre está el Verbo; y una sola fe de la Iglesia católica, que no niega que según la humanidad es menor, según la Deidad crea que es igual.

CAP. VI.

Por lo tanto, amadísimos, sea despreciada la vana y ciega astucia de la impiedad herética, que se halaga a sí misma con la torcida interpretación de esta sentencia: y al decir el Señor: Todo lo que tiene el Padre es mío (Juan 16, 15), no entiende que le quita al Padre todo lo que se atreve a negar al Hijo, y así en lo humano se equivoca, al pensar que por haber asumido nuestra naturaleza, al Unigénito le faltaron las cosas del Padre. La misericordia no disminuye el poder en Dios, ni la reconciliación de la criatura amada es una falta de la gloria eterna. Lo que tiene el Padre, lo tiene el Hijo, y lo que tienen el Padre y el Hijo, lo tiene el Espíritu Santo, porque toda la Trinidad es un solo Dios. Esta fe no la descubrió la sabiduría terrenal, ni la persuadió la opinión humana, sino que el mismo Hijo unigénito la enseñó, el mismo Espíritu Santo la instituyó; de quien no se debe pensar de manera diferente que del Padre y

del Hijo. Porque aunque no es Padre, no es Hijo, sin embargo, no está dividido del Padre y del Hijo; y así como tiene su propia persona en la Trinidad, así tiene una sola sustancia en la Deidad del Padre y del Hijo, llenándolo todo, conteniéndolo todo, y con el Padre y el Hijo gobernando el universo, a quien es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

313 SERMO LXXVIII [Al. LXXVI]. Sobre el Ayuno de Pentecostés I.

SINOPSIS. I.

Los ayunos fueron instituidos por el Espíritu Santo para que los cristianos lucharan con más fuerza contra sus enemigos.---II. Contra aquel que está libre de deseos carnales, el diablo está desarmado.---III. El ayuno fue instituido después de las fiestas, para que el fruto de estas permanezca y el negligente respecto a ellas sea castigado.---IV. El ayuno, acompañado de misericordia, tiene un gran poder.

CAP. I.

La festividad de hoy, amadísimos, consagrada por la venida del Espíritu Santo, es seguida, como sabéis, por el solemne ayuno, que ha sido instituido saludablemente para el cuidado de las almas y los cuerpos, y que debemos celebrar con devota observancia. Pues, llenos los apóstoles de la virtud prometida, y habiendo entrado en sus corazones el Espíritu de verdad, no dudamos que, entre los demás sacramentos celestiales de la doctrina, esta disciplina de continencia espiritual fue concebida primeramente por el magisterio del Paráclito: para que las mentes santificadas por el ayuno se hicieran más aptas para recibir los carismas. Ciertamente, los discípulos de Cristo contaban con la protección del auxilio omnipotente, y la Divinidad completa del Padre y del Hijo presidía a los príncipes de la naciente Iglesia en la presencia del Espíritu Santo. Pero contra los inminentes ataques de los perseguidores, contra los amenazantes rugidos de los impíos, no se debía luchar con la fortaleza del cuerpo, ni con la saciedad de la carne; ya que lo que más corrompe el interior del hombre es lo que deleita el exterior; y tanto más se purifica el alma racional, cuanto más se aflige la sustancia de la carne.

CAP. II.

Hola, por tanto, los doctores que con sus ejemplos y tradiciones han instruido a todos los hijos de la Iglesia, comenzaron el entrenamiento de la milicia cristiana con santos ayunos: para que, al luchar contra las maldades espirituales, tomaran las armas de la abstinencia, con las cuales cortaran los incentivos de los vicios. En efecto, los adversarios invisibles y los enemigos incorpóreos no serán fuertes contra nosotros, si no estamos inmersos en deseos carnales. La tentación de hacer daño es perpetua en el tentador, pero será inofensiva e ineficaz si no encuentra en nosotros nada con lo que pueda luchar contra nosotros. Sin embargo, ¿quién, rodeado de esta frágil carne y constituido en este cuerpo de muerte, incluso aquel que ha progresado mucho y con gran fuerza, puede estar tan seguro de su salvación como para creerse ajeno al peligro de todas las tentaciones? Aunque la gracia divina conceda a sus santos la victoria diaria, no les quita la materia de la lucha: porque esto mismo es parte de la misericordia del protector, quien, para que la naturaleza mutable no se enorgullezca de la batalla ganada, siempre quiso que quedara algo por vencer.

CAP. III.

Por lo tanto, después de los días de santa alegría, que hemos pasado en honor del Señor resucitado de entre los muertos y luego ascendido a los cielos, y después de recibir el don del Espíritu Santo, es una costumbre saludable y necesaria la del ayuno: para que si acaso, entre las mismas festividades, la libertad negligente y la licencia desordenada han presumido algo, esto sea corregido por la censura de la abstinencia religiosa: la cual debe ser ejecutada con mayor diligencia, para que aquello que nos ha sido otorgado divinamente en este día a la Iglesia permanezca en nosotros. Pues, habiendo sido hechos templo del Espíritu Santo, y regados con mayor abundancia que nunca por el río divino, no debemos ser vencidos por ninguna concupiscencia, ni poseídos por ningún vicio, para que la morada de la virtud no sea contaminada por ninguna impureza.

CAP. IV.

Lo cual, ciertamente, es posible obtener con la guía y ayuda del Señor, si nos esforzamos por liberarnos de las impurezas de los pecados mediante la purificación del ayuno y la generosidad de la misericordia, y ser fecundos en los frutos de la caridad. Porque todo lo que se gasta en alimentos para los pobres, en curaciones de los débiles, en el rescate de cautivos, y en cualquier obra de piedad, no se disminuye, sino que se incrementa, y nunca podrá perecer ante Dios lo que la fiel bondad ha distribuido, ya que lo que se da como ayuda, se guarda para uno mismo como recompensa. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mateo 5, 7); y no habrá memoria de los delitos donde haya testimonio de piedad. Por lo tanto, ayunemos el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, por cuyas oraciones confiamos ser liberados de los enemigos espirituales y de los enemigos corporales. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXIX [Al. LXXVII]. Sobre el Ayuno de Pentecostés II.

SINOPSIS. I.

El ayuno de Pentecostés, de la tradición apostólica y la institución del Espíritu Santo.--- II. Cuál es la diferencia entre los ayunos de los fieles y los ayunos de los infieles. ---III. Qué tipo de ayuno no procede del Espíritu Santo y del cual se busca la gloria humana.--- IV. El ayuno debe ser referido a Dios, porque es el autor de todos los deseos y obras buenas.

CAP. I.

No hay duda, amadísimos, de que toda observancia cristiana es de la erudición divina, y que todo lo que la Iglesia ha recibido como costumbre de devoción proviene de la tradición apostólica y de la doctrina del Espíritu Santo; quien ahora también preside en los corazones de los fieles con sus enseñanzas, para que todos las custodien obedientemente y las entiendan sabiamente. Pues cuando en el día de Pentecostés, que celebramos cincuenta días después de la Pascua del Señor, el Espíritu Santo prometido por el Señor llenó las mentes de los que esperaban con mayor abundancia y más clara presencia de su majestad, se manifiesta claramente entre otros dones de Dios, también la gracia de los ayunos, que sigue indivisiblemente a la festividad de hoy, fue entonces otorgada: para que así como la concupiscencia fue el inicio de los pecados, así la continencia sea el origen de las virtudes.

CAP. II.

En el ejercicio de este don de Dios, no debemos ser menos diligentes, porque tanto los judíos como los herejes a menudo se abstienen de la libertad de comer, y entre los mismos paganos hay ciertos ayunos vanos. Pues la razón actúa de manera diferente bajo la verdad que el engaño bajo la falsedad. En nosotros, la fe santifica incluso al que come; en ellos, la infidelidad contamina al que ayuna. Por lo tanto, ya que fuera de la Iglesia católica no hay nada íntegro, nada casto, como dice el Apóstol: Todo lo que no procede de la fe, es pecado (Rom. XIV, 23): no nos comparamos con los que están separados de la unidad del cuerpo de Cristo por ninguna similitud, ni nos mezclamos en ninguna comunión: lo cual es para nosotros un ayuno sumamente saludable y grande. Porque nada es más importante para la virtud de la continencia que abstenerse de los errores, ya que solo se camina bien cuando se avanza por el camino de la verdad. Pues aquellos que, evitando lo angosto y arduo, siguen lo fácil y ancho, pronto llegan a la perdición; es MEJOR un paso lento por el camino recto que una velocidad apresurada por el desvío.

CAP. III.

Reconozca, por tanto, el cristiano católico los frutos de su ayuno, que incluso entre las mayores dádivas será estéril, a menos que proceda de la irrigación del Espíritu Santo. Pues cuando el Apóstol dice que ninguna virtud le aprovecha sin la caridad (I Cor. XIII, 1), y el mismo dice que la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5): se debe tener cuidado de no perder por vanidad los bienes que no podemos hacer sin bondad. Porque se priva de todo mérito y alabanza quien se gloria más en sus propios esfuerzos que en el Señor (I Cor. I, 31; II Cor. X, 17; Jer. IX, 23): cuando el bienaventurado David enseña que en las obras de los santos debe ser alabado Dios, diciendo: Admirable es Dios en sus santos, el Dios de Israel mismo dará poder y fortaleza a su pueblo (Sal. LXVII, 36); y de nuevo: Señor, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán exaltados, porque tú eres la gloria de su poder (Sal. LXXXVIII, 17).

CAP. IV.

Y por eso, amadísimos, según la enseñanza del Espíritu Santo, por quien a la Iglesia de Dios se le han otorgado los dones de todas las virtudes, recibamos con fe diligente el solemne ayuno: y en los mandamientos, que podamos cumplir, mantengámonos alejados de la hinchazón de la jactancia, refiriendo todo a la gloria de Dios, quien es tanto el inspirador de las buenas voluntades como el autor de las buenas acciones, diciendo el Señor: Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos (Mat. 5, 16): quien vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXX [Al. LXXVIII]. Sobre el Ayuno de Pentecostés III.

SINOPSIS.

Así se debe ayunar, de modo que lo que se sustrae de las mesas, se destine a la caridad, que prevalece sobre el ayuno.

Celebradas las santas solemnidades, amadísimos, y completada la devoción de la alegría espiritual, es necesario que recurramos a la salud de la moderación, aplicando el remedio del

ayuno tanto para ejercitar las mentes como para castigar los cuerpos: de modo que, como nos han enseñado suficientemente tanto las advertencias divinas como nuestras propias experiencias, primero, a través del retorno de los días sacratísimos, demos gracias a la piedad divina, y luego, deseando las santas delicias de la continencia, nos privemos un poco de la abundancia de los alimentos terrenales: de tal manera que lo que no se gasta en las mesas, se destine a las limosnas. Pues solo entonces el remedio del ayuno contribuye a la curación del alma, cuando la abstinencia del que ayuna satisface el hambre del necesitado. Porque sabemos que ante el Dios misericordioso la generosidad de las limosnas sobresale en los ayunos, como dice el mismo Señor: Dad limosna, y todo será limpio para vosotros (Lucas 11, 41): si deseamos limpiar nuestras almas de las manchas de los pecados, no neguemos la limosna a los pobres, para que en el día de la retribución, para merecer la misericordia de Dios, seamos ayudados por las obras de misericordia, por Cristo nuestro Señor. Amén.

SERMO LXXXI [Al. LXXIX]. Sobre el Ayuno del Cuarto Domingo después de Pentecostés.

SINOPSIS. I.

La causa del pecado fue la gula, por lo tanto, la abstinencia debe ser practicada.---II. Cuanto más el hombre interior es sabio, más el exterior se contiene de las seducciones de los sentidos.---III. Después de los tiempos de indulgencia, se debe volver al ayuno, para que la negligencia sea castigada o no se infiltre.---IV. A través del ayuno y las buenas obras, el hombre se purifica de los pecados.

CAP. I.

Entre todas las enseñanzas de la doctrina apostólica, amadísimos, que han emanado de la fuente de la divina instrucción, no hay duda de que, bajo la influencia del Espíritu Santo en los líderes de la Iglesia, esta observancia fue concebida por ellos en primer lugar, para que con la santa observancia del ayuno, comenzaran las reglas de todas las virtudes: porque sería de gran ayuda para cumplir los mandamientos de Dios, si la milicia cristiana se armara con la santificación de la continencia contra todos los incentivos de los vicios. Pues, dado que la primera causa del pecado se introdujo a través de la tentación de la comida, ¿qué don más saludable de Dios utiliza la libertad redimida, que saber abstenerse de lo permitido, cuando no supo refrenarse de lo prohibido? Toda criatura de Dios es buena, y nada debe ser rechazado si se recibe con acción de gracias (I Tim. IV, 4); pero no fuimos creados para buscar con avidez desvergonzada y deshonestas todas las riquezas del mundo, como si lo que es lícito tomar no pudiera ser omitido.

CAP. II.

Alabado sea Dios, que ha concedido tantas cosas al uso de los hombres; pero que el alma racional reconozca que se han dado mayores delicias a la mente que a la carne. Y cuando escucha que se le dice por el Espíritu Santo: No sigas tus concupiscencias, y apártate de tu voluntad (Eclesiástico XVIII, 30), entienda que debe seguir la virtud de la templanza contra todo lo que halaga a los sentidos corporales, por la cual, mientras se disminuye el placer del hombre exterior, se aumenta la sabiduría del interior. Pues no es el mismo vigor del corazón bajo el peso de la comida que bajo la ligereza del ayuno; ni puede la saciedad generar el mismo sentido que la moderación. Porque cuando la carne, deseando contra el espíritu, es superada por el deseo espiritual (Gálatas V, 17), se obtiene una salud libre y una libertad

sana: para que tanto la carne sea gobernada por el juicio de la mente como la mente por la ayuda de Dios.

CAP. III.

A esta utilidad, por tanto, nos invita el tiempo presente, amadísimos, para que desde la resurrección del Señor hasta la venida del Espíritu Santo, habiendo transcurrido cincuenta días que hemos pasado en la alegría de la festividad principal, recurramos a los remedios del ayuno: no sea que por la ocasión de una licencia más indulgente caigamos en alguna culpa de negligencia por el uso de placeres. Pues la tierra de nuestra carne, si no es cultivada asiduamente, pronto produce espinas y abrojos por el ocio estéril, y dará un fruto degenerado que no será llevado a los graneros, sino quemado en el fuego, como dice el Señor: Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada (Mateo 15, 13). Debemos, por tanto, guardar la nobleza de todos los brotes y semillas que hemos recibido de la plantación del supremo Agricultor, y con vigilante solicitud prever que los dones de Dios no sean violentados por el engaño del enemigo envidioso, y que en el paraíso de las virtudes no crezca una selva de vicios.

CAP. IV.

Para evitar este mal, nada es más poderoso que las limosnas y los ayunos, ya que la continencia mata los deseos carnales y el cuidado de la misericordia multiplica los frutos de los deseos espirituales. Por lo tanto, exhortamos solemnemente a vuestra caridad a que, deseando purificarse de toda mancha de pecado mediante la mortificación del cuerpo y las obras de piedad, ayunemos el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigiliass en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro: por cuyos méritos y oraciones creemos que seremos ayudados en todo, para que la misericordia de Dios asista a nuestros ayunos y deseos, por Cristo nuestro Señor. Amén.

321 SERMO LXXXII [Al. LXXX]. En la Fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo.

SINOPSIS. I.

Cuánto ha crecido la gloria de Roma por la religión, gracias al ministerio de los apóstoles.--- II. Cómo el imperio romano ha servido al imperio de Cristo.--- III. Por qué se ha establecido en Roma la sede principal de la Iglesia. ---IV. Cuánta fortaleza y caridad de Pedro al entrar en Roma.---V. Cuáles fueron los trabajos de Pedro antes de llegar a Roma.---VI. Pedro y Pablo, asociados a Pedro, son dos ilustres brotes de la semilla divina. ---VII. Cuánto debemos alegrarnos en la fiesta de estos.

CAP. I.

De todas las solemnidades santas, amadísimos, participa todo el mundo, y la piedad de una sola fe exige que todo lo que se recuerda por la salvación de todos, se celebre con gozo común en todas partes. Sin embargo, la festividad de hoy, además de aquella reverencia que ha merecido en todo el orbe, debe ser venerada con una exultación especial y propia de nuestra ciudad: para que donde fue glorificado el tránsito de los principales apóstoles, allí en el día de su martirio sea el principio de la alegría. Estos son los hombres por quienes a ti, Roma, resplandeció el Evangelio de Cristo; y tú, que eras maestra del error, te convertiste en discípula de la verdad. Estos son tus santos padres y verdaderos pastores, que te construyeron

para ser insertada en los reinos celestiales mucho mejor y mucho más felizmente que aquellos cuyo empeño colocó los primeros cimientos de tus murallas: de los cuales, aquel que te dio nombre te mancilló con fratricidio. Estos son los que te elevaron a esta gloria, para que, como nación santa, pueblo elegido, ciudad sacerdotal y regia, convertida en cabeza del mundo por la sagrada sede del bienaventurado Pedro, presidieras más ampliamente por la religión divina que por la dominación terrena. Pues aunque, aumentada por muchas victorias, extendiste el derecho de tu imperio por tierra y mar, es menos lo que el esfuerzo bélico te sometió que lo que la paz cristiana te sujetó.

CAP. II.

Dios, que es bueno, justo y omnipotente, y que nunca ha negado su misericordia al género humano, siempre ha instruido a todos los mortales en común hacia el conocimiento de Él con abundantes beneficios. Con un consejo más secreto y una piedad más elevada, se compadeció de la ceguera voluntaria de los errantes y de la inclinación hacia el mal, enviando a su Verbo, igual y coeterno a Él. Este Verbo, hecho carne, unió así la naturaleza divina a la naturaleza humana, de modo que su inclinación hacia lo más bajo se convirtió en nuestra elevación hacia lo más alto. Para que el efecto de esta gracia inenarrable se difundiera por todo el mundo, la providencia divina preparó el reino romano; cuyos límites se extendieron hasta donde la universalidad de todas las naciones estuviera cercana y contigua. Pues convenía mucho al plan divino que muchos reinos se unieran bajo un solo imperio, y que la predicación general tuviera rápidamente acceso a los pueblos que estaban bajo el gobierno de una sola ciudad. Sin embargo, esta ciudad, ignorando al autor de su elevación, mientras dominaba casi todas las naciones, servía a los errores de todas ellas, y le parecía haber adoptado una gran religión, porque no rechazaba ninguna falsedad. Por lo tanto, cuanto más estaba atada por el diablo, tanto más maravillosamente fue liberada por Cristo.

CAP. III.

Cuando los doce apóstoles, habiendo recibido del Espíritu Santo el don de hablar todas las lenguas, se dispusieron a evangelizar el mundo, distribuyéndose las partes de la tierra, el beatísimo Pedro, príncipe del orden apostólico, fue destinado a la capital del imperio romano: para que la luz de la verdad, que se revelaba para la salvación de todas las naciones, se difundiera con mayor eficacia desde la misma cabeza por todo el cuerpo del mundo. ¿De qué nación no había hombres en esta ciudad entonces? ¿O qué pueblos en cualquier lugar ignorarían lo que Roma había aprendido? Aquí debían ser refutadas las opiniones de la filosofía, aquí debían disolverse las vanidades de la sabiduría terrenal, aquí debía ser refutado el culto a los demonios, aquí debía ser destruida la impiedad de todos los sacrificios, donde con la más diligente superstición se había reunido todo lo que en cualquier lugar había sido instituido por diversos errores.

CAP. IV.

A esta ciudad, por tanto, tú, beatísimo apóstol Pedro, no temes venir, y mientras tu compañero en la gloria, el apóstol Pablo, aún está ocupado en las ordenaciones de otras Iglesias, entras en esta selva de bestias rugientes y en el océano de la más turbulenta profundidad, con más firmeza que cuando caminaste sobre el mar (Mat. XIV, 30). Ni temes a Roma, señora del mundo, quien en la casa de Caifás temiste a la criada del sacerdote (Mat. XXVI, 70). ¿Acaso era menor el poder de Claudio o la crueldad de Nerón que el juicio de Pilato o la saña de los judíos? Vencía, por tanto, la fuerza del amor a la materia del temor; y

no considerabas temibles a aquellos a quienes habías aceptado amar. Este afecto de caridad intrépida lo habías concebido ya entonces, cuando la profesión de tu amor al Señor fue consolidada por el misterio de la triple interrogación (Juan XXI, 15-17). Y no se buscó otra cosa en esta intención de tu mente, que ofrecer a las ovejas que amabas alimentar, el alimento con el que tú mismo habías sido nutrido.

CAP. V.

Aumentaban también tu confianza tantos signos de milagros, tantos dones de carismas, tantas pruebas de virtudes. Ya habías instruido a los pueblos que habían creído de la circuncisión; ya habías fundado la Iglesia de Antioquía, donde por primera vez surgió la dignidad del nombre cristiano (Hechos XI, 26); ya habías imbuido a Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia con las leyes de la predicación evangélica; y sin dudar del fruto de tu obra, ni ignorar la duración de tu vida, llevabas el trofeo de la cruz de Cristo a las fortalezas romanas, donde te precedían por divinas preordinaciones tanto el honor del poder como la gloria de la pasión.

CAP. VI.

A la cual tu bienaventurado coapóstol, vaso de elección (Hechos IX, 15), y especial maestro de las naciones, Pablo, concurriendo, se unió a ti en el tiempo en que ya toda inocencia, todo pudor y toda libertad sufrían bajo el imperio de Nerón. Cuyo furor, inflamado por el exceso de todos los vicios, lo precipitó hasta este torrente de su locura, de modo que fue el primero en infligir al nombre cristiano la atrocidad de una persecución general, como si por las muertes de los santos pudiera extinguirse la gracia de Dios: para quienes esto mismo era la mayor ganancia, que el desprecio de esta vida perecedera se convirtiera en la percepción de la felicidad eterna. Preciosa es, pues, en la presencia del Señor la muerte de sus santos (Salmo CXV, 15); y ningún tipo de crueldad puede destruir la religión fundada en el sacramento de la cruz de Cristo. La Iglesia no se disminuye con las persecuciones, sino que se acrecienta; y siempre el campo del Señor se viste con una cosecha más rica, mientras los granos, que caen uno a uno, nacen multiplicados. De donde estos dos ilustres brotes de la semilla divina han florecido en una descendencia tan grande, lo atestiguan los miles de mártires bienaventurados; que, emulando los triunfos apostólicos, rodearon nuestra ciudad con pueblos purpurados y resplandecientes de lejos y de cerca, y como si con el honor de muchas gemas unidas en una sola diadema, la coronaron.

CAP. VII.

De este auxilio, amadísimos, preparado divinamente para nosotros como ejemplo de paciencia y confirmación de la fe, debemos alegrarnos universalmente en la conmemoración de todos los santos, pero con razón debemos gloriarnos más exultantemente en la excelencia de estos padres, a quienes la gracia de Dios ha elevado a tal cúspide entre todos los miembros de la Iglesia, que los ha constituido en el cuerpo, del cual Cristo es la cabeza (Efesios 1, 22), como una luz gemela de los ojos. De cuyos méritos y virtudes, que superan toda capacidad de expresión, no debemos tener ningún sentimiento diverso ni distinto: porque la elección los hizo iguales, el trabajo los hizo semejantes, y el fin los hizo iguales. Así como nosotros hemos experimentado, y nuestros mayores lo han comprobado, creemos y confiamos que, entre todos los trabajos de esta vida, siempre seremos ayudados por las oraciones de estos patronos especiales para obtener la misericordia de Dios: para que, tanto como somos abatidos por nuestros propios pecados, seamos elevados por los méritos apostólicos. Por

nuestro Señor Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo pertenece el mismo poder, una sola Divinidad por los siglos de los siglos. Amén.

ADVERTENCIA AL SERMON SIGUIENTE.

Quesnellus colocó una advertencia en este lugar en sus ediciones para explicar por qué el siguiente sermón fue retirado de aquí y relegado a un apéndice. Estas son sus palabras: «En todas las ediciones que han aparecido hasta ahora, sigue el Sermón 2 en la Fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo inicio es: Exsultemos en el Señor, etc., el cual removimos de nuestra edición porque, excepto el inicio, que sin duda no es de León, y unas cinco líneas aproximadamente, que fueron tomadas del sermón 2 (ahora 3) en el Aniversario de la Asunción, el resto fue transcrito del sermón 3 (ahora 4) en el Aniversario del mismo. Sin embargo, le daremos un lugar en el apéndice. En un único manuscrito que pertenece a la Biblioteca Real, encontramos este sermón, lo que manifiesta que fue compuesto para el uso de alguna Iglesia particular, ya que en esa parte del inicio, donde leemos: El bienaventurado Pedro se dignó otorgar a esta ciudad, se encuentra en el manuscrito: A la ciudad de Roma se dignó otorgar, lo cual indica que no fue leído en Roma.» Así él.

Durante algún tiempo estuvimos indecisos respecto a esto. Sin embargo, al considerar que este sermón se atribuye consistentemente a León no solo en todos los manuscritos de cuatro colecciones de diversa procedencia 1, 2, 3 y 4, sino también en numerosos Leccionarios de excelente reputación, tanto Vaticanos como externos, en los que lo encontramos, no nos atrevimos a despojar a León de este sermón como hizo Quesnel; y por lo tanto, pensamos que debía dejarse en el lugar que ocupaba en ediciones anteriores. Esto parecía ser exigido principalmente por la autoridad del prestigioso Leccionario Vaticano 3835, que ciertamente romano, no atribuye nada que no sea genuino a León; y escrito hace mil años, revela un origen aún más antiguo a partir de una anotación particular descrita en el prefacio número 6, en la que el Santo Pontífice es llamado con una fórmula casi contemporánea, no santo, ni beato, sino *domnus*. Este testimonio debe ser considerado por encima de todos. Aunque fue fácil cometer errores al anotar autores de otras Iglesias en cuanto a sermones que se tomaban de otros lugares, no se encontrará fácilmente un error en los nombres de los autores de la propia Iglesia, cuando se copiaban ejemplares más antiguos y (como ocurre en este códice) cercanos a León. Tanto más debe considerarse la autoridad de este Leccionario, cuanto que otra parte del mismo Leccionario, señalada con el número 3836, descubrió un sermón sobre los Macabeos atribuido a León, que no a León, como en otros códices, y desde entonces en todas las ediciones vulgares, sino a Agustín; de modo que en la inscripción del nombre de León, estos dos antiquísimos Leccionarios romanos se encuentran precisos. El estilo de este sermón es claramente leonino; ni entendemos qué pudo haber ofendido a Quesnel en el inicio, de donde afirmó sin razón alguna que esto no es sin duda de León.

Lo que parece causar no poca dificultad es que, excepto el inicio del discurso, el resto se ha transcrito en parte del tercer sermón y en parte del cuarto sobre su Natalicio. Sin embargo, es sabido que León solía repetir y transcribir sus propias palabras, como se evidencia en las Epístolas. Pues en la epístola 28, a Flaviano, en los capítulos 3 y 4, se leen varias sentencias que han sido tomadas literalmente de los sermones 21 y 22. En la epístola 124, a los Palestinos, se contienen siete capítulos que se encuentran con las mismas palabras (con pocas excepciones) en la epístola 165, a León Augusto; y en estas dos epístolas aparece un largo texto del sermón 65, que completa dos capítulos enteros. También las epístolas 30 y 31 presentan no pocas repeticiones; la epístola 18 repite algunos pasajes de las epístolas 1 y 2. ¿Quién, entonces, se sorprendería si lo mismo ocurre en este sermón? Si nada de este tipo se

encuentra en otros sermones de León que han sido publicados, parece deberse a que lo recitado en una solemnidad no se ajustaría tan bien a otra, como pudieron adaptarse al Natalicio de San Pedro aquellas que en su propio Natalicio había disertado sobre las alabanzas de Pedro. Bastó en este caso componer un nuevo inicio adecuado a la fiesta de San Pedro; lo demás, que fue extraído de aquí y de allá de los sermones 3 y 4, se conecta de manera tan apta y coherente que muestran al mismo autor y maestro; y no se recibe en ninguna parte nada incongruente, como ocurrió al insertar el sermón 1 en el apéndice, que aunque compuesto de varios fragmentos de León, en alguna parte revela al compilador descuidado, como anotaremos en su lugar. ¿Qué decir de que hemos conjeturado con probabilidad que León repitió algunos sermones con ciertas modificaciones, como anotamos en la nota 13 del sermón 90, así como sabemos que otros Padres usaron repeticiones de este tipo, como San Zenón y San Ambrosio? ¿Por qué, entonces, nuestro Santo Pontífice no habría de haber extraído y unido varios pasajes de uno y otro sermón, con un nuevo inicio propio de otra festividad, para crear una nueva forma y un nuevo sermón?

Por otra parte, el Beato Pedro se dignó otorgar estas palabras a esta ciudad, que se conservan en nuestros códices, declarando un discurso pronunciado en Roma y por el pontífice; no cabe duda de que la alteración de las palabras en el códice que Quesnellus vio debe atribuirse al criterio del copista, quien al escribir el Leccionario para otra Iglesia particular, quiso indicar que Pedro no estaba destinado a su propia ciudad, sino a la ciudad de Roma.

329 SERMO LXXXIII [Al. LXXX]. En el Natalicio de San Pedro apóstol.

SINOPSIS.

I. La confesión y excelencia de Pedro.---II. Lo que Cristo le confirió.---III. Oró por su fe y le otorgó la firmeza de la fe. Lo hizo príncipe de toda la Iglesia.

CAP. I.

Exultemos en el Señor, amadísimos, y alegrémonos con júbilo espiritual: porque el unigénito Hijo de Dios Padre, nuestro Señor Jesucristo, para revelarnos los misterios de su dispensación y Divinidad, se dignó conceder a esta ciudad el privilegio de tener al bienaventurado Pedro como el primero en el orden apostólico, cuya solemnidad de hoy, con el triunfo recurrente del martirio, ha otorgado ejemplo y honor al mundo entero. Esto lo obtuvo, amadísimos, aquella confesión que, inspirada por Dios Padre en el corazón apostólico, trascendió todas las incertidumbres de las opiniones humanas y recibió la firmeza de la roca que no sería sacudida por ningún embate. En efecto, al abrirse la historia evangélica, el Señor pregunta a todos los apóstoles qué opinan los hombres de Él. Y la respuesta es común mientras se explica la ambigüedad de la inteligencia humana. Pero cuando se requiere saber el sentir de los discípulos, él es el primero en la confesión del Señor, quien es el primero en la dignidad apostólica. Cuando dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, Jesús le respondió: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mat. XVI, 16, 17); es decir, eres bienaventurado porque mi Padre te enseñó, y no te engañó una opinión terrena, sino que una inspiración celestial te instruyó; y no fue la carne ni la sangre, sino aquel de quien soy unigénito quien te lo indicó. Y yo, dice, te digo; esto es, así como mi Padre te manifestó mi Divinidad, así yo te hago conocer tu excelencia. Porque tú eres Pedro (Ephes. II, 14); es decir, aunque yo soy la roca inviolable, yo la piedra angular que hago de ambos uno (Ibid. 18); sin embargo, tú también

eres roca, porque eres fortalecido por mi virtud, para que lo que es propio de mí por potestad, sea común contigo por participación.

CAP. II.

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Sobre esta, dice, fortaleza eterna construiré el templo, y la sublimidad de mi Iglesia, destinada a ser elevada al cielo, se levantará en la firmeza de esta fe. Esta confesión no será retenida por las puertas del infierno, ni las ataduras de la muerte la sujetarán. Pues esta voz es la voz de la vida, y así como eleva a sus confesores a los cielos, también sumerge a los negadores en los infiernos. Por eso se dice al beatísimo Pedro: Te daré las llaves del reino de los cielos: y todo lo que ates en la tierra, será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos. Aunque este derecho de poder también pasó a los otros apóstoles, no en vano se encomienda a uno lo que se comunica a todos. A Pedro, en efecto, se le confía esto de manera singular porque se propone la figura de Pedro a todos los rectores de la Iglesia. Permanece, por tanto, el privilegio de Pedro, dondequiera que se pronuncie un juicio con su equidad; y no es excesiva ni la severidad ni la indulgencia, donde nada será atado, nada desatado, sino lo que el bienaventurado Pedro haya atado o desatado.

CAP. III.

Sin embargo, al acercarse su pasión, el Señor, que iba a turbar la constancia de sus discípulos, dijo: "Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos, para que no caigáis en tentación" (Lucas 22, 31-32). El peligro de la tentación del miedo era común a todos los apóstoles, y todos necesitaban igualmente la ayuda de la protección divina, ya que el diablo deseaba agitar a todos, deseaba derribar a todos; y sin embargo, el Señor muestra un cuidado especial por Pedro, y se suplica específicamente por la fe de Pedro, como si el estado de los demás fuera más seguro si la mente del líder no fuera vencida. En Pedro, por tanto, se fortalece la fortaleza de todos, y la ayuda de la gracia divina se ordena de tal manera que la firmeza, que a través de Cristo se otorga a Pedro, se confiere a los apóstoles a través de Pedro. Pues incluso después de su resurrección, el Señor dijo al bienaventurado apóstol Pedro, después de las llaves del reino, en una triple profesión de amor eterno, con una insinuación mística: "Apacienta mis ovejas" (Juan 21, 17); lo cual sin duda hace ahora, y el piadoso pastor cumple el mandato del Señor, confirmándonos con exhortaciones y sin cesar de orar por nosotros, para que no seamos vencidos por ninguna tentación. Y si esta atención de su piedad la extiende, como debe creerse, a todo el pueblo de Dios en todas partes, ¿cuánto más se digna a brindarnos su ayuda a nosotros, sus protegidos, entre quienes reposa en el sagrado lecho de su bienaventurada dormición, con la misma carne con la que presidió? Por tanto, amadísimos, al ver que se nos ha instituido divinamente una protección tan grande, razonablemente y con justicia nos alegramos en los méritos y dignidad de nuestro líder, dando gracias al eterno Rey, nuestro Redentor, el Señor Jesucristo, que le dio tal poder a aquel a quien hizo príncipe de toda la Iglesia, para gloria y alabanza de su nombre: a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

ADVERTENCIA AL SERMON SIGUIENTE.

En el título del siguiente sermón, Quesnellus añadió esta extensa anotación: «El cardenal Baronio considera que los eventos mencionados en este sermón deben referirse a la calamidad de Atila, en los años 452 y 455. Sin embargo, algunas palabras del sermón

sugieren que se refieren más bien al saqueo vándalo. Indica que el pueblo solía reunirse en años anteriores para dar gracias a Dios por el día de castigo y liberación. Lamenta que los romanos no se conmuevan por la corrección ni se alegren por el perdón. Les reprocha con esta voz profética: 'Los castigaste, y no se dolieron; los corregiste, y no quisieron aceptar la disciplina.' Atribuye a la misericordia de Dios el hecho de que se dignó a mitigar los corazones de los bárbaros furiosos. Todo esto parece corresponder más a la devastación infligida a la ciudad de Roma por los vándalos que a la irrupción de Atila, de quien la ciudad no sufrió daño alguno, ya que el bárbaro fue divinamente mitigado antes de llegar allí. Pero esto se aclara aún más con las palabras del capítulo 1: '¿Quién restauró esta ciudad a la salvación? ¿Quién la liberó del cautiverio? ¿Quién la defendió de la matanza?' Estas palabras claramente sugieren que el sermón de León debe explicarse en el contexto de la ocupación de la ciudad por los vándalos. Nadie es restaurado a la salvación, nadie es liberado del cautiverio, si no ha estado bajo el poder del enemigo y si su salvación no ha estado en grave peligro. Finalmente, el hecho de que mencione que la ciudad fue defendida de la matanza concuerda completamente con la narración de la historia Miscella, que dice: 'Genserico tomó la ciudad desprotegida y, mitigado por el encuentro con el papa León, la preservó de incendios, matanzas y torturas.' Además, el título indica que el sermón fue pronunciado por nuestro León en la octava de los apóstoles; no se pudo investigar la veracidad de esto debido a la escasez de manuscritos, ya que solo contamos con Victorino, y este es muy reciente. Si solo atendemos a las palabras de León, está claro que este sermón se pronunció poco después de la solemne súplica pública convocada en San Pedro en acción de gracias por la liberación de la ciudad del ejército enemigo. Sin embargo, parece que el sermón fue pronunciado por nuestro pontífice en un momento diferente al dedicado a la fiesta o a la octava de los apóstoles, ya que en ese entonces se celebraban juegos circenses en la ciudad, que según Julio César Bulengerius en su libro sobre el Circo Romano y los juegos circenses, capítulo 1, solían darse el 27 de febrero. Otros días de juegos circenses se anotan en el Calendario Romano publicado por Aldus y otros, a partir del mármol Maffeiiano; pero no el 29 de junio, cuando ocurre la fiesta de los apóstoles, ni el 6 de julio, cuando es la octava. A este último solo se le asignan los juegos Apolinarieos.»

Quesnellus aquí notó tres cosas: Primero, que lo que se contiene en este discurso sobre la irrupción de los Vándalos debe ser aceptado como la verdad.

En cuanto al otro, es decir, el título. En las Octavas de los apóstoles Pedro y Pablo, se debe advertir que este sermón, cuyo único código fue visto por Quesnellus en la colección 5 de Victorino, fue encontrado por nosotros en los manuscritos de las colecciones 2, 3, 4 y 5, y además en el Leccionario Vallicelliano A, 6. Solo los códigos de las colecciones 3, 4 y 5 llevan ese título. Aunque se lee otro título en la tabla del manuscrito Casanatense colección 2 y en el Leccionario Vallicelliano, no por eso este sermón debía ser excluido del día de la octava de los apóstoles. Pues, aunque la tabla del código Casanatense presenta un título que concuerda con el argumento del sermón mismo, De la solemnidad descuidada, no se opone de ninguna manera al día de la octava. Mientras que el manuscrito Vallicelliano describe el mismo sermón para el Domingo 6 después de la Navidad de los apóstoles con el título: Sermón de San León papa al pueblo, se debe notar que este sermón, celebrado en la octava, fue trasladado en una época posterior para el uso de los oficios divinos al mencionado sexto Domingo, así como tres sermones sobre las Colectas, ciertamente celebrados dentro de la octava de los mismos apóstoles, se encuentran descritos en el mismo código para los Domingos 2, 3 y 4 después de su Navidad, sobre lo cual se puede ver la advertencia previa al sermón 6. Por lo tanto, no hay duda de que dicho sermón fue recitado en la octava de los

apóstoles, es decir, el día antes de las nonas de julio. Hemos mantenido el título del día de la octava y de la solemnidad descuidada.

Tercero, lo cual Quesnellus admite claramente a partir de las palabras de León, se reconoce que este sermón se llevó a cabo poco después de la solemnidad de la súplica pública convocada a San Pedro en acción de gracias por la liberación de la Ciudad del ejército enemigo; pero surge una dificultad con respecto al día, ya que en el sermón se menciona los juegos circenses; sin embargo, estos no están registrados en los antiguos calendarios como celebrados en el día de la octava de los apóstoles, al cual solo se asignan los juegos Apolinales; para conciliar adecuadamente este tercer punto, es necesario señalar algunas cosas. Al inicio del sermón, el Santo Pontífice se queja de la escasez de personas que concurren a la iglesia de Pedro, donde antiguamente todo el pueblo se reunía para dar gracias, lo cual indica suficientemente que el sermón no se llevó a cabo en el primer año en que Roma fue capturada y liberada de los Vándalos, es decir, en el año 455 (pues al principio la concurrencia a la Iglesia era mayor), sino algunos años después, cuando la devoción original había enfriado; por lo tanto, este sermón pertenece a los últimos años de León.

A la iglesia de San Pedro, aunque no se menciona expresamente, parece que se convocó una acción de gracias porque en el mismo día de la fiesta de San Pedro, Roma fue liberada. En efecto, el 12 de junio murió el emperador Máximo, según el testimonio de un anónimo de Cuspiniano, que los Bolandistas publicaron íntegramente del manuscrito Cesáreo en el tomo VI de junio, parte II, página 187. Tres días después de su muerte, Teófanos narra que Genserico con los vándalos ocupó Roma. Se dice que durante catorce días la saquearon, tanto por el mencionado anónimo de Cuspiniano como por San Próspero en su Crónica, donde además indica suficientemente que los mismos vándalos se retiraron de Roma después de esos catorce días, escribiendo en un solo contexto: "Durante catorce días, pues, Roma fue evacuada de todas sus riquezas con una búsqueda segura y libre, y muchos miles de cautivos... fueron llevados a Cartago." Ahora bien, si se hace el cálculo de los tres y catorce días desde la muerte de Máximo, es decir, desde el 12 de junio hasta la evacuación y liberación de la ciudad romana, se encontrará que esto ocurrió el día 29 del mismo mes. Por lo tanto, liberada la ciudad romana en el día de San Pedro, inmediatamente se convocó una acción de gracias a San Pedro en algún día siguiente dentro de la octava del mismo apóstol. Los Juegos Circenses, que se mencionan en este sermón, no deben entenderse como juegos concurrentes el mismo día al que se dedicó esta súplica; sino que pueden referirse a los Juegos Apolinales, que comenzaban en el día de la octava y al menos se celebraban el día 13 en el Circo, como dijimos en los Calendarios antiguos en la advertencia a los sermones de las Colectas. El santo pontífice instituyó una mera comparación entre los Juegos Circenses y otros espectáculos en los que había gran concurrencia, y entre la súplica mencionada, que casi todos habían descuidado recientemente; donde la palabra "recientemente" designa un día poco anterior al asignado para esa súplica.

335 SERMO LXXXIV [Al. LXXXI]. En la Octava de los apóstoles Pedro y Pablo. SOBRE LA SOLEMNIDAD DESCUIDADA.

SINOPSIS.

I. Los romanos, entregados a los juegos circenses, peligrosamente olvidados de los beneficios de Dios.---II. La liberación de Roma de los bárbaros no es efecto de las estrellas, sino un don de Dios que debe ser recordado con gratitud.

CAP. I.

La devoción religiosa, amadísimos, con la cual, en el día de nuestra corrección y liberación, todo el pueblo fiel se reunía para dar gracias a Dios, ha sido casi completamente descuidada por todos, como lo demuestra la escasez de los pocos que asistieron: y ha traído mucha tristeza a mi corazón, y ha infundido gran temor. Es un gran peligro que los hombres sean ingratos con Dios, y por el olvido de sus beneficios ni se conmuevan por la corrección, ni se alegren por el perdón. Temo, pues, amadísimos, que aquella voz profética parezca reprender a tales personas, la cual dice: Los azotaste, y no les dolió; los castigaste, y no quisieron recibir la disciplina (Jeremías V, 3). ¿Qué corrección se muestra en ellos, en quienes se encuentra tal aversión? Avergüenza decirlo, pero es necesario no callarlo: se dedica más a los demonios que a los apóstoles, y los espectáculos insanos obtienen mayor concurrencia que los bienaventurados martirios. ¿Quién reformó esta ciudad para la salvación? ¿Quién la liberó de la cautividad? ¿Quién la defendió de la matanza? ¿El juego del Circo, o el cuidado de los santos? Por cuyas oraciones, ciertamente, la sentencia de la divina censura fue conmovida, para que, mereciendo la ira, fuéramos preservados para el perdón.

CAP. II.

Tenga, os ruego, amadísimos, en vuestro corazón aquella sentencia del Salvador, quien, habiendo limpiado a diez leprosos con el poder de su misericordia, dijo que solo uno de ellos regresó para dar gracias (Luc. XVII, 15): significando evidentemente sobre los ingratos, que a este deber de piedad, incluso si han alcanzado la salud del cuerpo, no obstante, no faltaron sin impiedad del alma. Para que, por tanto, esta marca de los ingratos no pueda ser también atribuida a vosotros, amadísimos, volved al Señor comprendiendo las maravillas que se ha dignado obrar en nosotros, y atribuyendo nuestra liberación, no, como opinan los impíos, a los efectos de las estrellas, sino a la inefable misericordia del Dios omnipotente, quien se dignó mitigar los corazones de los bárbaros furiosos, a la memoria de tan gran beneficio, con toda la fuerza de la fe. La grave negligencia debe ser curada con mayor satisfacción. Usemos la suavidad del que perdona para nuestra enmienda: para que el bienaventurado Pedro y todos los santos que siempre nos han asistido en muchas tribulaciones, se dignen ayudar nuestras súplicas por vosotros ante el misericordioso Dios, por Cristo nuestro Señor. Amén.

SERMÓN LXXXV [Al. LXXXIII]. En la Natividad de San Lorenzo mártir.

SINOPSIS.

I.Cuál es la diferencia entre la muerte de Cristo y la de los Mártires.---II.Cuál es la eficacia de cada una.---III. La fortaleza de Lorenzo en conservar tanto los bienes como la fe de la Iglesia.---IV. Cómo la caridad hizo invencible a Lorenzo.

CAP. I.

Con todo, amadísimos, ya que la suma de todas las virtudes y la plenitud total de la justicia nacen de aquel amor con el que se ama a Dios y al prójimo, ciertamente este amor no puede encontrarse más excelso ni brillar más claramente que en los beatísimos mártires: quienes, por la muerte de nuestro Señor Jesucristo por todos los hombres, son tan cercanos en la imitación de la caridad como en la semejanza de la pasión. Pues aunque ninguna bondad humana pueda igualar aquel amor con el que el Señor nos redimió (Rom. V, 8), porque es una cosa morir por un justo, siendo un hombre que de todos modos habría de morir, y otra cosa es

sucumbir por los impíos, siendo ajeno a la deuda de la muerte, sin embargo, los mártires han contribuido mucho a todos los hombres, ya que el Señor, su dador, usó de su fortaleza de tal manera que no quiso que el dolor de la muerte y la atrocidad de la cruz fueran terribles para ninguno de los suyos, sino que las hizo imitables para muchos. Si, por lo tanto, ningún hombre bueno es bueno solo para sí mismo, ni la sabiduría de ningún sabio es amiga solo para él; y esta es la naturaleza de las verdaderas virtudes, que alejan a muchos del oscuro error, quienes son claros con su luz: para instruir al pueblo de Dios, no hay forma más útil que la de los mártires. Que la elocuencia sea fácil para suplicar; que la razón sea eficaz para persuadir; sin embargo, los ejemplos son más poderosos que las palabras; y es más enseñar con la obra que con la voz.

CAP. II.

En este excelentísimo género de doctrina, el bienaventurado mártir Lorenzo, cuya pasión hace ilustre el día de hoy, resplandece con una dignidad tan gloriosa que incluso sus perseguidores pudieron percibirla, ya que aquella admirable fortaleza de ánimo, concebida principalmente por amor a Cristo, no solo no cedía, sino que también fortalecía a otros con el ejemplo de su tolerancia. Pues cuando la furia de los poderes gentiles arremetía contra los miembros más selectos de Cristo, y especialmente atacaba a aquellos que pertenecían al orden sacerdotal, el impío perseguidor se enfureció contra el diácono Lorenzo, quien no solo sobresalía en el ministerio de los sacramentos, sino también en la administración de la sustancia eclesiástica, prometiéndose a sí mismo un doble botín con la captura de un solo hombre, a quien, si lograba convertir en traidor del sagrado dinero, también haría despojado de la verdadera religión. Así, armado con una doble antorcha, el hombre codicioso de dinero y enemigo de la verdad: con avaricia, para arrebatar el oro; con impiedad, para quitar a Cristo. Exige que le sean entregadas las riquezas eclesiásticas por el inmaculado prelado del santuario, a las que codiciosamente aspiraba. El castísimo diácono, mostrando dónde las tenía guardadas, presentó numerosos grupos de santos pobres, en cuyo sustento y vestimenta había depositado inamovibles facultades, las cuales eran tanto más íntegramente salvaguardadas cuanto más santamente se probaban gastadas.

CAP. III.

El ladrón, frustrado, se enfurece contra la religión que había instituido tal uso de las riquezas, y en su odio decide emprender el saqueo de un tesoro más valioso; al no encontrar ninguna riqueza material, intenta arrebatar aquel depósito que hacía a Lorenzo más rico espiritualmente. Ordena a Lorenzo renunciar a Cristo y se prepara para someter la sólida fortaleza de su espíritu levítico a terribles suplicios. Cuando los primeros tormentos no logran nada, se suceden otros más intensos. Ordena que los miembros desgarrados y cortados por múltiples azotes sean asados sobre un fuego encendido: de modo que, al ser colocados sobre una parrilla de hierro que ya tenía el poder de quemar por el calor continuo, el tormento se hiciera más intenso y el sufrimiento más prolongado mediante la alternancia de los miembros.

CAP. IV.

Nada logras, nada consigues, cruel crueldad. Se te quita la materia mortal de tus hallazgos, y al ascender Lorenzo a los cielos, tú decaes. La llama de la caridad de Cristo no pudo ser superada por tus llamas, y fue más débil el fuego que ardió por fuera que el que encendió por dentro. Serviste, perseguidor, al mártir, cuando fuiste cruel; aumentaste la palma, mientras acumulabas el castigo. Pues, ¿qué no encontró tu ingenio para la gloria del vencedor, cuando

incluso los instrumentos del suplicio se convirtieron en honor de triunfo? Alegrémonos, pues, amadísimos, con gozo espiritual, y gloriémonos en el Señor por el fin felicísimo del ilustre varón, quien es admirable en sus santos (Sal. LXVII, 36), en los cuales nos ha constituido tanto protección como ejemplo; y así ha glorificado su gloria por todo el mundo, que desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, con el resplandor fulgurante de las luces levíticas, así como Jerusalén fue glorificada por Esteban, Roma se hizo igualmente ilustre por Lorenzo. Con cuya oración y patrocinio confiamos ser ayudados sin cesar: para que, como dice el Apóstol: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (I Tim. III, 12), seamos fortalecidos en el espíritu de caridad, y para superar todas las tentaciones seamos protegidos por la perseverancia de una fe constante. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXXVI [Al. LXXXIV]. Sobre el Ayuno del séptimo mes I.

SINOPSIS.

I. Indica el ayuno por autoridad, sugiere por caridad, para que el cuerpo sea castigado y el pobre sea ayudado.---II. Es poco no quitarle a nadie lo que es suyo, si no das también de lo tuyo al pobre.

CAP. I.

Conocemos bien, amadísimos, que vuestra devoción es tal que cultiváis vuestras almas no solo con ayunos legítimos, sino también voluntarios. Sin embargo, a este empeño debe añadirse la exhortación de nuestra admonición, para que aquellos que son más lentos en este ejercicio, al menos en estos días se unan obedientemente a la abstinencia común, en los cuales nos corresponde celebrar con mayor atención la sacratísima costumbre, para que por la humildad del ayuno merezcamos la ayuda divina contra todos nuestros enemigos. Pues es una obra de suma importancia, que tanto por autoridad indicamos como por caridad aconsejamos: que, restringiendo un poco la libertad de comer, nos dediquemos a la mortificación del cuerpo y al sustento de los pobres, a quienes quien alimenta, alimenta su propia alma, y transforma los manjares temporales en delicias eternas.

CAP. II.

Por lo tanto, en lugar de los malos deseos, que crezcan los santos anhelos. Cese la iniquidad, pero que la justicia no esté ociosa. Aquel a quien nadie sufre como opresor, que alguien lo sienta como ayudante. Pues es poco no quitar lo ajeno, si no das también de lo propio. Estamos bajo la mirada del justo juez, que sabe cuánta capacidad de obrar bien ha dado a cada uno. No quiere que sus dones estén ociosos, quien distribuyó a sus siervos las medidas de los talentos místicos de tal manera que quien los empleara liberalmente, los aumentara; y quien los guardara estérilmente, los perdiera (Mat. XXV, 28; Luc. XIX, 26). Y por eso, amadísimos, ya que nos conviene celebrar el ayuno del séptimo mes, exhortamos a vuestra santidad a que ayunemos el miércoles y el viernes; y el sábado vigilemos juntos en la iglesia del bienaventurado Pedro Apóstol, por cuyos méritos intercesores merezcamos ser liberados de todas las tribulaciones: por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXXVII [Al. LXXXV]. Sobre el Ayuno del séptimo mes II.

SINOPSIS.

I. Al diablo se le debe resistir mediante la continencia, ya que busca en nosotros el fruto de la semilla que lanzó en los primeros padres a través de la tentación de comer.---II. El ayuno beneficia enormemente tanto a la salvación ajena como a la propia de cada uno.---III. Sean más abundantes las limosnas de aquellos que no pueden ayunar.---IV. Las riquezas se colocan en un lugar seguro y se incrementan cuando se distribuyen entre los pobres.

CAP. I.

Dios, creador y redentor del género humano, que nos llama a caminar por los senderos de la justicia hacia las promesas de la vida eterna, sabiendo que no faltarían las tentaciones que nos acecharían con insidiosos encuentros en el camino de las virtudes, nos ha provisto, amadísimos, de muchos auxilios para que podamos vencer las trampas del diablo: entre los cuales ha otorgado a sus siervos este saludable don, para que se armen contra todos los engaños del enemigo con la fortaleza de la continencia y las obras de piedad. Pues aquel que desde el principio inculcó en los primeros hombres el deseo del alimento prohibido (Gén. III, 5), y a los que creyeron mal les infundió, a través de la seducción de comer, el veneno de todas las concupiscencias, no cesa de repetir las mismas artimañas, y en la naturaleza, que sabe estar corrompida por sus semillas, busca el germen de su siembra, para encender el deseo de placer y debilitar los esfuerzos de la virtud. Porque el progreso cristiano es su castigo, y no puede de ninguna manera dañar las almas de aquellos que, con la ayuda del Señor, saben reinar en su carne. Por lo tanto, con moderación razonable y propósito santo, deben refrenarse los deseos rebeldes, y no se debe permitir que las concupiscencias corporales se opongan a los deseos castos y espirituales. Que el hombre interior reconozca ser el rector de su exterior, para que la mente, gobernada por el dominio divino, someta la sustancia terrenal a la obediencia de la buena voluntad. No nos falta, para mantener este orden, la ayuda del Rey misericordiosísimo, quien nos ha instruido en la razón de la observancia más saludable, estableciendo para nosotros, a través del curso de los tiempos, ciertos días de ayuno en los cuales la virtud de las almas se fortalezca mediante la mortificación del cuerpo.

CAP. II.

El oficio de este remedio, amadísimos, también se ha dispuesto en este mes que es el séptimo, lo cual nos conviene acoger con pronta alegría; para que, además de aquella abstinencia que cada uno ejerce de manera particular y privada según la medida de sus posibilidades, se celebre con más ánimo esta que se indica a todos en conjunto. Pues en toda lucha del certamen cristiano, la utilidad de la continencia es de gran valor, de tal manera que ciertos espíritus demoníacos muy feroces, que no son expulsados de los cuerpos poseídos por ningún mandato de los exorcistas, son expulsados solo por la virtud de los ayunos y las oraciones, como dice el Señor: Este género de demonios no se expulsa sino con ayuno y oración (Mateo XVII, 20; Marcos IX, 28). Por tanto, la oración del que ayuna es grata a Dios y terrible para el diablo, y no pasa desapercibido cuánto adquiere para su propia salvación, lo que tanto beneficia a la ajena.

CAP. III.

En esta observancia, amadísimos, aunque todos debemos ser unánimemente devotos, si hay algunos cuya voluntad se ve obstaculizada por alguna debilidad, que rediman el esfuerzo que

supera las fuerzas del cuerpo con los gastos de sus recursos. Hay muchas obras de piedad que con mayor mérito recomiendan la misma necesidad de comer, si adquieren la purificación de los que ayunan mediante el esfuerzo de la bondad. Porque cuando aquellos que no omiten nada de la humillación del ayuno sudan bajo una fatiga estéril, si no se santifican mediante la distribución de limosnas en la medida de sus posibilidades, es justo que su generosidad sea más abundante en el sustento de los pobres, aquellos cuya fortaleza para abstenerse es menor. Por lo tanto, lo que uno no se niega a sí mismo en su propia debilidad, que lo ofrezca gustosamente a la necesidad ajena, y haga de su propia necesidad una causa común con el indigente. No se culpa al enfermo que rompe el ayuno, del cual el pobre hambriento recibe alimento; ni se contamina al tomar comida, quien se purifica al dar limosna, como dice el Señor: Dad limosna, y he aquí todo será limpio para vosotros (Lucas 11, 41).

CAP. IV.

En esta obra, amadísimos, incluso aquellos que se abstienen del deleite de los banquetes deben procurarse frutos de misericordia, para que cuanto más abundantemente siembren, más copiosamente cosechen. Pues nunca esta cosecha engaña a su agricultor, ni tiene una esperanza incierta en la obra del cultivo de la piedad. Todo lo que se esparce con la mano del que siembra de esta manera, no lo quema el calor, no lo arrastra el torrente, no lo derriba el granizo. Siempre están intactos todos los gastos de la piedad; no solo permanecen íntegros, sino que también se aumentan y se transforman en calidad. De lo terrenal surgen cosas celestiales, de lo pequeño se generan cosas grandes, y el don temporal se convierte en recompensa eterna. Por tanto, quienquiera que ame las riquezas, quienquiera que desee multiplicar lo que posee, enciéndete por estas ganancias, suspira por estos aumentos de tus bienes, de los cuales nada arrebatara el ladrón, nada corrompe la polilla, nada consume el óxido (Mat. VI, 19). No desesperes del interés, no desconfíes del receptor. Lo que hicisteis a uno de estos, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40), entiende quién lo dice; y ante quien depositas tus riquezas, reconócelo con los ojos perspicaces de la fe con seguridad. No dude de la recepción, aquel a quien Cristo es deudor. No sea ansiosa la liberalidad, ni triste el ayuno: porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7), quien es fiel en sus palabras, y abundantemente retribuye lo que benignamente ha concedido dar Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXXVIII [Al. LXXXVI], Sobre el Ayuno del séptimo mes III.

SINOPSIS.

I. Los ayunos, sin los cuales la justicia de Dios no fue aplacada en tiempos antiguos, también nos son necesarios. ---II. Son mucho más poderosos cuando son celebrados por todos los fieles al mismo tiempo. ---III. Cada uno debe, de vez en cuando, apartarse de las preocupaciones para dedicarse más atentamente a su salvación. Cuán poderosa es la unidad en la oración. ---IV. El consenso de los buenos tiene gran valor ante Dios. En las limosnas, se valora el ánimo, no el patrimonio. ---V. Cada uno debe distribuir limosnas según su capacidad, sin desconfianza.

CAP. I

Para implorar, amadísimos, la misericordia de Dios y para renovar el estado de fragilidad humana, conocemos cuánto valen los ayunos religiosos por la predicación de los santos profetas; quienes atestiguan que la conmoción de la justicia divina, en la que frecuentemente

el pueblo de Israel caía por su iniquidad, no puede ser aplacada sino por el ayuno. Por eso el profeta Joel también advierte diciendo: Esto dice el Señor vuestro Dios: Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, llanto y lamento, y rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es misericordioso, paciente, magnánimo y muy misericordioso (Joel 2, 12-13); y de nuevo: Santificad el ayuno, proclamad la curación, congregad al pueblo, santificad la Iglesia (Ibid., 15). Esta exhortación, amadísimos, también debe ser acogida en nuestros tiempos, porque los remedios de esta curación deben ser necesariamente proclamados por nosotros, para que en la observancia de la santificación antigua, lo que perdió la prevaricación judía, lo adquiriera la devoción cristiana.

CAP. II.

La reverencia por las sagradas disposiciones divinas, entre cualquier esfuerzo de observancia espontánea, siempre tiene su privilegio: que es más sagrado lo que se celebra por ley pública que lo que se realiza por institución privada. El ejercicio de la continencia, que cada uno se impone por su propio juicio, pertenece a la utilidad de una cierta porción; pero el ayuno, que toda la Iglesia adopta, no separa a nadie de la purificación general; y entonces el pueblo de Dios se vuelve poderosísimo, cuando los corazones de todos los fieles se unen en la unidad de la santa obediencia, y en los campamentos de la milicia cristiana hay una preparación similar por todas partes, y la misma defensa en todas partes. Aunque el furor vigilante del enemigo sangriento brame, y por todas partes tienda insidias ocultas, no podrá capturar ni herir a nadie, si no encuentra a ninguno desarmado, a ninguno inactivo, a ninguno excluido de la obra de la piedad.

CAP. III.

A la potencia de esta invicta unidad, amadísimos, nos invita también este solemne ayuno del séptimo mes: para que, libres de las preocupaciones seculares y de los actos terrenales, elevemos nuestras almas al Señor. Y dado que no todos podemos mantener siempre esta intención necesaria de manera perpetua, y a menudo por la fragilidad humana recaemos de lo celestial a lo terrenal, al menos en estos días, que nos han sido dados como remedios muy saludables, apartémonos de las ocupaciones mundanas y robemos algo de tiempo que sea útil para los bienes eternos. Porque en muchas cosas, como está escrito, todos ofendemos (Santiago III, 2). Y aunque por el don diario de Dios somos limpiados de diversas contaminaciones, sin embargo, en las almas incautas a menudo permanecen manchas más gruesas, que deben ser lavadas con un cuidado más diligente y borradas con un esfuerzo mayor. Sin embargo, se obtiene la abolición más plena de los pecados cuando toda la Iglesia tiene una sola oración y una sola confesión. Porque si al santo y piadoso consenso de dos o tres el Señor promete conceder todo lo que pidan (Mateo XVIII, 20), ¿qué se negará al pueblo de muchos miles que ejecuta una misma observancia conjuntamente, y que suplica en concordia por un solo espíritu?

CAP. IV.

Grande es a los ojos del Señor, amadísimos, y muy precioso, cuando todo el pueblo de Cristo se dedica a los mismos oficios, y en ambos sexos todos los grados y órdenes cooperan con el mismo afecto; cuando al evitar el mal y hacer el bien, todos tienen un mismo parecer; cuando en las obras de sus siervos Dios es glorificado, y al autor de toda piedad se le bendice con mucha acción de gracias. Se alimenta a los hambrientos, se viste a los desnudos, se visita a los enfermos, y nadie busca lo suyo, sino lo del otro (I Cor. X, 24), mientras que para aliviar

la miseria ajena a cada uno le basta su medida, y es fácil encontrar un dador alegre, donde la razón del trabajo modera la capacidad. Por esta gracia de Dios, que opera todo en todos (I Cor. XII, 6), el fruto común de los fieles se convierte en mérito común. Pues bien puede ser igual el ánimo de aquellos cuyo patrimonio es desigual, y cuando uno se alegra de la generosidad del otro, a quien no pudo igualar en gasto, se iguala en afecto. Nada en tal pueblo es desordenado ni diverso, donde todos los miembros del cuerpo consienten en un mismo vigor de piedad; ni se avergüenza de su escasez quien se gloria en la opulencia de otros. Pues la excelencia de una parte es el adorno de la totalidad, y cuando todos somos guiados por el espíritu de Dios, no solo son nuestras aquellas cosas que hacemos nosotros mismos, sino también aquellas de las que nos alegramos en la acción de otros.

CAP. V.

Abracemos, por tanto, amadísimos, esta bienaventurada solidez de la sacratísima unidad, y emprendamos el solemne ayuno con un propósito concordante de buena voluntad. No se exige de nadie nada arduo, nada áspero, ni se nos impone algo que exceda nuestras fuerzas, ya sea en la mortificación de la abstinencia o en la generosidad de la limosna. Cada uno sabe lo que puede o no puede hacer. Que cada uno mida su capacidad, que se evalúe con justa y razonable consideración, para que el sacrificio de misericordia no se ofrezca con tristeza, ni se cuente entre las pérdidas. Que se dedique a esta obra piadosa lo que justifique el corazón, lo que lave la conciencia, y que finalmente beneficie tanto al que recibe como al que da. Feliz es el alma y muy admirable, que no teme la falta de recursos por amor a hacer el bien, y no duda que quien le dio lo que ha de repartir, le dará más para dar. Pero como esta magnanimidad es de pocos, y también es lleno de piedad que cada uno no descuide el cuidado de los suyos, sin prejuzgar a los más perfectos, os exhortamos con esta regla general a que cumpláis el mandato de Dios según la medida de vuestras posibilidades. Pues conviene que la benevolencia sea alegre, de modo que su generosidad se modere de tal manera que tanto el sustento de los pobres se regocije, como la suficiencia doméstica no sufra. Y aquel que suministra semilla al sembrador, y pan para comer, proveerá y multiplicará vuestra semilla, y aumentará los frutos de vuestra justicia (II Cor. IX, 10). Ayunemos, por tanto, el miércoles y el viernes, y el sábado celebremos juntos vigiliias en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, confiando en que por sus méritos y oraciones se nos concederá en todo la misericordia de nuestro Dios: por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN LXXXIX [Al. LXXXVII]. Sobre el Ayuno del séptimo mes IV.

SINOPSIS.

I. El ayuno cumplido por los cristianos por la gracia de Dios supera en observancia al carnal de los judíos. ---II. Lo común y público debe ser preferido a lo privado, como de mayor mérito y eficacia. ---III. Son innumerables las flechas del diablo, que solo se evitan amando a Dios sobre todas las cosas. ---IV. Hay ciertos tiempos elegidos para que nos dediquemos a lo divino. ---V. Al ayuno se debe añadir la limosna, especialmente hacia los fieles. ---VI. Los pobres deben ser salvados por la paciencia, los ricos por la misericordia.

CAP. I.

Nuestra predicación, amadísimos, es facilitada por la costumbre familiar para vosotros, y la razón del tiempo recomienda el deber del sacerdote, para que no parezca ni oneroso ni arduo,

lo que tanto el precepto de la ley exige como la devoción de la voluntad modera: cuando estas cosas se unen, con la ayuda de la gracia de Dios, no es la letra la que mata, sino el espíritu el que vivifica (I Cor. VIII, 1). Donde está el espíritu de Dios, allí hay libertad (II Cor. III, 17), que no cumple la ley por temor, sino por amor. Pues la obediencia suaviza el mandato, y no se sirve con dura necesidad donde se ama lo que se ordena. Por tanto, cuando os exhortamos, amadísimos, a ciertas cosas que también están instituidas en el Antiguo Testamento, no os sometemos al yugo de la observancia judía, ni os imponemos la costumbre del pueblo carnal. La continencia cristiana supera los ayunos de ellos: y si algo tenemos en común con ellos en los tiempos, no concordamos en las costumbres. Que ellos tengan sus descalzos, y en la tristeza de sus rostros muestren ayunos ociosos; nosotros, en nada diferentes a la honestidad de nuestro hábito, ni absteniéndonos de obras justas y necesarias, limitamos la licencia de comer con simple moderación: para que en el uso de los alimentos se elija la medida, no se condene la criatura.

CAP. II.

Aunque a cada uno de nosotros nos es permitido someter nuestro cuerpo a castigos voluntarios, y a veces de manera moderada, otras veces más estricta, para dominar las concupiscencias carnales que se oponen al espíritu, en ciertos días es necesario que todos celebremos juntos un ayuno general, y entonces la devoción es más eficaz y sagrada cuando en las obras de piedad de toda la Iglesia hay un solo ánimo y un solo sentir. Lo público debe ser preferido a lo propio; y allí se debe entender la principal razón de utilidad, donde la atención común está vigilante. Por lo tanto, que cada uno mantenga su diligencia en la observancia, y contra las insidias de la malicia espiritual, implorando la ayuda de la protección divina, que cada uno tome las armas celestiales. Pero el soldado eclesiástico, aunque pueda luchar valientemente en batallas especiales, combatirá con más seguridad y éxito si se enfrenta al enemigo abiertamente en la línea de batalla: donde no solo emprenda la lucha con sus propias fuerzas, sino que, bajo el mando del Rey invicto, unido a las filas fraternales, lleve a cabo una guerra universal. Pues es menor el riesgo cuando muchos combaten al enemigo que cuando lo hace uno solo; y no es fácil que se abra una herida a quien, con el escudo de la fe opuesto, no solo es defendido por su propia fortaleza, sino también por la de otros: de modo que donde hay una causa común para todos, haya una sola victoria.

CAP. III.

Por tanto, dado que nuestro adversario no cesa de acecharnos con diversas artimañas de tentación, y esta es su única intención astuta: apartar a los redimidos por la sangre de Cristo de los mandamientos de Dios, debemos precavernos con toda diligencia para no ser heridos por los dardos del enemigo. Pues sus armas no son ásperas para los sentidos del cuerpo, sino que halagan en exceso a la carne para dañar al alma. Atraen los ojos hacia diversas codicias, para que de la belleza del mundo se enciendan las llamas de la concupiscencia, o se generen errores de supersticiones. También, a través de sonidos insidiosos, el oído es golpeado con suaves impactos, para que la solidez del ánimo se disuelva con seductora modulación, y los corazones incautos y poco sobrios sean capturados por la costumbre de placeres letales. Pero estos engaños del diablo son hechos ineficaces e inútiles por los auxilios de la gracia divina y las enseñanzas de los preceptos evangélicos. Porque aquellos que han recibido el Espíritu Santo, y en quienes el temor del Señor no nace del miedo al castigo, sino del amor a Dios, con el pie ileso de la fe, rompen las trampas de tales capturas, para que con la belleza de

todas las criaturas usen para la gloria y alabanza de su Creador, y lo amen sobre todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas (Juan 1, 3).

CAP. IV.

En admiración de esto, amadísimos, que el afecto de todos los fieles se dirija; de esto, que la continencia sabia busque deleites no corruptibles, sino eternos, y que la castidad incontaminada arda en amor por ese bien sin el cual nadie es bueno. Porque para esto se nos han dado los ejercicios cristianos, para que, cortado todo placer ilícito, anhelemos las delicias santas y espirituales. Y aunque siempre debemos esforzarnos en las virtudes, algunos días están consagrados a la corrección de la observancia común, para que el alma, aún implicada en deseos terrenales y obstaculizada por preocupaciones mundanas, al menos de vez en cuando respire hacia lo divino; y porque es parte del campo del Señor, ofrezca frutos dignos de los graneros celestiales. Pues hay esperanza de cosechar donde ha habido diligencia en sembrar.

CAP. V.

Queridos hermanos, habiendo tratado brevemente estos asuntos para vuestro progreso según la ocasión del tiempo, os convocamos al ayuno del séptimo mes, en el cual os recordamos no solo la abstinencia de alimentos, sino también las obras de piedad: para que lo que con religiosa moderación apartáis de vuestro uso, lo transfiráis al sustento de los pobres y al alimento de los débiles; atendiendo con benevolencia general a todos los necesitados, pero recordando especialmente a aquellos que son miembros del cuerpo de Cristo y están unidos a nosotros por la unidad de la fe católica. Pues debemos más a los nuestros por la comunión de la gracia, que a los extraños por la comunión de la naturaleza.

CAP. VI.

Abunde, pues, en vosotros, amadísimos, la benignidad cristiana; y así como deseáis que los tiempos recurrentes del año estén llenos de frutos, así también vuestros corazones sean fecundos para alimentar a los pobres. A quienes, ciertamente, Dios, de quien son todas las cosas, pudo conferir la sustancia necesaria y otorgarles tales facultades, que en nada necesitaran de vuestras dádivas; pero tanto a ellos como a vosotros os habría faltado mucha materia de virtudes, si ni a ellos la pobreza los ejercitara para la corona de la paciencia, ni a vosotros la abundancia os provocara a la gloria de la misericordia. Sin embargo, la providencia divina dispuso maravillosamente que en la Iglesia hubiera tanto santos pobres como ricos buenos, que se beneficiaran mutuamente de esta misma diversidad, cuando para merecer los premios eternos e incorruptibles dieran gracias a Dios recibiendo, y dieran gracias a Dios dando: porque, como está escrito, y la paciencia de los pobres no perecerá eternamente (Sal. IX, 19), y Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). Ayunemos, pues, el cuarto y sexto día de la semana; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, esperando ser así ayudados por sus oraciones, para que Dios de las misericordias, aplacado por el sacrificio de nuestro ayuno, nos escuche por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XC [Al. LXXXVIII]. Sobre el Ayuno del séptimo mes V.

SINOPSIS.

I. La penitencia siempre es necesaria debido a las continuas insidias del enemigo y la concupiscencia de la carne.---II. Todas las cosas imposibles por la debilidad humana son posibles por la virtud divina.---III. Sobre el amor de Dios y del mundo.---IV. El amor de Dios se nutre con buenas obras. Por qué el ayuno del séptimo mes.

CAP. I.

Sacratísimo, amadísimos, en el séptimo mes proclamamos el ayuno, exhortándoos con confianza mediante exhortaciones paternas, para que lo que antes fue judío, se convierta en vuestra observancia cristiana. Es en verdad apropiado en todo tiempo y conveniente para ambos Testamentos, que a través de la mortificación tanto de la mente como del cuerpo se busque la misericordia divina, porque nada es más eficaz para suplicar a Dios que el hombre se juzgue a sí mismo, y NUNCA deje de pedir perdón, quien sabe que nunca está sin culpa. Pues la naturaleza humana tiene en sí este defecto, no implantado por el Creador, sino contraído del transgresor, y transmitido a los descendientes por la ley de la generación, de modo que del cuerpo corruptible también surge lo que puede corromper el alma. De aquí que el hombre interior, aunque ya regenerado en Cristo y liberado de las cadenas de la cautividad, tiene constantes conflictos con la carne, y mientras refrena al concupiscente, sufre al rebelde. En esta discordia no se obtiene fácilmente una victoria tan perfecta que incluso aquellas cosas que deben ser cortadas no aten, y las que deben ser eliminadas no hieran. Por más sabiamente y con previsión que el juez del alma gobierne los sentidos exteriores, entre los mismos cuidados y medidas de gobernar y alimentar la carne, la tentación siempre está demasiado cerca. Pues, ¿quién se separa tanto del placer del cuerpo o del dolor que no afecte a la misma mente lo que desde fuera halaga o atormenta? La alegría es indivisible, la tristeza indiscriminada: nada en el hombre no enciende la ira, nada no disuelve la alegría, nada no afecta la enfermedad. ¿Y qué desviación del pecado puede haber allí, donde una sola pasión es tanto del que gobierna como del que es gobernado? Con razón el Señor declara que el espíritu en verdad está dispuesto, pero la carne es débil (Mateo XXVI, 41).

CAP. II.

Y para que no seamos llevados hasta la inerte desidia por la desesperación, lo que es imposible para el hombre debido a su propia debilidad, se promete posible por la virtud divina: porque estrecho y angosto es el camino que conduce a la vida (Mateo VII, 14), y nadie podría entrar en él, nadie podría avanzar un paso, si Cristo mismo no abriera el camino haciéndose él mismo la vía: para que el autor del camino sea la posibilidad del que camina, porque él mismo introduce al trabajo y conduce al descanso. En quien, por tanto, tenemos esperanza de vida eterna, en él también está la forma de la paciencia. Pues si sufrimos con él, también reinaremos con él (II Tim. II, 12; Rom. VIII, 17): porque, como dice el Apóstol, quien dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo (I Juan II, 6). De lo contrario, usamos la imagen de una profesión falsa, si nos gloriamos en su nombre pero no seguimos sus enseñanzas: las cuales ciertamente no serían onerosas para nosotros y nos liberarían de todos los peligros, si no amáramos nada más que lo que se nos manda amar.

CAP. III.

Porque hay dos amores de los cuales surgen todas las voluntades, tan diferentes en cualidades como se dividen por sus autores. El alma racional, que no puede existir sin amor, es amante de Dios o del mundo. En el amor a Dios nada es excesivo, pero en el amor al mundo todo es dañino. Por eso, debemos adherirnos inseparablemente a los bienes eternos y usar

transitoriamente los temporales: para que, mientras peregrinamos y nos apresuramos a regresar a la patria, cualquier prosperidad de este mundo que encontremos sea un viático para el viaje, no una tentación para quedarnos. Por eso el bienaventurado Apóstol predica diciendo: El tiempo es corto: resta, pues, que los que tienen esposas sean como si no las tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no usaran de él. Porque la figura de este mundo pasa (I Cor. VII, 29-31). Pero lo que seduce con su apariencia, abundancia y variedad, no se evita fácilmente, a menos que en esa belleza visible se ame al Creador más que a la criatura, quien al decir: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu fuerza (Mat. XXII, 37), no quiere que nos relajemos en absoluto de los lazos de su amor. Y cuando a este mandamiento une también el amor al prójimo, nos indica la imitación de su bondad: para que amemos lo que Él ama y obremos lo que Él obra. Aunque somos labranza de Dios y edificio de Dios (I Cor. III, 9), y ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (Ibid., 7); sin embargo, en todo exige el servicio de nuestro ministerio, y quiere que seamos dispensadores de sus dones, para que quien lleva la imagen de Dios haga la voluntad de Dios. Por eso en la oración dominical decimos santamente: Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mat. VI, 10). ¿Qué otra cosa pedimos con estas palabras, sino que Dios someta a quienes aún no se han sometido a Él, y que así como en el cielo a los ángeles, también en la tierra haga a los hombres ministros de su voluntad? Al pedir esto, amamos a Dios y amamos al prójimo; y no hay en nosotros amores diferentes, sino un solo amor, cuando deseamos que el siervo sirva y el señor gobierne.

CAP. IV.

Por lo tanto, este afecto, amadísimos, por el cual se excluye el amor terrenal, se fortalece con la costumbre de las buenas obras, porque es necesario que la conciencia se deleite en los buenos actos y haga con gusto lo que se alegra de haber hecho. Se asume, pues, el ayuno, se multiplica la generosidad, se guarda la justicia, se frecuenta la oración, y se logra que el deseo de cada uno sea el mismo anhelo de todos. El trabajo nutre la paciencia, la mansedumbre extingue la ira, la benevolencia aplasta la envidia, los deseos impuros son aniquilados por santos anhelos, la avaricia es expulsada por la liberalidad, y las cargas de las riquezas se convierten en instrumentos de virtudes. Pero como las insidias del diablo no descansan ni siquiera en medio de tales esfuerzos, es muy apropiado que en ciertos momentos del tiempo se establezca la renovación de nuestro vigor: para que, donde la mente puede gloriarse ávidamente de la clemencia del cielo y la abundancia del campo, y al tener los graneros llenos de frutos, diga a su alma: Tienes muchos bienes, regocíjate (Luc. XII, 19): allí reciba una cierta reprensión de la voz divina, y escuche decir: Necio, esta noche te reclamarán el alma: lo que has preparado, ¿de quién será? (Ibid. 20). Esta debe ser la meditación más cuidadosa del sabio, para que, dado que los días de esta vida son breves y los espacios inciertos, la muerte nunca sorprenda al que va a morir, ni llegue a un fin desordenado quien sabe que es mortal. Por lo tanto, para que sea útil tanto para la santificación de los cuerpos como para la renovación de las almas, ayunemos el miércoles y el viernes; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del beatísimo apóstol Pedro, siendo ayudados por sus oraciones, para que logremos el cumplimiento de los santos deseos: por Cristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SINOPSIS.

I. La voluntad de Dios se enseña incluso a partir de los mismos elementos, que ordena abstenerse tanto de los alimentos como de la sabiduría mundana.---II. Es de temer tanto la herejía de Nestorio como la de Eutiques.---III. La verdad de la carne en Cristo se prueba a partir del sacrificio de la Eucaristía y el precepto de la limosna.

CAP. I.

La devoción de los fieles, amadísimos, no hay nada en lo que la providencia divina no ayude. Pues, para ejercitar las mentes y los cuerpos hacia la santidad, también los elementos del mundo sirven, mientras la revolución distintamente variada de los días y meses nos abre ciertas páginas de preceptos, de modo que lo que las sagradas instituciones advierten, de alguna manera también lo expresen los tiempos. Por lo tanto, cuando el ciclo del año nos ha traído el séptimo mes, no ignoro que vuestra observancia se ve espiritualmente incitada a celebrar el solemne ayuno: porque habéis aprendido por experiencia cuánto esta preparación purifica tanto el exterior como el interior de los hombres, de modo que al abstenerse de lo lícito, se resista más fácilmente a lo ilícito. Sin embargo, la razón de la continencia, amadísimos, no debe considerarse solo en la mortificación de los cuerpos, ni únicamente en la disminución de los alimentos. Pues los mayores bienes de esta virtud pertenecen a aquella castidad del alma, que no solo vence las concupiscencias de la carne, sino que también desprecia las vanidades de la sabiduría mundana, como dice el Apóstol: Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas según la tradición de los hombres (Colosenses II, 8).

CAP. II.

Por lo tanto, es necesario abstenerse de los alimentos, pero mucho más ayunar de los errores: para que la mente, no entregada a ningún placer carnal, no sea cautiva de la mentira; porque así como en tiempos pasados, también en nuestros días no faltan enemigos de la verdad que se atreven a provocar guerras civiles dentro de la Iglesia católica, conduciendo a los ignorantes al consenso de dogmas impíos, para gloriarse de aumentar a aquellos que han podido separar del cuerpo de Cristo. Pues, ¿qué se opone tanto a los profetas, qué contradice tanto a los Evangelios, qué es finalmente tan rebelde a las doctrinas apostólicas, como predicar en el Señor Jesucristo, nacido de María, y coeterno al Padre eterno, una única y singular naturaleza? Si se entiende solo como humana, ¿dónde está la Deidad que salva? Si solo como divina, ¿dónde está la humanidad que se salva? Sin embargo, la fe católica, que resiste a todos los errores, también refuta estas impiedades, condenando a Nestorio que divide lo divino del hombre, detestando a Eutiques que vacía lo humano en lo divino: porque el verdadero Hijo de Dios, verdadero Dios, teniendo unidad e igualdad con el Padre y con el Espíritu Santo, se dignó ser el mismo verdadero hombre, no separado de la carne ni en la concepción ni en el parto de la Virgen madre: uniendo así la humanidad a sí mismo, para que Dios permaneciera inmutable; impartiendo así la Deidad al hombre, para que no lo consumiera con la glorificación, sino que lo aumentara. Porque quien fue hecho en forma de siervo, no dejó de ser en forma de Dios, y no es uno con otro, sino uno en ambos: para que desde que el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), nuestra fe no se turbe con ninguna variedad de dispensaciones; sino que, ya sea en los milagros de las virtudes, ya sea en los ultrajes de las pasiones, creamos que es Dios quien es hombre, y hombre quien es Dios.

CAP. III.

Haciendo esta confesión, amadísimos, con todo el corazón, rechazad las impías doctrinas de los herejes, para que vuestros ayunos y limosnas no sean contaminados por el contagio de ningún error; pues entonces la ofrenda del sacrificio es pura, y la dádiva de la misericordia es santa, cuando aquellos que las realizan comprenden lo que hacen. Porque, como dice el Señor: "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Juan 6, 54), así debéis participar de la sagrada mesa, de modo que no dudéis en absoluto de la verdad del cuerpo y sangre de Cristo. Pues se recibe con la boca lo que se cree con fe: y en vano responden AMÉN aquellos que discuten contra lo que reciben. Y como dice el profeta: "Bienaventurado el que entiende al necesitado y al pobre" (Salmo 40, 1), es digno de alabanza el que distribuye vestimentas y alimentos a los pobres, reconociendo a Cristo en los necesitados, para vestirlos y alimentarlos: porque Él mismo dice: "Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo 25, 40). Verdadero Dios y verdadero hombre, Cristo es uno, rico en lo suyo, pobre en lo nuestro, recibiendo dones y distribuyéndolos, partícipe de los mortales y vivificación de los muertos: para que en el nombre de Jesucristo se doble toda rodilla, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filipenses 2, 10-11), viviendo y reinando con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XCII [Al. XC]. Sobre el Ayuno del séptimo mes VII.

SINOPSIS.

I. Los preceptos de la ley moral no han sido abolidos; nadie ha sido jamás justificado sin caridad; la abundancia de la justicia evangélica se encuentra en la abundancia de la caridad.--
-II. Los ayunos de la nueva ley, tomados de la antigua, deben ser realizados con otro espíritu.-
--III. Cada uno debe agradar solo a Dios: tal es el tesoro de cada uno, como es aquello a lo que se adhiere con el corazón.---IV. El séptimo mes está consagrado al ayuno, a las buenas obras y a su propio número.

CAP. I.

La institución apostólica, amadísimos, que conocía que el Señor Jesucristo vino a este mundo no para abolir la ley, sino para cumplirla (Mateo 5, 17), distinguió así los decretos del Antiguo Testamento, de modo que algunos de ellos, tal como fueron establecidos, serían útiles para la enseñanza evangélica, y lo que antes era costumbre judía, se convirtiera en observancia cristiana. Pues aunque las variedades de sacrificios, las diferencias de bautismos y los descansos sabáticos junto con la misma circuncisión de la carne hayan cesado, permanecen sin embargo de esos mismos volúmenes también entre nosotros muchos preceptos morales. Y cuando de allí se dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón; y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 22, 37, 39): reconocemos por lo que dice Cristo el Señor, que de estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas (Ibid., 40); y es tan grande bajo el mandato de esta doble caridad el vínculo de ambos Testamentos, que sin la conexión de estas virtudes ni la ley se encuentra que haya justificado a alguien, ni la gracia. Aquellas partes de los mandamientos legales de las cuales se ordena que algunas cosas se hagan, y otras se prohíban para que no se hagan, retienen la firmeza de la antigua autoridad. Y no por eso debe considerarse que la perfección evangélica es adversa a ellas, porque los estudios de las virtudes se incitan a aumentos voluntarios, y las venganzas de los crímenes se relajan con los remedios de la penitencia. Pues el Señor dice: Si vuestra justicia no abunda

más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo 5, 20). ¿Y cómo abundará la justicia, si no se exalta la misericordia sobre el juicio (Santiago 2, 13)? ¿Y qué es tan justo y tan digno como que la criatura hecha a imagen y semejanza de Dios imite a su autor, quien estableció la reparación y santificación de los creyentes en la remisión de los pecados, para que, removida la severidad de la venganza, y cesando todo castigo, el culpable se convirtiera en inocente, y el fin de los crímenes se convirtiera en el origen de las virtudes?

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, al asumir el ayuno del séptimo mes según la antigua doctrina de la predicación para la purificación de nuestras almas y cuerpos, no nos sometemos a cargas legales, sino que abrazamos la utilidad de la continencia que sirve al Evangelio de Cristo. Porque también en esto puede la justicia cristiana abundar más que la de los escribas y fariseos, no anulando la ley, sino rechazando la interpretación carnal. Pues nuestros ayunos no deben ser como los de aquellos a quienes el profeta Isaías, hablando en él el Espíritu Santo, decía: "No soporto vuestras lunas nuevas y sábados y el día grande, mi alma odia vuestro ayuno y fiestas y días festivos" (Isaías 1, 13). Por eso el Señor, al enseñar a los discípulos la forma de ayunar, dice: "Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas. Porque desfiguran sus rostros para que los hombres vean que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa" (Mateo 6, 16). ¿Qué recompensa, sino la alabanza humana? Por cuyo deseo, a menudo se finge una apariencia de justicia, y donde no hay cuidado de la conciencia, se ama la falsedad de la fama; para que la iniquidad, que se acusa por ocultación, se regocije en la apariencia de la mentira.

CAP. III.

Por lo tanto, el ayuno razonable y santo no debe ser contaminado por ninguna ostentación de vanagloria, ni debe ningún fiel desear que su bondad dependa de los juicios humanos. Al que ama a Dios le basta agradar a aquel a quien ama: porque no hay mayor recompensa que buscar que el mismo amor: pues la caridad es de Dios, de tal manera que Dios mismo es caridad. Así, el alma piadosa y casta se regocija en ser llenada, de modo que no desea deleitarse en nada fuera de Él. Porque es muy cierto lo que dice el Señor: Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mat. VI, 21). ¿Y cuál es el tesoro del hombre, sino una cierta acumulación de sus frutos y colección de sus trabajos? Porque lo que uno siembra, eso cosechará (Gál. VI, 8), y tal como es la obra de cada uno, así es su ganancia; y donde se establece el deleite de disfrutar, allí se ata la preocupación del corazón. Pero aunque hay muchos tipos de riquezas y diversas materias de gozo, el TESORO DE CADA UNO es el afecto de su deseo, que si proviene del apetito de las cosas terrenales, no hace felices a quienes lo comparten, sino miserables. Aquellos que piensan en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col. III, 1), no están atentos a las cosas perecederas, sino a las eternas, tienen en Él facultades incorruptibles guardadas, de quien dice el profeta: Ha llegado nuestro tesoro y salvación, sabiduría y disciplina y piedad del Señor: estos son los tesoros de la justicia (Is. XXXIII, 6, según LXX): por los cuales, con la ayuda de la gracia de Dios, incluso los bienes terrenales se transfieren a los celestiales, mientras muchos usan las riquezas, ya sea justamente heredadas o adquiridas de otra manera, como instrumento de piedad. Y cuando distribuyen lo que puede abundar para el sustento de los pobres, acumulan para sí facultades inalienables: de modo que lo que han guardado en limosnas no puede estar sujeto a pérdidas; y dignamente tienen allí su corazón, donde tienen su tesoro (Mat. VI, 21): porque es muy bienaventurado ejercer tales riquezas para que crezcan, y no temer que perezcan.

CAP. IV.

Operando, por tanto, amadísimos, lo que es bueno para todos, pero especialmente para los de la familia de la fe (Gálatas VI, 10), dedicando el séptimo mes desde el inicio místico al Espíritu septiforme, y consagrado por el mismo número de su orden, a los frutos de la continencia, ayunemos solemnemente el cuarto y sexto día de la semana; y el sábado celebremos vigiliass en la iglesia de San Pedro: cuyas oraciones y méritos nos ayudarán, para que a cada uno de los fieles se le conceda tanto el querer el bien como el poder hacerlo, con la ayuda de aquel que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XCIII [Al. XCI]. Sobre el Ayuno del séptimo mes VIII.

Sinopsis

I. El fin de la ley es la victoria del amor recto sobre el mal. Sobre la voluntad mala y buena.--
-II. Deleitarse mucho más en la justicia que en la iniquidad, cuya ley de Dios debe superar la ley.---III. Cuánto beneficia el ayuno del séptimo mes instituido por la ley y los apóstoles.

CAP. I.

Toda la enseñanza divina de los preceptos, amadísimos, tiene como principal objetivo en los corazones de los creyentes que el amor desordenado sea superado por el amor recto, y que el deseo de pecar sea destruido por el deleite en la justicia, como dice la Escritura: No sigas tus concupiscencias, y apártate de tu voluntad (Eclo. XVIII, 30). Sin embargo, aunque en las almas de los hombres hay muchos deseos buenos y voluntades loables, ¿qué significa que se nos ordene no consentir en nuestros afectos, sino que se nos prohíbe esa concupiscencia y se nos aparta de esa voluntad cuyo origen es de nosotros, y por eso se declara mala, porque se demuestra que es nuestra? Para distinguir, pues, las concupiscencias que son de Dios, se ha dicho bien al hombre: No sigas tus concupiscencias, para que sepa evitar las que reconoce como propias. Con razón, entonces, el Señor, en la oración que nos enseñó, no quiso que dijéramos a Dios: Hágase nuestra voluntad, sino hágase tu voluntad (Mat. VI, 10): es decir, no aquella que incita la carne, sino la que inspira el Espíritu Santo. De dónde ha surgido este deseo, al que siempre se debe oponer, lo entienden sin dificultad quienes saben que son hijos de Adán, y no dudan que, al pecar el padre del género humano, lo que está en la raíz corrompida se ha viciado en la descendencia. Aunque por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos pasado de la vieja a la nueva criatura, y el hombre celestial nos ha despojado de la imagen del hombre terrenal; sin embargo, mientras llevamos el cuerpo mortal, es necesario que luchemos contra los deseos de la carne. Pues es bueno que el alma sometida a Dios tema caer, y tenga algo que vencer, ya que la virtud se perfecciona en la debilidad; y lo que nos ejercita en la continencia, nos conduce a la gloria (II Cor. XII, 9).

CAP. II.

Por lo tanto, amadísimos, debemos abstenernos de aquello que nos seduce de manera nociva, y la ley del pecado que está en nuestros miembros (Rom. VII, 23) debe ser superada por la ley de Dios: de modo que, aunque muchas tentaciones acechen a través de todos los sentidos del cuerpo, el alma, para la cual Dios es el bien supremo y la verdadera alegría, se mueva entre castas y espirituales delicias en la amplitud de la sabiduría y en la luz de la verdad. Pues si el hombre racional se compara a sí mismo, y juzga con verdadera inspección todas las

cualidades de sus actos, ¿acaso encontrará en lo más íntimo de su conciencia el mismo deleite en la iniquidad cometida que en la equidad mantenida? ¿O le proporcionará tanto gozo el placer carnal como el apetito espiritual? No ha tocado en absoluto los bienes de las virtudes, ni ha probado la dulzura de la piedad, quien prefiere ensuciarse con lo impuro que brillar con lo santo. La razón no permite que a los corazones no completamente cautivos les agrade tanto la ira saciada como la venganza perdonada; ni que generen tanto gozo las ganancias mal adquiridas de lo ajeno como el buen gasto de lo propio. Siempre es más feliz la moderación parca que la lujuria desbordada; mayor es el descanso de los humildes que de los soberbios; y más sublime es la mente que, entre lo prohibido y lo permitido, tiene más certeza de esperar lo celestial que de amar lo terrenal. Para que en este progreso el alma religiosa sobresalga y obtenga el derecho de su dominio, debe aplicarse la disciplina del ayuno sometiendo al cuerpo. Aunque parece pertenecer, bajo un nombre general, a toda forma de continencia, propiamente se refiere a la disminución de la comida: para que ahora sea beneficioso no tomar voluntariamente lo que al principio fue perjudicial tomar contra lo prohibido: de modo que así como allí la concupiscencia fue una herida, aquí la abstinencia sea salud.

CAP. III.

A la medicina, amadísimos, aunque cualquier momento es adecuado, tenemos este como el más oportuno, que vemos elegido tanto por las instituciones apostólicas como por las legales, para que, al igual que en otros días del año, en el séptimo mes nos purifiquemos espiritualmente. Con tres prácticas unidas en un mismo propósito, a saber, la oración, la limosna y el ayuno, nos será concedido por el Dios misericordioso tanto el control de los deseos, como la escucha de nuestras plegarias y la remisión de los pecados: por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XCIV [Al. XCII]. Sobre el Ayuno del séptimo mes IX.

SINOPSIS.

I. Es más importante cuidar el ayuno espiritual que el corporal.---II. En qué consiste el ayuno espiritual y con qué ayuda debe cumplirse.---III. Por qué se instituyó el ayuno de las Témperas.---VI. Amar a Dios, cuando se ama y se ayuda al prójimo.

CAP. I.

Sé bien, amadísimos, que muchos de vosotros sois tan devotos en lo que respecta a la observancia cristiana, que no necesitáis ser advertidos por nuestras exhortaciones. Pues lo que desde hace tiempo la tradición ha decretado y la costumbre ha consolidado, ni la erudición ignora ni la piedad omite. Pero dado que es deber del oficio sacerdotal tener un cuidado común por todos los hijos de la Iglesia, incitamos igualmente a lo que beneficia tanto a los inexpertos como a los doctos, a quienes amamos por igual: que celebremos con fe diligente, mediante la mortificación del alma y del cuerpo, el ayuno que nos impone el retorno del séptimo mes. Aunque la disminución del alimento parece afectar propiamente a la carne, nada se concede ni se niega a los sentidos corporales que no pertenezca al que manda, así como al que sirve. Por tanto, dado que cada hombre tiene en sí una doble ley de continencia, y nada de nuestras acciones debe referirse solo al cuerpo, sino muchas al alma, debemos considerar prudentemente cuán indecoroso e injusto es que lo que se ordena desde lo superior sea descuidado por lo inferior. Para que la mente racional castigue saludablemente lo

exterior, debe también practicar sus propios ayunos: porque no solo conviene oponerse a los deseos de la carne, sino también a las codicias del alma, como dice la Escritura: No sigas tus concupiscencias, y aparta tu voluntad (Eccl. XVIII, 30). Ayunando, pues, de lo que la carne apetece, ayune también de lo que la sustancia interior desea malamente. Porque el peor alimento del alma es querer lo que no se permite; y es nocivo el deleite del corazón que se alimenta de lucro deshonesto, se exalta con soberbia o se alegra con venganza. Aunque estos afectos también sirven a los movimientos del cuerpo, todo se refiere a su origen, y allí se determina la calidad de la acción, donde se encuentra el inicio de la voluntad, la cual revocar de los deseos perversos es el mejor y más grande ayuno, porque entonces la abstinencia de comer es fructuosa cuando la moderación exterior procede de la templanza interior.

CAP. II.

Por lo tanto, queridos, al celebrar el verdadero y espiritual ayuno, que con su pureza santifica tanto el cuerpo como el alma, examinemos los secretos de nuestro corazón y, con justo juicio, consideremos qué cosas los entristecen o alegran. Y si hay algún amor por la vana gloria, alguna raíz de avaricia, o algún veneno de envidia, que el alma no tome de tales alimentos, sino que, enfocada en las delicias de las virtudes, prefiera los banquetes celestiales al placer terrenal. Que el hombre reconozca la dignidad de su especie y entienda que fue hecho a imagen y semejanza de su Creador; y que no tema tanto las miserias en las que cayó por aquel gran y común pecado, que no se eleve hacia la misericordia de su Redentor. Pues Él mismo dice: "Sed santos, porque yo soy santo" (Levítico 19, 2): es decir, elegidme a mí y absteneos de lo que me desagrada. Haced lo que amo, amad lo que hago. Y cuando lo que mando parece difícil, acudid a quien manda; para que de donde se da el precepto, se otorgue la ayuda; no negaré la ayuda a quien se le concede la voluntad. Ayunad de lo adverso, absteneos de lo contrario. Yo soy vuestro alimento y bebida: nadie desea lo mío en vano; pues quien se dirige a mí, me busca por la participación de mí mismo.

CAP. III.

Queridos hermanos, estas exhortaciones, con las que nos invita a los bienes inmutables y a las alegrías eternas, llenan todas las páginas de las Sagradas Escrituras; y la doctrina de ambos Testamentos nos impulsa a aferrarnos a lo verdadero y a apartarnos de lo vano. Pues no se puede alcanzar lo prometido si no se guarda lo que se manda. ¿Y qué es más justo que el hombre, cuya imagen lleva, haga la voluntad de aquel, y a través de la abstinencia de alimentos ayune de la ley del pecado? Por eso, la observancia de la continencia ha sido asignada a cuatro tiempos, para que, al retornar el curso del año, reconozcamos que necesitamos purificación constante, y que siempre debemos esforzarnos, mientras somos sacudidos por las vicisitudes de esta vida, para que el pecado, que se contrae por la fragilidad de la carne y la contaminación de los deseos, sea borrado con ayunos y limosnas.

CAP. IV.

Ayunemos un poco, amadísimos, y apartemos algo de lo que pueda ser útil para ayudar a los pobres, de nuestra costumbre. Que la conciencia de los bondadosos se deleite con los frutos de la generosidad; y al dar con alegría, recibirás aquello que te alegrará. El amor al prójimo es amor a Dios, quien estableció la plenitud de la ley y los profetas en esta unidad de doble caridad (Mateo XXII, 40); para que nadie dude de que ofrece a Dios lo que ha dado al hombre, como dijo el Señor Salvador, al hablar de alimentar y ayudar a los pobres: Lo que hicisteis a uno de estos, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40). Ayunemos, pues, el miércoles

y el viernes; y el sábado celebremos vigiliias en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, por cuyos méritos y oraciones creemos que seremos ayudados, para que agrademos al Dios misericordioso con nuestro ayuno y devoción, por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

366 SERMO XCV, O homilía sobre los grados de ascensión a la bienaventuranza. Sobre lo que está escrito: Viendo Jesús a las multitudes, subió al monte; y cuando se hubo sentado, se acercaron a él sus discípulos, etc. (Mateo V, 1 y siguientes).

SINOPSIS.

I. Cristo preparó las almas para las curaciones interiores a través de las curaciones exteriores, que se realizan por la suavidad de la gracia.---II. La humildad, que puede ser de todos, es el primer paso hacia la bienaventuranza.---III. La pobreza fue la más rica y poderosa de los apóstoles, especialmente de Pedro.---IV. ¿Qué llanto es el camino hacia la bienaventuranza?--V. ¿Qué tierra fue prometida a los mansos?---VI. La sed de justicia no es otra cosa que el amor de Dios.---VII. La misericordia hace al hombre semejante a Dios.---VIII. El ojo del corazón debe ser purificado para que se pueda ver a Dios.---IX. ¿Cuál es la verdadera paz que hace al hombre hijo de Dios?

CAP. I.

Mientras nuestro Señor Jesucristo, amadísimos, predicaba el Evangelio del reino y curaba diversas enfermedades por toda Galilea, la fama de sus virtudes se difundió por toda Siria; y grandes multitudes de toda Judea acudían al médico celestial. Porque la fe de la ignorancia humana es lenta para creer lo que no ve y esperar lo que no conoce, era necesario que aquellos que debían ser fortalecidos por la enseñanza divina fueran incitados por beneficios corporales y milagros visibles: para que no dudaran de que la doctrina de aquel cuya tan benigna potencia experimentaban, era salvadora. Así, para que el Señor trasladara las curaciones exteriores a remedios interiores, y después de sanar los cuerpos, obrara la curación de las almas, se apartó de las multitudes circundantes y ascendió a la soledad de un monte cercano, llamando a los apóstoles, a quienes instruiría con enseñanzas más sublimes desde la altura de la sede mística, significando por la calidad del lugar y de la obra que Él era quien había dignado hablar a Moisés: allí con una justicia más terrible, aquí con una clemencia más sagrada, para que se cumpliera lo que había sido prometido por el profeta Jeremías: "He aquí que vienen días, dice el Señor, y consumiré sobre la casa de Israel y sobre la casa de Judá un nuevo pacto. Después de aquellos días, dice el Señor, pondré mis leyes en su mente, y en su corazón las escribiré" (Jeremías 31, 31; Hebreos 8, 8). Así, quien había hablado a Moisés habló también a los apóstoles, y en los corazones de los discípulos la veloz mano del Verbo escribiente establecía los decretos del nuevo Testamento; sin la densa nube que antes los rodeaba, ni los terribles sonidos y resplandores que alejaban al pueblo del acceso al monte, sino con la tranquilidad de un coloquio abierto a los oídos de los presentes: para que la suavidad de la gracia removiera la aspereza de la ley, y el espíritu de adopción quitara el temor de la servidumbre.

CAP. II.

Cuál es, por tanto, la doctrina de Cristo, lo proclaman sus propias palabras sagradas: para que quienes desean alcanzar la bienaventuranza eterna, reconozcan los pasos de la más feliz ascensión. "Bienaventurados", dice, "los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los

cielos" (Mateo 5, 3). De qué pobres hablaba la Verdad podría ser ambiguo, si al decir "Bienaventurados los pobres", no añadiera nada sobre la cualidad de los pobres que se debe entender; y parecería suficiente para merecer el reino de los cielos solo aquella pobreza que muchos sufren bajo una necesidad grave y dura. Pero cuando dice "Bienaventurados los pobres de espíritu", muestra que el reino de los cielos se concede a aquellos a quienes la humildad de sus almas recomienda más que la indigencia de sus bienes. No se puede dudar que el bien de esta humildad es más fácilmente alcanzado por los pobres que por los ricos: mientras que a aquellos la mansedumbre les es amiga en su escasez, a estos la altivez les es familiar en sus riquezas. Sin embargo, también en muchos ricos se encuentra este espíritu que usa su abundancia no para la hinchazón del orgullo, sino para las obras de bondad, y considera como las mayores ganancias lo que ha gastado para aliviar la miseria del trabajo ajeno. A todo género y orden de hombres se les da en esta virtud una comunidad, porque pueden ser iguales en propósito, aunque desiguales en riqueza; y no importa cuánto sean diferentes en capacidad terrenal, quienes se encuentran iguales en bienes espirituales. Bienaventurada, por tanto, aquella pobreza que no es capturada por el amor a las cosas temporales, ni desea ser aumentada por las riquezas del mundo, sino que anhela enriquecerse con los bienes celestiales.

CAP. III.

El ejemplo de esta magnánima pobreza nos lo ofrecieron los primeros apóstoles después del Señor, quienes, dejando todo sin distinción, a la voz del maestro celestial, se transformaron con alegre conversión de pescadores de peces en pescadores de hombres (Mat. IV, 19), e hicieron a muchos semejantes a ellos por la imitación de su fe, cuando a aquellos primeros hijos de la Iglesia les unía un solo corazón y una sola alma en la fe (Hech. IV, 32); quienes, habiendo vendido todas sus posesiones y bienes, se enriquecían con la más devota pobreza en bienes eternos, y se alegraban de no poseer nada del mundo y de poseerlo todo con Cristo gracias a la predicación apostólica. De aquí que el bienaventurado apóstol Pedro, al subir al templo y ser solicitado por un cojo para una limosna, dijo: "Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hech. III, 6). ¿Qué hay más sublime que esta humildad? ¿Qué hay más rico que esta pobreza? No tiene el apoyo del dinero, pero tiene los dones de la naturaleza. A quien su madre dio a luz débil desde el vientre, Pedro lo hizo sano con su palabra; y quien no dio la imagen del César en una moneda, reformó la imagen de Cristo en un hombre. Y con las riquezas de este tesoro no solo fue ayudado aquel a quien se le devolvió el andar, sino también cinco mil hombres, que entonces creyeron por la exhortación del Apóstol debido al milagro de la misma curación (Hech. IV, 4). Y aquel pobre que no tenía qué dar al que pedía, dio tal abundancia de gracia divina, que así como había restaurado a un hombre en sus pies, sanó a miles de creyentes en sus corazones, y los hizo ágiles en Cristo, a quienes había encontrado cojeando en la perfidia judía.

CAP. IV.

Después de la predicación de esta felicísima pobreza, el Señor añadió, diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo 5, 5). Este llanto, amadísimos, al que se promete la consolación eterna, no es común con la aflicción de este mundo; ni hacen bienaventurado a nadie esos lamentos que se derraman por la lamentación de todo el género humano. Otra es la razón de los gemidos de los santos, otra la causa de las lágrimas bienaventuradas. La tristeza religiosa llora el pecado ajeno o el propio; no se duele de lo que la justicia divina realiza, sino que se entristece por lo que la iniquidad humana

comete; donde más debe llorarse al que hace el mal que al que lo padece, porque la malicia injusta sumerge al malvado en el castigo, mientras que la tolerancia lleva al justo a la gloria.

CAP. V.

Entonces dijo el Señor: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra en herencia (Mateo V, 4). A los mansos y apacibles, humildes y modestos, y preparados para tolerar todas las injurias, se les promete la posesión de la tierra. Y no debe considerarse esta herencia como pequeña o sin valor, como si estuviera separada de la morada celestial, ya que no se entiende que otros entren en el reino de los cielos. Por lo tanto, la tierra prometida a los mansos, y que será dada en posesión a los apacibles, es la carne de los santos, que por el mérito de la humildad será transformada en una feliz resurrección y vestida con la gloria de la inmortalidad, sin ser ya contraria al espíritu, y tendrá un acuerdo de perfecta unidad con la voluntad del alma. Entonces, el hombre exterior será una posesión tranquila e inmaculada del hombre interior; entonces, la mente, enfocada en ver a Dios, no será obstaculizada por ninguna debilidad corporal, ni será necesario decir: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15): porque la tierra no se opondrá a su habitante, ni se atreverá a hacer algo desmedido contra el mandato de su rector. Porque los mansos la poseerán en paz perpetua, y nada jamás disminuirá su derecho, cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad (I Corintios XV, 53): para que el peligro se convierta en premio, y lo que fue carga sea honor.

CAP. VI.

Después de esto, añade el Señor y dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Esta hambre no es nada corporal, esta sed no busca nada terrenal; sino que desea saciarse con el bien de la justicia, y al ser introducida en el secreto de todas las cosas ocultas, anhela ser colmada por el mismo Señor. Feliz es el alma que anhela este alimento y arde por tal bebida; que ciertamente no lo desearía si no hubiera probado algo de su dulzura. Al escuchar al espíritu profético que le dice: Gustad y ved qué bueno es el Señor (Sal. XXXIII, 9), ha recibido una porción de la dulzura celestial y se ha encendido en amor por el placer más puro, de modo que, despreciando todas las cosas temporales, se enciende con todo su afecto para comer y beber justicia, y aprehende la verdad de aquel primer mandamiento que dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu fuerza (Deut. VI, 5; Mat. XXII, 37; Mar. XII, 30; Luc. X, 27): porque amar a Dios no es otra cosa que amar la justicia. Finalmente, así como al amor de Dios se le añade el cuidado del prójimo, también a este deseo de justicia se le une la virtud de la misericordia, y se dice:

CAP. VII.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios (Mateo V, 7). Reconoce, cristiano, la dignidad de tu sabiduría, y comprende a qué premios eres llamado por las disciplinas de tales artes. La misericordia quiere que seas misericordioso, la justicia quiere que seas justo, para que en su criatura aparezca el Creador, y en el espejo del corazón humano resplandezca la imagen de Dios expresada por las líneas de la imitación. La fe de los que obran es segura, tus deseos te acompañarán, y poseerás sin fin aquello que amas. Y puesto que para ti, a través de la limosna, todo es puro, también alcanzarás aquella bienaventuranza que consecuentemente ha sido prometida, según dice el Señor:

CAP. VIII.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8). Gran felicidad, amadísimos, a quienes se prepara tan grande premio. ¿Qué es, pues, tener un corazón puro, sino dedicarse a las virtudes mencionadas anteriormente? ¿Y cuán grande es la bienaventuranza de ver a Dios, que mente alguna pueda concebir o lengua alguna pueda explicar? Y sin embargo, esto se logrará cuando la naturaleza humana sea transformada, para que ya no sea a través de un espejo, ni en enigma, sino cara a cara (1 Corintios 13, 12), vea la Deidad tal como es, a quien ningún hombre ha podido ver (Juan 1, 18; 1 Timoteo 6, 16); y lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (Isaías 64, 4; 1 Corintios 2, 9), se obtenga a través del gozo inefable de la contemplación eterna. Con razón se promete esta bienaventuranza a la pureza del corazón. Pues la mirada empañada no podrá ver el esplendor de la verdadera luz; y lo que será gozo para las mentes puras, será castigo para las manchadas. Por tanto, que se aparten las tinieblas de las vanidades terrenales, y que los ojos interiores sean limpiados de toda suciedad de iniquidad, para que la mirada serena se alimente de tan grande visión de Dios. Para merecer esto, entendemos que pertenece lo que sigue:

CAP. IX.

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Mat. V, 9). Esta bienaventuranza, amadísimos, no es de cualquier tipo de consenso, ni de cualquier concordia, sino de aquella de la que dice el Apóstol: Tened paz con Dios (Rom. V, 1; II Cor. XIII, 11): y de la que dice el profeta David: Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo (Sal. CXVIII, 16). Esta paz no es reivindicada verdaderamente ni por los lazos más estrechos de amistad, ni por las similitudes indiscriminadas de los ánimos, si no concuerdan con la voluntad de Dios. Fuera de la dignidad de esta paz están las igualdades de deseos deshonestos, las alianzas de crímenes y los pactos de vicios. El amor del mundo no concuerda con el amor de Dios, ni llega a la sociedad de los hijos de Dios quien no se separa de la generación carnal. Pero aquellos que siempre están con Dios, solícitos en mente por guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 2), nunca disienten de la ley eterna, diciendo con oración fiel: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mat. VI, 10). Estos son los pacificadores, estos bien unánimes y santamente concordes, llamados con el nombre eterno hijos de Dios, coherederos de Cristo (Rom. VIII, 17): porque esto lo merecerá el amor de Dios y el amor al prójimo, de modo que ya no sientan adversidades, ni teman escándalos; sino que, terminado el combate de todas las tentaciones, descansen en la paz más tranquila de Dios, por nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN XCVI [Al. XCIII], O tratado contra la herejía de Eutiques; pronunciado en Roma en la basílica de Santa Anastasia.

SINOPSIS.

I. Advierte que, adhiriéndose al símbolo de los apóstoles, deben evitar a los comerciantes alejandrinos que defienden en Roma una única naturaleza en Cristo.---II. Eutiques ya fue condenado entre otros herejes. Debe distinguirse en Cristo lo que es de la deidad y lo que es de la humanidad.---III. No se debe comunicar con los herejes condenados. Alabanza a la fe romana.

CAP. I.

Así como es propio de los expertos, amadísimos, y prudentes médicos prevenir las pasiones de la debilidad humana con remedios, y mostrar cómo evitar lo que es contrario a la salud, así también es deber del oficio pastoral prever que la malicia herética no dañe al rebaño del Señor, y demostrar cómo debe evitarse la maldad de los lobos y ladrones: porque nunca pudo la impiedad herética ocultarse de tal manera que no fuera descubierta por nuestros santos padres y siempre condenada con justicia. Nuestra preocupación, que dedicamos a vuestra amada, no pudo pasar desapercibida, al saber que algunos egipcios, especialmente comerciantes, han venido a la Ciudad, defendiendo lo que los herejes han cometido perversamente en Alejandría, afirmando que solo existía la naturaleza divina en Cristo, y que no tenía en absoluto la verdadera carne humana que tomó de la bienaventurada Virgen María: esta impiedad dice que el hombre es falso y que Dios es pasible. No podemos dudar con qué ánimo o propósito se atreven a esto: porque ellos mismos se han apartado de la verdad del Evangelio y han seguido las mentiras del diablo, también quieren hacer a otros partícipes de su perdición; y por eso os advertimos con preocupación paterna y fraterna que no recibáis en ningún afecto de consentimiento a los enemigos de la fe católica, enemigos de la Iglesia, negadores de la encarnación del Señor, y que se oponen al Símbolo instituido por los santos apóstoles, como dice el Apóstol: Al hombre hereje, después de una y otra corrección, evítalo, sabiendo que el tal está pervertido, y peca, condenado por su propio juicio (Tit. III, 10, 11).

CAP. II.

Por su propia obstinación perece, y se aparta de Cristo con su locura, quien sigue esa impiedad por la cual sabe que muchos antes de él han perecido, y considera religioso y católico aquello que, según el juicio de los santos Padres, ha sido condenado en la perfidia de Fotino, en la demencia de Maniqueo, y en la insania de Apolinar: de modo que consienten en la perversidad, como si fuera nueva y aún no condenada, para la perdición de sus almas, aquellos que niegan el sacramento de la encarnación del Señor. Como si en toda la lectura evangélica se nos enseñara otra cosa que no fuera que por este único sacramento de la divina misericordia el género humano ha sido salvado en aquellos que creen: que el unigénito Hijo de Dios, igual en todo al Padre, al asumir nuestra sustancia, permaneciendo lo que era, se dignó ser lo que no era, verdadero hombre, verdadero Dios, quien sin la mancha de ningún pecado, unió a sí mismo nuestra naturaleza íntegra y perfecta en la verdad tanto de carne como de alma, y concebido en el vientre de la bienaventurada Virgen Madre por la virtud del Espíritu Santo, no despreció ni la salida del parto ni los comienzos de la infancia: para que el Verbo de Dios Padre hablara de la sustancia humana que le era inherente, tanto con el poder de la deidad como con la debilidad de la carne, teniendo acciones corporales del cuerpo, y virtudes espirituales de la deidad. Pues es humano tener hambre, y sed, y dormir; es humano temer, llorar, entristecerse; finalmente, es humano ser crucificado, morir y ser sepultado: pero es divino caminar sobre el mar, convertir el agua en vino, resucitar a los muertos, hacer temblar al mundo con su propia muerte, y ascender con la carne vivificada sobre toda la altura de los cielos: para que quienes creen esto no puedan dudar de qué deben atribuir a la humanidad, y qué deben asignar a la deidad: puesto que en ambos es uno solo Cristo, quien no perdió el poder de su deidad, y al nacer asumió la verdad del hombre perfecto.

CAP. III.

Por tanto, amadísimos, a estos de quienes hablamos, huid de ellos como de un veneno mortal, execradlos, evitadlos, y absteneos de sus conversaciones si, al ser reprendidos por vosotros, no quieren corregirse: porque, como está escrito, su palabra se extiende como un cáncer (II Tim. II, 17). A aquellos que han sido rechazados con justo juicio de la unidad de la Iglesia no se les debe conceder ninguna comunión, la cual no han perdido por nuestro odio, sino por sus propios crímenes. Vosotros, pues, amados de Dios y aprobados por el testimonio apostólico, a quienes el bienaventurado apóstol Pablo, doctor de los gentiles, dice: Porque vuestra fe es anunciada en todo el mundo, guardad en vosotros lo que reconocéis que tan gran predicador ha sentido de vosotros. Que ninguno de vosotros se haga ajeno a esta alabanza, para que aquellos a quienes ninguna herejía ha violado a lo largo de tantos siglos, ni siquiera puedan ser manchados por el contagio de la impiedad eutiquiana. Confiamos, sin embargo, en que la protección de Dios guarde vuestros corazones y vuestra fe; para que a quien hasta ahora habéis obedecido fielmente, con la observancia perseverante de la fe católica, agradéis por la eternidad, por Cristo nuestro Señor. Amén.

Quesnellus consideró que dos prefacios, uno para la consagración de un obispo y otro para la ordenación de un presbítero, así como una alocución del archidiácono al obispo, que se presentan en el Pontifical Romano, debían atribuirse a San León debido a la similitud de estilo, y que debían añadirse a sus Sermones. Sin embargo, aunque no discrepamos completamente de la opinión de Quesnellus respecto al autor, no incluimos aquí esos prefacios y la alocución porque en el segundo tomo vamos a reeditar el antiguo Sacramentario Romano del manuscrito Veronense, editado hace algunos años por Joseph Blanchini y atribuido por él a nuestro Autor, en el cual se contienen esos dos prefacios. Además, en ese lugar se discutirá más sobre este asunto, y también añadiremos al final del mismo la alocución que falta en ese Sacramentario mutilado.